



EL MILAGRO

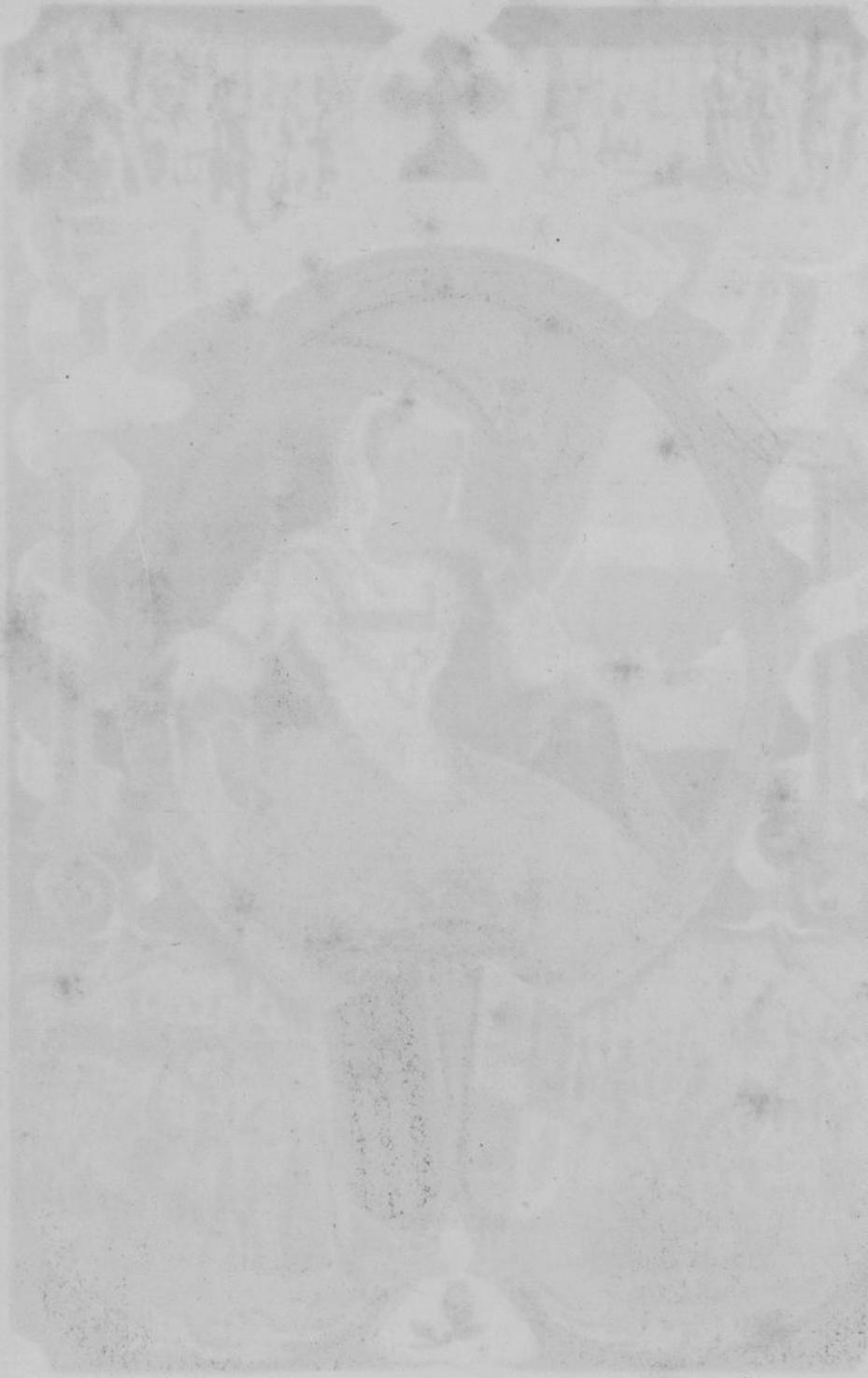
PLUS

ULTRA



Tolosa. 1871

L. B. Godey & Co.



M. 65329

EL MILAGRO.

NOVELA HISTÓRICA,

FANTÁSTICA, RELIGIOSA Y FILOSÓFICA.

POR ***

La modestia es la púrpura de las virtudes.

SÉNECA.

Que vuestra modestia sea visible y conocida de todos los hombres.

(San Pablo á los Philipenses.)

Si tu libro es bueno, oculta tu nombre á la envidia; si es malo, á todos los hombres.

Yo.

~~~~~  
TOMO I.  
~~~~~



MADRID:

OFICINAS,
FUENCARRAL, 74 Y 76, SEGUNDO.



IMPRENTA
DEL HOSPICIO, FUENCARRAL, 84.

1871.



R. 1651026

CAPÍTULO PRIMERO.

Principio de una tormenta.—Cántico religioso.—El convento, el palacio y el castillo.—La rica hembra.—El célebre marqués de Villena y la eminencia de Castilla.—Un trovador llovido del cielo.—Desesperación.—Sangrienta burla.—El protector y la protegida.—La muerte.—De la felicidad al fondo de la desgracia.

Son las once de la noche del 6 de Enero de 1462. Agoniza la Edad Media. Un fuerte aquilon en rudos torbellinos barre el llano, azota los edificios, arranca los árboles, los arrastra, precipita las corrientes del agua, silba, y los cóncavos repiten el eco de monte en monte en forma de gemidos plañideros que estremecen hasta las entrañas de las rocas. El ave esconde su cabeza entre la pluma para no ver ni oír, tímida y agitada, el gran fenómeno de la naturaleza. La fiera quiere imitar con su rugido el furor del elemento y huye espantada á lo más espeso de los bosques. El cristiano ruega, el excéptico duerme.

Negras nubes corren, vuelan, se juntan, se detienen, cubren el espacio y queda envuelta la tierra en funerario crespón.

Alcalá de Henares, donde estamos, con su muro, castillos, torres, palacios, puentes, poderío y grandeza, tiembla, y sus habitantes se estremecen.

Cien voces fuertes, viriles, armoniosas, se alzan, y la an-



cha bóveda de una iglesia las une, ordena, da impulso, hasta dejarlas al pié de un trono que rige los destinos del Universo entero. La comunidad de San Benito implora la clemencia de Dios; pretende aplacar su justa cólera.

Dios mio, ¿dónde estás para que pueda yo tambien dirigirte mi acento? exclamo, y me contesta un génio: Dios está en todas partes; su cólera en ninguna: Dios es la mayor verdad de la perfeccion absoluta; su cólera es un mito.

Pero los monjes no lo oyen, y la armonía de su cántico se extiende por las naves y cláustros del mejor monasterio de Castilla para elevarse luégo.

En la diminuta torre de una pequeña casa pegada al convento, existe un sabio que no teme la centella, los huracanes ni la tormenta; que ve, estudia, aprende, goza, y por eso le llaman alquimista, brujo.

Más léjos, á trescientas varas, hay un palacio gótico, extenso; rios de oro lo levantaron, y oro, plata, mármoles, jaspes, seda, nogal, arte y esplendidez lucen en su interior. Pisan los tapices de su recinto gentiles hombres, familiares, pajes, ugieres, secretarios, caballeros, lacayos, y todo, hombres y objetos, aislados ó reunidos, sirven á una sola voluntad. Pero esta es potente como el fuego, elevada como sus torres, fuerte cual el brillante. No es su dueño rey ni título, y le obedecen los grandes, le temen los reyes y asombra á los pequeños. Se llama D. Alonso de Acuña, Arzobispo de Toledo.

Frente al centro del terreno que separa el palacio del monasterio, en el vértice del ángulo que forman los tres, se ve un castillo bizantino, gótico y árabe; es la más sublime muestra de los tres órdenes armonizados con la maravilla del arte.

Estos majestuosos edificios se encuentran en un llano salpicado de árboles que hay entre el muro y la ciudad, y la distancia que los separa en la parte de afuera se recorre por dentro en una doble mina practicada en las entrañas de la tierra.

Reconozcamos el castillo y quedémonos dentro por ahora.

Un doble recinto de muros flanqueados de torres rodea este edificio, construido sobre el punto más culminante de aquel terreno. Imponen el aspecto grandioso y severo de sus torres, tan diversas en dimension como en altura y forma.

Su gran puerta de hierro está defendida por ancho foso y barbacana guarnecida de una doble fila de troneras, y almenada en su parte superior entre el primer lienzo y la escalera.

Tiene puentes, y á todas horas se ven pasear por sus anchos y elevados muros centinelas que dominan la comarca, armados de espada, ballesta, jafa, aljaba y flechas.

El interior de este edificio forma en su centro la antítesis del exterior, que todo es guerrero y está preparado para la defensa. Sus salones, por el contrario, compiten, y uno de ellos aventaja á la morada real. Las paredes de este se hallan cubiertas de mosaicos de oro y de piedras preciosas; el artesonado representa lo más sublime del arte, sin que le falten espejos, un rico tapiz, muebles de madera, nácar, seda, divanes damasquinos, y su parte superior termina en una galería separada del salon por esbeltas columnas bizantinas de mármol, jaspe, alabastro y pórfido.

Pero lo más bello, lo verdaderamente ideal que encierra este salon, es una mujer de diez y seis años, cuyo retrato exacto se sobrepone al talento del hombre.

Su estatura es un poco más que regular; caen sobre sus nacarados hombros, ondulantes y blondos rizos de sedoso cabello; zarcos sus ojos, velados por pestañas de oro, y arqueadas y pobladas cejas, se fijan con aristocrática melancolía que deleita y arroba. Su nariz es perfecta, la boca pequeña, finos y sonrosados los labios, que ocultan dos filas de lindísimas y diminutas perlas. Es corta y torneada su mano, agudo el dedo, redondo el brazo, esbelto el talle, breve y carnoso el pié, tersa, blanca y suave la epidermis, y tan admirable el conjunto, que al verla de pronto, más que mujer parece el hada ó la sílfide de la leyenda.

Es negligente, graciosa y simpática en sus movimientos, tiene ménos viveza de la que suele prestar su edad, y al dirigir la frase encanta su dulce y agradable acento.

Educada por un anciano de tanta sabiduría como interés hacía ella, fué desarrollando su inteligencia precoz, y ya en los juveniles años piensa y discurre prodigiosamente.

Posee el castellano, conoce el latin y sabe de memoria las crónicas de todos los reyes escritas hasta entónces.

Sus libros favoritos tienen por autores á Homero y Virgilio, y áun cuando no hace versos, se solaza de continuo con las mejores poesías de su época.

Se llama Melania; está sola en este momento, que son las once de la noche, y deja sobre el divan en que se halla sentada un libro que leía, para escuchar el rudo choque del fuerte aquilon que azota las torres, almenas y muros de su castillo.

—¡Terrible noche!—exclama con acento seráfico.—¿Vendrá mi Hernando? ¿Escucharé su trova?

Y brilla en sus labios una seductora y angelical sonrisa, permitiendo ver dos líneas de iguales y blanquísimos dientes.

—Vendrá, le oiré,—añade.—Su génio todo lo domina; su valor ante nada se doblega.

Y prosigue leyendo.

Esta celestial mujer no tiene padres conocidos, se ignora dónde nació, aparece sin embargo soberana de aquel castillo, poseedora de muchos señoríos, y sus pingües rentas la igualan á los más poderosos de Castilla.

¿Quién la defiende, manda, enriquece y colma de honores y preeminencias? El Arzobispo de Toledo. ¿Qué es para ella? Un padre. ¿Cómo le llama? Protector. Sería capaz el prelado de abusar... No lo imaginemos. El Arzobispo la quiere con ternura paternal, la contempla como á un ángel, por cuya pureza vela dia y noche, y la mira con el orgullo de padre.

¿Es feliz? Hasta hoy no la hubo más dichosa.

Manda, dirige, gobierna sus estados, le obedecen millares de colonos, vasallos, sirvientes, y su virtud, bondad, talento y modestia le atraen el aplauso, respeto y admiracion general. Eso y más merece; pero ¡ay! su estrella va á nublarse, y el fecundo gérmen de tan esplendorosa ventura será pronto un yermo agostado por el arenal de infinitas desgracias. Sus hermosos ojos, transparencia fija de un foco inmenso de alegría, se convertirán en cauce de raudal inagotable de llanto.

No la envidieis; el destino se ceba á veces con lo más bello, encantador, virtuoso, rico y sublime de la creacion. Henchido con su omnipotente poder, lo ensaya derribando al sople de su aliento el más poderoso castillo que levantaron la hermosura, el talento, la dicha, la juventud y la riqueza.

Rodea á Melania mucha gente; hay en su opulento castillo damas que la sirven, mayordomos, pajes, ugières, lacayos, capitanes y muchos soldados.

Tiene dos hermanos, uno que vive en la fortaleza, llamado Troilo, y el Abad de san Benito. Ambos son tan ignorantes como Melania inteligente. Por eso sin duda es ella ama de todo, no obstante su menor edad y proteger el arzobispo á los tres hermanos.

Nadie falta en este momento en el castillo; cada uno ocupa su puesto, y una escolta de cien jinetes espera, brida en mano, la salida de un alto y poderoso señor á quien sirven, y el que accidentalmente se encuentra allí.

Troilo, hermano de Melania, tambien está levantado; pero quiso leer, y ántes de concluir la primera página se cierran sus ojos y queda dormido.

Ya sabemos lo que hacen todos los habitantes de la fortaleza, á excepcion de dos personajes, los más notables sin duda de Castilla.

Pasemos adelante, que importa conocerlos.

Contiguo al salon en que se halla Melania hay otro, el principal del castillo, grande, suntuoso, espléndido, admirable. Contiene las mejores sedas y tapices de Persia; mosaicos, festones de oro cincelados y esculpidos; cuadros portentosos, relieves terminados en topacios y esmeraldas, y un techo salpicado de sátiros, centáuros, sílfides y divinidades, obra maestra de los cuatro egipcios más notables de la época.

En el centro, y sobre un velador cubierto con tapete de terciopelo carmesí con escudo de armas bordado de oro, hay una escribanía y dos candelabros de plata, cuyas veinte luces hacen brillar las preciosidades que encierra el salon.

Y en torno, sentados en góticos y regios sillones, están los dos hombres más elevados de Castilla y Leon. El uno es el célebre D. Juan Pacheco, Marqués de Villena; y el otro el eminente y nunca bien ponderado D. Alonso Carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo.

Tiene el Marqués 45 años, y es varonil, fuerte, con musculatura rígida, ojos vivos, tenaz, enérgico, ambicioso, egoista, y siempre marcha en derechura al objeto que se propone realizar.

El Arzobispo representa 50 años, y es más bajo que el Marqués, pero también fuerte, enérgico, avasallador, con voluntad de acero y tan ambicioso como Villena; su mirada es fija, profunda; piensa mucho y bien; pasa por sabio, es realmente muy entendido, y tan osado, que no le impide la clase á que pertenece guerrear como cualquier caballero. Este grande hombre fué excepcional en todo, y de lo malo que hizo sólo debe culparse á su carácter y época en que vivió. El padre Mariana, de la Compañía de Jesús, é historiador verídico, dice que fué nigromántico, y sabido es que á la nigromancia se le llama arte abominable de ejecutar cosas extrañas y preternaturales por medio de la invocacion del demonio y pacto con él. Y añade Mariana, que tuvo hijos naturales, citando á D. Troilo, hermano de Melania. Del mismo modo que Jesús halló un Judas entre sus doce apóstoles, puede tener cien el inmenso apostolado del cristianismo, sin que de ello sea la clase responsable.

Unidos Villena y Carrillo, representan una potencia incontrastable. Tienen tanto oro, soldados é influencia, que pueden más que Enrique IV, rey á la sazón de Castilla.

Y se han reunido efectivamente para destronar al monarca y poner su vacilante corona en las sienes del Infante Don Alonso. Pretextan que Enrique es débil, impotente, torpe y funesto; es verdad, pero ellos desean el reinado de su hermano, niño de once años, para mandar solos y enriquecerse más.

Arreglan su plan de conspiracion, cuentan con el triunfo, y ántes de realizarlo se reparten castillos, señoríos, tesoros y mandos. Su ambicion no conoce límites.

Terminan; todo está ya previsto, acordado, y el Marqués, sin temor á la tormenta, quiere marchar á Madrid, donde están el rey á quien engaña y la corte que domina; pero el arzobispo le detiene. El sagaz y astuto Carrillo le va á hablar de un asunto, cuyo éxito le importa más que el destronamiento de Enrique IV. Tiene Villena un solo hijo, que promete á los veinte años de edad reemplazar dignamente á su padre, y Acuña pretende casarlo con Melania, á la que ama, por lo ménos, tanto como Pacheco á su hijo Diego.

El Marqués no quiere en su familia una bastarda intrusa,

aun cuando corra por sus venas sangre real; comprende, aunque tarde, la causa de llevarlo Acuña al castillo de Melania, de habérsela presentado y hecho aplaudir sus bellezas físicas y morales, su inmensa fortuna, y como no puede desairar á su aliado, se bate en retirada sin exponer un asentimiento que no quiere dar, y una negativa que podia echar por tierra todos sus planes futuros y engrandecimiento.

Pero el prelado lo tiene envuelto en hábil red; es más diestro, ingenioso é inteligente, meditó el plan con tiempo y calma, forma aquel enlace su más dorada ilusion, y lo encierra en un círculo de hierro que obliga á Pacheco á capitular ó romper.

Villena se defiende aplazando la contestacion categórica que se le pide, pero D. Alonso no le da tregua ni descanso. Con bellísima forma le presenta el porvenir, destronado ya Enrique y sentándose en el trono un adolescente flaco, enfermizo, débil é impotente, que educa, domina y subyuga el prelado, para que Villena mande, ordene y dirija sin oposicion ni rival los reinos de Castilla y de Leon. Despues le describe un ejército numeroso, aguerrido, á cuyo frente van el marqués y su hijo Diego; sitian á Granada, vencen á los moros y ensanchan Castilla con la comarca más rica y fértil de Andalucía. Y no se detienen aquí; un pretexto cualquiera los mete en Aragon, despues en Navarra, y últimamente en Portugal. Vuelven padre é hijo llenos de gloria, y ¡qué casualidad! al entrar el invencible ejército en la capital de España muere el niño rey, que enfermizo y demacrado no pudo sostener la pesada carga del gobierno, y los grandes proclaman con el nombre de Juan III al marqués de Villena, á imitacion de los godos y de los romanos, que elegian monarca al caudillo más afortunado y valiente del reino. Ya no es la corona de Castilla y de Leon la que va á ceñir la frente de los Pachecos, es la de España entera que abraza desde Cádiz hasta el confin cantábrico, desde los Pirineos orientales hasta el último pueblo lusitano. Y si aún es poco, si tanto poderío y grandeza no bastan á saciar la ambicion del presunto monarca y su heredero, les queda la fácil conquista de Nápoles, Sicilia y el Rosellon, por donde puede llegar hasta París.

La perspectiva engaña, alucina, seduce al marqués de Villena; Acuña tiene mucho talento y lo ha dominado, confundido, y ya es suyo. Pacheco se le va á entregar. Melania es bastarda, espúria; pero ¿qué le importa á él su propio hijo si va á ser rey de Castilla, Leon, Navarra, Granada, Portugal, Aragon, Cataluña, Nápoles, Sicilia, y le obedecerán todos los grandes, los poderosos y un pueblo, en fin, de quince millones de habitantes? Se va á oír su sola voz que en breve avasallará con despotismo nefando; su altanera frente se va á elevar sosteniendo una corona de oro y brillantes; con su diestra oprimirá un cetro incontrastable, y por salones, calles y plazas arrastrará un manto de púrpura que lo iguale á los Césares.

Con voz trémula por concentrada alegría, va á pronunciar un funesto *sí* que sentencia á muerte al rey legítimo y á un inocente niño que duerme aún en el tierno regazo de su madre, abriendo á la vez el cauce del ancho rio por donde van á correr torrentes de sangre humana.

Desplega los labios y pronuncia las dos fatales letras. *Sí*, exclama balbuciente; pero el arzobispo no lo oye; un trueno desgarrador apaga el sonido trémulo y débil de Pacheco, le estremece y confunde.

En aquel fenómeno de la naturaleza ve el supersticioso Pacheco la cólera de Dios, que le grita: ¿Qué vas á hacer, infame regicida, asesino cruel? Teme mi justa ira, que si te doy aliento, puedo confundirte como al más débil átomo de arena en el fondo del abismo.

La electricidad iluminó el espacio y las habitaciones del castillo con su rojiza luz; sigue el trueno, y á su conmovedor estampido tiemblan los muros y los cóncavos repiten el eco.

El marqués no vacila ya; de una decision hija del engaño y el ingenio ha pasado á otra, temeroso de la venganza divina. Vuelve á ver á Melania bastarda, espúria, que le llama padre, y mil sonrisas sarcásticas se fijan en él con mortal ironía. Va á pronunciar ahora un *no* fuerte, decisivo; pero se fija en Carrillo, ve todo el poder de este hombre, y baja avergonzado la cabeza, sintiéndose por primera vez débil é impotente.

La Providencia sin duda vela por él; la estrella de Pacheco eclipsa la de Carrillo. Al trueno que ahoga un *sí* funesto y al pavor que embarga el *no* débil, sigue el acento salvador de un sér humano con quien no contaba el marqués y llega en su auxilio con oportunidad maravillosa.

No es el monótono alerta de los arqueros, la voz guerrera de los jefes ni el mandato del gentil hombre, la dulce y tímida de la dama ni la imprudencia de un criado: es un acento arrogante como el poder, grato como la melodía y ardiente cual el volcan, que se abre paso por entre el silbido de los aquilones para llegar potente y sonoro á la estancia donde se hallan el Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena; es el canto mágico de un trovador noble, valeroso, audaz, inteligente y tan varonil que estremece á Carrillo y lleva al semblante de Pacheco la alegría que brota la esperanza al batir sus alas de oro sobre la frente del mortal.

Ambos se miran con asombro, pero ninguno osa desplegar los labios; quedan los dos pendientes de aquella magnífica voz que ejerce tan contraria influencia y se alza al compás de una lira cuyos acordes arrebató el viento, pero cuyas frases llegan una á una hasta herir la fibra más delicada del prelado.

Dice la estrofa:

No me amedrenta el furor
De huracan, tormenta ó guerra;
Tengo un escudo de amor
Que no ha de hallar en la tierra
Temple de acero mejor.

Ahora es el Arzobispo el que vacila y tiembla; comprende que acaba de oír la voz de un enamorado, y teme con sobrado fundamento que no se pierda en el vacío. Algo ha notado en Melania para que se entregue de este modo á idea tan contraria á sus planes y deseos.

¡Con qué oportunidad canta; cómo destroza el pecho de Carrillo su temerario acento! ¡Si él pudiera cogerlo, con qué satánico placer sepultaría un agudo puñal en aquella amorosa y admirable garganta!

No osa ni aun alzar la vista del suelo. El cantor parece

que lo ve, comprende lo que sufre, goza con su martirio, y vuelve á trovar:

Por eso escuchas mi acento,
Tú, la que adora mi alma
Con invencible ardimiento,
Lo mismo entre dulce calma
Que al rugir de ese elemento.

La segunda estrofa no deja duda alguna de que va dirigida á Melania, y miéntras el Arzobispo comprende que Villena se encuentra fuera del círculo de hierro donde logró encerrarlo, aquel abre una puerta que comunica con la estancia en que se halla la jóven, observa, y por último la pregunta:

—¿Quién es ese trovador, hermosa niña?

—Hernando Alvarez de Toledo, señor Marqués, que me enamora y encanta.

—Gracias.

Vuelve á cerrar la puerta, y tornando á sentarse frente á Carrillo, le dice:

—Señor Arzobispo, Melania no tiene padres, es rica, libre, no mandais en su corazon, y por eso se lo ha dado sin permiso vuestro al valiente Hernando Alvarez de Toledo.

—Es niña aún, señor Marqués, la dirijo yo, y estoy cierto que me obedecerá en cuanto la mande.

—Creo recordar, Don Alonso, que me habeis hablado poco há de su firmeza de carácter, talento, voluntad virgen y entereza varonil.

—Ciertamente, Pacheco; mas cuando yo le demuestre la distancia que la separa de ese hidalguillo pobre, sin pasado, presente ni futuro...

—Perdonad, amigo mio; el linaje de Alvarez de Toledo se pierde en la oscuridad de los tiempos; ostenta en sus armas blasones envidiables, y ántes como ahora los individuos de esa familia rodean á los reyes, mandan ejércitos y nadie puede avergonzarse de alternar con ellos.

—Melania es, Don Juan, la más rica hembra del reino, y Hernando pobre, muy pobre.

—Alvarez de Toledo, Carrillo, es noble, muy noble, y

Melania bastarda, espúria, y nadie supo jamás quiénes fueron sus padres.

—¿Quereis un rompimiento, señor Marqués?

—¿Lo deseais vos, señor Arzobispo?

—He preguntado ántes.

—Yo no, que os estimo y sé lo mucho que valeis. Junto á vos llegaré desde el destronamiento de Enrique IV, pasando por Granada, Lisboa, Aragon y Pamplona hasta París, segun me describais ántes con tan vivos colores. Pero os ruego me dejeis en aptitud de arreglar á mi gusto los asuntos de familia. Yo haré lo mismo con vos, y con vos partiré mis glorias y conquistas.

—Sea, pero empecemos por el destronamiento de ese rey impotente, déspota, tirano, y detengámonos con la minoría del infante Alonso. Los dos seremos regentes.

—Y dueños de Castilla y de Leon.

—Y quién sabe, Marqués; pudiera morir Hernando Alvarez de Toledo, variar vos de opinion, y fija la corona de España en vuestras sienes...

—Ni el diablo tienta con más destreza y talento. Fijemos no obstante el término en la regencia, y luégo Dios dirá.

—En la regencia. Pero haciendo siervos y tributarios nuestros á los más grandes de Castilla y de Leon.

—Desde el rey hasta el último villano.

—Primero y siempre vos y yo.

—Pues parto á Madrid á cumplir lo que os he jurado.

—Pronto estaré yo en Avila al frente de poderosas huestes.

—Amistad eterna, Carrillo.

—Pacto indisoluble, Marqués.

—Estrechad mi mano, y en Avila nos veremos.

—¿Oís? Continúa todavía la tormenta.

—El que le prepara á Castilla la más grande que tuvo, no puedetemer esa que desaparecerá al soplo de un aire contrario.

—¡Pues abrazadme, y que el cielo corone nuestra obra!

Salió el Marqués, cayendo en su régio sillón el altivo Acuña.

Se ha olvidado por un momento de Melania y su amante; ahora fermenta en su pecho la ambicion, el egoismo, y ve en lontananza su estrella que le alarga la corona del triunfo.

Ya se contempla rey, mirando esclavo suyo hasta el mis-

mo Villena, de idéntico modo que el Marqués se juzga regente haciendo del prelado un siervo suyo.

Pero la alegría, la criminal satisfaccion de D. Alonso viene á empañarla nueva estrofa del audaz trovador que habia olvidado.

Dice en ella:

Dulce y tierna criatura,
 Más bella que la ilusion,
 Con tu mágica hermosura
 Nace y crece la ventura
 Que me arropa el corazon.

Al terminar, el Arzobispo se levanta; están sus ojos inyectados de sangre, el rostro encendido, la mirada sombría y la ira con el despecho rebosando en todo su sér.

—Que venga Rómulo Berenguer.

Exclama. Es su confidente, su cómplice sin conciencia, voluntad ni otra cosa que deseo de engrandecerse junto á su poderoso señor.

Acuña le dice al oido:

—Sal con veinte hombres, coge á ese coplero y muerto ó vivo aquí con él.

No necesita más explicaciones el terrible sicario; parte, y Don Alonso queda paseando por el salon como la furia contenida por dos poderes contrarios. Anda, corre por la estancia, se detiene, medita y no halla tormento suficiente para castigar la audacia del cantor. Tarda Rómulo quince minutos, que le parecen siglos al de Acuña.

Por fin llega aquel fatigado, trémulo, con la espada desnuda y la mirada siniestra.

—¿Le has muerto?

Pregunta el Arzobispo á media voz,

—¡Ha desaparecido, eminente señor! Como yo no podia estar en todas partes, el campo es extenso, los árboles ocultan, y mandaba soldados de Melania que obedecen mal cuando no reciben de ella las órdenes...

—¡Maldicion!

—Sólo vi un pobre fraile. Alvarez de Toledo huyó como por encanto; en Alcalá se encuentra, y si vos me facultais...

—¡Insensato! Se halla en el mismo sitio que ántes. ¿Oyes?

¡Canta la cuarta estrofa; maldita voz, funesto mancebo, qué de acíbar me hace beber y cuánta sangre suya ha de regar el suelo!

—¿Vuelvo á salir?

—No. Parte por el subterráneo; llega á mi palacio, y con veinticinco hombres de esos que nos pertenecen en cuerpo y alma, sorpréndelo y que muera si se defiende, y que muera si no desnuda la espada.

—Ya está sentenciado, y mañana doblarán las campanas por su espíritu.

—¿Qué esperas, Rómulo?

—Hasta luégo, señor.

—En mi palacio te aguardo.

Marchó el asesino, y D. Alonso abre silencioso la puerta que lo pone en comunicacion con Melania, entra y queda detrás de la bellissima jóven.

Hernando canta su quinta estrofa, y Melania le oye entusiasmada desde la galería, sufriendo los golpes del vendaval que hieren su célico semblante.

Termina el trovador, y la hermosa niña le arroja un beso que nadie recibe y que sólo ve D. Alonso por estar á dos pasos de ella con la razon perturbada, convulso y en horrible martirio.

De pronto la coge por una muñeca que oprime y tortura. Exhala un ¡ay! la casta doncella aturdida, confusa, dejándose arrastrar maquinalmente hasta el centro de su salon.

—¿Qué hacias ahí, torpe Melania?

Le pregunta el Arzobispo iracundo. La jóven le mira con asombro; es la primera vez que lo ve así: retrocede, medita, vuelve en sí, y con voz dulce, sonora, argentina que contrasta con el acento trémulo y descompuesto del prelado, le contesta:

—¡Me habeis asustado señor! Creí que me sujetaba la grosera diestra de un soldado, cuando con sorpresa suma me hallo frente á ese venerable traje talar. Estais, señor, demudado. ¿Qué desgracia nos amenaza?

—Contesta á mi pregunta: ¿qué hacias allí?

—Escuchaba dulce, sonora y melodiosa cancion que me extasia.

—¡Tú, la rica hembra, la poderosa, mi protegida, oyendo á un amante incógnito, á un aventurero, á un ladrón del honor más puro, de la castidad más limpia!

—Os equivocáis; el trovador es Hernando Alvarez de Toledo, noble, generoso, valiente, atento, cortés, hidalgo hasta en sus ideas más pueriles.

—¿Cómo lo sabes, quién te lo ha dicho?

—Por lo visto sólo vos lo ignoráis, señor.

—¿Has hablado con él?

—Muchas veces.

—¿En dónde, Melania?

—En la calle, en la plaza, en la iglesia, en el campo y hasta en lo más espeso del bosque. Honra estrechar su mano, señor; encanta su voz, seducen sus ideas; es un tipo acabado, eso nadie lo ignora.

—¿En la espesura del bosque!

—Salgo del castillo con velo espeso para confundirme entre la plebe y elevar con ella mi plegaria á Dios, y la mano de Hernando me alarga el agua bendita, fortalece mis ideas religiosas y me ayuda á dirigir las al Hacedor con ardientes y fervorosas frases. Voy de caza, agujoneo mi potro, corre, vuela, me sobrepongo á todos, y entre el laberinto de abetos, hayas, jaras y encinas me pierdo. Ninguno pudo seguirme; dije mal: me adelantó Alvarez de Toledo, que es maestro en ciencias, esgrima y equitación. Vuelve y me acompaña al castillo, sin que ose tocar con su manto la tela de mi camay. ¡Para qué, si es suyo mi corazón! Llegamos...

La siguiente frase espiró en los labios de Melania. Un ¡ay! profundo y lastimero hiela su sangre.

Tiembla, palidece su rostro, se contrae, y no obstante la apacible calma y resolución innatas en su elevado espíritu, se halla de pronto sobrecogida, incierta, vacilante. Aquel ¡ay! que parece arrancado á un moribundo por la agonía y el dolor, perturba su razón; pero hace un esfuerzo heróico y se domina. ¡Qué alma tan sublime!

—¡Es Hernando que le han herido!

Grita, quiere asomarse á la galería y mandar á sus soldados que le defiendan; pero está otra vez su muñeca oprimida





¡Insensata, mísera y debil muger; obedece y calla yo te lo mando!

por la diestra del Arzobispo que no le deja moverse. Mortal palidez cubre su rostro, tiembla de nuevo, y fijo su oído en el campo, oye choque de armas y voces varoniles que destrozan su tierno corazón.

Carrillo la mira como el tigre á su víctima; tira de ella y á sus súplicas contesta:

—¡Insensata, misera y débil mujer, obedece y calla; yo te lo mando!

No hay lágrimas ni ruegos que ablanden aquel corazón de bronce, aquella voluntad de hierro. Sigue tirando de la encantadora beldad, la arrastra, llega á su alcoba, y encerrándola en ella, exclama:

—¡Duerme! ¡Al despertar el nuevo día tu débil espíritu tendrá una ilusión ménos y la tierra un cadáver más!

Aceleradamente atraviesa los pasillos, da órdenes, y por el subterráneo frío y silencioso se dirige á su palacio con el vehemente deseo de oír decir á Rómulo:—Hernando Alvarez de Toledo pagó con la vida el delito de haber cantado cinco estrofas sin permiso de mi señor.

Antes de pasar adelante debemos advertir al lector que la mayor parte de nuestro relato es histórico; lo extraño, anómalo, inverosímil que hay en él, acháquelo á la época sangrienta, cruel y extraña que hemos elegido para fundamento de nuestro libro. Es el final de la Edad Media y el período más turbulento que registra la historia; pero en breve, al morir Enrique IV, aparecerán en nuestra obra Isabel I y Fernando V con el principio regenerador de la Edad Moderna.

Vamos á añadir unas cuantas frases sobre el período histórico que describimos, para que el lector pueda comprender si hemos tenido buena ó mala elección.

No es la Edad Media, como se ha supuesto equivocadamente, un gran paréntesis en la historia del mundo; fué la tempestad furiosa, desencadenada, larga y cruel que vino á purificar la atmósfera, preparando con el martirio de la humanidad el día sereno y apacible de la civilización y cultura que empiezan á verse en la Edad Moderna. La Edad Media no tiene pensa-

miento fijo ni propio, sino reminiscencias de las grandes ideas que dominaron hasta entónces. A la ambicion de los imperios reemplaza el orgullo de raza; al génio de la conquista el sentimiento de la venganza; á las pasiones heroicas las costumbres groseras, feroces y mezquinas; á la antorcha de la ciencia los opacos resplandores de la imaginacion. Se pierde la idea de todo derecho para que aparezca el favoritismo, el pillaje, la fuerza bruta, y no son bastantes para contener á los espíritus ardientes y belicosos las fragilidades de la edad, la dulzura del sexo ni el horror de la desgracia. El egoismo inquieto é insaciable aniquila, destruye, mata las más esplendorosas ilusiones, y la brillante aureola de la religion queda empañada y cubierta por la intolerancia, el abuso, la supersticion, las preocupaciones y el más absurdo fanatismo. El dedo de la Providencia señala por fin el término de época tan pavorosa, y España deja de ser pasto sabroso del musulman, de dividirse en pedazos que la consumen y debilitan, para presentarse ante el mundo más grande y civilizadora que lo fué nacion alguna. Al débil é impotente Enrique IV, suceden Isabel I y Fernando V; al intransigente y fiero Marqués de Villena, Gonzalo de Córdoba; y al terrible Alonso Carrillo de Acuña, Arzobispo de Toledo, el inmortal Jimenez de Cisneros. Cesan en su mayoría los grandes crímenes; se templan el fanatismo y la supersticion, la intolerancia y la crueldad, y nuestra patria, tan desgarrada y mísera poco ántes, es dueña de un Nuevo Mundo que fertiliza con la savia de una cultura ignorada por completo en aquellas apartadas regiones del gran continente americano, que puebla, ilustra y modifica. Demos tregua, en consecuencia, al estudio del presente, que tan conocido nos es, y penetremos á fondo en la conclusion y principio de las Edades Media y Moderna respectivamente, que no nos han de faltar narraciones de grandes crímenes, de hechos heroicos inspirados por el amor ó la guerra, de milagros *portentosos*, de revelaciones *sublimes*, de emboscadas y deslealtades, de nobleza é hidalguía y de lances caballerescos con que recrear nuestra ardiente imaginacion.

CAPÍTULO II.

Alcalá de Henares.—Un padre y un hijo como hay pocos.—Contraste.—El donado sublime.—Lo que era un sabio en el siglo xv.—Los dos hermanos.—El trovador.

Es preciso, amigo lector, retroceder un poco en tiempo y lugar.

Continuamos en Alcalá de Henares, nobilísima ciudad en que vió la luz primera nuestro maestro Cervantes. Fué centro de concilios, de Córtes y de la renombrada Universidad que fundó el Cardenal Cisneros.

Tiene, segun hemos dicho, elevado muro, aquel que abrieron sus entusiastas hijos para que entrara triunfante el vencedor de Orán, pareciéndoles chicas sus puertas para atravesar por ellas tan grande hombre.

Son las cuatro de la tarde del mismo dia 6 de Enero de 1462; es decir, que las escenas anteriores las hemos adelantado siete horas.

En una calle estreha de la ciudad, formada por edificios de aspecto en general poco agradables, hay uno grande, antiguo, de fachada ennegrecida por el tiempo y el rigor de la intemperie, y en cuya parte superior, labrado en piedra, se ostenta el escudo de la nobilísima casa de Alvarez de Toledo.

Entremos.

Su ancho zaguan está empedrado; sigue un patio que rodean cuadra y habitaciones de sirvientes, y concluye la planta baja con un pequeño jardín que sólo tiene cuatro viejos y arrogantes abedules, dos cipreses y seis albicias con rosales, adelfas, claveles y multitud de plantas odoríferas que embellecen y perfuman aquel recinto en la primavera y parte del verano. Ahora los troncos y ramas desnudos y agobiados sufren el rigor con que las frías brisas de Enero vienen á saludar desde Guadarrama á los habitantes de Alcalá.

En las cuadras hay tres hermosos potros de pura raza árabe, de alzada, con la edad en la boca y el poder en la sangre.

Penetremos en el piso principal.

El estrado se compone de un salón, cuyos muebles cuentan más de un siglo; son de nogal y seda; hay espejos, varios escudos de armas y otros adornos tan antiguos como excelentes.

Junto á este salón existen dos alcobas en las cuales duermen el dueño de esta casa y su hijo único.

Hay además una extensa sala de armas poblada de trajes y de toda clase de instrumentos de guerra; contiene también un gimnasio, donde desarrolla sus fuerzas de continuo el heredero de aquella vivienda.

A la sala de armas sigue una cámara de estudio con abundantes libros, los mapas conocidos hasta entónces, instrumentos de matemáticas, de otras ciencias, y lo necesario para escribir con comodidad.

Más allá, espacioso comedor con vistas al jardín, presenta aparador, mesas, sillas de nogal, cubiertos de plata, con una regular vajilla fabricada en España. Los platos y muchos muebles ostentan los cuarteles que el dueño heredó de sus antepasados.

Siguen el guarda-ropa, cámara de vestir, cocina y despensa, con las cuales se completa el todo de esta vivienda.

Además del señor de la casa y de su hijo, habitan aquel edificio cuatro sirvientes, que son: una ama de llaves, el encargado de la cocina, criado, y un viejo escudero.

Se llama el dueño Juan Alvarez de Toledo, y tiene por hijo, heredero y amigo á Hernando, amante de Melania.

Ambos concluyeron de comer y hablan ahora de sobremesa.

—Mal dia está, hijo mio,—dijo D. Juan con ternura.—
¿En qué vas á emplear el resto de la tarde y la noche?

—Si tú, padre amado, no te opones; si puedes prescindir de mí, haré gimnasia, que hoy no me dejaron ejercitar el gran asalto y la funcion religiosa á que asisti contigo, y luégo Dios dirá.

—Admirable estuviste hoy; los mejores maestros sucumben al medir las armas contigo. Siempre hallas una nueva estocada, un movimiento ó arranque inusitado que te sobrepone á los más hábiles.

—Pues dicen, padre mio, que sólo estoy valiente y poderoso en las academias, y se fundan en que jamás desnudé la espada en el campo del honor.

—Guay el dia, mi querido Hernando, que te echés á fondo con intencion de herir. Conozco tu valor, sangre fria, destreza, y estoy seguro que matarás sin que toquen á tu cota de malla ó sayo; pero rehusa el combate cuantas veces puedas, siempre que el honor no te obligue.

—Ya lo hago, señor; tus consejos son para mí órdenes que obedezco con placer.

—En ocasiones dadas y entre esa multitud que faltándole inteligencia pretende suplir la razon con el acero, habrás tenido que violentarte muchas veces, Hernando.

—No lo creas; dispongo de gran predominio sobre mí, hallo siempre una réplica oportuna, y hasta ahora me agrada mi retraimiento de los combates.

—Esa conducta, ¿para qué te lo he de ocultar! y todas tus acciones, Hernando mio, forman mi felicidad; y cuenta que no hay padre más dichoso en la tierra.

—Me alegre, y no me extraña, porque nosotros somos hermanos, amigos, compañeros, y en verdad que todas nuestras cuestiones se redujeron á demostrarte yo que te amo más que tú á mí...

—Al contrario, yo te probé...

—Que eres el mejor de los padres, ya lo sé.

—¡Ay, no estoy satisfecho de mí, Hernando! Por culpa mía eres el más pobre de todos los individuos de nuestra familia.

—¡Pobre dices, y disponemos de una renta de dos mil ducados anuales! ¿Qué nos falta á nosotros?

—Casi todos nuestros parientes se enriquecieron sirviendo á D. Juan II ó á su hijo Enrique IV, y yo te dejaré ménos herencia de aquella que recibí de mi padre, cuando pude haberla aumentado con castillos, señoríos...

—Hiciste bien con no volver á la corte, y yo te lo aplaudo, señor. Tu bondad, nobleza de alma, generosos sentimientos é hidalguía, no hubieran podido permanecer mucho tiempo junto á ese rey que no se le conoce una sola virtud, y entre unos grandes que más parecen bandoleros que infanzones. Repito que hiciste bien en quedarte á mi lado, padre mio; tenemos de sobra con lo que heredaste de tus antepasados. Nada envidia, pero si alguna vez necesitase más, creo que lo lograría fácilmente...

—¿De qué modo, Hernando?

—Con mi pluma, señor; con el gran desarrollo intelectual que debo á la admirable educacion que me diste, y en último caso, sobre mi caballo tordo, venciendo á esos valientes de hoy que los ciega el coraje, les aturde la ira y descompone por completo el despecho. Debe ser cosa muy fácil á un hombre de vista clara, como yo, herir dónde y cuándo quiera á uno, dos, cuatro ó seis de esos desgraciados, en quienes todo es fuerza material, tan bruta y miope que sólo puede ofender á los de idéntica índole.

—Cierto, hijo mio; pero si alguna vez ambicionas más, si deseas esplendor y riquezas, rehuye en lo posible adquirirlas destruyendo á tus semejantes.

—Es lo convenido entre ambos, padre amado, y mi resolución afirmativa es tan fuerte y segura como tu cariño hácia mí. Y te dejo, señor, que va á anochecer y me espera mi gimnasio.

—¿Y luégo, Hernando?

—Despues voy á visitar al reverendísimo abad de San Benito, á su donado y al padre de este.

—En ese caso te esperaré levantado; con tres horas tienes bastante para todo eso.

—No, padre mio; con el último, estudio ciencias y algo más; ya sabes que es un sabio.

—¡Hoy, dia de los Santos Reyes!..

—Para aprender, elevar la inteligencia y fortalecer la moral nunca es dia feriado, padre mio.

—Está bien; iré á buscarte allí y nos retiraremos juntos.

—No te molestes; es posible que no vuelva á casa hasta mucho más tarde de concluir con ese sabio.

—¿Qué vas á hacer despues?

—Yo no sé mentir, padre mio, y me pones en un grande apuro.

—Yo lo diré por ti. A pesar del frio que hace, de la oscuridad de la noche, del cierzo que azota el rostro y del peligro que ofrece la saeta de un ballestero ó la pelota de un arcabuz, irás como dia festivo, junto á los muros de un castillo, á mover las cuerdas de tu lira y á entonar dulce y apasionada cancion.

—¿Quién te lo ha dicho, señor?

—El que ama, cela y averigua, Hernando.

—Dijiste la verdad, y yo no sé negarla.

—Esa bellissima jóven, rica, poderosa y enamorada de ti, tiene un protector capaz...

—No me asustes, padre mio, con el arzobispo de Toledo; es un ministro de Dios, digno del mayor respeto y consideracion.

—Es un prelado altanero, impetuoso, vengativo, y con tanto poder que al primer soplo de su poderoso aliento, tu vida...

—¿Así hablas, señor, tú, tan religioso y bueno, de un ministro del altar? ¿No crees, por otra parte, en mi ángel de la guarda? ¿Dudas de mi padre Dios?

—Haga el cielo, Hernando, que esos amores funestos no enturbien la dicha y ventura que á ambos acarician.

—Ten confianza en tu hijo, padre débil, padre que se contradice. Unas veces me crees incontrastable, y con un talento suficiente á destruir cuanto se oponga á mi paso, y otras me juzgas víctima hasta de un inofensivo sacerdote.

—No dices ahora lo que crees, Hernando, y esa ironía me lastima. Tú sabes muy bien lo que es, lo que vale, lo que puede, lo que hará D. Alonso Carrillo de Acuña en el momento que descubra que su protegida, sér al que más quiere en el mundo, jóven la más rica de la comarca, fijó sus ojos en un mísero noble, en un hidalgo *de gotera*, como nos llamará ese elevado señor.

—Pues si lo sé, si comprendo el terreno que piso é insisto, déjame, padre mio, que ya tengo veinticuatro años y sé andar por el mundo.

—Yo tambien fui joven, Hernando, y recuerdo que el amor ciega al hombre más lince.

—Si me hallara sin vista, recurriré á Dios y al ángel de mi guarda.

—Si en empresa tan difícil y arriesgada perezes, no me quedaré yo solo en este valle de amargura. Cuenta, por lo ménos, Hernando, con este tu verdadero amigo.

—Es otro inconveniente más, señor; otro yo á quien tengo que defender, pero no importa; sin audacia ni pretension ridícula puedo decir que salvaré á los dos. Un abrazo y hasta mañana.

—¡Dios misericordioso nos ayude y defienda, hijo del alma!

Y ambos se pararon, Hernando para dirigirse á la sala de armas, y su padre salió de casa solo y embozado en su manto. El primero se cogió al trapecio, brillando en sus labios una sonrisa que expresaba confianza absoluta y satisfaccion; el segundo bajó la escalera velado su rostro con un tinte que revelaba desconfianza y melancolía.

Con el anterior diálogo hemos querido dar á conocer el cariño que se profesaban padre é hijo, la identidad de sus pensamientos y la nobleza de alma que los asimilaba.

Don Juan Alvarez de Toledo es alto, delgado, fisonomía

enjuta y agradable; tiene más bondad que talento y más talento que valor, sin ser cobarde. Representa los cincuenta y ocho años que ha cumplido; algo canosos el bigote y la cabellera, se encuentra todavía fuerte, sano y vigoroso.

Su hijo Hernando Alvarez de Toledo es un tipo acabado como hombre y como caballero; su estatura pasa muy poco de regular; ancho de hombros, carnes de hierro que concentró en la gimnasia, fuerzas hercúleas multiplicadas con el trapecio, las pesas, la equitación y la esgrima. Tiene el rostro tan perfecto como varonil, moreno claro, ojos negros y rasgados, mirada penetrante, melena y bigotes de azabache, ligero en sus movimientos, maduro en las reflexiones, y pesado, tenaz en sus propósitos, se presenta simpático, admirable desde la primera impresión que causa su interesante figura ó excelente actitud.

Estudiado más á fondo, comprendidas las cualidades de su alma, sorprende el conjunto de un modo indescriptible. Le es conocida, hasta en sus menores detalles, la historia; buen matemático, posee además varios idiomas, y habla á la perfección castellano, latin y árabe. Improvisa versos, mueve las cuerdas de su lira con destreza suma, es un gran ginete y maestro de maestros en esgrima.

Nos estamos refiriendo á un hombre que existió y del que la historia hace muchos y merecidos elogios.

Es sagaz, pensador, inteligente, reflexivo, penetrante, precavido, fuerte como el leon ante el peligro, sereno y frio cuando tiene necesidad de defenderse, y afable y bondadoso hasta lo infinito con cuantos seres llama amigos, deudos, protegidos ó protectores; representa veinticuatro años.

Esta es la pálida silueta del arrogante mancebo que tan mal rato dió con sus trovas al arzobispo D. Alonso, y al que debemos seguir ahora para averiguar, entre otras cosas, lo que le ocurrió con los soldados de Acuña, y si habia ó no perecido al exhalar aquel ¡ay! que Melania juzgó arrancado por herida mortal.

Eran las cinco cuando entró en el gimnasio, y allí perma-

nece una hora trabajando; despues cubre con calzas la espesa cota de malla, buena espada al cinto, y embozado en su manto sale á las seis y media en direccion del convento de San Benito.

Aguardándole están el abad y su donado. Estos dos hombres van á desempeñar un papel importante en nuestra historia, y es necesario, por lo tanto, que el lector los conozca bien.

El abad fray Cirilo de San Benito es alto, grueso, tiene sólo 32 años de edad y llama hermanos á Troilo y á Melania. A esta circunstancia era debido el pleno goce de la abadía que disfruta.

Dicen que siendo niño dió una caida, y que desde entónces aparece algo perturbado su cerebro. Esto aseguran; pero en la historia se presenta por sus hechos, crédulo, fanático, intolerante con lo que no comprende su escasa inteligencia, y dócil, sumiso y hasta servil con los que saben engañarle. Su educacion extraña, severa y aislada, su dificultad en comprender lo arduo, y otra porcion de circunstancias especiales, le proporcionan virtudes nimias que el público comenta y aplaude; lo que unido á algunos milagros hechos con la hipócrita ayuda de su donado, le valen el que la ignorancia empiece á tenerle en olor de santo. Y como la conducta de su gran protector y *padre adoptivo*, el arzobispo de Toledo, forma antítesis de la suya, crece la fama de beatitud de fray Cirilo entre la mayoría de los que no están en las interioridades de lo que pasa en aquel extenso y rico monasterio.

Casi todos los frailes lo conocen bien, y aun cuando en su presencia le guardan todas las consideraciones debidas á su alta jerarquía y la obediencia y sumision impuestas por lo estrecho de la órden, no faltan á su espalda maliciosas sonrisas que dicen más con su silencio de lo que al abad conviene.

Su predilecto donado se llama Sion Abiabar; es hijo de un sabio judío convertido al catolicismo, nacido en Lérida, y de la nodriza que tuvo Hernando Alvarez de Toledo, del que es, por lo tanto, hermano de leche, y al único sér acaso á quien profesa entrañable cariño.

Era Sion Abiabar la antítesis de su señor el abad, física y moralmente considerado; hijo de un sabio, desarrolló grandemente su inteligencia; pero bien fuese por índole ó por otras causas, es lo cierto que Sion une á su sagacidad y talento toda la hipocresía, agudeza y astucia de un verdadero truhan. Ante la comunidad ó el público es en general un criado sumiso y respetuoso de fray Cirilo; pero á solas con él ó delante de Hernando, se trasforma en consejero, amigo y hasta impositor del abad. Conoce perfectamente todos los *flacos* y *fuertes* de su reverendísima, y siempre muy en sí, excesivamente cauteloso, llegó á hacer del fraile un instrumento que maneja á medida de su deseo, como lo exigia la conveniencia.

Teniendo talento y todo el favor del abad, ¿por qué no era fraile, y si un mísero sirviente, en apariencia al ménos?

Su padre, que era sabio y médico, no profesaba el catolicismo aun cuando fingia lo contrario; no era tampoco judío en creencia religiosa; era, segun él decia, filósofo, y jamás quiso que su hijo jurara aquello en que él no creía, ni á Sion le agradaba tampoco la castidad, encierro y ciega obediencia que impone la antiquísima orden de San Benito ó cualquiera otra religiosa.

Perseguido su padre en Cataluña por los cristianos, se vino á Castilla, supuso abjurar en Alcalá, quedando bajo la proteccion del bondadoso Don Juan Alvarez de Toledo, cuyo hijo crió, segun hemos dicho ántes, su mujer; pues el matrimonio Abiabar llegó pobre á Castilla y la esposa tuvo que hacer ese sacrificio para ahuyentar la miseria de su marido é hijo Sion.

Don Juan Alvarez de Toledo partió por ese tiempo á la guerra, y al regresar años despues se hallaron viudos Abiabar y él.

Concretado D. Juan á la educacion de su hijo querido, asistió de la corte y de cuanto con ella se relacionaba, acabando por perder la poca influencia que sus hechos de armas le dieron ántes.

Por este tiempo vivia el sabio Abiabar dedicado al estudio y práctica de la medicina.

Su hijo Sion creció.

Y andando más el tiempo, empezaron á murmurar del ex-judío; quién le suponía hereje, quién brujo, y hasta hubo quien pretendió ver en sus admirables curas arte diabólico.

Este rumor le hubiera podido costar nueva emigración, en el caso de tardar más una circunstancia salvadora del presente y del porvenir, que llegó como llovida del cielo.

El bendito fray Cirilo se había aficionado al hijo del sabio, y sabiendo lo que decían de su padre, mandó construir una casita junto al convento, en la cual cobijó á los dos Abiabar con paternal solicitud. Esta egida de padre é hijo acalló todas las voces, y con no visitar el sábio más enfermos, quedaron ambos sin peligro alguno que temer.

Sion empezó llevando á su padre la comida del convento. Hecho abad fray Cirilo, tuvo aquel su racion como cualquier religioso, conducida por el portero; y siendo donado Sion y manejando al reverendo segun su deseo, dispusieron padre é hijo de mucho dinero, logrando el primero convertir su casa en gabinete de física, química, historia natural y matemáticas.

Abiabar era un sabio que sólo se cuidaba de la ciencia, de enseñársela á ratos perdidos á Hernando, y de reir á veces con los epigramas, gracejo y oportunidades de Sion.

Estos son el abad, el célebre donado y su padre. Los últimos eran bajos de estatura; Sion tenía poca más edad que su hermano de leche, y el sabio cumplió ya 70 años.

Hemos dicho anteriormente que los dos primeros aguardaban á Hernando. Entra éste, la puerta de la extensa y magnífica celda principal del convento se cierra para todos los de fuera, y Alvarez de Toledo se sienta junto al abad.

Fray Cirilo pide á Sion dulces, bizcochos, un vino excesivamente añejo y los tres dan fin del contenido de la bandeja y botella, con sobriedad los dos más jóvenes y glotonería el otro.

Por consejo de Sion, el padre Cirilo distinguía á Hernando más que á ninguno de cuantos entraban en su celda.

Nuestro admirable jóven, conociendo lo útil que podía ser-

le la influencia y cariño del abad, hermano de Melania, le dedicaba una hora todas las noches, en la cual fué poco á poco haciéndose querer entrañablemente del fraile.

Terminada su cotidiana visita, abandonó el convento con un signo dirigido á su hermano de leche, que aquel bribon comprendió admirablemente.

Acto continuo entró en la casita de Abiabar, al que halla trabajando como de costumbre.

—¿Qué haces?

Pregunta al ex-judío, entrando.

—Poca cosa, mi querido Hernando,—le contesta aquel;—analizo esa tierra y estudio el mundo en que vivimos.

—Para mí eso es mucho.

—Lo creo; pero la casi totalidad de los hombres lo juzga un delirio de mi mente.

—Peor para ellos, Abiabar.

—Cierto, Hernando; no conocen la dicha, la verdadera felicidad, y es lo más triste que desconocen completamente á Dios.

—¿Te vas á la filosofía?

—Oyeme tú, que eres mi único discípulo. Cuando á las altas horas de la noche duerme Alcalá en pavoroso silencio; cuando las aves niegan al mundo su más débil gorjeo; cuando los árboles parecen negros fantasmas y los montes inmóviles gigantes, testigos sólo de la admirable obra de su sublime Creador, entónces, trémulo yo por la alegría, henchido por delirantesatisfacción, voy poco á poco colocando todos mis instrumentos astronómicos sobre la torre que mandé construir hace dos años en esta casa. Nadie me estorba ni distrae; el agua del caudaloso Henares se desliza frente á mí cual faja de plata, gimiendo como el huérfano en Alcalá á los piés del lecho mortuorio de su padre. Mi mirada, humilde ántes y altanera ahora, se fija con desden en esos palacios, castillos y conventos en que duerme el hombre abrazado á su ignorancia, en que descansa el mortal, rendido de tanta fatiga por las torpezas que cometió durante el día. En esas horas soy yo el caballero feudal, el señor de vidas y haciendas con toda la voz

real, el gigante. ¡Qué antítesis, amigo mio! Por el día el más mísero, el último de todos; por la noche, abarcando con mi mirada de águila el universo entero, el primero de todos.

—Te equivocas, Abiabar; á todas horas y en todas partes eres tú en Castilla y en Leon el hombre más sabio que existe.

—De ser cierto, mucho vale tambien aquel que lo conoce y le comprende.

—¡Qué supongo yo ante ti, incomparable amigo! Pero continúa, que, como de costumbre, me parece que voy á ser sorprendido por alguna gran idea, algun nuevo descubrimiento debidos á tu incansable estudio, á tú profundo talento.

—Decia, que al retirar mi vista de tanta miseria humana como se agita á mis piés, me fijo en el cielo y empiezo á recibir con creces la recompensa á mis ayunos y vigiliás, á mi constante amor á la ciencia. Vosotros, los que desconocéis la astronomía, mirais en las estrellas manchas lucientes con que la tierra adorna el techo que la cubre; yo, por la inversa, contemplo sistemas planetarios, multitud de mundos mayores que el nuestro, que giran como el nuestro; y miéntas vosotros reducís la gran obra del Hacedor á esta pequeña tierra, nueva en su origen, yo la admiro inmensa, inconmensurable en mil y mil mundos que distingo claramente sobre mi cabeza, de frente, atrás y en los costados. Mundos, Hernando, cien veces más grandes que el que habitamos y con millones de siglos más antiguos que él.

—¡Qué dices, Abiabar!

—La verdad, como siempre, hijo mio; no son estrellas ni luceros eso que contemplas; son mundos. La Luna, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, Vénus, Pala, Vesta, Hurano, todos son mundos creados por la omnipotencia de un Dios grande é incomparablemente más sabio y poderoso de lo que vosotros lo creéis.

—¿Puedes probar lo que dices?

—La noche que quieras; en la presente, cuando se haya despejado la atmósfera de las muchas nubes que ahora la pueblan.

—Hoy me es imposible, Abiabar, pero no tardaré en exigirte el cumplimiento de tu palabra. Antes dime: ¿de qué son esos mundos?

—Se formaron, como éste, de materia cósmica é ígnea; en la naturaleza existe unidad sublime.

—¿Y qué hay en esos mundos, sabio amigo mio?

—Hijos de Dios como en este. ¿Para qué puede hacer el padre terrenal las casas, los palacios y los castillos, sino para que los habiten sus hijos?

—Eso no lo has visto tú, Abiabar.

—Me lo ha dicho la consecuencia lógica y natural del hecho, me lo enseña la razon, y lo contemplo con la vista de la inteligencia, con los ojos del alma; los del cuerpo son pequeña cosa para poder distinguir cosa tan grande.

—Te voy á dar un consejo, Abiabar: dime lo que quieras, enséñame toda tu ciencia, que yo te admiraré agradecido, pagándote tan inestimable favor con el respeto y cariño que ya te profeso; pero ocúltaselo á todo el mundo, á mi mismo padre, á tu hijo, por que si lo averigua la multitud, serás el blanco de la befa y el escarnio, de la piedra y el palo, cuando no de la pelota y la flecha.

—No me importaria, mi querido Hernando, servir de burla y chacota á tus paisanos, ni que á la postre me asesinaran, si lograrse hacerme comprender de alguno, y legar por ese medio á las generaciones venideras todos mis descubrimientos é ideas; pero ¿no me entienden; de nada servirian mi abnegacion y martirio! Sólo tú, amigo mio, llegas á mi templo, comprendes y adoras la verdad, cuando yo, con mano trémula, descorro el velo que la cubre. Tiempos vendrán en que el hombre pueda abrir á sus semejantes los arcanos de la ciencia, y entónces se multiplicarán por el mundo los grandes descubrimientos que hoy escondo yo cuidadosamente en el fondo de mi alma. ¡Sabios del futuro, no sereis los primeros; la obra de Dios es para todos sus hijos, y hemos podido admirarla ántes que vosotros los que le amamos sin fanatismo y con el trabajo y la paciencia quisimos penetrar en el alcázar

de la sabiduría, despojándonos al efecto de todo lo material que interrumpe nuestro gigantesco esfuerzo!

Ya hemos dado á conocer lo que era el primer sabio de la época en que pasa nuestra historia; acto indispensable para el concierto y buen orden de las escenas de este libro; y ahora volvemos á reanudar la interrumpida narracion de los hechos que indudablemente desean conocer nuestros lectores.

El jóven Alvarez de Toledo prosiguió recibiendo lecciones del eminente Abiabar hasta las diez de la noche, en que llegó Sion, con la capucha de sus negros hábitos echada y temblando de frio.

—Buena noche, padre,— exclama entrando.—Adios, hermano. Corre un cierzo que hiela las palabras y pone los hábitos por montera.

—Bien venido, hijo mio,—le contesta su padre;—¿qué te trae á estas horas por aquí? ¿Cómo abandonastes al padre abad?

—Duerme como un liron, no, como un hipopótamo víctima de laboriosa digestion, y el resto de la comunidad descansa ó no descansa, eso á mí no me importa; pero yo, que estoy desvelado, me escurrí por la puerta falsa, de cuya llave soy poseedor, y vengo á estrechar la mano querida del nigromántico Abiabar, del sabio, del profundo sabio he querido decir; y hecho esto, departiré con mi hermano Hernando una horita ó lo que él quiera. Con que vámonos, apuesto doncel.

—¿Por qué me dejais, Sion?

—Los sabios se rien de las puerilidades de la juventud ignorante, necesitando por otra parte el tiempo de que pueden disponer para crear mundos nuevos, componer este de la manera que más les agrada y resolver problemas como el de la llueca, que de un solo huevo sacó una pollada de trescientos setenta y siete hijuelos.

—Siempre irónico, malicioso y burlon.

—Eso es aquí, padre mio; en el templo, la celda ó la calle soy grave, mesurado, digno *attatere* de un reverendísimo abad que hace milagros y otra porcion de cosas que tu ciencia, se-

ñor, no alcanzará nunca. Nosotros tenemos más talento, es decir, un talento de efectos más positivos.

Abiabar y Hernando sonrieron, contestándole el primero:

—En algo tienes razon; sois jóvenes, yo muy viejo, y vuestras mútuas ideas deben asimilarse mucho más que las mías. En la sala teneis luz; cuando salgais cerrad la puerta, y hasta mañana, hijos míos.

Abiabar los estrechó con la misma paternal ternura, y sentándose sobre una mala silla de anea y pino, continuó el análisis que estaba haciendo.

Los dos jóvenes pasaron al estrado de la casa, que era una pequeña sala con doce sillas groseras, una mesa y una luz. Los sabios no pueden ni quieren ni deben tener otro ajuar; todo lo que no sea ciencia y filosofía, lo juzgan superfluo.

Solos ya Hernando y Sion, dijo el primero al segundo:

—He oido decir al abad que se halla en el castillo de Melania el Arzobispo de Toledo.

—Y lo que es peor, Hernando, está con él el Marqués de Villena.

—¡Qué dices, Sion!

—Y lo que es más peor, conspiran.

—Me alegro.

—Y lo que es infinitamente peor, piensan dar una patada en cierta parte á Enrique IV, mandarlo á paseo, y poner en su lugar á ese infante flaco, descolorido y medio tísico, hermano menor del rey.

—¡A Don Alonso!

—Cabal.

—¿Te consta á ti eso, ó es la continuacion de tu eterna broma?

—Contigo no me chanceo nunca, hermano; para ti no hay en mi boca epigramas, ni en mi corazon veneno, ni en mi alma otra cosa que cariño. ¿Lo dudas?

—No, por Dios.

—¡Qué gallardo vienes esta noche, qué gentil y apuesto!

Y como yo conozco tu valor, tu sangre fria y el gran talento que brota de tu masa encefálica, como diria mi padre...

—No me adules, Sion.

—Eres mi querido hermano de leche, mi compañero de infancia, el discípulo amado de ese pobre Abiabar, el único noble que á mi padre y á mí no nos desdeña ni se cree rebajado hablándonos, ni nos humilló...

—Es todo lo contrario, Sion. Tu padre lo es mio tambien, y en ti veo mi solo hermano en el mundo.

—Por todo eso y algo más, cuando hablo contigo, cuando se trata de ti, desaparece el hipócrita, el mojigato, el embusterero, el sagaz con doblez, para presentarse un leon capaz de morir por ti mil veces, de esprimir su ingenio hasta apurararlo en obsequio tuyo.

—Todo eso es cierto, y jamás has de tener queja del que te devuelve con usura tu cariño. Pero al grano, Sion, que es tarde.

—Al grano, hermano mio. ¿Qué quieres?

—Tú sabes escribir.

—Con pluma de ave, correctamente y tan ligero como un meteoro.

—Entónces no te habrás dejado en el tintero cosas tan importantes como me revelaste respecto á la conspiracion de Villena y el Arzobispo.

—Me haces justicia, y hé aquí la prueba.

El donado entregó á su hermano un largo escrito, que este leyó dos veces, demostrando al concluir sorpresa y complacencia.

—¿De qué medio te has valido, —le preguntó,—para sorprender secreto tan importante y trascendental?

—No conviene que hablemos de los medios, Hernando.

—¿Por qué?

—Porque tú y mi padre desconocéis por completo la época, la gente de hoy, y de continuo reprendéis los medios de que yo hago uso, porque os vais tan adelante que os dejais atrás lo bueno de ayer.

—No, Sion; consiste en que sueles emplear mal tu gran imaginacion, tu talento, que alguno tienes; y es tan elástica tu conciencia...

—De fraile, hermano mio; como que vivo entre ellos.

—No; en esas comunidades hay eminentes varones, modelos de virtud...

—Y bribones...

—Sella el labio, Sion, y no murmures de los que, llenando mal ó bien su cometido, pertenecen á una clase digna de respeto y consideracion.

—No es fácil, hermano, que me hables una sola vez sin sermonearme.

—Quiero tu perfeccion, deseo ver en todos tus actos nobleza é hidalguía, bondad en tu carácter...

—Cuando te hayas casado con Melania, seas poderoso, no te amenace peligro alguno de los que continuamente te ayudo á conjurar y no necesites de mí ni del abad, á quien yo domino, entónces arrojaré estos negros y raidos hábitos, y con ellos todo mi pasado, para entrar en un porvenir que me presente digno de mi noble y caballero hermano Alvarez de Toledo.

—Es verdad, Sion; con tus travesuras, manga ancha é ingenio, aplicado no siempre al bien, me ayudas poderosamente á destruir los peligros de que me veo rodeado, y en verdad que sin tu auxilio, malo y todo, no lo habria pasado bien. Y es lo más triste que nunca me has sido tan indispensable como ahora.

—Pues es lo más grato para mí.

—Al grano, Sion.

—Estoy esperándolo hace media hora.

—Voy á cantarle unas cuantas trovas á Melania.

—¡Qué dices, hermano mio!

—Ya lo has oido, y te consta que jamás desisto de empresa que quiero realizar.

—¿No obstante el aquilon que azota y hiela, del agua que va á caer y de la tormenta que se prepara?

—Sí.

—¿A pesar de hallarse en el castillo el terrible Arzobispo de Toledo?

—Sí.

—¿De estar acompañado del Marqués de Villena?

—Sí.

—Esta noche si no nos parte un rayo nos ahorcará Don Alonso Carrillo de Acuña.

—¿Temes?

—Por ti.

—Con tu poderosa ayuda, me atrevo yo á escalar las estrellas.

—Coge tu lira, miétras yo hago provision del oro que tengo en ese cajon.

—¿Para qué lo quieres?

—¡Brava pregunta! Tú conjuras el peligro con tu talento y hábil espada, la más hábil que conozco; yo con mi ingenio y dinero. Y ciertamente que unidos esos cuatro elementos, forman una potencia capaz de todo.

—Di, Sion, ese oro que guardas, ¿es de las ánimas benditas?

—No; de San Pascual Bailon, el cual, si le pagan bien, avisa media hora ántes al que se halla en la agonía, de que su fin es llegado.

—¿Y hay quien dé dinero por eso?

—Tanto, que ni yo, administrador hoy del santo, he podido averiguarlo.

—Por tercera vez te llamo al orden. Al grano, y oye mi plan.

Hernando refirió á Sion los medios de que se iba á valer para cantar trovas á Melania, y la manera de combatir por ambos las consecuencias que él prevía.

Acto continuo templó su lira, y los dos salieron de la casa.

Distaba el castillo de allí poco más de trescientas varas.

Ya en el sitio elegido, Sion se situó en una eminencia, desde la cual dominaba el frente del castillo y parte de los alrededores, y Hernando quedó lo más cerca posible del salon de

mosáicos de oro y piedras preciosas, donde suponía que estaba Melania.

El cierzo arreciaba por instantes; caían grandes gotas de agua y la tormenta empezó á desarrollarse, cuando Hernando, despues de algunos preludios que nadie escuchaba, hizo oír á todos los habitantes del castillo el caudal de voz de barítono con que la naturaleza lo habia dotado

Sin que nadie se lo impidiera entonó su primera, segunda y tercera estrofa, distinguiendo impasible á la luz de las hachas de viento la salida del castillo de D. Juan Pacheco y comitiva. Este incidente sólo aumentó breves instantes la pausa de una á otra estrofa.

Melania lo escuchaba con éxtasis arrobador; el Arzobispo con ira, Villena le oyó con placer, los jefes del castillo con sorpresa agradable, los soldados y sirvientes con entusiasmo y el donado con delirante afán.

Despues de la pausa de algunos minutos, iba á cantar Hernando la cuarta estrofa, siendo detenido por Sion, que llegando azorado, dijo:

—Silencio, hermano, que vienen los soldados en busca tuya; y es lo peor, que los manda Rómulo. Miralos al resplandor de las hachas de viento. Córrete á la izquierda, recatándote con la encina, que yo haré lo demás.

Un minuto más tarde salía Rómulo Berenguer al frente de veinte soldados, espada en mano, sujetando algunos con la izquierda hachas, cuya luz destruía en un extenso rádio la oscuridad de la noche.

Vió Berenguer un bulto en el sitio donde estuvo el cantor, y corriendo hácia él, grita:

—¡Alto ó mueres, impertinente coplero!

—¡Yo!

Exclamó aparentando sorpresa nuestro donado escondidas sus manos en las mangas del hábito, calada la capucha y en la humilde actitud del más cándido siervo.

—¡Sion!—exclamó Rómulo echándose atrás.—¿Qué haces aquí? ¿A dónde ibas?

—Caminaba en cumplimiento de las órdenes de su reverendísima, mi señor, cuando me detuvieron vuestras luces y guerrera actitud.

—¿Dónde se halla el trovador? Tú lo habrás visto. ¿Hacia que lado se ha dirigido?

—Oí ciertamente una voz que me parecía de ángel; sentí música que creí celeste, y más adelante se me figuró distinguir un alma en pena con figura de hombre que arrollada por el huracan corría entre torbellinos hacia allá, hacia allá...

—¿Hacia dónde, maldito donado?

—No lo sé bien, porque me asustó. ¡Rómulo, huye de ese demonio! ¡Y vosotros, soldados, de la Encina mágica!

—¡Para sermones estoy yo! Vosotros diez dad la vuelta al castillo diseminados, y muerto ó vivo llevadme á ese cople-ro si lo encontráis. Vosotros seguidme. ¡Guay si no obedecéis la orden del Arzobispo!

Esta escena fué rápida, instantánea; la mitad de la tropa corrió hacia la derecha y el resto hacia la izquierda, con Berenguer á la cabeza, por ser el paraje en que Sion indicó haber desaparecido Hernando.

La precipitacion con que Rómulo partió pudo evitar que viera dos monedas de oro trasladadas con viveza suma de la mano de Sion á la de un soldado, y que oyese estas breves frases, que el primero murmuró al segundo:

—La *encina*... Lo quiere Melania; lo manda el abad.

El guardia se comunicó con sus nueve compañeros restantes, que se dirigian hacia la derecha, y ninguno se acercó á la encina donde estaba Hernando. Todos tuvieron oportuno conocimiento de los amores del ángel á quien servian y del trovador: amaban á la primera por su bondad, al segundo por su nobleza y talento, y se hallaban más dispuestos á defenderlo que á otra cosa.

Por eso dió un resultado negativo aquel alarde de fuerza y reconocimiento inútiles.

Rómulo Berenguer y la tropa regresaron, quedando hasta

nueva órden echado el puente y entreabierta la puerta del castillo.

En el mismo instante abandonó Sion la altura desde la cual presenciaba las carreras de la tropa, é incorporándose detrás de la encina con Hernando, le dijo:

—Ya se entraron; huyamos de aquí.

—Imposible; sólo canté tres estrofas, le ofrecí seis, y por nada en el mundo faltaré á mi palabra.

—Si te empeñas en que nos ahorquen, sea.

—¿Cómo lograste que ningun soldado mirase á esta encina, sola y aislada en medio del campo?

—¡Vaya una pregunta! El oro de San Pascual, mi administrado, está bendito y hace por consiguiente milagros. Aun cuando eso bastaba, añadí una órden de Melania y del abad, mi señor.

—¡Siempre mintiendo!

—Tú tienes la culpa ahora; si no me obligases con imprudencias...

—Sion, un embuste más en ti es una gota de agua en el Océano.

—Estoy dando diente con diente y me va á llevar el aire. Vámonos, y no seas terco.

—Toma mi manto y embózate en él.

—Eso nunca.

—Pues sígueme.

—¡Dios nos tenga de su mano! ¡Es terrible que yo no pueda oponerme á ninguna de tus locuras!

—Invoca á Dios, hermano; pero te advierto que su Divina Majestad no oye nunca la súplica del diablo.

Ambos se volvieron á colocar en los mismos sitios que anteriormente, y Hernando sin dilacion volvió á entonar su cuarta estrofa.

Con la pausa consiguiente cantó la quinta.

Un instante despues se acercó Sion á su hermano, diciéndole:

—¡Huyamos, Hernando! Uno de mis confidentes en el

castillo acaba de hacerme señales con una luz, las cuales me indican que te amenaza algun peligro. No te opongas ahora; lo mismo son cinco estrofas que seis. Ya has logrado tu objeto...

—Han de ser las ofrecidas.

—¡Maldicion! Abrevia despues que yo me haya situado á la derecha; ahora creo que el mal viene por parte diferente.

Y se corrió hácia el sitio que le parecia mejor.

Hernando se encogió de hombros, y sin perder su actitud serena y arrogante, hizo oir los sonidos de su lira, disponiéndose á entonar la última estrofa.

Sólo pudo pronunciar la primera frase; empezaba con un ¡ay! lastimero, y al concluir de exhalarlo, le empujó el donado, demostrando coraje y desesperacion.

—¡Calla, por la Virgen!—exclama,—y corre hácia aquí, que están ya encima los soldados del arzobispo, y estos se gozarán atravesándote el corazon.

Ese fué el quejido que habia helado la sangre de Melania, cuando Acuña la condujo á su alcoba en actitud imponente y amenazadora.

Por fortuna para el trovador, dejaron los del castillo el puente echado y entornada la puerta al regresar de su inútil reconocimiento, y todos se hallaban esperando órdenes en el zaguan.

Por esta causa, Sion, trémulo y agitado, empujó á su hermano hasta la parte adentro del último muro, y dejándolo cubierto con el ángulo más próximo á la puerta, entró diciendo á los soldados:

—¡Salid sin hachas, deteniendo á la gente que llega armada! Así conviene á vuestra señora; lo manda su reverendísima. ¡Corred! Y el oro del convento os recompensará tan noble accion.

Los soldados le obedecieron por las mismas causas que algunos de ellos no buscaron á Hernando anteriormente.

Ya en el campo, acometieron á los del arzobispo, y este fué el choque de aceros que Melania y Acuña escucharon,

momentos despues de oir el ¡ay! ó exclamacion de Hernando.

A las voces que dieron los mercenarios del prelado, diciendo quiénes eran, se contuvieron los del castillo, mediaron explicaciones, y retirándose los últimos, prosiguieron los primeros la pesquisa impuesta por Rómulo, que los mandaba á nombre de su señor.

Pero era ya tarde. En el instante en que la gente de armas abandonó el zaguan, Sion cogió á su hermano, y entrándolo en el castillo, cuyo interior conocia muy bien, lo llevó al subterráneo que comunicaba con el convento, y por su estrecha cava desaparecieron como relámpagos.

El donado tenía todas las llaves que usaba el abad, y no halló por lo tanto dificultad alguna en llevar á cabo tan salvadora operacion.

Al mandar hacer D. Alonso aquellos dos subterráneos que ponian en comunicacion interior su palacio, el castillo y convento de San Benito, no pudo prever el uso que hacía en este momento de obra tan difícil y costosa un donado ó sirviente del hermano mayor de D. Troilo y de Melania.

Sion abrió la primer puerta de la cava, volviendo á cerrarla; corrieron por la mina é hizo lo mismo con la que daba al convento, hallándose poco despues en uno de los patios de San Benito sanos y salvos.

El donado, que no desplegó sus labios durante aquella corta travesía para otra cosa que para obligar á su hermano á que anduviera más ligero, respiró al entrar en el patio, y cuando hubo cobrado el suficiente aliento, dijo á Hernando:

—Todas las puertas del monasterio están cerradas, y no saldrás de aquí esta noche si no me juras solemnemente desistir de tu propósito respecto de la sexta estrofa que empezaste á cantar con exposicion de la vida que acabo de salvarte.

—Concreta más tu deseo, hermano; que siga ó no trovando, poco puede importarte con tal que no vuelva al castillo por hoy.

—Eso he querido decirte.

—Nada puedo negar en este instante al que acaba de to-

marse por mí un interés fraternal. Te juro, Sion, no volver esta noche al castillo de Melania.

—Gracias á Dios, Hernando, que te veo una vez en la vida prudente y comedido.

—¿Eso me dices, y todavía no hice verter una gota de sangre humana?

—Cierto, mas eres en ocasiones dadas tan terco, tan audaz...

—Con tu ayuda y mi ingenio, todo se puede emprender; ya lo has visto esta noche.

—No ha terminado el peligro, hermano; Dios sabe las consecuencias que podrá tener tu temerario canto y las dos veces que hemos burlado la pretension del Arzobispo.

—Es posible; más fio en que algun milagro ó revelacion del abad en poder de su diestro donado, nos sacarán del apuro.

—¿Revelacion has dicho?

—Sí.

—No olvidaré la idea.

—Lo creo.

—¡Pero es tan vengativo D. Alonso!

—¿De un prelado dices eso?

—No perdonó jamás ofensa alguna.

—Si eso es cierto, podia aplicarse la rectitud que impone á los demás.

—Ama con delirio á Melania, Hernando, pero no consentirá nunca que se case con quien tenga ménos riquezas y señoríos que ella.

—Ese es Acuña, Sion; mas podrá modificar su carácter y hacerle variar de concepto el escrito que me has entregado esta noche. Grande es el poder de Carrillo, y estando aliado con el Marqués de Villena forma una potencia; pero no son ménos poderosos el rey de Castilla y sus muchos partidarios.

—Paso te abrirás en la corte, hermano, con el secreto que posees y el gran ingenio de que Dios te dotó; sin embargo, ¿qué ganaremos nosotros con la difícil derrota y la casi imposible humillacion del Arzobispo? Nada, si se opone á tu boda, como está sucediendo y acontecerá despues. Padre de Melania...

—¡Qué dices, insensato! ¡Padre de Melania! ¡Y por consiguiente del abad! ¡Y de D. Troilo!.. Tú deliras.

—Aseguran malas lenguas que primero el abad, luégo Troilo y despues Melania, nacieron los tres de una hermosísima dama que sostenia relaciones clandestinas con el...

—Calla; mira el sagrado recinto donde estamos, y no profanes aquellos claustros y el hábito que te cubre.

—¿Lo dices con ironía?

—En este paraje oyen las paredes, Sion.

—Y como tú eres tan cobarde...

—Consiste, hermano, en que amo á Melania, y no me agrada que me recuerdes secretos que torturan mi corazon.

—De todas maneras resulta que tu adorada es protegida del Arzobispo; que él la ha encumbrado cuanto cabe en lo posible; que manda en ella, y que si no quiere dártela por esposa...

—Entónces se la robaremos.

—¿Y dónde te esconderás con ella que no alcance su poder?

—En el castillo de Melania, frente á sus aguerridas mesnadas; con la riqueza de mi futura y la amistad de Enrique IV, se puede luchar muy bien contra el Arzobispo y su aliado el Marqués de Villena.

—¡Me aturde y confunde el caos, mi querido Hernando, que revela tu idea!

—Pues saca una de esas cinco llaves que rara vez abandonas, abre la puerta falsa del convento y tranquilízate luégo, que todavía no hay nada seguro.

—Vete, sí, que tu padre estará con cuidado, y es más de la media noche.

Ambos se dirigieron al sitio indicado por Hernando, no sin que Sion le recomendara por el camino la direccion que debia seguir hasta llegar á su morada.

Salió Alvarez de Toledo, embozado hasta los ojos y dando cabida en su cerebro á profunda meditacion.

Seguia el camino que le marcó su hermano é iba, como hemos dicho, absorto, cuando vino á distraerle la luz que ardia en un zaguán abierto y alumbrado á tan altas horas de la noche.

Era el del palacio del Arzobispo, situado á la entrada del pueblo, y por cerca del cual tenía necesariamente que cruzar Hernando para dirigirse á su casa.

De pronto se detuvo, y aceptando una idea que llegó á su mente, dijo para sí:

—Ya que no me es dado, por efecto del juramento que hice á Sion, concluir de cantar á mi amada la sexta estrofa, la va á escuchar su protector, que aún vela, segun declara el zaguan de su palacio.

Y con envidiable sangre fria realizó su temerario pensamiento, acompañándose con la lira, inmóvil y á doscientos pasos de la morada arzobispal.

Despues continuó su camino sin dejar de mover las cuerdas y de hacer oír aquella robusta y admirable voz.

Una hora despues dormía tranquilamente en su lecho.

Hernando no habia nacido para la vida monótona é invariable que estaba haciendo. Su cariño filial lo sepultaba en Alcalá junto al autor de sus dias; pero su gran talento, privilegiado ingenio y hasta su destino lo empujaban ya al centro de una elevada sociedad donde la intriga, el valor, la sagacidad y los grandes accidentes la conmovían y agitaban como en ninguna otra época de la vida humana.

Nació para ser algo, para presentarse y luchar donde hubiera intrigas y combates, y un poder mágico é irresistible lo dominaba é impelia á pesar suyo.

Aquella materia tan hermosa y varonil, tan fuerte y poderosa; aquel entendimiento tan elevado; aquella destreza, unida á su inconmensurable audacia; aquel conjunto de raras perfectibilidades, no podia perderse más tiempo entre la sociedad lánguida y pueril que formaba la gente de Alcalá, como veremos más adelante.

CAPÍTULO III.

Colmo de la ira.—Cancion que produce despecho.—La revelacion oportuna y su aplicacion inoportuna.—Un padre completo y otro que lo es á medias.—Horrible complicacion.

Por cava distinta, aun cuando partia del mismo punto que aquella cruzada por Hernando y Sion, dijimos que habia llegado á su palacio el Arzobispo de Toledo.

Todos velaban en su gótico edificio. Allí se obedecia con servil ceguedad; y á gusto ó sin él las órdenes de Acuña eran preceptos que ninguno dejaba de cumplir.

Desde hermoso y lucido salon, preguntó D. Alonso si habia regresado Rómulo Berenguer; y contestándole un gentil-hombre negativamente, mandó que entrase en el momento que llegara.

Quince minutos despues se hallaban solos y frente á frente Carrillo y Rómulo.

El segundo estaba pálido, en sus ojos habia algo siniestro, y la ira le dominaba, en lucha con el respeto que debia á su poderoso señor.

El primero, despues de contemplar con aparente calma á Berenguer, le preguntó:

—¿Vienes solo?

—Sí, señor.

—¿Es posible que un mísero coplero se burle de mí, porque no tenga quien sepa servirme bien?

—No pude hacer más, señor Arzobispo; si con mi sangre toda hubiera logrado...

—Vamos á lo que importa, Berenguer. ¿Qué has hecho?

—En cumplimiento de vuestro mandato, me dispuse á obedecerle con el mayor interés. Elegí los veinticinco hombres que me merecian mayor confianza, y espada en mano, silenciosos, llevando una sola linterna encendida, nos dirigimos al castillo, en cuyos alrededores todavía estaba el cantor, pues ántes de llegar oí una exclamacion suya. Pero en el sitio donde aquel debia encontrarse, en vez de coplero hallamos dos décadas de soldados que furiosos nos acometen. A la luz de la linterna que yo conservaba reconocí los soldados de Doña Melania. Les digo quiénes éramos é intentan disculpar lo que suponen un error; pero yo les obligo á que alcen el puente al momento y se encierren en el castillo, miétras yo con mis veinticinco hombres doy una batida completa. No quedó piedra ni árbol que mi gente y yo dejásemos de reconocer. ¡Todo fué inútil! En mi primera sorpresa sólo hallé un fraile ó donado; en la segunda los soldados del castillo que me acometieron; pero el coplero no pareció por ninguna parte.

—Pues allí estaba, Rómulo.

—La primera vez, señor, pudo muy bien habernos tomado delantera y huir, lo cual confirmó la declaracion de ese fraile que acabo de citar. Le favorecieron indudablemente las luces de nuestras antorchas y la completa oscuridad que reinaba donde él permanecia; mas ahora preví el caso y no le he dado tiempo.

—¿Qué es de él entónces? ¿Se hundió en las entrañas de la tierra?

—No, señor Arzobispo; estoy seguro que se guareció dentro del castillo, el cual yo no tenía poder bastante para reconocer.

—Es posible, Rómulo. ¿Y qué hiciste luégo?

—Al pié de la muralla, frente á la única salida que tiene la fortaleza, dejé los veinticinco soldados, con orden si salía de que atravesaran su pecho en el caso de resistir.

—¡Muy bien; admirable, Rómulo! Sólo siendo pájaro le sería dado cruzar por encima de los elevados muros y torres del castillo. Ahora que lo tenemos sitiado caerá en nuestro poder. Entró en esa inviolable morada para robar la honra ó las riquezas de su dueña, tiene pena de la vida y nos es fácil ahorcarlo de una almena. Mejor es, sin embargo, que muera de una estocada; él se defenderá, y en caso contrario, pretextas...

—Comprendo.

—Y lo vas á hacer ahora mismo.

—No querrán alzar el puente... ni acaso oirme...

—Te anuncias con el cuerno en son de guerra; así no pueden negarse á escucharte. Luégo das la orden que voy á escribir, y el castillo quedará á tu completa disposicion. Penetras con la mitad de la fuerza, dejando el resto en el puente para que no pueda huir si se arroja por una ventana.

—Lo haré así.

El Arzobispo se puso en pié dispuesto á extender la referida orden, cuando un ¡ay! igual al que oyó desde el salon donde estaba con Melania, hiela su sangre y casi le perturba el cerebro.

Berenguer, que tambien lo habia escuchado, se fué de la sorpresa al estupor.

Era la voz de Hernando que les dirigia la sexta estrofa que no pudo dedicar á su amada.

No queremos privar á nuestros lectores de los versos que con tanta arrogancia como acierto salian de los labios de Hernando para lastimar el corazon de Acuña y el de su confidente. Hélos aquí:

¡Ay! exclama dolorido
El que te ve enamorada
Y no es su amor preferido:
Dichoso yo que he podido
Fijar en mi tú mirada.

—¡Es él!

Dijo el Arzobispo, lanzando á Rómulo una mirada que lo estremeció.

—¿Qué hago, señor?—le pregunta Berenguer.—Mi vida os pertenece.

Por toda respuesta abrió Carrillo la ventana que tenía más próxima, intentando descubrir con la vista al audaz cantor. La oscuridad de la noche se lo impedía; en cambio oyó mejor que nunca la siguiente estrofa:

Pobre me juzgas, y quieres
Asesinarme por pobre:
Si el noble es oro, prefieres
De la nobleza que eres
Hacer vil metal de cobre.

No perdió una sola frase D. Alonso; inclinada su cabeza, murmura las siguientes palabras:

—La anterior copla era la sexta que dedicaria á Melania, y la que acaba de cantar me la dirige á mí, con temeridad inaudita. ¡Otra nueva! ¡Qué hombre es ese!

Y oye la que insertamos á continuación, con más fijeza que ninguna:

Persigue fiero, arrogante,
Con la flecha y el veneno
Al pobre hidalgo que es bueno;
Yo siempre seré brillante,
Y tú, mi verdugo, cieno.

—¡Jesús!

Exclama el Arzobispo al comprender la última idea expresada por Hernando en su postrer verso.

—Ni cien monarcas unidos osarian dirigirme frases tan duras.

Añade convulso.

—Se aleja, señor,—se atrevió á decirle Rómulo.—Su voz se escucha cada vez más lejana.

—Sí, va perdiéndose entre las calles de Alcalá.

—¿Salgo?

—Calla, que vuelve á cantar.

Y escucharon:

Busca entre la sombra oscura
De mis pisadas la huella,
Mas teme si en la espesura
Se queda opaca tu estrella
Al vaivén de una locura.

El último verso lo oyeron con dificultad por la mucha distancia á que fué cantado.

Siguió á aquel un silencio no interrumpido.

Acuña meditaba.

Rómulo, fijo en el contraído rostro de su señor, no se atrevia á desplegar los labios.

Por fin el Arzobispo dió señales de vida, diciendo á Berenguer:

—Cierra esa ventana, retira luégo la fuerza que dejas-tes frente á la puerta del castillo, y el resto de la noche descansad.

—¿No hago nada contra ese coplero, señor? Puedo entrar en su casa...

—Eres muy poco afortunado con él, Rómulo: cuando crees hallarlo junto al castillo, se trasforma en fraile y lo desconoces, y cuando supones tenerlo sitiado entre los muros de la fortaleza, aparece al pié de mi palacio para decirnos con sus coplas «¡qué torpes sois!» ¡Si sólo eso nos hubiera dicho! ¡Sabe más que tú, Berenguer, y es además muy osado! ¡Haga el cielo que las alas de su audacia le sirvan, como creo, en adelante de cuerda con que yo lo mande ahorcar! Retírate y que nadie más me importune.

Solo nuevamente Carrillo, exclama para sí:

—¿De dónde ha salido ese gigante que se atreve conmigo, cuando yo creia tener el pueblo entero de Alcalá bajo mi altiva planta! ¡Se hace enamorar de Melania, de ella, tan aristocrática y entendida; no teme que yo lo sepa, destruye su voz la union que yo proyectaba con el hijo de Pacheco, se burla de los soldados, se sobrepone al sagaz Rómulo, y su talento incomprensible no halla dificultad incontrastable,

logrando hasta humillarme con sus coplas, según acaba de hacer! ¡Oh, comprende admirablemente su situación! En vez de presentarse humilde y tembloroso en demanda de mi protección para que tolere su casamiento con Melania, lo cual le hubiera proporcionado el más soberano desprecio, se me presenta altivo como un monarca. Alvarez de Toledo, me has vencido esta noche. Si yo pudiera dar la mano de Melania á algun pobre, tú serias el preferido por mí; en este momento iria á rogarte que te unieras al sér que más he amado en el mundo, á ese ángel que no tiene parecido en belleza. Pero no me bastan tu talento y audacia; hice á Melania la mujer más rica de Castilla para enlazarla luégo al más encumbrado. Ella es mi ilusión; su enlace con un grande formará el colmo de mi dicha, y aunque tú vales mucho, no eres el hombre que nos conviene á ella ni á mí.

El Arzobispo, sin dejar de meditar sobre el mismo tema, buscó el lecho en el cual iba á dormir sólo cinco horas. Su actividad y energía superaban á todo elogio.

Si Hernando fuera rico y poderoso, sería un enemigo digno del prelado, porque tambien D. Alonso Carrillo de Acuña tenía una vastísima instrucción, mucho talento, experiencia y tanta temeridad como Alvarez de Toledo.

Lástima es que no hubieran nacido estos dos gigantes para comprenderse. La lucha, por el contrario, que iba á empezar entre ellos, debía sorprender á cuantos tuvieran conocimiento de ella.

A las seis de la mañana se levanta el Arzobispo, y seguido de un gentil-hombre que le merece entera confianza, se dirige por la cava al palacio de Melania.

Hace que la jóven y D. Troilo se levanten, y después de conferenciar con ellos algunos minutos, obliga á su protegida á que dé la órden para que sea obedecido con ciega sumision por cuantos séres hay en el castillo el gentil-hombre que le acompaña. A este le deja instrucciones concretas y terminantes, da dos consejos á Melania y su hermano, que se parecen mucho á preceptos imperativos, y por el mismo sitio que fué

regresa á su palacio, sin ser visto ni oído por otras personas que por aquellas que á él conviene.

Luégo entra en su capilla y oye misa, permaneciendo media hora en ascética oracion.

Al salir le dijeron que há tiempo le aguardaba el abad de San Benito, y por entre sus gentiles hombres, familiares y pajes penetra en el salon donde se hallaba su reverendo protegido. Este se le presenta más grave y ensimismado que de costumbre.

Solos ambos, pregunta D. Alonso:

—¿Qué te trae por aquí tan temprano, Cirilo?

—Un acontecimiento grande, señor.

—Siéntate y dime lo que quieras.

—Bien sabeis que os debo proteccion, cuanto soy, y lo mucho que yo os amo y respeto.

—¿A dónde vas á parar con preámbulo tan patético, Cirilo? Tu actitud de hoy me sorprende.

—Consiste, señor, en que la causa es poderosa.

—Habla.

—Os amenaza un gran peligro.

—¿A mí?

—Por desgracia, sí, señor.

—¿Y tú lo has averiguado ántes que yo?

—Debo ese acto nuevo de bondad á la Providencia.

Don Alonso movió la cabeza como dudando. Despues le pregunta:

—¿Has hecho algun otro milagro?

—Cosa muy parecida, señor.

—¡Cómo ha de ser! La necesidad, la conveniencia y otra causa, más aún de tener en cuenta, me obligan; ante ellas me inclino, y te escucho, Cirilo.

—¿Estábais acaso ocupado?..

—Siempre lo estoy.

—Ésto es más importante que todo, señor.

—Lo supongo, y ya ves que te oigo con calma, Cirilo.

—Pronto me dareis las gracias.

—Empieza.

—Me hallaba esta noche durmiendo tranquilamente en la celda, cuando de pronto fui acometido por un... no encuentro la frase...

—¿Por un vértigo?

—Eso es, por un vértigo. Al volver en mí hallo la celda alumbrada por un resplandor... tampoco sé cómo se llama...

—¿Opaco y siniestro?

—Ciertamente. ¿Os lo han contado ya?

—No; pero adivino el procedimiento. Prosigue.

—De pronto, y favorecido por aquella luz, distingo léjos, muy léjos, una figura cubierta de negro, que se me viene pausadamente acercando.

—Ese era San Benito, que llegaba vestido con el hábito de la orden.

—El mismo. Como siempre, os hallais esta mañana inspirado.

—Adelante.

—El santo me mira, primero con una bondad que va cambiando poco á poco en actitud imponente, y por último, abre sus beatísimos labios y me dice: —«¡Cirilo, la vida de tu hermana Melania peligra, y la de D. Alonso Carrillo de Acuña se halla amenazada de muerte!» —Tiemblo al oírle, el interés que brota en mi pecho por vos y mi hermana me presta aliento, y poniéndome de rodillas sobre la cama, exclamo: —¡Santo mio, piedad para ellos, misericordia; yo te lo suplico por los once mil mártires que cuenta nuestra orden!» —«A eso he venido, —me contesta el santo; —para conjurar el grave daño que ya se cierne sobre las cabezas de Melania y de Carrillo, no hay otro remedio que el de unir á la última con el muy noble é hidalgo Hernando Alvarez de Toledo.» —De pronto queda á oscuras la celda y el santo desaparece, siguiendo á sus frases profundo silencio. Por mucho tiempo resuenan en mis oídos las palabras del fundador de mi orden; ya no vuelvo á dormir, é impaciente y desasosegado aguardo la llegada de la hora en que pudiera hablaros, decidiros, y á eso vengo. Corramos, se-

ñor, al palacio de Melania; yo visitaré luégo á Don Hernando, y con la brevedad posible, á nombre del celeste varon que tanto debemos, uniré á esos dos séres al pié del ara santa. No vacileis, por Dios.

—Ocurre una gran dificultad, Cirilo,—dijo el Arzobispo moviendo la cabeza con disgusto,—y es que yo he tenido otra revelacion esta noche enteramente contraria á la tuya.

—¡Vos!

—¿Qué te admira? ¿No soy tu jefe, tu señor?

—Yo ignoraba que vos... ¿Estábais bien despierto?

—Más que tú, pues aún no me habia acostado.

—¿Y qué os dijeron?

—Que hiciera hoy lo contrario de lo que tú me encargases, y que averiguara.

—Ese era el demonio, y yo estoy cierto de haber visto el hábito y rostro de San Benito.

—No; mi aparecido fué el Angel de la Guarda.

—Así suele disfrazarse Satanás.

—Aun cuando entren en este palacio algunos diablos con forma diferente, les está prohibido hacerlo en son de aparecidos, y ya te he dicho que fué vision de ángel lo que contemplé.

—No deis crédito, señor, á ese sueño, que os perdeis.

—Sepamos ántes una cosa, Cirilo: ¿quién duerme en tus habitaciones?

—Mi pobre donado Sion.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un infeliz sirviente que sólo se ocupa de obedecerme.

—¿Pero es despejado, travieso?..

—No, señor.

—Entónces fijémonos en otro. ¿Dejas la celda con la llave echada, ó sólo con el picaporte?

—Con el último nada más; allí no existe peligro, siendo así que quedan cerradas todas las puertas exteriores del convento.

—¿Y se puede abrir por fuera el picaporte de la tuya?

—Sí, señor.

—Entónces, Cirilo, no fué San Benito el que te habló, ni el donado que duerme cerca de ti; ha sido algun hermano de la comunidad, y es indispensable poner los medios para descubrirlo, á fin de que reciba el castigo que merece tan ridícula farsa.

—Veo, con sentimiento, alto y poderoso señor, que sois el único que duda en Castilla de las revelaciones y milagros con que la Providencia distingue á este mísero siervo.

—En mal terreno has planteado la cuestion, Cirilo; eres incorregible en él, terco además como pocos hombres, y me va ya molestando que abuses tanto de la bondad y cariño con que te he tratado siempre.

—¡Eso decís al inspirado, al que se desvela por vos, al que dia y noche ruega á la Providencia por la salud y ventura del Arzobispo de Toledo, al que teme vuestras desgracias más que las propias, y al que todo lo abandona, en fin, por venir á vuestro palacio y enérgico y potente intenta con su diestra separaros del abismo á que caminais!

—¿Qué abismo es ese que yo no veo, Cirilo?

—El santo lo dijo: os amenaza la muerte.

—¿Porque no uno á tu hermana con un pobre hidalgo que dista de ella tanto como tú de San Benito?

—Todos somos hijos de Dios y hermanos en Cristo.

—Continúa en el convento y no me vuelvas á hablar de tus revelaciones y milagros.

—¡Os atreveis á dudar de ellos, cuando tan reciente y probado está el último!

—¡Dios me dé paciencia contigo!

—Señor, por las cinco llagas de nuestro padre San Francisco, por los siete dolores de la Virgen María, por la muerte y pasion de Jesus, por todo el martirologio romano!..

—Por eso y la corte celestial entera, déjame en paz, Cirilo.

—¡Que caminais al precipicio!..

—Soy tu prelado, tu señor; sal de aquí inmediatamente y no cuentes á nadie eso que llamas revelacion.

—Ya lo sabe la mitad de Alcalá; las maravillas de Dios no deben ocultarse á sus hijos.

—¡Insensato! ¡Huye de mi presencia, que arde ya mi sangre y voy á olvidar quién eres y quién soy!

—Conste que me echais de vuestro palacio, que desoís mis ruegos, que no haceis caso de las amenazas del santo, y Dios misericordioso detenga la cuchilla de Abraham, que se alza sobre vuestra cabeza; las aguas que contuvieron á Faraon, las cuales amenazan tragaros; la lluvia de fuego que carbonizó á los israelitas; la peste que asoló á los hijos de Jerusalem!..

Y el padre abad continuó sus exclamaciones hasta alejarse del salon en que dejaba á D. Alonso.

El Arzobispo alzó la mano derecha, y señalando el sitio por donde salia Cirilo, dijo:

—¡Tu ignorancia y la de Troilo son mi mayor castigo! Y para colmo de desgracias, ese ángel, la sublime Melania, ese conjunto excelente de bellezas físicas y morales, encanto mio, grata ilusion de mi alma, se enamora de un misero que me ha llamado cobre, cieno, verdugo, y que me amenaza con satánica osadía! ¡Qué noche y qué mañana! ¡Haga el cielo que la venida aquí de mi... protegido el abad sea el último disgusto que reciba hoy!

No debió oír su ruego la Providencia, pues dos horas despues le decia un gentil-hombre de servicio:

—Señor, se ha presentado en palacio y desea llegar hasta vos, D. Juan Alvarez de Toledo.

—¡El padre! ¡Qué pretende de mí?

—No lo ha dicho. Con la mayor urbanidad ha rogado que os participemos su pretension.

Don Alonso medita un minuto, exclamando despues:

—Que pase.—Luégo añade para sí.—Se va complicando el asunto, pero me es dado permanecer una semana en Alcalá, y con ese tiempo me basta para dejarlo terminado á mi gusto. Va á correr sangre humana, mas yo no tengo la culpa; la insensatez produjo siempre su natural consecuencia.

Su reflexion fué interrumpida por la presencia de D. Juan,

el que, con su antiguo traje de corte, se le presenta en este instante grave y respetuoso, pero con actitud digna.

Saluda al prelado, quedando en pié frente á él.

Sin abandonar su sillón el de Acuña, le pregunta:

—¿Qué deseais de mí, caballero?

—Perdonad, señor Arzobispo,—contesta Alvarez de Toledo,—si vengo á este palacio sin previo mandato vuestro.

—En él os hallais, y puede decir el de Toledo lo que tenga á bien, siempre y cuando no olvide dónde está y á quién dirige sus frases.

—Hablé ya con reyes y ninguno tuvo queja de mí.

—Soy grande y Arzobispo de Toledo.

—Primera dignidad de la Iglesia en Castilla; lo sé, Don Alonso, como tampoco podré olvidar la sabiduría y el gran talento de que os dotó el cielo. Declarado lo cual, os diré, si me lo permitís, que soy primo hermano del Arzobispo de Santiago, sobrino del Condestable...

—No os molesteis, en obsequio de la brevedad; conozco á todos vuestros deudos con rara excepcion.

—Entónces añadiré, que soy el más pobre de mis parientes, porque en vez de seguir, como la mayor parte de ellos, entre las intrigas de la corte ó la inhumanidad de los campos de batalla, preferí educar á mi hijo Hernando y hacer todo el bien que me permite la herencia legada por mis antepasados.

—Esa es una opinion, D. Juan, antítesis de la de aquellos que obran en contrario, y aun cuando yo no la condeno ni rechazo, aplaudo con entusiasmo la de los infanzones que redujeron el imperio árabe en Iberia á sólo el reino de Granada; y en verdad que sin ellos no seríamos nosotros probablemente católicos, ni se elevaria la cruz del Redentor en mil pueblos castellanos, aragoneses, etc.

—Eso es diferente, señor Arzobispo; á pesar de mis años, todavía puedo presentar las honrosas cicatrices con que el agareno marcó mi cuerpo en las últimas luchas. La mesnada que yo mandé jamás formó parte de la retaguardia; pero ter-

minada por pacto entre los reyes aquella santa guerra, y empezadas las luchas civiles que tanto aborrezco, las intrigas de la corte, que siempre repugnaron á mi carácter, me retiré á Alcalá por la causa expuesta.

—¿Y bien?

—El título de nobleza que heredé de mi padre se remonta...

—Tambien conozco vuestro abolengo, Alvarez de Toledo.

—No me extraña, porque sois sabio y mi estirpe muy notable. Pues bien, señor Arzobispo, mi hijo Hernando quiere contraer matrimonio con una casta doncella, y diciendo la fama que Don Alonso Carrillo une á su talento excelente bondad, yo, padre del contrayente, vengo á rogaros vuestra proteccion en favor suyo. Direis, acaso, que no tenemos títulos...

—No por Dios, llegais á mi palacio, estais delante de mí y vuestro acento respetuoso me impone tanto como la más sagrada obligacion. Seré con gusto el protector de ese enlace y particularmente de vuestro hijo, al que conozco mucho de nombre, si es digna de mí esa proteccion y de ellos; es decir, si la futura de Hernando se le iguala en clase y poderío.

Toledo comprende la intencion de Acuña, y se apresura á contestarle:

—Es, Don Alonso, hija espúria, pero casta, bella; tiene títulos de nobleza con que la honró el más generoso de los hombres, y tanto su proteccion como las riquezas con que cuenta, neutralizan lo bastante, en mi concepto, lo negro de su origen bastardo. Mi hijo no es ambicioso, no le llevan á tan seductora criatura el afan de oro y poder; lo impele el amor santo que arde en su pecho. Creo que han de ser felices, y puesto que se trata de vuestra protegida, os pido solemnemente su mano y vuestro amparo para mi hijo Hernando.

—¡Melania!

—Sí, señor.

—¡Me lo habia figurado!

—¿Os admira?

—Mucho. Estais equivocado; no neutralizan sus rique-

zas, señoríos y mi proteccion lo oscuro de su origen, desconocido hasta hoy, sino que borran por completo eso que pudiéramos llamar punto negro de su existencia. Recordad que bastardos eran Enrique II y sus restantes hermanos, y nadie dejó por eso de obedecerles; bastardos tiene el rey de Aragon, y son las primeras dignidades de aquel reino; bastardos hubo casi siempre en todas las naciones, y va siendo ya torpe, por lo ménos, culpar al hijo de una debilidad del padre. Y aun cuando algo le tocase, la ricahembra á que os acabais de referir tiene tanto oro, castillos, pueblos, ciudades, y es tan hermosa é inteligente, que no encuentro infanzon capaz de oponer los suficientes escrúpulos para rechazar su mano. Sois comedido, D. Juan; vuestras canas os ponen al abrigo de locas pretensiones; la madura reflexion debe normalizar todas vuestras ideas, y comprendiendo la verdad de lo que llevo expuesto, estoy seguro que por conveniencia vos, y por consejo vuestro Hernando, arrancareis de vuestro cerebro un delirio que os conduciría muy bien á la perdicion. A poco de entrar me pedisteis amparo, y léjos de ofenderme y tratar como merecia al audaz que se empeña en escalar las estrellas, os doy el consejo que concluís de escuchar. ¿Quereis algo más de mí?

—Gracias, señor Arzobispo. Mucho habeis ponderado la posicion y bellas cualidades que adornan á Melania; yo las acepto todas, pero no admito la comparacion de su bastardía con la de príncipes, hijos de reyes ó de poderosos muy conocidos. El padre de Melania es ignorado, y de comprender alguno quién pudiera ser, la fama de la hija se quebrantaría mucho, destrozada por perjurio que el vulgo llama nefando. En este caso, D. Alonso, todas las riquezas de la casta doncella con dificultad equilibrarian el punto negro de su origen.

—Siempre resultará que ella no tiene la culpa de nada.

—Del mismo modo que Dios castiga hasta la cuarta generacion, la sociedad en que vivimos mancha al hijo con el feo borron del padre.

—Paciencia tengo esta mañana, D. Juan; no abuseis de ella.

—No me trajo aquí, D. Alonso, la ambicion, que jamás tuve, ni el deseo de molestaros; fué todo lo contrario: os he pedido con el mayor interés proteccion, y de otorgármela es posible que hiciéseis la felicidad completa del sér que más amais en la tierra. Tened la bondad de escuchar la siguiente historia, breve é interesante por demás. Anoche salí en busca de mi hijo, impidiéndome dar con él el cierzo y la tormenta que reinaron. Huyendo del agua que caia á torrentes, me guarecí en casa de un hombre que visita diariamente el castillo de Doña Melania; es verídico y profesa á la hermosa y opulenta jóven un cariño y respeto plausibles. Pues bien, ese hombre me dijo que Melania ama á Hernando con delirante pasion, que sólo con él puede ser dichosa y que está seguro de que primero atravesaria su corazon con agudo acero que entregar su mano á otro que no fuese mi hijo. Despues de la media noche hablé con Hernando; le pedí explicaciones de lo que habia hecho en las horas trascurridas, y como no ha mentido nunca, todo me lo dijo. ¿Comprendeis, señor, lo desgraciada que va á ser Melania si no la unimos á Hernando, y lo que el audaz cantor de anoche podrá intentar para evitarlo? Vuestra edad, noble señor, y más que los años el talento y sabiduría que teneis, os ponen, en mi concepto, al abrigo de loca pasion, de insensato arranque, de accion indigna del que tanto quiere á Melania, del que tanto estima su nombre y ama. La poblacion entera de Alcalá conoce esos amores, los alaude, y unida Melania á mi hijo desaparece su origen para representarse como esposa de un caballero el más cumplido de a cristiandad, segun afirman cuantos le conocen.

—Más minuciosamente que vos, D. Juan, he estudiado el pró el contra de la proposicion que me venís á hacer, y concé por rechazar ese enlace con indignacion. No os molesteis us que harto tiempo os he concedido desde que estoy oyéndo.

—Es posible justificar tan dura decision, permitidme que os diga.

—Puedo, D. Juan, mandar que encierren á vuestro hijo por

loco y desterrar á vos de Alcalá por presuntuoso y temerario.

—No estando demente mi hijo ni siendo yo lo que decís, cometeriais un acto de indigna injusticia.

—Alvarez de Toledo, ¿desde cuándo tienen permiso los hombres de vuestro jaez para hablar al señor del modo que lo estais haciendo?

—No soy vuestro vasallo y ménos vuestro siervo.

—¿Desconocéis mi derecho sobre vosotros?

—Os responde de lo contrario mi actitud; vine rogando, permanecí en pié, estando vos sentado; si salgo de diferente modo, no me culpeis, D. Alonso.

—Oid un consejo que podeis tomar por orden ó como mejor os plazca: salid hoy mismo de Alcalá con vuestro hijo y criados; por el camino borrád con el frio de la distancia y juicio razonamiento el insensato amor del audaz coplero, y situaos léjos, muy léjos de Alcalá, porque de lo contrario pronto doblarán por Hernando las campanas del pueblo.

—Por última vez...

—Aquella es la salida; si tardais en tomarla, os obligarán cuatro sirvientes.

—¡Dios, en su infinita justicia, nos juzgue y premie ó castigue á ambos desde este instante, señor Arzobispo!

—Así sea, D. Juan.

Con dos lágrimas en los ojos y una reverencia salió de allí el padre de Hernando. Comprendía el infeliz anciano que la tenacidad y poder de Acuña amenazaban segar la gargana de su hijo, lo imposible que era hacer desistir á este de sus amores que formaban ya su felicidad, y temblaba y se affigia por los peligros y azares que iba á correr aquel pedazo el más querido de su corazon.

Al abandonar el palacio arzobispal, exclamó para sí

—Seré el amigo, un instrumento de mi hijo, y que se cumpla la voluntad de Dios.

Decidido á llevar á cabo aquel pensamiento, se dirige á su casa lentamente.

El Arzobispo queda ensimismado, y en verdad que no se

halla más tranquilo que D. Juan Alvarez de Toledo. La pasión que Hernando ha encendido en el pecho de Melania le asusta más que la ira de un monarca; y conociendo por la muestra de la noche anterior la audacia y habilidad del joven Alvarez, comprende lo espinoso de dominar una situación tan cargada de dificultades.

Después que permanece largo tiempo sumergido en profunda meditación, escribe media hora, llamando seguidamente á Berenguer.

—Toma,—le dice cuando le tiene delante,—esas instrucciones que obedecerás como un sagrado precepto. Estás nombrado alcaide accidental del castillo de Melania; cambias el personal que no te ofrezca confianza absoluta, y con tu cabeza me respondes de la seguridad de esa dama. Parte al momento.

—¿Quién me reemplaza en vuestro palacio, señor?

—Cualquiera; hombres hay de sobra que puedan hacerlo; lo que importa es la seguridad completa de Melania.

—Confíad en mí, señor, que si fuera han podido burlarse, estando dentro ya será otra cosa.

—Parte inmediatamente.

Sale Rómulo Berenguer, y algo más tarde lee Acuña con mano trémula el siguiente extraño escrito:

«Señor Arzobispo: Desea tener la honra de conoceros personalmente y de elevar á vuestra superior consideracion algunas ideas, producto de la más inflexible lógica, vuestro servidor,

HERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO.»

—¡Qué osadía!—exclama para sí D. Alonso.—¡Qué hombre es este, santo cielo! Me complace su venida; quiero conocerlo.

Y dijo fuerte, dirigiéndose al gentil-hombre que esperaba á la puerta:

—Que pase Alvarez de Toledo. Oye: junto á esa puerta secreta aguarda mis órdenes seguido de cuatro soldados; entras en el momento que yo pronuncie tu nombre.

—Está bien, señor.

Instantes despues aparece Hernando en los umbrales de la puerta principal del salon, y haciendo una reverencia queda parado.

Carrillo fija en él una penetrante mirada.

Iba cubierto Hernando con borceguíes de terciopelo negro, calzas de seda encarnada, gregüescos listados de raso y ropilla con brahones y dobles mangas. Ceñia espada, y con la mano izquierda oprimia la gorra con pluma encarnada correspondiente al traje.

Los caballeros en esta época llevaban casi siempre la inseparable cota de malla con el morrion, casco ó borgoñota; pero Hernando hacía alarde en este momento con su traje, de una paz que contrastaba con sus propias ideas y el pensamiento de Acuña.

Aquel sencillo pero elegante traje realzaba sus bellezas físicas y aspecto varonil. Su larga y rizada melena, bigotes arqueados, facciones perfectas y epidermis blanca, teñida en el rostro con sombreado de rosa, hubieran impresionado agradablemente á D. Alonso, si nuestro jóven tuviera señoríos, castillos y muchas riquezas; mas para los ojos del prelado, aquel admirable conjunto de bellezas estaba cubierto con el negro borron de la pobreza, y le molestaban tanto más cuanto seductoras podian presentarse á la vista de Melania.

Despues de un profundo reconocimiento, exclama el Arzobispo:

—Avanzad y expresaos como quien sois, sin olvidar un solo instante la calidad de la persona que os oye.

Hernando le obedece, y cerca ya de él, dice:

—¿Cómo desconocer, prelado insigne, vuestro gran talento, urbanidad, cortesía y elevada educacion? Ved aquí la prueba, señor, de la justicia que hago á vuestras mejores cualidades.

Y arroja la gorra en un sillon, sentándose en otro frente á D. Alonso.

De este modo empezaba á vengar la humillacion que el Arzobispo hizo á su padre, teniéndolo en pié todo el tiempo que

aquel estuvo en su presencia, pero disculpando el hecho de modo que debia sucumbir Acuña, ó demostrar una grosería impropia de su clase, talento y condicion.

Así lo comprende el prelado, y aun cuando la impresion que acaba de recibir no puede serle más molesta, se domina, y despues de dirigir una agradable mirada á la puerta secreta, exclama para sí:

—Mal principio; pero el fin...

Y se fija nuevamente en Hernando, hallándolo tranquilo, frio, tan natural, que parece sentado frente á la persona que más confianza le inspira.

El contraste es extraño como pocos; con rarísimas excepciones, todo el que se halla delante de este gran hombre en posicion y sabiduría, demuestra cortedad, profundo respeto y hasta temor; el mismo padre de Hernando tuvo momentos en que se encontró trémulo y vacilante.

Por el contrario, el audaz poeta, sin olvidar las estrofas que habia dirigido la noche ántes al altanero señor de horea y cuchillo, con toda la voz real, se hallaba más en sí frente á Carrillo que el mismo Marqués de Villena. No va á expresar frase el Arzobispo que ántes no haya meditado, á pesar de su sabiduría, ni va á recibir contestacion de Hernando que no sea instantánea, que no aparezca hija del estudio, no obstante improvisarla con suma rapidez. El siguiente diálogo nos dará una idea aproximada de la capacidad é ingenio del amante de Melania, superiores indudablemente á los de Carrillo. Este, sin salir por completo de su asombro, le preguntó:

—¿Qué os proponeis?

—Conoceros y que me conozcais.

—Seguid.

—Esta mañana os dieron cuenta de una ridícula revelacion, que al escucharla yo sentí ese disgusto del que oye divagar.

—¿Quién os ha dicho que á mí me dieron cuenta de ella, Hernando?

—Corre ya la nueva por la ciudad, señor, como el agua en las pendientes del Henares.

—¿Y no os agradó la noticia?

—Por el contrario, intenté llamar farsante al necio que la inventó; pero encontrándome con que era vuestro protegido, y más que eso, el hermano de una dama á quien admiro, respeto y amo, desistí de mi empeño, tolerando con paciencia que el vulgo creyera y comentase relato tan indigno é inverosímil. Es una desgracia que dos de las negras sombras cardinales que pretenden oscurecer á la purísima vírgen que adoro, las constituya el ser hermana de D. Troilo y del abad de San Benito.

Jamás hubiera podido comprender Don Alonso que llegaría á escuchar frases tan humillantes sin tomar en el acto venganza. Mas, á su pesar, se hallaba en este momento dominado por esa atracción y flúido de un ingenio privilegiado, y la verdad es que Carrillo, sin ocurrírsele mirar á la puerta secreta, concretó su idea á la siguiente pregunta:

—¿Por qué me referís eso?

—Perdonad si os he molestado, eminente señor. Quise simplemente demostrar al que tanto me honra en este instante, que yo, léjos de tomar parte alguna en esa farsa, la deploro y la hubiera desmentido sin impedirlo la causa anteriormente expuesta, por más que equivocadamente haya quien la juzgue favorable á mi conveniencia.

—¿Eso sólo queríais decirme?

—No, señor, y si me lo permitis...

—Sí, continuad.

—Despues supe con tanto ó más dolor, que mi padre, sin consultar ni decirme nada, ha venido á este palacio á pedir para mí la blanca y angelical mano de Doña Melania.

—Mano hermosa, pero que vos, Hernando, con talento que aplaudo, instinto de conservacion natural y respeto profundo, no queréis, porque es peligroso, inconveniente é imposible.

—No me amedrentan los peligros, poderoso señor; me gusta por el contrario destruir inconvenientes; y lo de imposible sólo Dios sabe cuándo es, tratándose de sus hijos, del hombre, á quien hizo rey de la creacion. Pero lo que yo pienso, creo y entiendo respecto á las elevadas ideas que acabais de emitir,

se lo diría únicamente á mi padre si me lo exigiera, ó al de esa desgraciada que carece de lo que la suerte no niega, en general, al más harapiiento de los mortales.

Esto mismo habia dicho á Carrillo D. Juan Alvarez de Toledo; pero la forma nueva con que el hijo emitia ahora la idea, fué la segunda estocada con que laceró el corazon del prelado; mas como á la vez hirió su amor propio con exquisito tacto, se vió obligado á replicarle:

—¿Quién os ha dicho que no tiene padre?

—Ella, que no miente nunca; cuantos le rodean; el pueblo entero de Alcalá, que compadece su suerte; yo mismo me lo digo, porque no puedo ni quiero creer que haya en Castilla un padre tan desnaturalizado, tan sin corazón, tan ignorante que se avergüence de decir en público: esa deidad es mi hija; ese ángel no es huérfano; espúrio sin culpa, yo le dí vida, nombre, y mi sangre y mi honor y mi posicion y cuanto tengo lo sacrificio por ella.

—¿Y si su estado,—preguntó balbuciente y en completa derrota el Arzobispo,—no se lo permitiera?

—No osaria hacerme esa pregunta su verdadero padre.

—¿Por qué?

—Porque le llamaria miserable, egoista.

El prelado inclinó la cabeza abrumado con un peso superior á sus fuerzas. Por primera vez de su vida tembló ante el talento de un hombre. ¡El, que se juzgaba con algun fundamento la primer capacidad de Castilla!

El amor propio, tan desarrollado en la mayoría de esos altos y poderosos señores, sacó bien pronto á Carrillo de su anadamiento; mas como no tenian réplica las frases de Hernando y no era Acuña hombre capaz de confesarse vencido, adquirió dominio sobre sí, y aunque algo tarde, mostró indiferencia.

Variando luégo de conversacion, dijo á su fiero antagonista:

—Deciais, recuerdo, que supisteis con dolor la peticion que vuestro padre me hizo de la mano de Melania.

—Ciertamente.

—Y no siendo la causa la que yo he supuesto, ¿podré saber el motivo de ese sentimiento?

—¿No lo adivináis?

—No.

—¿Sois vos acaso el padre de Melania?

—Soy su protector.

—Tambien yo, y mi padre, y todo buen caballero que ama la virtud y defiende la inocencia, la orfandad y á la casta doncella cuyo autor de sus dias le niega nombre...

—Bien; si está mal hecho, contádselo á él.

—He venido á pedir os dispenseis la equivocacion de un cariñoso padre, de un noble anciano, cuyo mayor tesoro es su hijo, y en alas de tierno amor ha podido errar. Melania, en mi opinion, es libre como el ave que bate sus alas en la atmósfera; nadie la llama hija mia, ni siquiera sobrina, y á ella fué, en caso, á quien mi padre debió dirigirse.

—Que lo intente.

—Ya os he dicho, eminente señor, que no me amedrentan amenazas; mirando estais que me es completamente desconocido el temor; pero no irá él, estad seguro.

—¿Vos, acaso?

—¿A pedir su mano?

—Sí.

—Es tarde; me ha dicho con voz más dulce que la de los ángeles, que es mia, y que no hay para ella más felicidad en el mundo que el verse unida á su Hernando.

—Permitidme que lo dude.

—Con mucho gusto; la desconoceis por completo, y es muy natural vuestra duda.

—¡Insensato!..

—No os altereis, noble y elevado señor; quisiera sólo complaceros, y es además propia de tan sabio y poderoso varon la calma, el sosiego y el predominio sobre sí y sobre el que le oye. Tened la bondad de escuchar la razon que he tenido para expresarme así, y cesará indudablemente vuestro enojo. Unida á mí Melania, tiene un hombre á quien llamar esposo; con es-

ta dulce frase sustituye la tierna de padre; un esposo que ve le día y noche por ella, que lo vea sonreír con amor, que parta con ella la gloria que conquistó en los campos de batalla, en los torneos, en la corte; que en público la llame su esposa; que sea su escudo y que con su nombre y lazo cesen todas las bocas que murmuran hoy «espúria, bastarda,» cuyas voces, señor, atraviesan los anchos muros de su castillo, las gruesas paredes de sus salones y alcoba, llegan á sus oídos y la hacen muy desgraciada.

—Eso puede muy bien realizarlo un grande-home de Castilla que se le iguale en poder y riquezas.

—Sí, señor; pero ella piensa que siendo ricahembra es grande-home de Castilla aquel á quien dé su mano; y estuvo tan acertada en la elección, que el noble elegido por ella, con permiso de sus dos únicos hermanos, es muy capaz de ganar con su espada más señorías y poder que hoy tiene vuestro amigo el marqués de Villena.

El Arzobispo se estremeció: en este instante admiraba tanto á Hernando como le aborrecía y odiaba.

—¿Qué se propondrá este temerario jóven?—se decía Acuña con la cabeza inclinada.—Lo he de saber á costa de mi paciencia y sufrimientos; apuraré la copa hasta la última gota, que lo tengo sentenciado á muerte y ántes que exhale el último aliento quiero conocer á fondo este monstruo de la inteligencia y la osadía.

Y alzando la cabeza le preguntó:

—¿Teneis algo más que decirme?

—Si vuestra excesiva tolerancia continúa favoreciéndome, sí, señor.

—Todo cuanto queráis os voy á escuchar.

—Mi gratitud será eterna. Decía, señor, que aun cuando amo y respeto al autor de mis días tanto como él merece, no he podido ménos de censurarle la pretension que le trajo aquí esta mañana. Su cariño hácia mí ofuscó la clara razon de su entendimiento, y léjos de lograr el objeto que se proponía, regó estos salones con dos ardientes lágrimas que yo he venido á recoger.

—Suponiendo que sea cierto lo que decís, pues yo no las he visto, creo que al verterlas se desharian, en cuyo caso deseo saber si venís por dos mias.

—Exactamente, señor.

—Solo la intencion os puede costar un llanto eterno.

—No lo dudo; pero daria yo cuantas puedo derramar en todo lo que me queda de existencia por las dos de mi padre.

—Son pocas para las dos que pedís.

—Me he equivocado entónces: yo creia que por aquellas dos llevaba arrancadas muchas más.

—Ahora sí que no os comprendo.

—Se llora con los ojos y tambien con el corazon.

—¡Ah! Empiezo á adivinar la principal causa de vuestra venida y la accion es digna de vos: por dos lágrimas dais vuestra existencia. ¡Buen hijo, á fé mia!

—Era mi obligacion, señor Arzobispo. Si vos pudiérais comprender la grandeza del amor de un padre, no os admiraria.

—¿Qué dificultad hay para que yo lo ignore?

—Vuestro estado.

—Esa no es razon.

—¿Os conceptuais capaz de tener el caudal de amor y ternura que D. Juan me ofrece á cada instante?

—Sí, señor.

—Pues yo creí que vosotros, como repartíais el cariño entre tantos séres, como el pastor ama á todas sus ovejas, le tocaba poquísimo á cada una de ellas. Pero sea de esto lo que quiera, aun cuando ese ó cualquier otro hecho de mi padre me cueste la vida, que daré con gusto por él, ahora entiendo que he recogido con creces las dos lágrimas que vertió aquí y presiento que no me han de costar nada.

—Por desgracia vuestra no participo de la misma opinion.

—¿Habeis consultado toda la bondad, hidalguía y tolerancia que encierra vuestra alma?

—Sí, y no son bastantes.

—¿Y el hecho de haber previsto yo que á diez pasos de nosotros esperan oir vuestra arrogante voz varios soldados

para caer sobre mí y sepultarme en el peor sitio de vuestro palacio, no obstante lo cual entré y permanezco tan tranquilo y sereno como si me hallase en mi propia morada?

—Esa actitud obedece á una audacia que empecé á conocer anoche y hoy destruirá mi potente diestra.

—Acaso lo logreis algun dia, señor Arzobispo, hoy es muy pronto. Bien sabe Dios que por vuestro afecto os hubiera yo dado todo el mio y hasta la última gota de mi sangre, si de ella necesitáseis; mas el destino ha dispuesto lo contrario, quiere que estemos frente á frente, y así será por más que yo lo sienta, y no es del todo injusto conmigo, D. Alonso; no tengo gran queja de él; porque al ofrecirme un tan poderoso enemigo me dió tales armas para combatirlo, que la lucha va á ser larga, muy larga y de potencia á potencia.

—Exagerais, Hernando, la proteccion de vuestro destino.

—Me iba la vida en ello, acaso la de mi padre, que estimo más, la felicidad de Melania, que es la mia, y al meditar sobre ese punto estuve tan frio y cuerdo como correspondia á mi situacion.

—Acabemos, Hernando. A nadie toleraré las irreverencias que tuvisteis conmigo ni dos frases de las muchas que me habeis dirigido con temeraria insensatez. Declaro, no obstante, que motivó en parte mi tolerancia el talento con que os habeis expresado. Lástima será que el hacha del verdugo separe del tronco cabeza tan jóven, varonil y entendida; y como yo no prescindo de la verdad nunca, á pesar de las ofensas que me habeis inferido quisiera salvaros.

—¿De quién? Como vos no seais mi enemigo, declaro no tener ninguno.

—¿Y si yo lo fuera?

—Me resignaria con dolor.

—Escuchadme, Hernando: os perdono toda la ofensa que me hicisteis con tal que os olvideis completamente de Melania, y hoy mismo salgais de Alcalá para no volver más.

—Señor Arzobispo, os perdono el crimen de haberme mandado asesinar anoche, sin causa ni motivo justificado, sin de-

recho y hasta sin poder bastante, con tal que dejéis de ser el tirano de Melania y permitais que ella elija entre todos los hombres de la tierra el que más le agrade para esposo. Comprendo que queráis dirigir á D. Troilo y á su hermano; pero Melania tiene talento, vasta instruccion, y sólo á un padre que la amase como yo, le era dado oponerse á su voluntad. ¿Qué derechos teneis vos sobre ella? Hablad.

—¿No le dí los castillos, señoríos, poder, riquezas y cuanto tiene?

—Si eso es cierto, que no lo niego, quitádselo todo; ni á ella ni á mí nos hacen falta.

—¿Lo decís de veras?

—Os lo juro.

—La conocí muy niña, Hernando, casi acababa de nacer; con acendrado cariño velé por ella; cuanto es y sabe me lo debe; soy el único hombre que puede mandarla, porque soy tambien el único que la amó con desinterés.

—Si lo último es cierto, D. Alonso, no la sacrifiqueis á vuestra ambicion. Tended vuestra mirada en torno, estudiad esos grandes-homes ó á sus herederos, y yo os aseguro que no hallareis uno sólo digno de ella. Al efecto, tened en cuenta su ternura, bondad, elevacion de ideas, y ved luégo que esos poderosos ó sus herederos son un conjunto de pasiones bastardas, son torpes, groseros hasta la rudeza, y meditat en la consecuencia de unir un ángel tan fino y delicado á un demonio tan basto.

—Es propiedad del que está muy abajo desconocer á lo que tiene encima.

—Los he estudiado, D. Alonso, casi de igual á igual, porque si me aventajaron en riquezas yo me sobrepuse en todo lo demás, y no hallé en ninguno de sus cerebros pasion noble que admirar.

—¿Eso decís de mí?

—No, por Dios, que debeis vuestro poder, jerarquía y posicion á cosa muy distinta que ellos; lo malo es, señor, que aliado con ellos unas veces y luchando contra ellos otras, os

asimilásteis en alguna cualidad que vuestra sabiduría y talento debieron no haber cobijado jamás.

—Nunca acabaré de comprender lo bastante vuestra osadía, Hernando; ni á un rey le tolero yo ese lenguaje.

—Estoy seguro que decís la verdad; y eso prueba la distancia que hay de vuestra capacidad á la de esos grandes-hombres tan soberbios, vengativos y feroces. Me tolerais porque yo tambien soy hombre de inteligencia como vos; deseais mi muerte y os da lástima apagar un entendimiento que se asemeja al vuestro; pero ¡ay! en el fondo de vuestro corazón existe un depósito de ira y despecho, deseo de venganza y de ambición, que no podeis dominar lo bastante con vuestro talento, y por esa causa dos hombres que habian nacido para comprenderse, lucharán pronto en guerra á muerte, sin tregua ni descanso. Vos me aventajais, D. Alonso, en poder y riquezas; yo á vos en predominio sobre sí, en sangre fria y en que jamás podrá cegarme pasión bastarda, de que carezco. Por eso os dije ántes, con razón, que la lucha iba á ser de potencia á potencia.

—Pero si estais en mi poder; si aquí mando yo solo y ahora mismo me es fácil disponer que os ahorquen, en la seguridad de ser obedecido en el acto.

—Ya sabía yo que lo difícil no era la entrada en estos salones, sino la salida, y me he traído la llave; no porque os tema ni porque me halague mucho la existencia, sino por la doble misión que tengo de velar por la vida de mi padre y la felicidad de Melania.

—Que os perdeis, Hernando; no hay llave posible para vos en este palacio. Me da compasión separar del tronco una cabeza que tan útil puede ser, y os voy á hacer nueva proposición. Olvidad á Melania, idos á Avila, y en breve os entregaré el mando de un ejército; á mi lado podreis elevaros cuanto ambicioneis.

—No prosigais, señor, que eso mismo pude hacerlo há tiempo cerca del rey y rehusé la oferta.

—En ese caso preparaos á morir.

Dijo el Arzobispo, cortando el diálogo y poniéndose en pié, con ánimo de dirigirse á la puerta secreta.

Hernando comprende su intencion y prosigue no obstante sentado, impassible.

—Ya sé yo, —le contesta, —que vuestros soldados, los del Marqués de Villena y los parciales de ambos se alzarán pronto en Avila contra nuestro legítimo rey D. Enrique IV.

El Arzobispo se volvió confuso, aturdido, despechado luego, y con ira le preguntó:

—¿Quién os ha dicho?...

—No alceis tanto la voz, y cuidad que nadie se entere, porque de lo contrario estais perdido, D. Alonso.

—¿Quién os reveló ese secreto?

—¿Teneis mucho interés en saberlo?

—Mucho; daria por ello...

—¿Permiso á mí para que saliera de vuestro palacio sin que nadie me lo impidiese?

—Sí, hablad.

—¿Veis, D. Alonso, como traigo la llave? Pero notad, señor, que estais de pié, como mi padre, y yo sentado, como vos os hallábais. Y me duele, creedlo, veros humillado, que yo no tengo pasiones.

—Dadme el nombre de la persona que os reveló ese secreto y salid de aquí.

—Continuais de pié, señor Arzobispo, y no debo consentirlo.

—¡Gozaos, temerario mancebo, con la tortura en que teneis mi alma!

—Antes llorábais, D. Alonso, con el corazon, ahora ya es con el alma. Ved en eso el fuego que secará las dos lágrimas con que mi padre regó este pavimento. Puesto que ya me habeis podido conocer lo bastante, no debo ser más cruel. Seguidme.

Hernando se puso en pié, cubrió su cabeza, y sin respeto ni consideracion alguna á Carrillo, lo cogió del brazo, acercándose con él á una ventana.

—Mirad,—le dijo,—un bulto negro que se distingue en lo más elevado de aquella colina. ¿Lo veis?

—Sí.

—Es el mejor ginete de Castilla, el hombre más leal que existe, y monta mi caballo tordo, fuerte como la roca y tan ligero como un meteoro; cruzará en poco más de hora y media las cinco leguas próximamente que dista Madrid, en cuya villa se encuentra Enrique IV. Ese hombre, señor Arzobispo, es el incorruptible escudero de mi padre, y lleva dos pliegos; uno para Enrique IV, y otro para el Marqués de Villena.

—¿Qué dicen esos fatales escritos, Hernando?

—En el primero, mi padre, que no ha mentido nunca, refiere al rey la conversacion que tuvisteis anoche en el palacio de Melania con el Marqués de Villena; y en el otro digo yo á Pacheco que habiendo aceptado vos su cita y alianza, con solo el objeto de obligarle á que casara á su hijo con la espúria Melania, y no accediendo él, lo vendeis.

—¡Pero eso es inicuo!

—¿No era mucho más la orden que ibais á dar para que me asesinasen? Aun cuando la lucha va á ser de potencia á potencia, si no hago uso de vuestras malas armas, indudablemente me vencereis.

—¡Nos espionaron los sirvientes de Melania! ¡Me vendieron! ¡Ay de ellos el dia de la venganza!

—Recordad, señor Arzobispo, que habeis caido en la red tendida por vuestro enemigo, y si os entreteneis en exclamaciones que á nada conducen, estais perdido. Soy vuestro contrario, pero nací noble, ya lo veis, y no quiero morir villano.

—Pedidme lo que deseais porque mi secreto no se trasluzca en la corte. Todo os lo concedo ménos la mano de Melania.

—Nada os voy á exigir. Con el hombre que aun cuando no supo ser padre de mi amada fué para ella tierno y cariñoso, me es imposible luchar con desventaja de su parte. El escudero debe partir, segun la orden que tiene, ántes de un cuarto de hora, si no le hacen señal de que lo verifique al momento, y esta se la hará mi padre en cuanto vea desde una torre

próxima salir de vuestro palacio gente de armas en su persecucion. Venid á esta otra ventana y contemplareis al anciano autor de mis dias, qué alerta se halla en el campanario de enfrente. ¿Lo distinguís? Tiene en su diestra una bandera blanca que debe desliar y mover en cuanto sea necesario. ¡Qué fijo está en la puerta de este edificio! Ese compañero mio, señor Arzobispo, vale más que todos vuestros mercenarios.

—¡Corre el tiempo, Hernando, y si el escudero parte!..

—No temais, que yo mismo le avisaré para que se retire. Os he dicho, y repito, que nada puedo exigir al protector de Melania, no obstante su ofrecimiento y ser mi enemigo. Os dejo; sé que vais á procuraros por todos los medios posibles la muerte de mi padre y mia; yo en cambio juro no atentar jamás contra vuestra preciosa existencia. Todo ménos hacer verter una sola lágrima al ángel que adoro. Pero si efectivamente atentárais contra nuestra existencia, si continuárais labrando la desgracia de Melania y mia, entónces os perseguiré hasta que logre destruir todo vuestro poder, influencia y mando. Entónces haré uso del secreto que poseo y de los que pueda adquirir contra vos. Siempre respetando vuestra vida, pero siempre pasando por encima de vos, como ahora.

Y cruzó por delante de él con la frente erguida, cubierta la cabeza, paso lento y seguro, desapareciendo de aquellos salones con la altanería de un rey.

El Arzobispo cayó sobre un sillón, confundido, anonadado. El audaz cantor de la noche ántes vengaba á su padre por completo, dejando á Acuña vencido y humillado. ¿Durará mucho su triunfo? Lo dudamos. La ira, despecho y sed de venganza del ricohome y poderoso Carrillo, deben ser un volcan que al estallar abrase y confunda con su ardiente lava á cuantos dirija el ígneo y mortífero fuego que arroja su cráter.

Su rostro estaba encendido; sus ojos inyectados de sangre; la mirada sombría, y aquel gran hombre en inteligencia y saber, presa de bastardas pasiones, tan propias y terribles en su época, se confundía ahora con el más vulgar guerro de la Edad Media.

CAPÍTULO IV.

Actitud de Acuña.—Prision de Melania.—El ingenio de Hernando puesto en tortura.—La muerte ó la huida.

Dejamos al Arzobispo sentado en el sillón, víctima de un despecho que no habia sentido jamás.

De pronto se puso en pié y corrió hácia la primer ventana en que estuvo con Alvarez de Toledo, exclamando:

—¡Aún continúa aquel fatal bulto sobre la colina! ¡Y es lo peor, que si Enrique IV descubre mi intento y el hábil Marqués de Villena, creyendo que le he vendido, se vuelve á unir al rey, entónces quedo inútil para todo! ¡Oh, no se mueve; la señal de Hernando tarda! ¿Faltará á lo prometido? No lo creo; vale mucho ese hombre para descender á un hecho indigno y falaz. Luchará contra mí, estoy seguro, pero no como el menguado que se arrastra por el suelo en busca de la impunidad de su crimen. ¡Asombra una altivez tan grande, fundada sólo en la capacidad y el talento! Ese hombre no se asimila á la época en que vive; hubiera estado mejor entre los sabios de Grecia ó los legisladores de Roma. Me asusta, sin embargo, pensar que pueda estar un dia frente á ejércitos contrarios... Pero no, que morirá ántes; se halla sentenciado, y hasta ahora todas las condenas que dicté se cumplieron. ¡Qué

veo! ¡Se mueve aquel bulto; corre! ¡No; trota!.. ¡Ah! ¡Viene en direccion opuesta de Madrid! ¡Cumplió Hernando su palabra! ¡Qué lástima de hombre sin señoríos; que lástima de Melania sin un grande de Castilla como ese hombre! Ya no veo al escudero; entró en el bosque y se confundió con los árboles. Venga á Alcalá en buen hora; por hoy le recibiria yo con palmas; mañana será otra cosa.

Y retirándose de la ventana cayó de nuevo sobre el sillón, moviendo con su diestra una campanilla.

La puerta se abrió, presentándose varios familiares y gentiles-hombres.

—¿Salió del palacio Alvarez de Toledo?

Preguntó el prelado. Un familiar le contestó:

—Sí, señor.

—¿Habló con alguno de mis servidores?

—No, señor.

—Que se retiren los cuatro soldados que esperaban mis órdenes en esa alcoba. Entra tú, Garci-Perez, y cierra la puerta.

Solos ya, añadió D. Alonso:

—¿Esperan algunos?

—Varios nobles y siete eclesiásticos.

—Luégo les dices que hoy no recibo á nadie.

—Están entre ellos dos comendadores de Santiago.

—Me es imposible oirlos.

—¿No comeis, señor? Pasó ya la hora...

—Cenaré si puedo, y no me hables más de eso.

El Arzobispo comenzó desde este instante á dictar órdenes con toda la energía de que era capaz.

Manda inmediatamente dos compañías ó mesnadas de á cien hombres, de los más leales que tiene á su servicio, al palacio de Melania; cambia toda la servidumbre de la jóven, y con testigos de vista que no la dejen un instante sola, mientras permanece levantada, quede la infeliz en perpétua prision, no siéndole dado ni aun asomarse á la ventana. Al abrir la puerta del castillo y alzar el rastrillo debe estar presente Rómulo Berenguer, seguido de fuerza armada. Contra un completo

cercos no hubiese podido el Arzobispo tomar más determinaciones que las que ahora realiza contra las asechanzas de un hombre solo, de Hernando Alvarez de Toledo.

Hecho esto, manda emisarios D. Alonso al Marqués de Villena y á todos los jefes de entre los que llamaba sus parciales, para que adelanten la sublevacion contra Enrique IV, suponiendo que han sido descubiertos sus planes y que pronto llegarán á noticia del rey.

A las diez de la noche todo está terminado, y á esa hora se sienta por primera vez á la mesa.

No es hombre Acuña que se duerme, y la importancia que da á Hernando debe necesariamente prepararlo contra los poderosos ardides del entendido jóven. Carrillo hace justicia á su gran talento, y esta es el arma mejor que puede esgrimir contra él.

Concluida la cena se retira á su cámara de escribir, donde hace comparecer á los dos hombres más hábiles é hipócritas de cuantos le sirven.

—Vais,—les dijo,—á averiguar dónde se hallan, qué hacen y, á ser posible, lo que piensan D. Juan y D. Hernando Alvarez de Toledo; hasta la una y media de la noche permaneceré trabajando; procurad que no me meta en cama sin oír de vuestros labios lo que tanto me importa saber. No perdais tiempo.

Los emisarios salieron, quedando D. Alonso pensativo y triste.

—¡Qué noche,—exclama,—y qué dias los trascurridos! Jamás los pasé iguales, y es lo peor que ahora no podré hallar recompensa á mis afanes y disgustos contemplando á la hermosa Melania, oyendo sus frases tiernas y embriagadoras y estrechando su mano blanca y suave. ¡En qué terrible situacion me coloca ese hombre cuando yo ménos lo esperaba, cuando tantas atenciones y cuidados pesan sobre mí! ¡Ah, no enviéis á vuestro señor, infelices siervos, ni vosotros, humildes vasallos; la tranquilidad de vuestra alma, el sosiego de vuestra conciencia y vuestra propia ignorancia, valen más que mis

cient pueblos, grandeza, oro y poderío! ¡Qué sabiamente estableció la Providencia el equilibrio entre la miseria del pobre y la fortuna del rico; la primera debe pesar mucho sobre las necesidades de la vida; mas la segunda es el origen siempre de tantos disgustos y sinsabores, que hay períodos en la existencia humana en que abrumada el alma por contrariedades y amargos desengaños se hace más odiosa y molesta que la situación de un mendigo.

De este modo discurría el Arzobispo, motivando aquellas ideas la incertidumbre y malestar que le atormentaban. Cuando su inteligencia discurría sin ser agitada por pasiones bastardas, era hombre muy diferente Acuña; pero no teniendo valor bastante para sobreponerse á su época, obedecía en general á los ímpetus de su corazón, y ese era el gran defecto de tan eminente y sabio prelado.

Se puso á escribir y pasó trabajando hasta más de la una, en que se le presentaron los dos emisarios encargados de averiguar dónde se hallaban Alvarez de Toledo, padre é hijo.

Uno de los recién llegados refirió al Arzobispo lo siguiente:

—Señor, D. Juan salió cerca de anohecido en dirección á Madrid, acompañado de sus cuatro sirvientes. Se ha hecho cargo de la casa que queda sin habitar uno de sus íntimos amigos. En cuanto á su hijo Hernando, nadie le ha visto salir de Alcalá, y es indudable que debe estar escondido, pero hasta ahora no hemos podido averiguar su paradero.

—Poco hicísteis, y es indispensable más indagaciones; necesito saber dónde se oculta Hernando.

—No descansaremos, señor, hasta conseguirlo.

—Bien; pero ántes, que se sitúen los ginetes precisos en la ronda y caminos, para en el caso de que intentase huir caiga en nuestro poder. Gran recompensa he de dar al que me lo presente muerto ó vivo. Salid, y puesto que sois dos, mientras descansa el uno que vele el otro.

Y el Arzobispo buscó el lecho á las dos de la madrugada, para estar de pié á las siete.

A los primeros pasos que da por sus salones le presenta un paje en bandeja de oro el siguiente escrito, que el prelado devora con la vista.

Decia así:

«Señor Arzobispo: Teneis á Melania aprisionada en su castillo como pudiera estarlo un criminal. No cuenta esa infeliz con padre que la defienda, y su tirano la rodea de esbirros, destruye su voluntad y la condena á martirio horrendo. ¡Qué proteccion la vuestra, señor Arzobispo! La libertad y autonomia de la pobre aldeana, de la infeliz montañesa, de la desgraciada selvícola, valen infinitamente más que los castillos y señoríos de Melania! El padre más desnaturalizado, el amo más cruel, olvidándose y despreciando á la hija ó sierva, la tratan mejor que vos á vuestra prisionera, dejándola su libertad y albedrío. Vuestra proteccion, sabio y entendido prelado, son más nocivas al cuerpo y al alma que las asechanzas de un enemigo cruel. Esa es vuestra obra, admiradla, y si os gusta, guardad toda la compasion que tengais para vuestro mísero ser.

»Y no es sólo eso; vuestra generosidad é hidalguía con el noble, se asimilan á vuestra *paternal* solicitud por Melania: me desterrásteis ayer de Alcalá, y de obedecer tan injusta é impropcedente orden pude llevar aquellos dos pliegos dirigidos al rey y al Marqués de Villena, que tan en cuidado os pusieron; pero recuerdo que os llamais protector de Melania y eso me bastó para romperlos, desistir y evitaros un compromiso que os habria proporcionado el conflicto mayor que puede el hombre imaginar. Agradecido vos y sin contradeciros, mandais tomar los caminos y veredas, para en el caso de que intente cumplir la orden de destierro dictada por vos, me cojan y me encierren en un silo, para ahorcarme luégo, cortar mi cabeza ó atravesar mi corazon con una traidora estocada. ¿Os va gustando vuestro retrato? Pues creed que nadie siente en el mundo tanto la deformidad que presenta el protector de Melania, como vuestro noble enemigo,

HERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO.»

—¿Quién ha traído este escrito?

Pregunta con ira Don Alonso.

—Un embozado, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Una hora.

—¿Pudisteis reconocerle?

—No, señor.

—¿Qué trazas tenía?

—Las de un caballero.

—Si vuelve á presentarse de esa ó de otra manera algun incógnito con escrito para mí, que lo prendan y traigan á mi presencia.

Carrillo rompió con ira la epístola, arrojando los pedazos al fuego que ardia cerca de él; pero quedó inoculado en su alma todo el acíbar con que la sazonó Hernando.

Léjos de recibir el Arzobispo una provechosa leccion con las verdades que le dice Alvarez de Toledo, juzga que son terribles insultos que clamaban venganza, y ya ansía esta más que la conservacion de su vida.

Hé ahí los hombres de tan terrible época, y en verdad que este no es de los peores, segun veremos más adelante.

Ahora abandonemos el palacio arzobispal para seguir á Hernando, ya que á nosotros nos es permitido averiguar su paradero.

Dejó nuestro valiente jóven los salones de Carrillo, cruzando luégo con indiferencia suma por entre filas de gentiles hombres, familiares, pajes, sirvientes y soldados mercenarios que le abrian paso, admirando su porte y brio.

Se fué al muro, hizo una señal al escudero de su padre, otra á este, aguardó que bajase de la torre de San Benito y cogido á su brazo marcharon ambos, hasta detenerse en el estrado de la casa. Allí refirió Hernando á Don Juan cuanto le habia acontecido con el Arzobispo.

—¡Nos hemos perdido, Hernando!

Exclama el anciano con dolor. Aquel le contesta:

—No, padre mio; si Acuña nos coge y ahorca, habremos

concluido de padecer en este valle de lágrimas y eso más tendremos que agradecer á Dios y al destino. Pero si sucede lo contrario, los hidalgos de *gotera*, como él nos llamará, le han de amargar los días de su vida sin tregua ni descanso. Hasta hora lo tenemos vencido, ya lo ves.

—Mas en adelante, hijo mio, ¿qué va á ser de nosotros? Tú, tan noble, tan generoso, tan entendido, tendrás que disfrazarte, ocultar tu rostro, dormir en la cabaña y acaso confundirte en los bosques con las fieras!

—Padre mio, tu ternura y ardiente amor hácia mí te ofuscan, permíteme que te lo diga. No me conoces.

—¡Sé lo que vales, y por esa causa aumenta mi dolor! Aun cuando el hijo imperfecto, torpe y mal educado inspira al padre el mismo cariño que el perfecto, es más sensible que ruede al golpe del hacha del verdugo esa hermosa cabeza que tanto bien podia hacer en el mundo, que una impotente y que para poco ó nada podia servir.

—Te he dicho, padre, y repito, que dejé al Arzobispo de Toledo trémulo, agitado, presa del pavor, ¡él, que suponía no conocer el miedo! y yo salía sereno, frio, casi indiferente, como has visto.

—Al estado angustioso á que le condujo tu talento, seguirán la rabia, ira y despecho que fermentarán en su alma para producir la más negra y horrible de las venganzas!

—Y ofuscada su clara inteligencia por una soberbia que perturba el mejor cerebro, caerá á cada paso impelido por el frio aliento de mis labios.

—¡Me estremece, Hernando, la idea que adivino! ¿Te atreverás á luchar con ese poderoso?

—Día y noche, sin tregua ni descanso; no le mataré nunca, pero al tirano de Melania, á su déspota y cruel amo, lo atormentaré de continuo. Aun cuando me ofreciera la mano de Melania sería siempre su más implacable enemigo.

—¿Tambien en tu pecho tiene cabida la venganza, hijo mio? ¿Te vas haciendo digno de vivir en época tan desdichada?

—No, señor; es que para el hombre de gran talento que

antepone su orgullo, vanidad y amor propio á los consejos de la fria razon y de la moral, no tengo yo otra cosa que martirio. Esos otros grandes-hombres, con castillos feudales y poderío, que sólo aprendieron á matar y que hasta desconocen el silabario, me dan lástima y no cometen torpeza alguna que no se halle justificada con la ignorancia que nadie supo destruir en ellos; pero el sabio y eminente hombre que obra como ellos merece una pasion y muerte como la que injustamente impusieron los hombres al Redentor del mundo.

—Hernando, puesto que es imposible ya tu union con Melania, nombremos un personero que cuide de nuestra hacienda, y marchémonos á Aragon, que allí tenemos parientes y amigos, y gobierna un rey que sabe hacerse obedecer de los grandes y su justicia alcanza á los pequeños.

—Si tú me lo mandas te obedeceré como buen hijo; mas si deseas mi felicidad, concédeme una gracia, padre mio.

—¿Qué podré yo negarte? Habla, hijo.

—Puesto que continuamente dices, señor, que jamás me abandonan la reflexion y la calma, que soy un valiente incapaz de cegarse, que mi inteligencia supera á la mejor de Castilla, déjame en absoluto la direccion de los medios con que hemos de combatir el conflicto presente. Mi padre eres, y si lo hago mal, suprimes la facultad que me das hoy y obras tú, seguro de mi completa sumision.

—Yo quiero solo tu dicha, Hernando; por ella daré con gusto hasta mi vida; nada más agradable para mí que ser dirigido por tu génio, pero me asusta la audacia con que obras, hijo mio.

—¿Eso dices al que contra tu voluntad fué á ver al Arzobispo y ya sabes cómo te vengué, cómo lo he dejado?

—Está bien; manda, dispon; quiero obedecerte.

—Gracias, mi adorado padre. Encarga el cuidado de la casa á tu íntimo amigo Mendoza. Me das la cuarta parte del dinero que tenemos, y partes inmediatamente á Madrid; á ser posible ántes de una hora.

—¿Y tú, Hernando?

—Yo, desde mañana estaré en el campo, en las ciudades, á tu lado, léjos, en todas partes y en ninguna.

—¿Qué te propones?

—Lo primero evitar que Carrillo venga en ti la ira que yo le inspiro. Si á mí no me encuentra, como es posible, se querrá ensañar con mi padre, y este cuidado me enervaría las fuerzas, destruyendo mi libre accion. Libre tú en Madrid, rodeado de tus deudos y amigos de la corte, quedo yo como el águila, y como ella remontaré mi vuelo, sin que pueda llegar-me el dardo de un cazador.

—¿Lo has pensado bien, Hernando?

—Sólo de esta manera, padre mio, puedo salvarte, salvar-me y acaso triunfar.

—¡Vivir separado de ti, qué tormento!

—Me verás de continuo, y cuando nada tenga que hacer, que será la mayor parte del tiempo, permaneceré á tu lado recibiendo en amoroso éxtasis filial la recompensa á todos mis afanes.

—¡Terrible trance! ¡Dios mio, dad fuerzas á este pobre anciano!

—Antes que verte afligido é infortunado, renuncio á Melania, renuncio al gran porvenir que me ofrece el destino. ¡Padre, á Zaragoza al momento!

Y alzando la voz, continuó:

—¡Perez, Rodrigo! El caballo tordo para mi padre, el alazan tostado para mí; comprad los que faltan para vosotros, y al reino de Aragon todos, que me abrumba Castilla y quiero perderla de vista para siempre.

—¡Deteneos un momento!

Gritó el anciano, y volviéndose á su hijo, exclamó:

—¡Qué alma tan noble y generosa, qué abnegacion, qué ideas tan elevadas! ¿Renuncias á Melenia?

—Para siempre.

—¡A tu felicidad!

—La mayor ventura de un hijo es formar la dicha de su padr.

—¡Y te condenas á vivir en tierra extraña!

—Junto á ti todo me es agradable.

—Por Dios santo que nos oye, juro que no has de ser mejor que yo, Hernando! Aventájame en talento, en destreza, en sabiduría, en valor, que yo lo aplaudo; pero en nobleza de alma, en hidalguía, no. Aguarda.

—¿Qué vas á hacer?

—Pronto lo verás.

Salió el anciano, regresando al poco tiempo con un largo bolsillo repleto de oro.

—Toma,—le dijo.—Hoy parto á Madrid, y en Madrid te aguardo.

—¿Qué me das?

—Los amigos parten lo que tienen entre sí, y hasta los compañeros; hé ahí la mitad del dinero que hay en casa.

—No puedo aceptarla, padre mio.

—Obedece, hijo.

—Imposible, señor; me lo impide el amor que te profeso. Somos seis, con la cuarta parte salgo ganancioso.

—Tienes que luchar con el Arzobispo.

—Pero no con el oro, que para cada maravedí nuestro cuenta él con una talega de escudos.

—Yo puedo vender una parte de mi hacienda.

—¿Pronto?

—Mañana mismo.

—Buena idea, empéñala. Madrid tiene judíos que no ansian otra cosa.

—¿No es deshonoroso?

—Lo hacen hasta los más grandes, señor.

—¿Y luégo?

—Si morimos, ahí queda eso; mas si sucede lo contrario, entónces yo te regalaré un castillo con señoríos.

—¿Cómo?

—Ganándolo.

—¿Matando hombres?

—O de otro modo más humano, señor.

—¿Qué cantidad pido á los hebreos?

—Esperas á que te se acabe el dinero para realizar el empeño, y por el pronto, si llega ese caso aceptas lo ménos posible, quedando en actitud de repetir si te hace falta.

—¿Nos veremos ántes?

—Muchas veces.

—Pues coge ese dinero.

—Aceptado.

—¿Te dejo á Rodrigo?

—No.

—¿A Perez?

—Tampoco.

—¿Solo te quedas?

—Como el águila, que rara vez lleva compañero.

—Pues parte y escóndete.

—Cuando te haya dejado sin peligro fuera de Alcalá. Tú y Rodrigo os adelantais; los otros tres pueden seguiros más despacio.

—¿Esto más?

—Mando yo y me has ofrecido obedecerme.

—Dispon.

—Vete á ver á Mendoza miéntras yo preparo tu partida.

Dos horas despues aguardaba Hernando á su padre en una altura próxima á la carretera de Madrid, á doscientas varas de la muralla. Iba embozado, le cubria espesa cota de malla, larga tizona y puñal brillaban en su cinto y un casco de acero bruñido ocultaba su cabeza.

Cerca de anochecido vió dos ginetes que se dirigian hácia él.

Eran su padre y el sirviente.

El primero echó pié á tierra, y enroscando sus brazos al cuello de Hernando, exclamó.

—¡Hijo mio!

—¡Valor, padre! A caballo y corre, que ántes de las ocho podeis estar en Madrid en casa de tu primo Alvo.

—¡Dios mio, velad por él!

—Más de prisa señor, que me falta tiempo; oprime los ijares.

—¡Adios!

Y los potros partieron como dos relámpagos.

Hernando no murmuró frase alguna; frío é inmóvil miraba desde una colina cómo subian pendientes los caballos y bajaban cuestras, hasta que se perdieron entre la bruma del crepúsculo vespertino.

—¡Ya están en salvo!

Dijo, y con los ojos secos, quieto el corazón y la mirada vaga y sombría, se dirige pausadamente á la ronda para entrar por otra puerta diferente de la que habia salido.

Observando si le seguian ó no, penetró ya de noche en la morada de Abiabar.

El sabio calculaba en aquellos instantes la distancia que separa la tierra de la luna. Al verlo entrar le preguntó:

—¿Vienes en son de guerra, amigo mió?

—No; llevo en son de comer, que aún no he almorzado.

—¿Lo dices de veras?

—Sí.

—Soberbio banquete te voy á ofrecer. Mira, en aquel armario hallarás pan, vino, magras y queso; dudo que haya mucho más. Si tú quieres servírtelo, podré acabar esta importante medida.

—Sí.

Y haciéndolo y empezando á comer, prosiguió:

—¿Mides la tierra?

—No; la distancia de la luna.

—Debe estar lejitos.

—Al contrario, es el planeta que tenemos más cerca.

—¿Y es posible la exactitud?

—Resuelvo la cuestion matemáticamente.

—¿Y tu hijo?

—No le he visto hoy; estará con el abad. ¿Quieres que esta noche te enseñe algun astro?

—Para astronomía estoy yo. ¿Te interrumpen mis frases?

—No. ¿Qué te sucede?

—Me han sentenciado á muerte.

—¿Quién?

—El Arzobispo.

—¡Y yo creí que tenía talento!

—No te equivocaste; pero supone que le estorbo, y pretende deshacerse de mí.

—¡Es tan ambicioso y soberbio!.. Doy por hecho que con más inteligencia que él no te dejarás matar.

—En eso estoy pensando.

—Oye, en esta casita hay una habitacion construida por mí, cuyo secreto todos desconocen. La hice á poco de haberme mudado, temiendo que el pueblo pretendiese seguir atropellando á este pobre brujo, como él me llama.

—Comprendo; pero la proteccion del abad...

—Tú puedes aprovecharla ahora. Buena idea; abandona el mundo, vente á vivir conmigo, y dejaré á mi muerte un digno sucesor. Toda la ciencia que yo sé...

—Es pronto; me queda aún mucho que hacer en esta tierra, Abiabar. ¡Ojalá hubiera nacido con otra condicion distinta! No es lo que ménos me agrada en el mundo penetrar los secretos de la ciencia y abrir los arcanos de la filosofía. En una palabra; creo, Abiabar, que tú eres uno de los hombres más dichosos de la tierra.

—La mayor parte de los hombres, todos, con rara excepcion, amigo Hernando, vienen á la tierra y la abandonan sorprendidos por la muerte, sin conocer el mundo que habitaron; es más, ignorando por completo quién es Dios.

—Hombre, eso es muy grave.

—Pero cierto, hijo mio; unos lo hacen furioso, soberbio, vengativo hasta en la cuarta generacion, semejante al hombre, y al efecto suponen que su potente mano dirige el rayo, las epidemias, las guerras y todo aquello que los séres provocamos con nuestra infinita ignorancia. Y otros lo presentan gozándose en nuestras miserias y desgracias, hasta el punto de prohibirnos que bebamos ciertos liquidos, que disfrutemos de ciertos manjares, con tantas otras cosas que sería prolijo enumerar.

—¿Cómo comprendes tú á Dios, Abiabar?

El sabio dejó lo que estaba haciendo para volverse á nuestro jóven y contestarle:

—Absolutamente grande, sabio, poderoso y justo.

—¿Te olvidas de su bondad?

—No; nos ama á todos lo mismo; es cierta su misericordia repartida por igual; porque bien comprendes que su primer gran atributo es la justicia, y la perderia en el momento que hiciese la más leve excepcion.

—¿Serias capaz de explicarme entónces por qué nacen unos reyes, poderosos, nobles, y otros pobres, siervos, miserables y hasta mendigos?

—Lo deseo; mas para que lo pudieras comprender era necesario prepararte con algunos conocimientos de que todavia careces; por eso te aconsejaba ántes que te quedases conmigo.

—Ahora no puede ser, Abiabar; mas es posible que no esté lejano el dia en que te lleve á mi lado y formes mi delicia con tu filosofia y ciencia.

—Tendria mucho gusto en ello; me comprendes con facilidad, te prestas, y yo haria de ti un verdadero sabio.

Abiabar continuó trabajando. Alvarez de Toledo come, y á la vez le dice:

—Tú, amigo mio, á fuerza de estudios y de un trabajo no interrumpido en cuarenta años, has logrado adelantarte á tus contemporáneos en cuatro ó cinco siglos. Vives en una época que todo es en el hombre ambicion, desenfreno, soberbia, glotonería, materia, en fin, dirigida por malas pasiones; y léjos de asimilarte á los que te rodean, eres sóbrio, humilde, modesto, te son indiferentes todas las riquezas y poderios, y en verdad que me parece estar viendo en ti, en tu indiferentismo á la tierra, al sabio de los siglos XIX y XX; porque el pueblo en esos cuatro ó cinco siglos habrá adelantado muy poco.

—De no equivocarte, Hernando, veamos si conoces la causa.

—No, amigo mio.

—Yo sí.

—Dímela.

—Oye: la motiva el que al tener uso de razon me hice la siguiente pregunta: ¿A qué he venido yo á la tierra? ¿Qué debo hacer en ella, puesto que tengo libre albedrío? ¿Qué va á ser luégo de mí?

—¿Y qué te has contestado, Abiabar?

—Lo siguiente: vine á aprender; á desarrollar mi inteligencia; á elevar mi alma con el estudio, el trabajo y la más perfecta moral; y eso hago.

—¿Y adónde vas luégo, Abiabar? Te olvidas de la parte más importante.

—¿Adónde voy! ¿Quieres que te diga nada ménos que el resultado de esta larga peregrinacion que voy haciendo por el mundo! Mucho me pides, Hernando, y satisfaria tu deseo si pudiera.

—Tienes razon; ese arcano no lo ven abierto los séres hasta despues de la muerte del cuerpo.

—Ese es otro error en que estais. En la tierra no muere nada; la grande obra de Dios se modifica, pero no parece ni un solo átomo de ella. Lo que llamais muerte no es otra cosa que la separacion del cuerpo y del alma; el primero pierde su condicion para adquirir una nueva, y la segunda queda en el universo, libre de la cárcel en que estuvo encerrada; porque la materia no es otra cosa que el organismo por donde con mucho trabajo se comunican los espíritus, sufren y adelantan.

—¿Pero qué hacen las almas en eso que tú llamas universo?

—Te repito, Hernando, que no estás preparado para oirlo.

—Haga el cielo que pronto lo esté y me enseñes lo mucho que ignoro, Abiabar.

—Amén.

Fué interrumpido el anterior diálogo con la llegada de Sion. Esta noche entraba cambiado por completo. Habia des-

aparecido su innata socarronería é iba triste, ensimismado y como pesaroso.

Saludó á su padre y dijo luégo á Hernando:

—Acaba de comer y vé á la sala, que allí te espero.

Minutos despues, reunidos ambos en la habitacion que ya conocemos, le preguntaba Alvarez de Toledo:

—¿Qué ocurre, hermano, para venir tan cabizbajo y meditabundo?

—Tengo que comunicarte grandes acontecimientos, que han tenido lugar en el tiempo trascurrido desde que nos vimos esta tarde hasta ahora que son las siete de la noche.

—Habla y nada temas por mí.

—Fue nombrado alcaide del castillo de Melania Rómulo Berenguer. Están variando toda la servidumbre, cambian los soldados y esa infeliz dama no tiene ya accion libre, albedrio, ni se presenta de otro modo que como una prisionera de su protector Don Alonso.

—Contaba con eso.

—¿No echa por tierra todos tus planes?

—Los contraría y nada más.

—Me quedo sin ningun amigo cerca de ella: el principal agente y con quien contaba, lo despidieron como á los demás, y ahora....

—No continúes, necio. Los nuevos servidores que han llevado al castillo no fueron con distinto corazon que los anteriores, y añadiendo á esto tu idea de que el oro de San Pascual hace milagros...

—¿No me venderá aquel á quien yo deseo comprar los secretos de su amo?

—Eso dependerá de tu perspicacia, talento y habilidad.

—Estoy seguro que te andan buscando ya por Alcalá, y si te cogen los mercenarios del Arzobispo...

—Me ahorcan; pero hay una habitacion secreta cerca de aquí, con la cual fio que no darán ellos.

—¡La de mi padre! Entra en ella y no salgas, que estás sentenciado á muerte, hermano.

—¡Cobarde! Te prohibo que repitas esas ridículas declamaciones. Vamos á lo que importa. ¿Qué hace, qué piensa, qué dice el abad?

—Como anoche se halló favorecido con tan inesperada y santa revelacion, y luégo se la quiso desmentir el Arzobispo, tratándolo con dureza suma, está furioso y á la vez teme que á su hermana y á Carrillo les suceda una gran desgracia.

—Perfectamente; conviene que nadie pueda disuadirle.

—Esas cosas las cree él con más fé y entusiasmo de los que caben en un espíritu perfecto. Pero, ¡ay Hernando! el abad, hoy poco ó nada puede hacer en favor tuyo cerca de Melania.

—Aprovecharemos ese poco, y yo intentaré lo demás.

—¡Tú!

—Sí, y no perdamos tiempo. Ponme lo necesario para escribir sobre esa mesa, y mientras yo trabajo un cuarto de hora llevas á la habitacion secreta de tu padre, cama, luz y lo que pueda serme indispensable. El oro que hay en este bolsillo lo metes en un cinto que yo he de llevar ceñido, y cuando hayas acabado vuelve á recibir más instrucciones.

El donado le obedeció sin vacilar.

Hernando comienza á redactar para Melania el siguiente escrito:

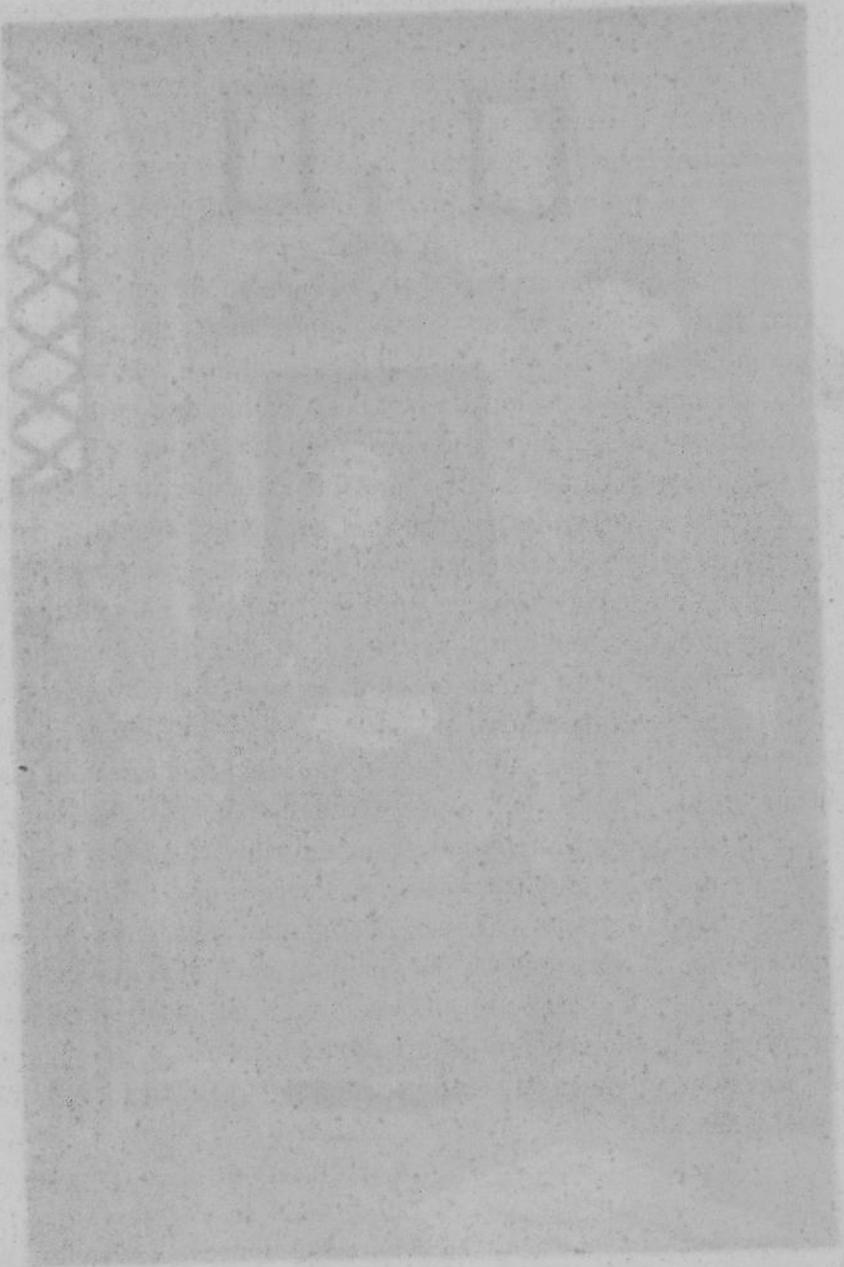
«Deliciosa mujer: Enamorado de tus mil encantos físicos y morales te declararé mi pasion, y con ella, en mal hora, prendí en tu pecho ardiente volcan. Desde ese instante con mis frases, miradas, canto y hechos todos, acabé de enloquecerte casi tanto como yo lo estaba. Nuestro amor era santo, puro, sublime, angelical; nos ofuscó á pesar de su grandeza ó acaso por ella, y no pudimos ver la distancia que nos separaba, el abismo que nos dividia. Tú eres rica, poderosa, tienes señorías, te obedecen mil personas, y yo soy pobre, un mísero hidalgo que debe bien poco á la fortuna. Y es lo peor que cuanto obtuviste se lo debes á un extraño, á un protector que no tuvo la abnegacion ni generosidad de elevarte incondicio-

nalmente. Hablamos con él mi padre y yo; el primero le pidió tu mano; yo, ménos humilde, le impuse mi union contigo, y sólo indignacion le inspiramos. Entónces quise que me dijera si contabas con padre, si habia algun hombre que no se avergonzara de llamarte hija, y me contestó que no le conocia. No tienes padre, Melania; sólo cuentas con un protector tan soberbio como egoista, el cual decretó mi muerte y á ti te ha aprisionado como á un criminal. Acaso seamos nosotros los equivocados por no haber visto la distancia que nos separaba; acaso tenga él razon y derecho suficiente para unirte al hijo del Marqués de Villena ó á otro poderoso que se le asimile. Si hoy, desapasionada y con la calma que la gravedad del asunto requiere, piensas de ese modo, libre estás, ángel mio; yo levanto tu juramento, hijo de ardiente y perturbadora passion; yo te devuelvo la palabra que me distes; cástate, y Dios corone tu enlace con la gran ventura á que eres acreedora, añadiendo además la que yo pudiera merecer de su infinita bondad. Pero dímelo con sinceridad y presteza, Melania; y si por fortuna no fuera esa tu opinion; si á pesar de todo juzgaras preferible este hidalgo de *gotera*, como me llamará Don Alonso, cuenta, amor mio, que tendrás muchas desgracias que sufrir, mucho tiempo que esperar. Lo que yo pienso, lo que yo creo, lo que yo anhelo con afan indecible, lo sabes ya; lo oiste de mi labio muchas veces, y claro es que el que tanto gana contigo no debe cambiar de opinion; puede hacer eso únicamente la ricahembra, la portentosa deidad que pierde uniéndose á mí. Porque te amo lo que no me es dado expresar, tendré la abnegacion de olvidarte ó al ménos la de huir de ti si me lo mandas. Tu contestacion decidirá la suerte de tu apasionado,

HERNANDO.»

Lee la carta que acababa de escribir nuestro trovador, y satisfecho de su contenido la cierra, esperando luégo que regrese Sion.

Aquel llega por fin, diciéndole:





Los dos milagrosos.

—Tienes cama, luz, recado de escribir, libros y lo que puedas necesitar en tu ignorada alcoba.

—¿Hallaste en casa lo necesario?

—Me faltó algo que habia de sobra en el convento, y lo trasladé aquí.

—Siéntate, y oye. Toma este escrito; lo dejas dentro de un objeto cualquiera en la celda del abad. Esta noche vuelve positivamente San Benito, mandándole que lo coja y al ser de dia lo ponga en manos de Melania, sin que nadie lo vea. Al poco tiempo le devolverá ella otro que nunca sabrá Cirilo para quién es. ¡Guay si sus ojos leen el sobre, porque cegará! Debe dejarlo en el sitio de donde cogió el otro, que ya habrá algun demonio, instrumento de la Providencia, no obstante sus pecados, que se encargue de llevarlo á su destino. También, hermano mio, tengo yo revelaciones; y esa es la más importante de cuantas me favorecieron hasta hoy.

El donado medita algunos segundos, exclamando luego:

—Me basta con lo expuesto, y todo se hará segun tu deseo.

—Pudiera acaso no realizarse lo que el santo dispone por alguna torpeza de fray Cirilo, y es necesario evitarlo á todo trance, inspirando bien al abad. Ruégaselo á San Benito con insistencia.

—Para cosa tan loable y santa le acompañaré; iremos por el subterráneo, entrando en el castillo cuando todavía duerman la mayor parte de los que vigilan á Melania.

—Veo en ti confirmado el axioma de que hasta el mayor pecador recibe inspiraciones celestiales.

—Creo que lo último es cierto, Hernando, y en prueba de ello se me ocurre lo siguiente: Está tan preocupado fray Cirilo con la terquedad de Acuña, y se halla tan dispuesto á obedecer al santo fundador de su orden, que lo creo capaz de sacar á Melania una noche por la cava y entregártela...

—¡No sigas, blasfemo, torpe, inmoral! ¡Qué conciencia!

—Si la tuviera como tú deseas, no podría llevar este escrito y traer la contestacion.

—Cabe la elasticidad en casos extremos y cuando se apli-

ca al bien; más el carecer por completo de ella sólo es propio de un bribon como tú.

—Te quiero tanto, Hernando, que no la he de tener mientras te vea en peligro y separado de Melania.

—Bien, hombre; pero ¿no comprendes que huyendo ese ángel conmigo quedaba deshonorado, y que siendo difícil guardarme yo lo bastante para no caer en manos de los agentes de Acuña, teniendo que velar por ella sería imposible que dejasen de dar con nosotros?

—Eso último es verdad.

—Pues más imposible es todavía que llegue á mi mente la sola idea de que yo empañe jamás ese brillante sol, esa pura deidad que adoro.

—Yo no digo que tú la deshonres; si fuera posible huir, os casábais al momento, y siendo ya tu mujer...

—Para la sociedad quedaria deshonorada por el solo hecho de desaparecer conmigo.

—Siento haberme equivocado; juzgué que San Benito protegía tus amores y en breve os iba á unir, valiéndose al efecto del abad.

—¡Cuándo llegará ese día! ¡Veo tan léjos el logro de mi dicha, Sion!

—Me va pareciendo lo mismo.

—En fin, sea lo que Dios quiera. ¿Te echará de ménos fray Cirilo?

—Es posible que ya esté desesperado por mi tardanza.

—Parte inmediatamente y hasta mañana, hermano.

—Ahí va mi diestra ya que tú no la desdeñas.

—Eso es poco, Sion; abrázame, que eres mi mejor amigo, estoy sentenciado á muerte y quién sabe si al volver mañana en busca de un hombre te encontrarás su cadáver.

—Me horroriza la idea, Hernando. Yo encargaré á mi padre que tenga siempre la puerta bien cerrada, al menor ruido te escondes, que yo además estaré siempre alerta, y en caso necesario la comunidad entera, con su abad á la cabeza, te defenderá, estoy seguro.

—Tus brazos, y adios.

—Ahí van con todo mi cariño. ¡Qué bueno eres, qué valiente y qué gallardo!

Salió el donado cerrando su padre muy bien la puerta y ventanas.

Hasta cerca de la madrugada pasó Hernando con el sabio, estudiando astronomía. Despues le enseña aquel el secreto que debe ocultarle, quedando Alvarez de Toledo encerrado en su pequeña é ignorada alcoba.

Ni el aire le incomoda allí, pues apénas entra el suficiente para la vida por algunas hendiduras proyectadas con arte en una de las paredes.

Sobre la cama halla el cinto con el oro que su padre le dió y diez monedas más que añadió el donado. Esto no pudo notarlo Hernando, pues no se ha fijado en la cantidad de que puede disponer.

Se acuesta á las cinco, durmiendo tranquilamente hasta las nueve que entra el donado, preguntándole:

—¿Quieres seguir durmiendo?

—No.

—Pues te ayudaré á vestir y hablaremos.

Así lo hicieron, hallándose más tarde en la sala que nos es conocida.

—¿Qué hay, Sion?

Pregunta con impaciencia Hernando.

—Se realizó la revelacion con portentosa exactitud. El padre abad es un bendito varon que comprende con dificultad lo que le dicen los hombres, y muy bien, admirablemente lo que le cuentan los santos. ¡Como él está en olor!..

—A lo que interesa, hermano, que la incertidumbre es mal enemigo.

—Loco de alegría está fray Cirilo porque la revelacion de esta noche la oí yo tambien.

—¿A qué esa imprudencia, Sion?

—Como yo debia acompañarle y en el caso de alguna mala interpretacion....

—¿Pero y la reserva?

—Le está impuesta so pena de excomunion mayor celestial.

—Teniendo un testigo del hecho y en alas del fanatismo y supersticion...

—No desplegará los labios, que expone su alma y es harto egoista para no defenderla de las asechanzas del demonio.

—Al grano, Sion, por favor.

—No me dejas con tus interrupciones, y ahora me culpas.

—Habla.

—Se efectuó, como he dicho, la revelacion, hablamos de ella al terminarse y á las siete de la mañana, por la cava, nos presentamos en el castillo. Rómulo se sorprendió al vernos, pero tuvo que inclinarse ante el poderoso abad, hermano mayor de Troilo y de Melania. Temo, no obstante, que dé cuenta al Arzobispo y se nos cierre la puerta de hierro que da paso por el subterráneo al castillo; pero la principal de este y el puente no podrán impedir la entrada á fray Cirilo, y todo se reduce á un poco más de rodeo.

—¿Qué ocurrió, Sion?

—Habla primero mi jefe con Rómulo, despidiéndolo con un signo imperativo. Despues, y por consejo del santo, visitó á su hermano D. Troilo, que aún estaba en cama, y en ella lo dejó para ver á Melania que se halla de pié leyendo. A todos nos hizo salir su reverendísima, permaneciendo media hora dándole, segun dije yo á los que quedaban fuera, saludables consejos que acrecienten su virtud, fortalezcan el alma é impriman en su memoria las mejores máximas de nuestra santa religion. ¡Qué buena es y que aficionada á todo lo que procede de la Iglesia! Cuando llegó mi jefe estaba triste, melancólica, y al salir aquel, alegre y risueña. ¡Qué efecto tan prodigioso causaron en su corazon las ideas religiosas del padre abad!

—Prosigue.

—Nos despedimos de ella, de Rómulo, y por la cava regresamos al convento. Antes de entrar en nuestra celda quieren detenernos algunos frailes, pero el abad contesta á to-

dos.—Ahora no puedo; desempeño una mision sagrada; luégo seré con vosotros.—Y penetramos en nuestras habitaciones, dejando con presteza mi superior en la pila del agua bendita que hay junto al reclinatorio un escrito que desaparece de allí milagrosamente ínterin el padre abad, de rodillas, con las manos cruzadas y la vista baja, da gracias á San Benito por las distinciones con que le favorece. El milagro fué patente; al postrarse quedaba el escrito dentro de la pila, seca la noche ántes por obra del santo, y al levantarse habia desaparecido el escrito de allí.

—Temo que fray Cirilo refiera cosas tan maravillosas, Sion.

—Te he dicho, y repito, que le está prohibido terminantemente.

—¿Por dónde llega la voz del santo á los respetables oidos del abad?

—Por un agujero que la modifica al pasar por él sin duda, pues cuando hiere nuestro tímpano no se parece á la de ningún sér humano.

—Di, bribon, ¿duermes tranquilo y se alimenta bien tu materia sin que el espíritu se sienta aguijoneado por el remordimiento?..

—No hago lo uno ni lo otro con la comodidad que quisiera, porque un hermano mio me suele ocupar de dia y de noche lo bastante para interrumpir de continuo esos actos de la vida. En cuanto á mi tranquilidad de conciencia, es completa; los tontos no podrán dejar de serlo miétras vivan, y deben sufrir por lo tanto las consecuencias naturales de su falta de inteligencia. No es lo peor, Hernando, que un magnate ó rico bobalicon sea crédulo y abusen de él, lo que le falta de buen sentido le sobra de comodidad y bienestar; lo fatal es, hermano mio, que esas masas de pueblo pobre y mísero compran con lo que tanto trabajo le cuesta adquirir, los milagros y otra porcion de cosas que no comprenden ni alivian su desgracia en un átono

—¿Tú las compadesces, y sin embargo contribuyes, Sion, á ridículas farsas con que embaucáis á la mayoría?

—Sí.

—¿Y te aprovechas del dinero de San Pascual?

—Y del de las ánimas benditas del purgatorio.

—¿Hay alguno más bribon que tú?

—Muchos, infinitos.

—¡Con los consejos que yo te doy!

—¿Pero qué he de hacer, Hernando, si ellos lo quieren, lo piden y lo pagan? La causa debe producir siempre su natural efecto; del mismo modo que el árbol da fruto, la tontería humana aborta esos prodigios que tanto te lastiman.

—Si vosotros dijéseis siempre la verdad, si ilustrárais en vez de inocular fanatismo y superstición, otra cosa sería.

—Hernando, luégo tendré que ayudar y oír misa mayor con sermón de tres cuartos de hora; basta con ese, hermano, que el tuyo se pierde en el vacío, ó como dice el vulgo, en el desierto.

—El mismo caso harás tú del uno que del otro.

—Es extraño lo que ocurre hoy; traigo una joya preciosa conmigo y no me la pides ni me hablas de ella.

—Es que tengo miedo, Sion. Puede que eso, llamado joya por ti, sea mi desgracia eterna.

—No te comprendo, hermano.

—¿Me traes la contestación de Melania?

—Sí, y á ella me refería.

—A pesar de su inteligencia, fuerza de voluntad y juramentos, es posible que el Arzobispo haya influido en ella y todo esté concluido entre nosotros.

—Te he dicho y repito que la hallé muy triste y la dejé contenta.

—Pudo angustiarme mi insistencia en exigirle el cumplimiento de su palabra, y al librarla yo de su compromiso sentir el natural placer...

—¿Eso piensas de una dama que tanto vale, Hernando?

—Es impropio de ella, Sion, pero la mujer nació débil, Don Alonso puede dominarla...

—¿A qué formar castillos de naipes, hermano? Toma, lee

fuerte y sepamos si esa hermosa jóven, es ó no digna de ti.
—Tienes razon.

Alvarez de Toledo abre con calma el escrito que le alargaba Sion, y despues de besar la firma, lee:

«Admirable Hernando: Si los agentes de un poderoso, cuyo nombre debo respetar, osaran acometerte, muere por mí ántes que faltar á tu palabra, primero que mancillar tu honor con un perjurio, ántes que decir al mundo «mentí amores que no existieron jamás en mi corazon.» Eso te aconsejo y te lo impondria si tú, el más cumplido caballero, necesitases que te lo impusiera. En cuanto á mí, quiero cumplir la palabra que te he dado porque eres tú el depositario, y porque solo á tu lado, contigo, unida á ti, puedo ser dichosa. ¡Qué me importan las amenazas! Con frente erguida y entereza suma iré desde el martirio á la muerte, siendo tuya ó de nadie; te lo vuelvo á jurar, poniendo á Dios, que nos oye, por testigo. ¡Que no tengo padre, dices, y me llamas por esto desgraciada! ¡Qué locura! Tenerte á ti vale mucho más que padre y amante. Me juzgarás desventurada y soy la más feliz de la tierra. Que tengo un tirano, añades, que me encierra y oprime. ¿No comprendes lo que le debo por eso? Ahora nadie interrumpe mis meditaciones; ahora pienso continuamente en mi Hernando; lo veo en los rayos del sol naciente que entra á saludarme en la aurora; lo veo en los retratos de los héroes que adornan las paredes de mi castillo; lo veo en las sombras que se proyectan en lontananza; lo contemplo que estrecha mi mano, la besa y con cada frase suya resuelve un problema amoroso, y oigo su mágica voz constantemente en los magníficos versos que él ha improvisado en sus canciones, yo grabé en mi memoria y repito á cada instante. Si mi tirano, como tú le llamas, se propuso con la opresion y el encierro destruir nuestro amor, logró que se avivase más, que creciera, que se hiciese inñinito; y si intentó desunirnos, dile, como yo, que pretende un delirio. Cuando dos almas como las nuestras se unen, sólo á Dios le es dado separarlas. Temes, acaso con razon, que tenga necesidad de esperarte mu-

cho; tarda lo ménos posible, pero entiende que nunca será tarde para encontrar mi espíritu como lo dejas, mi amor como está hoy, mi fé y decision como las deseas. Si en ese corto ó largo período me sorprende la muerte, en el otro mundo te aguardo tan pura mi alma como constante y firme; haz tú lo mismo, que la recompensa la hallaremos ante Dios. ¡Cuánto más te diría, amor mio, pero aguarda silencioso y triste mi pobre hermano Cirilo, y temo por otra parte ser interrumpida por los esbirros de que estoy rodeada! Adios, Hernando. Tuya ahora y siempre,

MELANIA.»

Hernando guarda cuidadosamente aquel delicioso escrito, quedando sumergido en profunda meditacion.

El donado le deja que piense dos minutos, diciéndole luégo:

—¿Callas, nada dices de una mujer que se ha sobrepuesto á ti?

—Sí, hermano; me ha hecho feliz, pero necesito dejar al momento Alcalá para volver con presteza al frente de los soldados necesarios, é ínterin yo realizo mi boda en la magistral de esta ciudad, que ellos se encarguen de destruir ó encerrar á todos los parciales de D. Alonso.

—Eso es difícil, Hernando; ¿dónde irás tú que no halles de frente poderosa y triunfante la influencia del Arzobispo?

—Por el pronto en el palacio de Enrique IV, contra el cual conspira Carrillo, como tú sabes.

—¿Quién te va á sacar de Alcalá?

—Yo sólo, auxiliado por ti.

—Como no te conviertas en águila, ignoro el medio. Además de estar vigiladas las puertas, ronda, camino y veredas, te se busca por calles, plazas y edificios.

—Eso no lo hace el Arzobispo, sino sus mercenarios, y entre todos no reunen para con aquel la lealtad y cariño que tú me profesas; luego con tu ayuda puedo y debo escaparme. Me han puesto en el duro trance de que elija entre la muerte

y la huida, y opto por la última, que realizaré en la presente semana.

—¿Qué hago yo, hermano?

—Averigua, indaga; con el oro milagroso de San Pascual introdúctete en el palacio del Arzobispo, en el castillo de Melania; gana gente, Sion, que con dinero y el egoísmo de los hombres todo se puede conseguir.

—¡Qué bribon soy, Hernando! ¿No es cierto?

—Oportuna es la pregunta, Sion. ¿Qué te detiene?

—Voy primero á coger un pesado cirial, y en eternas hora y media, á saturarme de incienso, mirra, beatitud, sermon, latin, y purificada mi alma podré ya con la conciencia tranquila volver á pecar de nuevo, ya que tú, el más caballero de los hombres, te dignas convertirme en un bribon superlativo.

—Naciste ya pillo, muy pillo, Sion.

—Baja la voz; si te oye tu futuro cuñado el abad, te excomulga.

—¡Infeliz, desgraciado!

—¡Él, que habla continuamente con San Benito y hasta con la Virgen María! Tú le envidias, simulando una desgracia que quisieras para ti, desventurado proscrito! ¿Oyes? Segundo toque; ya habrán preguntado por mí diez veces, y es de temer que el cirial se salga de la sacristía y venga á buscarme. Adios.

—¡Ah, monstruo!

—Os dejé esta mañana á mi padre y á ti llena la despensa de torreznos, dulces, rico jamon y otras frioleras. Al sabio no le gustan, pero á ti, torpe pecador, te harán menos desagradable tu encierro.

Y desaparece de allí.

Poco despues comen y hablan Hernando y Abiabar, teniendo muy cerrada la puerta exterior y abierta la secreta que da paso á la habitacion de nuestro jóven.

Aun no ha concebido plan para su fuga Alvarez de Toledo; mas es indudable que lo hallaria realizable para su audacia en el momento que torturase un poco su imaginacion.

CAPÍTULO V.

La fuga.—Un defensor más con quien no contaba el Arzobispo.—La puerta de Guadalajara.
Terrible despedida.

Trascurrieron dos dias sin que acontecimiento alguno venga á turbar la paz en que vive Hernando junto á su sabio maestro.

Se le busca en las academias, iglesias, edificios de todos sus amigos y conocidos, pero á ninguno de los agentes de Acuña se le ocurrió entrar en la casa de Abiabar, casi pegada al convento de San Benito y amparada por un reverendo varon que hace milagros, recibe revelaciones y es tenido en olor de santo. Tal profanacion y desacato hubieran asustado á todos los habitantes de Alcalá y no puede por lo mismo penetrar en el cerebro de los esbirros.

Abiabar es tenido ya por un ex-brujo convertido y casi santificado con la paternal proteccion de fray Cirilo.

Su retraimiento, pues rara vez salia de casa, se atribuye á penitencia, y en la época que pasa nuestra historia, es un crimen nefando pisar el recinto en que se supone que hay ayuno y mortificacion.

¡Felices tiempos aquellos para Sion, fray Cirilo y compañía!

El donado entra y sale en su casa dos ó tres veces al dia,

pero hasta este momento nada agradable pudo decir á su hermano.

En la noche del cuarto dia de encierro para Alvarez de Toledo, se hallaban este y el sabio cuestionando sobre un tratado de filosofía escrito por el último. Aquel exclamó:

—No comprendo bien esa idea, Abiabar; yo he creido siempre que el alma al separarse del cuerpo da cuenta á Dios de todas sus obras.

—Pero, hombre, si el Eterno todo lo sabe, es inútil que el espíritu se lo diga.

—Segun la lógica son inmediatos á la muerte el castigo ó la recompensa.

—Cierto; pero al pensar en eso no pierdas de vista que el hijo del bandolero sólo vió robar, no le enseñaron más que vicio y corrupcion, y si no contempló la práctica de la virtud, mal puede hacérsele responsable de que hubiese dejado de practicarla.

—Pero, Abiabar, resulta de tu tésis un cuadro horrible en el que yo no quiero creer. Si esa diferencia de clases, condiciones, índoles, educacion, móviles, sólo tienden á dar al mundo una infinita variedad, no hallo justo el castigo ni recompensa que impongan al alma, porque sólo ha venido á ocupar su puesto en el cuadro, á darle variedad y de nada es responsable, porque sin esa variedad no habria cuadro, y queriendo su autor que lo haya no puede el hombre prescindir de ella.

—No es eso, Hernando. Fundas tu argumentacion en la consecuencia de mi tésis, no en la verdadera tésis: esta dice que el espíritu se une á la materia para adelantar en inteligencia y moral en la tierra.

—Aceptada esa idea, ¿cómo explica tu sabiduría los adelantos del hijo del rico y del sabio, y los del pobre, que no tiene nadie que le enseñe y dirija? En eso aparece una injusticia, Abiabar.

—Hernando, mi padre pidió limosna é ignoraba lo que eran un compás y una pluma; á mi hijo le enseñé mucho, y ya ves la aplicacion que hace de su talento; brillante educa-

cion recibió el abad de San Benito, y su cerebro es peor que el de un mendigo, y como esos tres pudiera citarte cien casos entre las pocas personas que yo conozco.

—¿Cómo resuelves el problema, Abiabar?

—¿No leiste nunca á Pithágoras y Platon; no conoces la filosofia de la India? Pues cree en las reencarnaciones que ellos aceptaron como verdades, y hallarás resuelto el problema. Jesús dijo á Nicodemus: «En verdad te digo que si no volvieras á nacer de madre, no entrarías en el reino de mi Padre.» Y contestando á una de las preguntas de los apóstoles, añade:— «Elias está entre vosotros.»—Y en esto aludia á San Juan Bautista. San Márcos dijo cosas parecidas y otros muchos respetables varones. Luego las reencarnaciones son una verdad absoluta.

Con sentimiento de ambos vino á interrumpir el diálogo anterior el donado Sion, que llevó á su hermano á la sala de la casa, diciéndole:

—Están llegando á cada instante deudos y amigos del Arzobispo; la ciudad se conmueve con el piafar de los caballos y el ruido de las armas que chocan con el suelo, y Alcalá empieza á parecer un campamento guerrero.

—¿Qué motiva tanto estrépito, Sion?

—Que mañana al asomar la aurora sale D. Alonso con todos los suyos para Avila.

—Va á proclamar con el Marqués de Villena al infante D. Alonso. Teme que pueda descubrirlo y adelantó la hora. Me alegro.

—Debe ser eso, porque segun las noticias que corren por el pueblo, se ven por todos los caminos, grandes, caballeros y mesnadas inmensas de ginetes y peones que se dirigen hácia Avila desde ayer.

—¿Luégo podré salir de Alcalá cuando quiera?

—No, hermano mio; por desgracia es el Arzobispo tan poderoso que le sobra gente de armas. Tiene ya un ejército á sus órdenes sin sacar un soldado del castillo de Melania ni retirar los que dedica á tu persecucion. Léjos de eso aumentó el

número de los agentes que hay en el interior, ofreciendo una gran recompensa al que te lleve muerto ó vivo donde él está.

—Y el castillo de Melania, ¿cómo continúa?

—Haciéndose cada vez más imposible la realizacion de cualquier idea de su dueña.

—Bueno; pues mañana saldré de Alcalá, y ¡ay del Arzobispo si realizo el pensamiento que bulle en mi mente!

—¿Cómo vas á hacer ese milagro?

—Con la misma facilidad que tú y fray Cirilo realizais los vuestros.

—Explicate.

—No es necesario. Di, ¿podrás dejar esos hábitos por sólo un cuarto de hora?

—Todo el tiempo que quiera; los donados llevamos esta falda por pura fórmula, para asimilarnos á los santos varones que servimos, por aparentar...

—Calla, víbora, y óyeme: visitas esta noche á Mendoza, el amigo íntimo de mi padre, y le dices que me es indispensable su potro negro para emprender mi fuga. Es tan valiente y ligero como mi tordo, de raza árabe tambien, se lo he domado yo, y conoce mi mano mejor que la suya. Añades que irás por él, vestido de hombre, ántes de amanecer.

—¿Pues somos nosotros acaso mujeres?

—De seglar, quise decir.

—Exigirá que le diga de qué medios te vas á valer...

—No sabiéndolos tú, es difícil que se lo cuentes á nadie.

—¿Y luégo que tenga el caballo?

—En el camino me encontrarás, nos despediremos y hasta más ver.

Una hora permaneci6 todavía Alvarez de Toledo dando instrucciones á Sion sobre la conducta que debia seguir durante su ausencia; pero nada le manifestó sobre los medios que intentaba emplear para su fuga.

Lo despidió, encargando despues á Abiabar que lo despertase cuando él cesara en sus estudios astron6micos, y se acost6 tranquilamente.

A las tres y media de la madrugada lo llamó el sabio, estando un cuarto de hora despues Alvarez de Toledo cubierto con su traje de guerra, repleto el cinto de oro y varias monedas en la escarcela por si tenía que gastar algo en el camino.

Dió tambien instrucciones al sabio, y con un abrazo por tierna despedida, lo mandó á su alcoba ínterin él, subido á la torrecilla astronómica, miraba hácia Alcalá, oyendo el relincho de los caballos y las pisadas de muchos hombres.

Serian las cinco y cuarto cuando dijo:

—Ya es hora.

Y dejó la casa, embozado en su manto y caida la visera del casco.

Cruzaba en estos instantes por detrás del convento.

Era el mes de Enero, y á esa hora por consiguiente permanecia Alcalá envuelta entre las tinieblas de la noche.

Hernando sigue hacia la casa de Mendoza, cuando le detiene el relincho de un caballo que viene en direccion contraria de la suya. Aun cuando no lo distingue, exclama:

—Ese es el *Moro*; su noble instinto le dijo que yo me acercaba y el noble animal me saluda.

No se habia equivocado; cien pasos despues detuvo á Sion, diciéndole muy quedo:

—Soy Hernando.

—¡Ah! No te habia conocido; está tan oscuro aún...

—¿Qué te ha dicho Mendoza?

—Quería seguirme, proteger tu fuga, y yo se lo he impedido temiendo que te vendiera su presencia.

—Bien hecho. Abrázame y parte para que no te reconozcan y puedas verte comprometido.

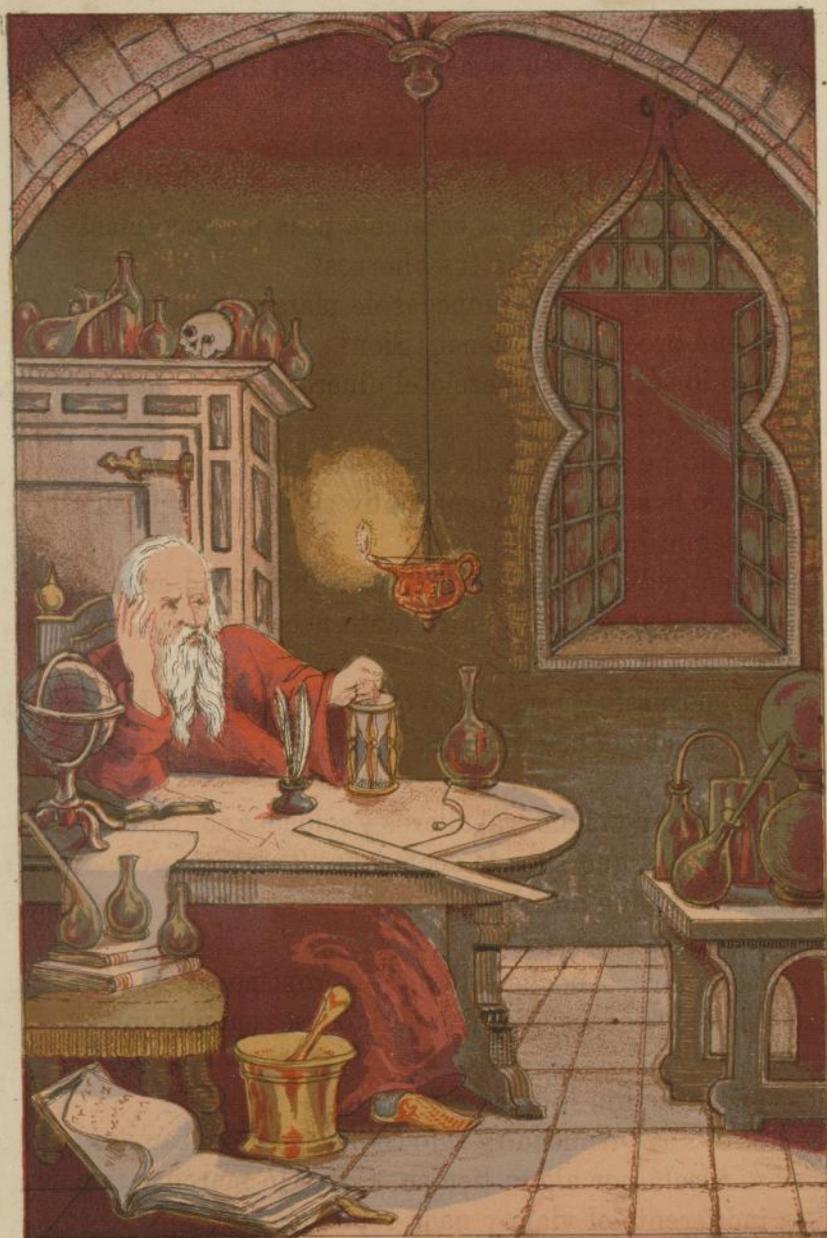
—Te seguiré si no me dices de qué modo...

—¡Qué terquedad! Escucha.

Y al oido expresó unas cuantas frases que hicieron exclamar al donado:

—¡Temerario! La idea, sin embargo, es buena. ¡Dios misericordioso vele por ti, hermano!





El Sabio Abiabar.

—Rogádoselo tú y el abad, positivamente lo hace. Ahora venía bien un milagrito, maese Sion.

—De esos no sabemos nosotros hacer ninguno.

—¡Bribones!

—Pero ya realizaré uno... Ya está hecho.

—¿De qué modo?

—¿No observas que tu escarcela pesa un poco más?

—¿Has dejado en ella tus ahorros?

—No, unas cuantas monedas de plata y nada más.

—¿Qué procedencia tienen, Sion?

—No lo sé, porque mezclo el dinero, y como lo recibo de tantas partes...

—¡Y no he sentido nada al meterlas tú! ¡Pobre abad!

—Todo le sobra, es además muy rico y yo su presunto heredero, según has visto.

—Bien pudiérais ambos practicar la caridad cristiana repartiéndolo que os sobra entre tanto necesitado como hay en Alcalá.

—¡Limosnas! ¡Pues si es lo que más me gusta, Hernando!

—Sí, quedarte con ellas. Saca lo que has metido en la escarcela.

—Ya andan muchos caballeros y soldados por cerca de nosotros; monta, y que Dios te acompañe. También mi jefe y yo saldremos mañana de Alcalá.

—¿Adónde vais?

—Lo ignoro. Anoche estuvo el Arzobispo á despedirse del abad y le dió órdenes que mi superior desea cumplir inmediatamente.

—¿Y no te dijo lo que era?

—Se estaba durmiendo y solo comprendí que íbamos á abandonar á Alcalá por algun tiempo. Como tú marchas también, me es indiferente el viaje y nada repliqué.

—Pronto va á asomar el primer crepúsculo. ¡Adios, Sion!

—¡Adios, hermano mio!

Se estrecharon; Alvarez de Toledo monta á caballo, dirigiéndose al trote por la primera calle que encontró.

El donado regresa al convento con los ojos húmedos.

Hernando trota primero, hiriendo despues los ijares de su potro, el cual cruza á escape tendido la calle Mayor de Alcalá. Luégo anda por varias otras con objeto de ver el estado de su caballo. No tiene resabio alguno, se halla descansado, ansioso de correr y tan amaestrado como él se lo dejó á Mendoza.

El mucho frio de una madrugada de Enero le permite ir embozado y con la visera caida sin excitar sospechas.

En estos momentos ve dirigirse hácia la puerta de Madrid muchos ginetes, que supone con razon forman la vanguardia del Arzobispo.

—Me queda tiempo.

Exclama nuestro jóven, y al paso prosigue recorriendo calles que hace algunos dias no pisa.

Alcalá parece efectivamente en estos instantes un campamento; por todas partes cruzan soldados que se detienen á la puerta del señor que les paga ó del jefe que los manda. Y luégo en grupos diferentes y con el mayor orden, van encaminándose al extenso campo á que da frente el palacio Arzobispal.

Minutos despues se presenta pálida y con timidez la aurora.

El frio es intenso; está helando, y una brisa que no mueve las hojas de los árboles hiere el rostro, sin embargo, del infeliz que lo lleva descubierto. Es el hipócrita soplo del Guadarrama, que tantas víctimas lleva causadas desde el principio de los siglos.

Hernando se dirige por fin al punto de partida.

Llega á la gran plaza ó campo del palacio arzobispal: hay en él ochocientos caballos y cinco mil peones, sin contar una escolta de cincuenta caballeros y doscientos soldados que han de rodear á Don Alonso.

Pronto se aumenta el número de esos caballeros con uno más; ya no dispone de cincuenta el Arzobispo, son cincuenta y uno; pero ¡ay del último si el prelado llega á descubrirle!

Hernando Alvarez de Toledo pudo haberse confundido con los que componian la vanguardia, saliendo así de Alcalá, ó

haber aparentado formar parte de alguna comitiva de los veinte amigos y parciales de Acuña que habían llegado el día antes y ahora se disponían á seguirle; creyó, sin embargo, que cuanto más cerca del Arzobispo estuviera ménos probabilidades tendria de ser reconocido, y con su proverbial audacia se confunde ahora con los caballeros de Carrillo.

Unos están de pié, teniendo en la mano las bridas de su caballo; otros montados; relinchan los potros, las armas chocan en el suelo, hablan, rien, y al estrépito sigue de pronto un gran silencio.

Se cubre la escalera arzobispal de pajes con blandones en la mano; forman dos largas hileras y es indudable que por el centro va á pasar el prelado, general en jefe de aquel ejército.

A la vez se presenta en el ancho zaguan un escudero que sujeta de las riendas el caballo de guerra de D. Alonso. El bravo animal que debe montar Acuña aparece cubierto de oro, plata y acero, que han de defender sus carnes como las de un combatiente. La silla, testuz, coraza y mantilla son guerros, pero no ocultan la calidad del ginete; en el ángulo de la izquierda presenta en relieves de oro las armas de Carrillo y Acuña, y á la derecha el escudo de San Pedro, que usa el Arzobispo como primera dignidad de la Iglesia en Castilla.

Interrumpe el silencio que reina un nuevo ruido que atruena el espacio. De pronto, y á una señal hecha desde los balcones, suenan multitud de añafles, timbales, cuernos, trompetas, atambores y atabales.

Y á la vez asoma por la régia escalera el Arzobispo, en medio de algunos grandes y delante de muchos caballeros.

Todas las viseras se alzan, los petos se descubren.

Hernando está perdido. ¿Cómo huir cuando todos son enemigos y se halla en medio de ellos?

Pero es un gran ginete, y recurre como único medio de salvarse á su gran destreza en la equitacion.

Pica á su caballo, le hace sentir las rodillas, sólo el animal comprende lo que le dice, y da saltos, se encabrita, quiere correr, tira coces: Hernando necesita las dos manos para su-

jetar y contener al brioso potro, y no ha podido levantar su celada ni siquiera bajar el embozo de su manto.

Los que le rodean se separan, huyen de los tremendos botes del caballo negro, y Hernando permanece algunos minutos sosteniéndose con mucho trabajo, al parecer, sobre la arrogante fiera que con disimulo agujijonea y dirige.

A la vez y ahuecando mucho la voz, exclama, de manera que puedan oírlo muchos:

—El ruido de esos instrumentos te hace daño, animal, y es preciso que te acostumbres á él.

Cinco minutos más de duracion y á Hernando le hubiera sido imposible sostener su admirable maniobra.

La energía, actividad y viveza del Arzobispo sacan á Alvarez de Toledo del apuro. Aquel monta, da la órden de partida y veinte caballeros se adelantan cien pasos, siguiéndoles Acuña, en pos la escolta y á continuacion el resto del ejército.

Hernando queda entre los caballeros más inmediatos al prelado. Todavía su potro no se halla tranquilo y puede variar de sitio á cada instante, impelido por los esfuerzos del cuadrúpedo.

De este modo sale de Alcalá, dejando atrás la fuerza que situada en el camino aguarda su salida para detenerle.

Ya le es posible quedarse detrás, confundirse con los soldados de caballería, y por el primer sendero desaparecer, suponiendo que va á cumplimentar una órden del Arzobispo. Pero léjos de hacer eso se acerca cada vez más á D. Alonso, confundiéndose con los señores que le rodean, algunos de los cuales no ostentan insignia alguna que los de á conocer, precaucion bien tomada al formar parte de la gran conspiracion que motiva aquella marcha.

Llevan el paso más ligero que puede sostener la infantería, pues no han de echar pienso á los caballos ni los ginetes han de almorzar hasta que lleguen á las Rozas, pueblo que dista más de dos leguas de Madrid y cerca de ocho de Alcalá.

Era una marcha como de conspiradores y digna de la energía del Arzobispo.

A la mitad del camino se dió un corto descanso á los peones y cuadrúpedos, permitiéndoles beber agua.

Y á los quince minutos emprendieron de nuevo su rápida marcha.

El Arzobispo y los que le rodeaban no llegaron á echar pié á tierra á pesar del frio de la mañana.

Hernando entretuvo ese tiempo, desapareciendo de allí en busca de agua que no bebió.

Incorporado nuevamente á la escolta del prelado, sigue adelante, tan cerca de aquel que hay momentos en que Acuña le dirige la palabra, creyéndole uno de sus amigos.

Iba sabiendo por lo tanto nuestro jóven todo cuanto intentaban hacer Carrillo y sus parciales.

Por fin dieron vista á las escasas y ennegrecidas torres de lo que despues se llamó corte de España. En la presente época es una villa grande, pero fea y antigua; tres cuartas partes del terreno que hoy forman vistosas calles con elegantes edificios, son colinas, arroyos y sinuosidades, poblados de árboles, y entre estos se ocultaban fieras, alimañas y bandoleros.

El Arzobispo debía pasar por frente á la antigua y monumental puerta de Guadalajara, á la distancia de quinientas varas, por entre árboles, para tomar un camino de herradura que sin tocar en la villa lo llevaba á la carretera de Alava. La cruz que formaban el camino de Alcalá que concluía á la puerta de Madrid y el de herradura que hemos mencionado ántes, era el sitio elegido por Hernando para despedirse del Arzobispo. Su osadía esta mañana es la más grandé que usó hasta entónces.

Los veinte caballeros que iban cien pasos delante entran en el camino de herradura. Llega tambien á él D. Alonso, cuando le interrumpe el caballero que va á su izquierda, diciéndole:

—Leed, señor, y que el cielo os acompañe.

Le da un pliego que el Arzobispo coge maquinalmente, pica Hernando á su potro, salta este y corre en direccion de la puerta de Guadalajara más rápido que un meteoro.

Carrillo se detiene un instante, abre el pliego con mano trémula, temiendo una traicion ó desgracia, y devora con la vista las siguientes frases:

«Sitiado en Alcalá por un déspota inhumano y cruel, me habeis salvado, confundiéndome entre los caballeros que os rodean. Al pasar por delante de mis sicarios me escudó vuestra noble figura, á cuyo lado iba. Gracias, señor Arzobispo; será eterna la gratitud de vuestro enemigo,

HERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO.»

—¡Es Alvarez de Toledo ese ginete!

E iba á gritar: ¡Seguidlo; muerto ó vivo traedlo! Pero Hernando corria ya á una distancia que apénas alcanzaba la vista de D. Alonso, y un segundo despues desapareció á la parte opuesta del muro de Madrid.

Vaciló Acuña; mas empezaba á comprender lo difícil de dar ya con nuestro jóven y el compromiso que arrostraba metiéndose en Madrid con una parte ó el todo de su ejército. Allí tiene Hernando parientes ricos, muchos amigos que lo defenderán, y el prelado sólo cuenta con el mando de la fuerza que le sigue.

Al escuchar la exclamacion del Arzobispo, repitieron los que le rodeaban:

—¡Alvarez de Toledo; qué audacia!

—¿Le perseguimos?

—¿Le prendemos?

Preguntaron varios.

—Ya es imposible hacerlo,—exclama Carrillo,—sin comprometer nuestra causa; y en verdad que la mayoría de los que me siguen vienen á otra cosa muy diferente. ¿Cómo estubo entre vosotros y no le reconocísteis?

—¡Somos tantos y de casas tan diferentes!

—¿No se alzó la visera al presentarme yo á vosotros esta madrugada en Alcalá?

—¡Ah! sí; recuerdo que se le encabritó el caballo.

—Dió más de cincuenta botes.

—¡Qué gran ginete es!

—De aquel modo, señores, disculpó su falta sin que ninguno pudiérais dudar de él.

Eso último dijo el prelado, exclamando para sí:

—Es la centésima vez que se burla de mí ese hombre. ¡Maldición! Pero dejo á Melania libre de toda acechanza suya, y esto es lo principal; lo restante lo haré en breve, muy en breve.

Y añadió fuerte:

—A las Rozas, señores. Ya sabeis que Alvarez de Toledo está sentenciado á muerte, pregonada en mis estados su cabeza, se ha burlado de todos nosotros, y al que pueda vengarnos y traérmelo muerto ó vivo le espera una gran recompensa. Adelante.

Salieron de Alcalá á las seis y llegaron á las Rozas á las dos de la tarde. Esté era el término de la jornada de aquel día.

El primer acto de aquel ejército hipócrita y conspirador, de aquellos ambiciosos sin conciencia, fué entrar en la iglesia para postrarse ante el Señor, darle gracias, pidiéndole que favoreciera su causa y los librara de toda clase de peligros.

Y era admirable el fervor, el ascetismo con que oraban.

El rey, segun todos los historiadores, era débil, egoísta, sin talento alguno é impotente, no obstante lo cual estaba casado, tenía queridas y no se conocia vicio que él no practicara con feroz constancia.

Pero estos conspiradores eran tan malos ó peores que Enrique IV. Querian coronar al infante Alonso, niño de once años, hermano del monarca, pretestando torpeza y maldad en el rey, y siendo lo cierto que á nombre del régio infante pretendian ser ellos los mandarines y avasalladores, convirtiendo el reino en botin para repartírselo sin que nadie les pusiera trabas ni coto.

El pueblo, por desgracia, estaba tan desmoralizado y corrompido como los caballeros y los grandes; heria, robaba, los ménos débiles se sobreponian cuanto era posible á los más, y

desde el soberano hasta el mendigo, en esa larga escala social, todos aparecian peores, sin que pudieran exceptuarse ni aun aquellos que se titulaban ministros, representantes é imitadores del sublime Mártir del Gólgota.

Hé aquí lo que sobre clase tan respetable y digna de consideracion dice el padre Mariana, individuo de la Compañía de Jesús, en el capítulo XVIII, página 101 de su *Historia de España*:

«La ignorancia estaba apoderada de los eclesiásticos en España en tanto grado, que muy pocos se hallaban que supieran latin; dados de ordinario á la *gula y deshonestidades*, y lo ménos malo á las armas.»

«La avaricia se apoderaba de la Iglesia y en sus manos *robadoras* lo tenía todo extragado. Comprar los beneficios era en otro tiempo simonía, en este granjería. No comprenden los principes y prelados que esta sacrilega manera de contratacion mucho enoja y ofende á Dios.»

¡Y estos hombres, sacerdotes y seglares, grandes y chicos, osan pedir á Dios proteccion y amparo, auxilio y bienandanza! ¡Pretenden que la Providencia les ayude y defienda en sus vandálicos y horribles crímenes! ¡Quieren que sea Dios tan perverso como ellos, puesto que lo nombran confidente, protector y egida! ¡Qué ciego error! Verdad es que jamás da otro resultado la ignorancia, el fanatismo y supersticion de los pueblos.

Dejemos al Arzobispo de Toledo, amigos, parciales, caballeros y soldados que bendigan y alaben á Dios del mismo modo que lo hicieron en épocas posteriores el pirata Rojo, José María y Jaime Alfonso el Barbudo, y sigamos á Hernando, que más inteligente, filósofo, amante de Dios y ménos hipócrita, cruza ahora Madrid, hasta entrar á escape tendido en el zaguan de la casa en que se halla su padre.

La puerta de Guadalajara estaba abierta y nuestro jóven cruza por ella como un meteoro, sin dar tiempo á los soldados que la custodiaban para detenerlo ni seguirle.

Ya en el edificio que habita su padre, manda cerrar



la entrada, y entónces se alza la visera para echar pié á tierra y preguntar por el autor de sus dias.

Un minuto despues se estrechaban Don Juan y Hernando; luégo este y un tio suyo, dueño de aquel gran edificio.

Hernando habia completado su instruccion años atrás recorriendo Madrid, Segovia, Avila, Valladolid y otras poblaciones importantes, las cuales ha estudiado detenidamente.

Junto á su padre y en los dos años que emplea en su correría, pasa algunos meses en la córte, la que no tiene entónces punto fijo; era donde estaba el rey, y este de continuo se traslada de Toledo á Madrid, Segovia y otros sitios, pero todos ellos son conocidos de nuestro jóven, como tambien los usos y costumbres del monarca y sus cortesanos.

Hernando refiere á su tio y padre la manera que tuvo de burlar al Arzobispo, haciéndole cómplice inconsciente de su fuga.

Pidiendo luégo noticias, sabe que el rey sigue en Madrid, y lo que más le extraña, junto á él continua el marqués de Villena que juzgó camino de Avila.

Tambien oye de labios de su tio que se conoce en Madrid la conspiracion de Acuña y Pacheco, y que la estancia del Marqués en la corte obedece al pensamiento de distraer con diversiones y engañar con su presencia al rey, que lo tuvo muchos años por favorito, y aun cuando no lo amó nunca, lo temia y respetaba.

Digno cortesano de tan fatal monarca.

—Yo quisiera ver á Enrique IV.

Dijo Hernando á su tio.

—Esta noche lo lograrás, y de ese modo mañana puedes asistir á la gran corrida de toros que va á tener efecto en la plaza del alcázar real.

Y nuestro mancebo siguió ilustrándose con cuanto pasaba en la corte.

Por la noche, cogido al brazo del segundo, fué al alcázar real y habló media hora con Enrique IV.

Vamos á bosquejar, con la ligereza que nos sea dable, lo que

eran Madrid, sus reyes y la corte en esta desdichada época.

La populosa villa de hoy tenía entonces un circuito reducido comparativamente; era Madrid lo que ocupan ahora unas cuantas calles que rodean á la de Segovia.

La puerta del Sol no existía aún; estaba la Virgen de ese nombre colocada en hornacina, pendiendo de la parte superior un farolito. Cerca se hallaba un castillejo del cual salían soldados que en algunas ocasiones sorprendieron á la irrupción de salteadores que vagaban por entre los madroños, pinos, encinas y restantes árboles que espesos y elevados se alzaban en lo que ahora forma la parte más bella de la corte.

Le rodeaba un espeso muro, cuyos vestigios se observan todavía en la hornacina en que está situada la Virgen de la Almudena, al empezar el descenso de la cuesta de la Vega.

El alcázar, árabe y poco reformado, se hallaba en el mismo sitio en que hoy está el palacio real. En la hoy plaza de Oriente había huertas, y para comprender lo reducido de la villa, baste decir que su muro cerraba la entrada, desde el alcázar, siguiendo las Platerías, donde se hallaba la puerta de Guadalajara, plaza Mayor, Puerta Cerrada, á concluir más abajo de las Vistillas, en que se unía al que daba frente al Campo del Moro.

Nada diremos de sus edificios, pues con indicar que eran semi-árabes, semi-góticos, viejos y ennegrecidos, comprenderán nuestros lectores lo detestable del entonces villorrio de Madrid.

Réstanos decir ahora quién era y cómo obraba Enrique IV, rey de Castilla y de Leon.

Falleció Don Juan II, su antecesor, el 20 de Julio de 1454, dejando á sus tres hijos Enrique, Isabel y Alonso. Poco ántes de morir demostró grandes deseos de nombrar heredero al trono que iba á quedar vacante á su hijo menor, temiendo la impotencia, debilidad y torpeza del mayor; pero Alonso era tan niño y suelen ser las minorías tan fatales, que al fin se decidió por Enrique, no obstante sus justos escrúpulos y justificada repugnancia.

Empezó por consiguiente á reinar Don Enrique un año des-

pues de haber repudiado á Doña Blanca de Castilla, siendo él por su verdadera impotencia el único que merecia repudio.

Casó con Doña Juana de Portugal, madre despues de aquella niña llamada la *Beltraneja*.

La conducta inmoral del esposo debia necesariamente influir en su mujer tratándose de una época en que la virtud andaba tan escasa, lo mismo en los grandes que en los pequeños.

Enrique IV carecia de valor, de carácter, de talento y de prudencia; con lo cual basta y sobra para comprender la manera que tendria de manejar el timon de la nave del Estado.

Sus hechos, alguno de los cuales exponemos en el curso de nuestra narracion, acabarán de darnos una idea completa de este fatal monarca.

Reanudemos ahora el hilo de nuestra interrumpida historia.

Don Alvaro de Toledo, tio de Hernando, era un señor principal, que servía al rey en calidad de mayordomo. Afable, bondadoso y entendido, se retraia cuanto le era posible de asistir á palacio, siendo extraño á la mayor parte de hechos inmorales y actos vandálicos fraguados en la corte. Su carácter amable le obligaba á presenciar algunos, y aun cuando le repugnasen, seguia cerca del rey, pero siempre el ménos tiempo posible.

En el mismo dia de la llegada de su sobrino se presentó con él en el alcázar, á las ocho y media de la noche, segun hemos dicho, preguntando á un compañero quiénes estaban en la cámara con el rey; aquel le contestó:

—Doña Beatriz de Bovadilla y Perucho Munzar.

Don Alvaro movió la cabeza con disgusto. Su sobrino, separándolo á un extremo de la estancia, le dijo:

—¿Quién es ese Perucho, tio?

—Un paleta que halló S. A. en Durango, le hizo gracia, y lo tiene junto á él como un privado que distingue y considera.

—¡Desgraciado rey é infortunado el país que gobierna! Y Doña Beatriz Bovadilla, ¿se parece á Perucho?

—Al contrario, Hernando, es una dama con talento, virtud y valor que asombran.

—¿Y pertenece á la corte?

—Sí, pero vive retirada de ella; se encuentra aquí accidentalmente y creo que haya venido á lo mismo que tú; es decir, á predicar en desierto, ó sea enterar al rey de los males que le amenazan.

—Entónces entremos.

—¿Pero, hombre, y ese Perucho?..

—¿Qué nos importa un necio?..

—Te advierto que áun cuando su forma es grosera, tiene ingenio y travesura.

—Haced lo que gustéis.

—Espera un poco, yo entraré primero, estudiando si es ó no conveniente que pases.

Un cuarto de hora permaneció Hernando en la antecámara.

Despues salió su tio, y por segunda vez se lo presentó al rey, pues ya en otra ocasion y por diferente causa lo habia llevado á presencia del monarca.

Enrique IV se hallaba sentado en ancho sillón, apoyado el brazo derecho en una mesa que tenía recado de escribir.

A un lado permanecia triste y ensimismada Doña Beatriz de Bovadilla, dama bien parecida, jóven y de carácter varonil. Frente al rey se puso Hernando, quedando su tio á la derecha.

—Hola, Toledo menor; ya hace tiempo que no venias por la corte.

Exclamó el rey con jovialidad, fijándose en nuestro mancebo.

—Señor, — le contestó aquel, — regresé á Alcalá y allí permanecí estudiando hasta hoy que he dejado, Dios sabe por cuánto tiempo, mi pueblo natal.

—Has crecido mucho y te vas desarrollando; buen talante á fé mia.

—Gracias, señor.

—¿Qué te trae por Madrid?

—En primer lugar, tener la honra de saludar á V. A. y ponerme á sus reales piés.

—Llegas á tiempo. Mañana se corren toros y podrás ver una funcion que será divertida; quedas convidado.

—Hoy, señor, se está efectuando otra corrida, y no es de toros.

—¿Qué dices, hombre?

—¿Ignora V. A. que esta mañana ha cruzado por cerca de Madrid un ejército?..

—Sí; lo he visto desde un balcon de palacio. Es el buen Arzobispo de Toledo que tiene el capricho de viajar á lo rey.

—Van con él los Manriques, el Maestre de Calatrava y el Conde de Plasencia.

—Lo sabía.

—Van á Avila.

—Tambien me lo dijeron.

—Y el objeto que los lleva allí, ¿lo conoce V. A.?

—Eso sí que es difícil, Hernando.

—Pues yo lo sé.

—¿Qué afortunado eres, hombre!

—Si V. A. desea conocer el secreto...

—Al contrario, quiero que no me hables de eso. Unos aseguran que pretenden nada ménos que arrancarme la corona y dársela á mi hermano Alonso, que es aún niño, y los más, entre los cuales se halla el Marqués de Villena, afirman todo lo contrario.

—Unos ú otros engañan á V. A., y era, en mi concepto, muy conveniente averiguar la verdad.

—Sólo Dios es capaz de hacer ese milagro. Pero yo tengo ya mi opinion formada, y no desisto porque estoy en lo fuerte.

—No comprendo, y si V. A. se dignase...

—Dice tu tio que tienes mucho talento y me alegro, porque de seguro te va á gustar mi decision, que es tambien la de mi ingenioso Perucho.

—La oiré con gusto.

—Pienso, Hernando, dejar al tiempo que me aclare la

verdad; así no puedo equivocarme. Bien comprendo que el buen Carrillo es travieso y muy osado, pero me quiere, su amigo Villena está cerca de mí y nada debo temer.

—Señor, el asunto es muy grave, y si engañaran á V. A. aquellos que más amistad le fingen y fuera sorprendido, entónces ¡ay de Enrique IV!

—¿Te has puesto de acuerdo con Beatriz?

—Señor, es la primera vez que tengo la honra de ver á esta dama.

—Pues me decia hace poco lo mismo exactamente que tú.

—Eso prueba que algo habrá de verdad, cuando sin conocernos ni haber hablado nunca opinamos lo mismo.

—Hernando, ocupémonos de otra cosa que me distraiga más. ¿Te parece?

Doña Beatriz de Bovadilla dejó su actitud anterior desde las primeras frases de Hernando, y fija la mirada en él, intentaba profundizar hasta lo más recóndito de su alma. Luégo se animó su semblante, y por señas casi imperceptibles trató de estimular á nuestro jóven para que prosiguiera hablando al rey en el sentido que lo hacia.

Alvarez de Toledo contestó á la pregunta de Enrique:

—Señor, yo haré lo que V. A. me mande, mas desearia presentarle un cuadro.

—¿De qué?

—De descripciones exactas.

—¡Ah! creí que habias aprendido el oficio de pintor.

—¿Me lo permite V. A.?

—Tengo curiosidad por saber lo que es eso. Habla.

—Señor, en muchos pueblos de Castilla, Andalucía y Leon se unen los nobles, saquean las villas y se encierran despues en uno de sus castillos para repartirse el botin.

—¡Vaya una noticia! Ya lo sé, y dice Villena que lo mismo ha sucedido siempre.

—No conoce el marqués los gloriosos reinados de Fernando III, Alonso X, y otros en que nada de eso ocurría. Entónces se dictaban leyes sábias, y el hidalgo, noble y gran-

de al frente de sus aguerridas huestes y en pos del Rey, ensanchaban sus estados, fijando en las torres, muros y castillos musulmanes, el sacrosanto lábaro.

—Ahora estamos en paz con el rey moro de Granada.

—La plebe, señor, tomando el mal ejemplo que le da la nobleza, roba, asesina, nada respeta, y de inmoralidad en inmoralidad llegó como sus maestros al más alto grado de corrupción.

—Peor para ellos que tienen que dar cuenta á Dios de sus pecados.

—El clero y las comunidades...

—Todo eso lo sé, Hernando, no te molestes.

—Entre vuestros antepasados, señor, hay uno, que está muy cerca de V. A., el cual mandó que de un hachazo segaran la cabeza de su valido D. Alvaro de Luna.

—¡Tenía yo que cortar tantas!..

—Pues si V. A. conoce el remedio...

—Como tú no vives en la corte ignoras lo que pasa en ella. Mira, el Marqués de Villena tiene más soldados que yo, y Don Alonso Carrillo, y el almirante, y muchos otros; y si se reúnen contra mí, disponen de bastante más influencia y poder en el país.

—Si yo estuviera en el puesto de V. A., léjos de temer una lucha con ellos, la buscaría con ansiedad.

—¡Qué locura!

—Al efecto ganaria el corazón de todos los hombres honrados, que son los más entre grandes, medianos y chicos; y al frente de ellos no me detendría hasta dar fin de esa caterva inmundada de ambiciosos, intrigantes y malvados.

—¿Y quién va ganando uno por uno?.. Ni aun cuando viviera más que Matusalem.

—Señor, á un rey le basta para atraerse el amor y simpatías de todos sus súbditos leales, un acto de justicia, energía y valor.

—Hombre, pues yo no soy tan injusto.

—Veo, con dolor, porque amo á V. A., que su corona

vacila y el cetro se le escapa de las manos; y veo llegar, con más dolor aún, una nueva invasión árabe que va á destruir la gran obra del inmortal Fernando III. La mayoría de los castellanos piensan lo mismo que yo, y el pueblo, en su instinto que jamás le engaña, llama ya D. Oppas al Arzobispo de Toledo, porque lo juzga capaz de aquel hijo, digno del malvado Witiza, que por una venganza personal vendió á su patria, formando parte de las huestes agarenas que en Guadalete nos vencieron y esclavizaron.

—Alvaro,—dijo el rey con disgusto al tío de Hernando,—habla tu sobrino delante de mí de los reyes como yo no he oído á nadie. Es osado y temo que concluya impertinente.

—¡Ah, señor!—se apresuró á contestar Doña Beatriz, tomando parte por primera vez en aquella conversacion.—Don Hernando Alvarez de Toledo, al que sólo conocia de nombre y he visto en vuestra cámara por primera vez, segun él ha expresado con exactitud, os dice la verdad, y eso es lo que más conviene á un monarca. ¡Si vuestros consejeros lo imitasen, si los adelantados y merinos tuvieran el valor, decision y lealtad que este caballero demuestra, V. A. sería un gran rey!

—¿Pues qué soy, Beatriz?

—V. A. nos ha dicho ántes que hay muchos grandes con más soldados y poder. Toledo añadió, que veía vacilar la corona en vuestras sienes y escapársele el cetro de la mano, y yo digo que está V. A. sobre un volcan próximo á estallar; y entre la lava, el fuego y materia candente hasta los reyes perecen, quedando de ellos el recuerdo de una debilidad que ruboriza y avergüenza.

—Tú, Beatriz, sólo eres mujer en la forma, segun dicen todos, y es verdad. ¡Qué lenguaje tan varonil, tan!.. Alvaro, ¿es cierto, como yo creo, que estos dos jóvenes deliran?

— Señor, me pone V. A. en un grave conflicto.

—Ya veo que el uno es tu sobrino, la otra una dama, pero á tu edad no se miente ni se adula. Dime con toda franqueza tu opinion.

—¿Me lo manda V. A.?

—Sí.

—Aun cuando yo, señor, no me ocupo de otra cosa que en servir á V. A. y cuidar de mi hacienda, por lo que he oído y el conocimiento que tengo de la inteligencia y lealtad de Doña Beatriz y de Hernando, creo firmemente, señor, que ambos os dijeron la verdad.

—¡Bah, bah! ¿Tambien tú? Ya que eres tan valiente, Hernando, ¿quieres salir en la corrida de mañana de caballero en plaza?

—Si V. A. me diera el mando de sus huestes; si me dijese vé y combate á mis enemigos; haz que triunfen la justicia y la razon, el derecho y la verdad, ahora mismo montaria á caballo, y ántes de un año V. A. sería rey de Castilla y de Leon, todos sus súbditos obedecerian y el reino entero, aplaudiendo á su señor, concluiria por bendecir sus actos y la hora en que la Providencia se habia dignado inspirarle. En cuanto á lo de caballero en plaza, siento decir á V. A. que no me han enseñado á clavar rejonés ni á luchar con animales.

—¡Qué audaz es, Alvaro! ¿Con que sólo con tu ayuda podria ser rey de Castilla y de Leon? ¿Pues qué soy, hombre?

—Ya se lo ha dicho á V. A. esta dama.

—Os recomiendo que asistais mañana á la funcion de toros; yo tambien estaré allí, y en ella me desquitaré del mal rato que me han dado vuestras impertinencias.

Y el rey se levantó, saliendo con la frente contraida y el disgusto retratado en el semblante.

Doña Beatriz parecia sumergida en profunda meditacion.

Hernando miraba á su tio con asombro; este movia la cabeza indicando que aquel *olmo* no podia dar peras.

—¿Vámonos, sobrino?

Exclamó Toledo, é iban á hacer una reverencia á Doña Beatriz, cuando esta les dijo:

—Tened la bondad de aguardar un poco, D. Alvaro, y escuchad unas cuantas frases. Vos, Hernando, esperad á vuestro tio en la antecámara. El cielo os guarde.

—Y á vos.

Le contestó Alvarez de Toledo obediéndola.

Media hora aguardó nuestro jóven en la misma estancia en que habia permanecido ántes quince minutos. Mas fué para él ese tiempo un instante, entregado como quedó á pensamiento que dominaba por completo su espíritu. Su tio vino á distraerlo con las siguientes frases:

—A casa, hijo, —y bajando la voz, añadió:—Que aqui hemos de sacar lo que el negro del sermon.

—¡Qué monarca! Pero no me extraña, era imposible otra cosa.

—¿Por qué, sobrino?

—La ley de armonías debe cumplirse, y en verdad que Castilla y Leon la presentan hoy completa. A un pueblo tan inmoral é ignorante, y á una nobleza y clero tan dignos de él, correspondia ese pobre hombre llamado Enrique IV, lleno de vicios como todos sus vasallos y con el mismo entendimiento que su valido Perucho.

—¿Y has pensado algo en tu porvenir, Hernando?

—Sí, señor.

—¿Puedo saberlo?

—Cerrada esa única puerta á mi esperanza, digo única, porque sólo el rey puede luchar contra Acuña, Villena y parciales, no me queda, señor, otro medio que el de esperar. La guerra civil está á la puerta, los conspiradores tienen muchos enemigos que se irán con el monarca, y entablada la lucha, puede que no falte un grande que me dé el mando de sus mesnadas, y al frente de ellas lucharé hasta morir ó conquistar la mano de mi amada. De otro modo no tengo probabilidad alguna para el logro de mis deseos, y por lo tanto nada intentaré.

—Bien pensado.

—Ocultad á mi padre la idea que os acabo de manifestar.

—Lo haré, y puesto que yo no tengo hijos y te conviene seguir en la corte para darte á conocer á los muchos que todavía ignoran lo que vales, permaneced á mi lado Juan y tú, que en ello tengo un singular placer.

—Gracias, señor; no desairaremos la honra y merced que tan generosamente nos ofreceis.

—Mañana vas á la funcion de toros; quiero que te vean y oigan para que te admiren.

—¡Ay, tío! os ciega vuestro cariño; entre esos grandes y nobles, foco de vicio y corrupcion, no pueden comprenderse mis ideas y ménos la rectitud que el deber me impone.

—Ahora te equivocas, Hernando; cierto es que el rey, los grandes y el pueblo van desde la inmoralidad al caos, pero no son todos, hijo mio; todavía quedan, aun cuando aparezcan escondidas, las proverbiales y antiguas nobleza é hidalguía castellanas; todavía son más los pechos que dan cabida al honor, y no hace mucho lo confirmaron tus frases, pidiendo al rey que se pusiese al frente de los hombres honrados, seguro de acabar en ménos de un año con todos los malvados. Ejemplo: tres estábamos contigo en la cámara real, y de ellos, dos hemos hecho justicia á tus elevados pensamientos, á la valentía con que los presentastes. Admirable estuviste, Hernando, pero ambos comprendimos lo que vales.

—¿Quién era ese tercero, señor?

—Doña Beatriz de Bobadilla.

—Una pobre mujer entusiasta, honrada acaso, y nada más.

—Una dama principal, varonil como pocas y más entendida que el monarca y que cuantos le rodean.

—Ignoraba eso, tío. ¿A qué linaje pertenece, qué cargo tiene en palacio?

—No es tiempo todavía, sobrino, ya lo sabrás.

—¡Ah! ¿Os ocupásteis de mí en esa entrevista que ella os pidió en la cámara?

—Sí.

—Está bien; seguiré vuestro consejo; mañana, vos, mi padre y yo presenciaremos la funcion de toros, y no habrá diversion en la corte en que yo no me halle.

Poco despues llegaron á su casa, y cuando Hernando hubo contado á D. Juan el resultado de su entrevista con el rey, buscó el natural descanso á las fatigas del dia.

Destruida su primera ilusion, respecto de Enrique IV, no veia claro nuestro mancebo el gran porvenir á que era acreedor; pero tranquilo y resignado, se fué al lecho, bendiciendo á la Providencia que lo habia sacado de Alcalá, y unido á su padre, sin el menor contratiempo.

Sus actos de gracias y de adoracion á Dios distaban mucho de parecerse á los de aquellos falsos apóstoles y mentidos devotos, que desde el inmundo cieno y la más nefanda corrupcion pasaban al templo, y entre golpes de pecho é hipócritas frases suponian un arrepentimiento y amor á la Divinidad que no tuvieron nunca.

De esos, á pesar de los siglos que van trascurridos, quedan muchos todavía, por desgracia, en nuestra querida España.

De ellos nos iremos ocupando en las páginas de este libro.

CAPÍTULO VI.

La corrida de toros en la plaza real del alcázar.—Una paliza dos veces soberana.—La corte de Enrique IV, el Impotente.

Al día siguiente y hora de la cita, se presentaron en el alcázar, D. Alvaro, D. Juan y Hernando Alvarez de Toledo. Iban con traje de corte, y su actitud demostraba la gravedad, y soltura á la vez, de los que están acostumbrados á vivir en la alta sociedad.

Con la anticipacion conveniente tomó posesion el mayordomo Toledo del hueco á que tenía derecho, y junto á su sobrino y primo se quedaron en el balcon mirando el cuadro que tenían de frente.

Hemos dicho ya que el alcázar estaba situado en la misma área y con el mismo frente que el palacio real de hoy, sin otra diferencia que el edificio que ahora es Armería entónces era caballerizas.

La gran plaza que hoy vemos, existia tambien entónces, áun cuando algo más pequeña; y para los torneos y funciones de toros se levantaban gradas y palcos, en forma de círculo, con su barrera para las corridas.

Poco á poco fueron llenándose los balcones, los palcos y las gradas.

Antes de empezar la función ya estaba todo ocupado por los grandes, alto clero, nobles y una parte del pueblo que no tenía asiento, pero sí el terreno suficiente para que pudieran estar apiñadas y de pié más de dos mil personas.

En las clases elevadas sucedía lo de siempre, porque la modestia fué y continúa siendo todavía la virtud más rara y excepcional en los seres humanos; esto es, las damas y caballeros se disputaban la primacía de quién se había de presentar con más lujo y boato. Y claro es que en una época en que además del excesivo orgullo y vanidad, existía el ódio de raza, la competencia entre quién ha de ir mejor subía de punto, hasta el extremo de arruinar á los cristianos y enriquecer á sus prestamistas los judíos.

Por tan naturales y poderosas causas deslumbraban ahora en torno del circo real los brillantes y demás piedras preciosas; sorprendía el mucho oro, y admiraban los ricos encajes, la variedad de sedas en clases y colores, el buen gusto con que todos iban vestidos y la ostentación de tanta riqueza.

Dama había que llevaba en los bordados del traje piedras de tanto valor, que con su importe hubiera bastado para hacer la suerte de cien familias pobres.

¡Cuánta belleza femenil lucía sus gracias naturales, próxima á ser pasto de la torpe ambición ó el desenfreno de aquellos hombres movidos por un solo resorte, el de pasiones bastardas! ¡Y cuántos jóvenes, llenos de ilusiones y con un porvenir brillante, empezaban á ser empujados, por el ejemplo de sus mayores, al cieno del egoísmo y la maldad!

¡Qué contraste! En los balcones y palcos, poderío, riqueza y esplendor en los grandes, clero y nobles, y consiguiente á esto abundancia y lujo; y en los ángulos, de pié, amasados como la harina, más de dos mil seres humanos, pobres, casi harapientos, faltos de todo, hasta de sentido común, puesto que toleraban lo que veían, puesto que aplaudían á sus vampiros.

Y todos eran hijos de Dios, y no parece ni aun verosímil que tan sublime Padre consintiera sin causa justificada, sin

estar dentro de la más estricta justicia, que un hijo suyo llamado Enrique IV ó Francisco Pacheco distase tanto de otro hijo suyo, plebeyo de condicion y cabador de oficio.

¿Han pensado alguna vez nuestros lectores en este paralelo y su consecuencia? ¿Conocen la causa? Mucho resalta aún á la vista del más miope para que hayan dejado de percibir lo que tanto abulta.

Más adelante, y por si alguno ó muchos de los que tengan este libro en sus manos no conocen los motivos de escala tan irritante, buscaremos al sabio Abiabar para que nos dé explicaciones, y es indudable que oiremos de sus labios la verdad.

No era todo grandeza ni felicidad en aquellos magnates tan opulentos y poderosos. En prueba de ello vamos á presenciarse una escena histórica, cierta, que ocurrió en esta gran corrida de toros entre varios de los personajes allí reunidos, y nos convenceremos, que la miseria de los pobres apiñados en los ángulos, era ménos miseria y mucho más llevadera que otra clase de miseria tan patente este dia en los más principales de la corte.

Antes de hablar de la corrida y de lo sucedido á consecuencia de ella, debemos conocer algunos antecedentes indispensables á la justificacion de los hechos.

Ya hemos dicho que Enrique IV repudió á Doña Blanca de Castilla, contrayendo segundas nupcias con Juana de Portugal; esta era hermosa y muy dada á los goces sensuales, al lujo y á la esplendidez. Sus relaciones públicas con Don Beltran de la Cueva y la impotencia de su régio esposo, fueron origen de grandes cuestiones en el reino, y de que su hija Juana, llamada la *Beltraneja*, no heredase el trono de Castilla y de Leon.

El rey, á pesar de su reconocida impotencia, ya lo hemos visto casarse con dos mujeres, y viviendo con la segunda tomó por manceba á Catarina de Sandoval, que cogida infraganti por el monarca, la destierra, y hace cortar la cabeza en Medina del Campo á su cómplice D. Alonso de Córdoba.

Poco despues reemplazó Enrique IV á su manceba Catarina con otra llamada Doña Guiomar de Castro. Era bella, más altiva que una reina, y tan dada al lujo y la esplendidez, que queria sobreponerse á su régia rival. Vivía en el alcázar, y esto nos hace creer que Enrique toleraba á D. Beltran de la Cueva para que su esposa Juana no le impidiera sostener á su lado á Doña Guiomar.

Las relaciones de Enrique debian tener tranquila á la reina; pero no sucedía lo mismo con la hermosura de su rival y ménos con el deslumbrante lujo y soberbia de la Castro.

Varias veces cuestionaron las dos enemigas, y segun afirman todos los historiadores, tales cosas se dijeron, que sólo oirlas hubiera ruborizado á la manola de costumbres más libres.

Esto dió lugar á que se formasen dos partidos, uno que defendía á la reina contra la Guiomar, capitaneado por el Marqués de Villena, y otro, enteramente contrario, que sostenian é inspiraban el rey, y lo que es peor, D. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla.

En tal estado dió principio la corrida de toros, que era en aquella época una cosa parecida á las que han venido llamándose despues funciones reales con caballeros en plaza.

Desde los primeros momentos empezó á oír la reina las siguientes exclamaciones entre los que estaban á su alrededor, detrás y en balcones próximos al suyo:

—¡Qué hermosa está la Guiomar!

—¡Divina!

—¡Qué traje el de la Castro! No hay quien pueda competir con ella.

—Lleva en el frente de su vestido más piedras preciosas que una reina en todo el traje.

—¿Y los brillantes de sus pendientes?

Y así continuaron, sin oír otras frases Doña Juana que, Guiomar, Castro, belleza, hermosura, seducción, esplendidez, incomparable, sublime, divina y análogas.

La reina, que era altiva en demasía, fué pasando poco á

poco desde la humillacion al despecho y soberbia más pronunciados.

Como á la mitad de la corrida, llegó su ira al *máximum*; ciega, perturbada su razon y cómo una furia, se lanza sobre Doña Guiomar, la coge del pelo, la derriba, la arrastra, y ántes que el asombro de los que la veian les permitiera separarla, le da una paliza dos veces soberana.

El rey acudió algo tarde, como todos los demás, efecto de la viveza de Doña Juana; monta en cólera, va á coger á su mujer, pero lo deja inmóvil, atónito, una mirada de la reina, convertida en aquellos momentos en volcan.

¡Qué contraste formaban la impotencia y debilidad del marido con la energía y furor de la mujer!

Y puesto que estamos haciendo pura historia, contando pura verdad, nos es dado añadir con la sonrisa en los labios: ¡qué derecho divino tan sublime, qué derecho de herencia tan portentoso y de ventura para la nacion los de esos reyes!

Pero nosotros no somos políticos, y adelante con nuestra narracion.

Allí concluye la fiesta, comienza el desórden, para terminar por llevarse el rey á su manceba dos leguas de Madrid, donde la dejó depositada en espléndido y retirado albergue, que solia visitar de continuo para recrear la vista, á lo sumo.

El conflicto habia llevado al salon de embajadores, en que tuvo lugar la escena anterior, á todos los cortesanos, nobles y damas que se hallaban en el alcázar.

Cuando el rey consiguió retirar á su mujer, y el Arzobispo de Sevilla á Doña Guiomar, quedaron los espectadores comentando á media voz el terrible acontecimiento en corros que formaban las familias ó los amigos.

Hernando, su padre y tio formaban tambien corro, y en este instante decia el primero á los otros, con voz un poco más fuerte que la usada por los palaciegos cuando murmuran:

—A mí no me extraña nada de lo que he visto; donde no hay virtud, talento ni otra cosa que orgullo, ciega vanidad y soberbia, es lógico y natural lo que hemos presenciado. En

la selva es difícil hallar un hombre; es comun encontrar fieras.

Al espirar la última frase en los labios de Hernando, se halló éste frente á frente de un señor principal, altivo y orgulloso hasta en sus menores movimientos. Era alto y dirigió á nuestro jóven una mirada penetrante, que aquel recibe impávido é indiferente.

—¿Quién osa hablar,—pregunta á Toledo el otro,—de ese modo en el alcázar real de Madrid?

—¿Quién se conceptúa con derecho á interrogarme de esa manera?

Pregunta á su vez el mancebo.

—El Marqués de Villena.

—Pues yo me llamo Hernando Alvarez de Toledo.

—¡Ah, el trovador!

—Sí, el amante de Melania.

—¿Os corresponde?

—Claro es; yo no malgasto el tiempo jamás.

—Creo, sin embargo, difícil el éxito de vuestra empresa amorosa, Hernando.

—¿Eso me dice el que intenta imposibles?

—Veo que me conoceis, jóven; pero yo doy el salto sobre terreno más solido y elevado que vos.

—Por eso será mayor mi triunfo si logro el objeto deseado, señor Marqués.

—Ya; pero habeis empezado por camino tan sinuoso y quebradizo, que os veo mucho más cerca del abismo que de la posesion de Melania.

—Vuestra opinion, D. Juan, se funda en una carta fechada en Las Rozas que recibisteis ayer.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Fuí tiempo atrás discípulo del alquimista Abiabar y algo he aprendido.

—¿Luégo lo sabeis por arte del demonio?

—No me atreveria yo á asegurar tanto; me inspiraron la idea, tengo casi una seguridad de que es cierta, mas ignoro

si es efecto de mi penetracion ó de que la haya llevado á mi mente un ángel ó diablo.

—Suponiendo que no os hubiérais equivocado, convenid conmigo en que os precipitais.

—Dando por hecho que acerté, puede estar seguro, segurísimo, el señor Marqués, de que no le han dicho la verdad.

—¿En qué os fundais?

—Conozco al que firmó el escrito, se hallaba fuera de sí cuando lo redactó, efecto de haber yo formado parte de su escolta sin que él lo supiera, y ofuscado su claro entendimiento ocultó mucho y dijo lo que le convenia.

—Es natural ese lenguaje contra tan alto y poderoso señor en el que hace poco sorprendí hablando cosas que, de expresarlas, sólo las oye aquel á quien van dirigidas.

—Yo digo siempre la verdad, y de ahí nace mi falta de recato.

—¿Nunca mentís?

—Jamás.

—¿Quién dió á Hernando noticia de la entrevista que yo tuve en el palacio de su amada?

—Un misero sirviente.

—Vuestro espia.

—No, por Dios; es un alma generosa que á fuerza de tanto quererme se sacrifica por mí, contra mi opinion y deseo.

—De esos fenómenos hay pocos.

—Yo hallé muchos.

—Casualidades prodigiosas.

—Es que busco y sé elegir, señor Marqués.

—Aseguran que teneis talento y audacia sin límites. Tanto abultan vuestras cualidades, que han pretendido infundirme miedo con vos, por más que no lo hayan conseguido como veis.

—Apreciad el talento y la veracidad del que os lo ha dicho, y si es voto, creedlo. Yo no puedo juzgarme ni vos que me desconoceis.

—Tomando vuestro consejo, lo creo; aplaudo vuestro ta-

lento, y entiendo que vuestra osadía os llevará al tajo ó á un equivalente. Con que guardad el secreto de ese alma noble y generosa donde nadie lo vislumbre si amais la vida como los restantes séres humanos.

—¡Ay, señor Marqués, que ni vos, tan poderoso, valiente y temible, ha logrado imponerme con su amenaza! Es desgracia mía que sólo me han de inspirar risa las amenazas, sea cualquiera la calidad del hombre que me las dirija.

—De ser eso cierto, consiste en que no teneis instinto de conservacion.

—Es posible. Respecto del secreto que guardo, pude haber hecho uso de él ántes de que vos regresárais á Madrid, despues, y aun anoche en la entrevista que tuve con el rey, en la cual no cité nombres propios, ni hube de concretar ninguna de las cuestiones generales de que hablamos.

—Me complace vuestra prudencia.

—Es que no me convenia. Si más adelante quiero hacer uso de ese arma contra mis enemigos, entónces no la tendré.

—Quisiera saber quiénes son vuestros contrarios. ¿Me lo decis?

—Con mucho gusto.

—Gracias.

—Son el que autoriza el escrito á que nos referíamos ántes y cuantos le obedecen.

—¿Nadie más?

—Sólo esos.

—Entónces modifico mi opinion respecto de vos.

—Bien hecho.

—¡Por cierto que sentis gran simpatía por el protector de Melania!

—La que merece su tirano y mi verdugo.

—Me asombra vuestro lenguaje.

—¿Qué otros nombres puedo dar al que tiene mi ángel sumido en terrible clausura y á mí me ha sentenciado á muerte porque en vez de huir á Madrid y contar al rey el crimen que proyecta me quedé en Alcalá junto á mi padre?

—Lo habeis visitado además, logrando estremecerle con vuestras frases; ¡á él, cuyo corazon es de bronce! Y empezada luégo por vos una sangrienta burla, le obligásteis á que os defendiese contra sus propias órdenes, deseo y anhelo, con lo cual ve terminada la mayor de las ofensas.

—Hace mal, porque eso que vos llamais sangrienta burla no ha concluido ni con mucho.

—¡Con tal que respeteis á sus amigos!..

—Con tal que ellos no se conviertan en instrumentos dóciles de su soberbia...

—Hernando, una noche fria y tempestuosa en que yo estaba violento por motivos que no son del caso, me sacó vuestra arrogante y simpática voz de un grave apuro, dándome á la vez un buen rato. Agradecido yo, os perdono las frases que oí y me acercaron á vos. Es más, os voy á dar un consejo: si con el protector de Melania no podeis, ¿qué le sucederá á vuestra audacia si se empeña en luchar con él y con sus amigos? Concretaos, por lo tanto, á Melania y olvidad los restantes. Sin lucha, con vuestro buen talento... ¡Oh, raptos conozco yo más difíciles, realizados por hombres que no valian lo que vos!

—Gracias, noble Marqués, la idea es buenísima, pero tan gastada, tan conocida, tan vulgar... Tengo, no obstante, un doble motivo de gratitud para con vos: el consejo, y aquel gran favor realizado en noche oscura y tempestuosa...

—No comprendo.

—Cuando rehusásteis una proposicion relativa á Melania y vuestro hijo...

—¡Ah!.. Teneis razon. Sin querer...

—Tampoco yo queria divertirlos con mi trova ni se me ocurrió que pudiera sacarlos de apuro alguno. Por eso mi agradecimiento, idéntico al vuestro, me inspira las siguientes frases, que no son un consejo innecesario á persona tan eminente, pero sí una advertencia saludable: sabeis que no hay enemigo pequeño, y que rara vez deja de realizar el hombre aquello que se propone, si lo precede de mucho valor, constancia-

y energia. Vuestra posicion os impide ser amigo mio, pero os permite no ser enemigo.

—Comprendo. Hé aquí mi mano. Adios.

—¡Delante de la corte!..

—Sí, apretad y creed que me complacen vuestros amores con Melania.

—Dios os bendiga, señor, miétras penseis de ese modo.

Y se volvieron la espalda, el uno para incorporarse con su padre y tio que se habian separado, y el otro para pasar á la cámara donde estaban los reyes.

Hernando entró algo despues en su casa seguido de Don Juan y de D. Alvaro.

Si alguna esperanza pudo haberle quedado á nuestro amigo Hernando despues de celebrada su entrevista con el monarca, la vió evaporada indudablemente ante el cuadro *manolésco* que concluia de presenciar.

—¡Qué rey,—se decia el sabio jóven,—y qué reina, y qué grandes, y qué corte! Ya no me extraña que el pueblo llame Don Oppas al Arzobispo y el mahometano intente una nueva invasion como la primera. Torpe y débil podria ser aquel Don Rodrigo y mala é impotente su corte, pero no son mejores estos ni sufrirán con más brio una embestida agarena! ¡Qué maldad! El Marqués de Villena promueve aquí escándalos como el de esta tarde para que D. Alonso y sus restantes amigos los divulguen por el reino y sirvan de pretexto á su insensata ambicion. Ya no tengo esperanza alguna; cualquiera que no sea Enrique IV nada osará contra el Arzobispo y sus parciales.

Y Hernando tortura su entendimiento vanamente, pues no halla solucion al dificil problema que pretende resolver.

Su temor crecia; en época donde la ambicion es el primer móvil del hombre, era fácil á D. Alonso hallar un grande que se honrara enlazándose con una bastarda, pero la más rica y hermosa de Castilla. Y ante esa idea exclamaba nuestro mancebo:

—Conozco el valor, la decision, fortaleza de alma y cons-

tancia de Melania; no habrá quien la obligue á casarse con otro; pero llegado el caso... ¡cuánto va á sufrir ese ángel! Don Alonso dispondrá de su mano sin consultarla, empeñando palabra solemne, y luégo, cuando ella se niegue, cuando anteponga mi amor á los halagos, señoríos y riquezas del Arzobispo, exasperado este y furioso, cambiará en ódio el cariño que la tiene y no esquivará tormento alguno para hacer que se doblegue la cerviz de su protegida. ¡Pobre Melania; en mal hora oyó mi voz y retuvo en su memoria mis tiernas frases! ¡Más le valiera haberme despreciado!.. Pero no; ¿qué iba á ser de ella, tan buena, angelical, sublime, junto á un idiota de esos que sólo saben montar á caballo, clavar una lanza y manejar la rodela? Que sufra; todo ménos que sirva de pasto á uno de esos tigres con forma humana.

Trascurrieron ocho dias sin que aconteciese nada que de contar sea.

Enrique IV, inspirado sin duda por Villena, continuaba haciendo disparates que servian de pretexto al Arzobispo para justificar una conspiracion que el rey no queria conocer, embaucado por su antiguo favorito el Marqués.

Y Hernando entretiene agradablemente á su padre y tio con su grata conversacion, sale á caballo todas las tardes, concurre á la única academia que hay en Madrid, estudia, y en un gimnasio emplea el resto del tiempo.

Una tarde parte á caballo con su tio, y á la mitad del camino dan principio al diálogo siguiente:

—Hernando,—exclama D. Alvaro,—¿no se le ocurre nada á tu privilegiado cerebro en pró de unos amores que, segun dices, forman tu felicidad?

—Nada, tio; dejo al tiempo que despeje la incógnita.

—¿Por qué?

—Siendo impotente el rey para destruir á sus enemigos, que hoy por desgracia son los míos, no hallo medio alguno de combatir con ventaja á mi poderoso contrario D. Alonso.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señor; llevo diez dias sin hacer otra cosa.

—Hay, Hernando, en mi concepto, grandes y personas de régia estirpe que no han tomado parte en la alianza del Arzobispo y el Marqués, y son muy poderosos.

—Pero tan egoistas que nada son capaces de hacer si no van ganando algo.

—Estás en un error; hay ya quien mina por su base esa terrible conspiracion.

—Continuad, señor, que vos no teneis la costumbre de mentir, ni las ilusiones embotan vuestro buen juicio.

—Acaso permitan á esa nefanda conspiracion, los grandes á que me refiero, que lleve á cabo parte de su obra con objeto de desprestigiar á sus autores ante el pueblo y la nobleza; pero Enrique seguirá siendo rey de Castilla, y la torpe ambicion de sus amigos y enemigos, latente hoy, puesta de manifesto mañana y reconocida por todos, será confundida, dejando en el sitio que la amamantaba un gran caudal de lágrimas que verterán ojos cuya mirada impone y aterroriza hoy.

—Tío, ¿no delirais?

—Y hé aquí cómo un gran talento se me presenta incrédulo, vacilante. Eres un cordero inocente, sobrino, al dudar de mis frases.

—Me confundís, señor.

—Hernando, siempre hice justicia á tu elevado ingenio y sabiduría, y en verdad que tú no me pagas con la misma moneda.

—Explicaos, por Dios, que ahora os entiendo ménos.

—Aun cuando retraido lo que me es posible de la corte, soy mayordomo del rey, alterno con todos sus cortesanos, los oigo, nadie dudó jamás de mi lealtad, reserva, y debo por lo tanto estar mejor enterado que tú de lo que hacen y piensan los grandes hombres de Castilla.

—No lo niego.

—Como yo, Hernando, no tomé parte nunca en esas luchas que siempre he deplorado, sin ofuscarme ni aturdirme, he podido juzgar con exactitud lo que vale cada uno, lo que hace y de lo que es capaz.

—Tampoco puedo negároslo. Y por cierto que hasta diste hoy mejor que ningun otro dia.

—Te quiero mucho, sobrino mio, me interesa ilustrarte y torturo el entendimiento.

—Gracias, incomparable tio. Despues de la afirmacion sigue la prueba; esto es sabido. Con que decidme ahora dónde se oculta ese poder dominador, incontrastable, absorbente que nadie ve, que yo al ménos no distingo, por más que abro los ojos del entendimiento y busco vanamente lo que para mí no existe.

—Se halla ese poder, más grande todavía de lo que tú supones, en un pueblo pequeño, situado no muy léjos de Madrid, y lo abarca con su potente diestra un sér débil, al parecer, ignorado, y en realidad más fuerte que el Arzobispo y el Marqués de Villena.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre para ti, Hernando.

—Misterioso venís esta tarde.

—Lo que yo calle no te conviene saberlo, Hernando.

—Bueno; de vos no puedo yo dudar.

—Toma.

—¿Qué me alargais?

—Véaslo.

—Un pergamino con una sola rúbrica.

—Sí, pero muy complicada y difícil de imitar.

—Cierto. ¿Qué debo hacer con esto?

—Ocultarlo mucho; es pequeño y cabe en cualquier sitio.

—Ya está. ¿Y ahora, tio?

—Si alguna vez te dirigen escrito que autorice esa firma, obedece sin vacilar.

—¿Tanto cariño os merezco, noble señor, que os ocupásteis de mí, como me hacen presentir vuestras frases?

—Sí, Hernando, lo has comprendido; vas á ser lo que más honre y eleve nuestro linaje. Hace dias, desde la noche que visitaste conmigo á Enrique IV, que estoy favoreciendo tus pretensiones, te estoy ayudando.

—Eso no, tío amado; porque yo nada hice hasta ahora; de resultar algo en favor mio, os corresponde la gloria por completo.

—Pues yo realicé bastante, pero en honor á la verdad, todo se me vino á las manos atraído por la fama de tu talento, valor, energía y audacia.

—Deduzco, señor, de vuestras enigmáticas frases que nos vamos á ayudar mutuamente ese poder misterioso de que me habeis hablado ántes y yo.

—Ahora discurre bien.

—¿Y qué más, tío adorado?

—Te he dicho ya todo cuanto me era dable.

—Me resigno, que no era acreedor á tanto y el resto vendrá poco á poco. ¿Es verdad?

—Sí.

—Temo sólo que ese gran poder sea muy exigente.

—Lo va á ser, pero no lo temas; haz cuanto te pida, Hernando, sacrificate por él, que á la postre os aguarda el triunfo y con él la ventura de tu infortunada patria.

—Si es así, ¿qué no haré yo por él?

—Te prepara el destino, Hernando mio, el medio de que luzca en intrigas nobles y misteriosas ese ingenio sublime que el cielo te ha concedido; que brille como ninguno en los campos de batalla todo tu valor, apoyado en una sangre fria que pasma; que hagas admirar la destreza del primer jinete de Castilla, del hombre más hermoso y varonil que parió madre. ¿No te humilla ser el último de tu linaje? Pues ahora puedes ser el primero y arrastrarnos á todos á la altura en que no soñamos llegar ninguno. Pero es necesario, Hernando, calma, abnegacion.

—Las tendré.

—Si se alejase, al parecer, la realizacion de tu casamiento con Melania, ten paciencia, que ya le llegará su dia. Tú, que tanto aborreces el egoismo y maldad de algunos grandes, no seas egoista; recuerda cómo se halla tu patria, y que es ántes que tú, que Melania y que todos nosotros. Tú no eres mogi-

gato ni hipócrita; tú no vas al templo á mentir, y si de veras le has pedido á Dios dicha y ventura para tu infeliz patria, si Dios escuchó tu sincera súplica y te elige por instrumento de sus altos designios, obedécele con amor y respeto; no imites á esa canalla que, fingiendo postrarse ante un Dios justo y perfecto, se arrodilla ante el oro, los señoríos y las riquezas, saturado el corazon por solo iniquidad, falacia y villanía. Te dió el Señor una frente varonil y hermosa para que puedas alzarla con noble orgullo y se la enseñes; no para que la bajas con rubor y vergüenza y que sólo el diablo la vea y se entusiasme con ella.

—Muy bien, tío; os habeis sublimado y nada tengo que responder; vuestras elevadas frases quedaron grabadas en mi alma con caractéres impercederos. Me llenó de asombro esta tarde el mayordomo del rey, el cortesano.

—Yo no soy otra cosa, Hernando, que un noble honrado, un hombre de bien.

—Que hace honor á su linaje, tío, que enorgullece al que llama sobrino.

—Acabemos. Si el destino te pidiese sacrificios, imita á Bruto el de Roma ó á Guzman el de Tarifa; de este último corre sangre por tus venas.

—Lo haré.

—Júramelo por el Dios que nos oye.

—¡Os lo juro!

—La Providencia te proteja, ampare y defienda; te colme de bienes y venturas si lo cumples; caigan sobre ti todas las desdichas de la tierra si faltases.

—Tío, y si os parece poco, haga el cielo, si cometiese perjurio, que me arrastre por el suelo como la serpiente, que me pise hasta el mendigó como al reptil, y que envueltos en tan negra desgracia, rueden conmigo Melania, mis hijos y sucesores si los tuviera, para mayor desgracia y remordimiento míos.

—Muy bien, sobrino; quedo satisfecho. Vamos á entrar en el bosque, pueden oirnos y conviene variar de conversa-

cion. Noto que tu tordo es más fuerte de lo que yo había imaginado.

—Este potro, señor, es la mejor alhaja que vino de la Arabia,

—No era malo tampoco el que te prestó Mendoza.

—Tan cierto es, que se lo devolví con sentimiento.

Y continuaron hablando de cosas indiferentes.

El anterior diálogo nos prueba que en medio de aquel caos en que se agitaba y revolvía cada vez con mayor desventura la infeliz Castilla, había hombres dignos de nuestras proverbiales nobleza, hidalguía y abnegación.

Hasta ahora vimos la silueta de Hernando Alvarez de Toledo. Desde hoy en adelante empezaremos á conocer al hombre tan completo y varonil como realmente lo fué.

CAPÍTULO VII.

La cita misteriosa.—Sorpresa y admiración de Hernando.—Dos corazones varoniles que vinieron al mundo para comprenderse.

La noche correspondiente al día en que Hernando paseó con su tío, quedaron cerradas á las diez las puertas de la casa en que vivía y á las once todos descansaban en el lecho.

Hernando no duerme, medita en las frases de D. Alvaro, y por primera vez halaga su mente una bella esperanza.

Sólo espinas y abrojos le habían rozado en el alcázar real y calles de Madrid, sin vislumbrar flor alguna en el camino de su vida.

Sobre esto medita nuestro mancebo, y ya el sueño intenta dominar la materia, cuando oye un golpecito en la puerta de su alcoba.

Crejó al pronto que se había equivocado, pero el mismo ruido, dos veces secundado, le advierte que no se engaña.

—¿Quién es?

Pregunta.

Y una voz que le era bastante conocida, le dice:

—Yo. ¿Puedo entrar?

—Sí, Rodrigo.

La puerta se abre, brillando en la estancia una luz que

lleva en la mano izquierda el escudero de D. Juan Alvarez de Toledo.

—¿Qué deseas?

Le pregunta Hernando.

—Leed.

Contesta lacónicamente aquel, acercando la luz y alargándole un escrito sellado, pero cuyos cuarteles era imposible reconocer.

Hernando leyó:

«Seguid inmediatamente al portador. Cualquier traje; no necesitáis armas, pero llevad muy alzado el embozo de vuestro manto.»

No dice más ni concluye, según costumbre, con nombre ó apellido, pero va autorizado con una rúbrica igual exactamente á la que D. Alvaro dió á su sobrino en el campo.

—Muy bien,—exclama para sí nuestro jóven;—no me ha hecho esperar mucho tiempo, y por Cristo que me alegro.

Y alzando la voz, añade:

—¿Quién ha traído esto, Rodrigo?

—Un hombre.

—Lo supongo; pero ¿cuál es su condicion?

—Parece caballero. Trae, sin embargo, cubierto el rostro con la visera, y además echado el embozo.

—¡Guerrero tenemos!

—Eso demuestra.

—Pues deja esa luz y tráeme calzas de Milan, borceguíes de terciopelo, sayo de paño...

—Hace frio.

—No importa, y abrevia, que aguardan.

—Adelante.

—Cinturon y escarcela; manto y gorra.

—¿Qué espada?

—Ninguna.

—¿Qué puñal?

—¡El que atraviesa mi corazon; con ese tengo bastante!

—¿Qué prisa os dais!

—Si aguardan, Rodrigo.

—Ni un molino de viento movido por huracanes.

—Ese manto.

—¿El negro?

—¡Sí, que se asimila su color al de mis pensamientos!

Crúzame cuanto puedas el embozo.

—Ya está.

—La gorra; inclínala hácia adelante. Bajemos.

—Esperad que os alumbre.

—¡Corre, maldito!

En medio del zaguan habia parado un caballero, sin bajar el embozo, caída la visera del casco y enseñando por bajo del abrigo espesa y luciente cota de malla.

—Os sigo.

Exclama Hernando incorporándose con él, y sin contestarle el incógnito echa á andar, salen el uno en pos del otro, y de esta manera comienzan á cruzar las entónces feas y estrechas calles de Madrid.

La noche está oscura, fria y á nadie encuentran en su camino.

El guerrero, sin haber llegado á desplegar sus labios, camina todo lo de prisa que las tinieblas le permiten; mudo tambien Hernando, le sigue creyendo que va á detenerse delante de algun palacio ó castillo feudal, y que dentro le aguarda un poderoso príncipe ó grande de Castilla; pero cuál es su sorpresa al ver que su guia se detiene al pié de una modestísima casa árabe, de sólo piso bajo y principal.

El caballero dió un golpecito, le abre una mujer despues de reconocerlo por el ventanillo, y dice á Hernando:

—Entrad y obedeced á esa anciana.

Y sin esperar respuesta desaparece calle abajo.

Avanza nuestro jóven, la puerta se cierra y la vieja, sin dirigirle frase alguna, lo conduce á la sala del piso principal, dejándole solo.

Era la estancia en que acababa de entrar Hernando un paralelogramo reducido, con un divan, ocho sillones de cuero,

mesa con recado de escribir, sin adornos de ninguna clase ni más muebles que los expuestos y el candelabro con tres velas de cera que dejó la anciana al tiempo de retirarse.

De sorpresa en sorpresa habia llegado nuestro jóven á la confusion, cuando vino á aumentársela la presencia de una hermosa jóven de veintitres años, alta, esbelta, de finisimos modales á veces, que cambiaba por varoniles en otras.

Era doña Beatriz de Bobadilla, que aparece luciendo un traje de terciopelo verde, cíngulo de oro terminado en preciosas borlas que caian hasta cerca del suelo, arracadas de brillantes, con el peinado de la época.

—Buena noche, Hernando,—le dice.—No habeis tardado, y me alegro. Sentaos junto á mí.

Y se dirigió al divan.

Nuestro mancebo estaba paseando por el paralelógramo embozado y cubierto, cuando escuchó la agradable voz de contralto de Doña Beatriz.

Tira el manto y gorra sobre un sillón, y obedeciendo á la dama, se sienta á su lado.

Ella fija la vista en el cinto de Hernando, no ve espada ni puñal; repara luégo en su sencillo y ligero traje, y se dibuja en su rostro una satisfaccion que queria decir:

—Es tan valiente como sabio.

Y luégo le pregunta:

—¿Dormíais cuando llegó mi mensajero?

—No, pero me hallaba en cama.

—Siento haberos molestado, mas era indispensable.

—No experimenté violencia alguna, y sí mucho placer al encontrarme cerca de vos.

—Nada de galanterías.

—Os dije la verdad, y en adelante me hareis la gracia de permitirme que sea atento con las damas.

—Es que vamos á conspirar, Hernando.

—Sea en buen hora.

—Es que habeis de contemplar en mí una leal y valiente amiga.

—Pero con rostro de ángel. Proseguid.

—¡Y corazón!..

—Noble y generoso, capaz de sacrificarse por su patria; y por lo mismo que nació femenil, es más digna de admiración su fortaleza.

—¡Haga Dios que yo pueda decir del vuestro, es noble, fuerte y generoso también!

—Decidlo sin temor de equivocaros y sin extrañeza, que soy hombre y caballero.

—Pruebas necesito, Hernando, tantas y tales que asombren al mundo.

—Pedidlas; vengan, que el tiempo corre y la ansiedad molesta.

—He hablado con vuestro tío.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—No lo sabía.

—Me dió por escrito un juramento vuestro.

—Lo que dije á él lo sostendré aquí y en todas partes.

—¡Cuánto vais á sufrir!

—Tendré paciencia y resignación.

—Lo veremos. Oid: el Arzobispo de Toledo escribió al Marqués de Villena para que os inutilizara é impidiera de este modo que hiciérais uso de un secreto.

—Secreto á voces. La causa, Doña Beatriz, es otra.

—Así ha debido comprenderlo el Marqués, puesto que le ha contestado que nada tema mientras él se halle en Madrid.

—Hablé con Villena en el alcázar y tomó mi consejo; me alegro.

—Pero como es otra la causa, según decís, Hernando, y el Marqués no se aviene á ser instrumento de D. Alonso, el buen Arzobispo os manda esbirros que no errarán el golpe amagado ya sobre vuestra cabeza.

—Muy enterada estais; la noticia es por lo ménos verosímil.

—Es cierta, y os advierto que yo siempre distingo lo dudoso de aquello que me consta.

—¿Sois por ventura amiga de mis crueles contrarios?

—Soy enemiga irreconciliable de todos ellos.

—Me complace. Mas no comprendo cómo pudieron llegar hasta vos esos secretos...

—Hace tiempo que estoy conspirando, Toledo; y basta de explicaciones, que me son enojosas.

—Continuad, y perdone Doña Beatriz mi natural sorpresa.

—No he podido descubrir cuántos son ni los medios de que se van á valer para asesinaros; pero es lo cierto que serán muchos y vienen mandados por un hombre más sagaz y diestro que valiente. Acuña sabe muy bien que sois leon, y en vez de tigre os manda una serpiente que se enroscará en vuestra garganta si no lo evitamos.

—Con no asistir á cita alguna que carezca de cierta autorizada rúbrica...

—No basta eso; es necesario que desde mañana salgais siempre bien armado y con dos ó más hombres, para en el caso de que fuéseis acometido por muchos, os defiendan.

—Repugna á mi carácter; mas si lo exigis lo haré.

—Sí, Hernando, lo exijo. Asuntos de la mayor importancia me detendrán en Madrid todavía más de un mes; si en ese tiempo os acontece alguna desgracia, haré por vos lo que pueda, y por Dios que no he de ser sola en favoreceros; cuantos me obedecen contribuirán á vuestra salvacion si hay medio y posibilidad.

—Me admira vuestra bondad é interés.

—Seré para vos una hermana leal y cariñosa, pero muy exigente cuando necesite de vuestro valor y talento.

—Deseo que llegue el instante.

—No tardará. Entre tanto sed discreto y prudente. Más adelante, disfrazado y con todos los medios de seguridad que lo grave del asunto requiere, vivireis entre nuestros enemigos, aplicareis bien el gran talento y sagacidad que todos admiran en vos, penetrareis sus secretos, destruiremos sus tramas, y si hubiera necesidad de ir á las manos, entónces Her-

nando Alvarez de Toledo, al frente de aguerridas mesnadas, los destruirá sin miedo ni compasion. ¡Oh, quién pudiera ayudaros en el campo de batalla! Soy mujer, y por desgracia no me es dado asistir á esas luchas.

—Mujer sois, es verdad, mas tan varonil que asombra la actitud que soleis tomar.

—¡Oh, si yo fuera hombre! Pero no hay que pensar en eso; en cambio, sagaz, hábil y diestra, me hallaré en todas partes y los he de vencer en la corte, en la intriga y en perpétua conspiracion. Les tomé mucha delantera, los conozco á todos, ninguno de sus planes se me oculta, y ellos sin excepcion me desconocen por completo.

—¿No os venderian las frases que pronunciásteis noches atrás en la cámara?

—¿Cuando vos estábais presente?

—Sí, señora.

—No. Vuestro tio es muy leal, la confianza que estoy haciendo de vos dice lo que valeis, y en cuanto á Enrique IV, le es imposible hablar mal ni bien de mí; há tiempo que eché un candado á su lengua y nadie se lo quitará.

—No os fieis mucho; es tan débil, tan...

—Lo conozco mejor que vos, y estoy segura de su silencio.

—Una pregunta, Doña Beatriz, si no es indiscreta; de lo contrario la retiro.

—Hacedla.

—¿Obráis por cuenta propia, ó por la de un segundo?

—Mi interés supera al que se emplea en lo propio, pero obedezco á quien puede mandarme.

—¡Ah! ¡Debe ser persona muy principal!

—Beatriz de Bobadilla sólo puede servir á quien lleve sangre real en su venas.

—Lo juzgaba así, pero no adivino...

—Ni conviene que lo sepais todavía; cuando yo haya terminado en la corte me acompañará el buen Hernando al palacio de su nuevo señor.

—De mi primer señor, porque hasta ahora...

—Es igual. Cerca de él, léjos de él, é inspirado siempre por sus elevadas ideas, por sus profundos pensamientos, combatiremos día y noche hasta que desaparezca de España...

—De Castilla, querreis decir.

—De España, tanta podredumbre y cieno de falsos católicos, mahometanos y de todas clases como pululan doquier. Sí, Hernando, en vez de hombres sólo se presentan fieras; en vez de cristianos caritativos, egoistas é hipócritas.

—¡España habeis dicho; qué pensamiento tan grande! Más de una vez llegó á mi mente, Beatriz.

—Pues sólo cabe en una cabeza muy grande, como la de nuestro señor, por ejemplo.

—¿Quién será? Decidme algo de él.

—No debo.

Y poniéndose en pié, añadió:

—Es media noche, y basta para nuestra primera entrevista, Hernando. Retiraos, y por hoy nada temais; pero desde mañana vivid muy precavido, que os acechará la muerte blandiendo su terrible guadaña sobre vuestra garganta.

—No lograis asustarme.

—Lo siento, porque teneis más probabilidades en contra que en pró. Guardaos mucho, Hernando; podeis llegar á ser el brazo derecho de una cabeza que no tiene igual en el mundo. No os fieis ni de vuestros propios criados; y á ser posible, dormid de día y velad de noche. Hé aquí mi mano; estrechadla, amigo mio, y recordad mis anteriores frases: si á pesar de todo os aconteciera una desgracia, mis amigos y yo os defenderemos, si nos dan tiempo y hay posibilidad.

—Gracias, Doña Beatriz; desde esta noche quedo á vuestra completa disposicion.

Y ambos se despidieron, abandonando nuestro jóven aquella humilde casa que no habia de olvidar el resto de su vida.

La entrevista que concluye de tener va á modificar su destino; puede muy bien conducirlo á la realidad de sus más bellas ilusiones, como á una muerte prematura y cruel.

Hernando se dirigió á su casa sin que nadie le acompaña.

ra, y en verdad que no le hizo falta, pues no encontró un sér viviente en ninguna de las cinco estrechas y oscuras calles que atravesaba.

Llamó á su casa, le abrieron y media hora despues dormia tranquilamente.

Las saludables advertencias de Doña Beatriz no lograron infundirle un átomo de pavor, y su indiferencia á la muerte podia serle funesta.

El Arzobispo de Toledo comprendió perfectamente cuanto valia, y como su poder llegaba á todas partes, era natural que no condenase al olvido, como el Marqués de Villena, á un hombre que llevaba en su cabeza el poder de un ejército.



CAPÍTULO VIII.

La emboscada.—Triunfo completo.—Desesperacion.—Imprudencia.—Doña Beatriz de Bobadilla.

Despertó temprano nuestro jóven, y recordando su misteriosa entrevista de la noche anterior, fué favorecido con una esperanza que le hacia sonreír.

No conocia al poderoso señor que iba á obedecer; pero la formalidad de su tío y la resolucion, entereza y seguridad con que la varonil Doña Leonor hablaba de él, le infundieron confianza absoluta y más ó ménos léjos contemplaba en lontananza su enlace con Melania, que era indudablemente el colmo de sus deseos. Y veia esto por entre ruinas y escombros que él y los suyos echaron por tierra de gente malvada y altanera, de aquellos hombres que en su ambicion y torpeza habian convertido Castilla en un caos horripilante.

No iba á servir al Marqués de Villena y al Arzobispo de Toledo, miserables ambiciosos, insolentes soberbios que se elevaban y engrandecian arruinando al pueblo, manchando con su inmundo aliento á cuantos les rodeaban. No iba á ser tampoco su señor el impotente, débil, cobarde y vicioso Enrique IV ni ninguno que á esos se pareciese; iba á serlo, segun indicacion de Doña Beatriz, confirmada por su tío, el repre-

sentante de la justicia, de la moralidad, del futuro poderío de Castilla.

Y la palabra España, borrada hasta de la memoria há tanto tiempo, resonaba en sus oídos como el eco sublime y melodioso de la más bella ilusión.

¡Cuántas y cuántas ideas nobles y elevadas llegaron en este día á aquel cerebro privilegiado! ¡Qué de pensamientos grandes en favor de su infeliz padre; qué de halagos amorosos brotaban en su tierno y sensible corazón!

De todo se creía capaz el sabio, inteligente y audaz manco; todo lo hubiera realizado su potente valor, y todo, convertido en vana ilusión, fué rodando con él hasta sumergirse en el sepulcro de una mora adúltera.

¡Qué arcanos tan impenetrables nos ofrece á cada paso el destino! La maldad de los hombres y nuestra ignorancia son en la tierra las dos grandes calamidades que destruyeron siempre esa dicha en pos de la que todos corremos y ninguno encuentra!

Esas tristes ideas nos las ha inspirado un hecho histórico que ha de amargar á nuestros lectores, como ya su recuerdo nos atormenta á nosotros.

El presente día, sin embargo, fué el más feliz de cuantos tuvo Hernando en su vida.

Por la tarde salió á caballo con su padre y tío después de comer, volviendo cerca de anochecido.

Al entrar en su casa le dió Rodrigo un escrito, en el cual le decían:

«Alerta y vivid muy precavido, que os buscan y acaso sitian.»

Aquellas líneas iban autorizadas por rúbrica igual á la que conservaba Hernando, y este, después de meditar algunos segundos, exclamó con insensata indiferencia:

—Para mujer es muy varonil Doña Beatriz, pero no puede negar el sexo á que pertenece, y por más empeño que demuestre no logrará jamás inocular en mi alma el miedo que brota de su propia debilidad.

Y sonriendo fué á la estancia donde se hallaban su padre y tío, en cuya compañía pensaba entretener las primeras horas, pues ninguno de los tres hizo ánimo de salir aquella noche.

A las ocho cenaron, y á las nueve, de sobremesa y unidos por acendrado cariño, seguían hablando de la corte y de los reyes.

Don Alvaro les contaba detalladamente cuanto de malo veía á cada momento, sintiendo no poderles referir nada bueno realizado en aquel centro de inmunda corrupcion.

De este modo siguieron hasta las diez y media en que cada uno iba á retirarse á su lecho, cuando fueron sorprendidos por dos grandes aldabazos que dieron en la puerta del zaguan.

—¿Quién llamará á estas horas!—exclamó D. Juan.

Hernando sintió una impresion desagradable, pero no se dignó estudiar la causa ni siquiera pensar en ella.

Poco despues decia á D. Alvaro uno de sus sirvientes:

—Señor, un criado de S. A. el rey, nuestro señor, viene del alcázar y desea hablaros con urgencia.

—Que pase á mi cámara de escribir.

—Ya está en ella.

—Aguardad aquí,—dijo D. Alvaro á su primo y sobrino,—que vuelvo en cuanto ese hombre se haya retirado.

Y salió, regresando á los cinco minutos embozado en el manto y cubierta la cabeza con la gorra

—¿Vas á salir?

Le preguntó su primo sorprendido.

—Sí; me llama S. A. para comunicarme una orden; le sirvo y no puedo desobedecerle.

—Espera un poco y te acompañaremos Hernando y yo.

—¿Qué locura! Con un criado para que lleve la linterna tengo bastante, y ese me espera ya en el zaguan.

Primo y sobrino insistieron, pero D. Alvaro se negó por desgracia, encargándoles que se acostasen todos ménos el portero, por no ser la primera vez que se habia retirado del alcázar á las altas horas de la noche.

Y salió, yendo acompañado de su sirviente más leal y del enviado del rey.

La puerta de la casa se cerró, cruzaron unas cuantas frases Hernando y su padre, y á las once y media todos dormían, ménos el portero, que paseaba por el ancho zaguan esperando á su amo.

A las doce en punto oyó aquel pasos que se detuvieron á la puerta de la casa, y acto continuo dos golpes.

El portero, creyendo que era su amo, abrió; la luz del portal estaba opaca, pero á sus débiles rayos vió dos embozados que juzgó eran su señor y compañero.

Pronto salió de su error: instantáneamente, y sin darle tiempo para desplegar los labios, se halló con una mordaza en la boca, atado de piés y manos y tendido en el suelo.

Seguidamente entraron hasta veinte hombres, yendo doce con las espadas desnudas y provistos los ocho restantes de una linterna, cuerdas y mordazas.

Don Alvaro sostenía sólo tres criados: uno que se llevó, el que quedaba inútil y un ama de gobierno.

Don Juan Alvarez de Toledo y Hernando tenían los cuatro que conocemos; pero, á excepcion del portero, todos eran presa de sueño profundo en estos instantes.

Los veinte sicarios que acababan de entrar en la casa de Don Alvaro entornaron la puerta, dejando á la parte afuera cuatro embozados, espada en mano, formando la horrible retaguardia de aquella espantosa celada de veinticuatro hombres contra seis indefensos, dormidos, y dos pobres mujeres entre gadas también al sueño. La ocasion no podia serles más propicia; el destino favorecia á aquellos malvados.

Con calma, sin hacer ruido alguno y conocedores dos de ellos del terreno que pisaban, fueron entrando cuarto por cuarto, ponian á cada víctima una mordaza, despues la ataban de piés y manos, dejándola tendida como al portero. Junto á ella y con la punta de su espada, amenazándole al corazon, quedaba uno de los sicarios.

Los veinticuatro llevaban casco con la visera echada, á

excepcion de los dos primeros que penetraron, los cuales usaban gorra y careta.

Dejaron para los últimos á Hernando y su padre.

Ambos fueron sorprendidos por siete asesinos cada uno; los despertaron á la vez que les fijaban la mordaza y esposas cuatro robustos sayones.

El valiente Hernando comprendió desde el primer instante de lo que se trataba y la imposibilidad completa de oponer resistencia alguna.

Vistieron al padre y al hijo, y unidas sus manos con esposas, de las cuales pendia un cordel que sujetaban los dos jefes principales de los sicarios, les hicieron salir de sus respectivas estancias entre puñales dirigidos á sus costados.

La ira y dolor de Hernando eran indescriptibles, pero aumentaron hasta el infinito cuando al llegar á la puerta de su alcoba, vió que se llevaban á su anciano padre en el mismo estado en que á él lo pusieron.

Un ¡ay! exhaló su afligido corazon, é inclinando la cabeza sobre el pecho anduvo hácia adelante, perturbada la razon y como autómatas movido por fatal resorte.

Al entrar en el zaguan vendaron sus ojos con un pañuelo.

Hemos dicho que su infeliz padre iba delante; ahora le obligaban á caminar en direccion contraria de la de su hijo, tapados tambien los ojos y en medio de doce tigres.

Salió Hernando rodeado de los doce pérfidos restantes.

El último cerró la puerta del zaguan, guardándose la llave.

Quedaban en la casa encerrados, cada uno en su habitacion, solos y sin auxilio alguno, los seis sirvientes, que yacian tendidos en el suelo, con esposas y atados de piés y manos.

En el instante de cerrarse la puerta se oyó un relincho dado por el caballo tordo de Hernando, que estremeció á los sicarios; pero luégo continuaron su camino, llevando á nuestro jóven en medio, sin dirigirle frase alguna.

La operacion fué admirablemente dispuesta y la llevaron á cabo con calma, silencio é inteligencia tan fatales como habilidad, destreza y precision patentizaron.

Ninguno desplegó sus labios: debió este acontecimiento ser previsto, explicado, perfectamente aprendido, y bien recompensado, según el interés y acierto que demostraban los ejecutores.

Se entendían por señas y prestaban los veintidos ciega obediencia á los dos restantes, jefes supremos de aquella inícuca cohorte de desalmados.

Los presentimientos y noticias de Doña Beatriz de Bobadilla se acababan de realizar.

Hernando Alvarez de Toledo sufría las consecuencias de su alarde de valor é indiferencia ante el previsor *alerta* de aquella insigne matrona que ya velaba por él.

Ni un solo vecino pudo apercibirse de hecho tan punible, llevado á cabo á las doce de noche oscura, fría y silenciosa.

A la una regresó Don Alvaro con su criado, llamó dos veces, tres, cuatro y cinco, sin resultado.

Temiendo alguna desgracia mandó á su sirviente que golpease hasta romper el puño de la espada, lo que aquel hizo, sin oír otra cosa que el segundo relincho del tordo y unos golpes dados á la puerta por la parte interior.

Era el portero, que arrastrándose llegó al quicio, y dando con los piés en la madera intentaba demostrar su situación, del único modo que le era posible.

Fué lo bastante para que D. Alvaro presintiese lo que pasaba en su casa.

Cerca vivía un armero; le despierta, lo hace levantar, y provisto aquel de los útiles necesarios, abre la puerta.

Ve el noble D. Alvaro el estado de su portero; coge la linterna del criado que le acompaña, y corre por la casa gritando:

—¡Hernando, Juan! ¡Hijo, hermano!

Le contesta el silencio de la tumba; entra en sus alcobas. ¡Qué impresion tan dolorosa recibe! Están desiertas las camas, en el suelo las ropas, y ve señales inequívocas de que han sido arrancados por la violencia los dos séres que más quiere en el mundo.

Despechado, ciego, fuera de sí, reconoce toda la casa.

Sólo contempla á los pobres sirvientes que, auxiliados por el armero y el que á él acompaña, van dejando con la mordaza y las ligaduras el estupor que se habia apoderado de ellos.

Les pregunta, indaga, inquiere; sus sospechas se convierten en realidad, y abrumado por la pena más cruenta, exclama:

—¡Pobres hermano é hijo mio, víctimas de la más negra celada! Me engañaron los asesinos é hicieron instrumentos de ellos á ese débil y torpe Enrique y al presuntuoso y necio Marqués de Villena!

Calla para exclamar de pronto:

—¿Los habrán herido?

Y coge otra vez la linterna, recorriendo como un loco las alcobas, pasillos, escalera y zaguan.

Se le cayeron la capa y gorra; su pelo está encrespado, y de sus ojos parece brotar llama fosforescente que brilla y quema.

Su nobleza, bondad y templanza se han convertido en ódio, ira y desesperacion.

De aquel hombre prudente y comedido han hecho los sicarios una furia, capaz de acometer á un ejército entero sin reparar en el número ni en las fatales consecuencias de su ceguedad.

De pronto grita:

—Santiago, mi manto y gorra, coge la linterna y sígueme.

Amenaza y empuja al criado que se le pone delante; no oye reflexion alguna, y sale de su casa corriendo como un niño vivo y aturdido.

Lleva el pelo descompuesto, la voz valbuciente, los ojos inyectados de sangre, trémulas las manos, enrojecido el rostro, y no hay un solo filamento en su organismo que no esté excitado.

Tiene inflamados la laringe, los bronquios, sus pulmones estallan, y en su masa encefálica no cabe otra idea que la de lucha, exterminio y venganza.

¡Y qué extraño ha de ser si han arrancado de su corazon las dos fibras más sensibles; si lo han dejado huérfano en

el mundo; si ha visto cebarse con inícuca saña á la traicion y alevosía en los dos séres más nobles y caballeros que tiene Castilla! ¡Y cómo lo ha de extrañar nadie, si, aunque bueno, vive en el siglo xv, y llegan á sus pulmones y sangre el oxígeno de aquella atmósfera saturada de soberbia, intolerancia y furor!

Se presenta en el alcázar en completa descomposicion cerebral; grita, amenaza, y sin consideracion alguna penetra hasta en la alcoba donde descansa el rey, al cual entera, con voz fatigosa y valbuciente, del nefando crimen que se ha cometido en su casa, ínterin á él se le retenia en el alcázar, sin otro móvil que el de proteger la traicion.

Hay un momento en que está lógico, contundente.

Luégo pide justicia á grandes voces, hasta obligar al débil é impotente monarca á que se siente sobre el lecho y le diga:

—Te mandé llamar porque queria hablar contigo el Marqués de Villena; yo no sé más. Búscalo de mi parte, cuéntale todo eso y dile que yo ordeno te haga justicia al momento. Anda; no pierdas tiempo.

Comprende Alvaro, á pesar de su demencia, que aquel desgraciado está inútil para hacer más, y lo abandona, contestándole:

—Dormid, señor, dormid, que V. A. es sólo la silueta de un rey.

El monarca le oye, se encoge de hombros, junta los párpados, y arropado en su lecho vuelve á entregarse al interrumpido sosiego.

Don Alvaro continúa fuera de sí, y de este modo penetra en las habitaciones del Marqués de Villena.

A aquel caballero tan noble, prudente y comedido siempre, nadie osa detenerle el paso ni cerrarle una puerta.

Como hombre, lo juzgan un modelo, como mayordomo del rey, la lealtad personificada. Y al contemplar criado y señores su metamórfosis, su excepcional estado, le abren paso doquier, creyéndole salvador de una gran desgracia que amenaza á la persona á quien se dirige Toledo.

El Marqués de Villena no es tonto, impotente ni débil; es la síntesis de su época, con talento que no siempre emplea bien, que guarda para sí propio, y tiene la ambición y energía más grandes de cuantas asoman en Castilla su horripilante faz.

Le despiertan las voces de D. Alvaro; se sienta sobre la cama; restriega sus ojos y quiere vestirse, cuando mira á Toledo con asombro y terror.

Le oye; todo se lo cuenta D. Alvaro, y poco á poco va tranquilizándose Pacheco.

Creyó que le amenazaba á él algun peligro, y al comprender que es á otro, se columpia su espíritu dulcemente en la hamaca del egoísmo.

Pero como le sobra ingenio y ha sido por otra parte víctima de un engaño, contesta al furioso Toledo:

—Teneis razon, amigo mio: sin saberlo serví de instrumento para el mal; pero nos vengaremos, estad seguro.

—Ahora mismo, vestíos y corramos.

—No, Toledo; está perturbada vuestra razon y llegais á mí ciego; yo abriré no obstante vuestros ojos. Volved en vos, y oidme con calma. Hay en un punto de Castilla reunido un ejército que intenta mejorar la situacion del reino. Esta tarde recibí un escrito del poderoso jefe de esas fuerzas, rogándome os llamara esta noche y entretuviera aquí dos horas, durante las cuales se os presentaria otro emisario, que yo no he visto ni conozco, para pedirnos un favor útil é indispensable á la salvacion de Castilla. Creí que era verdad; como yo no tengo confianza con vos, supliqué al rey os hiciera venir, y entretanto los malvados consumaron su criminal intento. Desgraciadamente todo les salió bien, y ahora que ambos comprendemos la intriga de que fuimos víctimas, nos conviene más que nunca obrar con la mayor cordura y discrecion. No caben mayores habilidad y destreza en los que juegan en este fatal acontecimiento, y si nosotros nos presentamos en el estado de perturbacion que os hallais, positivamente se burlan de nosotros, sin que logremos conseguir nada.

—¿Y nos hemos de cruzar de brazos ante crimen tan hor-

rendo y cuando acaso tengan en capilla á Hernando y á su padre?

—No; averiguad con calma y sagacidad, y en el momento que algo descubrais, yo caeré sobre los asesinos sin tardanza ni compasion.

—¿Para qué indagar nada conociendo al autor?

—¿Quién es?

—El que autoriza el escrito que recibísteis esta tarde; el que os ha engañado; el que por una venganza personal hizo del Marqués de Villena el más vil de los instrumentos.

—¡Ay, D. Juan! se halla á veinte leguas de Madrid, rodeado de un ejército que no bajará ya de doce mil hombres, y con ese nadie puede, ni aun el mismo rey de Castilla.

—Y el que os trajo el escrito, ¿le conocéis?

—No; se me anunció de parte de su amo, y dejóme el documento, diciendo que regresaba en el acto cerca de su señor.

—¿Con que nada hacemos!

—Ya os lo he dicho; averiguad: acaso vuestros criados hayan reconocido á alguno, los vecinos, transeuntes... Descubrid el paradero de vuestros parientes, ó quiénes son los sicarios, y desde ese instante os ofrezco vengaros y vengarme con la energía que yo tengo de costumbre. Otra cosa no puedo hacer.

Y se echó el Marqués de Villena, cerrando los ojos.

El tiempo trascurrido y las últimas frases de Pacheco comenzaron á enfriar la sangre de Toledo, siendo reemplazado aquel fuego por la razon, que empezaba á llegar al cerebro del infortunado primo y tio de D. Juan y de Hernando.

De pronto lanza una mirada siniestra al Marqués y sale de su alcoba y habitaciones sin dirigirle una sola frase de despedida.

Villena se entrega por completo á su egoismo, é inspirado por él, exclama:

—El buen Arzobispo, sin consideracion alguna, me hizo instrumento suyo para deshacerse de Hernando. Y es lo peor, que muerto el novio queda libre Melania y volverá D. Alonso

con su necia pretension de que se una á mi hijo. Mas todo se reduce á acelerar la boda de Diego, y que cuando él ménos lo piense, esté ya casado. En cuanto al mísero trovador, el tío y sus restantes parientes, que se entiendan con Acuña; yo me lavo las manos en ese asunto.

Y se entregó á profundo sueño, que demostraba lo indiferente que le era la inicua conducta usada por D. Alonso contra los desgraciados Alvarez de Toledo.

D. Alvaro dió algunas vueltas por aquellos salones sin saber dónde iba ni lo que hacía; tal era lo preocupado que se hallaba el entendimiento, buscando en vano una idea, que al parecer le negaba el destino.

Todavía continuó de aquel modo tres minutos, al cabo de los cuales exclamó:

—¡Ah! sólo Doña Beatriz de Bobadilla es capaz de ayudarme á salvarlos. El rey y Villena carecen de corazon, de sensibilidad, de sentimiento humano. Huye de aquí, Alvaro, que este es un desierto donde sólo abrojos y espinas puede encontrar el hombre honrado; un páramo en que abrasa la arena y no brota ni aun la flor de la esperanza.

Busca á su criado, y seguido de él parte, no á la casa en que Hernando vió á Doña Beatriz, sino á un palacio antiguo, situado junto al muro de la villa.

A pesar del frio de la noche iba Toledo sudando, con el rostro encendido aún y jadeante por el cansancio.

De esta manera llega á la puerta del opulento edificio, dando repetidos golpes, hasta que un criado le pregunta quién era y qué queria.

A media voz le contestó Toledo:

—Soy un mayordomo de palacio. Decid á Doña Beatriz que D. Alvaro tiene necesidad de hablar con ella al momento.

—Está dormida,— le contesta el lacayo,—y no puedo pararla recado.

—Decídselo á una de sus damas; de lo contrario le dareis mañana el disgusto más grande que recibió en su vida.

—No sé si debo...

—¿No me conocéis?

—Sí, señor.

—Pues os juro que le vais á prestar un gran servicio obedeciendo.

—Esperad.

El criado se retira del ventanillo donde está asomado, y D. Alvaro queda esperando á la parte afuera.

Trascurrieron cinco minutos, que fueron para el mayordomo eternas horas.

Por fin se abrió la puerta y D. Alvaro fué conducido á un lujoso salon, en el que estuvo sólo unos cuantos segundos.

De pronto oye el crujido de la seda y ve luego aparecer á Doña Beatriz, que llega con la frente contraída y el disgusto marcado en su bello semblante.

—Me figuro lo que os trae aquí, D. Alvaro,—dijo sin dar tiempo á Toledo para que la saludara.—Temí la falta de prevision, una imprudencia, y leo en vuestro rostro que no me he equivocado. Hablad pronto; ya sabéis que á mí todo se me puede decir, sea lo que quiera.

El mayordomo habia pasado de la ira y despecho al abatimiento. A las tres horas de sufrir la tortura más horrible, su alma noble y generosa debia sucumbir necesariamente, y ya al presentarse á Doña Beatriz, en vez de ímpetu, ira, despecho y coraje, demostraba dolor, pena, amargura, y al pronunciar la primera frase se vió obligado á deshacer dos ardientes lágrimas que aparecieron en sus ojos.

Su sensible corazon estaba ya vencido por la angustia.

Ahora no se agolpaban las ideas al cerebro y las frases á su boca en precipitado desconcierto como anteriormente; legaban lentas, pausadas, y de este modo contó á doña Beatriz la gran desgracia de que era víctima.

La valerosa jóven le oyó sin interrumpirle una sola vez. Al concluir aquel su relato, exclamó ella:

—Se han adelantado más de lo que yo creí, y no me extraña teniendo en cuenta quién es el hombre que ha dirigido tan cruel emboscada.

—Señora, ¿le conoceis por ventura?

—Sí.

—Entónces, corramos; ahora será tiempo de salvar á las víctimas, mañana acaso hayan muerto.

—El que yo lo conozca, Don Alvaro, no prueba que sepa dónde se oculta con sus miserables culebras, ni en este momento conviene hacer nada por Hernando y su padre; al contrario, os vais á retirar á vuestra casa, demostrando esta noche y mañana indiferencia á todo el mundo.

—Pero eso me será imposible.

—¿A qué habeis venido á mi casa, Toledo?

—A que noble y generosa me ayudeis á salvar á Hernando y á mi primo.

—¿A que os ayude! ¡Bueno estais, amigo mio, para hacer algo de provecho! Loco, fuera de sí, segun me dijisteis, habeis cometido una imprudencia que empeoró la suerte de vuestros amigos. ¿A qué ir al alcázar á hablar al rey y suplicar al Marqués de Villena? ¿Os son desconocidos, por ventura, el egoismo del uno y la impotencia del otro? ¿Qué lograsteis con eso? Decir á vuestros enemigos que los escondan bien, porque los buscáis con afan y teneis de vuestra parte la corte y el público, que horrorizados del hecho os prestarán auxilio. ¿No visteis además justificada con la indiferencia del Marqués la alianza secreta y no interrumpida entre aquel y Don Alonso de Acuña? ¡Quién sabe, Toledo, si habeis contado á Villena lo que él sabía mejor que vos! Dije de palabra á vuestro sobrino que se guardara dia y noche, y esta tarde le mandé un *alerta* porque tuve noticia de que estaban en Madrid los sicarios. No me hizo caso, y ya habeis visto las desgraciadas consecuencias que tuvo. En sus pocos años y excesivo valor se comprende la falta de prevision; es más, podrán serle provechosas para lo futuro tan traidoras sorpresa y embestida. Hasta creo que le era indispensable la tremenda leccion que le están dando: de esa manera su gran talento é hidalguía deben adquirir una desconfianza indispensable en la época en que vive y en la situacion en que el destino lo ha colocado.

Pero lo que no me explico, lo que no acierto á comprender es vuestra conducta. No se busca á Hernando, si se le quiere hallar, con escándalos ni aturdimientos, Don Alvaro; hay que emplear más destreza y sagacidad todavía que las demostradas por sus enemigos.

—¿Y si los están asesinando en estos instantes?

—Entónces, aun cuando tuviéramos ejército y conocimiento del sitio en que se hallaban, sólo podíamos en obsequio de ambos rogar á Dios por sus almas.

—Discurris mejor que yo; teneis más poder, y por lo tanto me inclino ante vos, suplicándoos que los salveis. ¡Son tan buenos!..

—He ofrecido anteriormente hacerlo, deseo tanto como vos que Hernando y su padre vivan, y son por lo mismo inútiles vuestros ruegos y súplicas.

—¡Dios os pague lo que hagais por ellos!

—Me voy á dedicar desde este instante á la averiguacion de su paradero, á salvar sus vidas, si aún es tiempo, y á darles luégo libertad; pero con una condicion.

—Decid, señora.

—Os vais á meter en cama inmediatamente, mandando un recado á palacio de que os hallais enfermo.

—Lo haré.

—En seis dias no salís de casa ni os vais á comunicar con nadie del exterior.

—Si es indispensable, os obedeceré.

—Luégo mostrais ese sentimiento natural al que os pregunte, mezclado con algo de indiferencia. A nadie hablareis de mí ni vendreis á verme.

—¿Pero no os ayudo?

—Delirais, D. Alvaro; para nada me sirven los amigos de Hernando: si el secreto está entre sus contrarios, á estos es á quienes debo dirigirme; vos y los vuestros sólo me serviriais para espantar la caza.

—Me cruzaré de brazos, dejando al corazon que sufra, á los ojos que lloren, mas no perdais tiempo, por el amor de Dios.

—Cuanto más permanezcáis aquí, tardaré más en dar principio á lo que deseáis.

—Toda mi fortuna y hasta mi vida quedan á vuestra completa disposicion.

—Guardaos ambas, que para nada las necesito.

—¿No vais á dormir ya en lo que queda de noche?

—No.

—Y en cuanto yo salga...

—¿Erais vos el de la prisa?

—Ya me marcho, Doña Beatriz. En vuestras manos pongo dicha y existencia.

—¡Qué hombres, Dios santo! El mejor tiene de imprudente y desatentado más que de sabio. Pero esta débil mujer hará lo que ellos no saben. Id con Dios, D. Alvaro, y si amais á vuestro primo y sobrino cumplid mis preceptos, que yo los salvaré, si hay posibilidad.

—¡El cielo bondadoso os ayude y defienda!

—¡Él os preste fuerza, prudencia y resignacion, que harto las necesitais!

—¡Qué mujer tan varonil!

Decia Toledo marchándose.

—¡Qué hombres tan incautos y débiles!

Exclamaba Doña Beatriz viéndolo salir.

Las últimas frases que han pronunciado, hacen un retrato completo de aquella eminente dama que dejó en la historia de Castilla muchas y brillantes páginas que honran y enaltecen todavía su memoria.

Nuestro infeliz mayordomo entra en su casa seguido del sirviente, manda cerrar las puertas, consuela á los criados de su primo, obligándolos luégo á que busquen el reposo. Ninguno durmió, pero todos estuvieron en cama hasta las ocho del siguiente dia, con la sola excepcion de D. Alvaro, que no se levantó en 48 horas, no tanto por obedecer á Doña Beatriz como por la fiebre de que se halló acometido.

Mejorado despues, siguió en un todo las instrucciones de la poderosa dama á quien habia confiado la suerte de su primo

y de Hernando, imponiendo á todos los sirvientes de la casa la misma conducta.

¿Habrá asesinado á Hernando y á su padre? Eso es lo que vamos á averiguar.

Mucho talento tiene D. Alonso Carrillo de Acuña, pero ofuscado por el ódio y despecho que acrecentó en su corazón la conducta de Hernando Alvarez de Toledo, puede muy bien haber ordenado la instantánea realizacion de un crimen nefando; y es dable tambien que conociendo lo que vale el amante de Melania, intente lograr por el terror lo que no pudo con las ofertas, en cuyo caso no es imposible la salvacion de los prisioneros.

CAPÍTULO IX.

Un padre infeliz.—La prision de una mora adúltera.—Cuadro horrible.—Un digno descendiente de Guzman el Bueno.

Es indispensable retroceder un poco.

Don Juan Alvarez de Toledo fué conducido entre sus doce sicarios, con mordaza y esposas, á una casa pequeña, donde permaneció el resto de la noche, libre ya de las ligaduras de cara y muñecas.

Al amanecer le pusieron un casco, cuya visera sujetaron lo suficiente para que le fuese imposible alzarla, obligándole á que montase á caballo, con la ayuda de un asesino, pues el desgraciado veia poco, efecto de la construccion del morrion de acero que cubria su cabeza.

El que parecia jefe, le dijo al oido:

—Procurad únicamente sosteneros á caballo, que nosotros os guiaremos. La menor imprudencia, una sola palabra costará dos vidas, la vuestra y la de Hernando.

Y entre diez ginetes salió el infeliz del patio á la calle, de esta al campo, por donde anduvo dos leguas.

Se detuvieron echando pié á tierra.

Seguidamente se cogió uno á su brazo, haciéndole andar primero y luego subir escaleras.

Entre dos le quitaron el casco, devolviéndole su gorra. Uno de ellos le dijo:

—Estais preso, pero nada os faltará. En ese armario tenéis ropa interior; en aquel otro libros; detrás de esas corti-

nas buena cama, y en aquella galería podeis pasear, aspirar el aire libre y ver el campo por las aspilleras. A las horas de costumbre os servirán buena comida. Se os prohíbe, bajo pena de la vida, hablar con los soldados de otra cosa que no sea lo relativo á vuestra alimentacion y servicio.

Y lo dejaron solo.

Estaba en un castillo defendido por fuerte mesnada; no habia mujer alguna en él ni criados; todo el servicio lo hacia allí la tropa.

Don Juan, no obstante lo mucho que habia sufrido con la mordaza, esposas, sorpresa y viaje, cayó sobre un sillón de baqueta, y sin cuidarse de él para nada, exclama:

—¡Hijo mio!

Y las lágrimas aparecen en sus párpados.

Esa frase y llanto deben ser compañeros inseparables del infeliz anciano miéntras esté en aquella prision.

A nadie pregunta nada; contesta con monosílabos á lo poco que á él interrogan, y casi siempre solo, repite de continuo la frase, «¡hijo mio!» seguida de amargo llanto que no mitiga sus penas, pero que le abrasa el rostro.

Tiene un salon espacioso, ancha alcoba y larga galería, desde la cual ve en lontananza algunos árboles, colinas y montes; pero no puede calcular dónde se halla ni á quién pertenece el castillo que le sirve de cárcel.

Ningun centinela hay cerca con quien le sea dado hablar; los arqueros están en los muros inferiores, y él se encuentra en la parte más elevada de la fortaleza.

Algo se distingue, segun hemos expuesto, por las diez aspilleras que tiene la galería; pero rara vez disfruta de aquellas vistas, absorto como se halla siempre con la única idea que domina su espíritu, sintetizada en las siguientes frases: ¡su hijo; qué será de su hijo!

Le han impuesto pena de la vida si pregunta por él, y aun cuando no teme la muerte, sabe que no le han de contestar nada, y el infeliz padre sólo se interroga á sí propio: ¿qué será de mi hijo?

Quiere leer, se nublan sus ojos y el libro se le cae de las manos.

Intenta pasear, y corre por la habitacion como buscando un sér querido que no halla, hasta que rendido y fatigado ocupa el sillón de baqueta, exclamando:—¡Hijo mio, dónde estarás, qué será de ti!

Cae de rodillas delante de un crucifijo, ruega, suplica y concluye con un ronco ¡ay! que repiten los cóncavos del castillo y los montes lejanos como un eco funerario que atrae y cobija la muerte.

Tendido en el lecho quiere dormir para dar tregua á sus penas, y el insomnio le contesta: ¡Insensato, qué será de tu hijo!

Come para no morir y no se suicida con el ayuno y el dolor porque, aunque débil, pálida, vacilante, alimenta una esperanza: la de volver á abrazar á su hijo.

Hay momentos en que estallan sus sienes, la sangre se agolpa á borbotones á su cerebro; siente un frío glacial en todo el organismo; la muerte parece enseñarle su corva y tajante segur, pero se postra á las plantas de la imágen divina, llora, ruega, y se levanta bueno para exclamar: ¡Quiero verte á ver, hijo de mi alma!

Enflaquece, se cubre de canas, está su semblante triste, demacrado, macilento; es la forma animada y con vida de un cadáver que se alza de la tumba sin sudario.

Así ve trascurrir los días, las semanas y los meses.

Sepamos ahora si su hijo es ménos infortunado.

Sacaron á Hernando de su casa, con la mordaza y esposas que hemos visto, y entre dos puñales, cuyas agudas puntas iban fijas sobre los costados de nuestro jóven.

Varias veces se detuvo en el camino, dominado por una idea, y un fuerte golpe en la espalda le advierte que se halla entre verdugos, dispuestos á asesinarle á la menor oposicion ó resistencia suya.

Deja de chocar el aire libre en la pequeña parte de su rostro que lleva sin cubrir, oye abrir y cerrar puertas, y

por último lo tienden sobre un monton de paja, quitándole sólo la mordaza y pañuelo que le impedían hablar y ver.

Ha quedado solo en una prision, al parecer, pero nada distingue; una oscuridad completa domina su calabozo.

Oye el ruido de pisadas de los que le dejan allí; siente correr pestillos y cerrojos de una puerta de hierro, y un silencio sepulcral, unido á la más densas tinieblas, envuelven su pavorosa y horripilante prision.

—¡Padre mio!—exclama.—¡Qué será de tí!

Y despues de expresar aquella impresion de dolorosa amargura, cambia súbitamente, apareciendo en sus labios varonil sonrisa.

—¡Nada debo temer,—dice;—mi espíritu vale más que el de todos mis enemigos juntos; contra él nada puede el universo entero, y no he de darles el placer, con un miserable acto de debilidad, de que lo vean vacilante ó triste! ¡Reid, hijos del crimen; vuestras carcajadas se perderán en el vacío; mi sonrisa destrozará vuestra negra alma! Fuí hasta ahora un jóven audaz; desde este instante empiezo á ser hombre; merecia la leccion y me la están dando; yo la acepto con gusto; si muero, todo lo malo habrá concluido para mí; si vivo, todo esto formará la puerta por donde se ha escapado mi pubertad para dejarme en brazos de la edad viril. Hé aquí la prueba.

Cerró los ojos, quedando al poco tiempo dormido.

Ni la saña de sus verdugos, ni el pavoroso silencio é imponente oscuridad, ni la opresion de los cordeles que ceñían sus muñecas, ni la paja que al moverse quedaba convertida en polvo, duro, incómodo y grosero lecho para el que estaba acostumbrado casi á la opulencia, ni la muerte próxima á devorarlo, ni aun el acendrado amor que tenía á su padre, fueron causa suficiente á desvelarle.

La gran potencia que se manifiesta en el alma, la superior con mucho á las restantes, es la voluntad.

Y la voluntad de Hernando era inconmensurable en grandeza y poderío.

Su espíritu, elevadísimo como el de pocos hombres, sólo

habia empezado á ser comprendido por Doña Beatriz de Bobadilla.

Poco despues de amanecer, se corren los cerrojos de la única puerta que tiene la prision de Hernando y se presentan dos hombres; el uno parece caballero y el otro soldado.

Ambos traen las espadas desnudas y penetran con las precauciones del que teme.

¡Cobardes! ¡Está Hernando maniatado é indefenso y aún le tienen miedo! La villanía y maldad temblaron siempre delante de la víctima, esté como quiera la última.

El soldado se acerca al bulto que distingue en un extremo del calabozo; le dirige la luz, y hallándolo inmóvil, se atreve á observarlo á medio paso de distancia.

Pero de pronto retrocede.

—¡Parece que está muerto!

Exclama, lanzando sobre él una mirada torva y sombría.

El otro le contesta:

—Mejor, lo mismo nos dan entregándolo con vida que sin ella. Si el miedo ó la papura cortaron su existencia, hizo bien en marcharse al otro mundo, que en esta tierra hacen mal papel los medrosos.

¡Qué valiente se presenta porque lo juzga cadáver! Ese es el valor de los asesinos.

Mas el soldado que lo está reconociendo, envalentonado tambien con la supuesta muerte de Alvarez de Toledo, osa palparlo, hasta fijar su diestra sobre el corazon de aquel.

De pronto se vuelve hácia el que parece caballero, y con la boca abierta y como espantado:

—¡Está dormido!

Le dice atónito. El otro le contesta sorprendido:

—¡Dormido! Deja la linterna en el suelo, dame tu espada y quítale con precaucion las esposas. Si despierta é intenta-se levantarse, de un salto vienes, coges tu acero...

—Entiendo.

Y obedece, dejando libre las muñecas de Hernando de sus molestas ligaduras.

—No se ha despertado,—añade.—Por Cristo que no vi sueño más tranquilo y profundo.

—Dicen que es muy valiente; yo lo dudaba, pero... Quintin, coge pronto tu acero, que está suelto el preso.

—Es verdad.

—Cumplida la orden del jefe, salgamos.

Desaparecen, volviendo á cerrar la puerta con todos los cerrojos y pestillos que tiene.

Alvarez de Toledo continúa durmiendo á pesar del ruido que han hecho en su calabozo, y de ese modo prosigue hasta las ocho de la mañana.

Se cerraron sus ojos á las dos y ha reposado sin interrupcion seis horas.

De pronto se separan sus párpados, dejando ver la luz del dia á sus negros y rasgados ojos.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es de mí?

Exclama sentándose, y añade:

—¡Ah, sí; recuerdo todo lo que me ha ocurrido! ¡Padre mio! ¡Huye, debilidad, que soy ya hombre!

Se pone en pié, quita con sus manos el polvo y la paja que saca pegados á su traje y cabellera, arregla la última con los dedos, y dice sonriendo:

—Me han quitado las esposas. ¡Por Dios que nada oí! Voy á reconocer mi prision. Por lo que veo es un cuadrado de veinte varas en su base, que va disminuyendo hasta concluir en un hueco de cinco palmos cuadrados, por donde entran la luz y hasta el sol. Es sin duda un pabellon situado en medio de un patio, hecho *ad hoc*, no sé para qué, pero que ahora me sirve á mí de palacio. Veamos las paredes.

Y golpeó las cuatro, añadiendo:

—Son maestras y de un gran espesor. En aquella está la única puerta de hierro que existe. ¿Y aquello que distingo á la derecha? Ah, sí; un torno tambien de hierro, por donde me alimentarán, y por cierto que no pienso desairar las viandas ó lo que me envíen. Tengo además mesa, silla de roble, y allí un monton de paja que se deshace, pero que siempre es

ménos dura é incómoda que el mármol del pavimento. ¿Qué hay allí? Parece una losa funeraria; y tiene letras; está en árabe; conozco ese idioma y voy á saber lo que dice.

Y va leyendo:

«Aquí yace sepultada la encantadora Aixa, de la poderosa tribu de los Almoravides. Fué ingrata, perjura y desleal á su señor, el incomparable Alcaide de Madrid, Tevabé, y quedó enterrada en el aislado calabozo que le ha servido dos años de prision. Alá no pudo apiadarse de quien tan mal obró.»

—Bueno,—añade Toledo cesando de leer;—sigue la egira, y por Dios que me han dado una compañera deliciosa. Con sólo levantar esa enorme piedra hallaré la momia de una mora que hace más de un siglo enterraron ahí por adúltera. Pero ese epitafio me refiere la historia de mi régio calabozo, y con eso tengo bastante. Deduzco que este pabellon está en un gran patio aislado, y que no hay posibilidad de escaparse á no volar, lo cual me es difícil por ahora. No hay fiera mayor en el mundo que el hombre, ni comprendo que se pueda emplear peor la caridad cristiana que prendiendo y matando á los hombres de la manera inícuca que se hace continuamente en Castilla. ¡Cuidado si es preciso tener maldad en el pecho para decretar la prision de mi padre y la mia, y para realizarlas del modo que lo han hecho! ¿Por qué no me habrán muerto? ¿Qué se propusieron con hacer partícipe al autor de mis dias de emboscada tan nefanda? ¡Ah, sí, lo adivino! ¡Miserables; sólo lograrán con eso prolongar nuestra agonía! Razon tuvo doña Beatriz; los conoce bien, y á tiempo me dió el aviso; pero no puede un noble usar con decencia precauciones irritantes y que le humillan. El término de todo esto será la muerte, y en verdad que me tiene sin cuidado. ¡Ah, D. Alonso! yo iré al sepulcro tranquilo, riente; será para mí un sueño, y al despertar ganaré en posicion, libertad y ventura; pero, ¿y tú, desgraciado mortal? ¿Comprendes lo espantoso de los efectos de tu soberbia, orgullo, ambicion, injusticias y maldades el dia que abandone tu espíritu la cárcel de carne en que se halla encerrado? Despues sigue la eternidad, y ya en

ella nada suponen diez ni treinta años más de vida en este planeta llamado tierra. Y son tan verdaderos los castigos y penas que nos proporcionan nuestras faltas, que aun aquí, en este valle de amargura, soy ménos desgraciado que tú, porque no tengo crímenes, porque mis faltas desaparecen al compararlas con las tuyas. Si pudieras ver la tranquilidad de mi espíritu, el sosiego de mi alma, me envidiarías más que yo envidio á los ángeles, á esos tipos de sublime pureza y celestial virtud. Inventas castigos para mí, torpe Carrillo; destrozaráis mis carnes, mas ni siquiera tu aliento podrá molestar á mi espíritu; y si crees que este se ha de doblgar con el ayuno, el insomnio y el martirio, buen chasco te llevas; cuanto más triturés mi materia, más y más entera, pura y elevada se presentará mi alma.

Después de pasear Hernando por su prision, se sienta en la silla de roble y continúa meditando una hora.

Viene á interrumpir sus ideas el ruido que producen los dientes de una tuerca de hierro, mira y nota que se mueve el torno, presentándose á su vista tres platos, pan y dos jarros.

—¡Bravo,—exclama, reconociendo el contenido;—jamon, ave, postres, pan, vino y agua! No se puede pedir más galantería en mis asesinos. Comprendo la idea y admiro la torpeza que los inspira.

Son más de las nueve, y nuestro jóven traslada su almuerzo á la mesa que tiene, y comienza á comer con el mismo buen apetito y rostro risueño que el día anterior.

Sin dejar de moverse sus mandíbulas, dice:

—Si están envenenadas estas viandas, por Cristo que el tósigo no amarga; al contrario, hallo el manjar tan sabroso como pocos.

Cuando concluye, coloca en el torno lo que le sobra, platos y jarros, y pasea nuevamente, volviéndose á sentar.

A las tres le sirven espléndida comida, y á las nueve de la noche cena digna de un príncipe.

Se tiende sobre la paja á las diez, y duerme hasta las ocho de la mañana siguiente. Comprende que el sueño le es conve-

niente, indispensable para huir del hastío, y se entrega á él con la seguridad de dominar la materia con el espíritu, é intenta y logra dormir diez horas de noche y tres ó cuatro de día.

Con el agua que le sobra se lava; limpia la ropa con las manos, y llama en su ayuda la mucha y profunda filosofía que le enseñó Abiabar.

Analiza el espíritu y todas sus manifestaciones; reflexiona, deduce, y forma en su mente un curso completo de psicología.

Luégo medita sobre el mundo; su maestro le dió á conocer la materia ígnea, algunos flúidos, y con esa base empieza á ver la tierra en que vive de un modo diferente que la casi totalidad de sus contemporáneos.

Sigue á ese estudio la idea del universo, y aquí eleva sus pensamientos hasta empezar á comprender á Dios como el divino Autor de millones de mundos que giran en el espacio infinito.

Desciende nuevamente á la tierra, ve clara su época, las pasiones y móviles que la agitan, se horroriza y bendice su prision á trueque de saber lo que sabe, de comprender lo que comprende.

En los tres primeros días de encierro la comida que le sirven es espléndida y abundante; al cuarto le rebajan la cantidad, que sigue descendiendo hasta dejar reducidos el almuerzo, comida y cena á tres pedazos de pan negro y duro, una fuente de verdura cocida y agua.

Le dieron ántes sabrosos manjares para hacerle más sensible la miserable racion que ahora le envian.

Pero su espíritu no se debilita por eso; más fuerte cada vez, empieza á acostumbrarse á la pobreza y aislamiento, quedando convertido en un filósofo que duerme y medita, y no desea otra cosa que pensar y dormir.

Así lo tienen un mes. Al terminar este se halla Hernando víctima de la más horrible invencion que comprende el sistema penitenciario ó sea el encierro cerular. Condenado un sér humano á no ver, oír ni hablar con nadie, á no tener presente ni futuro, es castigo peor mil veces que la muerte.

Alvarez de Toledo ha tenido que desunir y levantar con sus crecidas uñas una baldosa del calabozo, formando de este modo el hueco que le sirve para arrojar en él la inmundicia humana.

Pero su talento, su ciencia, su filosofía lo salvan, y cuando sus verdugos creen tenerlo quebrantado hasta el mayor extremo, se presenta Hernando con el espíritu más fuerte y elevado.

Llega el momento en que su cruel y poderoso enemigo le participa cuál es su idea respecto de él. Conozcámosla:

El día treinta y dos de su prision halla en el torno, junto al agua y mendrugo que le arrojan, recado de escribir y una carta en que le dicen:

«Renuncia á Melania, dile de tu puño y letra que la has olvidado para siempre, y quedarás en libertad, salvando la vida de tu padre. Si además quieres mando, poder y riquezas, te se darán los medios de adquirirlos junto al hombre más poderoso de Castilla; desde mañana serás capitán de su mejor compañía. Si no aceptas, tendrás en adelante por único compañero el cadáver de tu padre.»

—¡Lo asesinarán!—exclama Hernando horrorizado.— Esos tigres son capaces de cumplir su palabra: Pero me liga un sagrado juramento y no puedo, aunque quiera, salvarle. ¡Padre mio!

Es la única idea que le atormenta en la prision; el infortunio de su padre.

Vuelve á leer el fatal escrito; medita, sufre cruelmente, y acaba por coger la pluma, poniendo debajo de las líneas que le han dirigido:

«Asesinos, si no teneis puñal, id á casa de mi tío y coged el toledano que dejé allí, para sepultarlo luégo en el corazón de un anciano que no os ha ofendido nunca, y que perdona ahora, estoy seguro, á sus inícuos verdugos.

HERNANDO ALVAREZ DE TOLEDO.»

Deposita el escrito y tintero en el torno, arroja el pan, vierte el agua y se vuelve horrorizado.

Tiene cubierto el rostro con las manos; está descompuesto su semblante y con trémula voz murmura:

—¡Bruto el grande, Guzman el invencible, ahora comprendo vuestro sacrificio! ¡Padre mio!

Por primera vez desde que es hombre deshace con las yemas de sus dedos las dos ardientes lágrimas que desde el corazón fueron á filtrarse por los ojos.

—¡Asesino de tu padre, —vuelve á decir, —qué has hecho! Corre por su calabozo, la larga cabellera aparece encrespada como la melena del leon; sus pisadas hacen temblar el pavimento, y aquel cerebro tan privilegiado encuentra su excepcion y se nubla, pero tiene un espíritu tan poderoso que logra dominar su difícil y cruel situacion; queda de pronto parado y añade:

—¡Juré amor eterno á Melania; juré á mi tio imitar á Bruto y á Guzman, y mi padre no debe ir á la tumba dejando en la tierra á un miserable perjuro que llamó hijo! Obré bien; estoy satisfecho. Lográsteis debilitarme, sicarios, pero fué por poco tiempo; repuesto ya, aguardo el cadáver de mi padre para cavar con mis manos su sepultura, para dormir sobre sus yertas y venerables cenizas.

Su espíritu se entrega de nuevo á la filosofía, hallando en ella consuelo en su terrible situacion. Esa ciencia moral tiene medicamentos heróicos para todas las enfermedades del alma.

Esta es la única vez que Hernando arroja su mendrugo y agua, y espera en ayunas la racion de la tarde.



El infortunado D. Juan Alvarez de Toledo



CAPÍTULO X.

El cómplice de D. Alonso.—El padre y el hijo.—Energía del Marqués de Villena.—Un hecho digno del cómplice de Acuña.

Miéntras D. Juan Alvarez de Toledo sufre en su prision la más cruel tortura, y su hijo Hernando bebe con sublime abnegacion hasta la última gota del amargo acíbar que le ofrecen sus verdugos, sepamos qué hacen el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo, sus dos más poderosos enemigos.

Despues de la escena habida entre D. Alvaro de Toledo y Pacheco la noche en que fueron sorprendidos el primo y sobrino de aquel, siguió Villena durmiendo, segun dijimos, con la tranquilidad de la conciencia elástica.

Recordó al levantarse por la mañana, lo acontecido á Hernando, y comprendiendo que lo habrian asesinado y que Acuña le instaria de nuevo con la boda entre su hijo y Melania, pensó detenidamente en la realizacion de los medios que ya tenía preparados para librarse del grave compromiso que se le venía encima.

Con toda la energía de que él era capaz, entra en las habitaciones del rey, y haciendo uso de su gran influencia, logra hallarse á solas con Enrique IV diez minutos despues.

Se sienta, y el monarca le pregunta:

—¿Qué os trae tan temprano por aquí, D. Juan?

—Ante todo el deseo de saludar á V. A. y demostrarle mi alegría por el buen estado de su salud.

—¿Lo decís con sinceridad?

—¿Será posible que V. A. dude de mí?

—¡Son tantos ya los que me hablan de vos y de Acuña con tan siniestras frases!..

—Calumnias, señor; la envidia, murmuraciones y mentiras, fueron siempre el más sabroso pasto de los cortesanos. Pídame V. A. pruebas, que dispuesto me hallo á dárselas.

—Pues empiezo.

—Lo deseo.

—¿Habló anoche con vos mi mayordomo Toledo?

—Sí, señor.

—Explicadme entónces las causas que dieron lugar al acontecimiento que sacó fuera de sí, con razon, al pobre Alvaro.

—Como siempre, voy á complacer á V. A., pero me habeis de permitir que os exponga algunos antecedentes indispensables para el fácil conocimiento de lo ocurrido.

—He dado orden para que nadie nos interrumpa y os dedico todo el tiempo que necesiteis.

—Oidme, señor: D. Alonso Carrillo de Acuña...

—Siempre el Arzobispo, —exclamó el rey con disgusto;— en todo se halla el Arzobispo, ménos en el desempeño de su elevado ministerio. Es triste cosa que en todo lo que ocurre contrario á mi deseo figure el Arzobispo de Toledo, y ya me voy cansando, Villena.

—Lo creo. ¿Continúo?

—Sí.

—Decia, señor, que D. Alonso tiene una protegida...

—Melania, conozco su nombre, por desgracia, aun cuando nunca la he visto. Ya he perdido la cuenta de los señoríos y rentas que le vengo dando hace años. No hizo nada por mí Acuña ni vino á verme vez alguna que dejara de ser motivo para pedir en favor de esa huérfana.

—Sin pretenderlo iba á justificar esa verdad, diciendo á V. A. que llegó su delirio en favor de Melania hasta el punto de quererla casar con mi hijo Diego.

—¡Una bastarda! ¡Qué locura! ¿Pero qué tiene eso que ver con los Alvarez de Toledo?

—Mucho, señor; vedlo. Me negué, como era natural, á boda tan humillante, y por evitar un conflicto en Castilla, rompiendo con hombre tan poderoso, fundé mi negativa en los amores públicos y verdaderos, pero que D. Alonso ignoraba, de Melania y Hernando Alvarez de Toledo.

—Tampoco yo los conocia y empiezo á comprender,

—Pues bien, Carrillo quiere obligar al novio á que renuncie, él se niega y anoche lo inutilizó el Arzobispo, haciéndome á mí cómplice ignorante de su atentado, para venir mañana molestándome con su eterna pretension.

—¿Con que nada sabiais?

—Nada absolutamente. Me entregaron un escrito suyo rogándome que entretuviera á vuestro mayordomo, por convenir así á un asunto de gran utilidad, caí en la red, y eso es todo.

—¡Dichoso Arzobispo y qué medios emplea! ¿Qué hicisteis con Alvaro?

—Le mandé que averiguara el paradero de su sobrino y primo, y he puesto á su disposicion todos mis vasallos.

—¿Contra Acuña?

—Claro está.

—¿Luego la alianza que os suponen es falsa?

—Os voy á dar la mejor prueba. Para quitar á Carrillo toda esperanza, por más que se desespere y enfade, voy á casar en secreto á mi hijo, y esa es otra de las causas que me han acercado á V. A.; vengo á pedirle permiso y ayuda.

—Con mucho gusto. ¿Quién es la elegida?

—La condesa de Santistéban.

—¡Buena boda! Es bella, nieta y heredera de D. Alvaro de Luna y la más rica-hembra que conozco.

—Por eso sin duda se opone vuestro gobernador de Soria D. Juan de Luna.

—Pero yo mandaré que el enlace se lleve á cabo y tendrá que obedecer.

—Con eso le vamos á dar una publicidad que pondrá en guardia al Arzobispo.

—¿Cómo lo arreglamos, Marqués?

—Vea V. A. si le parece bien el medio que yo he discurrido. De puño y letra de V. A. se extiende el consentimiento y luégo dos órdenes, una mandando á D. Juan que obedezca, y por si se negase, otra disponiendo que cese en el gobierno de Soria y se castigue su grave falta. Nada de esto cuenta á nadie V. A., yo se lo callo á todo el mundo, finjo partir á mis estados de Murcia, me voy á Soria, llevo á cabo el enlace y lo saben Acuña y la corte despues que esté hecho.

—¡Admirable, Pacheco! ¡Qué bien discurris!

—Mejor comprende V. A.

—Siempre he de concluir por daros la razon.

—Claro está, me calumnian los cortesanos, me oye V. A., y triunfa la verdad, segun acontece siempre que se habla con un monarca tan entendido, fuerte y justiciero como V. A.

—Os advierto, Marqués, que el Arzobispo hará algo contra vos cuando sepa esa boda.

—Peor para él; si solo no le temeria, teniendo de mi parte á V. A. le costará su temerario intento lo que él no supone.

—Adelante. Dictadme el permiso y las órdenes.

Poco despues tenía Villena en su poder los tres preciosos documentos con los cuales pensaba cometer la mayor de las infamias.

Siguió hablando con Enrique hasta dejarlo convencido, satisfecho y más hábilmente engañado que nunca.

Se despide del rey, penetra en sus salones y halla á su hijo, que, empolvado y seguido de varios caballeros, concluye de entrar en Madrid.

—A tiempo llegas, Diego.

Le dice, lo abraza y se encierra con él. Luégo le pregunta:

—¿Vienes de Soria?

—Sí.

—¿Hablaste con la Condesa?

—Muchas veces.

—¿Ganastes su corazón?

—Creo que no, pero la he engañado y no opondrá gran resistencia.

—¿Qué medios empleaste?

—Los que tú me dijiste y algunos otros que me sugirió mi talento.

—¿Son tuyas las personas de su confianza?

—Todas; pero el tío y tutor Don Juan de Luna y su esposa me hacen una guerra crudísima.

—No importa.

—Te advierto que la dominan los tíos y jamás accederán aquellos á nuestra pretension.

—¿Seguirán trabajando tus amigos cerca de ella el tiempo que tú estás separado de allí?

—Positivamente.

—¿Tú la quieres por esposa?

—Yo sólo deseo complacerte, padre.

—Eres un hijo que encanta. Sé franco, ¿te agrada esa boda?

—Es la dama más rica que conozco, jóven, bella, bien educada, y aun cuando algo melindrosa, mimada y llena de puerilidades, me acomoda, que esa es tu voluntad, y con lo que ella tiene y nosotros poseemos no habrá en Castilla nadie que sueñe en igualarse á ti y á mí.

—Regente yo luégo durante la eterna minoría del infante D. Alonso...

—Comprendo; porque al Arzobispo se le manda á decir misa...

—¡Silencio, imprudente!

—Nadie nos oye.

—Hay cosas, Diego, que jamás se dicen.

—Pero que se hacen. Conozco el sistema, gracias á tus sanos consejos, y seré digno de un padre que tanto vale.

—Ese es mi deseo y no estoy descontento de ti, hijo. Descansa hoy y durante la noche, que mañana partimos.

—¿A Soria?

—Dices á todo el mundo que vamos á nuestros estados de Murcia.

—Se entiende. Muy de prisa llevas mi boda, señor.

—¿Te disgusta?

—Al contrario. Vayamos acompañados de mucha gente, porque D. Juan de Luna manda soldados y tiene gran influencia en el país.

—Llevaré la suficiente, y algo que vale más.

—Pues voy á cambiar de traje, con tu permiso.

—Y yo á disponer lo conveniente para nuestra marcha.

Al amanecer del dia siguiente cruzaban las calles de Madrid, en direccion á la puerta de Guadalajara, el poderoso Marqués de Villena y su hijo Diego, al frente de una numerosa escolta de quinientos caballos.

Padre é hijo y cuantos caballeros les seguian llevaban armadura completa y el resto de los ginetes borgoñota de acero y coraza de báqueta.

Delante, y por diferentes caminos, iban otros cuerpos de caballería y todos los peones de que disponia Pacheco, con la sola excepcion de la fuerza que guarnecia sus castillos.

En la corte se comentaba de diferente modo aquella marcha, opinando la mayor parte que el padre y el hijo, con todos sus vasallos, se dirigian á Avila para unirse al Arzobispo de Toledo.

Sólo Enrique IV sabía una parte del secreto que sacaba á los Pachecos de Madrid, la cual, contra su costumbre, ocultó cuidadosamente á la mayoría, con objeto de que Villena realizase su intento, y ofendido D. Alonso de Acuña, se indispusiera para siempre con el poderoso Marqués. El desgraciado ignoraba la triple intriga de Villena y que ahora estaba siendo por él más engañado que nunca.

Padre é hijo hacian las jornadas á marchas dobles, y de

este modo lograron dar vista á los muros de Soria al quinto dia de haber abandonado la villa de Madrid.

Soria, en la época á que nos referimos, es una plaza fuerte, defendida por breñas escarpadas y por murallas hechas de cal y canto, con tapiales guarnecidos de sillares. El muro es grueso y muy elevado. Al Este se alza un alcázar con castillos y torres, el cual habita y manda su alcaide ó gobernador D. Juan de Luna.

Vamos á describir una escena puramente histórica de alguna importancia, y esto nos obliga á dar á conocer, ántes de seguir adelante, los individuos que componen una familia que piensa devorar el Marqués de Villena como el cuervo á su presa.

Sabido es que el padre de Enrique IV, actual rey de Castilla y de Leon, ó sea D. Juan II, mandó cortar la cabeza en una plaza de Valladolid á su ministro y favorito D. Alvaro de Luna. Despues de haberle colmado de honores y preeminencias, de haberle hecho condestable, maestre de Santiago y cuanto quiso ser su valido, de haberle dejado que gobernase el reino y hasta su propia casa muchos años, se lo entregó al verdugo como el señor arroja á su mastin el pedazo de carne que le sobra.

Murió D. Alvaro dejando entre otros un hijo de legítimo matrimonio, llamado Juan de Luna, conde de Santistéban. Al espirar este le quedaba una sola hija, que heredó el condado y los cuantiosos bienes y señoríos de su padre. La jóven y bella condesa de Santistéban era, segun hemos dicho ántes, la elegida por el Marqués de Villena para casarla de grado ó por fuerza con su hijo Diego.

Dejó tambien D. Alvaro de Luna al entregar su cabeza al verdugo una hija natural que casó con un primo suyo llamado tambien Juan de Luna. Este es el actual gobernador de Soria y de su alcázar. Es tio y tutor de la condesa de Santistéban, á la que marido y mujer aman como hija, y por esta razon se oponen á su enlace con el hijo de Villena. Ven en esa union los efectos de un cálculo egoista del Marqués y su

hijo, y no quieren sacrificar su pupila y sobrina á la desmedida ambicion de los Pachecos.

Noble D. Juan de Luna en sus pensamientos y acciones, no comprende los medios arduos y ruines que van á emplear los Villenas, y fuerte en su derecho duerme tranquilo, sin ver que la zapa traidora le está minando el castillo de sus ilusiones; no ven los esposos que están rodeados de traidores vendidos á Pacheco, y alejados de la corte no saben tampoco de lo que es capaz el ambicioso Marqués.

Serian las tres de la tarde cuando se presentan delante del alcázar de Soria cincuenta caballeros armados de punta en blanco, que en nombre del rey mandan bajar los puentes y abrir todas las puertas.

Su gobernador D. Juan de Luna es leal, obediente á su señor, y acata la simple orden verbal que en representacion del monarca le da un caballero.

Entran en el alcázar cuarenta, quedando diez sobre los puentes.

Don Juan recibe á los primeros en el estrado, descubierto y hasta con actitud respetuosa.

Se adelanta el jefe, alza la visera de su casco, y contempla Luna frente á él al poderoso Marqués de Villena.

Cruzan unas cuantas frases, concluyendo por decirle el noble gobernador:

—Venís de parte de mi rey, señor Marqués, y sólo me resta obedeceros. Y siendo vos quien sois, lo hago con tanto placer como honra recibo en cumplir las órdenes que vos me comuniquéis.

Pacheco le contesta:

—Quiere S. A. R. que vuestra sobrina y pupila se enlace inmediatamente con mi hijo Diego, y es preciso realizar esa boda en la presente semana.

—Bien haria el rey,—le contesta Luna,—en disponer de mi espada y vida, que ambas le pertenecen como las de su vasallo más sumiso; pero hace mal en disponer de la mano de mi sobrina, porque esa no le pertenece. Su padre mandó cor-

tar la cabeza al abuelo de mi pupila, y esta consideracion debió bastarle para no aumentar más el duelo de una familia harto desgraciada há muchos años.

—El rey manda, D. Juan de Luna, y el vasallo obedece.

—Cierto, señor Marqués; por eso el gobernador de Soria ofrece á D. Enrique IV hasta la última gota de su sangre; pero el tío y tutor no atenderá nunca la orden de un sacrificio fuera de derecho, injusto y despiadado. Ni aun como consejo podría yo aceptar de mi señor el mandato de lo que no puede mandar, ni el sacrificio de una inocente niña que amo más que á mí propio.

—Entónces lea el gobernador esa orden de S. A. y dispóngase á obedecerla.

Y le entregó la tercer orden que el astuto Marqués habia arrancado al monarca. Luna, despues de haber pasado su vista por el fatal escrito, le contesta:

—¡Me destituye y manda que se me castigue, cuando no tiene servidor más leal! Os habia juzgado mal, Marqués; creí que el vulgò mentia, que os calumniaba, y ahora que adivino vuestro intento y los medios que habreis empleado para realizarle, le doy la razon.

En este mismo instante atronaron el alcázar las voces de mando y el ruido que produjeron cincuenta añafles, trompetas, atabales y atambores.

Toda la caballería de Villena y peones entran en el alcázar, y á nombre del rey toman los castillos y las torres.

A la vez entrega su espada al Marqués D. Juan de Luna, y en union de su noble esposa son encerrados en uno de los castillos que custodian las fuerzas de Pacheco.

Toman posesion del alcázar el Marqués, su hijo y toda su gente, corre la voz por la ciudad de que han llegado tan poderosos señores, las campanas se echan á vuelo y los caballeros corren presurosos á honrarse con un aristocrático saludo del favorito de S. A. R.

Tambien el pueblo, siguiendo su costumbre *bobalicona*, acude presuroso á las puertas del alcázar donde se halla el opu-

lento Marqués, para contemplar con la boca abierta y el *entendimiento cerrado* la sombra siquiera de aquel poderoso que manda á los hombres como á tímidas ovejas, que castiga y tritura en cuanto se salen una línea del camino que les ha trazado.

Vino á interrumpir por breves minutos el ruido de armas que chocaban contra el suelo, de voces de mando y de plácomes y enhorabuenas, la presencia de la Condesa de Santistéban, que, sobrecogida y asustada al contemplar la llegada de tanto guerrero, abandonó sus habitaciones, y seguida de sus damas, corre en busca de su tío, hallando en el puesto de aquel al terrible Marqués de Villena y á su hijo.

—¿Qué acontece, señores?—exclama angustiada.—¿Dónde están mis padres adoptivos?

—Nada temais, bella Condesa,—le contesta D. Juan Pacheco, besando con fingidos respeto y ternura una de sus manos.—Nada temais,—añade,—que á vos os serviremos desde el Marqués de Villena hasta el último de sus peones.

—¿Pero y mis tíos, señor?

—Osaron imprudentes desobedecer las órdenes de su rey, rebelarse, y ya lloran en una prision la terrible falta que cometieron.

—¡Piedad para ellos, señor Marqués, yo os lo suplico!

—Mandando en mí y en cuantos me obedecen, haré lo que queráis, dando por hecho que vos, más prudente y entendida que vuestros tíos, acateis la suprema voluntad de S. A.

—Mi vida por la de ellos; con tal de salvarlos, obedeceré sumisa.

—La muerte merecían, pero se interpone entre ella y el cumplimiento de mi deber un ángel que salvará á las víctimas. ¿Pero qué teneis? ¡Tiembla vuestra mano! Sentaos junto á un amigo que desea la honra de llamaros hija.

—¡Basta, poderoso señor, con la sangre que Juan II hizo derramar á mi abuelo Alvaro de Luna; muévaos á piedad una familia que llora tan gran desgracia!

La ternura y amor que la condesa estaba demostrando á

sus tios era otra arma poderosa que el Marqués iba á esgrimir en contra de la casta doncella.

Continuó consolándola con hipócritas dulzura y bondad.

Llegaron los señores principales de Soria; Diego Pacheco ocupó el puesto de su padre al lado de la Condesa, y el Marqués fué recibiendo á los que entraban, y conversando con ellos.

Lo encontraron tan amable y bondadoso, que más de dos osaron pedirle gracias porque há mucho tiempo suspiraban.

Villena, léjos de ofenderse, ofreció cumplir sus deseos, estimulando á los restantes para que imitasen á sus compañeros.

Y aquel conjunto de *nobles* cayó sobre el valido como enjambre de abejas en la flor del romero.

—Todo os lo concederá S. A. en celebridad de las bodas que manda y desea se realicen entre la Condesa de Santistéban y mi hijo. Pero vedla allí, qué triste y afligida está, sin motivo alguno, puesto que dispone del corazon de mi hijo y consiguiente á esto de mi voluntad. ¿Qué no haré yo por ella? Id, amigos míos, llevadla á sus habitaciones, destruid su afliccion, no olvidando que tiene en sus manos purísimas la vida y suerte de sus tios y todas las gracias que me acabais de pedir.

Desde este instante las abejas rodearon la bella y cándida flor para arrancarla de su esbelto tallo, entregársela á Don Diego y coronar de este modo la cruel intriga del Marqués.

Todos se constituyeron en consejeros de la Condesa, y los magníficos instrumentos de Villena no pararon hasta que la jóven pronunció el *sí* y la boda se dispuso con régia esplendidez.

No asistieron á las funciones, con que aquella se celebró, los tios y tutores de la Condesa; el Marqués de Villena iba sólo por las muchas riquezas de su nuera, y no dejó por consiguiente en libertad á sus tutores hasta hallarse en su poder todos los títulos, alhajas y dinero de la jóven.

Luégo marcharon los desposados á su castillo y señorío de

Santistéban, y algunos dias despues partió D. Juan Pacheco seguido de los suyos á la ciudad de Avila, donde hace tiempo le esperaba el Arzobispo de Toledo con todos sus parciales.

Llevó á cabo el Marqués el enlace de su hijo haciendo uso de los medios más indignos, y acabó como habia empezado, pues no volvió á acordarse de los señores de Soria, quedando las muchas gracias que estos le pidieron convertidas en gratas ilusiones que fueron desvaneciendo poco á poco las terribles brisas del tardío desengaño.

Sufrieron lo que merecian, como el Marqués más tarde bebió el acíbar exprimido por la consecuencia de haber saturado el corazon de su hijo con la ambicion, avaricia y egoismo de que él tenía tan gran depósito.

En Avila fué recibido tambien con repique de campanas, colgaduras é iluminacion, y bien pronto se halló rodeado del Arzobispo de Toledo, almirante de Castilla, Condes de Alba, de Plasencia, maestre de Calatrava, los Manriques, los Girones y cuantos grandes y caballeros se reunieron allí para conspirar.

Abrazado por todos, y entre adulaciones y plácemes, llega la noche y se retira á descansar.

Quedaron citados para la mañana siguiente los dos principales jefes de aquella tremenda conjuracion.

Reunidos muy temprano el Arzobispo y Villena, refirió el uno el estado en que suponía dejar la corte, añadiendo todo lo que en su concepto debía hacerse para convertir en parciales de la conspiracion á los servidores más fieles de Enrique IV. Esta maldad y cuanto le propuso Villena aprobó con júbilo el Arzobispo.

Llegada su vez á D. Alonso, le habló del número de amigos de que disponían hasta entónces, la fuerza con que contaban, terminando por convencerle hasta la saciedad de que el éxito no ofrecía la menor duda.

En esta reunion inició Carrillo la idea de sorprender y llevarse con ellos á D. Alonso y Doña Isabel, únicos herma-

nos que tenía el rey, residentes á la sazón con su madre en Maqueda.

Al terminar sus explicaciones exclama el Arzobispo de Toledo:

—Dios misericordioso, amigo mio, nos ayuda, y pronto sucumbirá Enrique IV, reemplazándole el infante D. Alonso, para que vos y yo, como regentes, podamos hacer la ventura de este país.

—¿La ventura?

—Por supuesto; sin perjuicio de que nosotros recibamos el premio á que nos estamos haciendo acreedores.

—Será completo, amigo mio, porque como nos lo hemos de dar nosotros...

—Es decir, que vos hareis justicia á mis merecimientos, autorizando con vuestra firma y poder de regente todas aquellas donaciones que yo juzgue merezco.

—Y vos, señor D. Alonso, hareis lo mismo conmigo.

—No se me ocurrirá semejante disparate.

—¿Os chanceais?

—Jamás os he hablado con más profunda conviccion y formalidad.

—Explicad la idea, señor Arzobispo.

—Yo, noble Marqués, soy eclesiástico, más viejo que vos y no puedo tener hijos sucesores; así es que con unos cuantos señoríos y otras tantas tierras como las que ahora poseo tengo bastante.

—¡Lo creo!

—Vos ya es otra cosa; teneis á D. Diego, un hermano además, y vuestras aspiraciones es muy justo que se sobrepongan á las mias.

—¡Ah! Me gusta el camino en que habeis entrado; continuad, noble amigo mio.

—Dios, caro Marqués, quiere la felicidad de sus hijos, y no es posible que la Providencia, tan sábia y justa, retenga por mucho tiempo en el trono de Castilla á un adolescente tan débil y enfermizo...

—¡Ya! ¿Volvemos con la idea de imitar á los godos y á los romanos en la eleccion de monarcas?

—Me es casi tan fácil realizarlo como á vos el ofrecernos la abnegacion suficiente para aceptarlo.

—¡Huye de mí, diablo tentador!

—¿Creeis, por ventura, que estaria mal asentado sobre el trono de Castilla y de Leon un hombre enérgico, viril, con talento, sabiduría, que fuese la antitesis de esos dos pobres hermanos tan faltos de cualidades y de todo lo que debe adornar á un rey poderoso?

—Mal no, pero...

—Un hombre de brio, que plantara sobre las torres agarenas el lábaro santo...

—¡D. Alonso, que me arropa esa música!

—Un hombre que hiciera homogénea la península ibérica...

—Señor Arzobispo, que me deleita demasiado el cuadro.

—Un hombre con audacia bastante para añadir á su corona dos florones extranjeros que se llamaran Nápoles y Sicilia.

—Acuña, vuestra seducccion es digna del primer talento de Castilla.

—Un hombre que desde el Rosellon gritara á los galos: «Concluisteis de llegar á mi puerta, de entrar en mi casa, de pedir lo que es mio, de tomar lo que no es vuestro, y ahora os voy á dar lo que mereceis; vuestra patria va á empezar á la parte opuesta de los Alpes y á la orilla derecha del Rhin.»

—Callad, por Dios, señor Arzobispo, porque jugais con el corazon humano como el Hércules cantábrico con su pelota.

—Todo eso está en mi mano, en vuestra conciencia, en vuestro deseo y en el porvenir si no sois ingrato. Mas teneis razon en rehusar con el oido lo que está en el cerebro; lo que no se habla, pero que se hace. Variemos, pues, de conversacion, ocupándonos de otra cosa. ¿Sabeis ya que aquel cantorcillo, mal supuesto amante de la poderosa Melania, sufre las consecuencias de su torpe audacia?

El Marqués levantó la cabeza con orgullo y satisfaccion,

pues estaba ya fuera del alcance de los tiros del Arzobispo, y hasta podia vengar el engaño de que se valió para hacerlo instrumento suyo.

Acto continuo le preguntó:

—¿Os referís á Hernando Alvarez de Toledo?

—Claro está.

—Vaya si lo sé; como que os he ayudado de una manera cándida é inconsciente á la realizacion de vuestra idea.

—Cándida no; entre dos buenos aliados...

—¡Ya!.. ¿Y qué hicisteis de ese coplero?

—Para Melania desapareció de entre los hombres.

—Sois terrible, D. Alonso, y nunca me felicitaré bastante de llamarme vuestro amigo y aliado.

—Lo contrario suele producir funestas consecuencias.

—De modo es que ahora estais en libertad de obligar á Melania á que se case con el que á vos os agrada; ¿es cierto?

—Dijisteis la verdad.

—Me alegro.

—Aumenta mi placer esa frase, querido Marqués.

—No me extraña. ¡Somos tan buenos amigos!

—Quiero que llegue el instante en que tengamos una sola voluntad.

—Lo lograreis, Acuña, pues nos vamos asimilando de un modo que ya en muy poco disentimos.

—Pudiera acontecer eso hoy, efecto de convenir á nuestros intereses y planes futuros; mas yo quisiera que siempre fuese lo mismo.

—Eso no está en nuestra mano realizarlo; y me fundo en que la mayor parte de las cuestiones entre los hombres las motivan la diversidad de ideas, caracteres y educacion.

—Hay sin embargo acontecimientos en las familias que las unen y enlazan de tal modo, que todos obedecen al jefe, porque piensan, quieren y desean lo mismo que él.

—No, lo dudo.

—Figuraos, por ejemplo, que mañana os nombrásemos jefe de la gran familia española; estoy seguro que no habria

acto emanado de vuestra autoridad que yo no obedeciera con gusto.

—No sucede lo mismo con Enrique IV.

—Efecto, sin duda, mi querido Marqués, de la distancia que hay entre su talento, energía, pureza de costumbres y los vuestros.

—Estais hoy bondadoso como no os hallé jamás.

Ignorando el Arzobispo los acontecimientos de Soria, y en la creencia de que ya tenía al Marqués preparado, volvió á insistir en su idea de enlazar á D. Diego y Melania, siéndole imposible comprender que ahora le esperaba en guardia Pacheco, ansioso de vengar el mal rato que le dió en su castillo por causa idéntica, y el papel que le hizo desempeñar al convertirlo en instrumento suyo la noche que sus sicarios realizaron la inícuca accion que tan conocida nos es.

Despues de meditar un minuto D. Alonso, se expresó de esta manera:

—Ahora, noble amigo mio, no hay cantor que nos interrumpa ni puede la más leve sospecha haceros dudar de mis ideas respecto de vos. Soy, de ambos, el único que se ha comprometido ante la corte; ni nombre, vasallos é intereses están ya jugando, y me es imposible retroceder.

—Nadie puede negarlo, D. Alonso.

—Pues siendo cierto y estando pendiente vuestra fortuna futura de una boda con la que todos vamos á ganar mucho, realicémosla sin dilacion, y esto abreviará bastante el desenlace de nuestro drama trágico.

—¿De qué boda hablais, señor Arzobispo?

—La que dejamos en embrion entre la ricahembra Melania y D. Diego Pacheco.

—¡Ah! Con cuánto placer la llevaria á cabo en este momento, si fuera posible. Dudé en cierta ocasion, pero meditando despues con calma, fui hallando la idea como vuestra, y ya estaba decidido, cuando un terrible acontecimiento vino á echar por tierra nuestros planes.

—No os comprendo, señor Marqués.

—¡Ay, amigo mio! los padres sufrimos lances muy crueles cuando el hijo querido empieza á ser hombre y á usar de su libre albedrío.

—¿Hizo por ventura D. Diego alguna cosa indigna de vos y de él?

—¡Ay! Sí, señor.

—No lo hubiera creído.

—Ni yo lo esperaba de un hombre que tanto amé.

—¿Puedo saber?..

—Lo deseaba, D. Alonso. ¿En quién mejor debo depositar mis penas que en un amigo como vos, en un pecho tan leal?

—Continuad, por Dios, que me habeis puesto en cuidado.

—¡Sin consultarme, sin tomar mi parecer, sin que llegara á mi noticia la más leve indicacion, se ha casado!

—¡Casado! ¡El! ¡Vuestro hijo! No puede ser.

—Tambien á mí me pareció al principio una calumnia, un sueño, el delirio del demente; pero ¡ah! llegó despues la triste realidad, negra, horripilante, y con su peso caí abrumado en el lecho del dolor!

—¿Y con quién se ha casado, D. Juan?

—Pues eso es lo más grave, D. Alonso. ¿Con quién direis?

—No adivino.

—Oidme antes: lo mandé á que fuese retirando de mis castillos la parte de fuerza que nos era indispensable en Avila. Llegó el dia de su regreso y no pareció, ni al siguiente, ni en muchos otros. Temiendo por él, pregunto, indago, y á la postre averiguo... ¡Me abruma el dolor, D. Alonso!

—¿Qué averiguásteis?

—Que se habia casado en secreto con la nieta de un ajusticiado, con la Condesa de Santistéban, hija de Juan de Luna! Monto en cólera, y engañando á D. Enrique, le arranco una orden indispensable; parto, y llegando á Soria, destituyo y hago prender á los tios y tutores de mi nuera. Todo fué inútil; el casamiento se habia realizado en regla, y como ese fatal lazo es indisoluble... Diego y su esposa se me echaron á los piés;

soy padre, las lágrimas de ambos templaron mi corazón, cedi porque no tenía otro remedio, concluyendo por abrirles los brazos.

—¡La nieta de un ajusticiado!

—Sí, de D. Alvaro de Luna, al que los dos vimos cortar la cabeza en Valladolid. Su linaje es muy noble, la mayor parte juzgan que fué un asesinato, debido á la maldad de sus contrarios y á la debilidad del rey; pero así y todo...

—Es nieta de un ajusticiado, y yo, que soy vuestro más leal amigo, voy á lavar esa mancha que oscurece ya en Diego vuestra preclara descendencia.

—¡Vos! ¿De qué modo?

—Muy fácilmente, D. Juan. El Padre Santo lo puede todo, y estoy seguro que no me ha de negar la aprobacion de un repudio que tanto os conviene. Luégo lo casamos con Melania...

—Desgraciadamente ni aun ese extremo y salvador recurso puede tener aplicacion en el caso presente. Diego y la Condesa están unidos por un amor tan funesto como grande; y ambos tienen el corazón de bronce y la voluntad virgen. Cuanto más ostigaba á mi hijo y más reflexiones le hacía, más se enamoraba de su mujer. Olydaos de él, amigo mio, y puesto que se hallan á nuestro lado los primeros infanzones de Castilla, elegid otro más digno que mi Diego, y honradlo con la suave y blanca mano de Melania. Yo seré su padrino y se harán las bodas como corresponde á dama tan principal.

—Habeis destruido por completo, Marqués, la más bella de mis ilusiones; pero no habiendo remedio, tomaré vuestro consejo.

—Contad conmigo.

—Yo ya no puedo prescindir de vos para nada.

—¡Qué bueno sois!

—¡La nieta de un ajusticiado!

—No me lo recordeis, amigo mio.

—¿Cuándo tuvo lugar esa boda?

—Hace muy poco; llegué ayer de Soria.

—¿Qué han dicho los nobles de esa ciudad?

—Como son dudosos los crímenes que imputaron á Don Alvaro de Luna; como en el monarca existió ingratitud para con el valido que tantos años gobernó el reino; como hubo notoria parcialidad en los jueces, reconocidos como enemigos suyos; como ella no es responsable de los actos de su abuelo; como su padre fué tan cumplido caballero y ella es tan inmensamente rica, aplauden la boda y se deshacen en elogios de ella y de él, juzgándolos á la misma altura y digno el uno del otro.

—¡Ya!.. Comprendo...

El Arzobispo acabó por adivinar gran parte de los móviles que originaron aquella boda; pero no teniendo remedio, necesitando del Marqués y no habiéndose este comprometido jamás á nada respecto de Melania, demostró resignacion, sin darse por entendido de la hipocresía y falacia de Pacheco, que él con razon llegó á distinguir claras y terminantes. Aquí se cumplió el vulgar adagio que dice «dos lobos nunca se muerden.»

Continuaron en consecuencia dando vida y cohexion á sus planes, y de este modo pasaron en Avila cinco meses, disponiendo mucho y adelantando algo.

En esta época las comunicaciones eran tardas y difíciles por la falta de caminos y otros medios con que realizarlas; baste decir que desde la Coruña á Madrid se empleaban tres meses. Por la causa expuesta la acumulacion de hombres llegados de puntos diferentes era tarda en extremo y motivaba en Villena y Acuña una paralización ó lentitud que no les era dado combatir, por más que lo desearan.

Pero como esto mismo habia de sucederle á Enrique IV el dia que se convenciera de que estaba á punto de ser arrojado del trono é intentara luchar contra sus enemigos, los conspiradores continuaban abreviando en lo poco que les era posible, dando con esto lugar á un acontecimiento tan terrible como ignorado, hasta mucho despues de haber sufrido sus funestas consecuencias.

El rey seguía entregado á sus vicios y deshonestidades, segun afirman y justifican todos los historiadores al ocuparse de tan débil y fatal monarca; y aun cuando algo le indicaban, no hacía caso, prestándose con más gusto á escuchar y creer á los conspiradores de que lo tenían rodeado en su palacio Villena, Acuña y sus parciales.

La nobleza casi en su totalidad, á imitacion del monarca, no habia vicio ni exceso que dejara de cometer.

Y las demás clases sociales correspondian dignamente á la elevada, en inmoralidad, corrupcion, ignorancia, fanatismo y supersticion.

Pronto entraremos de lleno en el estudio de hechos nefandos y colosales que vamos á presenciar, y ellos nos sintetizarán todo lo fatal de época tan funesta; pero ántes conviene que volvamos á encerrarnos con Hernando, pues lleva ya en su cruel prision más de un mes; aguarda al cadáver de su padre para darle sepultura, y como contraste á las debilidades y crímenes del rey, la corte y los conspiradores, admiraremos la fortaleza de alma, ideas elevadas y gran corazon de este héroe tan sublime como desgraciado.

CAPÍTULO XI.

Cesa la ansiedad.—Otro mes de prision.—La esperanza.—Continúa el silencio.—Ultimatum.
El cuchillo *ad hoc*.—La escalera.—El tragaluz.—Descenso.

Hernando esperó inútilmente varios días á que le entrasen el yerto é inanimado cadáver de su anciano padre, con que le amenazaron.

A pesar de su resignacion, y podemos decir heroismo, habia en él algo de ansiedad tétrica y sombría que pensaba combatir con ánimo fuerte, pero que no logró desechar por completo en quince días.

No comió en la mañana que le entraron el fatal escrito, pero sí por la tarde, dando fin de su miserable racion en los días subsiguientes.

Al mes y medio de hallarse en aquella terrible prision, su melena desrizada le llega á los hombros, la barba le ha crecido bastante y las uñas tienen cuatro líneas más de lo ordinario.

Sigue entregado á ideas filosóficas, medita y duerme; piensa en su padre; el prolongado silencio á que lo han condenado, respecto del anciano, le indica que no lo han muerto, y el infeliz resuelve problemas morales dignos del sabio Abiabar, su maestro.

Su ropa interior está negra y la exterior ajada y descolorida.

Se levanta la mañana correspondiente al día cuarenta y siete de su prision un poco más alegre que de costumbre; ignora la causa; no la hay al parecer, y pasea por su calabozo hasta que oye crujir los dientes del torno, que le anuncian la llegada de su racion.

¡Oh, sorpresa! Con el pan y el agua viene un embuchado de cerdo, cuyo grato olor hace sonreír á aquel desventurado hambriento.

Su agradable sorpresa no ha terminado. Parte el pan, que es algo más blanco, en pedazos pequeños, y comienza á comerlo con el embutido; pero al quinto bocado que da al último, encuentran sus dientes un cuerpo extraño que no pueden romper, lo reconoce y halla en el corazon un pedacito de pergamino arrollado, que deslía, viéndolo escrito y al pié la rúbrica de Doña Beatriz.

La besa, y con febril ansiedad lee:

«Cumplisteis vuestro juramento, Hernando. ¡Dios bendiga y sostenga corazon tan noble, leal y fuerte! Velo por vos; me ocupo de vuestro padre, que vive. Id reconociendo las paredes de vuestra habitacion.»

No cabia más en el diminuto pergamino; la rúbrica estaba sobre las mismas letras.

—Cuánta precaucion,—exclama,—y qué vigilancia tan grandes usarán mis asesinos para que hasta ahora no haya podido hacer llegar una sola frase á mí, la mujer mas inteligente y varonil que tiene Castilla. Mas ya cuenta por lo ménos con uno de mis verdugos, y por ahí se empieza para llegar á diez, veinte, mil. ¿Cumplirá su palabra? ¡Quién lo duda! Aquí tengo la prueba. Si salgo de este calabozo, ¡ay de mis contrarios! Qué bien hice en no debilitar mi espíritu ni imponer á mi materia más castigo que el cruel é inicuo á que la condenan esos sicarios.

Hernando come seguidamente todo el pan y embutido que tiene sobre la mesa, bebe la mitad del agua, con el resto de la última se lava y quiere filosofar, pero no puede.

Para que el hombre se entregue profundamente á la me-

tafísica es preciso que no tenga ilusiones, que carezca hasta de una esperanza que arrobe ó deleite.

Convencido Alvarez de Toledo de esta verdad y recordando que há mes y medio no ejercita la gimnasia, en el torno, la mesa y la silla comienza á hacer planchas y todo ejercicio de fuerza de cuantos le permitian los pocos y malos objetos que tiene á su disposicion.

Todo el dia continúa lo mismo, á excepcion de la media hora que emplea en comer un trozo de pan y media libra de carne asada.

De este modo continúa cinco dias más sin recibir en ellos nuevo aviso ni otra cosa que el pequeño aumento en calidad y cantidad del alimento que le sirven.

Ha destruido en partículas atómicas el pergamino que le mandaron, despues de aprenderlo de memoria. No quiere ser sorprendido y que le cojan aquel precioso documento que llevó á su alma la primer grata impresion desde que estaba en el calabozo.

No tarda en aparecer en el torno un almuerzo igual al de los primeros dias. Tiene ave, vino, dulces y una salsa humeante que empieza á mejorar el estado de su estómago.

Tambien le mandan embutido que destroza con afan, pero no halla nada dentro de él. Rompe el blanco y abundante pan que acompaña á las viandas, y vuelve á aparecer en su rostro la más grata satisfaccion.

Dentro halla otro pergamino más grande, con idéntica rúbrica y en el que lee en letra microscópica lo siguiente:

«Vive vuestro padre; tened confianza, y si hallais medio, ejercitad la gimnasia, en la que dicen llegásteis á ser maestro. Reconoced las paredes y aguardad medios de evasion; irán en tres ó más veces. La mejora de alimentos la debeis á nueva proposicion que os van á hacer. Seguid digno de vuestra amiga, que se desvela por vos más de lo que creeis.»

El filósofo, naturalista y hombre de ciencia se entusiasmó con aquel pergamino más que pudiera hacerlo un niño al recibir el juguete que forma su grata ilusion.

¡Qué agradable es la vida para el que está á punto de perderla! Cuando no nos amenaza peligro alguno y nos sepultamos en el fondo de la filosofía, juzgamos la transición de la vida á la muerte como el salto grande, majestuoso de la desgracia á la felicidad; y cuanto más nos vamos acercando al término de la existencia, más se ensancha la idea de que la vida es una carga pesada y es muy conveniente dejarla. Pero si en esos instantes vuelve la vida á ofrecernos su completo y mágico aliento, ¡cómo se alegra el alma, cuánto sonríe el corazón! Podrá ser la existencia penosa, casi insufrible; ¡pero cuánto la amamos y con qué placer la sostiene el que estuvo á punto de perderla!

Y el buen Hernando, á pesar de su profunda filosofía, de su gran talento y de sus inteligentes cálculos, no se libra ahora de los efectos de una ley moral impuesta á todos los seres humanos.

En este instante sonríe, goza, disfruta, y más que las ricas viandas á su materia, alimentan á su espíritu los conceptos expresados en el pergamino.

Come más que nunca, se bebe todo el vino que le mandaron, lava su epidermis con el agua, deposita en el torno el sobrante y vasijas, aprende de memoria el contenido de su delicioso escrito, lo convierte en moléculas y comienza á hacer gimnasia, exclamando á la vez:

—¡Vaya si trabajaré, sublime Beatriz! En los seis días que llevo comiendo mejor y ejercitando las fuerzas, se han vuelto á desarrollar estas, recobré parte de mi agilidad y pronto tornaré á ser un gimnasta consumado.

Y el profundo metafísico suspende la ciencia y filosofía por completo para correr, dar saltos, hacer planchas, equilibrios, sostener el peso de la mesa y silla con las dos manos, con una, con cuatro dedos y hasta con dos.

Al efecto se ha quitado los borceguíes y ropa exterior, y continúa de ese modo mientras trabaja.

En uno de los largos descansos que tenía necesidad de tomar, recuerda la recomendación del pergamino, y con una he-

billa que quita de su traje hace un taladro de pulgada y media que repite en las cuatro paredes de su prision.

Luégo las golpea varias veces, diciendo al concluir:

—Son de cal, yeso y ladrillo y tienen por su base más de tres cuartas de espesor. El taladro de una de ellas no era imposible, pero necesitaba instrumentos que es difícil puedan hacer llegar hasta mí, y el ruido que los golpes producirían destruye esa idea. Pues será otra; Doña Beatriz sabe dónde me hallo, tendrá ya un pensamiento salvador, y puesto que sólo me encarga que haga ejercicios y esos taladros, me concreto á obedecerla y Dios dispondrá lo demás.

Al dia siguiente reconoce con ansiedad febril el pan, el embutido y hasta el vino, quedando en ilusion la esperanza que concibe de que vaya algo entre sus viandas.

Come un plato de arroz sabroso, luégo jamon y últimamente medio pollo. Se ha bebido el vino, y acerca el agua para probarla despues del postre, que hoy se compone de un pastel de dulce, dorado y lustroso. Lo parte, pero en vez de almíbar y cabello de ángel, halla cáñamo; una cantidad de cáñamo que estima en más que una grandeza de Castilla. Todo el interior del pastel, en vez de dulce, le ofrece una cuerda delgada, pero tan fuerte, que puede resistir muy bien el peso de su cuerpo.

—Empiezo á comprender.

Dice. En vez de postre come más jamon y pollo hasta destruir por completo su apetito.

No le han mandado escrito alguno, pero la cuerda es para él un libro que empieza á resolverle el problema de su posible evasion.

Besa el cáñamo, lo esconde entre la paja y polvo que le sirven de lecho, y comienza á hacer gimnasia.

Nada más recibe aquel dia, ni halla objeto alguno en el almuerzo del siguiente; pero en la comida y entre el cabello de ángel, van un clavo y una barrena, que críspan de alegría á nuestro mancebo.

—¡Clavado este en el tragaluz,—exclama,—y sujeta á él

la cuerda, se puede subir y bajar; pero, quién salta veinte varas para fijarlo en aquel extremo!.. ¡Oh! ya me darán los medios, y creo que no han de tardar mucho. Empiezo á comprender el pensamiento de Doña Beatriz y no se ha equivocado; he vuelto á recobrar mis antiguas fuerzas, agilidad y destreza, y podré realizar su idea escalando la pared. Mas no quiero formar un cálculo seguro hasta no tener todo lo necesario para mi evasion.

Seguidamente come con buen apetito, escondiendo tambien entre la paja el clavo y la barrena.

Y sigue haciendo gimnasia hasta que la oscuridad de la noche se lo impide.

Nada recibe en el siguiente dia ni al otro, pero continúan llevándole buena alimentacion, y el infortunado espera tranquilo, noticia ó instrumento para empezar sus trabajos de evasion.

Por fin al inmediato dia ve entre sus viandas una aguja de la misma masa que los pasteles anteriores, cuyo tamaño llamó su atencion, pues tiene más de una tercia de larga y levanta cuatro dedos.

—Esta aguja,—dice,—puede contener ave ó 'almibar, en cantidad grande, pero no creo que encierre lo uno ni lo otro. Cómo pesa; ni el oro vale lo que ella.

Y levanta la tapa con cuidado, viendo un ancho cuchillo con hoja y mango de acero, de una sola pieza, muy ancha y afilada la punta y de buen temple al parecer.

Lo contempla, reconoce, y sin dejar de mirarlo, dice:

—Con el mango se puede introducir el clavo en el agujero hecho por la barrena, y con la hoja ir abriendo calas en la pared desde una vara de la superficie hasta el extremo del tragaluz. Por esas calas, muy dificiles de hacer por la incómoda postura, me será dado subir, y ya en el extremo fijar el clavo y con la cuerda descolgarme, quedándome luégo el cuchillo para abrirme paso por entre los sicarios. Complicada es la operacion y casi imposible de llevar á cabo, pero tengo algunas probabilidades de éxito, y con esas me bastan para intentar mi

fuga. ¡Oh, llevo ya aquí dos meses y se han hecho indispensables mi muerte ó salvacion! Pero no me manda Doña Beatriz instruccion alguna y me extraña, cuando yo creo que ya están en mi poder los objetos necesarios. Aguardará acaso á mañana. Escondo, por consiguiente, mi formidable cuchillo, comeré, teniendo paciencia, pues nada debo empezar hasta que mi heroina me avise.

Al partir el pan vuelve á sonreir, añadiendo:

—¡Y la juzgaba calmosa, sin comprender que entre esta miga se halla escondido lo que yo deseo!

Y saca del pedazo de pan otro pergamino más grande que los anteriores.

Sin perder más tiempo lee lo siguiente:

«Teneis cuchillo del mejor temple, hecho *ad hoc* en Toledo, clavo, barrena y cuerda; con todo lo cual puede un buen gimnasta escalar el muro de su prision y descolgarse luégo por la parte opuesta. Esperareis á hacer las aberturas que os son indispensables en la pared, cuando los benditos frailes del convento de San Francisco, próximo á vuestra prision, echen á vuelo las campanas. Con el ruido que estas produzcan no se oirán los golpes que necesariamente dareis, y los frailes tocarán á menudo, segun ofrecieron á un alma caritativa que necesita tenerlos la mayor parte del dia, en el coro, al Señor de manifiesto, con procesiones y mucho repique de campanas. No expongais el éxito á la brevedad; por ahora no os amenaza peligro alguno; usad por lo tanto de calma y de toda la destreza de que sois capaz. No intenté ganar á ninguno de vuestros verdugos por temor de comprometer vuestra vida más de lo que está, y me valgo de una persona de fuera, pero que los conoce bien y aprueba mi conducta de no intentar más de lo que hago. Por eso me es imposible recibir contestacion vuestra. Guardan vuestro calabozo diez hombres que velan de dia, y aun cuando de noche deben estar cinco levantados, hace ya algun tiempo que desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana duermen nueve y sólo uno hace centinela, sin que yo pueda aseguraros si el último se duerme

también. Vuestro calabozo es un pabellon situado en medio de un gran patio con muro de bastante elevacion; pero hay árboles, y uno de estos tan cerca de aquel, que os puede facilitar la subida al caballete, desde el cual, con el auxilio de la gimnasia, descendéis á la calle. A trescientos pasos está la casa en que me conocísteis, en ella teneis ropas y allí os estrechará la mano vuestra amiga, si Dios misericordioso sigue apiadándose de vos. Mucha prudencia y discrecion cuando contesteis al escrito que os va á mandar Don Alonso. Pedid tiempo para reflexionar y seguid trabajando.»

—¡Bendita mujer!—exclama Hernando al terminar de leer aquel delicioso escrito.—Nada se le olvida; su gran talento supera al valor y energía que todos aplauden en ella. No me equivoqué en mi cálculo; al ver el clavo y la barrena conocí su pensamiento, que Dios mediante se ha de realizar, por imposible que parezca.

Antes de empezar á comer se aprende de memoria el contenido del pergamino, destruyendo este como los anteriores.

Luégo se sienta á la mesa, y concluye media hora despues.

Quiere hacer gimnasia, empieza, y lo deja de pronto, exclamando:

—Me sobran fuerzas, habilidad y destreza; estoy más vigoroso y ágil que nunca. ¡Y qué de extraño tiene, si llevo tantos dias sin hacer otra cosa que ejercicios!

Y comienza á discurrir en los medios de ir abriendo huecos en la pared, de vara en vara, en los cuales pueda sostenerse de pié, y apoyada la mano izquierda en otro, con la derecha continuar trabajando.

Ocupa el resto del dia en meditar sobre el difícil pensamiento que trata de llevar á cabo con mucha más exposicion de su vida que probabilidades tiene para su buen éxito.

Por fin, á las ocho de la noche termina su larga meditacion, que puede llamársele la parte teórica del grande y difícil hecho que se propone realizar. Le falta la práctica, es decir, lo casi imposible, lo maravilloso, si consigue llevar á cabo su evasion.

Luégo duerme toda la noche con tranquilidad envidiable y hasta poco despues de amanecer, en que le despiertan todas las campanas del inmediato convento de San Francisco echadas á vuelo.

—Llegó la hora, — exclama sentándose. — ¡Dios mio, no abandoneis en tan terrible trance á este infeliz que lleva más de dos meses sufriendo en horrible calabozo la consecuencia de una maldad que no tiene ejemplo en el mundo!

Las campanas siguen tocando á vuelo, el ruido atruena el espacio, y Hernando, cubierto sólo con las ropas interiores, fija la mesa de nogal al muro, coloca encima la silla, y á una vara del asiento comienza á abrir en la pared un hueco de diez pulgadas de largo, cuatro de ancho y cinco de profundidad. Lo inclina hácia abajo para poder apoyar los dedos y que no resbalen con el sudor y movimientos del cuerpo.

Su plan está sábiamente concebido, y nuestro jóven empieza á realizarlo con energía, viveza, inteligencia y fuerza superiores á cuanto es posible imaginar.

No se le ocurre que pueda ser sorprendido, y muerto por consiguiente en el acto. Tiene perdida la existencia, y nada por lo tanto expone en su arriesgada empresa.

Teme únicamente que el temple de su cuchillo no sea bastante á resistir los esfuerzos que está ya haciendo; pero lo examina al cuarto de hora de hallarse trabajando y no le encuentra mella alguna.

La mesa y asiento de la silla levantan siete cuartas, lo cual le economiza dos calas de las diez y ocho que tiene que hacer.

Cae la tierra de los agujeros mezclada con las gotas de sudor que brotan de su frente.

A la media hora cesa el toque de campanas y retira el cuchillo.

Tiene una cala hecha, la examina, prueba, hallándola poco profunda.

Descansa diez minutos; vuelven á tocar las campanas y él á trabajar, profundizando su cala dos pulgadas más, que in-

clina hácia dentro, para dejar un borde en que pueda agarrarse bien con los dedos de las manos y los piés.

Empezó á las seis, y á las ocho y media ha descansado cuatro veces que dejaron de tocar las campanas, y tiene concluidas las tres calas que le es posible hacer subido encima de la silla.

Al terminar la última cesan las campanas, sintiendo á la vez un ruido que le impresiona; vuelve la cabeza y comprende que ha sido el torno, en el cual aparece su almuerzo, abundante y espléndido como los anteriores.

Cesa de trabajar, suda como nunca; descansa y comienza á discurrir el medio de quedarse con el vino y agua que algunos dias devuelve, pues juzga con razon que con el uno puede recuperar las fuerzas perdidas y con la otra apagar la sed durante aquellos difíciles y penosos trabajos á que ha dado principio.

Halla la idea que busca, y sin perder tiempo se pone á realizarla.

Seguidamente abre con su cuchillo dos agujeros en el suelo, capaces de contener cada uno cuartillo y medio de líquido; son anchos y poco profundos para poder beber en ellos con ménos dificultad.

Amasa luégo una parte del yeso que ha ido cayendo al abrir las calas con agua de la que tiene en el torno, y reviste con aquello el interior de los dos hoyos que ha practicado en el pavimento.

Luégo tira la tierra de que están cubiertas la mesa y silla, y descansa despues de haber bajado la segunda.

A las diez almuerza.

Las campanas hace hora y media que no tocan; comprende que fuera de su prision hay quien dirige las funciones religiosas del convento en relacion con los trabajos que él lleva á cabo; que tienen en cuenta el tiempo que necesita para comer y descansar; que le han de dar más del necesario, y almuerza con calma, contemplando con satisfaccion las tres calas que tiene enfrente y sobre su cabeza.

—Ahora,—dice,—la operacion es más difícil, pues tengo que seguir horadando la pared sin el auxilio del asiento de la silla. Mis verdugos no pueden adivinar lo que estoy realizando; ¡es tan difícil! Aun cuando supieran que dispongo de cuchillo, cuerda, clavó y barrena, no imaginarian el uso que hago de ellos.

Concluye de almorzar, examina los hoyos que practicó en el suelo, y no hallando bien seca la masa con que los ha revestido, aguarda una hora más.

Luégo quita un pedazo de forro de sus vestiduras, lo divide en dos trozos que coloca en los hoyos, depositando enseguida el agua y vino que le sobraron del almuerzo.

De este modo pudo devolver las vasijas como en los dias anteriores, sin que faltase ninguna y entraran por ella ó sospechasen, y le comprometiera su imprudencia.

Comprende que ahora necesita usar de grandes precauciones y estar muy en sí, para que un descuido no venga á destruir el pensamiento más atrevido que concibió sér humano.

A las doce vuelven á echar las campanas á vuelo, y Hernando entónces se precipita sobre las tres calas que tiene hechas. Se ensaya en ellas, notando que debe hacerlas de tres en tres cuartas, y no de vara en vara como las otras.

—Estas pasarán así,—dice,—pero las restantes estarán más próximas.

Juzga con razon que en vez de quince que le quedaban tiene que hacer veinte, y comienza á trabajar.

Apoya sus dos piés en la primer cala que ha hecho, la mano izquierda en la última, y cogiendo con la derecha el cuchillo que lleva entre los dientes, da principio á su fatigosa y molesta operacion.

Necesita ahora todas las fuerzas que viene desarrollando desde que tiene uso de razon, ser el primer equilibrista de Castilla y estar sentenciado á muerte para sostenerse más de cinco minutos en aquella difícil postura.

Sigue en ropas interiores, descalzo, y comienza de nuevo á sudar, efecto de los grandes esfuerzos que hace.

No suspende, no descansa, no toma aliento hasta que cesan las campanas de tocar, en cuyo instante se arroja desde la elevacion en que se encuentra, al monton de paja que tiene á la derecha, sobre el cual queda sentado diez minutos.

—Es indudable,—exclama,—que puedo llevar á cabo el todo de mi pensamiento, por más que parezca imposible. Quince años de gimnasia y el instinto de conservacion me ayudan poderosamente; ambos son indispensables para sólo concebir la idea que estoy realizando.

Hernando bebió parte del vino y agua que tenía en los hoyos, disponiéndose á trabajar de nuevo; pero las campanas no volvieron á tocar en aquel día y tuvo que conformarse con las cuatro calas que llevaba hechas: á las cuatro de la tarde halló con su comida un escrito en que le decian lo siguiente:

«Os he dejado un mes para que mediteis: vuestra contestacion fué producto de un cerebro perturbado; leed y reflexionad: se os dará una posicion brillante, donde vuestro talento y valor puedan brillar y elevaros á los primeros puestos de Castilla. Para el logro de esto, basta con la renuncia completa á vuestras pretensiones sobre Melania; extendedla en el adjunto pergamino, en el acto os pondrán en libertad, y al frente de una escolta ireis á tomar posesion de la fuerza que habeis de mandar. De lo contrario vais á morir en union de vuestro padre; primero él, luégo vos, en ese calabozo, quedando ambos enterrados ahí por una eternidad.»

Este escrito era el que le tenian anunciado á Hernando.

Nuestro jóven reflexionó diez minutos, poniéndose despues á comer con la mayor tranquilidad.

Cuando hubo concluido, contestó en el pergamino en blanco que le mandaron:

«Muerto yo, acabaron mis ilusiones sobre Melania; me inclino por lo tanto á acceder á vuestro deseo. Os ruego sin embargo, poderoso señor, me concedais ocho dias para reflexionar y decidirme. No puedo romper un juramento y presentarme ante los hombres aguijoneado por el recuerdo

de un perjurio, sin haberlo meditado mucho é irme acostumbrando á él ántes de abandonar mi cruel prision y aparecer de nuevo en el mundo. Me quedo con la mitad de este pergamino y con el tintero para extender mi renuncia irrevocable á la mujer que amo, ó mi negativa, que pondré en el torno la noche del octavo dia que empieza á contarse desde mañana. Por si acaso me negara, que esté cerca de mi calabozo el verdugo. Conozco vuestro talento, y comprendereis como yo el gran bien que recibiria saliendo de este mundo acompañado del espíritu de mi padre, y doy por hecho que una persona como vos no debe mandar asesinar al infeliz viejo, que ningun daño os hizo ni puede haceros. Otra cosa sería convertirnos en tigre más torpe aún que fiero, y nadie puede pensar eso de una inteligencia como la vuestra.

HERNANDO.»

Alvarez de Toledo cortó la parte de pergamino que sobraba, arrojándola con el tintero á un rincon de su calabozo.

El escrito que le dirigieron lo guardó en un bolsillo, depositando en el torno lo demás, incluso el servicio de comida.

Aquella noche durmió tambien desde las ocho hasta las seis, que empezó el repique de campanas.

Como el dia anterior, comenzó á trabajar sin conseguir hacer más calas que tres. Cuanto más subia, más difícil le iba siendo abrir el muro; pero así y todo juzgaba que en cinco ó seis dias más, quedaba su obra concluida.

Las funciones religiosas continuaban; eran un novenario que se hacía por cuenta de la hermandad del *Corazon de Jesús*, y hasta terminar ese plazo debian seguir sin interrupcion.

Practicando Alvarez de Toledo dos y tres calas al dia, llegó la hora de almorzar el sétimo, faltándole sólo una.

Oye el torno cuando estaba descansando, y se dispone á almorzar.

No esperaba escrito alguno, pero al cortar el pan, ve un pergamino que tiene la rúbrica de Doña Beatriz, y lee con vitez:

«Bien por vuestra contestacion á Carrillo: el final es admirable. Debeis escaparos esta noche; cerca del muro por donde os vais á descolgar habrá gente de armas que os reciba y, caso necesario, defienda. Nada temais por la vida de vuestro padre. Supongo que tendreis los trabajos concluidos ó para terminar; por si me he equivocado, seguirán tocando las campanas hasta las diez de la noche: vuestra evasion deberá efectuarse despues de las doce.

»Al día cláro y sereno, seguirá la noche con luna llena, que puede favorecer vuestro descenso, sorpresa al centinela, sin que dudeis matarlo en caso de necesidad. Es un miserable criminal escapado de galeras. Todo inconveniente ó contratiempo, lo subsanais extendiendo la renuncia y poniéndola en el torno; yo haré que se la arranquen al que la lleve á Avila y que sorprendan luégo quinientos ginetes que tengo dispuestos la escolta que os acompañe. Todo ménos vuestra muerte, y os advierto que teneis ya cerca del calabozo el verdugo. Hacedlo por Melania, por vuestro padre y por mí.»

—Esta eminente mujer,—exclamó Toledo,—en todo está, y sus agentes cerca de los conspiradores en Avila valen tanto que hasta le facilitan copias de la correspondencia privada y que más interesa ocultar al Arzobispo de Toledo. La admiro como merece; pero ni ella ni nadie lograrán de mí que falte al juramento sagrado que hice á Melania, ni á ningun otro; eso, jamás. En buen hora que tengan el verdugo preparado; me salvo esta noche, ó perezco; mi libertad ó la muerte, eso ha de ser y ninguna otra cosa.

Despues almuerza; oye al poco de concluir el toque de las campanas, y en tres cuartos de hora que permanecen echadas á vuelo labra en la pared su última cala.

El día anterior lo habia empleado todo en profundizar unos huecos, dar más declive á otros, agrandar algunos, hasta dejar los veintitres á la perfeccion.

Están en línea recta y tan iguales, que nadie los creeria hechos sin andamios, buenos instrumentos y estudio del arte

Quando termina el último, descansa. Vuelven á tocar la

campanas, y el intrépido joven comienza á subir y bajar por la escalera que tantas gotas de sudor y esfuerzo le exigió en los ocho dias que estuvo construyéndola.

Pero está satisfecho de su obra; por ella sube en dos minutos y baja en tres, repitiendo esta operacion siete veces; pero sin atreverse ninguna á sacar la cabeza, usando de la prudencia y prevision que tanto le ha recomendado Doña Beatriz.

Ha visto, sin embargo, la copa de un árbol y la cúpula de la torre de San Francisco. Ha podido contemplar la pálida sombra del mundo en que vive sin ver ni oír nada hace cerca de tres meses.

No se van á realizar los temores que abrigó un dia; la construccion de su calabozo lo resguardaba del frio, pero de permanecer allí en el verano, sospechaba con fundamento que el estío de Madrid lo aniquilaria si no lo mataba.

Es indudable que debe salvarse esta noche ó perecer encerrado como está en ese terrible dilema.

Ahora escucha el tañido de las campanas, sin moverse de su asiento; come de cuatro á cinco, y aprovecha el ruido de otro vuelo, cerca de anohecido, cuando ya las sombras pueden ocultar la mano maestra que ha introducido el clavo en el extremo del tragaluz. Al efecto ha hecho uso del barreno y del mango de su cuchillo.

Luégo ata la punta de la cuerda y se baja, dejándola caída á la parte interior.

Quita la mesa y silla, pone en el sitio que estas ocupaban la paja que le sirve de lecho, y sube y baja cogido á la cuerda sin que aquella se rompa ni el clavo ceda una línea.

Ha probado la solidez de ambos, y ya tiene confianza absoluta de bajar con seguridad por la parte exterior.

Ya está tranquilo y aguarda sólo la media noche para trepar, descender y buscar su salvacion ó la muerte.

Precisos eran su valor, sangre fria y hasta poco aprecio á la vida para no temblar.

Estaba sentenciado á sufrir las terribles consecuencias del sistema celular, ó sea el completo aislamiento; pero una excep-

cion podía llevar á su calabozo á alguno de sus verdugos, y el improbable trabajo de ocho dias quedaba inútil para la evasión, y sólo debia servirle para abreviar el tajo con que el ejecutor separaria su cabeza del tronco.

Se le ocurrió efectivamente esta idea, mas sonrió, exclamando con naturalidad:

—Nada puede hacer á mi espíritu la furia reunida contra mí de todos los asesinos del mundo.

Y queda sentado, pensando en Melania, en su padre y en Doña Beatriz.

Pronto veremos si llegó su último instante, ó compadecido el destino le concede con la vida una sabrosa venganza que fomentan en ochenta y tres dias de prision, los tormentos más crueles que pueden amargar la existencia humana.

CAPÍTULO XII.

Lo que es la libertad para el que careció de ella.—Rasgo sublime de humanidad.—El árbol y el muro.—Acompañamiento silencioso.—Otra vez Doña Beatriz.

No le parecieron á Hernando largas y pesadas aquellas terribles horas de ansiedad é incertidumbre para otro. Las veía cruzar lentas y pavorosas, oyendo el vuelo de las campanas sin emociones, temor ni sobresalto. Su sangre circulaba con regularidad, el corazón latía con lentitud y no notaba movimiento alguno en los filamentos de su sistema nervioso.

Al ruido tañidero de las campanas reemplaza un profundo silencio, que nadie ni nada interrumpe. En lo que imita al de la tumba parece precursor de la muerte.

Otro que no fuera Hernando, ¡qué horas, minutos y segundos hubiera visto deslizarse tan angustiosos y crueles hasta las doce de la noche!

Por el contrario nuestro jóven, fija su vista en este instante en el plenilunio, sonreía con placer contemplando en la claridad de la luna la bella y radiante aurora de su libertad.

No percibe el más leve ruido ni se siente fuera la brisa más ténue; aquel sosiego de la naturaleza es el mismo en que rebose el alma de Alvarez de Toledo.

¡Qué admirable mancebo! Lástima será que el hierro asesino destroce aquel corazón tan fuerte y poderoso, el primero

indudablemente de Castilla, el precursor del que poco despues debe latir en el pecho del gran Gonzalo de Córdoba.

Los verdugos de Hernando duermen, ó por lo ménos callan, porque no llega hasta el infeliz prisionero la señal del menor movimiento.

Poco despues da la campana mayor de San Francisco doce tañidos; es la única vez que lo ha hecho, y nuestro jóven supone que se los dirigen á él. Seguidamente otra más pequeña se deja sentir de un modo más dulce y suave.

Toledo comprende que con la primera le han marcado la hora que es, y con la segunda le dicen que puede emprender su fuga.

Doña Beatriz sigue velando por él y no pasa desapercibido lo más pequeño y pueril, mandando á su protegido cuanto le es posible.

¿Se habrá enamorado de él? ¿Ganaria su corazon con la lealtad, talento y actitud varonil que ella le reconoce y admira en grado superlativo?

No. Si lo hubiera conocido ántes, positivamente; pero la Bobadilla está casada con D. Ramon Cabrera, Tesorero general del rey, guardador de todas sus joyas y alhajas, y su pecho, noble y fuerte como el de la mejor heroína, no puede, no da cabida á otro amor que al que le inspira su entendido y valiente esposo, al cual domina y dirige, pues aun cuando vale mucho le supera ella en inteligencia y genio.

Hace todo aquello por Hernando, porque sabe mejor que su padre todo lo que vale; porque es el sér, de cuantos ha tratado, que más se asimila á ella, y porque en aquellos tiempos de depravacion y maldad es difícil si no imposible hallar un hombre de la nobleza, lealtad, valor y talento de Alvarez de Toledo, y á Doña Beatriz le era tan necesario como la vida, disponer de aquel brazo y privilegiada cabeza.

Ménos su honor, todo lo demás lo hubiera sacrificado ella por la salvacion de Hernando.

No se apresura nuestro jóven al oír las doce campanadas y señal que sigue. Guarda con calma el barréno, fija en el

cinto su cuchillo, un pañuelo que fué blanco y ahora tiene color indefinido, y seguidamente empieza á subir por la escalera, cuya construccion le fué tan difícil, sin cogerse á la cuerda, para evitar que esta se rompa en el ascenso, ó más trabajada en el descenso.

Llega al tragaluz; se coge á los bordes, y va poco á poco asomando la cabeza.

Nada ve por el primer frente de su calabozo ni por el segundo; pero por cerca del tercero distingue con la clara luz de la luna á un hombre bajo, delgado, con barba y bigotes largos, efecto de la falta de aseo, cejas pobladas y aspecto de de lo que era; de un asesino.

Lleva cota de malla, sayo de lana grosera, un cinto de baqueta, y pendiente de él larga espada y agudo puñal.

Hernando lo observa sin que pudiera ser descubierto; luego mira al cuarto frente de su prision, viendo sólo la casa donde están los restantes asesinos, dormidos probablemente.

Nuestro jóven contempla acto continuo los árboles, las torres, los edificios, aspira un aire cargado de oxígeno, el aura de la libertad, se ensanchan sus pulmones y siente un placer que le era desconocido hasta entónces.

—¡La libertad,—exclama,—mágica frase que sólo comprende el que ha carecido de ella, como yo, ochenta y dos dias!

Medita un poco, reconoce todo el patio, árbol por árbol, y luégo añade:

—Ese verdugo está sólo, la ocasion me convida y no la despreciaré.

En este momento ve un resplandor á la parte afuera del muro, que es seguido de dos campanadas que apénas hieren el metal.

El sicario se santigua. Hernando añade:

—Aguarda, Doña Beatriz; ya sé que es hora, pero ¿á qué tanta prisa? Voy á descender inmediatamente.

Se fija de nuevo en el centinela, el cual, despues de haber-

se hecho la cruz en el pecho, libre ya del enemigo malo, según su creencia, se sienta sobre un banco que hay en el patio é inclina la cabeza.

—¡Ah!—vuelve á decir Hernando,—parece que el sueño va á dominar á ese hombre. Pues entónces, Doña Beatriz, no puedo bajar tan precipitadamente como te habia ofrecido.

Al sicario, sentado ya, se le abre la boca, que cubre por un instante con la señal de la cruz. Por lo visto es todo un buen católico.

Luégo da cabezadas, y despues de diez minutos se convence Hernando de que aquel hombre estará soñoliento un rato, dormido por completo no, pues se restrega los ojos, se pone en pié, vuelve á sentarse, y entónces Alvarez de Toledo aguarda que cabecee un poco, en cuyo instante, sin hacer ruido alguno, sube la cuerda y la va dejando caer paulatinamente hácia la parte opuesta de donde está el vigilante.

Luégo mira á aquel por última vez, y sonríe.

Un segundo más tarde empieza Hernando á descender, llevando sus borceguíes sujetos con los dientes.

Era facilísimo verlo descolgar estando frente á él, pero oirlo imposible. Su descenso duró cinco segundos.

Con calma se pone el calzado, corta luégo la cuerda por la mayor altura que puede, logrando así llevarse un pedazo de más de tres varas, el que sujeta tambien en su cinto.

Despues mira hácia la puerta de la casa, que halla entornada; se acerca, aplica el oído y siente á lo léjos la fuerte respiracion de los que duermen.

Inmediatamente se dirige al ángulo del exterior de su calabozo que está más cerca del sicario, empuña su cuchillo y observa. Ve que aquel tiene la cabeza inclinada sobre el pecho, de un salto cae sobre él, clavándole la punta de su acero en la garganta.

—¡Si respiras, mueres, miserable!

Le dice, lo tumba en el suelo con hercúleas fuerzas, sujetándole las muñecas con su rodilla izquierda.

El centinela, que era tan valiente como casi todos los ase-

sinos, enmudece y tiembla, sin tener accion ni aun para pedir misericordia.

Es cobarde; en cambio tiene la supersticion y el fanatismo en cantidades enormes, y cree contemplar en la larga barba de Hernando, crespada melena que le baja hasta los hombros, mirada de fuego, fuerza de leon y carne de hierro, un demonio que se lo va á llevar en cuerpo y alma al infierno.

Aun cuando quisiera hablar se lo impiden lo trabado de su lengua, la excitacion nerviosa de que es víctima y el temblor que le agita y entorpece todo su organismo.

Sólo le es dado en este momento á ese infeliz cerrar los ojos para no ver aquel diablo que se lo va á tragar, y con el pensamiento pedir á María Santísima que lo defienda y ampare.

Hernando comprende todo esto como nosotros, y con calma le quita la espada y el puñal.

Luégo hace un nudo en su pañuelo y se lo mete en la boca, sujetándolo muy bien á la espalda, á manera de mordaza, que lo deja inútil para articular frase alguna.

Despues le ata las muñecas con el pedazo de cuerda que tiene, da con ella vueltas á las dos piernas, hasta unirle los tobillos interiores, dejándolo en esta situacion imposibilitado para todo.

Apénas puede hacer otra cosa que un ligero movimiento de derecha á izquierda.

Guarda Hernando su cuchillo en el cinto, coge la espada de su maniatada víctima, le dirige una mirada desdeñosa y se va al árbol que está pegado al muro.

Trepa por él como buen gimnasta; sube; una rama lo lleva al caballete, y ya en él fija su vista en la calle, distinguiendo cuatro hombres embozados, uno de los cuales le pregunta:

—¿Quién sois?

—Hernando. ¿Y vosotros?

—Servidores de la dama que vela por vos.

—Basta. Esperad.

Nuestro jóven no quiere llevar de sus asesinos ni la espa-

da que quitó al vigilante; la deja colgada de la rama del árbol y se desliza por la parte exterior del muro, viniendo á caer sin lastimarse en los brazos de dos de los embozados, que lo reciben con el mayor interés.

Uno de ellos baja la visera de su casco, y alargándole la capa con que se cubre, le dice:

—Tomad y embozaos, no os reconozcan. Ahora, seguidnos.

Al aparecer Alvarez de Toledo sobre el muro, da la campana de San Francisco tres tañidos; Doña Beatriz sabe en el mismo instante que Hernando ha recobrado su libertad.

A los cuatro caballeros que acompañan al mancebo, se unen ocho, y rodeado de los doce llega á la casita que ya conocemos.

Ahora no abre la puerta una anciana, sino dos guerreros, en pos de los cuales hay hasta quince.

Entran los trece que llegan de fuera, la puerta se cierra, y los veintiocho dan la enhorabuena á Alvarez de Toledo, indicándole que suba al piso principal. Nuestro amigo les obedece, quedando sus defensores en la parte baja de la casa.

Va el valiente jóven con la barba crecida, la melena larga y desrizada, el traje hecho pedazos por delante y lleno de tierra, rotos los borceguíes y horrible la gorra, que le sirvió en su prision para barrer.

Entra en la sala, pero acostumbrada su vista á la poca luz, le ciegan por un instante las ocho velas de cera que arden allí.

Al recobrar la vista halla cogida su mano derecha por las dos de Doña Beatriz, que le dice:

—Sea enhorabuena, amigo mio; ved en mi rostro marcado el placer que siente el alma al contemplaros sano y salvo.

—¡Benditos los labios que pronuncian esas frases, y bendiga, guarde y defienda Dios á la dama más noble, generosa y leal que tiene Castilla!

—Sentaos, Alvarez de Toledo, que vendreis rendido. Aquí, en este divan; á mi lado. Contadme ahora todo lo que

os ha ocurrido en la prision y el modo que habeis tenido de salir de vuestro calabozo.

—Permitidme ántes que os diga lo siguiente: me habeis salvado la vida y os pertenece, señora.

—Ya lo sé, que no ha sido todo generosidad, Hernando; pero tened la satisfaccion de que la voy á emplear en cosas que las haríais con mucho gusto, aun cuando no me debiérais nada.

—Lo creo, corazon de heroína.

—No me aduleis, que soy vanidosa y casada.

—Si llegara á mi cerebro una sola idea que pudiera empañar vuestro limpio honor, el honor de vuestro valiente esposo, me la arrancaria en el acto con la punta de mi puñal.

—¿No me referis lo que os he pedido?

—¿Nada me decis vos primero de mi anciano padre y de mi pobre tio?

—Si, al segundo lo vereis en breve. ¡Cuánto os ama! El primero continúa preso, pero en la parte mejor de un castillo, nada le falta, y yo respondo de su vida.

—Basta, señora, y oidme:

Hernando le refiere en muy pocas frases el aislamiento á que estuvo condenado, lo terrible del castigo celular y todo lo que practicó para escalar su prision y fugarse.

—Muchos elogios hizo vuestro tio, —le dice ella, —de la destreza con que ejercitais la gimnasia; pero todo fué poco para lo que acabais de realizar. Llevásteis á cabo mi pensamiento lo mismo que yo lo habia concebido, pero dudando siempre de que hubiera un hombre capaz de intentarlo.

—Pues ya visteis que lo hubo.

—¡Admirable, Hernando! Lo que no entró en mi cálculo ni me explico, es que hayais huido sin matar al centinela.

—Me habria sido facilísimo.

—Salir de allí sin verter una gota de sangre, es increíble.

—Mañana os dirán que fué como yo acabo de contaros.

—Pues miedo no le habreis tenido.

—Miedo no, fué humanidad lo que sentí.

—¡Humanidad para vuestros verdugos!

—¿Y qué tiene de particular?

—Mucho.

—Ignoro la causa.

—La justa venganza en los hombres es consecuencia lógica y natural de lo que han sufrido.

—No me conoceis, Doña Beatriz, y es extraño, permitidme que os lo diga, que me supongais pasión que vuestro pecho no acoge, acciones que serían indignas de vos. Esos que llamais mis asesinos son unos desventurados que obran mal porque no tienen inteligencia; si supieran ganarse el sustento de otra manera que haciendo de sicarios, no matarían á nadie ni fueran instrumentos bajos y dóciles de un villano. Imitan al cazador de oficio, que asesta el dardo á la indefensa paloma, pero que huye espantado ante las garras del gabilan. Esos hombres, señora, jamás podrán inspirarme otra cosa que compasión. Nunca les haré verter una gota de sangre, como no sea en propia defensa, vengan muchos contra mí, y aun de ese modo he de vacilar.

—No me he equivocado; así os juzgaba, y la prueba me ha satisfecho.

—Supongo, Doña Beatriz, que compadecida de los tres meses próximamente que permanecí en la inacción, no me condenareis por más tiempo á una indolencia que me asesinaría.

—Al contrario; vais á montar á caballo, á correr por Castilla, á intrigar, á desbaratar planes gigantescos, á destruir maldades y á preparar á vuestra patria una ventura por que suspiran há muchos años el esposo afligido que ve deshonorada á su mujer, la madre tierna que le arrancan el hijo y le mancillan la hija; y vais, por último, á facilitar á un digno nieto de Fernando III el reinado que ha de hacer de Castilla el país más poderoso de Europa.

—No os comprendo, señora, pero adelante; mi vida os pertenece, y he de hacer cuanto alcance y pretenda vuestro audaz y elevado entendimiento.

—Sobre el mejor caballo de Castilla, seguido de hombres

leales, valientes y experimentados, con un río de oro y amigos en todas partes, ¿qué no hareis vos, Hernando?

—Una villanía; lo demás, todo.

—Pues dormid esta noche, y cortad mañana esa larga cabellera que estorba, molesta y os daría á conocer en vuestra nueva posición. Recortad algo la barba, pero dejadla para que os desfigure, y con eso, un poco más que ha engruesado vuestra voz y dentro casi siempre de armadura bruñida, todos os desconocerán, concluyendo por triunfar vuestro incógnito, valor y talento. ¡Ah, mi idea es infalible!

—Si la conociera os podría dar mi opinión.

—Poco á poco la ireis comprendiendo, señor Alvarez de Toledo. Nunca os diré más ni menos de lo que deba.

—Me inclino. Pero no os olvidéis de mi padre ni de Melania.

—¿Os voy yo á tener por ventura en horrenda prisión como el Arzobispo? No, á fé mia, que vais á correr por el mundo, facultades elásticas os he de dar y bien podeis á la vez cuidar de mis intereses y de los vuestros.

—Admirable.

—Pues adios, amigo mio; dormid, no salgais de esta casa, y hasta mañana por la noche. Sólo os quedan veinticuatro horas de prisión.

—Mi tío...

—Ya os he dicho que no tardareis en verle. Adios, Hernando.

—¡El cielo corone vuestra frente con la aureola del triunfo y la felicidad!

—Bueno, bueno; pero hagámonos dignos de ambas cosas, y pongamos de nuestra parte lo que se pueda.

Quedó solo Hernando y se miró al espejo, sonriendo al verse tan desfigurado.

Un cuarto de hora despues buscaba el descanso en una mullida cama que habia en la alcoba próxima á la sala.

Sus carnes agradecian en estos momentos la blandura de un lecho de que carecieron más de ochenta noches.

CAPÍTULO XIII.

Tío y sobrino.—Otra vez la casa misteriosa.—Los dos amigos.—Preparativos de marcha.

No llegan á cerrarse los párpados de Hernando; un momento ántes de quedarse dormido oye pasos en la sala contigua, siendo inmediatamente sorprendido por una voz trémula que exclama:

—¡Hijo, Hernando mio!

Es D. Alvaro, que al verle cae sobre él con la misma ternura que lo hubiera podido hacer su padre.

Sentado el jóven sobre la cama, permanecen un minuto tío y sobrino estrechamente abrazados.

El mayordomo ha humedecido el pecho del mancebo con las lágrimas que vierte, no puede articular frase alguna, la alegría embarga su voz.

De pronto llega á su mente una idea que le atormenta, recobra sus facultades, y separándose de su sobrino, le dice:

—No merezco tu cariño, no; fui torpe; me dejé enredar en grosera red para que tú y mi pobre primo fuéseis víctimas de la más cruel asechanza.

—No es eso, señor,—le contesta Hernando;—fué todo efecto del gran poder y destreza de nuestros enemigos. Os era imposible desobedecer la orden del rey.

—Pero al ver que S. A. no parecia ni me ocupaba en nada, debí comprender algo y retirarme inmediatamente á casa.

—Vuestra obligacion de mayordomo os retuvo en el alcázar, y yo en vuestro lugar habria hecho lo mismo.

—¡Qué noche, Hernando, y qué dias posteriores! ¡Me duelen los ojos de tanto llorar y el corazon de sufrir!

—¡Alma noble y generosa, que no ha llegado á herir ni perturbar la corrupcion de una corte que no tiene igual en el mundo! Vuestras lágrimas, señor, vuestro acendrado cariño, me acaban de recompensar de todos mis sufrimientos.

—¡Cuánto habrás padecido en los ochenta y dos dias que yo conté hora por hora, minuto por minuto.

—No lo creais; ni vos ni mi padre me conoceis bien. El calabozo en que permanecí ese tiempo es grande; el tragaluz con que termina me permitia ver el sol, el cielo, y por él recibia una atmósfera pura y agradable. Me acostumbé á la mala comida el tiempo que no me la dieron buena, que fué el menor; llegó hasta parecerme blando mi lecho de paja, y entre aquellas cuatro paredes no me faltaron ocupaciones.

—¡El aislamiento, la soledad, no ver ni hablar á nadie en ochenta y dos dias!

—Tambien os equivocais; un filósofo y hombre de ciencia como yo, jamás está solo ni le falta en qué entretenerse. ¡Cuántos problemas he resuelto; con cuántas nuevas ideas, hijas de deducciones lógicas, enriquecí mi entendimiento! Y luégo, entretenido con la gimnasia, practicada en silla, mesa, paredes, torno y suelo, vi deslizar las horas de mi vida sin penas, dolo ni amargura.

—¿Pero y la suerte de tu padre? Ese pensamiento ha debido destrozarte el alma.

—No os puedo negar, tio amado, que llegó á mi mente más de una vez, sombrío y cruel como la muerte; pero me dije: si me matan, le aguardaré tranquilo en la otra vida, y si vivo, sus desgracias me impedirán que perdone al Arzobispo. Juzgad que si por dos lágrimas que hizo verter el prelado á mi padre destrocé yo su alma y corazon cuando me hallaba

entregado á mis propias fuerzas, qué le va á suceder en adelante, auxiliado por Doña Beatriz y estando preso todavía mi padre en un castillo que habrá regado con amargo llanto.

—¡Me estremece la idea, Hernando! ¡Es tan poderoso ese hombre!

—Ni la débil paja movida por el más fuerte huracan ha de ofrecer ménos resistencia que él á mí.

—¡No te alteres, hijo; se encendió tu rostro y harto acabas de padecer!

—Sería capaz, tío, de perdonarle cuanto ha hecho contra mí, que no es de almas nobles y generosas vengar sus propias ofensas. ¡Pero con el tirano de Melania, de ese ángel tan inofensivo y tierno; con el hombre que coge á mi padre, le sorprende, ata sus muñecas, lo amordaza, lo encierra en una prision y lo sentencia á muerte; á mi padre, que sus únicos defectos son su excesiva bondad y ternura para con todo el mundo; á ese hombre, señor, no le haré yo la gracia de arrancarle la vida; á ese hombre le he de obligar á que beba mientras exista y gota á gota un mar de acibar que ya empieza á fabricar mi cerebro!

—Te has vuelto á alterar, Hernando, y me atormentas...

—¡Qué bueno sois! Vuestras frases y aliento son el néctar que ahora forma mi delicia. Comparad, tío, mi dicha al estrecharos, mi placer al conversar con vos y mi felicidad al hallar la conciencia que nada me dice, que de nada me acusa, y llevad á vuestra mente los pensamientos, incertidumbre, malestar y desasosiego del Arzobispo, de todos mis enemigos, y deducid la consecuencia. Pues bien, eso sucede siempre en el paralelo del criminal con el hombre honrado, noble y caballero. Todavía estaba yo en mi prision durmiendo sobre paja y tierra, alimentado con un mendrugo, un vaso de agua y esperando el cadáver yerto é inanimado de mi padre para cavar su sepultura junto á mi lecho, y compadecía á mis verdugos; en aquel estado tan terrible deploraba, más que mis propias desgracias, la ignorancia de los que me hacian sufrirlas.

—Quisiera que durmieses, Hernando.

—¿Tan pronto os vais?

—No, hijo; ya no me separo de ti mientras permanezcas en este pueblo.

—Entonces sigamos hablando.

—No; te echas, duermes, y yo, recostada la cabeza sobre el extremo de tu almohada, descansaré también lo que resta de noche.

—Vais á estar molesto.

—Voy á ser feliz; no te opongas.

—Sea, y permitidme que me quede dormido teniendo entre las mias una mano amiga, noble y generosa.

Y cogidos el uno al otro, se entregaron al sueño en la forma que habia expresado D. Alvaro.

Así permanecieron algunas horas.

El tío despierta á las siete y queda contemplando á su sobrino hasta las ocho, en que abre los ojos, besando con cariño la mano que aún oprimia entre las suyas.

Pronto Hernando se hizo cortar el pelo por un inteligente que aguardaba, igualó la barba, arreglando despues las uñas, para terminar lavando el rostro y casi toda la epidermis de su cuerpo.

Despues fué cubriendo sus carnes con ropa interior limpia y exterior nueva. Su tío le habia mandado con anticipacion cuanto el jóven tenía en su casa.

Dejaron á Hernando media melena, y lo corto de su pelo, unido á lo largo de la barba, lo disfiguraban completamente. Hasta tenía la voz algo más gruesa, segun hemos dicho, siendo por lo tanto muy difícil que lo reconocieran los que no fuesen sus parientes, allegados ó amigos íntimos.

Se presentaba ahora ménos bello, pero más varonil; no interesaba tanto su figura como jóven, pero agradaba más como hombre.

Completamente aseado y bien vestido, se sentó junto á su tío, con el cual conversaba ahora agradablemente.

A las diez le sirvieron un buen almuerzo, y á las cinco espléndida comida.

Todo era guerrero en aquella casa, lo mismo el rostro de los sirvientes que el murmullo y ruido de armas que solía escucharse en la parte baja.

Doña Beatriz no pareció en todo el día, ni les mandó recado alguno.

Tampoco osaron interrumpir la cariñosa conversacion del tío y del sobrino los defensores que tenían debajo.

Cortas parecieron á nuestro jóven y á D. Alvaro las largas horas del día y parte de la noche que permanecieron contándose lo que les habia ocurrido en los ochenta y dos días que estuvieron separados.

A las diez de la noche oyen llamar á la puerta, abren y poco despues se presenta en la sala Doña Beatriz.

Algo más tarde está ella sentada en el divan y sus dos amigos en sillones de baqueta, muy juntos los tres.

—Voy á referiros,—exclama Doña Beatriz,—lo acontecido en el calabozo y casa contigua despues que Hernando se fugó. El maniatado centinela, permaneció tendido sobre el suelo y sin recibir auxilio de nadie hasta las seis, que un compañero suyo salió al patio. Sin cuidarse de él, da la voz de alarma, y algo más tarde está rodeado de sus ocho compañeros, del jefe que los mandaba y de quince más, entre caballeros y soldados que desde la casa de enfrente vigilaban la del preso y á sus guardianes, los que fueron inmediatamente avisados. Desatan al maniatado, quítanle la mordaza ó pañuelo equivalente, le piden explicaciones, amenazándole con la muerte si los engaña, y aturdido, confuso, presa todavía de horrible pavor, refiere un delirio. Les dice que sería más de media noche cuando fué sorprendido por una furia con greñas, barba, ojos de fuego y con una musculatura y fuerzas indescriptibles. Añade que fijó en su garganta un cuchillo, cuya señal conserva, que con el aliento paralizó sus facultades, y ya inútil para todo, se tuvo que dejar que le tapara la boca y lo atase de piés y manos. Que no sabía más. No lo creen, y le castigan cruelmente en tanto que varios de ellos, reconociendo la prision por fuera, ven una cuerda que sale del tragaluz, y exclaman:

man espantados:—¡Se ha escapado el preso, maldicion!—Tiran de las espadas, uno abre la puerta del calabozo, y todos se precipitan en él, gritando luégo:—¡Huyó! ¡Huyó!—Ven la escalera hecha en la pared con tiempo y calma, el clavo, la cuerda, y culpan de todo al vigilante de aquella noche, que le suponen vendido, traidor, y por primera providencia lo encierran en lugar del preso, reuniéndose acto continuo los jefes para deliberar. En este instante se presenta entre los últimos un caballero que los conoce mucho, que pasa por amigo de ellos, y que, efecto de ser muy rico, les manda continuamente regalos que ganan sus voluntades. Tambien ha jugado con ellos en las largas veladas del invierno, se dejó ganar siempre y fué para los sicarios una providencia. Tanto le estiman y consideran, que durante sus orgías le permitieron mandar al preso algunos pasteles y hasta cambiarle el pan por otro que él aparentaba coger de encima de la mesa, pero que en realidad lo sacaba del bolsillo en que lo llevaba á prevencion.

—La providencia era efectivamente, Doña Beatriz,—le interrumpió Hernando,—pero no para ellos, sino para mí.

—Para los tres que estamos aquí, amigo mio. Continúo: el caballero intruso ve á los jefes sicarios descompuestos, furiosos, desesperados. Les pregunta qué ocurre, y todo se lo cuentan, pidiéndole su parecer. El generoso amigo supone torturar su entendimiento, y dando por hecho que está más sereno y reflexivo que ellos, exclama:—Ante todo, amigos mios, es necesario evitar la cólera del Arzobispo, pues de lo contrario todos sereis víctimas de su justa ira.—Los sicarios aprueban unánimes la primera idea del caballero, y este continúa:—Es indudable que ese soldado á quien teneis preso metió en el torno las herramientas que Alvarez de Toledo pudo necesitar para emprender su fuga, vendido á los amigos de aquel. Merece la muerte y debeis ahorcarlo. Pero esto no os libra de la venganza de D. Alonso, la que únicamente podeis evitar diciéndole que Hernando se ha suicidado, formando una cuerda con tiras de su ropa interior. Hoy es el dia en que ofreció hacer su renuncia ó entregar la cabeza al verdu-

go que le teneis preparado. Y es natural que esperase al postrer instante para cortar su existencia, no queriendo renunciar á Melania ni entregar la vida al tajo de sus enemigos. Esta tarde debe llegar Hernan-Perez, persona, como sabeis, de la absoluta confianza de Acuña, á recoger la renuncia de Hernando, llevárselo con todos vosotros, ó á presenciar su ejecucion, segun nos dijo al partir. Pues bien, proporcionaos inmediatamente un traje igual al que usaba Toledo, pero roto y sucio; de ropa interior formad una cuerda, y con ella ahorcais al soldado, presentándoselo á Hernan-Perez como el cadáver de Hernando. Debe estar completamente desnudo; cerca de él, sin órden, la ropa exterior y los pedazos que le hubieran sobrado de la interior. La cuerda estará sujeta por un extremo al pié de la mesa y el otro á su garganta. El que muere ahorcado se desfigura de tal modo, que le será imposible á Hernan-Perez conocer en el soldado á Alvarez de Toledo. Vendrá esta noche, la luz que entreis en la prision será opaca, y podeis decirle que al retirar el servicio de la comida notásteis que no habia probado aquella, que luégo se oyó un ¡ay! profundo, lo cual os obligó á entrar en la prision, viendo entónces el suicidio consumado sin que nadie pudiera evitarlo. Al Arzobispo le es igual la renuncia que el cadáver de Hernando, y se dará con este por satisfecho. Pero ocurre una dificultad, que puede ser origen de un contratiempo, y es que en adelante descubra D. Alonso á Hernando vivo y sano. Yo creo que con talento el fugado, sin olvidar nunca la leccion que le disteis y el omnímodo poder de su enemigo, ocultará su nombre miéntras viva Acuña, pues no ignora que le tiene declarada guerra á muerte. No obstante eso, yo, que conozco á su tío, le visitaré en obsequio vuestro, miéntras vosotros realizais la idea que os he indicado, averiguando con destreza y sagacidad qué piensa hacer su sobrino, porque es indudable que si á alguno se lo ha dicho es á D. Alvaro, que lo quiere como á hijo, y este será el único que sepa donde Hernando se halla escondido. Ganad por el pronto tiempo para evitar los primeros momentos de cólera de vuestro señor, que esto ya es

mucho.—Con esas frases terminó sus consejos el caballero intruso entre los jefes sicarios. Largo tiempo debatieron aquellos; muchos opinaban que era lo mejor buscar á Hernando y clavarle un puñal en el corazon si daban con él. Pero las nuevas reflexiones del amigo, que tan sábiamente les aconsejaba, demostrándoles ahora el poco tiempo que faltaba para el arribo de Hernan-Perez, y lo imposible de dar con un fugado que tanto le convenia ocultarse, decidieron á los sicarios, comenzando á realizar el pensamiento expuesto. Partió el caballero, y regresando algunas horas despues les dijo que Hernando, seguido de algunos amigos, volaba hacia mucho tiempo en direccion de Italia con nombre supuesto y magníficos caballos; que así se lo habia asegurado D. Alvaro de Toledo. Esta noticia tranquilizó á los malos guardadores del prisionero ya libre, y á las cuatro de la tarde quedaban realizadas todas las ideas del hábil consejero. Hernan-Perez llegó poco despues de anochecer, y oyendo el relato que le hicieron de la muerte de Hernando, reconoció las ropas y el cadáver. La mala luz con que lo hacía, lo verosímil del cuento, y lo desfigurado del vigilante que ahorcaron con inhumana crueldad, le obligó á aceptar como exacta una fábula tan diestramente inventada como acierto hubo en su exposicion. Hace dos horas que enterraron al supuesto Hernando en un sepulcro que existe en la misma prision, metiendo dentro las ropas que estaban esparcidas por el suelo, y mañana marcharán todos con Hernan-Perez á Avila, donde los espera el Arzobispo. Se me olvidaba deciros que les costó un gran trabajo subir al tragaluz para arrancar el clavo y la cuerda fijos allí, lo que consiguieron á beneficio de una larga escalera, que, por influencia del amigo intruso, les prestó el sacristan de San Francisco, pues ninguno se atrevió á subir por donde vos lo hicisteis, Hernando. Y fué mucho mayor aún el trabajo que emplearon en cubrir con yeso los huecos ó calas abiertas en la pared y ennegrecerlas para que no notase su existencia Hernan-Perez. Eso y algunos otros detalles, que suprimo por innecesarios, forman el todo de lo ocurrido en el calabozo y

entre la gente que lo guardaba, convertida en el día de hoy de indolente en suma actividad.

Calló Doña Beatriz, y Hernando, después de meditar un minuto, le dijo:

—Bien aprendida llevaba la lección el caballero intruso.

—Tuvo tiempo de sobra para estudiarla.

—Con vuestra ayuda, Doña Beatriz. ¿Es cierto?

—Sí.

—Pero ese infeliz soldado fué una crueldad matarlo.

—Lo sentenciaron ellos á muerte, y nosotros no hicimos otra cosa que utilizar su cadáver para que fuese equivocado con el de otro ser humano.

—Comprometido está el caballero intruso con su admirable embrollo, porque yo tardaré poco en arrancar de la mente de Acuña la ilusión de mi muerte.

—Os equivocais, Hernando; por mucho tiempo aún, acaso durante años, permaneceréis muerto para D. Alonso y la casi totalidad de los hombres.

—¿Qué os proponéis, señora?

—Oídlo, Alvarez de Toledo: pronto os hallareis al lado de D. Alonso, si bien os vais á presentar á él con una fuerza de quinientos ginetes, valientes, aguerridos, leales y que á vuestra voz obedecerán con la sumisión del vasallo, con la pujanza del león. Os llamareis Garcí-Gómez, individuo de un linaje esclarecido, cuyo jefe os mandará entre los conjurados. Casi siempre junto al de Acuña, y ganada por vos su confianza, no dará paso que vos no sepáis, ni llegará idea á su mente que os sea imposible adivinar. Lo demás, Hernando, ya lo sabreis.

—Comprendo vuestro pensamiento y creo que podré realizarlo sin que me descubra D. Alonso. La única dificultad me la opondrá mi conciencia...

—También estais equivocado, amigo mío; vais á salvar vuestra patria de la postración, miseria, desenfreno en que yace, y un alma noble como la vuestra no puede reparar en los medios cuando conducen á un fin santo. Tampoco sería pru-

dente ni racional el uso de otra conducta con los que decretan asesinatos, de delito en delito van al crimen y Castilla y Leon al caos. Jurásteis, además, obedecerme en todo.

—Y lo cumpliré, que os debo la vida y un respeto y afición que me constituyen en el servidor más sumiso de Doña Beatriz de Bobadilla. ¿Cuándo parto?

—Al amanecer.

—¿Con vos?

—Conmigo. Fuera de la puerta de Segovia nos uniremos.

—Nada más necesito saber.

—Pues os dejo á ambos, que la noche avanza y me resta aún algo que hacer. Quedad con Dios, amigos míos. En cuanto á vos, D. Alvaro, mudaos, según os tengo dicho, de casa, cambiándola por otra que tenga muro y fuerza armada que la defiendan; en ella esperais á vuestro primo D. Juan, el que en breve arrancará Hernando de su prisión. Nos vereis á vuestro sobrino y á mí de continuo; guardad el secreto de su existencia, y hasta dentro de pocos días, que yo no tardaré en regresar á la corte.

Y estrechando la diestra de ambos, salió de allí entre varios caballeros que la escoltaban.

Tío y sobrino cruzaron algunas frases, acostándose luego en la misma alcoba, aunque en diferentes camas.

Durmieron hasta las cuatro de la madrugada, en que fueron despertados por un caballero.

Hernando halló á su leal criado Martin Perez, que le fué ayudando á poner cinto repleto de oro, cota de malla, que le cubria desde los piés hasta el cuello, encima un sayo de terciopelo morado, cinturón con escarcela, espada y puñal, terminando con un casco que lucía en su extremo pluma carmesí, y llevaba delante visera que escondia perfectamente su rostro.

El sirviente Martin-Perez también tenía crecida la barba, pudiendo por lo tanto seguir á su amo, llamado ahora Garcí-Gomez, sin temor de que descubrieran al uno por reconocer al otro.

Tio y sobrino se estrecharon cariñosamente, subiendo luego Alvarez de Toledo á un potro negro de tan buena sangre y brio como su tordo.

Ya en el zaguan de la casa, da el último adios á D. Alvaro, y parte seguido de quince caballeros y varios sirvientes, entre los cuales iba Martin-Perez.

Su tio queda á la puerta hasta que los ginetes desaparecen.—Luego se retira á su morada, llevando en los labios una siniestra sonrisa que presagia la tormenta que su sobrino va á acumular sobre las cabezas de D. Alonso, Marqués de Villena y parciales. Hernando camina ya entre valientes guerreros que lo defenderán hasta perecer, y es tal la confianza que le infunde al tio el genio de su sobrino, que no halla peligro ni daño que el audaz mancebo no pueda destruir.

La casa de que acaba de salir es estrecha por fuera, pero extensa y capaz por lo muy largo que presenta su interior; queda ahora al cuidado de dos pobres mujeres que á nadie pueden infundir sospechas. Cuidan no obstante las dos guardianas de bastantes muebles, multitud de camas y otros objetos distribuidos en el largo y disimulado interior de aquella vivienda.

Los vecinos juzgan que es una posada donde suelen albergarse de continuo caballeros, soldados y hasta peregrinos.

CAPÍTULO XIV.

La marcha.—Maqueda.—La aurora de España.—El convenio.

A los primeros crepúsculos matinales llegaron Hernando y los que le acompañaban á una altura fuera de la puerta de Segovia, haciendo alto cinco minutos que tarda en unirse á ellos Doña Beatriz: va á caballo y seguida de otra escolta igual á la del supuesto Garci-Gomez.

Dados á conocer, se emprendió la marcha del modo siguiente: delante iban cuatro caballeros y otros tantos soldados; seguían Doña Beatriz en medio de veintiocho caballeros más, y en pos caminaban dos doncellas y hasta treinta soldados que servían lo mismo para batirse que para criados.

Doña Beatriz iba cubierta con un vestido de paño, color ceniciento, la toca de su época, con velo espeso, y le colgaba del cinto un puñal con cadena y vaina de oro.

Su aspecto era varonil, y resistía las marchas como cualquier hombre.

Se dirigen á Maqueda, distante de Madrid doce leguas, las que andan en catorce horas, descansando cuatro en dos paradas; llegan por consiguiente al término de su jornada á las ocho en punto de la noche, entrando todos en el ancho patio de un hermoso palacio.

Maqueda es en la época que pasa nuestra historia una villa de importancia, distante, segun hemos dicho, doce leguas de Madrid, seis de Toledo, á cuya provincia pertenece, y está situada en la carretera de Badajoz.

Poblacion antigua, conserva aún su muro y ostenta un magnífico palacio con castillos y torres, residencia de la viuda de D. Juan II, madre de Enrique IV, y de los dos infantes, Isabel, que cuenta quince años de edad, y Alonso, que ha cumplido once y es el destinado por los conspiradores para reemplazar inmediatamente en el trono de Castilla y de Leon al actual monarca.

Hay en Maqueda dos grandes hospitales, que por cierto se conservan aún, como tambien el palacio, debidos á la inagotable caridad de la infanta Isabel, y en ellos se albergan los enfermos y pobres que vienen de otros puntos, pues en Maqueda no hay ningun necesitado, efecto de la sublime munificencia de Isabel.

Los muros, castillos y torres los guarnecen cinco mil hombres que paga la poderosa infanta, pues sabido es que al morir su padre Juan II le dejó una dote colosal, hasta el extremo de no haber en toda la Península ibérica rey ni infante que pueda disponer de tan pingües rentas.

Hemos dicho que entraron en el palacio Doña Beatriz y su comitiva. La primera se tira del caballo y corre hácia una galería donde le aguardan los brazos de la infanta Isabel, que la estrechan como los de una amiga tierna y cariñosa.

Las dos desaparecen al interior del palacio sin ser vistas de los individuos que escoltaron á Doña Beatriz, los cuales en revuelto tropel echan pié á tierra, quedando cogidos á las riendas de sus respectivos caballos.

Aguardan en el patio diez minutos. Salen luégo sirvientes que cogen los cuadrúpedos y altos empleados que conducen á los ginetes á las habitaciones que les están dispuestas.

Un gentil-hombre se acerca á Hernando, preguntándole:

—¿Sois el caballero Garci-Gomez?

—Sí, señor.

—Pues seguidme en union de vuestro criado.

Van el gentil-hombre dando la derecha á Alvarez de Toledo y detrás Martin-Perez, llevando al hombro dos grandes maletas.

Entran en un salon extenso y bien decorado, con alcoba y cuarto de vestir contiguos, y en el centro se detienen, diciendo el gentil-hombre:

—Cambiad de traje; descansad; luégo os servirán la cena, y no os acostéis, que ántes hablarán con vos dos damas del palacio.

Le hace una reverencia y desaparece.

—Martin,—exclama Hernando,—miéntras me quito el polvo de la cara me sacas el traje de corte. Antes, fuera este casco.

Veinte minutos despues habia cambiado Hernando su traje de guerra, que era entónces el de camino que usaban los caballeros, por otro ligero y elegante de seda.

Despues cena, y á las diez se le presenta otro gentil-hombre, que le dice:

—Caballero, si lo teneis á bien, seguidme á la estancia de mi señora.

—Estoy á vuestra disposicion.

Y ambos se trasladan á un gabinete de estudio y labor, no muy grande, ovalado y modesto.

En él está una jóven leyendo, y en el respaldo del sillón en que descansa, se apoya una señora de aspecto grave, como de cuarenta años, y que parece la maestra ó directora de estudio de la jóven.

En torno hay bastidores colocados con orden, diferentes labores y hasta una rueca de plata.

Al llegar Hernando y el gentil-hombre levanta la jóven la cabeza, aquel le hace una reverencia y se retira. Alvarez de Toledo se inclina tambien, quedando parado en el dintel de la puerta.

La jóven le devuelve su saludo, fijando en él una mirada penetrante.

Despues dice á su maestra:

—Vete de aquí.

—Señora...

—¿Me haceis el favor de retiraros?

—Perdonad, os obedezco; todo ménos que esteis grave conmigo.

—Pues ya sabes el medio. Adios.

Le hace otra reverencia, y desaparece.

La jóven tiene una estatura mediana, el rostro agradable; es rubia, ojos azules, grave, mesurada, modesta, natural, reflexiva, y hay majestad en su accion y movimientos.

Es más baja que Melania, bastante ménos hermosa, pero sabe, como aquella, historia, latin y es muy inteligente.

Es la infanta Isabel hoy, reina despues, apellidada la *Católica*, y el mejor monarca que tuvo España desde que murió Fernando III hasta ahora.

Vuelve á fijarse la jóven en Hernando, y con voz grata y ademan finísimo le dice:

—Sentaos en ese sillón, señor Garcé-Gomez, acercándolo un poco más.

—Señora, no sé si debo...

—Yo os lo suplico; soy la infanta Isabel.

—¡Ah! Os obedezco.

—Mucho habreis sufrido, pobre Hernando, en la prision aquella tan inhumana é injusta.

—Algo, señora.

—Mas he sabido con singular admiracion, que el martirio no quebranta vuestra voluntad ni debilita vuestro corazon.

—Gracias.

—Y no me extraña, habiendo cursado las aulas y recibido del sabio Abiabar la filosofia y ciencia que desconocen casi todos los hombres.

Hernando llegaba de sorpresa en sorpresa á la admiracion. La voz, mirada y majestad de aquella niña que concluia de cumplir quince años, el pleno conocimiento que demuestra de su educacion, de algunos acontecimientos de su vida, y la

dulzura, aplomo y gravedad con que habla, logran de él lo que no consiguieron Enrique IV y el Arzobispo de Toledo; esto es, imponerle.

Calla la infanta y Alvarez de Toledo no halla nada que contestarle; visto lo cual por Isabel, continúa:

—La fortaleza del espíritu no se adquiere en los campos de batalla, en los torneos ni hablando con ignorantes; se logra ese supremo bien con el estudio; este eleva el espíritu, y en mi opinion sólo es fuerte el espíritu elevado. ¿Qué os parece?

—Lo mismo que á vos.

—Dicen que no sabeis adular.

—No mintieron.

—Dadme vuestra opinion sobre el estado de los reinos castellano y leonés.

—No puedo, señora.

—¿Por qué causa?

—Porque S. A. el rey es hijo de los mismos padres que vos.

—¡Ah, sí! Muy bien, señor Garcí-Gomez. Y del Arzobispo de Toledo, ¿qué opinion teneis formada?

—Es desgracia mia no poderos complacer en todo como deseo. Tampoco me es dado hablar de D. Alonso Carrillo de Acuña.

—¿Por qué?

—Dicen todos, y él no lo niega, que es mi mortal enemigo.

—Y sobre el Marqués de Villena, ¿teneis tambien reparo?..

—Ninguno. D. Juan Pacheco, con talento, brillante imaginacion y brava energía, se ve á su pesar empequeñecido por algunas pasiones que nunca producen bien y que suelen causar mucho daño.

—Me gusta el concepto. ¿Os atreveríais á mandar un ejército?

—Sí, señora.

—¿Y á dirigirlo bien?

—Con interés grande, sí; con acierto, lo ignoro.



—¡Qué dicha para el hombre de guerra dar una batalla, ganarla, y que hieran el tímpano de sus oídos el murmullo de los vítores y el eco de multiplicados aplausos que repiten los cóncavos! ¡Oh, si yo fuera hombre llegaría sin duda á general!

—Permitidme que os contradiga, señora, ya que no os gustan adulaciones. Para vos y para mí vale más que todo eso un secreto arrancado á la ciencia, la destruccion de un buen sofisma aniquilado por la filosofia, y muchas otras cosas con que se hace el bien de la humanidad.

—¿Quién os ha dicho que yo pienso así?

—El poco entusiasmo y la mucha frialdad con que os expresásteis.

—¡Luego he mentido!

—No es posible que salga cosa tan fea de alma tan elevada y labios tan puros. Quisísteis simplemente conocerme.

—Continuad, ya que tanto adivinais. ¿Qué me propongo con eso?

—Saber lo que valen y para lo que sirven vuestros partidarios.

—Señor 'Garci-Gomez, estais penetrando en el sagrado de las intenciones de una dama.

—Hasta faltándoos, señora, os ayudo á que me conozcais.

—Entónces basta de estudio.

—Como gustéis. ¿Marcho?

—No; es temprano.

—Sólo deseo serviros.

—Os creo, Garcí-Gomez. ¿Con que, segun vuestra opinion, ninguno de los dos servimos para mandar batallas?

—Si he dicho eso, me expresé mal; es diferente el que nos gusten ó no, y el que nos veamos en la imperiosa necesidad de asistir á combates. Es más, tengo la profunda conviccion de que nos hemos de hallar en guerras desastrosas.

—¿Tambien yo?

—Sí, señora.

—¿Una pobre infanta ignorada de todos y escondida en Maqueda?..

—Lo mismo sucede al brillante colocado por la mano de Dios en las entrañas de los montes. Allí está ignorado, desconocido de todos; pero el día que el hombre lo presenta á los rayos de la luz todos admiran su brillo, que no se parece al de ninguna otra piedra.

—Galante simil. Para un filósofo y hombre de ciencia como vos, debe ser terrible mandar que den una carga y ver luego el campo cubierto de miembros mutilados, de cadáveres, de heridos que despedazan el sensible corazón con sus lastimeros ayes.

—Cierto, pero es más penoso y cruel todavía ver la traición, el dolo y la iniquidad destruyendo impunemente las familias, la hacienda, al inofensivo y al que gasta la mayor parte de su vida en adquirir una pequeña fortuna. De los dos males prefiero el primero, que es el menor.

—¿Están Castilla y León en ese caso?

—Aun cuando disfraceis un poco la pregunta, me impide contestarla vuestro hermano y mi señor S. A. el rey.

—No mienten los que aseguran que teneis talento. Lástima es que seais tan poco religioso.

—Amo á Dios con toda mi alma, sobre todas las cosas, más que á todas las cosas.

—¿Y á Jesús?

—Tambien lo amo y le admiro.

—¿Tanto al Hijo como al Padre?

—No; más al Padre que al Hijo.

—Me lo temia. ¿No es uno mismo en la esencia?

—No estudié teología, señora.

—¿Pero qué creéis?

—Si Jesús es Dios, los amo lo mismo; si es distinto, amo más á Dios.

—Eso es no querer contestar categóricamente.

—Puede.

—¿Y á María?

—Su solo nombre endulza mi alma. Fué la protectora de mi madre, la egida de mi padre. ¿Quién puede no amar esa víctima sublime de la crucifixion de Jesús?

—¿A qué santo teneis más devocion?

—A Dios.

—Me refiero á los varones santificados.

—Amo tanto á Dios, señora, que absorbe por completo mi cariño.

—¿No os parece que el apóstol San Pedro es la más grande figura del cristianismo despues de Jesús?

—No, señora.

—¿Qué decis!

—La verdad.

—¿Pues cuál es la mayor?

—San Pablo.

—Nuestra madre la Iglesia dice lo contrario.

—Estudiando los libros sagrados adquirí la creencia que acabo de exponer.

—Hernando, no estoy conforme con esas ideas.

—Lo siento.

—El sabio Abiabar os extravió algo.

—Nada contesto, señora, porque era terrible la réplica.

—Dadla; me gusta oirlo todo.

—Necesito que me lo mandeis.

—Os lo ordeno.

—Sólo el sabio enseña, ilustra y demuestra la verdad; solo el pillo ó el tonto extravía, perturba, fanatiza y conduce al hombre á la supersticion.

—Hablemos de otra cosa, Hernando.

—Soy vuestro servidor.

—¿Amais mucho á Melania?

—Cuanto es posible.

—Dicen que es muy bella.

—Lo he oido tambien.

—Que tiene bastante instruccion y talento.

—Pobre niña, sin padres y con un tirano por protector, eleva la inteligencia en sus eternos ratos de ocio.

—¿Ella os ama mucho?

—Lo dice continuamente.

—¿Teneis confianza?

—Absoluta.

—¿No podrán obligarla?..

—Morirá primero que sucumbir al que le ofrezca un perjurio.

—¿Tan fuerte es?

—Tanto como yo.

—Basta, amigo mio; despues de ochenta y dos dias de prision os andais en catorce horas doce leguas, y vuestra materia, por dura que sea, necesita descanso; que hasta el oro se quiebra si le golpean mucho.

—No tengo sueño ni siento molestia alguna; pero si lo mandais...

—Siendo así os dictaré una carta.

—Cuando gustéis.

—Acercad el sillon á la mesa; tomad lo necesario.

—Aguardo, señora.

—Va á ser en latin.

—Me es igual.

«Mi querida Beatriz: No os equivocásteis; vuestro recomendado hará más de lo que hemos supuesto; extended el convenio y que lo firme. No le economiceis nada, ni sujetéis al águila que ha de dominar el espacio. Es un brazo derecho, y en lo más difícil puede ser tambien una gran cabeza.—Tu amiga.»

—Dadme que firme.

Y pone al pié de la carta, Isabel. Luégo exclama:

—¿Gallarda letra! Poseeis el latin admirablemente. Tomad; en el salon contiguo hallareis un gentil-hombre que os conducirá á vuestras habitaciones. Dadle luégo ese escrito y que lo lleve á su destino.

—Beso vuestros piés, señora.

—Adios, Garci-Gomez, dormid tranquilo cuanto necesitais.

Al salir exclama Hernando para sí:

—¡Qué mujer tan grande, Dios mio!

Al desaparecer Alvarez de Toledo, murmura Isabel:

—¡No tiene ese hombre parecido en Castilla y Leon!

Los dos se habian estudiado y comprendido.

Hernando duerme en blando lecho hasta cerca de las ocho de la mañana.

Almuerza á las diez, y á las once le dice un ugiar que lo espera Doña Beatriz de Bobadilla.

Reunidos ambos, se sientan en torno de un velador en que hay recado de escribir y varios documentos.

—Antes de dar principio á nuestra conversacion,—dice ella,—quisiera que conociérais al infante D. Alonso.

—Estoy á vuestra disposicion, por más que no comprenda la causa. Yo creí que eran los príncipes los que debieran estudiar y conocer á sus servidores.

—Eso es para la conveniencia de ellos; para la nuestra, lo contrario. Si los grandes, los caballeros y el pueblo conocieran á sus reyes y príncipes y les hicieran justicia, no estarian Castilla y Leon sumidos en el caos que tanto deplorais.

—Doña Beatriz, reparad el sitio en que nos hallamos.

—Nadie puede oirnos y no entró, por otra parte, en mis calculos desfigurar la verdad ni mentir.

—Veremos al infante cuando lo tengais á bien.

—Viene á estas horas todos los dias á saludarme, y aguardo esa ocasion para presentaros á él, sin que nadie comprenda la causa.

Continuaron hablando de cosas indiferentes diez minutos que tardó en aparecer el infante.

Es D. Alonso un niño que acaba de cumplir los once años, delgado, pálido, indolente y ruboroso como una dama.

Al ver á Hernando, exclama:

—¡Ah! Creí que estabas sola. Volveré luégo.

—Entrad, señor; me acompaña el valiente Garci-Gomez.

Es un caballero que os estima y desea vivamente conoceros.

Hernando y Doña Beatriz se pusieron de pié; el infante, despues de mirar con indiferencia á Alvarez de Toledo, se sienta en un sillón, preguntando á la dama:

—¡A mí! ¿Para qué, Beatriz?

—Sois infante de Castilla, señor; hermano de S. A. el rey...

—¿Y qué? Sólo á las fieras de Segovia ó á una cosa rara se desea ver, y yo no soy nada de eso.

—Los reyes y los príncipes, señor,—exclama Hernando,—son admirados donde se presentan por la majestad que revelan su rostro, figura y movimientos, es grato contemplarlos, y yo me felicito por tener la honra de hablar con el futuro rey de Castilla.

—Yo no quiero ser rey, ni me gusta que me lo digas, ni me complace verte ni hablar contigo. ¿Qué me ha traído de Madrid la Bobadilla?

—Varias cosas que ya he mandado sacar del equipaje á mis doncellas.

—¿Dónde están?

—En el salón azul.

—Pues voy por ellas.

Y sin despedirse ni decirles nada más, partió lentamente hasta desaparecer.

Doña Beatriz cerró por dentro todas las puertas, y á solas nuevamente con Hernando, le pregunta:

—¿Qué os parece D. Alonso? Quiero oír vuestra opinión con lealtad y franqueza.

—Señora, basta verlo y oírle cuatro frases para comprender la nulidad completa de su entendimiento. A ese infeliz ni aun la materia le ayuda. Fatal podrá ser á Castilla y Leon Don Enrique, pero el infante Alonso, aún lo sería más.

—Es el rey que mejor puede convenir á los Villenas y Acuña. Con él se dividirían Castilla y Leon por partes iguales, comiéndose entre todos la rica presa á guisa de bandada de cuervos, que sólo dejan los huesos del cuerpo que devoran.

—Ahora comprendo toda la maldad, egoismo y ambicion de los conjurados.

—No creais que es mucho mejor D. Enrique IV. Unido este á la nobleza cuando le conviene y al pueblo cuando le hace falta para combatir aquella, inmoral y hasta cínico, logró convertir con su ejemplo el país de los caballeros, de la gente hidalga en bandoleros y foragidos que no respetan ni aun la virtud de la casta é inofensiva doncella.

—Lo he visto y deplorado como vos.

—Tiene Enrique IV una sola hija llamada Juana, que no puede reinar, porque Castilla y Leon dicen que el rey es impotente, libertina su mujer é hija esa niña de su favorito Don Beltran de la Cueva, por cuya razon le apellidan la *Beltraneja*.

—Tambien es cierto, Doña Beatriz.

—Veamos, Alvarez de Toledo, si opinais como yo: Enrique IV debe reinar hasta que muera, puesto que ya en el trono es un crimen el regicidio y un delito grande echarlo del puesto donde le colocó el destino. Pero teniendo en cuenta los vicios y estragos con que destruye su materia, entiendo que pronto concluirá él de suicidarse.

—Me parece lo mismo.

—Y hé aquí que lo importante es para el reino que no le reemplacen ni su hermano, que sería aún más impotente, ni la hija del crimen llamada la *Beltraneja*, porque con esta no habria ni siquiera Castilla y Leon.

—Todo eso es cierto por desgracia, Doña Beatriz.

—Tenemos un cuarto personaje, amigo Hernando, que es, en mi concepto, antítesis de los tres anteriores. Me refiero á la infanta Isabel, habeis hablado con ella, pudisteis conocerla bien y quiero que, con más lealtad y franqueza que nunca, me deis vuestra opinion sobre ella. Nada antepongo, Alvarez de Toledo, á la ventura de mi patria, por la cual suspiré siempre; soy mujer, no pude estudiar tanto como vos, tengo ménos talento y puedo equivocarme con más facilidad. Anhelo, en consecuencia, que no exageréis en ningun sentido

al hablarme de una infanta por la que quiero sacrificarme en pró de mi patria.

—No os habeis equivocado, amiga mia, al juzgar á esa niña de quince años, la cual vale ya mucho más que cuanto pudiera expresar mi labio. Tiene talento, sagacidad, comprende admirablemente y no hay en ella pensamiento, idea ó accion que no sean plausibles. El que en Castilla y Leon quiera felicidad futura, y sediento de la justicia auventada por Enrique IV; el hombre de bien, en fin, que ansie la felicidad de su patria, debe fijar la mirada en ese astro refulgente; debe ofrecerle su hacienda y hasta la vida, si ama al pueblo que le vió nacer. Resumiendo, con Enrique, Alonso ó la *Beltraneja*, sólo puede haber caos, destruccion, ruina, inmoralidad y corrupcion; con Isabel sucederá todo lo contrario, si el destino le die-
ra por esposo un hombre digno de ella.

—No erré y me envanece,—exclama Doña Beatriz con alegría,—y Dios mediante reinará esa infanta en Castilla y Leon con el nombre de Isabel I. Y no es esto sólo, Hernando: hay en Aragon un príncipe que heredará al rey su padre, el cual ganó á la edad de trece años la batalla llamada de los Prados del Rey. Su madre es muy entendida y varonil, su infeliz padre se halla ciego, y por esta causa el príncipe Fernando, que así se llama, ha tenido que tomar parte desde su más tierna edad en la tremenda lucha que sostienen Cataluña y Aragon. Dicen que es admirable ver al niño Fernando con su armadura de guerra y sobre valiente caballo, mandar ejércitos, correr, dictar órdenes, desafiar los peligros y luégo dormir á la intemperie, beber agua en su casco y sufrir las penalidades de los campamentos, con más valor que el soldado aguerrido.

—¡Sublime cuadro, Doña Beatriz!

—Aunque os riais de mí, voy á referiros el pronóstico de un fraile carmelita, modelo de virtudes y que ha muerto en olor de santo. Bien sé que vosotros los sabios os reis de las cosas sobrenaturales, porque no os entra en el entendimiento lo que ántes no analiza el escalpelo de vuestra ciencia.

Tampoco yo soy supersticiosa ni creo con facilidad en milagros, pronósticos y revelaciones, pues me consta que se ha abusado mucho; pero no hay regla sin excepcion, y cuando el pronóstico de hace quince años empieza hoy á realizarse, sería tan necio dudar de él, como dar crédito á la más torpe patraña. Dispensadme el preámbulo y oid el pronóstico del santo. Dijo el carmelita á D. Alonso, tio del príncipe Fernando, el mismo dia que nació su sobrino, lo siguiente, hallándose ambos á muchas leguas de donde acababa de tener lugar el alumbramiento de la reina:

«Hoy ha nacido en el reino de Aragon un infante de tu linaje; el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura: será muy devoto, aficionado á lo bueno y defensor excelente de la cristiandad.»

—¿Qué os parece el presagio, Alvarez de Toledo?

—¿Qué edad tiene D. Fernando, Beatriz?

—La misma aproximadamente que la infanta Isabel.

—¿Se han conocido por ventura?

—Hasta ahora no.

—Pues prescindamos del pronóstico, y hablemos de la union de ambos.

—Daba yo por hecho que nó íbais á creer en la revelacion, á pesar de estar cumpliéndose.

—Puede el hombre, amiga mia, ser inspirado por Dios ó por algún ángel; pero como se ha abusado tanto, segun reconocéis vos, llegó el caso de que no nos fuera posible distinguir la verdad de la mentira, y es conveniente por lo mismo prescindir de ellas para no incurrir en lamentable error.

—Dicen que la duda, por lo ménos, en ciertas cosas sagradas es vuestro único defecto.

—Aun cuando así fuera, Doña Beatriz, debeis imitarme, respetando mis creencias como yo hago con las vuestras. Un sabio eminente fué mi maestro, y opinaré como él hasta tanto que no halle otro de más talento que pueda probar lo contrario de lo que mi maestro afirma.

—Pero vos teneis criterio y opinion, Alvarez de Toledo.

—Tan asimilados á los de Abiabar que parecen gemelos.

—Hablemos entónces del príncipe D. Fernando.

—Mejor es.

—Con la union de aquel á la infanta, Aragon y Cataluña formarian parte de la corona de Castilla; ambos tienen derechos al reino de Navarra; más todavía al de Granada, que los moros poseen por derecho de conquista. Ese imperio musulman ha llegado á su último período de degradacion y debilidad. Su rey Albohacem no es mejor que Enrique IV, y su heredero, Boabdil, es ménos temible que nuestro infante Alonso, que salió há poco de aquí. Con un rey en Castilla y Aragon tan valiente y experimentado como el príncipe D. Fernando, y una reina tan entendida como la infanta Isabel, era en mi concepto facilísimo que concluyese el largo periodo de destruccion y divisiones empezado al concluir la batalla de Guadalete, y que aún continúa por desgracia. Terrible paréntesis en la unidad de España, que principió con la muerte del rey D. Rodrigo y todavía prosigue: felices los reyes, caballeros y soldados que lo destruyan y vuelvan á su patria el poderío, unidad y ventura que la torpeza goda y la audacia agarena destruyeron. ¿Qué os parece el pensamiento, Hernando?

—Excelente. Antes que vos lo concibió el Arzobispo de Toledo, ofreciéndole al Marqués de Villena el trono de España con Portugal y hasta el Rosellon, en premio de la union de su hijo con Melania. Mas era tan criminal como imposible su realizacion por los medios que el prelado proponia. Vuestro gran pensamiento se halla dentro de la posibilidad humana, se funda en el derecho, tendria la fuerza, produciendo el bien. Pero eso, Doña Beatriz, está muy léjos.

—Sí, Hernando, y me he propuesto solamente saturaros con la atmósfera del presente y porvenir que yo respiro: era indispensable.

—Abarca vuestra gran cabeza, señora, desde lo fácil hasta lo más difícil.

—Pues cuento para la realizacion de mis ilusiones con la infanta Isabel, modelo de virtudes, rica, poderosa y entendi-

da; con vos, que valeis por lo ménos tanto como el Arzobispo ó el Marqués de Villena, y sirviendo á Isabel más que los dos juntos; con todos los hombres honrados del reino, que son los más, y con muchas ambiciones bastardas, que no nos conocen bien, y al ayudarnos se precipitarán por las pendientes de sus locos designios. Ya nos conoceis á todos, amigo mio, penetrásteis nuestros secretos, juzgad y decidme con completo conocimiento de causa, con fria razon, con más lealtad y franqueza que nunca, si quereis ser ó no nuestro brazo derecho siempre, y en muchas ocasiones la cabeza que mande, dirija y ordene.

—Acepto sin vacilar, Doña Beatriz. Vuestro ofrecimiento llena hasta el colmo mis deseos y aspiraciones.

—Lo habeis pensado poco.

—Es inútil perder tiempo en lo que sólo podia arrancarme una profunda ratificacion.

—Ya supondreis que yo no puedo admitiros sin condiciones.

—Es justo; dictarlas, y al pié pondré mi firma.

—Oidlas primero: no podreis disponer de vos ni aun para casaros con Melania, hasta que vuestra señora la infanta Isabel lo mande.

—Adelante; queda aprobada la primera.

—Obedecereis sus órdenes, que llevarán siempre la rúbrica que os es conocida, con ciega sumision y en el acto de recibirlas, sea grande, caballero ó hijo del pueblo el que os las entregue.

—Muy bien; aprobado, y aguardo la tercera.

—No hay más. Aquí las teneis escritas, led y firmad. Luégo enteraos de esas instrucciones.

Hernando firmó sin leer, á lo cual se opuso Doña Beatriz, replicando él:

—Empiezo á pagaros con una ilimitada confianza en vos la vida que os debo, y es inútil que os opongais al cumplimiento de un deber tan sagrado.

Seguidamente leyó dos veces las instrucciones, guardándolas luégo en su escarcela. Y dando firmado á Doña Beatriz

el documento en que estaban extendidas las dos condiciones, le dijo:

—Partiré al amanecer, haciendo en dos jornadas el tránsito que me separa de Avila.

—Hernando Alvarez de Toledo,—replicó con solemnidad Doña Beatriz,—disponeis ya de tesoros, poder, y á vuestra voz millares de hombres lucharán hasta perder la última gota de su sangre. ¡Dios os premie el bien que hagais, vuestra lealtad y valor, y os tome en cuenta lo contrario!

—Así sea.

—Esta tarde, amigo mio, comereis con la reina madre, los infantes y conmigo; despues os despedís de Doña Isabel, que al partir os daré el último adios.

De este modo concluyó la trascendental entrevista de Hernando y Doña Beatriz, cuyo convenio llevado á cabo variaba por completo el presente y porvenir del primero y debia empezar idéntico cambio en Castilla y Leon.

El supuesto Garcí-Gomez se retiró á sus habitaciones, leyendo hasta aprender de memoria el contenido de los documentos que le entregaba Doña Beatriz: grabadas en su alma con caracteres indelebles las ideas que expresaban aquellas instrucciones, las hizo pedazos y arrojó al fuego para evitar una sustraccion que podia comprometer el éxito de la causa más justa, en concepto suyo.

Los demás documentos de su pertenencia se los dejó á su tio, conservando ahora únicamente el pedacito de pergamino en que estaba la rúbrica de Doña Beatriz.

A las cuatro le avisó un gentil-hombre que pasara al régio comedor.

Despues entraron la reina madre, los infantes Alonso é Isabel y Doña Beatriz.

La última cogió á Hernando de la mano y se lo presentó á la reina madre como Garcí-Gomez, jefe de todas las tropas de su hija.

Cruzaron ambos algunos cumplidos, dando principio la comida, que fué modesta y en la que nada se habló.

Después de las cinco dejaron el comedor la reina y su hijo Alonso, quedando Isabel en medio de Hernando y Doña Beatriz.

La infanta despidió con un signo á los de la servidumbre que esperaban á la puerta, y dijo á Alvarez de Toledo:

—Partís mañana, y me alegro, Sr. Garci-Gomez. Mal andan los asuntos en Castilla y Leon; desgraciadamente cunde el mal ejemplo, y desde nuestra santa religion hasta lo insignificante de la más débil institucion, todo está corrompido y profanado. ¡Dios se apiade de nuestro infortunado reino! Puede ser esta una gran tormenta precursora de la paz y la dicha, ese es mi deseo, esa es mi esperanza, ¡haga el cielo que no se vean defraudadas! Vais, Garci-Gomez, hácia un proceloso mar que cubre la tormenta; buen piloto sois, pero todo es poco; dirigid vuestra nave con calma, acierto y discrecion. El rudo embate de las olas henchidas de pasiones bastardas, capeadlo, rehuyendo siempre imitar su furor; que no os estremezca el trueno, pero temed el rayo, huyendo de su furia aniquiladora. Jamás bogueis sobre agua turbia, que os puede manchar, y ya sabeis que el cieno encalla al mejor navío. Es útil llegar el primero al puerto para guarecerse en él de la tormenta y hasta conjurarla si es posible; pero es más útil quedar al paio ántes de romper las olas, para con quietud y calma elegir el mejor derrotero. Y yo entiendo, Sr. Garci-Gomez, que nunca sobra la precaucion, jamás estorba, pereciendo el piloto que no la tiene. Dicen que el buen marino es generoso, muy dado á la piedad y que empieza á distinguirse por esas dos grandes cualidades. Y añaden hombres pensadores, que nunca el sér humano debe enredar su madeja ni meterse á desenredar la ajena, porque no todos tienen la abnegacion del Divino Mártir del Gólgota. Bien sabeis que el que leva ancla y se hace á la mar, no tiene otro remedio que perecer ó llegar al puerto donde le aguardan con los brazos abiertos sus amigos y parientes. ¡Dios misericordioso os conduzca y guíe á la mejor bahía de Castilla!

—Gracias, señora.

—Cuanto os he dicho son ideas y consejos de una niña desterrada en Maqueda, que mata el ócio entre labores y libros como vuestra Melania; yo no desdeño, Garci-Gomez, ni aun la rueca. Aceptadlos de ese modo y no de otra manera.

—¡Dios misericordioso os cambie la rueca y el bastidor por un cetro de oro, que estaria mucho mejor en manos tan perfectas!

—Quién sabe; hija y nieta de reyes soy, pero no es difícil que me quede en Maqueda y continúe hilando, que el mar está muy picado, y ántes que navegar en agua turbia quiero permanecer en la playa.

—Hay tanta arena y tan pocas flores, que parece un páramo, y no es propio el yermo para ser habitado por el ángel de redencion.

—Aguardo tranquila y sosegada el cumplimiento de los altos designios de Dios.

—Bien hecho, admirable; pero bueno es, señora, dormir poco cuando hay peligro, conjurarlo si se puede, y en bien de la humanidad hacer sacrificios que demuestren la piedad y amor á nuestros semejantes. Naveguemos: quedando al paio, nunca llega la nave al puerto.

—¿Os habeis puesto de acuerdo con Beatriz?

—Siempre lo estamos en todo sin prévia comunicacion.

—¡Qué felicidad! Por eso ella hace tales elogios de vos.

—No los merezco, y ahora conozco la causa que los motiva; me distingue porque no me conoce bien.

—Quisiera yo combatir esa idea.

—Si hallo medios, os los ofreceré con mucho gusto.

—Mejor que guerreando, estaríais de consejero ó secretario de un monarca

—Si se parecia á vos, positivamente.

—¿Y si no se me asimilaba?

—Entónces no estaria bien de ningun modo.

—Estrechad mi mano, amigo mio, y partid mañana en busca de flores para este yermo.

—Si no las traigo, será porque habré muerto.

—¡Sois tan necesario á Melania, á vuestro padre y á Beatriz!

—Defenderé mi vida para los tres. El honroso calor de vuestra mano llegó á mi sangre é hizo una revolucion en mí. Positivamente os traigo las flores. Beso los piés de V. A.

—Es pronto, Garci-Gomez.

—Por adelantado, señora.

—Gracias.

Sale Hernando cerca de las seis del régio comedor, y entra en sus habitaciones, donde le aguardan veintiun caballeros con el que ha de ser su segundo para recibir sus órdenes.

Alvarez de Toledo estrecha sus manos, los reconoce uno por uno, les pregunta, y queda satisfecho de su exámen.

Son varoniles, entendidos en asuntos de guerra, y cada uno de los veinte manda veinticinco ginetes tan intrépidos como sus jefes.

Llaman todos á Hernando Garci-Gomez, y uno de ellos, á nombre de los restantes, se felicita de servir á sus órdenes, en vista de los elogios que les han hecho de su nuevo caudillo.

Alvarez de Toledo les contesta:

—Ignoro si vamos ó no á la guerra; depende de acontecimientos futuros que no se pueden prever; pero en paz ó en lucha, os recomiendo la humanidad: el noble nunca deja de serlo aun cuando se halle su vida amenazada. No os hablo de honor, lealtad, discrecion y reserva, porque sería ofenderos. Voy á contar con vosotros como conmigo propio; seré ante el peligro vuestro hermano, vuestro padre; pero os advierto que cuando mande no admitiré réplica ni vacilacion. En cambio os faculto para que atraveséis mi pecho en el instante de disponer algo contra el deber y la hidalguía. Saldremos á las cuatro para Avila, empleando dos dias y una noche que descansaremos á la mitad del camino. Pueden marchar ahora itinerarios para que nos vayan disponiendo alojamiento, comidas y piensos para los caballos. A la hora indicada en punto estaré al frente de vosotros.

Vuelve á estrecharles las manos y parten ellos.

Hernando llama á Martin-Perez, su criado, le participa la próxima salida y lee hasta las nueve de la noche que busca el descanso.

Su vida va á ser ahora un conjunto de intrigas y de azares que relataremos por creerlos dignos de que nuestros lectores los conozcan.

Gran talento tiene, valor, audacia y serenidad, pero todo le va á hacer falta en el espinoso sendero que empezará pronto á recorrer.

CAPÍTULO XV.

De Maqueda á Avila.—Banquete.—Espera.—Las dos culebras.—Vence Hernando.

A las tres de la madrugada despierta Perez á su amo y lo viste como al salir de Madrid; esto es, con la cota de malla, el sayo de terciopelo y bruñido casco.

Cinco minutos ántes de las cuatro, parte, hallándose en la galería á Doña Beatriz, que le dice:

—Desde mañana os aguarda el Arzobispo con impaciencia. Llegad hasta el pié de su palacio con la gente que mandais, y que espere allí los minutos suficientes para que sea reconocida por el prelado. Vuestro segundo puede reemplazaros en el mando de la tropa cuantas veces lo creais conveniente. Merece mi absoluta confianza. Adios, Hernando; vais por una corona, y el que á tanto se atreve no economiza nada. Hé aquí mi mano.

—Nada os contesto de palabra, lo harán mis hechos. Adios, señora.

—Adios, Hernando.

Monta á caballo, sale del palacio, se incorpora con los suyos y parte.

Al cruzar por debajo de los balcones caen sobre su casco y sayo varias flores que le arroja la torneada mano de la infanta Isabel.

Mira Hernando, cree reconocerla y le dice:

—Gracias, señora; os devolveré otras, dignas de una reina.

Se oye la voz de á escape, y salen los quinientos veinticuatro caballos como flechas.

Van haciendo la marcha sin impedimento alguno. Las comidas son malas y las camas peores, pues en esta época se reza todavía por el infeliz caminante; pero todos están acostumbrados á la dureza del lecho y á la sobriedad en la mesa, y el ménos práctico, que es Hernando, comparando aquello con los mendrugos y paja de la prision, le parece excelente cuanto halla.

Andan doce leguas al dia, y á las ocho de la noche del segundo han cruzado las veinticuatro que les separa de Maqueda, y entran en la plaza de Avila, quedando parados al pié de un palacio espléndido.

Dió su nombre en la puerta de la ciudad el supuesto Garci-Gomez, y nadie le puso impedimento.

Por donde pasan aquellos quinientos veinticuatro ginetes llaman la atencion. Quietos ahora, la están tambien excitando.

En el instante de detenerse á la puerta del palacio se hallan reunidos en torno de espléndida mesa todos los jefes conjurados; celebran el cumpleaños del Arzobispo de Toledo, que los preside, y al oir el estrépito de la caballería dejan el banquete y se asoman á los balcones, viendo con placer la apostura y brío de aquellos quinientos veinticuatro nuevos defensores, pues D. Alonso los aguarda y les ha dicho quiénes son.

Hernando echa pié á tierra y sube la escalera del palacio, encargando que pasen recado al Arzobispo; pero este le manda entrar al salon donde tiene lugar el banquete, todos le reciben en pié, estrechan su mano y el prelado le dice:

—Garci-Gomez, voy á mandar que se retire la fuerza al alojamiento que le tengo preparado. Sentaos, honrad mi mesa, y si algo os merezco, ayudad á estos señores, que se han empeñado en celebrar mi cumpleaños.

—Con mucho gusto, señor.

Le contesta Hernando, sale un gentil-hombre con la orden del Arzobispo y continúa el banquete, recobrando su interrumpida animacion.

Hernando se ha presentado resuelto, sin demostrar extrañeza alguna, come, y ahuecando un poco la voz contesta con la mayor naturalidad á cuantas preguntas le hacen.

Muy en sí, no hay nada capaz de aturdirlo; juega algo más que la vida, y su innata sangre fria se crece ahora como nunca.

Todos están allí cubiertos de seda, oro y piedras; solo él usa modesto traje de guerra, y en verdad que le hace sonreír esta idea, pues como piensa vencerlos, nada supone que le cuadra mejor que sus atavíos de campaña.

Llegan los postres y luégo los brindis. Hernando apenas prueba los vinos y solo acerca á los labios los licores. Sus compañeros, incluso el Arzobispo, han bebido bastante y ahora brindan.

Rodean la mesa el dueño del palacio, el Marqués de Villena, el almirante de Castilla, los Manriques, los Girones, el maestre de Calatrava, el conde de Alba, el de Plasencia y algunos otros grandes y caballeros principales.

Han brindado todos y le toca por consiguiente á Alvarez de Toledo, si no quiere hacerse sospechoso. Se pone en pié, coge la copa, y con voz siempre ronca, pero sonora, exclama:

—¡Brindo por el destronamiento de Enrique IV, y si elevado al trono el infante D. Alonso muriera sin sucesion, deseo que le reemplace el más digno de vosotros!

Y apura la copa.

Sigue á sus frases un aplauso general. Villena y el Arzobispo le miran con sorpresa, pero aplauden tambien y dice cada uno para sí:

—Garcí-Gomez nos ha dado á conocer la aquiescencia de los reunidos aquí. Bien por Garcí-Gomez.

Hernando con mucho talento ha recordado á Carrillo y á

Villena su más grata ilusión, y tiene ya empezados á ganar sus corazones. Pronto los dominará si le conviene.

Termina el banquete, los plácemes que siguen á este, y todos se van retirando hasta quedar solos el Arzobispo, que hace ya una digestion laboriosa, interrumpidas sus ideas por los vapores que suben del estómago al cerebro, y Hernando, que está más en sí que nunca.

—Sentaos en ese sillón, Garcí Gomez,—le dice con amabilidad D. Alonso;—yo en este, y hablemos. Me dice vuestro tío D. Rui Gomez, en carta que he recibido esta mañana, fechada en su castillo de Úbeda, que acepta mi invitacion, y no siéndole posible acompañarme por impedírsele su ancianidad y achaques, os manda para que lo representeis dignamente por ser el individuo de su familia que le ofrece absoluta confianza. Ya he visto los quinientos ginetes y veintiun caballeros que envía; son de mi agrado, y juzgo que con vos á la cabeza llegarán donde el mejor.

—Eso creo, señor Arzobispo.

—Dice tambien vuestro tío, que como representante suyo y siendo él grande de Castilla, quiere que tengais voz y voto en todas las deliberaciones; es muy justo, y os los concedo. Añade, que en lucha casi siempre con los moros y entre aquellas agrestes montañas, conoceis poco el mundo y pretende que os mande á correr tierras, os tenga al regresar á mi lado y os enseñe á tratar á los hombres: lo haré con mucho gusto. Hasta ahí habló él; ahora me toca á mí. ¿Qué os hace falta?

—Nada, señor.

—¿Quereis dinero?

—Traigo de sobra; mi tío es muy rico.

—Ya lo sé. Teneis vuestras habitaciones dispuestas cerca de las que yo uso más.

—Me complace y os lo agradezco.

—¿Traeis criados?

—Uno y cuantos quiera usar de entre mis soldados.

—Con el primero y los míos teneis bastante. Podeis disponer de los últimos á vuestro antojo.

—Lo haré.

—Vendreis cansado y voy á mandar que os acompañen á vuestros salones.

—No me molesta la fatiga, señor; soy fuerte como las rocas de mi país, y aun cuando debo dejaros para que podais dedicar el tiempo á asuntos de más importancia, voy ántes, si me lo permitís, á tener con vos una exigencia que me recomendó mi tío con mucho interés.

—Decidme, Garcé-Gomez, lo que gustéis; dejé terminadas mis ocupaciones del día y sólo me resta oiros y descansar.

—Es temprano, y si no os molesto...

—Al contrario. Hablad, amigo mio.

—D. Rui-Gomez os estima muchísimo; una parte de Andalucía quedará por él ántes de poco, y entiendo que al concluir os ha de mandar toda la fuerza de que dispone.

—Grandes nuevas son para mí. ¡Andalucía! ¡Oh! si logra eso, el triunfo no es ni aun dudoso en todo el reino.

—Tenedlo por seguro.

—¡Y se lo ha callado! Ese es de los que dicen poco y hacen mucho. ¿Qué mesnadas tiene?

—Sin violentarse gran cosa puede equipar y sostener cincuenta.

—Muy rico es efectivamente.

—Entre aquellas montañas, D. Alonso, se gasta poco y se les quita mucho á los moros.

—Pero á todo esto no me habeis dicho aún qué exigencia es la de vuestro tío, y en verdad que lo deseo para darle una prueba de mi gran estimacion.

—Verdaderamente son dos.

—Vamos con la primera.

—Os ruega que sea yo vuestra persona de más confianza, otro vos, que os ayude á todo y me haga digno, como es natural, del cariño de un tan sabio y eminente señor.

—Esa es ya un hecho, y vamos con la segunda.

—Durante la última guerra con los moros sirvió á sus órdenes, segun dice, un caballero que al frente de su mesna-

da le sacó de tan grave aprieto que si no llega tan pronto lo despedazan los mahometanos. Ese su libertador se halla preso por orden vuestra, y há poco logró hacer llegar á manos de mi tio un escrito en que le ruega interponga su influencia con vos para que lo dejen en libertad. Dice que quiere venir, echarse á vuestros piés y pedir os perdon de aquello en que os haya podido ofender, con otras cosas que no recuerdo. Y como mi tio le debe la vida, comprendereis su interés. Añade que no es cobarde, pero bonachon, y que de haberos faltado, como él supone, sería por causa de un hijo que tiene, audaz, pedante y tan metido á sabio, segun le han informado, que habrá sido muy capaz de comprometer á su padre.

—¿Cómo se llama?

—Permitidme que haga memoria. ¡Ah, sí! Toledo.

—¿Juan Alvarez de Toledo?

—Exactamente.

—¿Y pudo hacer llegar un escrito á manos de vuestro tio?

—¿Qué os extraña? Como le salvó la vida.

—Es que yo creí tenerlo mejor asegurado.

—Es hombre ya de edad, inofensivo, segun dice mi tio, y tanto habrá llorado á sus carceleros, que compadecido alguno mandó la carta, que en honor á la verdad, á nadie compromete.

—Oid, Garcí-Gomez: mandé prender al padre y al hijo porque descubrieron nuestro secreto y lo iban á vender.

—Merecian entónces ese castigo. Sería el hijo; el pobre padre...

—No he concluido; escuchadme: yo no me acordaba ya de ellos, cuando supe ántes de ayer que el hijo se habia suicidado en la prision.

—Entónces ya no hay peligro alguno; soltad al padre.

—Sí, mas en cuanto sepa la muerte de su hijo, puede creer que yo... y es capaz de cualquier calumnia.

—Teneis razon; pero eso se evita muy fácilmente. El preso venera y cree lo que le dice mi tio como si fuera divinidad. Me dais una orden, voy yo á su prision, le digo de parte de

mi tío lo que sucedió con su hijo, añado, si es preciso, que yo lo vi, y despues de exigirle juramento de que no hará en adelante otra cosa que aquello que yo le mande, lo pongo en libertad. Estoy seguro que le bastará saber que sois amigo de mi tío para veneraros el resto de su vida.

—Don Juan Alvarez de Toledo no es malo, y muerto ya su hijo puedo complacer á D. Rui-Gomez, anciano al que tanto voy á deber. Pero ¿cómo habíais de descender vos?..

—Al contrario, se alegrará mucho mi tío que sea yo el encargado de dar libertad al que salvó su vida; á vos os conviene que vaya, y yo deseo ver más tierras y mundo, que en Andalucía apénas he contemplado otra cosa que montañas. ¿Dónde se halla situada su prision?

—Entre Madrid y Alcalá, en un castillo próximo á Torrejon.

—Dos ciudades que tengo gana de conocer bien.

—¿Os decidís?

—Mañana mismo salgo si os agrada.

—¿Tan pronto?

—Si no os hago falta aquí, conviene la brevedad.

—Sea. Inutilizad por supuesto á Alvarez de Toledo...

—Descuidad, que ha de elogiaros siempre, ó lo deajo en su prision. Si á la vez me encargáseis alguna otra cosa para Alcalá y Madrid, aprovecharia mejor el viaje.

—¿Qué gente pensais llevar?

—Sólo mi criado; dos montañeses se abren paso por todas partes.

—Mañana iba á mandar propios á Madrid y Alcalá, mas vos, que teneis en el consejo voz y voto, no podeis desempeñar asuntos que sólo corresponden á un simple caballero.

—Como representante de mi tío, bien; pero como Garcí-Gomez debeis mandarme cuanto gustéis, si es que he de lograr toda vuestra confianza.

—Uno de los negocios á que me referia, me importa tanto como la vida, y nadie cual vos podia evacuarlo con más acierto, prudencia y discrecion, pues dice vuestro tío que na-

da iguala á vuestro talento; pero es de interés particular, y no tiene contacto alguno con la causa que nos retiene en Avila.

—Por ahí he de empezar para ir conquistando vuestro cariño.

—¡Oh, si lográseis lo que mi corazon anhela!

—Si no es un imposible, positivamente lo consigo. Nadie os puede servir, señor Arzobispo, con el desinterés y empeño que yo. Sois el amigo íntimo de mi tío, el que debe abrirme un porvenir brillante; mi esperanza en resúmen, mi ilusion, y en verdad que gozaré más en complaceros que en llevar á cabo el pensamiento de los conspiradores, porque vos me interesais más que todos ellos. Aún resuenan en mis oidos las últimas frases de D. Rui-Gomez. —«Garcí-Gomez, —me dijo, — Don Alonso Carrillo de Acuña es un sabio, el más poderoso de Castilla y de Leon; si anhelase un trono, conquistaselo, que al sentarse bajo el solio á ti te dejará en la grada. Cuanto él manda se obedece sin vacilar, y cuenta que agradarle á él supone más que ganar la voluntad de los reyes y de los grandes. Para ti debe ser en Avila otro yo; mi bendicion te despide; procura que al regresar te reciba en los brazos.» —Y yo, señor, quiero obedecer á mi tío, y deseo teneros satisfecho de mí, y anhelo que donde mireis haga yo brotar flores, que en vuestro labio fomite de continuo agradable sonrisa, y que si alguno os ofende, muera; por si no hay otro que le mate, traigo yo espada y puñal.

Quedaba la red tendida y el Arzobispo envuelto en ella. Hernando despliega ahora su gran talento para presentarse ante el astuto Carrillo como un andaluz, cuyo acento y brillante imaginacion imita, sin olvidar el movimiento grosero del montañés y la dulzura y gracia del hijo del Mediodía. Vivo, inteligente y enérgico, va poco á poco sitiando aquel duro corazon para ablandarlo con su poderoso aliento y que acabe por pertenecerle.

Ha estudiado la oportunidad de su presentacion, y saca cuanto partido es posible de un hombre que encuentra perturbado su cerebro por los vapores del licor.

Pero aún no han concluido. Oigámosles.

Lo primero que excita Garci-Gomez en D. Alonso es una agradable simpatía que poco á poco va convirtiéndose en el afecto que se tiene al hombre necesario, indispensable. Carrillo necesita á su lado séres de conciencia elástica, Hernando lo sabe y le indica que no va á tener ninguna, pero establece la gran distancia que le separa del ciego mercenario; supone que va á ser la cuchilla que cortará cuanto le estorbe, pero con gran inteligencia y desde el elevado puesto de un poderoso, siendo así que como representante de su tío D. Rui-Gomez se iguala á los más grandes. El tipo es nuevo para Acuña; no tuvo jamás instrumento capaz de luchar en todos los terrenos con el Marqués de Villena, el Almirante de Castilla y restantes magnates. Así es que lo acoge, atrae y pronto ha de mimar como al más necesario y querido de cuanto le rodea.

—Vuestro tío, Garci-Gomez,—le dice cogiendo una de sus manos,—me ha mandado mucho y me ofrece más; pero todo reunido no vale lo que su sobrino; decídselo de mi parte cuando halleis oportunidad.

—Esa opinion de un sabio me entusiasma, señor Arzobispo; y si respirando vuestra elevada atmósfera me extasio, al oiros esa última idea quedé arrobado: es la realizacion del sueño que viene halagando mi mente desde que tuve uso de razon. ¡Qué no haré yo por vos, María Santísima! ¡Sirviéndoos á caballo seré un meteoro, en el combate un rayo y en la corte un muro que aplastará al que intente ofenderos con obra ó de palabra! ¡Qué me importan á mí esos Villenas, Manriques, Girones, Albas y Plasencias? Primero el Arzobispo, luégo el Arzobispo y siempre el Arzobispo. Y si la corona real llegase á estar vacante, ¡ay del que ose pretenderla! Con los cinco mil montañeses de mi tío arrasaré sus palacios y castillos hasta no dejar piedra levantada. ¡Quiero que esteis sentado en el trono y yo en la grada como el leon, que á vuestros piés aterrará á los que intenten acercarse á vos! Interin llega ese dia intrigaré en vuestro favor, que tambien conozco el disimulo, no me es extraña la astucia y comprendo con facilidad.

—Me estais dando un rato delicioso, Garci-Gomez. ¿No os hallais cansado?

—¡Yo! Las marchas fortalecen mi materia.

—Voy á encargaros una mision, la más importante que existe para mí.

—Y yo os ofrezco desempeñarla con más interés que el de todos vuestros servidores reunido en uno sólo.

—Oidme, Garci-Gomez. Hay en Castilla una bellissima jóven, huérfana de padre y madre, que yo protejo desde que nació. Es tan hermosa y tan inteligente, que por mucho tiempo formó el encanto de mi vida. La hice rica y poderosa hasta igualarla á los más grandes. ¡Qué feliz me contemplaba escuchando sus frases, recibiendo sus caricias!.. Como en este mundo no puede haber nada completo, un miserable se interpuso entre ella y yo, ganó su corazon, y cuando la iba á unir al futuro Marqués de Villena, echa abajo todos mis planes y me hace el más desgraciado de los hombres.

—Y el hacha del verdugo, ¿qué hace por aquí, señor Arzobispo? Si yo hubiera estado junto á vos...

—Pagó con la vida su nefanda temeridad.

—¡Ah, eso ya es otra cosa!

—Ahora os explicareis la traicion de Hernando Alvarez de Toledo y el suicidio á que recurrió, viendo imposible su boda y sepultado el arrojo que demostraba en el fondo de una prision.

—¡Era ese!

—Sí, señor.

—¡Qué avilantez?

—Hizo inútil la boda que yo proyectaba con el hijo de Villena, pero ayer mismo arreglé otra tan conveniente ó más que aquella.

—Me alegro. ¿Quién es el favorecido?

—El hermano natural del Maestre de Calatrava.

—¡Giron!

—Sí. Pero falta que ella acepte, y no lo hará ínterin ignore que ha muerto su amante Alvarez de Toledo.

—De una pedrada mato dos pájaros, señor Arzobispo: pongo en libertad al preso con las condiciones de juramento y lealtad, y luégo corro en busca de esa dama, le doy la fatal nueva del suicidio de su amante, lloro con ella pérdida tan sensible, y cuando esté consolada en parte, cuando reconozca que es inútil suspirar por lo que ya no existe, entónces la recuerdo vuestro cariño, lo que os debe y la imperiosa obligacion que le obliga á mostrarse agradecida, aceptando la boda que vos la proponéis. Le hablo de Giron; comento su linaje, las prendas que le adornan, el amor que arde en su pecho por ella, y ha de ser de roca su corazon ó positivamente la decido.

—¿Cuándo podeis partir, mi querido amigo?

—Al amanecer.

—¿No es mucha violencia?

—Señor, ¡por la Virgen Santísima, no me confundais con esos débiles cortesanos que sólo sirven para hacer reverencias!

—A la vez os entregaré pliegos importantes para dos personas de las que rodean al rey.

—Todo lo haré con interés que os ha de admirar.

—Pues voy á mi cámara de escribir y os advierto que necesitaré dos horas.

—No importa; aprovecharé ese tiempo yendo adonde están los jefes de la fuerza que he traído para darles la orden de que durante mi ausencia sólo á vos obedezcan. Me acompañará uno de vuestros sirvientes.

—Mi primer gentil-hombre.

Algo más tarde se hallaba el Arzobispo trabajando en su despacho y Alvarez de Toledo, seguido de una de las personas de mayor confianza para Acuña, entraba en un edificio grande, parecido á uno de nuestros modernos cuarteles de caballería.

En él estaban los quinientos soldados y ventiuñ caballeros que llevó Hernando.

Reinaban en el edificio el mayor orden, circunspeccion y hasta silencio. Los jefes, separados de la tropa, tenían un

solo comedor para los veintiuno, y once alcobas con sus cuartos de vestir, una de aquellas para cada dos, á excepcion del segundo de Hernando, que estaba solo.

Al llegar Alvarez de Toledo y el gentil-hombre, concluyen de cenar los veintin jefes. Todos le recibieron en pié, exclamando Garcí-Gomez:

—Me alegro que esteis reunidos, pues vengo á comunicaros órdenes importantes. La buena causa que ya defendemos me obliga á partir mañana; voy con solo mi criado, porque así lo exige el mejor servicio. Desde ese instante hasta mi regreso, obedecéis única y exclusivamente al señor Arzobispo de Toledo. Os recuerdo, y no olvidéis nunca las frases de nuestro señor: perezcad todos, si es preciso, ántes que Don Alonso Carrillo de Acuña tenga la más leve queja de vosotros. Eso dijo D. Rui-Gomez á quien servís y el que nos da honra y posicion; cumplid como nobles, y que vuestro honor se eleve cada vez más limpio y brillante. Diariamente pasará uno de vosotros á recibir órdenes de vuestro nuevo y eminente señor. Cuidad que la tropa asimile su conducta á la vuestra; castigad con dureza el menor exceso, premiando con prodigalidad toda accion que lo merezca. Os hallais en país extraño, fijas están en vosotros las miradas, procurad que Andalucía no excite una sonrisa desdeñosa de la ciudad de Avila. Antes de partir quiero hablar á la tropa; llevadme donde está,—dijo á su segundo,—y vosotros haced agradable á este caballero el tiempo que yo permanezca separado de él.

Y salió con el segundo jefe, dejando al gentil-hombre entre los restantes caballeros que lo rodearon, dándole conversacion y hasta halagando su amor propio al comentar las excelencias del Arzobispo y alta servidumbre que le obedecia.

Cuando Hernando estuvo á bastante distancia del servidor de Acuña, dijo al que le acompañaba:

—Lope de Padilla, ¿conoceis el pueblo en que estamos?

—Me educó en él.

—Aun cuando no es probable, por si alguno os espicara, salid de este edificio con la mayor precaucion en cuanto yo me

retire. Buscáis una persona de las que sirven aquí con toda lealtad á Doña Beatriz; que monte inmediatamente á caballo, y me aguarde en Medina, participándole que va con pliegos importantes á Maqueda. Ese sugeto que sea leal, inteligente, y si fuese necesario, capaz de comerse los documentos que lleve ántes de entregarlos.

—Tengo donde elegir, señor Garcí-Gomez: partirá uno en quien tengo absoluta confianza.

—Decidle que llegaré á Medina, con solo mi criado, una hora despues de haber aparecido el sol; que tenga cuarto en la posada y me salga á recibir á la entrada del pueblo. Llevará un pañuelo blanco en la mano para que yo le reconozca, y no debe dirigirme frase alguna hasta que estemos encerrados en su habitacion.

—Comprendo é irá prevenido.

—Necesito para mi regreso dos trajes de corte lujosos; tengo voz y voto en las deliberaciones de los grandes, y es conveniente me presente á ellos como puedan hacerlo los ricos hombres á quienes estoy asociado. El resto, ya lo sabeis. Ahora finjamos que hablo á la tropa y hasta mi regreso, Padilla.

Un cuarto de hora más tarde se despedia Hernando de sus caballeros, saliendo acompañado del gentil-hombre.

De este modo llega al palacio, le dicen que el Arzobispo continúa trabajando, y sobrándole cerca de una hora, la ocupa en escribir, teniendo á su criado de centinela para que no pueda ser sorprendido.

Dirige á Doña Beatriz un largo escrito, diciéndola entre otras cosas, lo siguiente:

«Amiga mia: D. Juan libre y en casa de su primo; la amada de Hernando ofrecida á Giron; encargado Garcí-Gomez de participarla la muerte de su amante y de predisponerla al nuevo enlace que se le ofrece. Gano tiempo para aumentar en lo posible mi gran influencia con el prelado. Leed los dos adjuntos pliegos, volviéndolos á sellar, segun os los envío. Si debo saber algo del contenido de ellos, mandadme

extracto, y que me espere en vuestra casita de Madrid el portador.»

Hernando aguarda despues en la cámara de escribir del Arzobispo á que este concluya. Luégo le da Acuña cuatro pliegos, diciéndole:

—Tomad, ahí va la órden para que pongan en libertad á Juan Alvarez de Toledo; de estos otros dos pliegos que entregareis en Madrid á las personas que van dirigidos, recibireis contestacion verbal ó por escrito; digo á los interesados vuestra calidad y que merecis entera confianza. Y este cuarto escrito es para mi protegida Melania, que habita en su castillo feudal de Alcalá de Henares. Mando que os den habitacion allí: hablad con ella, suplicadla en mi nombre, rogadle, y con vuestra brillante imaginacion meridional convenced á ese ángel para que se enlace con Giron y vuelva otra vez al redil de mi cariño. Garci-Gomez, es el sér que más amo en el mundo; su afecto forma mi verdadera felicidad; sus caricias y ternura fueron un dia la gran recompensa á mis afanes y fatigas en la tierra. Traedme, Garci-Gomez, esa ventura de Alcalá, y pedid luégo cuanto querais.

—Si yo no lo logro, señor Arzobispo, será porque me habeis encargado un imposible; de lo contrario vendrá conmigo la dicha que deseais. Estoy seguro de traerla, pero os va á costar cara, poderoso señor.

—Ya lo he dicho, cuanto querais.

—Pues quiero de vos un afecto parecido al que profesais á Doña Melania.

—¡Y cómo no, si me haceis feliz! Habladla del mundo, de la corte, de lo que puede brillar como esposa de Giron y de que mi único deseo y anhelo son verla muy elevada y dichosa. Si llora por la muerte de su perdido amante, consoladla; describid la desesperacion de aquel insensato como una cosa lógica, natural en el que pretende escalar las estrellas; decidla que su ambicion le volvió loco y que al morir perdió ella un mal para encontrarse con el bien que vos le llevais.

—¡Qué verdad es, señor Arzobispo!

—Convencedla con ese acento persuasivo que os distingue, con esa imaginacion henchida siempre de recursos intelectuales. Os advierto que tiene mucha inteligencia.

—Los resultados os convencerán de que he comprendido vuestro deseo, y de lo que yo soy capaz de hacer por vos. No os molesteis más, D. Alonso; ántes de quince dias tendrá Melania á dicha el obedecer á su eminente protector.

—Descansad, que ya es la media noche, Garci-Gomez. He aquí mi mano, y que sea este el primer nudo del lazo indisoluble que nos ha de unir miéntras vivamos. Quiero que acepteis, además, este bolsillo que contiene doscientos escudos en oro.

—Otro apretón de manos y guardad el dinero que pretende pagar lo que sólo puede recompensarme vuestro cariño.

—Es verdad, pero si os hace falta...

—Traigo diez mil escudos y órden de pedir cuanto necesite. Si mi tío supiera que yo tomaba un sólo maravedí vuestro, me negaría su afecto, con razon; pero aun cuando él me lo mandara, yo no lo aceptaría, señor Arzobispo, que el mercenario es poca cosa para aspirar á la confianza de un hombre tan grande como vos. Permitidme que bese vuestro anillo episcopal, y hasta mi regreso, Don Alonso.

—¿Me dareis noticias vuestras pronto?

—Lo ántes que me sea posible.

—Recibid mi bendicion, y que Dios os ayude.

—La Majestad Divina robustezca esa hermosa frente y coloque sobre ella una corona que nos recuerde el término de la dominacion agarena y de la division de España.

Salió Hernando, diciendo para sí:

—Ya eres mio en cuerpo y alma, Acuña.

El prelado, al perderlo de vista, exclamó tambien:

—¡Sólo la Providencia que vela por mí, ha podido mandarme ese admirable andaluz! Hay en él algo que no me es extraño, que yo he visto ó escuchado ántes. Sin duda el ángel de mi guarda me lo presentó en sueños y conservo reminiscencias.

Ambos buscaron en sus respectivos lechos el descanso tan indispensable á Alvarez de Toledo.

Nuestro jóven empezaba bien su intriga; concluía de llegar y el Arzobispo era ya suyo; pero ¡ay! cuánto se violentaba, qué esfuerzos tan maravillosos hacía: precisos eran todo su talento y valor para sostener tanto disimulo, astucia y discrecion. Su amor propio, orgullo y resentimiento fueron ahogados por el ímpetu irresistible de una fuerza de voluntad incontrastable.

CAPÍTULO XVI.

Principian las intrigas.—El águila.—El más infortunado de los hombres.—Un padre y un hijo modelos.

A las tres de la madrugada siguiente despertaron á Garcí-Gomez, cubriéndose acto continuo con su traje de guerra.

Varios criados del Arzobispo le servian y dos altos funcionarios lo despidieron á la puerta del palacio, por orden del prelado.

Salió Hernando al trote, seguido únicamente de Martín Pérez, pero en cuanto asoma el primer crepúsculo matinal hiere los ijares de su caballo y empieza á escape tendido sin detenerse hasta que dió vista á Medina. Anduvo las dos leguas en ménos de una hora.

El pueblo lo cruza al trote, yendo á doscientos pasos de él un caballero que llevaba pañuelo blanco en la mano derecha.

Entra en una posada, y echando pié á tierra, dice á su criado.

—Pienso á los caballos sin quitarles la silla, que vamos á partir en cuanto lo coman.

Y comienza á pasear por los pasillos del meson, entrándose de pronto en un cuarto, cuya puerta ve entreabierta.

Allí le atrae el caballero del pañuelo blanco. Está de pié y en actitud respetuosa.

Alvarez de Toledo le saluda, fija en él profunda mirada, y gustándole su fisonomía y aspecto, le pregunta:

—¿A quién servís?

—A la infanta Isabel.

—¿Quién os manda aquí?

—Don Lope de Padilla, vuestro segundo.

—¿Quién soy yo?

—El primer caudillo de mi señora.

—¿Cómo os llamais?

—Pedro Juarez.

—Muy bien. En cuanto yo salga de aquí partís á Maqueda, entregando este abultado pliego á Doña Beatriz. Primero dais la vida que esos documentos, y en la agonía os los comeis.

—Lo he jurado.

—¿Quién os acompaña?

—Un sirviente.

—¿Leal?

—Como yo.

—¿Valiente?

—Las cicatrices de su pecho lo atestiguan.

—La contestacion me la llevais donde os mande Doña Beatriz; si tardo, no os impacienteis.

—Muy bien.

—Pedro Juarez, estrechad mi mano y haceos digno de la gran señora á quien servís.

Un cuarto de hora más tarde corre Hernando en direccion de Villacastin, donde no se detiene; así continúa hasta las Navas, que echa pié á tierra, y pidiendo comida y pienso para los caballos, procura descansar de tan penosa fatiga.

Los potros llegaron cubiertos de espumoso sudor y rendidos.

Pero no les concedieron más que hora y media de descanso. Terminado este breve plazo, volvieron á correr una hora,

siguiendo al trote, pues los animales no podían resistir ya tan dura fatiga.

Al paso indicado entra Hernando en Guadarrama. Lleva en la mano derecha un pañuelo blanco que agita de vez en cuando. Era una señal que debía reconocer el parcial que hubiese en aquel pueblo, en el caso de existir alguno.

Entra en un mal meson donde no hay camas ni comida, pero instantes después se le presenta un hombre que lo lleva al corral y le pregunta:

—¿Pedisteis auxilio, caballero?

—Sí.

—¿Quién sois?

—Garci-Gomez.

—No os conozco. ¿A quién servís?

—A la infanta Isabel.

—Eso me basta. ¿Qué necesitáis?

—Decidme ántes. ¿Qué haceis en este pueblo?

—Soy labrador acomodado y jefe de la Santa Hermandad.

—Necesito dos caballos jóvenes, fuertes y descansados que dejaré al recoger los míos cuando regrese, y comida para mi criado y para mí.

—Los tendreis.

—Y quisiera partir ántes de dos horas.

—Muy bien; cuando volvais, parad en este mismo meson: hallareis lecho, comida y vuestros caballos. ¿Deseais algo más?

—Pagaros...

—Ya lo hará otra persona más rica que vos. El cielo os guarde.

—El os defienda.

Hernando descansa algo, teniendo además buena comida, y dos potros andaluces que al poco tiempo descienden por las pendientes del Guadarrama con brio y mucho poder.

Ya en el llano, espolean, saliendo á escape tendido por un sendero estrecho que los lleva al castillo donde está preso Don Juan Alvarez de Toledo, dejando Madrid á la derecha y acortando dos leguas.

Por él prosiguen ya de noche, rendidos los caballos y muy cansados ellos.

Dejémosles que continúen avanzando, y adelantémonos nosotros. Ya hemos visto que Doña Beatriz tiene defensores de su causa doquier y no parece probable que á su primer caudillo le ocurra accidente alguno, habiendo en todas partes quien le proteja y defienda con sólo mover un pañuelo blanco.

Penetremos en el castillo.

Son las once de la noche. D. Juan Alvarez de Toledo se ha acostado, pero no duerme.

Lleva tres meses encerrado en aquella prision y está el pelo de su cara y cabeza blanco; tiene hundidos los ojos y seco el raudal de lágrimas que agotó en setenta dias de continuo llorar, flaca y débil la materia, lánguida é incierta la mirada, y la huella de dolor y sufrimiento marcada en su fisonomía.

Parece un cadáver, mas está sano del cuerpo; la enfermedad existe en sumo grado en su alma.

¡Ha sufrido tanto en los noventa dias que lleva de aquel modo!

No quiere hablar ni aún con el soldado que le entra el alimento. Sólo sabe articular dos frases: ¡hijo mio!

Y estas voces conmueven todas sus fibras, respondiéndole el eco del dolor: ¡ay del padre infortunado que perdió hasta la esperanza de volver á contemplar lo único que ama en el mundo!

D. Juan, siguiendo en aquel estado, debe morir ántes de un mes por consuncion.

A la hora indicada anteriormente medita, echado sobre su cama, cuando oye de pronto ruido de pisadas que van acercándose á su habitacion.

—¡Qué ocurrirá!—exclama.—Vienen á esta hora en que únicamente velan los centinelas...

Y se sienta.

Oye luégo que abren su encierro, y un acento que hiere su corazon, grita con imperio:

—Retiraos: ya no necesito de vosotros.

Los rayos de una linterna destruyen la oscuridad que reina en el salon y alcoba del preso. Luégo aparece un guerrero, caida la visera, con la linterna, que deja en el suelo.

Don Juan tiembla sin saber por qué, late su corazon con más violencia que nunca, teme al incógnito que se le acerca pausadamente, y desea no obstante que llegue.

El guerrero queda parado junto á la cama, le contempla un segundo sin alzar la visera, y luégo le dice al oido:

—Silencio, padre mio. Obedece y calla.

Se retira dos pasos, y grita:

—Don Juan, vestios y seguidme, que estais en libertad.

El anciano queda primero como espantado, luégo mira á su hijo que ha descubierto el rostro y tiene el dedo indice sobre los labios, lo devora con su vista, que eleva al cielo, y con las manos cruzadas murmura un ¡Gracias, Dios mio! que espele el corazon abierto y ensangrentado; arrojó en ese instante todo el dolor y amargura que el martirio más cruento fué depositando en él en tres eternos meses.

Dos lágrimas de fuego le salpican el semblante, contempla á su hijo, y lo ve quieto, inmóvil, con los brazos cruzados, la mirada tranquila é indiferente.

Quiere echarse en sus brazos é imprimirle una parte del inmenso caudal de ternura que hierve en su pecho; pero una severa mirada de Hernando le pára, contiene, y trémulo el anciano desea coger la ropa, que no halla ni ve, teniéndola al lado.

—Calma, serenidad, que te pierdes y me pierdo.

Le dice Garci-Gomez á media voz, y D. Juan respira, exhala un ¡ay! y comienza á vestirse aparentando tranquilidad que le es completamente extraña.

Hernando pasea ahora por el salon; lleva la cabeza alzada y la boca entreabierta, como queriendo aspirar el millon de suspiros que exhalaban allí por él.

A la siniestra luz de la linterna se fija en los mismos sitios que su padre cuando rogaba á Dios por él; cree contemplar aún las baldosas humedecidas por el amargo llanto que

vertió, y oprime los puños, sin dejar de andar; los cabellos se le encrespan, pero se domina, y va volviendo á su estado normal poco á poco hasta reemplazar al conjunto una sonrisa siniestra que puede traducirse de este modo. ¡Verdugo de mi padre, ya estás en mi poder!

Don Juan ha concluido de vestirse, y con voz demudada dice al impassible guerrero:

—Cuando gustéis.

Su hijo le contesta con altanería:

—Coged esa linterna y seguidme.

A la parte afuera está Martin Perez, y un poco más allá varios mesnaderos.

Hernando pregunta con altivez al jefe de la fuerza: —

—¿Habeis mandado disponer un caballo para ese hombre?

—Sí, señor; en el patio espera con los vuestros.

—Está bien; cumplisteis las órdenes de vuestro señor, y no hallo nada que reprender ni elogiar. El cielo os guarde.

—Y á vos, señor.

Los tres salen por entre soldados que les abren calle con el mayor respeto.

Hernando va delante con la visera alzada y la frente tan erguida como un César; llega al patio, monta en su caballo y sale al trote.

Su padre anduvo los pasillos y bajó las escaleras temblándole las piernas. Le falta fuerza para sostener el mundo de alegría que pesa sobre él, como ántes le faltó para sostener el universo de la desgracia. Va cogido al brazo de un misero sirviente, porque el orgulloso guerrero ni aun se digna mirarlo.

Tiene que ayudarle Martin Perez á subir al caballo; carece de vista y no tiene ideas.

Siempre junto al criado sigue á su libertador, llevando apoyada la izquierda en las bridas y la derecha en el arzon de la silla para no caerse. No está su cabeza para hacer equilibrios.

El guerrero queda parado al pié del último muro, y grita:

—¡Hola, mesnaderos, á mí!

Varios soldados acuden á su voz; Hernando añade:

—¡Alzad esos puentes; cerrad la puerta y alerta los ballesteros, que estamos en tiempo de guerra!

Toca los ijares de su potro y sale á escape tendido sin detenerse hasta penetrar en la espesura del bosque.

Allí aguarda á que se incorporen con él dos bultos negros que van llegando más despacio, por falta de fuerzas el uno y por no abandonar á su compañero el otro.

Luégo se juntan las cabezas de los caballos de Hernando y de D. Juan, y cae el uno sobre el otro gritando:

—¡Hijo de mi alma!

—¡Padre mio!

Ahora lloran los tres: los primeros á impulsos de un amor comprimido que estalla de pronto como el volcan; el sirviente impresionado por una escena que no tiene descripción.

—¡Creí no verte más, Hernando!—añade D. Juan.—Te juzgué asesinado por ese verdugo sin conciencia ni caridad. ¡Cuánto habrás sufrido, hijo mio! Cuéntamelo todo; pero no te separes, no; tu aliento vivifica mi materia, fortalece mi espíritu.

—Yo no estuve mal, padre mio, pero te advierto que llevo andadas más de veinte leguas hoy, y aún me faltan tres para poder descansar.

—¡Jesús; veintitres leguas en un dia y una noche!

—Lo ménos.

—Y todo por mí, por tu padre querido, ¿es cierto?

—Sí, señor.

—Dios me recompensa en este instanté lo que he sufrido por ti. Andemos; creo que ya tengo fuerzas sobrantes; pero no muy de prisa, hijo, para que podamos hablar. Al trote; esto es. Tú no sabes el efecto mágico que causa tu voz en mi corazon. ¿No te sucede á ti lo mismo?

—Sí, señor.

—¡Qué noventa dias, Hernando! Aquellas horas eran eternas, aquellos minutos no acababan nunca, y yo entre tanto li-

vaba una cantidad de amargura que llegó á secar mis ojos y á detener en mi corazon su continuo palpitar.

—Ya empecé á vengaros, padre mio.

—¡Tú! No me hables de eso, Hernando; piensa sólo en tu padre y bendice á Dios que te lo conserva sano, como yo hago al verte con vida y junto á mí. ¿Qué más dicha podia yo apetecer en el mundo? Ya no tengo enemigos, no existen verdegos; si los hubo alguna vez, ya no me acuerdo.

—¡Qué alma tan generosa!

—¿No te sucede á ti lo mismo, Hernando mio?

—Sí.

—Cómo te ha crecido la barba; estás desconocido. ¿Hacia donde nos dirigimos?

—Vamos á Alcalá.

—¡A Alcalá; recuerdo horrible! ¡Oh, qué idea! Hernando, vas á despedirte de Melania para siempre. ¡Habrás renunciado á su mano por salvar mi vida! ¡Ahora lo comprendo todo! Pero yo, tu padre, no puedo consentirlo; primero me atravesaría el corazon.

—Padre mio, estás delirando.

—¿Me he equivocado? Habla por Dios.

—Nunca tuve más probabilidades que hoy de casarme con Melania; te lo juro.

—¡Qué nueva alegría das á mi espíritu! ¡Pero explícate; habla!

—Es muy largo, señor; está además la madrugada oscura, pueden espiarnos sin ser vistos por nosotros, y no son la hora ni el sitio á propósito para explicaciones; por el pronto sabe que tu hijo se suicidó en la prision, y que yo soy Garcí-Gomez, jefe de quinientos hombres y veintiun caballeros á las órdenes del Arzobispo de Toledo.

—No comprendo nada, Hernando.

—No importa. En breve amanecerá, y no es prudente, padre mio, que entremos con sol en Alcalá. Debe bastarte por ahora lo único que me es dado decirte. Si es posible, corramos.



—Si te conviene, haré un esfuerzo.

Los tres picaron los caballos, llegando á Alcalá á la salida del sol.

Nadie les puso impedimento. Los retenes que habia cuando partió el Arzobispo desaparecieron, y los soldados que estaban á la puerta de la ciudad no podian detener á dos caballeros y un criado que cruzan por delante de ellos como exhalaciones.

Ya dentro, ponen al paso los potros y atraviesan el pueblo, deteniéndose en el zaguan de una de las últimas casas.

Hernando pregunta al portero:

—¿Está el señor Corregidor?

—Duerme aún, caballero.

Le contesta.

—Despiértalo, y dile que un caudillo, con cuya diestra mueve un pañuelo blanco, le ruega baje al momento.

Y quedó sobre el caballo, aguardando siete minutos.

—¿A quién servís?

Le pregunta el Corregidor acercándose á él con viveza y misterio.

—A la infanta Isabel; soy su primer caudillo.

—Estoy á vuestra completa disposicion, caballero.

—¿Nos conoceis á alguno de los tres?

—A vos y á ese criado no; aquel anciano me parece Don Juan Alvarez de Toledo, si bien dudo por lo mucho que en tan poco tiempo ha encanecido su pelo.

—Es el que habeis supuesto; va á quedar con vos algunos dias; defendedlo con vuestra vida; tratadlo como al mejor amigo de nuestra señora.

—Mi casa es suya, mandará en ella y yo seré su primer criado.

—Gracias. Vendré á veros á menudo y muy particularmente á D. Juan, con el que debo tratar asuntos de importancia.

—Si no fuera indiscrecion, me atreveria á preguntaros por su hijo Hernando.

—Dicen que murió en Madrid; pero no le habéis al padre de eso, porque se va á afectar. Dios os guarde, señor Corregidor.

—Y á vos, señor...

—Garci-Gomez.

—¡Ah! me es conocido vuestro noble linaje.

El jóven Alvarez dijo á su padre muy quedo al pasar por delante de él:

—Soy Garci-Gomez; ni una palabra más.

Y alzando la voz, añade:

—Adios, D. Juan; pronto volveré á veros.

Pica á su caballo y no cesa de correr hasta que lo detiene la primer zanja del majestuoso castillo de Melania.

CAPÍTULO XVII.

El puente.—El castillo.—Melania.—Cuadro.—Las dos tórtolas.

Hernando grita:

—¡Ah de los arqueros del castillo! ¡Alzad los puentes!
Su voz es oída y un mesnadero le pregunta desde el muro:

—¿Quién sois?

—El caudillo Garci-Gomez.

—¿Quién os manda?

—El que puede.

—¿Qué deseais?

—Entrar.

—¿Qué os autoriza?

—La órden del Arzobispo de Toledo.

—Esperad.

El soldado habla con su jefe, desaparece este, se abren luégo las puertas del castillo y se presentan Rómulo Berenguer seguido de dos jefes, diez soldados, preguntándole aquel:

—¿Qué mision me traeis del eminente señor á quien sirvo?

—A vos, ninguna.

—¿A quién entónces?

—A Doña Melania.

—Necesito ver la órden.

—Aquí está; pero no os la daré viniendo dirigida á ella; podeis no obstante reconocer la letra del sobre y el sello.

—¡Abajo el puente! Esperad vos, señor Garcí-Gomez, que vea ese escrito:

—Podeis hacerlo.

—Es su letra y sello. Entrad, apeaos y os conduciré á la estancia de Doña Melania, despues de anunciaros.

Pasan Hernando y su criado, y echan pié á tierra en el atrio. Luégo sube nuestro jóven, intentando vanamente detener los latidos de su amoroso corazon.

Le hacen aguardar media hora; pero comprende la causa y no se impacienta ni lo juzga desaire.

Llegan por fin Rómulo, un gentil-hombre, dos jefes, y los cinco pasan á otra estancia donde se halla sentada y con la majestad de una reina la bellissima Melania.

No se digna mirar al recién venido; con desden le pregunta:

—¿Qué quereis?

—Hablar á solas con vos, entregaros una carta del señor Arzobispo de Toledo y habitar en el castillo ínterin no me deis contestacion. Eso manda en este pliego, escrito de su puño y letra, D. Alonso, y eso ha de ser. Tomad.

Al escuchar la primera frase desaparece por completo de la hermosa jóven la indiferencia; su sistema nervioso la agita. Aquella voz dijo á su corazon quién era el emisario. La que ama como ella no se equivoca nunca; reconoce al ídolo de su alma hasta en la sombra que proyecta su figura.

¿Qué supone para la penetracion de una enamorada la barba crecida, el casco acerado ni el mejor disfraz? Le basta la estatura, el aire, la voz, y aún cuando fuera sorda y ciega, se lo dirian los latidos de su pecho.

Lo ha reconocido en el acto, y su febril alegría la condujo á la imprudencia.

De pronto se puso en pié y fué á andar hácia Hernando; pero este la contuvo con una mirada imponente, y acercándose á ella la alarga el pliego.

Melania ve la letra del Arzobispo, conoce ya que estuvo torpe, y repuesta completamente, contesta á Hernando:

—Dádselo á Rómulo Berenguer, mi carcelero, el cual debe leerlo ántes que yo.

Y se sienta afectando ahora una indiferencia, hija del arte y de un violentísimo esfuerzo.

Le conviene realizar aquella idea á nuestro jóven, pregunta quién es el aludido, y le entrega el escrito, añadiendo:

—Podeis leerlo fuerte, que ahí está expresada la voluntad de vuestro señor, y es importante que todos la escuchéis.

Tal era la sorpresa y agitacion de Melania, que tuvo miedo de coger el pliego con sus manos y que se notase el temblor producido por la excitacion nerviosa de que era víctima. El recurso á que apelaba era ingenioso, pues de esta manera disimula su turbacion, enterando á la vez á sus carceleros de una órden que supone, al traerla Hernando, muy conveniente su publicidad.

Con voz de bajo profundo y todo lo mal que era posible, leyó Rómulo lo siguiente:

«Melania, hija mia: Asuntos del mayor interés me tienen alejado de ti hace más de tres meses. ¡Cuán doloroso me es no saborear tus ideas, no escuchar tu grato acento, no ver tu bellissimo rostro! Y ya que el destino me niega la dicha de darte nuevas, que cambiarán indudablemente tu porvenir, va en mi lugar el caballero Garci-Gomez, noble andaluz, amigo mio, jóven, valiente, digno por todos conceptos de tu aprecio y consideracion como es de los míos, y al cual recibirás como embajador y representante del hombre que más te estima en el mundo. Que se hospede en tu castillo miéntras permanezca en Alcalá. Dadle cuanto necesite, que hagan tus servidores lo que él ordene y óyele, hija mia, como á un amigo, como á un leal consejero, como á un hermano. Cuanto él te diga es cierto; escúchalo con calma, piensa con juicio, y procura que en adelante lleven tus resoluciones el sello de madura refle-

xion. Al partir Garci-Gomez podrás quedar otra vez reina absoluta de ese castillo y de todos tus estados; ese es además mi deseo, y si logro el cumplimiento de mis más grata ilusión, que se contrae á tu solo bien, á que no haya mujer en Castilla que pueda estar delante de ti, entónces, venturoso y feliz, todo lo abandonaré para ir á darte la enhorabuena, besar tu pura frente y volverme otra vez, dichoso ya con el porvenir envidiable de mi Melania. La gratitud, el deber y toda clase de consideraciones te aconsejan obediencia al que fué para ti un padre tierno y bondadoso. No seas ingrata con el que tanto te quiere. Tu protector,

ALONSO.»

Los cinco se fijaron en la deliciosa jóven al terminar Rómulo la lectura.

En el tiempo que duró aquella se repuso Melania, y ahora tenía la cabeza inclinada en actitud de meditar. De pronto la alzó, exclamando:

—Dadme ese escrito que me dirige el señor Arzobispo. Cúmplase lo que en él ordena, y desde hoy hasta que el señor Garci-Gomez parta, obedeced cuanto mande y disponga, que es mi huésped y representa á D. Alonso. ¿Lo habeis oido los cuatro?

—Sí, señora.

—Participádselo despues á los que habitan este castillo, y al que dude ó vacile que busque otro señor más tolerante con su desobediencia. Ofreced al caballero Garci-Gomez el mejor salon; se sentará á mi mesa, y en todo reemplazará al señor Arzobispo. Retiraos los cuatro. En cuanto á vos, caballero, podeis quedaros ó no; entrad cuando gusteis en mis habitaciones, prévio anuncio indispensable á mi sexo.

—Me habeis de permitir, señora, —exclamó Hernando, — que me retire tambien; vengo cansado, este traje es impropio para estar delante de vos, y aun cuando tengo que hablaros mucho, de parte de mi amigo D. Alonso, tiempo hay de sobra, si, como creo, os dignais oirme.

Y haciéndole cortés reverencia, sale con Berenguer y tres jefes restantes, dejando sola á Melania.

La bellísima jóven exclama:

—¿Qué dicha es esta, Dios mio? ¿Qué hice yo para merecer tanta felicidad? Mi Hernando vive; está en Alcalá, en el castillo, junto á mí; mis opresores le obedecen; voy á verlo de continuo, á escuchar su acento! ¡La ventura embarga mi corazon, deleita el alma! ¡Pero ese incógnito, cambio de nombre y linaje! ¡Qué me importa á mí si lo hace él y está á mi lado! Pero desconozco su idea, su pensamiento, ya estuve próxima á comprometerlo, y no quiero que vuelva á acontecer. Imitaré su prevision, serenidad, impavidez. ¡Qué talento tiene; qué predominio sobre sí; mira como el águila, y como ella domina! ¡Qué venida tan oportuna, tan dichosa! ¿Sería posible que una debilidad le hubiera obligado á renunciar?.. ¡Qué idea tan indigna! Mi Hernando es el más fuerte de los hombres, y perderia la vida ántes que ceder uno sólo de mis cabellos! ¡Oh arcano siempre oculto á la mirada más profunda! Cuando yo me creí en el fondo de la desgracia, estaba tocando la cúspide de la felicidad; desde el fondo del abismo me remonté á las estrellas. ¡Bendita sea la misericordia divina!

Miéntras Melania discurre así, halagada su alma por la dulce brisa del bien, se encierra Hernando con los cuatro primeros jefes del castillo, con los carceleros de su amada, se sienta, y dejándolos de pié como á cualquier otro sirviente, les dice:

—Vengo, señores, por la dicha de vuestro amo y señor, mi poderoso amigo el Arzobispo de Toledo. Todos sabeis lo que quiere á esa niña y las terribles causas que le obligaron á mostrarse severo con ella y á condenarla á la reclusion que vosotros vigilais dia y noche, con harto sentimiento suyo. Pues bien, yo vengo principalmente á devolverle la ventura que dejó aquí apagada, y ahorcaré en su nombre al que vacile en obedecerme ú oponga la menor dificultad; mi mision es tan penosa como difícil, y no podré tolerar la más leve

oposicion. Sentado esto, os diré que ha muerto Hernando Alvarez de Toledo.

—¡Ha muerto!

Exclamaron los cuatro con alegría:

—Sí; segun me dijo el Arzobispo, hubo de suicidarse en la prision donde se hallaba. Y ya sin este penoso inconveniente, desea D. Alonso unir á Doña Melania con un caballero principal, digno de tan ricahembra. Os dije en esas pocas frases la causa que me trae al castillo. He de empezar por darle la dolorosa noticia del suicidio, que tanto ha de afligirla, y tengo que ir preparando luégo poco á poco su rebelde espíritu para que concluya por acoger con agrado la noticia de un enlace que empezará rechazando con indignacion, aun cuando fuese el más elevado: tal es la consecuencia de atraer un corazon fuerte hácia la idea que condena y aborrece. Mi cometido es delicado y muy dudoso el éxito; ayudadme todos, porque de lo contrario, nada conseguiria. Es una plaza que voy á sitiarse con una sola probabilidad de capitulacion; mas conozco bien al enemigo, y tan aleccionado vengo por el eminente D. Alonso, que á pesar de todo, abrigo esperanza de triunfo. ¿Qué os parece?

Rómulo le contesta:

—Nuestra obligacion es obedecer al embajador y representante del señor Arzobispo, y estad seguro que no faltaremos; al que vacile, yo mismo lo arrojaré fuera de estos muros.

—Muy bien. Voy á empezar á mandaros: desde este instante usais una conducta enteramente contraria de la que practicásteis hasta aquí; habiendo muerto Alvarez de Toledo, no hay peligro alguno ni razon que lo impida. El encierro y reclusion de Melania se va á convertir en completa libertad; va á mandar otra vez como soberana, y yo seré el primero en obedecerla. La que estaba acostumbrada á que se cumpliera en todo su voluntad, quedó de pronto esclava, dándole por prision su propio castillo. La dueña tuvo que obedecer á sus servidores, y vigilada siempre, no pudo volver la cabeza sin encontrarse con una torva mirada que le recordase su triste

situacion. Cambio tan diferente á su deseo, habrá fomentado en el pecho ira y ódio, que es preciso destruir con empeño. Que salga cuando quiera, que mande, que domine; endulcemos sus ideas y hagámosle agradable la vida, porque sólo de esta manera lograré yo llevar al Arzobispo ventura en vez de luto. Que nadie vuelva á espiarla, ninguno se acerque á sus habitaciones sin permiso de ella, y puesto que tanto le gustan las carreras á caballo y la caza, que corra y cace, alegre su espíritu y olvide, que es lo que más importa. Presenciareis el almuerzo, comida y cena, para que podais escuchar mis indicaciones, y lo que ella decide. La urbanidad y el deber la obligaron á que me concediese una hospitalidad propia de su alta jerarquía; yo haré que mi conducta modifique la idea y me otorgue con placer lo que me da por fuerza. Ahora, llevadme á mis habitaciones, que venga mi criado, y luégo empezais á cumplir mis terminantes órdenes.

Hernando tomó posesion de la parte principal del castillo, aseándose despues para concluir por cambiar su traje de guerra y quedar con uno de seda, modesto, pero elegante.

A las nueve le avisaron que Melania y su hermano Don Troilo se dirigian al comedor, y nuestro jóven se sentaba algo más tarde á la izquierda de su amada.

Los cuatro jefes estaban de pié, presenciando el almuerzo.

Garci-Gomez saludó á Melania afectuosamente, cambiando algunos cumplidos con Troilo. Luégo dice á la jóven:

—¡Ah, señora, y qué vida tan tranquila y apacible se desliza en este castillo! La caza, los bosques, la carrera á caballo y luégo este comedor y esos salones, pueden formar un encanto que casi me es desconocido.

—Yo ahora no salgo nunca, caballero.

Le contestó Melania, queriendo secundar indirectamente todo lo que se propusiera su amante.

—¿Por qué, bellissima Melania?

—No me lo permiten.

—¡Qué crueldad! Sois aquí la reina, y en adelante sólo vuestra voluntad ha de cumplirse. Me voy á permitir propo-

neros dos ideas, y si os parecen aceptables, se realizarán inmediatamente: concluido el almuerzo os daré una mala noticia que supe por casualidad, y acto continuo inocularé en vuestro elevado espíritu la resignacion que tan necesaria nos es cuando el mal no tiene remedio: ante lo que Dios dispone, debemos sus hijos inclinarnos, demostrándole amor y aquiescencia á sus altos designios. Luégo, para que empeceis á olvidar, os invito á una carrera á caballo, seguro de dejaros á mil varas detrás. ¿Aceptais?

—Por castigar vuestro excesivo amor propio, sí, señor. Veo que vuestro acento es andaluz, y en verdad que no negais la tierra en que nacisteis.

—¿Os atreveríais, señora, á seguir á un noble montañés, acostumbrado á trepar por el risco mejor que la cabra por el monte?

—Sí, señor.

—Permitidme que sonría; yo, cosido á mi potro, salto zanjás, bajo pendientes á la misma veloz carrera que las subo, y he reventado el mejor caballo árabe á las dos horas de estar montado en él.

—¿En qué pueblo nacisteis?

—En Ubeda.

—Me entretiene y agrada vuestra conversacion, señor andaluz.

—Comprendo la ironía, y le voy á poner un correctivo. Oid una anécdota: habitaba yo con mi tío en su castillo feudal, que no es de peores condiciones que el vuestro, cuando una tarde lo abandoné para visitar al ángel de mis amores. Salí al trote en un tordo rodado que era la envidia del país. A las dos horas llego al pueblo donde residia mi amada, y sólo veo en torno llanto y confusion. Las madres pedian venganza al cielo, miéntras los padres y los hijos juraban regar el suelo con sangre musulmana; tiemblo, de un escape tendido cruzo la distancia que me separa de la casa de mi ángel, y hallo muertos á su padre y hermanos y espirando al bien que yo adoro, el cual exhala en mis brazos sus últimos suspiros. Los

sorprendió una traicion agarena, efectuada la noche ántes, perecieron ellos defendiendo su honor é intereses, y mi ángel, ántes que el aliento mahometano pudiera empañar su pureza, se clavó un puñal en el pecho.

—Me interesa el cuento, señor Garcí-Gomez; proseguid.

—Vacilo, mi razon se perturba, estampo un ósculo en la yerta epidermis del ángel que adoraba, y parto de allí como una flecha. Sólo, sin casco ni malla y con la temeridad que infunde la desesperacion, atravieso la raya musulmana y entro en el primer pueblo sarraceno. Los moros, despues de haberse repartido los despojos que deben á la traicion y al robo, celebran su cobarde y criminal victoria. Nadie ha podido avisarles mi llegada, porque no hay carrera posible que se iguale á la mia; espada en mano caigo sobre ellos, y atropellando é hiriendo sin tregua ni compasion, hallo un instante en que me quedo sólo en la plaza. En torno habia diez heridos y seis muertos. Por todas las calles empiezan pronto á aparecer ginetes árabes; no es posible la lucha; son ciento contra uno, y pasarán de mil si les doy tiempo. Meto espuelas, salgo de nuevo á escape, derribo á los tres que me estorban el paso, y llego al campo como una exhalacion. Corro, pero retumban en mis oidos las pisadas de muchos caballos que me siguen: ¡por Alá, muera el cristiano! escucho á veinte pasos en lengua árabe, y salto zanjas increíbles, llego á la sierra, trepo, subo y desciendo, vuelo, y aun cuando los gritos musulmanes continúan, los percibo á mayor distancia cada vez. Voy tendido sobre el caballo, floja la brida, transida el alma de dolor, y mi potro lleva hinchada la nariz, batientes las crines, blanca la piel y ardiendo su poderosa sangre. Sus ijares están rojos, empieza á faltarle fuerza, pero corre aún, llega á la pendiente y se precipita, mas rueda al llegar al llano, una nube de polvo nos cubre, y el silencio reemplaza al choque de la herradura sobre la tierra. Me levanto, reconozco los ojos de mi tordo rodado, y lo hallo muerto; detrás no venía ya nadie, delante se alzaba majestuoso el castillo de mi tío. Quien eso hizo y á caballo se educó, debe encontrar pocos rivales.

Ya me conoceis como ginete; como amante os diré, que sin aquella carrera hubiera muerto de dolor. Dejé el cadáver de mi amada, decidido á seguirle á la tumba, y buenas pruebas di de anhelar la muerte: cuando me dirigia por mi pié al castillo amaba la vida más que nunca, deseaba existir con más empeño que tuve jamás. Dios se llevó mi ángel, pero me dejó millares en la tierra donde poder elegir uno igual ó mejor que el perdido; el Hacedor no hace sólo una cosa perfecta, sino muchas; tended la vista por el mundo y encontrareis la prueba.

—Me gustó vuestra historia, Sr. Garci-Gomez.

—Es un apólogo.

—No sé con qué guarda relación.

—Ya lo comprenderéis después.

Hernando se habia propuesto, al referir la anterior anécdota, dar á comprender á los cuatro jefes que estaba preparando á la jóven para realizar luego el pensamiento que se proponia llevar á cabo respecto de la muerte de Hernando y union de Melania y su futuro amante.

Los cuatro lo aplaudieron interiormente, sin comprender que tejian sus palmadas la hábil red en que ya estaban envueltos.

Al terminarse el almuerzo, dijo Hernando á Melania:

—Puesto que sola vos mandais y aceptásteis la carrera á que os invité para después de celebrada nuestra entrevista, dad las órdenes de partida si lo teneis á bien.

—Berenguer, —exclamó la jóven, —el caballo Perla para Garci-Gomez, Aliatar para mí; nos seguirán cuatro doncellas y ocho ginetes que dejo á vuestra eleccion. Hora de salir, al terminar la comida.

—Cogeos á mi brazo, noble señora, —añadió Hernando, —y seguidnos vos, D. Troilo.

Los tres se encerraron en el salon de columnas de la jóven, y sentándose en ricos sillones, tomó la palabra Hernando para decir á Melania:

—Señora, tengo entendido que, efecto sin duda de vues-

tra edad tierna y de otras circunstancias análogas, os enamorásteis de un noble que distaba mucho de vos. No es posible pedir á los pocos años madura reflexion, y yo disculpo unos amores como esos, pues aun cuando teneis talento, no os fué posible adivinar lo que es el mundo que desconoceis, ni todos los séres cuentan con la abnegacion suficiente para someterse á las exigencias de la clase á que pertenecen cuando esta es muy elevada. Todos, por otra parte, erramos alguna vez, y si vinimos al mundo con esa condicion, no se nos puede pedir otra cosa que la enmienda. Vuestro amante, loco, de delirio en delirio, fué á parar á una prision, donde á los tres meses le condujo su demencia á cometer un crimen nefando. Os lo digo con sentimiento, señora, mas Hernando Alvarez de Toledo hizo una cuerda con sus propias vestiduras, y se ahorcó.

—¡Jesús!

—¡Qué barbaridad!

Exclamaron Melania y Troilo respectivamente. Garcia-Gomez continuó:

—Para el mundo pereció. Dios le ayude, perdone y proteja. Comprendo, Melania, que habré destrozado vuestro tierno corazon.

—No tanto como os figurais, caballero; lo temí, esperaba la noticia y no me ha sorprendido al oirla de vuestros labios. Si murió para el mundo, para mí no.

—Ahora os recuerdo el apólogo.

—Mucho he de correr para borrarlo de mi mente.

—La resignacion es propia de espíritus elevados. Pero veo secos vuestros ojos, y lo siento; llorad, el llanto mitiga las penas. No os importe hacerlo delante de mí; tambien yo he vertido lágrimas amargas.

—Lo hice ya, caballero, y con tal abundancia, que gasté hasta la última que me concedió el destino.

—Tan jóven, rica y hermosa, no creo hayais venido á sufrir. Resignaos, Melania; el porvenir empieza ya á sonreiros.

—Hágalo Dios.

—¿No os impedirá tan fatal noticia correr esta tarde?

—Al contrario, me conviene ahora más que nunca ver el mundo y olvidar. ¿Podrías decirme cómo salió Hernando de Alcalá, cuánto tiempo estuvo preso y qué hizo hasta el instante de su muerte?

—¿No os afligireis mucho?

—Haré lo posible porque nada noteis.

Garci-Gomez le fué refiriendo cuanto le habia acontecido, de manera que, sin acusar á nadie y con frases de doble sentido, pudiera comprender su amada lo que sucedió, á excepcion de su fuga, muerte del soldado y todo aquello de que no tuvo medio de enterarla delante de su hermano. Añadió, sí, que D. Juan Alvarez de Toledo estaba ya en libertad, gracias á su eficaz mediacion, quedando en participarle otro dia la segunda parte que abrazaba la mision que le llevó al castillo.

La enterneció varias veces con su relato, logrando que quedase triste y pesarosa cuando hubo concluido.

La animó despues, pero indicándole, de modo que ella sola lo comprendiese, que se presentara triste y angustiada ante los demás.

Sin grande esfuerzo, y con sólo recordar Melania lo que por ella sufrió Hernando, tenía de sobra para que se humedeciesen sus ojos y patentizara el semblante el profundo dolor que su alma sentia.

Concluye Hernando, y se retira á sus habitaciones.

Troilo consuela á su hermana, y no hallando frases suficientes en su escaso repertorio para expresar bien su deseo, llama en su ayuda á Rómulo y demás jefes, les refiere lo acontecido, rogándoles mitiguen el dolor de su hermana.

Troilo es amigo de aquellos hombres, pues no há comprendido todavía que son los encargados de tiranizar á Melania. Esta les manda que la dejen sola, y al partir aquellos léjos ya de la jóven, colma Troilo de elogios el talento y habilidad del caballero Garci-Gomez.

—Si otro le hubiera dado, —decia, —la noticia, queda muerta, la asesina. Bien sabe mi padrino D. Alonso á quién ha

mandado. ¡Qué admirablemente habla y cómo seduce con sus ideas!

Y hasta Troilo, que es la menor capacidad del castillo, ayuda á fabricar la tupida red en que todos, desde el primer jefe hasta el último lacayo, van enredándose para salir tarde ó nunca de ella.

A las tres comen, presenciando este acto los mismos; Melania sólo prueba las viandas; Hernando intenta distraerla vanamente con anécdotas oportunas, que demuestran una vez más su gran inteligencia.

Y á las cuatro y media montan á caballo Melania y él y salen al trote, porque la jóven está tan triste, que no tiene gana de correr.

Les siguen cuatro doncellas y ocho caballeros, que pidieron acompañarles. Tal es la confianza que Garci-Gomez inspira á Rómulo y demás jefes, que no sale ninguno de ellos ni mandan elegidos. Tienen dispuesta una partida de juego para mientras dure el paseo, y fijos en esta idea, no se cuidan ya de otra cosa que de realizarla. Melania se lo ha dicho en latin á su amante, y este la contesta en castellano, que es muy débil, que monta bien, pero con miedo, y tanto supone herir su amor propio, que la jóven acepta el reto: eligen una colina como conclusion de la carrera, Alvarez de Toledo la hace una advertencia en latin, que los otros toman por elogio á su persona, y parten los dos caballos como exhalaciones. Se les presenta una gran cuesta, supone vacilar Melania, teme la altura que tiene de frente y tuerce á la derecha por el descenso, siguiéndole los ocho caballeros y cuatro doncellas.

Al contrario, Garci-Gomez, sube por el mayor ascenso, que está á la izquierda, y ambos se separan considerablemente.

El caballo de Melania parece desbocado, vuela, se mete en el bosque y desaparece de la vista de los que le siguen.

Supone la jóven que han de continuar hácia delante los de la comitiva y gira á la izquierda, retrocede sin ser percibida por ninguno, para detenerse en el extremo opuesto del sitio por donde la buscan. Espera un minuto impaciente y desaso-

segada, de pronto late su corazón con violencia; ha oído la carrera de un caballo, y poco después ve á Hernando más bello y gentil á sus ojos que nunca.

Llega el jóven; se tira del caballo y lo sujeta á un árbol; luego alarga los brazos á Melania para que baje, y ambos se estremecen; la impresion que han recibido al estrecharse embarga sus espíritus.

La ricahembra está de pié en el suelo, pero al caer queda apoyada en el pecho de su amante. Este lleva sus labios á la deliciosa frente de aquel ángel, la oprime contra su corazón, y arrobados por la dicha permanecen así un minuto.

Aliatar pretende huir; entónces Garci-Gomez deja á Melania, que apenas puede sostenerse en pié, coge el cuadrúpedo y lo sujeta á un roble.

El aire ha cortado los flúidos de los dos amantes, y cuando vuelve Hernando ya está en sí Melania.

—Sentémonos al pié de este árbol, que puede ser ahora para nosotros el divan más delicioso de la tierra.

Le dice Hernando; coge una de sus manos, la besa cien veces, reteniéndola entre las suyas, mientras sus ojos miran con éxtasis aquel sublime tipo de belleza y perfeccion.

Están sentados; el terciopelo de la gran señora sirve de asiento y cubre la tierra del bosque. Alvarez de Toledo, admirando cada vez más la hermosura de aquel sér privilegiado, quiere arrancar á D. Alonso el último triunfo, aun cuando para nada le sirva, y dice á Melania:

—Hablemos, ángel mio.

La jóven le mira tambien y parece estar aprisionada en la deliciosa atmósfera fluidica de su galan. No se mueven sus órbitas, los párpados se replegan á los extremos, é insensible á todo su materia, funciona el espíritu únicamente, pero en el éxtasis de una dicha que no puede expresarse.

A la indicacion de Hernando despliega sus finos y sonrosados labios para murmurar un *sí* que apenas se percibe.

Garci-Gomez la dice:

—Tu protector te ama con delirio, y si quiere unirte á Die-

go Pacheco es porque á la vez trabaja para elevaros al trono de Castilla, añadiendo luégo Granada, Aragon, Navarra y Portugal.

—Gracias por la noticia.

—Quiere orlar tu frente con una diadema real tan hermosa como tu puro semblante.

—No me hace falta.

—Quiere que caiga de tus torneados hombros un manto de púrpura, salpicado de castillos y leones de oro; que lo arrastres por los salones, que excites con tu poder y belleza la envidia de todas las mujeres, y que seas la reina de España.

—¿Qué más?

—Quiere que mandes, avasalles, domines, dirijas, y que cuando tú hables se postren las damas y tiemblen los hombres.

—Que tome para él, si puede, lo que á mí no me hace falta.

—El hijo del Marqués de Villena es inteligente, varonil, hermoso; ¡qué rey tan excelente haria!

—Que roben para su ambicion el cetro que á otros pertenece; yo no fui jamás aficionada á lo ajeno.

—Pero huérfana desde la infancia, pordiosera en el abandono de tus padres, fuiste rica desde la cuna, poderosa luégo, ricahembra despues, y todo se lo debes al que desea verte reina.

—Nada le he pedido jamás, nada necesito; prisionera me ha tenido y con ménos poder que el peor de sus lacayos. La libertad que me quitó vale más que mis castillos, feudos, señoríos y riqueza; que me dé lo que me pertenezca, se lleve lo que es suyo, seré dichosa, y no regaré con mi llanto los ricos mármoles de esa espléndida mansion que detesto.

—Tienes talento, Melania, estás bien educada; no quieres lo de otros, y debes dar por lo tanto al Arzobispo la gratitud á que es acreedor el que tanto te ama, el que tanto hizo por ti.

—Si no puedo y lo sabes, ¿por qué me atormentas de ese modo, Hernando?

—¿Cuál es entónces tu pensamiento, Melania?

—¿Tú me lo preguntas!

—Sí.

—¿Lo ignoras por ventura?

—Quiero escucharte despues de lo que precede.

—Ser tuya ó de nadie; ir al altar contigo ó sola á la tumba.

—¿Y si yo, muerto para el mundo, tengo que vivir errante?

—Te seguiré.

—¿Tú entre la nieve, el relente y la lluvia, descalza y hambrienta?

—Te seguiré.

—¿Despertando al rugido de las fieras, al trueno de las tormentas ó al silbido de las serpientes?

—Te seguiré.

—¿Y si Dios otorgara sucesion al matrimonio más infortunado de la tierra, y vieras al hijo de tus entrañas al aire libre, sin patria, hogar ni alimento, con su madre harapienta y su padre desnudo?

—Te seguiré con él; me alimentaria con yerbas: para él mis pechos, para ti el corazon, para Dios el alma!

—¿Y cuando te dijera, madre ingrata, dejastes poder, riquezas, honores, grandeza, opulencia y no tuviste piedad de este infeliz?

—Si eso osara decirme mi hijo porque amé á su padre, le miraria con horror.

—Me has vencido, Melania; creí que mi corazon era más fuerte que el tuyo, pero me he equivocado. No hay belleza en el mundo que se iguale á la tuya; podrá no aventajar á la de los ángeles, pero la de ellos no es superior. Sólo hay una cosa más grande y sublime, más perfecta y acabada: tu alma.

—Aprendió de la de Hernando y sólo aspira á elevarse tanto como aquella.

—Diego Pacheco se ha unido á la condesa de Santistéban, burlando la pretension de D. Alonso, y este hoy no tiene otra voluntad que la de Garci-Gomez.

—Torpe; quisiste probar mi corazon, y sólo has logrado empequeñecer el tuyo; me alegro.

—Quiero que en todo me aventajes, y ya lo conseguí.

—Pero la muerte de Hernando durará muy poco.

—¡Quién sabe!

—Léeme tu porvenir, amor mio.

—Empezaré un poco atrás, desde mi prision: escaló tu amante su calabozo; sus verdugos dieron muerte al centinela, cuya vida respetó aquel, y temiendo las iras del Arzobispo, dijeron á este que Alvarez de Toledo se habia suicidado. En tanto, el objeto de tu amor, favorecido con la influencia y poder de una infanta ménos hermosa que tú, pero de espíritu tan elevado, sale de Madrid, corre, vuela, y á los piés de su egida le ofrece un trono que obtendrá para ella. Desde aquel instante desaparece Hernando y de sus cenizas, como el fénix, sale Garci-Gomez, rico, poderoso, más poderoso y rico que Alonso de Acuña. Tiene ya ejércitos, partidarios ocultos en todas partes, rios de oro, y es, por último, el caudillo de una causa que sólo conoce el que trabaja en pro de ella. Esgriemiendo una sola arma de las muchas vedadas que usan sus enemigos, cae en medio de ellos, le desconocen, le aplauden, tiene voz y voto en sus consejos, cubierto en la mesa, y á las cuatro horas de haber llegado domina al Arzobispo de Toledo como á cándida obeja. Le arranca sus secretos, una órden para poner á su padre en libertad y la carta que te he dado esta mañana, trayendo la doble mision de participarte la muerte de Alvarez de Toledo y ganar tu corazon para el hermano del Maestre de Calatrava.

—¿Y qué va á suceder despues, Hernando mio?

—Tú aceptarás condicionalmente el enlace con Giron; ganaremos tiempo; venceré á todos mis contrarios, y ya en el trono mi egida, grande y poderoso yo, digno de ti, partiremos el lecho, felicidad y ventura.

—Vencerás á todos tus enemigos. ¡Una gracia, Hernando! Concédemela incondicionalmente.

—Habla.

—La vida de mi protector.

—Ahora me empequeñeces, amor mio. ¿Había yo de tolerar que mis aceros tocasen el cútis del hombre que te acarició en la infancia, que ha besado con amor paternal tu frente? Eso es imposible. Le haré sufrir mucho, eso sí; el sufrimiento depura el alma; con el sufrimiento lo elevaré, y al que se revuelve hoy sobre el cieno, cuando debiera estar en lo más alto, le verás un día sobre su gran pedestal, alzado y sostenido con mi robusta mano.

—Eso es. Di, Hernando, ¿te ha conocido bien esa infanta?

—Como tú.

—¿Sabe que me amas?

—Como tú.

—¿Y no le molesta ese cariño?

—No.

—Pudiera en lo sucesivo...

—Imposible; sabe mucho, y comprendería que era pedir lo irrealizable; porque si bien es cierto que Dios me ha dado un corazón, no lo es ménos que te quedastes tú con él.

—Para siempre.

—*Amén*, que tengo yo otro mejor.

—¿Cuál es?

—El tuyo. Piensa, además, por si alguna idea siniestra quisiera atormentarte, que la infanta sabe que vino al mundo á cumplir un fin providencial; que debe ser reina de España, y para eso necesita indispensablemente unirse á otro monarca tan poderoso como ella, cuando esté sentada en el trono de Castilla ó ántes.

—¡Ah! El término me va gustando más que el principio de nuestra conversacion.

—¿Cómo el término, si empezamos ahora, bien mio?

—Mis caballeros y doncellas me buscarán con ansia...

—Y no te encontrarán.

—¡Su desesperacion irá en aumento!

—No en tanto como nuestra mútua felicidad.

—¡Podrá alguno avisar al castillo, y doscientos ginetes se extenderán por el bosque!

—Trabajo les ha de costar hallarnos.

—¿Y si nos encontrasen?

—Tendria el sentimiento de que no nos vieran abrazados; nos falta para ello una bendicion.

—Pero nuestras almas están ya unidas y nos amamos cuanto es posible.

—¡Con qué mágico y celestial acento me lo dices!

—¿Si nos viera Don Alonso, si contemplara mi mano entre las tuyas, tu rostro á corta distancia del mio, rozándose nuestras vestiduras, libando amores como el pez el agua que le rodea?..

—Nos envidiaria, y nada más. Nunca supo lo que era el amor en su más elevada pureza, lo que era un ángel castísimo como tú, ni un hombre tan fuerte é insensible á la maldad como yo.

—¡Cuando te juzgaba muerto!.. ¡Qué ventura!

—Ese es el mundo, querube sin igual. Hace seis dias lavabas tu pañuelo con lágrimas, ínterin yo abria calas en una pared y sudaba hasta regar el suelo, y hoy, dichosos y felices, bajo las ramas de un árbol, teniendo por trono el mundo y por dosel el cielo, nada hay que hiera nuestros corazones, á excepcion del océano de ventura donde se ahogan.

—Pero ¡ay! mañana partirás...

—¿Y qué importa si á nuestras almas y pensamientos no puede separarlos distancia alguna? No me es dado dejar de mirarte, porque siempre hallo en ti un encanto más. ¡Qué frente tan blanca, tersa y pura; qué ojos tan arrobadores; brillan más que el sol y narcotizan como el flúido! ¡Qué nariz tan perfecta; qué labios tan finos; qué dientes tan pequeños, iguales y blancos! No hay nada en el mundo más gracioso que esa seductora barba; y el conjunto, es la mejor obra que el Divino Creador tiene en la tierra.

—¿No continúas?

—No puedo, porque tanta hermosura deleita más que entusiama.

—Ya no tengo prisa, prosigue.

—¿Y las doncellas, los caballeros y doscientos ginetes que se van á extender por el bosque?

—Que vengan; junto á mi amante me hallo.

—Eso es; para separarnos, nunca debemos tener prisa; cuando las sombras de la noche nos echen...

—¡Ay, Hernando, sólo nos queda una hora de luz!

—Nos veremos despues por el camino; en tus habitaciones luégo, y dormidos soñaremos el uno con el otro.

—¡Y queria D. Alonso que yo renunciara á ti, Hernando!

—¡Y pretendia matar á mi padre y á mí si no renunciaba yo á tu mano, Melania!

—¡Con eso te amenazó!

—Y lo hubiera hecho, pero como yo me suicidé...

—Ya lo veo.

Una hora más continuaron en éxtasis delicioso los dos enamorados.

Permanecieron cerca de dos horas sentados debajo del árbol.

Al llegar el crepúsculo vespertino se levantan sacudiendo él con su látigo la tierra del vestido que cubria á su amada.

Luego soltó á Aliatar, y como á una pluma dejó á Melania sobre la silla del caballo, pasando sus labios tan cerca de la mejilla izquierda de Melania, que hubieron de rozarse.

Seguidamente montó él en su potro, saliendo á escape por una calle de pinos que concluia en el llano.

¿Los buscaron mucho los ocho caballeros?

No se tomaron la molestia de preguntarlo ni de disculparse.

Hablaron de la larga carrera, del descanso que dieron á los caballos, y siguieron delante hácia el castillo, sin que ninguno de los doce osara murmurar de una dama tan virtuosa y angelical.

Cogidos del brazo subieron la ancha escalera principal del castillo, quedando luégo con Troilo en el salon de columnas.

Gran prueba acababan de dar de la elevacion y fortaleza de sus espíritus. Solos en medio del bosque, entregados á su libre albedrío, unidos por el amor y ardiendo sus corazones en la abrasadora llama de una pasion, no demostraron un solo instante que viniera á empañar idea alguna liviana el éxtasis dulce, tranquilo, arrobador en que permanecieron dos horas sus almas.

Todo ser materializado se entrega en casos semejantes á la concupiscencia, demostrando así lo grosero y ruin que todavía permanece. Es indudablemente el caso en que más se distingue el espíritu elevado del inferior.

CAPÍTULO XVIII.

La cena.—El pliego.—Padre é hijo.

Melania ha vuelto á tomar el mando del castillo, y ahora le obedecen con ciega sumision desde los cuatro jefes hasta el último soldado.

Permaneció más de tres meses encerrada en sus habitaciones, pero dada ya á luz nuevamente anda por todas partes, dirige advertencias, comunica órdenes, y aun cuando aparenta dolor y sentimiento, rebosa su alma en un estanque de alegría.

Todos han ganado, porque los jefes y oficiales no tienen necesidad de vigilarla, al castillo no amenaza peligro alguno, y se entregan al juego y banquetes, por consejo de Garci-Gomez, que á cada instante los estimula para que rian, se diviertan y deje de ser aquella morada un retiro triste y sombrío.

—No sois frailes,—les dice,—¡voto á Cribas! Soldados unos y caballeros otros, bebed, reid y no imiteis por más tiempo al monje. Mi amigo el Arzobispo lo desea y le conviene á la dama generosa y triste que defendeis. Recordad siempre que estais en un castillo, el cual debe parecerse más á un campamento que al cementerio como yo lo hallé.

E imitando con su privilegiado ingenio la gracia y chistes andaluces, dió vida y animacion á aquella morada, en la cual

dejó impreso D. Alonso lo tétrico y sombrío de sus pensamientos.

Tal cambio de vida halaga á los servidores de Melania, lo aceptan gustosos, y de esta manera puede estar aquella casi todo el dia y parte de la noche conversando con Alvarez de Toledo, sin temor de que nadie la espíe y cunda la sospecha por entre los avisados del castillo.

Permanecen reunidos hasta las nueve en que cenan, y al terminar se retira Hernando á sus habitaciones, llevándose un escrito de Melania dirigido al Arzobispo. En él le dice:

«Señor: Recibí vuestra carta con todo el interés que me inspira el afecto que os profeso. Oí de los labios de vuestro digno embajador y representante la desgracia con que el cielo me castigó, y me resigno; ¡qué he de hacer, si ya no tiene remedio! Os agradezco la libertad que me concedéis, el mando que ya tengo, y ruega á Dios por la ventura de su protector, vuestra protegida,

MELANIA.»

Hernando le escribió lo siguiente:

«Mi respetable y eminente amigo y señor: Hace doce horas que llegué á este castillo, y si empiezo á desempeñar bien ó mal mi mision, podeis deducirlo del contenido de la adjunta. He dejado en completa libertad á Melania; manda sola, y ¡ay del que intentase espiarla ó desobedecerla! Es un ángel, señor, un ángel que os ama, pero que tiene mucho talento y voluntad inquebrantable; por el rigor ó la fuerza nada se conseguiria; es otro el medio, lo empleo, y os llevaré la ventura que anhelaís. Se queja, con razon, de que los servidores que ahora tiene son más esbirros que criados; necesito darle amplia facultad para que mude los que quiera, tenga ó no motivo suficiente para quejarse de ese modo. Al efecto necesito vuestra autorizacion. Sigo consolándola, y al recibir vuestra contestacion realizaré la segunda parte, que es la más importante de

mi cometido: D. Juan Alvarez de Toledo se halla en libertad, y nada debe temerse por ese hombre. Desea volver á estrechar vuestra mano,

GARCI-GOMEZ.»

Cuando hubo concluido mandó llamar al alcaide de la fortaleza, Rómulo Berenguer, al cual preguntó:

—¿Qué os parecen mis primeros ensayos sobre Melania?

—Admirables; está desconocida.

—¿No os hallais vosotros mejor en el palacio arzobispal que en este castillo?

—Sí, señor. Mi deseo es vivir al lado de D. Alonso.

—¿Qué bien estaríais en Avila! Aquello parece ahora una torre de Babel.

—Lo creo, y aun cuando nuestra situacion mejoró con vuestra venida, prefiero ese bullicio y actividad á esta vida monótona.

—Pues tomad ese pliego y con una persona de confianza mandádselo á vuestro señor. La contestacion que me traiga os abrirá las puertas probablemente y en breve disfrutareis completa libertad. Entre tanto salid y entrad siempre que os agrade, sin otra fórmula que la natural de pedir permiso á Melania, cuando esta se halle aquí. Ya le digo al Arzobispo que no dan resultados la presion y tiranía. Con ellas sólo lográsteis hasta ahora esclavizaros vosotros y exasperar á vuestra señora, por cuya razon quiero que concluya de una vez aquel violento estado. Y retiraos, que estoy rendido de las muchas leguas que llevo andadas en los últimos dias.

Berenguer se despide y le es dado por fin á Hernando hallar en el lecho la tranquilidad indispensable.

La noche anterior no durmió nada, y desde su salida de la prision descansó muy poco, habiendo andado á caballo más de sesenta leguas.

Su triunfo parecia completo, pero con tanta emocion y fatiga le estaba costando caro.

Logrado ya lo principal que se proponia, decide seguir

otra conducta para evitar á su materia un continuo tormento que podia muy bien resentirla.

Durmió siete horas consecutivas, trasladándose inmediatamente á casa del Corregidor, donde halló á su padre triste y ensimismado.

—¿Qué te sucede, señor?

Le pregunta encerrándose con él.

—Llevo venticuatro horas sin verte, hijo mio, y temí que te sucediera algo grave ó que te hubieras vuelto ingrato conmigo.

—No fué lo uno ni lo otro; despues de asegurar tu persona y porvenir, quise ofrecer á la pobre Melania la libertad de que carece há tiempo; lo he logrado, y como á ti nada te falta, dejé correr unas cuantas horas de mi vida entregado al amor: era la recompensa que el destino me ofrecia á todos mis sufrimientos pasados. ¿Tienes queja de mí?

—No, pero deseo saber qué motiva ese cambio tan radical, á qué es debido el gran poder de que dispones.

—A eso vengo principalmente, señor.

Y Hernando le refiere detenidamente cuanto le acontecia, disminuyendo el peligro y aumentando algo las probabilidades del éxito, hasta dejarlo completamente tranquilo y satisfecho. Y concluye con las siguientes frases:

—Padre mio, todas las mañanas te dedicaré dos horas; no me es posible más, tú no necesitas de mí, y Melania está aún entre sicarios á quien debo perder de vista el ménos tiempo posible.

Ambos se despiden con la ternura que tienen de costumbre, cruza Hernando unas cuantas frases con el Corregidor y regresa al castillo, donde ya le aguardan Melania y Troilo para almorzar.

La jóven disimula con mucha dificultad la alegría que brota de su corazon.

Hablan por la mañana, salen por la tarde, se pierden, y en lo más espeso del bosque vuelven á regalar su vida con dos horas de amoroso éxtasis.

Regresan al castillo de noche. Hernando da la brida de su caballo á un mesnadero y se interna en la ciudad para entrar luégo, sin ser visto de nadie, en la casa de su sabio maestro, que le desconoce hasta que su voz y un tierno abrazo le dicen quién es.

Después nuestro jóven le recomienda que guarde el secreto hasta que pueda darse á conocer, y seguidamente le pregunta:

—¿Y Sion? ¿Dónde se halla?

—Hace tres meses que anda con el padre abad por Castilla.

—Estarán recorriendo los monasterios de la órden.

—No; hacen milagros.

—¡Milagros! ¿Con qué objeto?

—Desprestigian á Enrique IV é infunden entre el pueblo la idea de que la ira de Dios dirige ya sus rayos hácia ese monarca disoluto, débil y torpe.

—Comprendo; están siendo instrumentos del Arzobispo de Toledo.

—Sí, y entiendo que destronarán al rey. ¿Quién es ese D. Alonso que desean coronar?

—Un infante niño aún y tan incapaz como su hermano mayor.

—Estaba seguro.

—Sí, amigo mio; deplora como yo las desgracias presentes y las muchas de que serán víctimas Castilla y Leon en lo porvenir.

—No me tomaré esa molestia, Hernando.

—¿Eres insensible á nuestros males?

—Consiste en otra cosa, hijo mio; es que yo veo lógico y natural todo lo que ocurre.

—Espílicate, Abiabar, porque no te comprendo.

—Un pueblo tan ignorante, caballeros que nada aprenden y grandes que todo lo desconocen, sólo pueden vivir en el caos que presenciamos. Tiende la vista en torno y sólo verás fanatismo, supersticion, egoistas, ambicion y pasiones bastardas,

en fin, que se desarrollan, crecen, se multiplican, luchan, y el más débil es víctima del ménos, siéndolo este á la vez de sus propias pasiones. El que sabe más explota, manda y avasalla al ménos entendido; pero como ninguno sabe lo bastante, todos son desgraciados, Hernando, muy desgraciados.

—¿Cuándo cesarán estos males, amigo mio?

—Tardarán muchos siglos, Hernando. Para evitar las desgracias colectivas é individuales es preciso que el hombre comprenda no ha venido á este mundo atrasado á gozar; que lo mandaron á aprender, para que de este modo vaya poco á poco desarrollando su inteligencia y moral. Dicen que es un valle de lágrimas, y á pesar de esa convicción sólo piensan en goces materiales que destruyen sus carnes y empequeñecen el espíritu. Cuando vean la grandeza, sabiduría y perfectibilidad absoluta de Dios y de su obra; cuando contemplen el universo; cuando se pregunten á qué he venido yo á la tierra, qué hago en ella, qué va á ser de mí, y puedan contestarse, entónces cesarán la intriga inicua, el egoismo torpe, la maldad colectiva é individual, y el mundo presentará una paz propia del desarrollo intelectual que desmuestren sus habitantes. Desgraciado es el pobre colono que riega con el sudor de su frente la tierra que labra para ser luégo robada su mano productora por el amo, el fisco y otros bandoleros ménos conocidos; pero estudia unos y otros, entra en sus casas ó palacios, contempla la agitacion, desasosiego y malestar que tortura sus espíritus, la incertidumbre en que viven, el aguijon que les clava la envidia, y verás que hasta el más grande señor con feudos, castillos y señoríos es tanto ó más desgraciado que el último de sus colonos ó siervos.

—¿Con que segun tu opinion todos los males de la tierra obedecen á la ignorancia del hombre?

—Sí, Hernando, y no puede ser otra cosa. Busca uno que haya robustecido mucho su voluntad, entendimiento y memoria, que son los tres grandes atributos del alma, y verás que consigue cuanto se propone.

—Dios te oiga.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo, según tu opinión, tengo muy robustecidas esas tres potencias, y como me he propuesto realizar cosa muy difícil, deseo naturalmente sea una verdad la idea expuesta por ti.

—Si puedes hacerlo tú solo, es indudable que lo conseguirás. Si sois muchos y la colectividad no se parece á ti, ó es superior á sus inteligencias el pensamiento que tratáis de plantear, entónces todos tus esfuerzos se perderán en el vacío de la ignorancia colectiva. Pero, hijo, no busqueis á Dios para que os ayude como simple operario de vuestros trabajos; fijaos, sí, en su infinita sabiduría, en su perfeccion absoluta é imitadlas en cuanto os sea dado. La gratitud y otras causas análogas nos obligan á tener á Dios un amor tierno y puro, grande y sublime: es natural que al conceptuarnos débiles dirijamos la vista al más fuerte; pero no te hagas ilusiones creyendo que la mano de Dios va á descender para arreglar tus asuntos. Dios dirige el universo con leyes fijas, inmutables. Te he enseñado física y conoces las leyes que rigen la materia; más de una vez has admirado en este gabinete la exactitud con que funciona, y bien sabes que puedes estudiar sus efectos en tu misma individualidad: la circulacion de tu sangre, la digestion, los mil fenómenos que presenta tu organismo, están sujetos á leyes tan sábias como inmutables y exactas. Pues bien, Hernando, la moral del individuo se rige por leyes idénticas; del mismo modo que sin comida no se puede hacer digestion, no es posible tampoco, sin inteligencia, hacer algo que eleve el espíritu. Pedir á Dios que eleve nuestras almas y desarrolle el entendimiento para que obre con acierto y sabiduría, fuera lo mismo que rogarle nos permitiera que el estómago hiciese la digestion sin haber depositado ántes el alimento indispensable. No entraré yo en la cuestion de si su poder alcanza ó no á realizar la indigestion sin alimentos, porque no llega mi inteligencia á tanto, pero sí sostengo que el pedirle lo haga es lo mismo que decirle: Señor, tu obra es perfecta, inmejorable, más por un capricho ó necesidad que crea mi torpeza, destrúyela y deja en la mayor imperfeccion

lo que es absolutamente perfecto. Tal absurdo, Hernando, no puede atenderlo Dios, ni es producto de otra cosa que de la ignorancia de los hombres. Aun cuando á mí me llamas sabio, sólo puedo aceptar la frase con relacion á otros que sepan ménos, porque yo me he conceptuado siempre muy ignorante, y de ahí mi afan de estudiar y aprender para imitar al verdadero sabio, que es Dios, siquiera sea en lo que se parece en volúmen una piedra al universo entero. Pues no obstante lo muy torpe que me juzgo, todo podria ocurrírseme ménos decir á Dios: Señor, resuélveme los problemas, dame tus ideas, hazme sabio; porque en el acto me contestarian sus leyes: trabaja, estudia, aprende y serás sabio; no pidas á Dios lo que no quiere, lo que no puede, lo que no debe darte. Nada más injusto, más torpe y ménos digno por lo tanto de Dios, que hacerme á mí sabio por obra de misericordia, y dejar sumido en la mayor ignorancia al resto de sus hijos. ¿Con qué derecho le puedo yo pedir que efectúe ese milagro? ¿Cabe mayor blasfemia que suponer siquiera posibilidad en Dios de ser injusto?

—Ay, Abiabar, no continúes, porque te vas á la metafísica y yo apenas puedo llegar á los umbrales de la filosofía. Todo lo que has dicho es cierto, y harto siento, amigo mio, no poder cambiar por ahora mis títulos de nobleza, derechos á la herencia de mi padre y hasta Melania, que es el sér más amado por mí en la tierra, por ese compás, regla, libros y cuanto veo en la mesa del sabio

—En el mundo, Hernando, tiene que existir necesariamente una variedad infinita; si todos hicieran lo que yo, no habria agricultores, panaderos, etc.; por eso he notado en las leyes que rigen la materia y la moral, que permiten al hombre elevar su espíritu en todas las posiciones y jerarquías sociales. Ejemplo: yo podré saber mucha ciencia y filosofía, pero en cambio desconozco por completo todas las artes y otras muchas cosas que iré aprendiendo cuando vuelva otra vez á la tierra.

—¿Qué dices, Abiabar?

—O á otro mundo de esos millones que contemplo desde mi observatorio. Lo que importa al sér humano es elevar su inteligencia y moral, sea entre las artes, la ciencia ó la filosofía. Al efecto concede Dios á sus hijos como sitio, el universo entero, y por tiempo la eternidad.

—¿Y nunca deja de aprender el espíritu?

—Jamás; esa es su gran mision

—¿Y lo hará siempre con las mismas dificultades, sinsabores y penas que en la tierra?

—No; del mismo modo que el sabio en el mundo encuentra más facilidad cada vez en el progreso de su inteligencia, segun avanza luégo en mundos más elevados adquiere mayor facilidad, hasta que un dia su trabajo, en vez de molestias, sinsabores y dificultades, le produzca un inefable gozo que nos es completamente desconocido.

—Luego segun tu opinion, es un mito lo que yo aprendí en mi infancia.

—Sí, como lo son el paganismo y muchas otras cosas que no hay para qué citar.

—Deduzco de tus frases que existen en el espacio mundos más adelantados que la tierra.

—Casi todos: el nuestro es de los más atrasados y está en relacion con las pobres inteligencias que lo habitamos. El adelanto de los otros es material y moral, comprendiendo en esta idea lo animado é inanimado; todos los espíritus y toda la materia.

—¿Siempre adelantando! ¡Qué maravilla! ¿Y cuando lleguemos al último mundo?..

—Jamás; Dios está creando continuamente espíritus y materia; su actividad es tan infinita como su sabiduría y perfeccion: nota, amigo mio, que nada está más distante de un verdadero sabio, que el indolente ú holgazán; por lo tanto, el sér más elevado dista de Dios en sabiduría y perfeccion lo mismo que en actividad.

—Pues si está tan ocupado, no es fácil que acuda cuando le llamemos en medio de nuestras desgracias y miserias.

—No acude, pero está, porque sus sábias leyes facilitan al infortunado los medios de combatir el mal.

—No me satisface la contestacion, y voy á ponerte un ejemplo: ¿cómo se enriquece el que ha nacido pobre?

—Trabajando.

—¿Y si no tiene quien le enseñe?

—O vive ó no en sociedad. Lo que falta en el campo y los talleres son brazos; lo que sobra, por desgracia, en este país es holgazanería.

—Demos un salto, sabio Abiabar, atravesemos el Estrecho, fijando nuestra mirada en esa inmensa península ó parte del mundo llamada Africa. Tú me has dicho que allí existen hotentotes, cafres y antropófagos. ¿Cómo adelanta el sér que va desnudo y que sus únicas necesidades, comer y dormir, las satisface almorzándose á su hermano y durmiendo sobre el follaje?

—No todos los espíritus, hijo mio, vienen á la tierra con el mismo adelanto, y claro está que en las primeras encarnaciones no se puede aspirar á ser lo que tú llamas sabio, ni mucho ménos. Pero el hotentote, cafre y antropófago adelantan tambien, porque el hermano que quieren engullirse desea hacer lo mismo con el que pretende matarlo, y esto, cuando las fuerzas son iguales, les obliga á discurrir y á buscar en su cerebro un arma intelectual que aventaje á las materiales que tiene su enemigo. No siempre puede dormir sobre el follaje por impedirselo la nieve ó el rigor del estío, y la propia conservacion le obliga á pensar en los medios de combatir esos y cuantos males le aquejen. Por lo cual he dicho y sostengo, que con el sufrimiento se eleva el espíritu, y no por el hecho de padecer, sino porque el mal le obliga á discurrir en los medios de combatirlo.

—De esa manera pueden justificarse las guerras y tanta calamidad como afligen al género humano.

—Las que irán cesando, hijo mio, cuando el hombre sea más inteligente y su espíritu destruya las causas, cuyos efectos le son tan funestos.

—Prescindamos, Abiabar, de las primeras encarnaciones, y remontémonos á los séres más elevados. Un espíritu que no deje nunca de progresar, tendrá necesariamente que elevarse á la perfectibilidad absoluta, en cuyo caso se igualará á Dios.

—Nunca, Hernando: llegará el hombre á la perfeccion relativa, jamás á la absoluta. Cuando se juzgue más adelantado, le separará todavía de Dios una eternidad de sabiduría y perfeccion.

—¡Qué inmensamente grande es tu Dios, Abiabar! El privilegiado sér que lo contempla de esa manera es digno de admiracion.

—Gran adelanto es ya conocerlo, hijo mio; empieza á mirarlo por el mismo prisma y nos admiraremos mutuamente.

—Ya principié, maestro; ya me causan horror las supuestas ira, cólera, soberbia y venganza de Dios; ya dejé de verlo dirigiendo rayos, creando epidemias, fomentando guerras, ofreciendo á unos, quitando á otros, y hasta entretenido en arreglar las disensiones domésticas; ya empiezo á percibirlo creando mundos y séres, y con paternal cariño cobijando á todos sus hijos por igual, lo mismo al que llamamos grande que al pequeño, de idéntico modo al sabio que al idiota, de igual manera al virtuoso que al criminal.

—Cierto, por más que la conducta del último nos repugne y estremezca. Dios, perfectibilidad absoluta, no ha podido crear nada imperfecto, y el criminal, si no se corrigiera y enmendase, sería la obra imperfecta de Dios. Lo que no adquiera y adelante en una encarnacion lo hará en otra. ¿Para qué serviría de lo contrario la eternidad? El hombre más honrado tiene mayor obligacion de compadecer y auxiliar al delincuente, porque es el más necesitado y porque él estuvo ántes en su mismo caso, y si no hubiera tenido quien le protegiese y ayudara, habria tardado más en elevarse; de otro modo la fraternidad sería un delirio. El criminal mayor no es otra cosa que el más ignorante, y por lo tanto el más digno de compasion y ayuda. Es el inocente huérfano recién-

nacido que no tiene madre que lo amamante en sus brazos, y el infeliz se revuelca sobre el suelo, grita, y el hambre lo lleva como á la fiera en busca de una presa que necesita devorar.

—Toda la base de esa tu admirable filosofía, descansa, amigo Abiabar, en las reencarnaciones, y es lo malo que no tenemos una prueba contundente con qué confirmarlas.

—Hay muchas, pero sólo para el hombre muy inteligente, Hernando: la ignorancia no puede traspasar de pronto los límites de su impotencia; sería pedir al miope que distinguiera lo mismo que al que tiene buena vista; sería pretender que la madera se convirtiera de pronto en mesas y otros muebles. Los sabios de la India creyeron en las reencarnaciones, también los de Grecia, Jesús habló de ellas, según te tengo manifestado, algunos de los evangelistas, muchos varones insignes, y llegará día en que todo el que piense y discurra creará en ellas, porque no se puede de otro modo armonizar la justicia y sabiduría de Dios con las clases, condiciones y actitud de la raza humana.

—Grata y provechosa me ha sido la lección, Abiabar, y no es pequeño el sentimiento que tengo al dejarte; pero me aguarda un ángel, y no debo hacerle esperar más.

—¿Se llama Melania?

—Sí.

—¿Entras en su castillo?

—Mando en él á mi antojo.

—No lo entiendo, Hernando.

—Me llamo Garci-Gomez; olvida para siempre á Hernando Alvarez de Toledo, porque ha muerto.

—Cada vez lo comprendo ménos.

—Consiste, según tú has dicho, mi querido maestro, en que eres un sabio que ignoras muchas cosas.

—Claro está.

—Pues bien, toma mi consejo y sigue creyendo muerto á Hernando, si en algo estimas mi vida.

—En mucho, hijo mio; como hombre te quiero lo mismo

que á Sion, como inteligente bastante más. Por cierto que el donado y yo hemos suspirado por ti varias veces.

—¿Por qué?

—Ignorábamos dónde te hallabas, qué era de ti, y como estabas sentenciado á muerte...

—¿No eres tú brujo, alquimista? Pues haber evocado al demonio y ese te hubiera dado razon de mí.

—¡El demonio! Muchos hay, Hernando; pero esos son más ignorantes que yo.

—Pues algunos de ellos sabian, por desgracia, dónde me encontraba y lo que era de mí.

—¿Te atormentaron?

—Mucho.

—¿En oscura prision?

—Sí.

—Allí has debido entregarte á la ciencia y filosofía y hubieras sufrido ménos.

—Por que lo hice fué llevadero el sistema celular á que me condenaron.

—¡Malvados, y qué dignos son de compasion!

—Adios, Abiabar.

—¿Cuándo volverás?

—Mañana á la misma hora.

—No dejes de hacerlo, que eres mi único amigo en la tierra.

Salió Hernando, regresando al castillo, donde le aguardaban para cenar.

Cinco dias más entretuvo junto á su amada, padre y Abiabar. Eran para él aquellas horas un delicioso paréntesis de la vida.

¡Cuánto amor brotaba de su pecho y qué bien le correspondia la inteligente y bellísima Melania!

Ya no paseaban únicamente por el bosque, sino tambien por la ciudad, iban solos á la iglesia, y todas las tardes ocupaban dos horas entre la espesura, libando amores y en éxtasis delicioso.

El audaz mancebo llegó hasta cantar trobas á su amada en sus propias habitaciones, miéntras los jefes del castillo, soldados y restantes dependientes de la fortaleza jugaban y bebían alegremente.

Sólo D. Troilo le dijo una noche:

—Se parece vuestra voz á la de aquel pobrete Hernando que se suicidó en Madrid.

Los demás no la oyeron, se fijaron poco ó les pareció natural que un acento fuese semejante á otro.

CAPÍTULO XIX.

La réplica de D. Alonso.—Facultades bien aprovechadas.—Término del éxtasis amoroso.

Al sétimo día por la noche de haber llegado Garci-Gomez, y en los momentos en que Hernando se retiraba á descansar, entra Rómulo acompañado del emisario que mandaron al Arzobispo, el cual dice á Alvarez de Toledo:

—Mi señor D. Alonso Carrillo de Acuña recibió el pliego que vos le remitísteis y me ordena deposite este otro en vuestras manos, según lo verifico.

—¿Nada más te dijo?

—No, señor.

—¿Está bueno?

—Mejor que nunca.

—¿Alegre?

—Bastante; vuestro escrito le llenó de júbilo.

—¿Qué hay en Avila?

—Muchas mesnadas.

—¿Tranquilidad?

—Al parecer completa.

—¿Y en los caminos y pueblos que has atravesado?

—¡Ah! señor, se roba, mata y da compasión andar por Castilla.

—¿Te detuvieron?

Varias veces, y debí mi salvacion á las armas de mi amo que llevo en la librea.

—Está bien; puedes retirarte á descansar.

Hernando abre el pliego, hallando una carta para él en la cual le decia el Arzobispo:

«Estimado amigo; Vuestra epístola me probó que no me equivoqué al juzgaros; vais á ser mi brazo derecho y el que me devuelva la dicha perdida. La recompensa será digna de mí. Apruebo cuanto habeis hecho, y si lograis llenar cumplidamente la segunda parte de vuestra mision, facultad en mi nombre á Melania para que cambie el personal que la sirve, siempre que recaiga en individuos dignos de estar á su lado. Si esto se realiza, que pasen á mi palacio las personas que Melania no quiera conservar en el suyo. Traedme la ventura que anhelo y regresad pronto: os espera con impaciencia vuestro amigo,

ALONSO CARRILLO DE ACUÑA.»

En la otra decia á Melania:

«Hija mia: Tu escrito ha depositado en mi alma la dulzura de que tanto há menester en la agitada y turbulenta vida que me sostiene. Sabes cuánto te amo, que sólo deseo tu bien y que mi principal aspiracion se contrae á verte dichosa. Tienes talento, eres buena, escucha con fria razon los consejos de Garci-Gomez, de ese imparcial y noble caballero, y haz cuanto él te ordene en mi nombre. Sea en todo lo demás lo que tú quieras. Nada puede negar á quien tanto ama, su protector,

ALONSO.»

Hernando habia leído fuerte los dos anteriores escritos, y al concluir pregunta á Rómulo:

—¿Qué opinais, señor alcaide?

—Que habeis conseguido un triunfo que parecia imposible,

y que nosotros regresaremos al palacio del señor Arzobispo, como estábamos ántes, que es nuestro deseo.

—No es cosa segura todavía, señor Berenguer; Melania no ha pronunciado aún el anhelado *sí*.

—Pues como vos no se lo arranqueis, es difícil que otro lo logre. ¡Cuidado si se aficionó á vos, y os trata con amabilidad y dulzura que desconocia en ella!

—Es buena y bondadosa, pero altiva, y todo se puede conseguir de ella rogándola; nada si se le amenaza. ¿Querreis creer que todavía no la hablé de un modo concreto de su boda con Giron?

—Habreis estado preparándola.

—Sí; cuando esté bien pienso dictarle la contestacion á este escrito de su protector, y entónces haré que añada su venplácito al enlace que deseamos.

—Me parece buena idea.

—Ya se habrá retirado á descansar y hasta mañana no la doy esta carta. Marchad, señor alcaide, y que el cielo os defienda.

A las siete de la mañana inmediatamente se presentó Hernando, prévio anuncio, en las habitaciones de Melania.

La jóven le esperaba cubierta con vestido negro de riquísima seda que hacía resaltar la blancura de su limpia y tersa epidermis. Sus ojos habian recobrado la anterior viveza, y en su rostro seductor se veia un tinte de felicidad que lo animaba y embellecía extraordinariamente.

¡Qué conjunto de encantos físicos y morales habia en aquel afortunado sér!

Alvarez de Toledo la miró dos minutos con entusiasmo, y despues que hubo estampado un ósculo en su deliciosa mano, la pregunta:

—¿Vas á salir?

—¿Por qué dices eso?

—Estás tan elegante...

—Honraré hoy al señor embajador del Arzobispo de

Toledo, apoyándome en su brazo para ir á la iglesia conventual de San Benito.

—Es temprano; ántes lee.

La jóven toma la carta de su protector, y despues de haberla hojeado rápidamente, exclama:

—Gracias á Dios que voy á obedecer con gusto, con indecible placer las órdenes de tu representado.

Y con acento irónico, añade:

—Podeis decirme lo que os plazca, señor embajador, sin abusar de mi ofrecimiento, pues ya no me es dado otra cosa que seguir ciegamente vuestros consejos.

—Empiezo: desde el momento que yo parta vestirás de luto por la muerte de Hernando Alvarez de Toledo tu amante, y cuando venga el Arzobispo estarás con él tierna, cariñosa y amable.

—¿Qué más?

—Antes de marchar te dictaré una carta, que firmarás, diciendo á tu protector que te permita usar un año luto, y al terminar darás tu mano, Dios mediante, al hombre que él te designe.

—Hernando, que lo voy á engañar.

—No; ganemos tiempo y luégo será lo que tú quieras.

—¿Me lo impones?

—Claro está.

—Bien. Ahora dame lo que me ofrece D. Alonso.

—No sé...

—Sí, dice que en todo lo demás será lo que yo quiera.

—Bueno, pide.

—Quiero la facultad de que habiten mi castillo las personas que yo designe. Van á ser pocas; desde el alcaide hasta los últimos soldados y lacayos van á salir de aquí; luégo fumigarán todas las habitaciones para que no quede un átomo del aliento que envenenaba esta atmósfera. Anda, da la orden.

—Eso debes tú hacerlo.

—Pues espera un poco en esta habitacion, interin lo dispongo.

A la media hora vuelve Melania, preguntándole:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—A misa.

—¿Quién nos acompaña?

—Mi hermano Troilo únicamente; llevaré un velo espeso para no ser conocida, que á la vuelta ya habrán empezado á venir mis antiguos servidores.

Así se hizo, y ántes de las ocho de la noche habian cambiado por completo la servidumbre y mesnadas del castillo.

Melania era ya servida, con alguna rara excepcion, por los mismos que se hallaban la noche que quisieron prender á Hernando al pié de la fortaleza.

Rómulo y los restantes que le acompañaban se trasladaron al palacio del Arzobispo sin murmurar, por la mayor libertad que iban á tener; no hicieron objecion alguna, en vista de lo terminante que estaba la orden de D. Alonso.

Por la noche dijo Melania á su amante:

—Aprovechemos la ocasion que se nos presenta: mañana puede unirnos un sacerdote en la capilla del castillo; cuando el Arzobispo lo sepa ya estará hecho, y no le queda otro remedio que resignarse.

Hernando recuerda su compromiso con Doña Beatriz, exhala un suspiro, y ocultando la verdadera causa, le contesta:

—Es una traicion indigna de nosotros, Melania. No olvides nunca que cuanto tienes es debido á la generosidad de Don Alonso.

—Que nos una la iglesia, y concluido el acto nos vamos á habitar una cabaña. Mi felicidad reside en ti, no en los palacios, castillos y señoríos.

—Quiero yo que tú, la mujer mas hermosa de Castilla, pise alfombras, tenga palacios y ostente su belleza como dama principal. Mi orgullo se funda, Melania, en que tú seas la más seductora y á la vez la más rica.

—¿Qué mayor tesoro que nuestro amor, Hernando?

—No digo yo que lo haya más grande, pero existe otro necesario, indispensable.

—¡Qué nimiedad!

—No te empeñes, porque en ese terreno nada lograrás de mí: al aceptar yo tu mano podrás no elevarte, pero tampoco has de descender, lo juro.

—Fatal frase que heló la sangre de mis venas.

—Si me amas como yo á ti, si deseas mi felicidad...

—Basta; haré lo que dispongas.

—Al efecto, y para abreviar en lo posible, partiré mañana.

—¡Tambien eso! Solo ocho dias, que fueron un instante el más rápido de la vida.

—Dispon tú mi partida, Melania; pero ántes lee ese escrito de tu protector.

—No me hace falta; está á mi lado siquiera siete dias más. Ahora nadie puede espiarnos; hablaremos todo el dia y parte de la noche. ¡Ay, Hernando, mi temor es que pasen las horas como fugaz instante dichoso pero tan rápido!..

—No partiré hasta la noche del dia quince de mi llegada.

—Gracias, generoso caballero. Concedes unas horas más á la que te pide un solo minuto, pero eterno.

—Nunca creí detenerme tanto, Melania.

—¿Te pesa?

—¿Eso me preguntas? ¿Hay algo que embriague ó deleite más que oír tu acento, abrasarse en tus miradas y contemplar ese rostro más bello que el de los ángeles? No; pero esclavo de mi deber, víctima de un juramento legado al que me salvó la vida, tengo que cumplir lo ofrecido, aun cuando para ello te abandone, que es el mayor sacrificio exigido al que te ama.

—Vamos á misa, Hernando. ¡La idea de tu marcha y de los peligros que te esperan martiriza mi corazón!

Es la primer vez que cuestionan, y no vuelven á hacerlo en los siete dias restantes.

Aquella mujer, de voluntad inquebrantable hasta con su mismo protector, cede á cuanto dispone Hernando con amoroso placer.

Salen ahora por mañana y tarde; la escolta que les sigue va á tan larga distancia que no necesitan perderse en el bosque para hablar sin testigos.

De este modo transcurre el período señalado por Melania, y Alvarez de Toledo se dispone á partir.

Ha hecho ya su última visita á Abiabar; se despide del Corregidor, dándole las gracias en nombre de la infanta por la noble hospitalidad que concede á D. Juan, y dice á este que le aguarde á quinientos pasos de la puerta, camino de Madrid.

Dicta la carta que ha de firmar Melania para el Arzobispo, y luégo emplea media hora en despedirse de su amada.

¡Cruel separacion! La jóven tiene los ojos arrasados de lágrimas; tambien los de Hernando se humedecen, y un tierno abrazo los une para separarse hasta Dios sabe cuándo.

Sale Hernando de la estancia agitado, molesto por la cruel impresion que recibe, estrecha la mano de D. Troilo, que está á la puerta, la del alcaide, cruza por entre caballeros, sirvientes y soldados que le saludan y despiden, contesta con escasos monosílabos, monta sobre el caballo y parte á escape tendido.

Melania cae en el divan acongojada; piensa luégo, y se dirige aceleradamente á la torre más alta del castillo.

Desde allí contempla, en los intervalos que las lágrimas se lo permiten, la veloz carrera de su amante, al cual puede seguir con dificultad el criadó.

Lo ve detenerse junto á su padre y que corren de nuevo los tres.

Por cada paso del caballo, da su corazon tres latidos y recibe una angustia nueva.

Ya sólo percibe tres bultos en lontananza, que parecen inmóviles, pero disminuyen cada vez más, hasta que el horizonte, enlutado con el velo de la noche, los envuelve y oculta por completo.

Pero Melania queda fija, inmóvil, sin aliento, como fria estatua, mirando hácia allá.

Cree la infeliz que la oscuridad de la noche es ménos ne-

gra que su destino, y regresa luégo á sus salones pálida como la muerte, angustiada como la tierna esposa que pierde á su marido.

—¡Hernando mio, —exclama, —tú llevas al lado un padre que te consuele y en tu cerebro tantas ideas que apénas tendrás tiempo para desarrollarlas; pero yo me quedo sola en el mundo, y en mi cabeza no cabe otro pensamiento que el que me inspira tu amor! ¡Qué feliz he sido estos quince dias y cuántas desgracias me aguardan ahora! ¡Lo imitaré; la fortaleza de su corazon parece que ha quedado aquí con su poderoso aliento! ¡Sí, en el alma debo llevar dolor y amargura, en el semblante serenidad y altivez!

En el acto llama á sus doncellas y les dice:

—¡Quiero vestir desde este instante traje completo de luto, que ha muerto mi Hernando Alvarez de Toledo! Hasta que yo os avise no me ofrezcais gala alguna ni vestido diferente del que os acabo de pedir.

Minutos despues resaltaba la pálida blancura de su cútis con el color del traje que la cubria.

En lo sucesivo debia animarla algo y fortalecer su espíritu los escritos que de continuo iba á recibir de Garci-Gomez, á los que ella contestaba en el acto.

Abandonemos el castillo nosotros tambien, que ántes de regresar nos queda mucho que ver en Castilla y Leon.

Hernando y su padre corrieron media hora, dejando al trote los caballos.

El anciano seguia con los cabellos, barba y bigotes blancos, pero en los quince dias trascurridos mejoró considerablemente.

Cada visita de su hijo robustecia sus fuerzas, hasta dejarlas como ántes de su prision.

Ahora se hablan con ternura, y la verdad es que Melania no se equivocó; Hernando embota su aficcion en el cariño de su padre. Cada frase del anciano es una gota de agua que apaga el fuego del dolor que sacó el enamorado jóven al abandonar el castillo.

Vuelven á correr, y á las dos horas y media de haber dejado Alcalá entran en Madrid.

Eran las nueve y media de la noche.

Preguntan dónde se ha mudado D. Alvaro de Toledo, lo averiguan, y deja el hijo á su padre con el primo, partiendo él en direccion de la casa en que conoció á Doña Beatriz, seguido de su criado.

Don Juan es recibido por Alvaro de Toledo con cariño fraternal; el noble mayordomo se culpa de todas las desgracias que ocurrieron á su primo y sobrino, y recompensa á Don Juan con su ternura lo que supone ha sufrido por él.

El edificio que ahora habita tiene muro, aspilleras y dos torres; le defienden veinticinco soldados, y ya no hay temor de que D. Juan vuelva á ser sorprendido.

Su escudero, ama de llaves y encargado de la cocina humedecen su arrugada mano con lágrimas de alegría al besarla con efusion.

Sigamos ahora á Hernando.

La puerta de la casa que ya conocemos está cerrada. Llama, da su nombre, abren y se alegra ir acompañado de su sirviente, porque no halla en la casa más que dos ancianas y á Pedro Juarez, que hace dias regresó de Maqueda y le aguarda con la contestacion de Doña Beatriz.

Se encierran, le entrega Juarez tres pliegos, y abriendo uno Hernando, lee:

«Mi querido amigo: Eso ya no es correr, sino volar. Isabel os saluda y se da la enhorabuena por tener un caudillo cuyo talento, actividad y energía superan á sus deseos. Ya estará vuestro padre en libertad, Melania sin carceleros y vos harto de libar amores. Regresad á Avila, que allí está vuestro puesto por ahora. Nada puedo, quiero ni debo encargar á un hombre como vos. A continuacion hallareis el extracto de los despachos que os devuelvo, muy importantes en verdad, y luégo nuevas instrucciones que me conviene dirigiros. Isabel os estima cada dia más, y yo me complazco en ser vuestra verdadera amiga.»

Seguian la rúbrica, el extracto y las instrucciones, que Alvarez de Toledo aprende de memoria, quemando luégo el documento.

Examina despues los dos pliegos, que parece no ha tocado nadie; los sellos del Arzobispo han sido sustituidos por otros tan idénticos, que el mismo dueño desconoceria el cambio.

Hernando se vuelve á Pedro Juarez, diciéndole:

—Partiré al amanecer; no conviene que salgamos juntos; disponed en consecuencia vuestra marcha para ántes ó despues de la mia.

—No puedo irme esta noche porque están los caminos infestados de salteadores, me encuentro solo y quiero andar por veredas que me eviten encuentro funesto. Abandonaré por consiguiente Madrid dos horas despues que vos. Os aconsejo que vayais con alguna fuerza si no quereis esponeros...

—Adios, Juarez.

—¿Os marchais?

—Sí; tengo que entregar esta noche dos pliegos y despedirme de unos amigos que me aguardan.

—Son las diez.

—No importa; al que halle acostado lo haré levantar.

—Poco vais á dormir esta noche

—Con dos ó tres horas me bastan.

Sale Hernando seguido de su criado que le lleva la linterna, y ocupa cerca de dos horas en conversar con los dos grandes á quienes entrega los pliegos, parciales ambos de Don Alonso á pesar de estar al lado del rey.

Nuestro jóven averigua cuanto necesita, valiéndose de la expresiva recomendacion que hace el Arzobispo del caballero Garcí-Gomez en sus dos escritos.

A las doce abandona al último y se dirige á casa de su padre y tío.

Todos duermen allí, á excepcion de los centinelas que hay en las torres.

Los repetidos golpes de Hernando ponen en movimiento á cuantos hay en aquella morada, se da á conocer como

Garci-Gomez, y minutos despues está entre su padre y tío.

Otro nuevo trance penoso para nuestro jóven. Tiene que partir al ser de dia y la noticia exaspera á D. Juan y á Don Alvaro, que quieren retenerlo á toda costa.

Se disculpa, demuestra lo imposible de perder tiempo, y á los tres cuartos de hora de lucha se retira dejando doloridos á los dos ancianos.

Duerme tres horas; á las cuatro lo despiertan y á las cinco sale por la puerta de Segovia en direccion de Avila. Ese era entónces el único camino que habia para Castilla.

Deja por segunda vez á Madrid, pueblo que tiene para él sangrientos recuerdos, sin que haya llegado á su mente la sola idea del tiempo que estuvo preso ni de lo expuesto que se halló á morir.

Hasta el hombre de más talento y de mejor educacion tiene algo, aun cuando sea poco, de la época en que vive; y Hernando, saturado con la atmósfera de su siglo, presenta un caudal inmenso de audacia, que es su único defecto.

La causa es obvia: ve á su lado tanta insensatez y torpeza, tan poca reflexion y juicio, que cree poder atropellar por todo, seguro de vencer á cuantos pretendan estorbarle el paso. Ya le ha dado una leccion en contrario el Arzobispo, leccion tan terrible, que de no haber mediado la inteligente y poderosa Doña Beatriz, era segura su muerte, y acaso la de D. Juan.

Pero no le basta con esa, producto de la astucia y de la maldad; necesita otra, hija únicamente de la fuerza bruta, y su destino, que es bueno, se la prepara en toda regla.

Mas no adelantemos el discurso y sigámosle.

CAPÍTULO XX.

La marcha tranquila.—Emboscada.—Martin Perez.—Regreso.—Oportunidad de Alvarez de Toledo.

Salió Hernando de Madrid á las cinco de la mañana y anduvo algun tiempo entre tinieblas, efecto de cubrir los primeros albores densas nubes que pronto empezaron á regar el suelo con abundante lluvia.

No fué esto causa para que Toledo dejase de caminar, si bien, efecto de no haber en España ninguna carretera, se hacian intransitables las pocas vías de comunicacion en cuanto empezaba á llover; por lo cual decidió nuestro jóven dividir en dos jornadas las veinte leguas que lo separaban de Avila.

Trota ahora cuando puede, viéndose obligado de continuo á dejar á su caballo que marche como quiera, efecto de la oscuridad y de los continuos barrizales que se le presentan.

Aparece la mañana triste, y hasta las aves se muestran agoreras con sus monótonos y sentimentales gorjeos.

Es la primavera, la hoja empieza á brotar de los árboles que va distinguiendo Hernando como mudos y negros fantasmas que entristecen su espíritu.

Llega á las Rozas cuando ya es de dia; sigue lloviendo, y por causas que desconoce, el osado mancebo entra en ganas

de quedarse allí hasta el siguiente día. Mas desecha de su mente aquel pensamiento, que juzga pueril é injustificado, y continúa adelante, decidido como se halla á almorzar en Torrelodones y á comer en Guadarrama.

No se detiene, pero sí resuelve andar siete leguas únicamente en aquel día, dejando trece para el siguiente.

Entra en el primer pueblo indicado á las nueve de la mañana. Anduvo cuatro leguas y media, y descansa dos horas que ocupa en almorzar y dar pienso á los caballos.

El mesonero le aconseja que se quede hasta que pase el temporal, pero Hernando no le hace caso, y á las once vuelve á montar á caballo y sale al paso, pues le es imposible caminar de otra manera. Va sobre una cuarta de lodo y presenta salpicado el traje desde los piés hasta el casco.

Mas le quedan que andar dos leguas y media, y tiene ocho horas de luz, con lo cual puede llegar á cualquier paso á Guadarrama.

Deteniéndose muchas veces, creciendo el barro y en aumento constante el mal estado de la vía, avanza Hernando, pesaroso ya de haber salido de Madrid, pues no es para su carácter ir dejando atrás una hora por cada cuarto de legua que anda.

Llega á las tres á la Venta de la Trinidad, distante poco más de una legua de Torrelodones. La primer poblacion que le espera es ya Guadarrama.

Al poco tiempo deja el camino de Segovia, toma un atajo á la izquierda, y despues que atraviesa por un puente de tablas el arroyo que le impide el paso, entra de nuevo en la carretera de Castilla.

Se halla á una legua escasa de Guadarrama. Parece que toca ya el monte con las manos y cruza en este momento por un pinar que sigue hasta la sierra.

De pronto oye el relincho de algunos caballos, pero no le llama la atencion, creyendo lógico y natural que haya otros á quienes la necesidad les obligue á caminar como él en día tan lluvioso,



Su proximidad al monte y la dureza por lo tanto del terreno que pisa, ha mejorado algo el camino en lo concerniente á la cantidad de lodo, é intenta obligar á su caballo á que trote; pero en el mismo instante se le presentan cuatro ginetes que le estorban el paso, otros tantos le impiden retroceder, y dos á cada lado forman un total de doce hombres que le gritan en coro:

—¡Alto ó mueres!

Amo y criado se detienen, tirando á la vez de las espadas; están á diez pasos de la gente que les cerca, y es imposible escapar sin sostener ántes una lucha en que tienen al parecer casi todas las probabilidades en contra.

Hernando no habia contado con aquel encuentro, y, aunque algo tarde, comprende al fin la imprudencia de atravesar Castilla con sólo un criado en unos tiempos en que se hallan los caminos infestados de bandidos nobles y plebeyos, valientes y cobardes.

Antes le disculpaba en parte la ansiedad que tuvo de liberar á su padre y amada y la rapidez de sus marchas; mas pudo ahora haber sacado de Madrid cuatro ó seis ginetes de los que servian á su tio, con lo cual era difícil que hubieran osado doce detener su paso.

Aun cuando brusco el ademan, tostado el rostro y desaliñado el traje, comprende Hernando que no es plebe lo que le ha salido al encuentro, y duda si aquella emboscada se efectuó para asesinarlo ó para quitarle el oro y ropas que le cubren.

Llevan los doce que le han sorprendido borgoñota, sayo de lana y malla, espada tremenda y largos bigotes con espesa barba.

No teme Alvarez de Toledo, pero le amarga en este instante su imprudencia de ir acompañado de Martin Perez solamente.

Mueve su pañuelo blanco sin resultado; ya suponía él que no puede haber entre aquellos hombres ningun partidario de la infanta, y no se equivoca.

—¿Qué quereis?

Les pregunta, y uno de ellos, con voz atronadora, replica:

—Cuanto llevais encima y debajo; es decir, desde los moriones de acero hasta las herraduras de vuestros caballos.

—¿No temeis, —añade nuestro jóven, —las consecuencias de robar al primer caudillo del señor Arzobispo de Toledo?

—Al contrario, siendo eso, pesará tu cinto más y el negocio será mejor.

—¡Se le hiere!

—¡Se le mata!

—¡A ellos!

Gritan desaforadamente aquellos salteadores y acometen á nuestros dos caminantes.

En el corto diálogo que Hernando ha sostenido con ellos los ha observado, notando que son cuatro hidalgos y ocho sirvientes y que van cargados con los despojos de alguna pequeña aldea que acaban sin duda de asaltar; costumbre harto repetida en una parte de nuestra nobleza del siglo xv.

No ignora ya lo que son y lo que quieren, y teme por su criado y aun por los mismos bandoleros, pues recuerda en aquel instante las frases de Abiabar: *Nadie más digno de compasion que el mayor criminal*. Y le duele verse obligado á derramar sangre de esos infelices y que sea esta la primera vez que clava su espada con objeto de herir.

Felizmente los bandoleros con su brusca acometida no le dan tiempo para meditar más, y ve ocho puntas de acero dirigirse á su corazon.

Hernando se habia vuelto, poniendo las ancas de su caballo junto al trasero del que montaba su sirviente para que ninguno de ambos pudiera ser impunemente acometido por la espalda.

Caia ahora ese agua menuda y compacta que filtra la ropa hasta llegar á la epidermis y que impide distinguir los objetos á más de seis varas de distancia.

Como al principio no se aproximaron mucho los bandidos, comprende Alvarez de Toledo que no sustentan excesivo ar-

rojo, y cree ya que el primer tirador de Castilla, auxiliado por su sirviente, puede matar unos cuantos, espantando á los demás; pero falta que se decida á hacer lo primero.

Tiene, sin embargo, que vencer ó morir, y el instinto de conservacion ha de inclinar la balanza poderosamente.

Ha hecho cuanto le fué posible por evitar la lucha, recurriendo primero á buscar entre aquellos desconocidos un solo partidario de Doña Isabel, y no hallándolo, recurre á escudarse con el inmenso poder é influencia del Arzobispo de Toledo, logrando con lo último convertir á los salteadores en asesinos de él y de su criado.

A costa de su vida ha esgrimido sus armas intelectuales sin resultado, y ya sólo le resta defenderse y atacar con las materiales.

En más de un asalto se batió solo contra ocho, quedando vencedor. Pero ¿es lo mismo manejar el sable de madera y el florete con boton, que el agudo y cortante acero? ¿Tiene el adalid la misma sangre fria y acierto, conserva toda su habilidad y destreza lo mismo temiendo un palo ó botonazo, que al ver dirigirse á su corazon las aceradas puntas de ocho espadas?

Esto es lo que vamos á estudiar en Hernando: demostró gran práctica y agilidad suma en los asaltos; pero es la primera vez que se va á batir en lucha mortal. De cada cien maestros en el arte de pelear, uno sólo conserva la misma habilidad en las academias que en el campo. Y en verdad que si Alvarez de Toledo no es esa rara excepcion, positivamente muere, arrastrando con él á su pobre criado.

Da principio el combate: la mirada de Hernando impone á sus contrarios, pero son tantos, que no dudan un solo instante del triunfo.

Nuestro jóven ha perdido por completo aquellos finos modales que tanto le distinguen, aquel amaneramiento señorial, aquella calma impropia de su edad é hija solo de un filósofo tan sabio como inteligente.

Vivo, audaz, con la mirada más clara que nunca y con

entendimiento envidiable, se ha convertido en un leon al que supera en fuerza, careciendo de coraje.

Ha encabritado su caballo que le sirve de escudo, esquivando así las primeras estocadas, y á la vez su pesado acero ha inutilizado dos muñecas con otros tantos golpes tan rápidos como el pensamiento.

Su caballo está herido y salta, corcea y se revuelve, ayudándole á deshacer el círculo de hierro en que han pretendido encerrarle.

Ahora es él el que acomete, atravesando dos caballos que ruedan al suelo, é inutiliza seguidamente tres muñecas más con el canto grueso de su espada.

En un minuto ha dejado siete fuera de combate, viendo acometido su criado por cuatro, y uno que vacila.

Le basta otro minuto para inutilizar dos, ínterin su sirviente hiere mortalmente á uno y toca la garganta de otro con la punta de su espada.

Se oye una carrera estrepitosa y cesa el ruido del combate, que apenas ha durado cinco minutos.

Mira en torno Alvarez de Toledo y ve un ginete agonizando y dos caballos tendidos, sujetando con sus cuerpos á los ginetes, que le alargan las manos implorando compasion.

Los nueve restantes han huido; siete con las manos derechas inútiles, el octavo herido por Martin en el cuello y el último sano y salvo, gracias á un instante que tuvo de prudencia y luégo á la veloz carrera de su potro.

Quedan sobre el campo espadas y despojos que los vencedores miran con desden.

Más sereno Hernando que en las academias, más vivo, diestro é inteligente, logra el mayor de los triunfos; deja nueve hombres fuera de combate en cinco minutos, sin haber hecho verter una sola gota de sangre humana. Su espada está teñida hasta el pomo, pero es de los dos animales que atravesó.

Hay dos hombres heridos; uno que espira y otro que huye; pero esos probaron solo el acero de Martin-Perez, que aun cuando ha recibido muchas lecciones de su amo, sólo apren-

dió las que se refieren al ataque y defensa y ninguna de filosofía, moral ni caritativa.

No se engríe con su triunfo el incontrastable vencedor; pregunta á su sirviente si está herido, le contesta que no, y grita:

—Pues á escape, que este animal se revuelve y salta por el dolor que le producen las ocho heridas que le han hecho en el pecho y vientre.

Y corren cuanto les permite el mal camino.

A los diez minutos vuelve á exclamar Garci-Gomez:

—Adelántate, Perez, tú que tienes el caballo sano, deten á aquel otro que huye sin ginete y debe ser el del infeliz que inhumanamente has muerto.

Le obedece su criado. Hernando quiere seguirle, pero su cuadrúpedo va regando el camino con abundante sangre, se ha debilitado y cae de pronto, lastimando la pierna izquierda del ginete.

Alvarez de Toledo se desprende del cuerpo del animal y le quita los arreos, aguardando de este modo á que regrese Martin.

Pasea aceleradamente para evitar la contraccion muscular consecuente á su caída.

Llega el sirviente con el caballo que necesita su amo, cambian entre ambos la montura y vuelven á correr.

Nuestro jóven va triste y pesaroso. Su alma noble, generosa con exposicion de su vida, le impidió que hiciera verter sangre humana; todo se redujo á siete muñecas dislocadas y dos caballos muertos. Pero su criado privó de la existencia á un hombre é hirió á otro. Y es lo peor que no puede ni aun reprenderle, porque él le enseñó á tirar las estocadas de que hizo uso con suma destreza, eran cuatro contra él, y á tan valerosa conducta se le llama heroismo, no maldad ni aun efecto de la mayor fuerza sobre la debilidad, por más que la destreza de Martin se sobrepusiera con mucho á la salvaje acometida de los cuatro ignorantes bandoleros.

Por eso no le aplaude ni le censura. Calla, su espíritu

sufre, y de este modo llegan á las cinco de la tarde al detestable y árido meson del pueblo de Guadarrama.

No tarda en presentarse el jefe de la Santa Hermandad, que le pregunta:

—¿Qué os ha ocurrido, noble señor? Venís salpicado de sangre; ¿estais herido?

—Me acometió cerca de aquí una partida de bandoleros, mas bastó con mi criado y conmigo para ahuyentarlos con sólo cuatro víctimas; un hombre y tres caballos. Entre los últimos quedó el que tuviste la bondad de facilitarme, y viene en cambio uno de los que llevaban los bandoleros, que no es malo, pero que dista mucho del tuyo. Abonaré con gusto la diferencia.

—No es necesario ni importa que venga otro diferente; lo útil es que haya librado bien el primer caudillo, el brazo derecho de mi señora la infanta.

—¿Ya te dieron noticias de mí?

—Sí, señor; sé quién es Garci-Gomez, tengo orden de defender su vida con la mia y con las de todos los cuadrilleros que mando.

—Gracias.

—De haber sabido yo que hoy llegábais, limpio estaria el camino.

—De ese modo no dormiria el sueño eterno aquel infeliz y mi alma estaria más tranquila. ¡Oh! me hubiera alegrado encontrarte ántes de la pelea.

—No opino lo mismo; es lástima sólo que vivan los restantes. ¿Cuántos eran?

—Doce.

—¡Ah! sí, á esos se refiere el parte que acabo de recibir. Cobardes; esta mañana sorprendieron á los indefensos habitantes de una aldea, robándoles cuanto tenian de algun valor para huir luégo ante dos valientes.

—Nos acometieron con brio.

—Bastante les duraria cuando doce fueron vencidos por dos.

—Es verdad.

—¿Qué necesitais en Guadarrama, caballero?

—Por el pronto comida, despues cama y á las doce de la noche dos caballos.

—Tendreis las tres cosas y gente apostada hasta Villacastin que os evite nueva acometida. Parto á disponerlo todo.

—Te quedo reconocido y obligado.

Media hora despues come Hernando. A las seis y media se mete en cama y duerme hasta las doce, que lo despierta su criado.

A la una se ha despedido ya del jefe de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, deja á la espalda el pueblo y comienza á cruzar las empinadas cuestas del monte Guadarrama.

Va en su caballo tordo tan fuerte como la roca que pisa, y de media en media legua es saludado por cuadrilleros que le defienden.

Segun avanza mejora el camino por la menor lluvia que cayó allí, y logra entrar cerca de las seis de la mañana en Villacastin.

Llevan andadas cinco leguas, y siete el dia anterior doce, quedándole solo ocho para entrar en Avila.

En lo restante de la jornada dan cuatro piensos, comen ellos dos veces, llegando á la capital á las cinco y media de la tarde.

Hernando no siente ya molestia alguna en la pierna izquierda; sus carnes son de hierro y su naturaleza de bronce.

Entran en el palacio del Arzobispo y D. Alonso recibe á Garci-Gomez al concluir la escalera del piso principal, sorprendiéndole el mucho lodo y manchas que lleva en el traje.

—¿Venis sano?

Le pregunta alargándole la diestra.

—Sí, señor, por más que acometido por doce bandoleros me vi en la necesidad de defenderme y espantarlos con alguna víctima tendida en el campo.

—Fué una temeridad partir con un solo sirviente.

—Ya no tiene remedio, D. Alonso.

—Velad mucho por vuestra vida en adelante, que me va importando casi tanto como la mia.

—Lo haré en obsequio vuestro.

—¿Qué me traeis de Alcalá, Garcí-Gomez?

—La ventura que me pedisteis, señor Arzobispo. Nunca faltó á lo que ofrezco ni hago jamás las cosas á medias. Guardad en vuestra memoria las frases.

—Ni yo,—le contestó Acuña, cogiéndosele al brazo y dirigiéndolo hácia un elegante salon.—Os dije que la recompensa sería digna de mí. Guardad la frase.

—Sólo aspiro, noble y poderoso señor, á estar sentado en las gradas del trono. Recordad la idea de mi tío.

—Todo podrá ser. Si hay sòlio y grada, positivamente no habrá grande más cerca de mí que vos. Sentémonos en este divan.

—Falta me hace y os lo agradezco por más que el contraste sea risible.

—¿Qué contraste, amigo mio?

—La limpia y brillante seda de vuestro traje con este pobre sayo y cota cubierto de lodo y sangre, sudor y polvo.

—Pues así y todo sois la persona que más me interesa en este instante de las que existen en el mundo.

—¡Cuánto amais á Melania!

—No es sólo por ella; mucho contribuyen tambien el valor, la inteligencia y acierto del señor Garcí-Gomez.

—Un elogio vuestro vale para mí tanto como la conquista de Granada para Castilla.

—¿Qué dice Melania?

—A mí, ya nada; á vos, miradlo.

Y saca de su escarcela el escrito que aquella le dió.

El Arzobispo lo abre con viveza, leyéndolo dos veces; despues exclama:

—¡Accede! ¡Bendita sea! Pero, amigo Garcí-Gomez, no es completo el triunfo.

—¿Por qué, señor?

—Toma el plazo de un año, y el luto que piensa vestir me indigna.

—Pues es lo mejor de ese escrito.

—No lo comprendo.

—Oídme: pudo haber sido el plazo de un mes, qué digo, de ocho días, y hasta creo que hubiera logrado con mi influencia sobre ella que la admision viniera incondicional.

—¿Por qué no lo hicísteis?

—Os repito, D. Alonso, que ese largo plazo es lo mejor de este asunto; lo voy á probar: Melania, que desconocéis por vuestro excesivo amor, que ofusca indudablemente ese entendimiento superior y privilegiado, es un ángel con muchísimo talento y discrecion. Pero tanto la mimásteis, tal fué su poder absoluto sobre millares de séres desde la edad más tierna, que lográsteis hacer inquebrantable su voluntad. Como ángel, todo se puede lograr de ella; como mujer altiva, nada. Esa es Melania. Miéntas hablásteis al ángel, fué todo bondad, dulzura y cariño para vos; pero el día que herísteis su orgullo excitando la altivez, fué para vos una potencia que os hizo frente. Esa mujer, D. Alonso, merece una corona.

—Con unas cuantas frases habeis retratado, amigo mio, á mi hija adoptiva: admiro vuestro talento y ya no me extraña que lográseis de ella lo que yo acaño no hubiera conseguido. Mas eso no guarda relacion con el plazo de un año y el luto.

—Tiene mucha; consiste en que no he concluido.

—Perdonad la interrupcion, seguid, y en adelante pensaré mucho la contestacion que debe darse á hombre de tan grande inteligencia. ¡Cuidado con la imaginacion del andaluz!

—¿Acabásteis?

—Sí, señor.

—Muy bien; Melania, D. Alonso, es un conjunto de perfectibilidades que merece un hombre especial, porque hasta el héroe es poco para lo que ella vale. Recordad su varonil entereza; ni aun con la prision y las amenazas lográsteis hacer

bajar aquella divina frente. Su abnegacion despues supone más que cuanto vos y yo hicimos en nuestra vida.

—Es verdad. ¡Qué bien la conocísteis! ¡Con qué talento!..

—¿Otra vez me interrumpís?

—¡Es que conseguísteis entusiasmarme con vuestro relato!

—Pues me expreso con la mayor naturalidad.

—No es eso... Pero vamos á lo que importa. Continuad.

—Hay, señor Arzobispo, necesidad de estudiar muy á fondo y conocer bien al hombre que vais á entregarle ese tesoro, porque de lo contrario vuestra hija adoptiva puede precipitarse á la desgracia, arrastrando hasta su honor. Existen muchos grandes, y si Giron es indigno de ella, no debemos dársela. Recordad que sus desventuras han de ser las vuestras, vuestra su dicha, y por satisfacer un poco de orgullo no puede un hombre de vuestro talento sepultar en el infortunio dos séres tan poderosos. En el año que ella ha pedido han de acontecer catástrofes y cambios de fortuna que elevarán mucho á unos, obligando á otros á que desciendan donde jamás soñaron. El poderoso de hoy, Dios sabe cómo estará mañana, y el tiempo que ganemos puede ser un tesoro inapreciable.

—Son razones convincentes, Garcí-Gomez, pero casándola ahora con Giron me quedaba yo tan tranquilo...

—Sabemos, D. Alonso, que Melania puede ascender á reina, mas de Giron no diría yo lo mismo. Permitid que ántes estudie á ese hombre, lo conozca á fondo, que nadie como vos puede influir en que llegemos á ser dos amigos íntimos, de esos que se comunican hasta los secretos mas recónditos, y luégo determinaremos lo que más convenga á la dicha del protector y de su protegida.

—¡Era la presente una ocasion tan aceptable!

—No olvideis que Melania tiene sólo diez y seis años, que es una niña.

—Ese es mi temor, que su voluntad se fortalezca más y quiera imponérmela...

—Permitidme que os interrumpa. Un año más sólo puede aumentar juicio y reflexion en Melania, y como vos anhe-

lais únicamente su bien, lo que hoy acepta por complaceros mañana hará por conveniencia y deseo.

—¿No pudiera retractarse Giron en plazo tan largo?

—Sólo un Villena, D. Alonso, es capaz de tener escrúpulos necios que le han de amargar el resto de su vida. Si Giron fuese capaz de faltar á palabra empeñada solemnemente, si su audacia llegase hasta el extremo de indisponerse con vos, y su tontería ascendiese á despreciar lo que vale infinitamente más que él, entónces nos habria hecho un señalado favor con romper el compromiso.

—¡Y no pararia en eso!

—Claro está. Pues bien; si juzgais, como yo, que no hay grande capaz de desdeñar hoy lo que tanto vale, ¿qué sucederá mañana cuando el regente D. Alonso mande en Castilla á nombre de nuestro nuevo rey?

—O de otra manera.

—No subia mi pensamiento tan alto porque era innecesario; sobra con la regencia para poder casar á Melania con el principe heredero de Aragon ó un infante de Portugal, Navarra, Francia ó Italia.

—Me habeis convencido; acepto el plazo, y mañana escribiré á Melania en ese sentido, despues que haya pactado solemnemente con Giron. Pero el luto ese me disgusta, señor Garcí-Gomez.

—Yo lo encuentro plausible, y en verdad que siento tener una opinion contraria á la vuestra.

—¿Sereis capaz tambien de convencerme que eso conduce á otra cosa que á contrariar mi voluntad? A lo sumo será un ridiculo capricho.

—Sea lo que quiera, permitid que ese hidalgo corazon pague el debito tributo á lo que amó. No mateis nunca, señor, la sensibilidad de la persona que os quiere, porque con ella desaparecerán hasta sus afecciones más íntimas y sagradas. Melania sin sensibilidad concluiria por aborreceros. Meditad bien sobre esta idea. ¿Y qué os importa, por otra parte, que haya amado lo que ya no existe, y, efecto de su ternura, cons-

tancia y bondad, dedique un recuerdo al hombre que se sacrificó por ella? La misma causa que pudiera aconsejarle condenar á eterno olvido al hombre que juró amores, debía inclinarse á no volver á pensar en vos, despreciaros y pagar con negra ingratitud el amor santo que le profesais.

—¿De dónde ha sacado vuestro tío esta alhaja, señor Garcí-Gomez?

—La fabricó el destino, buena ó mala, para vos, D. Alonso.

—Me va pareciendo sublime.

—No habeis tenido tiempo de conocerla bien.

—He visto el brillo de sus piedras y deduzco lo que será el resto.

—Esperad tambien un año y entónces asegurareis mejor vuestra opinion, ó pensareis lo contrario.

—Eso último es imposible.

—Es que si en lo sucesivo aplicase al mal la capacidad que hoy me concedeis...

—No dejaria por eso de ser grande, inmensa, colosal, y ¡ay del hombre contra quien ese privilegiado ingenio lance sus rayos!

—¡Ay de él, señor! Pero hablemos de otra cosa, si lo teneis á bien.

—¿Quereis decirme qué fué de D. Juan Alvarez de Toledo?

—Con mucho gusto: lo saqué del castillo; me lo he llevado á Alcalá, y despues lo dejé en Madrid inutilizado para poder hablar bien ni mal de vos.

—¿Sabe que ha muerto su hijo?

—Le referí yo la demencia y suicidio.

—¿Lo habrá sentido mucho?

—Tanto, que para evitar hiciese un disparate, no lo abandoné hasta que resignado quedó junto á su primo D. Alvaro, que lo consuela y cuida.

—En todo estais; no hay circunstancia alguna que pase desapercibida á vuestra envidiable comprension.

Seguidamente le dió Hernando cuenta de las conferencias

que habia celebrado con los dos grandes á quienes dejó los pliegos en Madrid.

Al terminar esta tercera parte de los asuntos evacuados por Alvarez de Toledo, dijo el Arzobispo:

—Quedo completamente satisfecho del modo con que habeis desempeñado los tres dificeiles encargos que confié á vuestro talento, y para que todo sea plausible en vos, lo es hasta la oportunidad con que habeis llegado. Sabed que esta noche se celebra una reunion muy importante, en la cual me eran indispensables vuestra voz y voto.

—¿Hay algun nuevo acontecimiento que yo ignore?

—Sí, y en verdad que es grande y puede tener consecuencias muy graves.

—¿De qué se trata, señor?

—Es indispensable sorprender á Maqueda, traernos á los infantes D. Alonso y Doña Isabel y tenerlos en rehenes. En los dias que ha durado vuestra ausencia se aumentó considerablemente el número de nuestros parciales; Enrique IV no puede ya con nosotros, y es evidente que ha llegado el momento de que se halle entre nosotros el futuro monarca, y aun su hermana por lo que pudiese acontecer. ¿Qué opinais?

—La idea es muy aceptable, pero dudo que la podamos realizar.

—¿Por qué?

—Segun mis noticias, dejó D. Juan II muy rica á la infanta Isabel, y esta dispone en Maqueda de fuerzas considerables que rechazarán con gran ventaja nuestra acometida.

—Se trata de sorprenderlos.

—¿Quién sorprende una plaza fuerte perfectamente guardada y que presenta sus muros coronados de centinelas?

—Vos.

—¿De qué modo, D. Alonso?

—¿No se os ocurre?

—Lo hallo imposible, señor.

—Se llega de noche por diferentes puertas, se echan escalas, y en último caso se lucha y se vence.

—Dicen que la infanta Isabel es bondadosa, caritativa, tiene por esta causa simpatías en todas partes, y es indudable que le avisarán nuestro arribo con el tiempo necesario para hacer nula toda sorpresa.

—Me consta que hay entre nosotros quien combate mi idea, y siento Garci-Gomez que pertenezcais vos á ese número.

—Yo no la combato, señor Arzobispo; mi voz y voto la defenderá en el consejo: lo que creo es que no podremos realizarla.

—Se intenta.

—Bien, mi espada y brazo os pertenecen. ¿No sería más conveniente prescindir de la infanta, que es la poderosa, sacar de Maqueda con un pretexto hábil al infante para proclamarlo rey, y evitar de ese modo el indisponernos con Doña Isabel?

—No, porque si la infanta, ofendida, se pasa al partido de su hermano, puede con su dinero, soldados y señoríos causarnos mucho daño.

—Tambien es cierto, y convengamos en una cosa: si no se realiza vuestro deseo, yo os respondo de encerrar más tarde entre nuestros muros al infante D. Alonso.

—Os cojo la palabra.

—La cumpliré como todas cuantas empeño.

—Se acerca la hora de la reunion; cambiad de traje, alimentaos si no lo hicisteis, y estad dispuesto para las ocho.

—¿Dónde es la reunion?

—En este palacio.

—¿Teneis algo más que encargarme?

—Que apoyeis mi opinion y voteis conmigo.

—Lo haré; hasta luégo.

Hernando entró en sus habitaciones, encontrando en ellas el traje que encargó á su segundo Lope de Padilla.

—Antes de vestirse escribió la siguiente carta:

«Padilla: Tened dispuesto para dentro de dos horas un andarin que corra más que los mejores caballos, y venid luégo á recibir instrucciones. Si estoy en consejo, que me avisen

vuestra presencia en el palacio. Es urgentísimo. Romped este escrito.»

Seguia una rúbrica, y cuando Alvarez de Toledo hubo concluido, entregó la carta á su criado, diciéndole:

—Llévasela inmediatamente á D. Lope de Padilla, que nadie la vea, y regresa al momento.

Despues se vistió, luciendo una túnica de terciopelo con cingulo de oro, esperando así la hora del consejo.

Hernando se felicitaba en este instante de la oportunidad con que habia llegado: con un poco más de retraso era de temer que la infanta, á quien defendia, fuese sorprendida, viéndose por esta causa en un grave apuro.

Desde este instante iba á dedicarse, con exclusion de todo lo demás, á la defensa de la causa de que era primer caudillo.

Le convenia por lo tanto el descrédito de Enrique IV y del infante D. Alonso para aproximar de este modo el venturoso dia en que, levantado el reino, proclamara á la infanta Isabel, ó la muerte cortase la vida de Enrique y Alonso, lo cual no era difícil teniendo en cuenta los vicios del uno y la naturaleza pobre y miserable del otro.

De la infanta heredera no se cuidaba, pues comprendia que la Beltraneja, ó sea la hija adulterina de la reina, no podria reinar jamás en un país tan altivo como el nuestro.

Entraba por lo tanto en sus cálculos defender siempre de un modo indirecto á Doña Isabel, para prepararle de esta manera su elevacion al trono y combatir sin tregua ni descanso directamente al actual rey y al futuro y obligado pretendiente D. Alonso.

Veia largo, complicado y muy difícil el término de sus aspiraciones; pero debia la vida á Doña Beatriz, juró no abandonar jamás su causa, y aun cuando Melania lo atraia como el iman al acero, se inclinaba ante el deber, resignándose con su suerte.

Pronto empezarán á sucederse los acontecimientos con pasmosa rapidez, y el ingenioso y valiente Alvarez de Toledo se hallará en todas partes donde aparezca el mayor peligro

para luchar sin tregua ni descanso en pró de la infanta Isabel.

La calma de los conjurados y la indolencia y engaño de que es víctima Enrique IV, cambiarán pronto en torrentes que han de desbordarse por Castilla y Leon.

La grandeza, el clero y lo que entónces se llamaba plebe, que la componia todo el pueblo de Castilla y Leon, van á desbordarse, entregándose al desenfreno, la pasion bastarda, y como consecuencia de esto al crimen.

Preparémonos á presenciar uno de esos grandes cataclismos sociales que preceden siempre al adelanto y la cultura de las naciones.

CAPÍTULO XXI.

La asamblea.—Resolucion.—Conducta hábil de Garcí-Gomez.—A Maqueda otra vez.

A las ocho y cuarto de la noche estaban reunidos en el mejor salon del palacio, el Arzobispo de Toledo, el Marqués de Villena, el Almirante de Castilla, el Conde de Alba, el de Plasencia, los Girones, los Manriques, el Maestre de Santiago, Garcí-Gomez y varios grandes, formando un total de diez y nueve, que componian la jefatura del ejército y conspiracion reunidos en Avila contra Enrique IV y en pró del adolescente D. Alonso.

Todos, á excepcion del Arzobispo, usaban un traje idéntico ó parecido al que tenía Hernando, el cual daba realce y gravedad á aquella imponente asamblea.

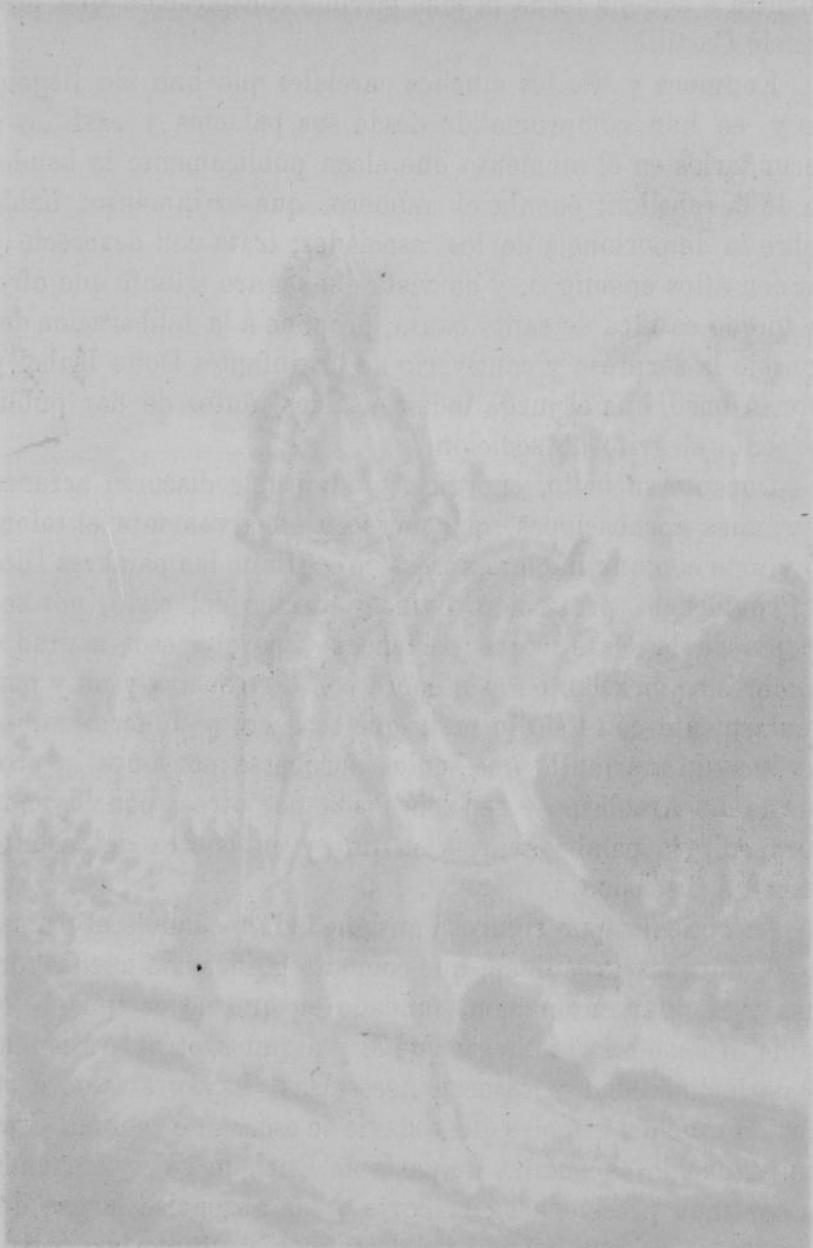
Ocupada la presidencia por D. Alonso Carrillo de Acuña, se fueron sentando todos hasta formar un círculo completo.

El Marqués de Villena estaba á la derecha del Arzobispo y á la izquierda el Almirante, siguiendo por orden de jerarquía y edades, hasta concluir en Garcí-Gomez, que tuvo gran empeño en ser el último.

Precede un silencio que presta á la reunion algo sombrío. Luégo toma la palabra el presidente, y con su buen talen-



El Marques de Villena.



to y mejor forma empieza exponiendo el estado en que se encuentra á aquella fecha la más terrible conspiracion que presenci6 Castilla.

Enumera y cita los muchos parciales que han ido llegando y se han comprometido desde sus palacios y castillos á secundarlos en el momento que alcen públicamente la bandera de la rebelion; cuenta el número, que es inmenso; habla sobre la importancia de los asociados; trata con desprecio y desden á los enemigos, y en vista del seguro triunfo que ofrece lo que califica de santa causa, propone á la deliberacion del consejo la sorpresa y cautiverio de los infantes Doña Isabel y Don Alonso, que él juzga indispensables, ántes de dar públicamente el grito de sedicion.

Durante su bello, enérgico y admirable discurso arranca continuas aprobaciones, que merecen efectivamente el talento y arte con que habla; expresa de continuo las palabras Dios y Providencia, proteccion divina y auxilio del cielo, por ser propio de la clase á que pertenece y porque esos sagrados nombres se mezclan en esta época con algo bueno, y muy particularmente con todo lo malo que se hace; y al terminar se produce un murmullo que indica aprobarse por unos la propuesta del Arzobispo y ser reprobada por otros, concluyendo por pedir la palabra varios en pró y en contra del asunto puesto á discusion.

La obtienen por rigurosa antigüedad, tocándole el primero al Marqués de Villena, que combate la idea con buenas formas y regular entonacion, fundado en que no es tiempo todavía ni debe hacerse hasta que él y algunos otros, valiéndose de la habilidad y reserva necesarias, hayan atraido á su partido muchos grandes que todavía se escusan ó vacilan. Cree que el pueblo se pondrá de parte de Enrique IV, y alegando su continua presencia en la corte y las ausencias largas del Arzobispo, da por hecho que desconoce el último las fuerzas de que va á poder disponer el rey, y juzga que aún no han logrado equilibrarlas.

El tema de D. Alonso y el de Villena son causa de que se

pronuncien luégo nueve discursos, buenos unos, otros medianos y hasta algunos detestables.

Todos han emitido ya su opinion hablando ó con signos, á excepcion de Garci-Gomez que no desplegó sus labios y permanece impassible.

Los más reflexivos y ménos enérgicos se han ido con el Marqués: los restantes se quedan con el Arzobispo. Este cuenta el número, nota que va á perder por un voto, y se fija en Garci-Gomez como única tabla de salvacion: todo lo espera del privilegiado ingenio y elocuencia del que supone montañés y andaluz.

No le ocurre que sea la primera vez que hable en público y pueda imponerle y hasta ofuscarle asamblea tan respetable.

Tiene el Arzobispo gran confianza en sí propio, admira á Garci-Gomez, y de la misma manera que él sucumbe ante el talento del jóven andaluz, supone que todos se inclinarán. Llega hasta creer que puede arrastrar y seducir con sus ideas y forma al mismo Marqués de Villena, su hábil competidor esa noche.

Y sin embargo de considerar tan elevado en inteligencia y poder moral á Hernando Alvarez de Toledo, si este le hubiera dicho: os han engañado, vivo, puedo ser vuestro brazo derecho, el que os regale un trono, pero dadme la mano de vuestra hija adoptiva Melania, le hubiera contestado mandándole ahorcar. Tal era el ódio y repulsion que habia en esa época á la desigualdad en las uniones de familias.

Tambien el Marqués de Villena habia contado el número de los que participaban de su idea, y creyéndose triunfante va á reclamar la inmediata votacion, cuando una voz débil y como ruborosa pide la palabra, que se apresura á concederle la presidencia.

Era Garci-Gomez, que habia comprendido la mirada de Don Alonso, juzga que es llegado el instante, y acude con estudiada oportunidad á la defensa de su terrible y vencido enemigo, al que ahora quiere dar un triunfo por conveniencia propia.

Empieza destruyendo á su mayor contrario, que es el amor propio de Villena y de los que le imitan, y plantea la cuestion en el terreno de la conveniencia y del éxito final de tan magna conspiracion; presta con sus frases aliento á los tímidos é irresolutos; crea una atmósfera de energía y valor que llena todos los pechos y cerebros; da más importancia de la que realmente tiene al cautiverio de Alonso é Isabel, y termina con ideas tan nuevas y convincentes que seducen y arastran.

Empezó con lentitud, voz delgada, que fué avivando y creciendo cuanto convenia á su arrebatadora elocuencia.

Hizo uso de figuras retóricas y de símiles en los que entraba por mucho la ciencia y la filosofía, dejando absorto hasta á Carrillo, que era el más entendido de todos y el único que esperaba gran luz de la brillante imaginacion de Garci-Gomez, pero que le fué imposible adivinar hubiera un sér en Castilla que contase con la lógica, erudicion y sabiduría de aquel jóven de veinticuatro años.

Si en este instante hubiera podido reconocer á Hernando, comprenderia las poderosas razones que tuvo la entendida, aristocrática y hermosa Melania para enamorarse ciegamente de un hidalgo pobre.

No habló sólo á los cerebros. Alvarez de Toledo dirigió con talento y maestría períodos enteros al corazon de los que le escuchaban, fomentó el entusiasmo, y arrebatados les hizo creer y votar lo que Carrillo queria.

Once veces le interrumpieron con nutridos aplausos, y al concluir, todos ménos el Arzobispo y Villena se pusieron en pié gritando:

—¡A Maqueda!

—¡A Maqueda!

Y designaron á Garci-Gomez como general en jefe de aquella sorpresa y cautiverio.

Hasta el Marqués de Villena, por convencimiento ó por no hacer un papel desairado, se puso tambien en pié y exclamó:

—Puesto que todos lo quereis, á Maqueda, y cuanto ántes mejor.

Hernando pide que le oigan cinco minutos más, en los cuales añade que podrá ser desde el segundo al último de los que vayan á acometer la empresa acordada, pero de ninguna manera el primero; y da tales razones en pró de la jerarquía, clase y condicion sociales, tema obligado de aquellos hombres, que vuelve á seducirlos y á convencerlos para que sea otro el designado como primer jefe.

Se propone simplemente declinar la responsabilidad, pues le consta que no han de lograr el resultado que intentan.

Despues se ocupa la asamblea de la fuerza y medios que deben emplearse para llevar á cabo la espedicion.

En este instante aparece un gentil-hombre y dice al oido de Garci-Gomez.

—Don Lope de Padilla desea hablaros. ¿Qué le digo?

—Que pase á mis habitaciones y espere.

Y aprovechando Alvarez de Toledo un momento en que nada podia importarle lo que estaban tratando, sale del salon y se encierra con Padilla, al cual pregunta:

—¿Teneis un buen andarín?

—Disponemos del mejor que hay en Castilla; hace tiempo que nos sirve y no hay quien se iguale á él, hombre ni caballo.

—¿Cuánto anda por hora?

—Cerca de dos leguas, y resiste cuarenta y ocho sin interrupcion.

—Eso es un águila, Padilla.

—Con ese apodo se le conoce.

—¿Leal?

—Sr. Garci-Gomez, no abrigueis duda alguna en los que servimos á Doña Isabel.

—Es muy delicado el asunto que le voy á confiar.

—No importa.

—Podrá caer en manos de tanto salteador como anda por los caminos.

—Irá cubierto de harapos, y en caso necesario, si aquellos no bastasen, le salvarán sus piernas, como de costumbre.

—¿Aguarda ya?

—Sí, señor, cerca de aquí con el morral en que lleva el alimento necesario para el camino. Supongo que irá á Maqueda.

—¿Ya lo sabíais?

—Como estábais fuera é ignoraba vuestro regreso...

—Comprendo, y me complace que la infanta Doña Isabel se halle en todas partes. Sentaos y esperadme un poco.

Hernando dirigió á Doña Beatriz el siguiente escrito:

«Señora: Mañana por la noche saldremos de Avila cinco mil peones y dos mil ginetes para sorprender Maqueda y traer en cautiverio á los infantes Doña Isabel y D. Alonso. Vamos divididos en siete columnas, que llegarán á una misma hora de la noche por diferentes caminos. Probablemente seré yo el parlamentario.

Sella la anterior carta, y se la da á Padilla, diciéndole:

—Tomad, que lleve eso el andarin, se lo entregue á Doña Beatriz, y en caso de no estar ella, á la infanta. Mañana por la noche partiremos; que esté todo dispuesto.

Y regresó á la asamblea, habiendo perdido unos quince minutos nada más.

Terminaron á las doce y media de la noche.

Se convino en que mandase como general en jefe el Conde de Alba, y como segundos Garcí-Gomez, un Giron, tres Manriques, el Conde de Plasencia y su hermano.

Y la hora de salida fué la de las ocho de la noche del día siguiente.

Todos al partir estrecharon con orgullo la diestra de Hernando; el triunfo que nuestro jóven logró esa noche debia darle en lo sucesivo gran preponderancia entre los conjurados.

El Arzobispo lo abrazó, despidiéndole con las siguientes frases:

—Jamás imaginé que en las montañas de Andalucía ni en ninguna otra del mundo hubiese una capacidad como la

vuestra. No es imaginacion lo que teneis, es un talento profundo, robustecido con erudicion, ciencia y filosofia que os ha elevado donde yo no creí llegara hombre alguno. Os doy mi entusiasta enhorabuena, y os aseguro, Garci-Gomez, gran porvenir, no ya como soldado, al contrario, en la corte y entre los hombres más eminentes de Castilla y de Leon.

—He logrado, D. Alonso, —le contestó Hernando, —todo lo que me habia propuesto; esto es, ganar vuestro corazon, tener vuestro afecto; y aun cuando el último os ofusca hasta el extremo de abultar grandemente mis méritos, me doy el parabien por haber conseguido el principal objeto de mi deseo.

—No, amigo mio, bien sabeis que en esa asamblea donde estaban reunidas las notabilidades del reino, os sobrepusisteis á todos; y eso no es casualidad ni el efecto de la fortuna: es talento, muchísimo talento, y me envanece tenerlo de mi parte. ¡Oh, si hubiera trono y grada, qué cerca ibais á estar del monarca!

Hernando se retira á sus habitaciones y busca el reposo, dando orden á su criado para que lo dejase descansar cuanto su materia necesitara.

Falta hacía á nuestro audaz mancebo un sosiego prolongado para desquitarse de tanto insomnio, fatiga y molestias como acababa de sufrir en su último viaje.

El Arzobispo empieza á comprender lo que vale aquella cabeza sublime, pero ignora lo que se propone y cuántos dias de sinsabores y amarguras le ha de proporcionar el gran talento de Garci-Gomez: aquel talento que aplaude sin reserva y se felicita de tenerlo como un instrumento ciego y servil que piensa dominar á trueque de concederle un dia dos señoríos y á lo sumo una grandeza.

Su ambicion y excesivo amor propio le ofuscan hasta el extremo de desconocer que el génio y la sabiduría no sucumben jamás ante pueriles ofertas de dudosa realizacion y como recompensa material de lo que más vale, puede y domina en el mundo.

¡Ay del Arzobispo el dia que conozca su error y com-

prenda que no obstante lo mucho que él sabe, fué la débil tabla movida por el oleaje de un océano tan inteligente como poderoso! Entónces verá lo feo y enorme de su error, y cuán insensato es en el hombre de su capacidad entregarse á pasiones bastardas que sepultan el talento entre el cieno de la ignorancia.

Y es lo peor, que D. Alonso dió á su enemigo, con la maldad que usó con él, con la misma prision y sentencia de muerte, un arma poderosa que esgrimida con calma, serenidad, sin ódio ni viveza alguna, segun la está ya manejando Garci-Gomez, ha de ser tan tardía en sus crueles efectos como segura, potente, fiera é incontrastable en lo porvenir. Lo ha de notar el buen Arzobispo cuando se halle atravesado su corazon y no exista remedio para él.

Por lo mismo que es tan poderoso, hábil y entendido, y por lo mismo que empleó los efectos de esas tres cualidades, unidos á la mayor injusticia, á la traicion, al despecho y encono, contra el noble Hernando, este no ha de despreciar la más leve circunstancia para que la red en que va envolviendo á su enemigo sea la más fuerte, tupida y segura de cuantas se pueden imaginar.

Durmió Alvarez de Toledo desde la una hasta las nueve.

Almorzó con el Arzobispo y Giron su rival, y hablaron los tres hasta el mediodía, en que Garci-Gomez fingió necesitar algun tiempo para dar á su gente una órden de marcha, que tenía comunicada desde la noche anterior.

Giron y él, por mediacion de Acuña, empezaron á ligarse con una amistad que habia necesariamente de concluir con la muerte de uno de los dos rivales. Pero lo último sólo lo sabía Hernando y tuvo buen cuidado de aparentar cosa diferente.

Giron convino en retrasar su boda con Melania un año en vista de las poderosas razones que le dieron Carrillo y Garci-Gomez, pretextando que necesitaban por lo ménos aquellos doce meses para el triunfo completo y definitivo de la elevacion al trono del infante D. Alonso.

Giron vió una sola vez á Melania, y ahora pedia la inme-

diata presentacion como su futuro, á lo cual accedió gustoso el Arzobispo; pero Garcí-Gomez retrasó este acto, exagerando lo indispensable que era el novio ante los muros de Maqueda. Ganó tiempo para evitar el primer compromiso, logrando impedir que viera á Melania. No era temor de rivalidad lo que le inspiraba esa idea: se proponia únicamente libertar á su amada de una molestia y malos ratos que habian de torturar el alma de quien, como ella, desconocia por completo el fingimiento y la hipocresía.

Fascinado ya D. Alonso por el influjo del gran talento de Hernando, empezaba á variar de opinion, contra su ignata costumbre, cada vez que aquel le proponia la adopcion de una idea contraria á la que él sustentaba.

Alvarez de Toledo partió al edificio donde estaban sus quinientos soldados y veinte caballeros, habló con los últimos, encerrándose despues con Lope de Padilla.

Á las cuatro comió con el Arzobispo, y al concluir lo cubrieron con un traje completo de guerra.

Al anoecer pasó á despedirse de D. Alonso, el cual le dijo:

—Garcí-Gomez, sorprended á los infantes y traedlos á Avila; no olvideis que esos rehenes concluirán de asegurarnos el completo triunfo de nuestra causa.

—Convengo con vos,—le contestó Hernando,—en la importancia y trascendencia de ese acontecimiento; pero estad seguro, señor Arzobispo, de que no se realizará.

—¡Qué empeño teneis en opinar de ese modo, Garcí-Gomez!

—No es empeño; lo juzgo imposible á no sostener un sitio muy largo y con triples fuerzas de las que llevamos. ¿Es oportuno entablar esa lucha y dar una publicidad en Castilla que perjudicaria mucho nuestra causa?

—No; más sorprendiendo Maqueda...

—Eso no es dable.

—Nada se pierde con intentarlo.

—Lo haremos.

—Si lo consiguiérais, era ya mucho; si no lo lograis, poco se habrá perdido, pues todo debéis intentarlo ménos descubrir la idea que os lleva á Maqueda.

Despues se estrechan, monta á caballo Hernando, y un cuarto de hora más tarde, al frente de sus quinientos ginetes y otros tantos peones que le dió Acuña, sale de Avila entre las tinieblas de la noche.

En esta marcha se concretó Hernando á seguir puntualmente el itinerario que le mandó el conde de Alba, general en jefe, aprobado por la asamblea ó consejo de la noche anterior.

A imitacion de las restantes columnas, la de Hernando caminaba de noche y dormia á las horas de sol.

Como la mayor parte eran peones, solo podian andar seis leguas en cada veinticuatro horas; las columnas iban por diferentes caminos, debiendo presentarse todas á la vez frente á los muros de Maqueda la quinta noche, y únicamente el conde de Alba tenía orden de adelantarse algunos minutos con su division para sorprender la ciudad haciendo abrir una puerta con engaño ó escalando el muro por sorpresa.

Garci-Gomez se aproximó á la plaza á la hora en punto que le marcaron; varias señales hechas con luces le indican que se detenga, y una hora despues le avisan de parte del conde de Alba que vaya á consejo.

Hernando lo esperaba así, y nada le extraña la orden del jefe; deja por lo tanto la fuerza al mando de Padilla, y parte á una tienda de campaña levantada á quinientas varas de los muros de Maqueda.

Eran las dos de la madrugada cuando se hallaron reunidos el Conde de Alba, Giron, los tres Manriques, el Conde de Plascencia, su hermano y Garci-Gomez, que eran los ocho jefes principales del ejército.

De pié, por no tener donde sentarse, y á la sola luz de una linterna, toma la palabra el general en jefe, diciendo á los siete restantes:

—Señores, en Maqueda se sabía que llegábamos; cum-

pliendo lo dispuesto por la asamblea llamé á la puerta, y mis soldados á la vez escalaron el muro, sin que la primera se abriese ni fuera dable fijar las escalas en el segundo, por estar la muralla coronada de soldados y paisanos con armas, todos en actitud guerrera. Hay en el recinto, segun he podido convencerme, mucha fuerza, y están prevenidos. Soy de opinion que establezcamos el cerco provisional hasta que amanezca y sepamos si hay ó no posibilidad de entrar en la plaza en poco tiempo y sin gran derramamiento de sangre.

Despues de un ligero debate se aprobó la idea, dando Alba la órden para que se situasen las ocho columnas en torno de Maqueda, pero sin separarse los individuos de cada division, dejando los claros consiguientes de una á otra columna, hasta el amanecer.

Luégo designó el sitio que debian ocupar los jefes, y todos corrieron á cumplimentar la órden del conde.

Desde que salió Hernando de Avila hasta aquel instante, se habia concretado á obedecer con la mayor decision y exactitud los mandatos de la asamblea, y más tarde las decisiones de Alba. Ahora estaba verdaderamente constituido en débil instrumento de los conjurados.

Su division llevaba tres tiendas que mandó fijar Hernando, despues de tomar la posicion que le encargaron. En la una entraron los jefes de infantería, en otra los de caballería, y en la tercera Padilla y Garci-Gomez.

Los ginetes echaron pié á tierra, y los peones se sentaron en el suelo á la intemperie, quedándose la mayor parte dormidos.

D. Lope y Hernando hablaron desde las tres de la mañana hasta las cinco ménos cuarto que amanecié, recibiendo órden Garci-Gomez de pasar á la tienda del general en jefe.

A la vez se oyó el toque de diana, la infantería se puso en pié y en órden de batalla y los ginetes montaron.

En el mismo instante se vió sobre el muro de la plaza un círculo negro y compacto, formado por los infinitos paisanos con armas y tropa que se disponian á la defensa.

Reunidos los ocho jefes en la tienda debatieron tres cuartos de hora, para concluir por aceptar la idea de Garci-Gomez; esto es: mandar un parlamentario que hablase con los infantes ó jefe principal de la plaza, pedirle la entrada, y en caso de negarla, reclamar á nombre de los principales grandes del reino la presencia de los infantes en Avila, sin decirles todavía el objeto, pero indicando la conveniencia para ambos de seguirlos sin dilacion.

Por unanimidad se designó á Garci-Gomez para el desempeño de tan difícil y arriesgada mision, la que él empezó rehusando para aceptarla luégo por efecto sólo del peligro que ofrecia.

Parte inmediatamente, provisto de la bandera blanca indispensable, dejando en la mayor ansiedad á sus compañeros.

Llega á la puerta; los arqueros le dan la voz de alto desde una de las torres, cien pasos ántes de que llegara, se detiene, y apareciendo un caballero sobre el muro, le pregunta:

—¿Quién sois?

—Garci-Gomez.

—¿A quien servís?

—Al Arzobispo de Toledo.

—¿Qué deseais?

—Hablar con los jefes de Maqueda.

—¿Qué os proponéis?

—Eso debo decírselo únicamente á la persona que vengo á ver en mi calidad de parlamentario.

—¿Quién os manda?

—Los jefes del ejército que teneis delante.

—Esperad.

Un cuarto de hora despues salen varios ginetes, le vendan los ojos y en medio de ellos penetra en la plaza.

De ese modo llega al palacio, lo descubren, echa pié á tierra y acto continuo le conducen á la presencia de la reina madre y de los dos infantes, que se hallan en el salon principal rodeados de jefes y caballeros.

—¿Qué pretendéis de nosotros, señor parlamentario?

Le pregunta la reina. Garci-Gomez contesta:

—Señora, formo parte de un poderoso ejército que se halla á las puertas de Maqueda; lo mandamos el señor Conde de Alba, el de Plasencia, los Manriques, Giron y yo; venimos en representacion nuestra y de los señores Arzobispo de Toledo, Marqués de Villena, Almirante de Castilla, Maestres de Santiago y Calatrava y de otros grandes. No nos trae mision alguna guerrera; deseamos sólo el bien de Castilla y de Leon, la prosperidad del reino, y para el logro de tan santo fin se hace indispensable que llevemos á la ciudad de Avila á los señores infantes D. Alonso y Doña Isabel, acompañados de V. A., si desea seguirlos, y de la escolta y comitiva que quieran llevar. No van en calidad de prisioneros, ántes al contrario, hemos jurado guardarles la mayor consideracion y respeto. En Avila están seguros de todo trastorno, y no hay en su recinto una sola persona que no se halle dispuesta á tributar á las augustas personas cuanto merecen en veneracion y cuidado.

La reina medita tres minutos, contestándole luégo:

—Señor parlamentario, soy la viuda de D. Juan II, rey que fué de Castilla y de Leon, soy madre de Enrique IV, actual monarca de Castilla, y mis dos hijos, hermanos son del rey; sólo este puede mandarnos. ¿Traeis alguna orden de S. A.?

—No, señora, mas nosotros no mandamos, venimos simplemente á rogar á los señores infantes nos acompañen, para bien de ellos y del reino.

—Siendo mi hijo mayor el monarca, sólo á él es dado disponer lo más conveniente á sus hermanos y á Castilla y Leon. No podemos, por lo tanto, aceptarlo como orden, ni atenderlo como ruego. Para esquivar una y otro tenemos diez mil hombres sobre las armas, cuatro cañones, y todas las mujeres decididas á ayudar á sus maridos en la defensa de la plaza. Cuando partais podeis verlo; queda por lo tanto prohibido que os vuelvan á vendar los ojos.

—Vuestra contestacion, señora, puede agravar la suerte de vuestros hijos, de Castilla y de Leon. Antes de que parta

meditad quiénes somos y lo que valen y pueden los que hemos dejado en Avila.

—Marchad si lo teneis á bien, caballero, pues nada más oireis de mi boca.

Y haciendo una reverencia, sale de allí la reina seguida de sus hijos y de cuantos la acompañaban.

Queda Garci-Gomez delante de los jefes que le introdujeron, uno de los cuales le dice:

—Cuando gustéis, señor parlamentario.

Y sale Garci-Gomez entre aquellos que le acompañan, sin vendarle los ojos, hasta la puerta de la ciudad.

Allí le detienen de nuevo, diciéndole uno:

—Si continuais frente á los muros de Maqueda en actitud hostil, os mandaremos tantas flechas y hierro que cubrirán el sol; si acampais en son de paz, se os dará cuanto necesitéis para vosotros y para vuestro ejército. Todo ménos entrar en Maqueda. Id con Dios.

Y le alarga la mano, deslizandole una pequeña carta que coge Hernando con el mayor disimulo al tiempo de estrechársela.

Sale despues el parlamentario, guarda en su escarcela el escrito que le dieron, y parte á escape, llegando á la tienda donde le aguardan sus compañeros.

Refiere cuanto ha pasado, añadiendo:

—Hay diez mil hombres dispuestos á la defensa, y hasta las mujeres están cerca del muro para auxiliar á sus maridos, padres, hijos y soldados. Es toda la poblacion entera, y los he visto animados de tan bélico ardor, que creo imposible realizar un asalto con dos solas probalidades de éxito. En consecuencia, soy de parecer que levantemos el campo y nos volvamos á Avila; de lo contrario se derramará mucha sangre humana sin utilidad alguna, daremos un escándalo que asombrará á Castilla, y nuestra causa, léjos de ganar, habrá empeorado bastante.

Hora y media debatieron, pero la mayoría opinaba como Garci-Gomez, y esto obliga al Conde de Alba á levantar el campo y á retirarse en la forma que habian ido. Continua-

ban, por lo tanto, la prohibicion de ir dos divisiones juntas y de caminar de dia, pero quedaban en actitud de llegar á Avila cada jefe en el ménos tiempo posible.

Hernando se retira á una aldea próxima, en la que da descanso y comida á la fuerza que manda, con órden de no seguir adelante hasta las diez de la noche.

Por el camino leyó el escrito que llevaba guardado, en el cual le decia Doña Beatriz:

«Venid solo lo ántes que os sea posible. Os aguardo impaciente.»

Alvarez de Toledo come y duerme durante el dia, le despierta cerca de anochecer su sirviente, y cubriéndose con un disfraz que aquel le proporciona, monta á caballo y parte como un relámpago á Maqueda, cuyas puertas se abren al sólo pronunciar, soy Garci-Gomez.

Entra, hallando la plaza entregada al descanso y la quietud. Los sitiados saben que los sitiadores han partido con ánimo de no volver, y sólo han dejado los centinelas que tienen ordinariamente.

Hernando es conducido por un caballero al gabinete donde le aguarda Doña Beatriz.

—Muy bien, amigo mio,—le dice la valerosa dama estrechando su mano;— dominais ya al Arzobispo y no hay jefe conspirador que deje de envidiar vuestro talento. Sentémonos, aun cuando sea por pocos instantes.

—¿Ya os han dicho, señora, lo que acontece respecto de mí en Avila?

—Sí.

—¿Me espian?

—No, pero os vigilan para velar por vos, pues sois nuestro primer caudillo.

—Bien pudieron haberlo hecho cuando fui asaltado por doce bandoleros cerca de Guadarrama.

—Lo supieron tarde, y fué la consecuencia de vuestra prevision. Imposible parece que un hombre de vuestro génio abuse tanto de su valor.

—Si os refirieron el lance convendreis conmigo en que llevaba escolta suficiente para defenderme.

—Pudieron haber sido veinticuatro en vez de doce.

—Tampoco me hubieran muerto, si bien entónces mi espada hubiera hecho verter sangre.

—Pudieran haber sido cuarenta y ocho.

—Con volver grupa y huir, positivamente no me alcanzan.

—En ese caso no necesitáis que os vigilen.

—Eso estoy queriendo decir desde el principio.

—¿Os gusta la nueva vida que haceis?

—Algo fatigosa y molesta es.

—¿Os referís á los quince dias que pasásteis en el castillo de Melania?

—No, allí fuí el más feliz de los hombres.

—Aquello debió recompensaros los afanes y trabajos anteriores.

—Es verdad.

—Por desgracia, amigo mio, no vais á tener bastante con el año que habeis tomado; creo corto el plazo para asegurar el triunfo de nuestra causa y que os podais casar con Melania.

—En ese caso inutilizaremos á Giron.

—Quiero, Hernando, que no os cuideis de eso; dejadme el encargo, y cuando se aproxime el término yo os ofrezco remedio heróico.

—Lo acepto á medias.

—Concretaos única y exclusivamente á la defensa de nuestra causa.

—Creo estar haciéndolo, señora.

—Me consta que despues de salvar á vuestro padre y dar á Melania su libertad y mando en la fortaleza que habita, os habeis consagrado por completo á la defensa de nuestra causa, y esa es la razon que motiva la presente entrevista. Hernando, cuando la señora infanta tenga más edad y sea reina, podremos á lo sumo aconsejarle en empresas árduas y dificiles, puesto que la amamos, y nuestra experiencia nos da alguna ventaja sobre sus pocos años y falta de mundo. Mas hoy

debemos obrar con entera independenciam y unidos ambos facilitar su elevacion al trono, cueste lo que quiera y á costa de todo. ¿Me comprendeis?

—Empiezo á ver clara la causa de esta cita, la juzgo importante y creo que vamos á tener la misma opinion. Continuad.

—Doña Isabel, amigo mio, tiene gran talento y va aumentando considerablemente su sabiduría; pero desconoce toda la maldad del siglo en que vive, y su bondadoso corazon no aceptará nunca algunos medios que yo juzgo indispensables para el logro de nuestra dificil mision. Es por lo tanto conveniente que obremos y sólo le digamos lo que deba saber.

—De eso encargaos vos que estais junto á ella.

—Os ha cobrado aficion, Hernando, y pudiera en lo sucesivo consultar con vos, y hasta imponeros planes...

—Que aceptaré gustoso, para hacer luégo, de acuerdo con vos, lo que más le convenga.

—Eso es. Hoy hemos debido observar la conducta que habeis visto; pero en adelante podrá el infante vivir entre los conjurados, y hasta la infanta, si las circunstancias son favorables, no estará mal con ellos, velando vos por su preciosa vida. Los conspiradores se arrancarán pronto la máscara, que hoy conservan á medias, el rey les hará frente y nosotros nos pondremos siempre de parte del más débil para equilibrar las fuerzas. La calma viene siempre despues de una gran tormenta, y yo estoy convencida que la lucha entre los dos hermanos de Doña Isabel va á ser grande, tremenda, y entiendo que cuanto más colosal se presente, más cierto y seguro será el triunfo nuestro. Y comprended, Sr. Alvarez de Toledo, que no me he referido á grandes batallas, sino á lucha moral, en que el desprestigio de los dos monarcas los invalide para gobernar un pueblo que todavia conserva sentimientos de dignidad.

—Es admirable, Doña Beatriz, la identidad de opiniones entre ambos. Acabais de trazar el verdadero camino que debemos seguir; estoy completamente de acuerdo con vos, y haré

lo posible por equilibrar las fuerzas, para que el choque sea tan terrible que inutilice á los combatientes.

—En ese caso os voy á hacer dos indicaciones; ya no puedo mandar al poderoso caudillo Garci-Gomez, ni es tampoco necesario, pues basta una simple advertencia para que él adivine y ejecute en el acto lo más conveniente. Oidme bien: anda por Castilla un abad que conoceis, el cual recibe santas revelaciones y hace milagros sin cuento; de cada cien, noventa y nueve creen lo que les dice ese jefe de la órden de San Benito ¡Cómo no ser cierto lo que habla, presente y augura el inspirado de Dios! Nuestra sociedad es por otra parte fanática, supersticiosa, crédula en el más alto grado, en cuanto se refiere á lo sobrenatural, maravilloso, y es lo cierto que el buen Arzobispo saca gran partido en favor de su causa, valiéndose al efecto de las predicaciones de ese abad, su hijo adoptivo é instrumento ciego que le sirve admirablemente.

—Conozco mucho, en efecto, al reverendo fray Cirilo, y más aún al donado que le ayuda en tan santa mision. ¿Qué deseais de ambos?

—¿Podriais lograr que os obedecieran?

—Mejor que al Arzobispo.

—De todos sus milagros resulta un desprestigio completo de Enrique IV y la creencia en el pueblo y parte de la nobleza de que Dios desea el término de su reinado y el encumbramiento al trono de su hermano menor.

—Era natural, puesto que lo dirige D. Alonso.

—Todavía no desplegaron del todo la segunda bandera; aún no han pronunciado las frases, sustituirá al rey el infante Alonso; y toda vez que llegamos á tiempo, pudieran equivocarse y decir que el heredero legítimo no era un infante débil y enfermizo, ni la hija de la reina, que ya han dado en llamar la *Beltraneja*, sino otra infanta modelo de virtud, de castidad, justiciera etc. No hace falta el nombre, mas á pesar del incógnito rigoroso, es conveniente que la penetracion del pueblo comprenda quién es el astro refulgente que un dia no lejano ha de hacer la ventura de España.

—¿Por dónde andan el abad y su donado, Doña Beatriz?

—Si no tardais mucho, positivamente los hallais en Segovia. Allí está mi esposo y ya sabeis que manda en el alcázar.

—Veré á los tres con la brevedad posible.

—De esto, que no sepa nada absolutamente la infanta Doña Isabel. Como es tan niña, cree en lo que le refieren del padre abad con sublime candor.

—Procurad entónces que le refieran todos los milagros que haga y sermones que predique en lo sucesivo.

—Vamos con otro asunto. El rey de Aragon y Cataluña favorece á los conjurados, lo cual no es malo por ahora; pero conviene que en adelante su influencia vacile y sea acomodaticia, es decir, como la vuestra: que se incline á favor de la parte más débil y busque el equilibrio, para que agrande y fortalezca el terrible choque.

—No conozco al rey de Aragon ni hallo medio de acercarme á él con seguridad de éxito.

—Yo os lo daré. El rey está ciego y casi ha declinado el gobierno en la reina su esposa, que tiene talento, energía y mucho valor. En cuanto á la guerra que ahora sostiene Aragon contra algunos catalanes, se ha puesto al frente de los ejércitos reales el príncipe heredero D. Fernando. Su padre le ama y la reina su madre lo adora. La influencia de ese niño, que ganó ya una batalla á los trece años de edad, es decisiva ante los reyes de Aragon. Hablad á la madre y luégo al hijo de lo que es y vale la infanta Isabel; de la grandeza y poderío que una union entre el heredero de aquel reino y la heredera de Castilla podia traer á ambos, formando además de esos dos elevados séres el matrimonio más dichoso de la tierra. Si lográseis vuestro objeto, el triunfo de nuestra causa era entónces seguro, Alvarez de Toledo.

—Lo intentaré, pues la idea es tan grande que merece los mayores sacrificios.

—Puede el hombre que intente realizarla demostrar si es cierto ó no su gran talento; si es verdad que no encuentra rivales en inteligencia, sagacidad, destreza é ingenio.

—No lograis, señora, excitar mi amor propio; creo que no valgo mucho, y en prueba de ello os diré que me conceptúo débil á vuestro lado; pero intentaré hasta lo imposible.

—Con eso me basta. Sé lo que valeis y admiro vuestra modestia, que á veces encanta.

—Necesito mucho tiempo para el negocio de Aragon, Doña Beatriz.

—Tomad el que os haga falta, Hernando.

—¿Podreis prescindir de mí cerca de D. Alonso?

—Qué remedio tiene; lo que más importa es aquello.

—Si yo lograra que la asamblea de conjurados me diese una embajada para el rey de Aragon...

—Eso es muy fácil: leed durante la noche y mañana este escrito que os tenía preparado, y haciendo uso de las ideas contenidas ahí se apresurará el Arzobispo á dejaros partir léjos de él. Añado este retrato de la infanta y documentos necesarios.

—Todo lo prevé vuestro talento, Doña Beatriz.

—Un poco de ingenio, travesura femenil, y nada más, Hernando.

—¿Algo más deseais de mí?

—Ahora os pido actividad, energía y que pongais en juego todo vuestro ingenio. Id á Aragon tranquilo, Hernando, que aquí quedo yo para velar por Melania y por vuestro padre.

—Ya que estoy en este palacio ¿es necesario que visite á Doña Isabel?

—Debe ignorar, amigo mio, que vinisteis y cuanto hemos hablado.

—Pues parto para llegar lo ántes posible á Avila.

—Id y preparad una boda que puede ser en adelante el origen y engrandecimiento de España; el término de todas las desgracias que afligen al país, y el íris, por último, de la ventura porque todos los buenos suspiramos. ¡Ah, Hernando, cuánto os va á deber el reino si lograis la aquiescencia de los reyes de Aragon y de su valiente heredero!

—Así lo comprendo, señora, y llevo la seguridad de lograrlo si no me habeis encargado un imposible.

—Creo que no lo es; opino, amigo mio, que vuestro profundo talento, vuestras frases conmovedoras y la convicción que imprimen en el alma todas vuestras ideas, conseguirán la dicha porque suspira ese pobre pueblo tan trabajado y sufrido.

—Veremos. Hasta mi regreso, Doña Beatriz.

—Estrechad mi mano; ved con qué entusiasmo y afecto oprimo la vuestra. Visitad á mi esposo en Segovia; decidle, Hernando, que cada dia lo amo más; que anhelo con ansia el venturoso dia en que vuelva á su lado para no separarme nunca; pero que no llegará ese instante hasta que Dios corone nuestra obra, hasta que arranquemos de Leon y Castilla toda la podredumbre que nos empequeñece y aniquila.

—¡Qué abnegacion, qué alma tan grande! Me enorgullece, señora, deberos la vida, y con ella la obligacion de servir hasta perecer.

—Y á mí, Hernando, me enloquece haberos arrancado de un calabozo, de la pobreza, para elevaros á caudillo rico y poderoso, y no he de parar hasta que seais el primer grande de Castilla.

—Gracias; parto en busca de mi primer título. ¡El cielo vele por vos y por nuestra causa!

—¡Dios os bendiga, ampare y defienda!

Salió Hernando de la ciudad, llegando á escape tendido al paraje donde le esperaba la fuerza que mandaba.

La entrevista que concluia de celebrar con Doña Beatriz predispuso el espíritu de nuestro jóven á emprender lo más difícil y arriesgado, con constancia suma y hasta con heroismo, como veremos más adelante.

CAPÍTULO XXII.

Regreso.—Dificultades.—Los milagros del padre abad.—A Segovia.

Llega Hernando á la casa donde le espera Padilla, al cual dice:

—D. Lope, miéntras cambio de traje que ensillen mi potro, el de mi criado, y me esperen á caballo los cuatro mejores ginetes que haya entre los quinientos diez y nueve que tenemos.

—¿Vais á partir?

—En cuanto cambie de traje.

—¿Y nosotros?

—Quedais de jefe; andad sólo de noche, descansad de dia, y llegad cuando os dé la gana. Os advierto que al entrar vosotros en Avila ya habré yo salido para regresar sabe Dios cuándo. Estad muy en sí, reemplazadme dignamente, y que Dios nos ayude á todos.

—¿No me dejais ninguna otra instruccion?

—Necesito el tiempo de que puedo disponer para cumplir las que á mí se me acaban de dar. Preguntad á Maqueda cuando dudeis, si os da tiempo; de lo contrario debeis obrar con la prudencia, acierto y discrecion indispensable en circunstancias tan azarosas. El cielo os guarde.

Media hora despues corria Hernando en direccion de Avi-

la, seguido de cuatro caballeros y de su criado, sin tregua ni descanso.

Durante aquella noche no se detuvo ni aún á dar pienso, pero al amanecer iban los seis caballos inútiles para seguir caminando de aquel modo.

Cerca tenian una poblacion importante, y aunque con sentimiento, se vió obligado á cambiar de caballos que pudieran correr, dando su tordo y algunos ducados por un alazan que no valia lo que el suyo.

Repitió la misma operacion á las doce leguas, llegando de este modo, á las veinticuatro horas de haber hablado con Doña Beatriz, al palacio del Arzobispo.

El prelado se hallaba escribiendo cuando fué sorprendido con la presencia de Hernando.

Al verlo tira la pluma, y poniéndose en pié le mira de arriba á bajo, preguntándole con temor:

—¿Qué ocurre, Garci-Gomez; qué desgracia os trae á Avila con tal precipitacion?

—Ninguna, D. Alonso,—le contesta con calma Alvarez de Toledo.—Como yo suponía, hallamos en Maqueda diez mil hombres dispuestos á perecer ántes que rendir la plaza, y por lo tanto tuvo el Conde de Alba que levantar el campo y regresar sin haber conseguido otra cosa que la gloria de un paseo militar sin consecuencia funesta.

—Sentémonos, y dadme detalles, Garci-Gomez.

Hernando refiere al Arzobispo cuanto aconteció en el camino, frente á los muros de Maqueda, en su embajada, y concluye diciendo:

—Dada por el conde la órden de regreso en la forma que fuimos, no pude seguir á las mesnadas con la calma y descanso que necesitan los peones. Dejé, por lo tanto, en mi lugar á D. Lope de Padilla, y seguido de cuatro caballeros y un criado, me vine á Avila.

—¡Volando, amigo mio; vaya un modo de correr que habeis tenido! Pero me complace, porque tengo mucho gusto en que esteis á mi lado el mayor tiempo posible.

— Os va á durar poco, Sr. Arzobispo; mañana debo partir otra vez.

— Imposible; necesitais mi permiso y positivamente os lo niego. Si hubiera yo aceptado vuestra opinion, escusaríamos los gastos y molestias de una marcha penosa, la publicidad que dimos, y otras consecuencias que pueden entorpecer la realizacion de nuestros asuntos.

— Estando vos, Sr. Arzobispo, en Avila, yo no hago falta, y el éxito de nuestra empresa me llama á otra parte.

— Garci-Gomez, os habeis hecho indispensable á mi lado.

— ¿Dudais acaso de vuestro talento y sabiduría? ¿Creeis por ventura que este pobre montañés es capaz de corregir vuestras ideas, y lo que es más extraño, de tenerlas mejor que vos? D. Alonso, aplaudo vuestro afecto hácia mí, que recibo con el mismo entusiasmo que os lo devuelvo, pero no os ofusqueis, por Dios, y juzgadme tal cual soy, porque de lo contrario hareis mala aplicacion de mí.

— Dejaos de modestia, Sr. Garci-Gomez, y obedeced á vuestro jefe.

— Eso último es mi deber, la sagrada obligacion que cumplo con orgullo. Mas cuando yo os aseguro que es indispensable mi partida, claro es que lo he pensado mucho, que nos conviene á todos, y principalmente á vos, que sois el jefe superior.

— Hablad, y juzgaré; pero dudo que logreis convencerme.

— Oid: nos es de todo punto indispensable la poderosa ayuda del rey de Aragon.

— La tenemos; hace pocos dias regresó nuestro emisario, dándonos seguridades y hasta ofreciendo mesnadas y dinero en pró de nuestra causa.

— Pero despues, D. Alonso, ha habido quien le hiciera desistir, y es posible que al lanzarnos al campo lo encontremos de frente.

— Sería una falta indigna del rey aragonés.

— En revoluciones, señor Arzobispo, se prefiere á todo la utilidad y conveniencia; eso bien lo sabeis.

—¿Pero quién ha podido deciros cosa tan grave y difícil de suceder?

—Un pariente mio que está al servicio de la reina madre é infantiles. Hablé con él, despues que hube concluido mi parlamento, y aun cuando no debo daros su nombre, puedo asegurar que jamás faltó á la verdad, y que tiene mucho interés por mí y por todo lo que yo defiendo.

—¿Será un ardid de la reina madre?

—Es tan hábil, sagaz y entendido mi pariente, que sería temeraria injusticia creerlo dócil instrumento de quien sabe ménos que él. Recordad, señor, que falta de la corte hace tiempo el Marqués de Villena, que allí tenemos muchos enemigos, y lo que se deduce de todo esto. Creo que hasta hay en Avila quienes nos espían y avisaron con oportunidad funesta lo que íbamos á hacer, pues si bien yo di por hecho que nunca podríamos sorprender á Maqueda, segun oísteis de mi labio, no imaginé que estuvieran todos en pié, armado el paisanaje, pertrechada la plaza y en el completo estado de defensa que la hallamos.

—Contrayéndonos por ahora á lo importante, os diré, Garcí-Gomez, que por lo que pueda haber de verdad en vuestra grave denuncia, propondré á la asamblea el envío de una nueva embajada cerca del rey de Aragon.

—Eso es lo conveniente, D. Alonso.

—Pero que vaya cualquier grande ó noble; me es igual desde el Marqués de Villena hasta el último caballero, siempre y cuando que no seais vos.

—Yo puedo, Sr. Arzobispo, enterarme en Madrid de lo que haya de verdad en esa intriga hábil y oculta, y entónces, si es necesario, partir ó no á Zaragoza, regresando de uno ú otro modo con la brevedad posible.

—Garcí-Gomez, anoche nos reunimos el Marqués de Villena, el Almirante y los demás grandes que quedan en Avila, y les propuse la realizacion de una idea conveniente; Pacheco presentó otra contraria, y perdí la votacion por una gran mayoría. El Marqués se vengó de su anterior derrota, y no quiero

que vuelva á suceder. Ya sabeis que tiene talento, es sagaz, hábil, y por consiguiente temible.

—Pero no tanto como vos, D. Alonso.

—Consistirá en que esa pobre gente lo comprende mejor que á mí.

—Pero, señor Arzobispo, ¿cómo he de conseguir yo en la asamblea lo que no logre vuestro talento, experiencia y superior autoridad?

—Todo eso está bien, mas con vuestra ayuda estoy seguro de vencer siempre, y sin ella no. Vale mucho el Marqués, y baraja á esos grandes con prodigiosa destreza. En fin, estais á mis órdenes y os quiero ántes que para la defensa de nuestra causa, para mí. ¿Lo habeis comprendido ahora?

—Sí, señor.

—¿No lo esperais todo de mí?

—Cierto.

—Pues tenedme contento, Garci-Gomez.

—¿Os he podido faltar en algo?

—Al contrario, amigo mio, pero desistid de esa embajada si quereis verme satisfecho.

Hernando se halló contrariado en sus deseos de un modo invencible, y despues de torturar su ingenio unos cuantos segundos, cedió en apariencia para combatir de otro modo la inquebrantable resolucion de Acuña, de no dejarlo salir de Avila.

Así es que le contestó:

—Desisto, señor Arzobispo, de llevar una embajada que creí realizable yendo yo con ella y de sumo interés para la causa que defendemos.

—Me alegro, y no volvamos á hablar más de eso hasta que se reuna la asamblea y decida, despues de oiros, si es ó no conveniente la embajada y quién ha de ir con ella en caso de que la acuerde. Supongo que si os designaran...

—Me niego de un modo terminante.

—Así lo espero.

—Puesto que ya ha terminado esa cuestion, decidme ahora

si lo teneis á bien: ¿no vais á visitar á Melania, á recibir sus tiernas caricias, á fortalecer el amor que os tiene?

—¿Qué recuerdo tan grato traeis á mi mente! Gracias, Garci-Gomez por la idea. ¿Es mucho talento el vuestro! Iremos ambos; á presencia vuestra volveré á besar aquella frente blanca, despejada, purísima; volveré á escuchar su angelical acento. ¡Ah, la sola idea endulza mi alma y la lleva al éxtasis!

—¿Cuánto la amais, D. Alonso!

—¿Que si la amo! ¿Como el afortunado á la Providencia, como la madre al tierno infante que la requiere con un sabrosísimo ósculo, como el desgraciado á la ventura, como el sediento al agua, como el ave su nido, como Dios á sus criaturas!

—Mucho me complace haber sido yo el que os proporcione la nueva dicha que contemplábais apagarse.

—Tanto os debo ya, Garci-Gomez, que voy á permitir os hasta que me contrarieis, siempre que al final cuente con vuestra obediencia.

—Gracias; y si me lo permitís, os hablaré del segundo motivo que he tenido para abreviar mi regreso.

—Con tal que no sea nueva embajada, decid lo que gustéis.

—No; voy á tratar sólo de asunto que es indispensable realizar muy cerca de vos. Recordareis la conveniencia de tener entre nosotros, con la anterioridad necesaria, al infante D. Alonso, futuro rey de Castilla.

—Cierto, mas decís que es imposible sorprender á Maqueda, y no veo medio de entrar en plaza tan fuerte.

—Se recurre á otra cosa.

—¿Cuál es?

—Valiéndose de una intriga hábil se sacan de la plaza á la reina madre, á sus hijos, y por el camino ó en poblacion ménos fortalecida...

—Comprendo y es efectivamente indispensable tenerlos entre nosotros, porque así lo reclama el triunfo de nuestra causa

y porque se opone el Marqués de Villena. Y si vos pudiérais...

—Hoy no lo sé, pero lo voy á averiguar, ínterin vos permanecéis junto á la hermosa Melania.

—¡Qué afán teneis en separaros de mi lado!

—Sólo yo, D. Alonso, puedo desarrollar el pensamiento que ya tengo concebido; y no es por otra parte conveniente que vuelva á ver á Melania.

—¿Por qué?

—Es demasiado hermosa, y yo soy lo suficiente jóven...

—Comprendo. ¡Si fuérais grande como Giron!

—Hacedme vos.

—Cuando pueda, con mucho gusto.

—Como no querreis esperar.

—No me fijé, Garci-Gomez, en el país en que habeis nacido, en vuestra bella figura y en que con vuestro talento... Teneis razon; no volvereis á Alcalá. Aplaudo la gran prueba que me estais dando de lealtad y afecto.

—Me agrada que lo reconozcais.

—Todo lo adivino; no es posible, Garci-Gomez, ver á aquel ángel sin amarle.

—Hablemos de otra cosa, D. Alonso. Si os parece, miéntras vos estais en el castillo de Melania, yo iré á Segovia y luégo á Maqueda ó donde sea necesario.

—¡A Segovia! ¿Qué teneis que hacer allí?

—Mucho. Atraer á la reina madre y á sus hijos, valiéndome de la influencia de Cabrera.

—¿El alcaide del alcázar y tesorero del rey?

—Sí, señor.

—¿Le conoceis?

—Mucho.

—¿Podreis dominarlo?

—Eso intento.

—¡Oh! gran adquisicion sería contar con ese hombre, y más aún con su varonil esposa.

—Si yo lo tomo con empeño...

—Hacedlo, es de suma importancia.

—Ya lo sé, y no es menor la de acabar por traeros al infante D. Alonso; pero he de luchar con serias dificultades, y para el logro de lo que tanto vale é importa necesito tiempo, acaso mucho tiempo.

—El que queráis, con tal que lleveis adelante vuestra empresa. Procurad, sin embargo, que os vea pronto junto á mí.

—Ese es mi mayor deseo.

Hernando acababa de lograr, aunque por medios distintos y debido á su gran ingenio, la posibilidad de ir á Segovia y luégo á Aragon, que tanto le interesaba.

Teniendo ganado á Carrillo, quiso abreviar, pero nada pudo hacerse hasta que regresaron los siete jefes que fueron á Maqueda y debian asistir al consejo más importante que celebraron hasta entónces.

Hernando aprovechó los seis dias que aún permaneció en Avila para prevenir á Melania sobre la llegada de su protector, encareciéndole la conveniencia de que lo detuviera un mes ó el mayor tiempo posible.

Le daba otras instrucciones, y mandó el escrito con un caballero que le ofrecia absoluta confianza, el cual le trajo al quinto dia la contestacion que deseaba.

Melania le ofrecia dominarse hasta realizar cuanto Hernando le mandaba.

A la vez salió otro jefe con carta para Doña Beatriz, y tambien recibió contestacion horas ántes de marchar á Segovia.

El resto del tiempo lo ocupó con intrigas hábiles, que empezaban ya á excitar la envidia y celos entre los dos jefes principales, Marqués de Villena y Arzobispo de Toledo.

Asistamos ahora al gran consejo que tiene lugar la noche ántes de partir D. Alonso y nuestro amigo Hernando.

Se reunieron todos los grandes que formaron la última asamblea y tres nuevos que se adhirieron con posterioridad.

Ocupaba la presidencia el Arzobispo de Toledo y la primer vicepresidencia el Marqués de Villena, siguiendo los restantes como la vez anterior.

Habia, sin embargo, una notable diferencia respecto de Garci-Gomez, pues en vez de estar el último se hallaba ahora á la izquierda del presidente, por haber sido nombrado secretario general. D. Alonso de Acuña promovió esta eleccion para tenerlo siempre á su lado.

La asamblea empieza por oír de labios de su presidente el aumento que habian tenido las filas de la conjuracion y algunas otras cosas relativas al presente, de escasa importancia.

Luégo concede la palabra al Conde de Alba, el cual manifiesta acto continuo su partida á Maqueda, cuanto le aconteció delante de los muros y su desgraciado regreso sin haber conseguido lo que se proponia.

Al terminar dijo D. Alonso que habia posibilidad de llevar entre ellos al infante valiéndose de otros medios; pero debiendo verificarse este acto sin ostentacion de fuerzas y con gran reserva, pedia al consejo la facultad de realizarlo sin otra anuencia que la de Garci-Gomez.

Esto produjo un debate de media hora, pero se acordó por gran mayoría lo que acababa de proponer la presidencia.

Siguió otro discurso de D. Alonso, en el cual se ocupó de la denuncia que le hizo Garci-Gomez sobre la veleidad del rey de Aragon, y hubo de presentar tan admirablemente las ideas de Garci-Gomez, que en el acto se aceptó su propuesta, quedando nombrado embajador extraordinario cerca de la corte aragonesa el Conde de Plasencia, el cual debia traerse un compromiso formal del rey como ratificacion de las ofertas que tenia hechas al Arzobispo y Marqués de Villena.

Y luégo, en un discurso nutrido de ideas elevadas, presentó Hernando la verdadera situacion de los conjurados y la del enemigo.

Con sus frases se propuso el inteligente mancebo retrasar el término de la conjuracion, prolongando el incógnito, que juzgaba indispensable, hasta que lograran atraerse muchos grandes que aún vacilaban y á otros que nada contestaron.

Tambien expuso ser de mucha utilidad que el Marqués de Villena regresara á la corte para descomponer con su in-

negable habilidad y predominio sobre el rey los planes de sus contrarios.

Tan lógico estuvo y tan convincente, que despues de un largo debate en que todos tomaron parte, se aprobó cuanto propuso.

Terminó la asamblea, y debiendo partir el Marqués á la mañana siguiente, se despidió de sus colegas.

Lo mismo hizo el Arzobispo, pretextando necesidad imperiosa de asistir á una cita importante en Alcalá, dejando en consecuencia de jefe superior al Almirante de Castilla.

Tambien se despidieron el Conde de Plasencia para Zaragoza y Garci-Gomez para Segovia, donde iba á cumplimentar, segun dijo, órdenes reservadas de D. Alonso relativas al cautiverio futuro del infante.

Al volver á reunirse en Avila con sus compañeros aquellos cuatro jefes principales, debian arrancarse la careta, proclamando la insurreccion contra Enrique IV.

Aun cuando la conducta del Marqués de Villena en Madrid y luégo en Segovia, á donde se trasladó la corte, fué muy notable, nos conviene seguir ahora á Hernando, que tiempo tendremos de relatar las intrigas llevadas á cabo por el célebre Pacheco.

Nuestro jóven despidió al Arzobispo, que se dirigia á Alcalá con una buena escolta, é inmediatamente montó él á caballo, saliendo para Segovia acompañado únicamente de un caballero y dos criados.

El calor se dejaba ya sentir, por lo cual, en vez de armadura, llevaba Hernando una finísima cota con sayo de tela de seda delgada y un casco muy ligero.

Almorzaron á tres leguas de Avila, intentando comer á seis, con lo cual daba por concluida la jornada de aquel dia.

Serian las cuatro de la tarde cuando dieron vista al pueblo en que debian pernoctar aquella tarde y noche; en aquel instante fueron sorprendidos por la acumulacion de muchos hombres y mujeres que rodeaban una era, en la cual sólo ha-

bia haces de trigo convertidos en ceniza, con algunas otras señales de un incendio que habia tenido lugar en aquel sitio.

La pérdida ocasionada era insignificante, y desde luego comprendió Hernando que allí existia algo más que un simple incendio.

Alvarez de Toledo notó al llegar que entre la apiñada masa que rodeaba la era se veian muchos forasteros, y continuamente llegaban otros, á caballo algunos y á pié bastantes.

Habia ancianos y jóvenes, mujeres y niños, y todos, fijos en el estrago que hizo el fuego, miraban con asombro, recogimiento y una dósis no pequeña de supersticion.

Tambien nuestros dos caballeros y sirvientes se aproximaron al círculo; pero no comprendiendo Hernando el motivo de la sorpresa y aspavientos de cuantos tenia delante, preguntó á un ginete que habia á su derecha:

—¿Qué ha ocurrido aquí, buen hombre?

—¡Lo más grande, señor,—le contestó aquel,—que presenciaron los mortales!

—Pues yo no veo más que las cenizas de unos cuantos haces de trigo.

—Eso es; ¿pero y la causa de ese fuego?

—Decídmela y la sabré, que habeis excitado mi curiosidad.

—¡Ay, señor caballero, esa era y fuego son una boca que habla tan claro como el santo Evangelio!

—¿Y qué dice?

—Ha dicho y sigue diciendo, que las llamas del infierno han de quemar á tanto pícaro como existe en Castilla y Leon.

—Buen hombre, no os comprendo.

—Bien sabeis, caballero, lo que pasa en el reino entre los más grandes, y hasta con los pequeños. Se roba en todas partes, se mata á traicion, ningun hombre de bien está seguro en su casa, ninguna doncella puede guardar su castidad, y no hay hábito, sotana, manto de púrpura ni calzas de estambre que no estén manchadas con algun delito.

—Todo eso será cierto, pero no sé que guarde relacion con el incendio.

—Pues la tiene: la cólera del Señor ha empezado ya á manifestarse con el fuego que ha brotado en esa era.

—¡Ah, brotó de la tierra! Empiezo á comprender, y me interesa el hecho; referírmelo todo.

—Oid: hace una semana, dormian debajo de esos árboles muchos segadores; era algo despues del mediodía, y por consiguiente la hora del descanso. De pronto aparecen en ese camino un hombre, mejor dicho, un religioso que está en olor de santo, y detrás su lego. El primero iba montado en una mula y el segundo en un borrico, que pronto abandonó para caer de bruces cerca de la era y quedar como muerto. El santo se detiene, levanta la diestra y dice: «Dormid, hijos de Castilla; el volcan que agita vuestros crímenes y que ya arde bajo la tierra que pisais se abrirá de pronto y os tragará á todos si no poneis eficaz remedio. Continuais durmiendo; nada es capaz de perturbar ese hermano de la muerte; pues que ella os avise, y verá el que tenga ojos y escuchará el que tenga oídos.» Acaba de hablar y se oye un trueno que repiten los montes, se estremece el mundo y despierta á los segadores. ¡Horror! ¡Horror! Al abrir los ojos ven las llamas del infierno que salen de la era y consumen en un instante los haces que hay en ella. El lego está tendido en el suelo, el santo aparece entre nubes y los segadores caen de rodillas pidiendo á Dios misericordia. Con voz tremenda grita el religioso: «¡Todos perecereis si, á imitacion de vuestro monarca, seguís sus vicios, sus nefandos crímenes! ¡Ay de los pueblos que obedecen á los que no saben mandar, á los que manchan cetro, corona y trono.» Los segadores, sobrecogidos de espanto y sin atrever á moverse, le alargan las manos en señal de ruego; el santo se compadece, echa la bendicion y el fuego cesa; quedan sólo las nubes que rodean al religioso y á su mula, las que van poco á poco subiendo hasta perderse de vista. ¡Qué olor tan malo se nota despues! Eran el azufre y otros ingredientes de las calderas de Pedro Botero. Pero el peligro desapareció y el santo es llevado en triunfo al pueblo, donde predica, recoge limosnas y convierte á cuantos le oyen.

—Y el lego, ¿qué fué del lego?

Le pregunta Hernando, contestándole el otro:

—Nadie le hizo caso; mas vuelto en sí, coge su burro que pastaba no léjos de allí y se presenta luégo en la plaza, donde se hallaba predicando su jefe.

—¿Era el santo, fray Cirilo, abad de San Benito?

—El mismo. Sí, todo el mundo le conoce. Luego...

—No os molesteis, buen hombre; con lo que he oido tengo bastante para deducir las consecuencias. Gracias, y que el cielo os guarde.

Los cuatro partieron, dejando á aquellos supersticiosos que contemplaran con profundo recogimiento el sitio en que tuvo lugar tan *gran milagro*. De él nos habla la historia; pero no tardaremos en averiguar lo cierto, y hasta los medios de que se han valido en algunas ocasiones la inteligencia y saber mal aplicados, para conducir la ignorancia y supersticion al terreno donde pudieron explotarlos á su antojo.

Nuestros dos caballeros y sirvientes entraron en el pueblo próximo, hallándolo perturbado, pues nadie se ocupaba de otra cosa que de hacer oraciones y penitencia para librarse de las llamas del infierno, que tan clara y distintamente vieron los segadores en la era terrible.

En la iglesia, llena de gente, se predicaba contra toda clase de vicios, aludiendo principalmente á los de Enrique IV, para deducir que era un ángel de salvacion el infante Don Alonso.

No costó poco trabajo á los sirvientes de Hernando y compañero hallar posada, comida y camas para aquella noche; gracias á sus manos ligeras y largas espadas, lograron lo indispensable, durmiendo despues hasta las cinco de la mañana que prosiguieron su camino en direccion de Segovia.

Hernando no decia nada respecto del milagro que dejaban atrás, su compañero sonreia, y los criados dudaban.

A las nueve llegaron á otro pueblo, en que determinó Garcí-Gomez descansar dos ó tres horas y dar pienso, tomando ellos á la vez almuerzo.

En esta nueva poblacion se hablaba ménos de las llamas del infierno, vistas en la anterior, y más de otro prodigio tan notable y convincente como el del fuego de la era. Se hallaba presente el abad de San Benito y predicaba á todos los habitantes del pueblo un sermón que aterrorizaba al auditorio, cuando de pronto, en un momento de pausa en el orador y de pánico en sus oyentes, un niño de tres años, alzando su débil voz, predijo que Enrique IV sería destronado para que lo reemplazase su hermano el infante D. Alonso.

Se hallaba á la sazón el inspirado niño muy léjos del abad, pero cerca, muy cerca del donado Sion, el cual aparentaba en tales instantes más sorpresa y admiración que el resto del auditorio.

El niño era del pueblo aquel: desde la noche ántes habia recibido la inspiración, que le fué revelada por el patrono del lugar, y hubiera sido una herejía inicua dudar de las frases de aquel ángel cándido é inocente, que ignoraba hasta la existencia del rey y del infante Alonso.

Mientras los dos sirvientes y el compañero de Hernando procuraban un alojamiento difícil de hallar y costoso, fué Alvarez de Toledo á la casa del niño inspirado, y regalando dos monedas de oro á los padres, consiguió permanecer media hora encerrado con el niño. A las muchas preguntas que el público le hacía al abandonar la casa, contestaba Hernando simplemente:

—Esa criatura fué ciertamente inspirada y su predicción debe cumplirse.

Cuando se vió libre de las turbas, buscó el hospedaje que le tenían dispuesto, en el cual almorzó con su compañero bastante mal, y tan caro, que exclamó al saber su importe:

—Los milagros y predicciones del abad de San Benito puede que eviten algunos robos en despoblado; en cambio sirven ahora de pretexto para vaciar los bolsillos del desgraciado caminante que entra en estas poblaciones.

Pero disponia ya de tanto oro Garcí-Gomez, que no opuso resistencia alguna á aquella estafa, y despues de tres horas de

descanso siguió hácia Segovia, cuya poblacion tenia ya á tres leguas de distancia.

Todo lo que dejaba atrás era muy poco para lo que iba á contemplar en la capital de Castilla.

Volvemos á repetir, que no improvisamos milagros; los que aquí referimos, consignados están en la historia, y en historia escrita por un ilustrado individuo de la Compañía de Jesús. Nuestros son únicamente los comentarios y explicaciones, los cuales aparecen por lo ménos mas verosímiles que la existencia de la *ira de Dios* y otras herejías, en que jamás podremos creer, por lo mismo que juzgamos á Dios perfecto, sabio y justo.

CAPÍTULO XXIII.

Segovia.—Los leones chicos se comen al grande.—Las piedras celestes.—La aurora boreal.—El digno esposo de Doña Beatriz.—Otra vez los dos hermanos.

A las cinco de la tarde llegó á Segovia Garci-Gomez seguido de su escasa comitiva.

Era dicha capital á la sazón una de las poblaciones de más importancia de Castilla y de Leon. En su alcázar, el más opulento que se conocia, se hallaban todas las riquezas del rey, y era el punto en que más tiempo residia la corte.

Llegó á tal decadencia la antigua ciudad de Segovia, que por el aspecto de hoy no puede formarse idea alguna de lo que fué.

Sus muros, alcázares y palacios le daban una fisonomía grandiosa, pues lo estrecho de las calles no era entónces defecto, y aun cuando tenía muchas antigüedades, se conservaban en un estado que la enriquecian y hermoseaban léjos de afearla, como sucedió despues.

● Contaba ochenta mil habitantes.

● Garci-Gomez entró por una de las puertas principales, hallando las ventanas y balcones colgados, las calles llenas de gente, pero sin bullicio ni animacion; no habia rostro que de-

jase de aparecer contristado, y casi todas las miradas se dirigian al cielo en demanda de auxilio divino.

Garci-Gomez llegó á la ciudad con tres horas de luz, las cuales empleó en atravesar las siete calles que le separaban del real alcázar, al cual se dirigia.

Encontró varias procesiones que interrumpieron largo tiempo su paso, y escuchaba á cada instante los fervientes votos que el pueblo hacia para aplacar la *saña de Dios*.

Así lo dice tambien el historiador D. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, y del mismo modo que nosotros describe los milagros y revelaciones de esta época infeliz.

Alvarez de Toledo oyó comentar en las grandes paradas que se veia obligado á hacer á cada instante el fuego de la era, la inspiracion del niño de tres años y otras cosas de que él no tenía conocimiento, y que vamos á referir:

En Búrgos y Valladolid, durante una terrible tormenta, cayeron piedras de tamaños nunca vistos; los estragos fueron inmensos en los sembrados y entre los animales, y de esto se dedujo que la *cólera de Dios* habia llegado á su grado *máximo*.

Casi á la vez aparecieron en el cielo llamas terroríficas, dividiéndose en dos partes, una que se corrió para desaparecer hácia Levante, y otra que duró mucho más.

Garci-Gomez conocia la ciencia de Abiabar: supuso que aquellos fuegos fosforescentes eran el producto de una aurora boreal, fenómeno que casi todos desconocian en Castilla. Mas el pueblo leyó en aquellas ráfagas del horizonte que la *ira de Dios* se manifestaba no sólo en la tierra, aludiendo al fuego de la era, sino tambien en el cielo.

El pánico de los segovianos llegaba con esta tercer señal al período álgido.

Y un hecho tan extraordinario como los anteriores vino á cerrar el cuadro imponente y terrorífico, elevándolo á su mayor altura.

Habia por este tiempo en Segovia una pequeña casa de fieras, en la que encerraban un leon grande y varios pequeños.

Cuatro dias despues de la revelacion del niño de tres años, se juntaron todos los leones en la casa de fieras de Segovia, y los pequeños acometieron al grande, que se defendió débilmente. Muerto al fin, fué devorado en parte por la voracidad de los pequeños.

De este hecho dedujo el pueblo segoviano que el cielo le patentizaba la verdad de lo que iba á acontecer, esto es, que los grandes y nobles devorarian al rey, comiéndose parte de sus riquezas y poder, puesto que Enrique IV se llamaba el leon de Castilla y leoncitos los grandes y nobles que le rodeaban.

Pronto averiguaremos la verdad de este nuevo y extraordinario milagro.

Sigamos ahora á Hernando, que, despues de escuchar el relato y comentarios de tan portentosos fenómenos y de ver cinco procesiones, logra por fin llegar á las puertas del real alcázar.

Quiere nuestro entendido jóven recibir una prueba de lo que es y vale D. Ramon Cabrera, esposo de Doña Beatriz, gobernador del alcázar, y se hace anunciar, en union de su compañero, como dos nobles que le piden hospitalidad.

En el acto son conducidos al salon principal, donde los recibe Cabrera acompañado de todos los jefes del alcázar y principales servidores.

Tiene el gobernador estatura regular, es moreno, perilla y bigote poblados, ancho de hombros, nervudo, fisonomía varonil y modales aristocráticos. No le falta talento, es firme en sus ideas, leal, y tan noble en hechos y acciones que su entendida esposa no halló jamás nada que reprenderle.

—Lleguen hasta mí,—dice,—los dos señores que tanto honor me están ya haciendo.

Estrecha con efusion la diestra de ambos, y añade:

—No quiero saber quiénes sois; vuestro incógnito será siempre un misterio para mí y para todos los que me obedecen, que es harto el honor, para que yo pueda ni deba exigir más. Caballeros y vasallos,—añade con voz de trueno, dirigiéndose

á los suyos;—he dejado de mandaros, desde hoy hasta que salgan del alcázar estos dos señores, recibid de ellos las órdenes; guay si alguno dejase de obedecerlos; mi única ocupacion, miéntras ellos pisen estos salones, se va á contraer á vigilar si son ó no obedecidos y á sentenciar á muerte al que dude ó vacile. Y vosotros, nobles caballeros, mis honrosos huéspedes, empezad á mandar cuando gustéis, que yo seré el primero en acatar vuestras disposiciones.

Esa era la hospitalidad que se daba en Castilla, Leon y en el resto de España por muchos grandes y caballeros, y en verdad que mereció el aplauso del mundo, con tanto motivo cuanto forma todavía nuestra admiracion.

D. Ramon Cabrera selló sus labios y se dispuso con el mejor deseo á servir á sus huéspedes sin réplica, vacilacion ni estudio de si mandaban bien ó mal.

Hernando le mira con interés creciente, comprendiendo cuán digno era de la esposa que el cielo le concedió. Despues exclama:

—Soy el jefe de este alcázar y mando que os retireis todos, dejándome sólo con D. Ramon Cabrera.

En el acto fué obedecido. Sin separar su mirada del noble alcalde, añade:

—Me encargó Doña Beatriz de Bobadilla os dijera que os ama cada dia más, que su bella ilusion se realizará cuando vuelva á unirse á su leal esposo para no separarse más de su lado; pero que no llegará tan venturoso dia hasta que logre destruir los males que afligen á su infortunada patria.

—Gracias por el interés que demostrais al darme esa noticia, caballero,—le contesta Cabrera.—Hace bien mi esposa, que nació fuerte, virtuosa y casta, en anteponer la patria á las caricias de su esposo.

—Sois digno de dama tan admirable.

—Mucho debe valer, á mi juicio, el hombre á quien ella confia el pensamiento secreto y noble que la separa de mi lado.

—Soy...

—Calladlo, que ofendeis mi hospitalidad destruyendo vuestro incógnito.

—Conviene que lo sepais, y si ántes no le dije fué porque quise admirar al esposo como ántes admiré á la esposa.

—Continuad por algun tiempo poniendo á prueba mi lealtad, la nobleza que abriga mi alma, el honor que alienta á mi corazon.

—Es inútil, me falta tiempo y nuestros enemigos velan.
Soy Garci-Gomez.

—¿Vos?

—Esta rúbrica os lo prueba.

—Os aguardaba con impaciencia, valiente caudillo, intrépido caballero, hombre el más sabio y entendido que tiene Castilla.

—¿Quién os dijo eso?

—Mi esposa, que nunca miente.

—Pudo equivocarse.

—¡Ella! Perdono á vuestra modestia esa idea tan distante de lo cierto. Ya no sois mi huésped, ni mi jefe, ni mi amigo; ahora, que os conozco, sois mi hermano; ya no es honra lo que me inspirais, si no afecto, cariño. Hé aquí mis brazos.

Ambos se estrecharon con efusion; estos dos hombres, aunque con diferente educacion y posiciones, habian nacido para comprenderse.

Sentados luégo hablaron una hora.

Al terminar acompañó Cabrera á Hernando á la cámara de escribir, dejándola á su disposicion, con la alcoba y salones contiguos.

Alvarez de Toledo cambia de traje, y despues que se hubo aseado por completo, regresa á la cámara de escribir, donde aguarda media hora.

Alumbra la estancia en que se halla una luz opaca y siniestra; hay estantes con algunos libros, retratos de reyes, cuatro guerreros de madera cubiertos con armadura completa, dos estandartes y algunas armas cruzadas.

Alvarez de Toledo se ha sentado en un gran sillón que

está detrás de la mesa, y permanece entregado á profunda meditacion, hasta que oye muchas pisadas que se acercan á la cámara, en cuyo instante pierde su actitud é introduce en la boca un hueso de albaricoque que llevaba á prevencion; con él pretende y logra desfigurar por completo su voz. Segundos despues aparecen varios soldados, llevando en medio á Sion Abiabar, donado que nos es harto conocido.

Va como preso y le empujan hasta dejarlo en medio de la cámara de escribir, diciéndole un sargento ó jefe de diez:

—Adelante, bellaco; ese caballero es tu juez.

Cierran la puerta y lo dejan sólo con Hernando.

Sion ha quedado en medio de la estancia, con las manos ocultas en las mangas de su hábito, inclinada la frente y la mirada baja.

Todo lo cree él ménos que se halla delante de su hermano de leche, del hombre que más quiere en el mundo.

Su actitud es en este instante hipócrita; se presenta como víctima de un atropello injusto.

Hernando se propone simplemente probar su entereza á trueque de darle un susto grande. Toma actitud severa, imponente, la del juez más intolerante, y con voz ronca y desfigurada le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Sion Abiabar.

—¿Luégo eres hijo de un judío hechicero que reside en Alcalá?

El donado se estremece, pero nada contesta; su aparente humildad y mansedumbre no le han permitido aún alzar los ojos del suelo.

Alvarez de Toledo prosigue:

—Me consta que engañas torpe y villanamente al bondadoso abad de San Benito. Por ti está ese pobre fraile seduciendo al pueblo hasta llevarlo á la rebelion contra su rey. Este delito merece la muerte. ¿Nada contestas?

—¡Dios misericordioso se apiade y perdone á los que os engañaron con fábulas que ni aun la muchedumbre cree!

—Lo he visto yo, lo he oído.

—¡Ah, señor, si así es, os cegó el enemigo, ofuscando á la vez vuestro entendimiento!

—No es verdad, y si eres franco, explícito y no mientes, podrá mejorar algo tu situacion; de lo contrario estás perdido.

—Sólo puedo deciros que soy un pobre sirviente del reverendísimo abad fray Cirilo de San Benito, que está en olor de santo, que á cada instante se siente inspirado por la divinidad, y que es, por último, el hijo adoptivo del eminente y poderoso señor Arzobispo de Toledo.

—¿Has olvidado por ventura que te hallas en el palacio real; que D. Alonso Carrillo de Acuña conspira contra S. A. D. Enrique IV; que pronto se declarará aquel en rebelion, si ya no lo ha hecho, y que los leales servidores del monarca debemos ahorcar á los instrumentos que, como vosotros, servís una causa infame enmascarándoos con lo más santo y respetable que hay, como lo es nuestra santa religion?

El donado volvió á estremecerse; pero dominándose cuanto pudo y sin perder su actitud humilde ni alzar la vista del suelo, le contesta:

—Mi señor el abad sirve únicamente á Dios, y yo á su reverendísima.

—¿Quién hace los milagros que la fama pregona ya?

—El padre abad.

—¿Quién le ayuda?

—Dios y los santos.

—Veamos si es cierto: ¿Fuistes tú ó San Benito el que le dijo que si Hernando Alvarez de Toledo no se unia á la bella Melania les amenazaba al padre adoptivo y á la hija una gran desgracia? ¿Fuiste tú ó el santo el que le entregó una carta amorosa, cogiendo luégo la contestacion de una pila que contuvo agua bendita y se secó por otro milagro? Contesta ó perezes.

—Es la primera vez que oigo hablar de semejantes milagros.

—Pues he notado que perdias el equilibrio y estuviste á

punto de caer. Sion, no quiere el cielo que se mienta impunemente con el descaro que tú lo haces

—¡Todo sea por los siete dolores de la Virgen Santísima. No puedo contradeciros, señor. Debo además poner el lado derecho si me pegan en el izquierdo; no me es dado defenderme; humilde siervo de Dios sin votos, pero afiliado á la órden de San Benito por santa conviccion, tengo que ser obediente, humilde, resignado, y probando estoy que no infrinjo la regla!

—No te falta imaginacion, y es un buen modo ese de eludir los cargos; pero no basta para que tu garganta continúe por mucho tiempo sin oler á cáñamo. Puesto que niegas lo pasado, veamos qué contestas sobre lo que acabas de hacer, lo que yo he visto al venir á Segovia. ¿Tienes conocimiento de una era en la cual se prendieron fuego á los haces de trigo, y el vulgo cree que fueron las llamas del infierno?

—Eso escuché; pero yo perdí la razon miéntras el milagro tuvo lugar, y sólo contemplé al volver en mí los extragos del fuego.

—Oye lo que yo sé, y si estoy equivocado dime la causa. Tu padre, hechicero de profesion, tiene una masa compuesta de ingredientes, en los cuales entra por mucho la fosforina, que prende y forma llamas con el roce más leve. Es una sustancia que él extrae de algunos animales, y que tú, su digno hijo, conoces perfectamente. Sentado esto, oye la siguiente anécdota: va el padre abad por un camino; le abrasan los rayos del sol que caen verticalmente sobre su cabeza; apénas percibe los objetos que le rodean, y montado sobre su mula, piensa únicamente en llegar al próximo pueblo, cuya torre distinguió hace tiempo. Pero su donado, más fuerte y ménos sensible al rigor del estío, no pasa desapercibida ninguna buena ocasion, y en aquel momento distingue á ochenta ó cien segadores que duermen tranquilamente debajo de los árboles que rodean una era. El cansancio y la fatiga les impide á todos despertar; comprendiendo el buen donado el gran partido que puede sacar de aquel profundo sueño, se tira del

pollino, sin que lo vea el abad que va delante, extiende en la era la preparacion que lleva consigo de fosforina, y volviendo á montar alcanza á fray Cirilo y le obliga á retroceder, diciéndole: Oid cómo brama la tierra; parece que quieren brotar llamas de fuego infernales de esa era. Evocad, es otro milagro; Dios os inspira, señor, y en prueba de ello empieza á perturbarse mi razon y desfallezco. Y el donado cae del borrico, da vueltas, con el roce de su pié prende la fosforina, viniendo á quedar á la distancia en que el incendio no puede molestarlo. Allí permanece como aletargado. La preparacion está hecha en toda regla, corre el fuego como chispa eléctrica, aparecen rojizas llamas que despiden un olor fétido, arden los haces y viendo su reverendísima el milagro patente, esfuerza sus pulmones, grita hasta despertar á los segadores que deben presenciar aquella maravilla y se consuma el milagro, adornado con frases que estremecen y minan á la vez el reinado de S. A. D. Enrique IV. Corrígeme, Sion, los errores en que haya incurrido.

Ahora tuvo que cogerse el donado al respaldo de un sillón para no caer; tal fué el efecto que le produjeron las acentuadas y terribles frases de su supuesto juez. No tardó sin embargo en reponerse; fué Sion muy desgraciado en su infancia, el infortunio le proporcionó gran dominio sobre sí, contaba con una brillantísima imaginacion, y comprendiendo que no era aquel el mejor instante para aturdirse y declarar con palabras, movimiento ó actitud que era verdad la grave acusacion que se le hacía, golpeó dos veces el respaldo del sillón para disimular el motivo de haberse cogido á él, y á la vez exclama:

— ¡Todo desaparece en el mundo, esta madera polvo será cómo mis hábitos, como mis carnes! ¡Todo se modifica, todo se adultera, no siempre resplandece la verdad; pero al siervo de Dios le está prohibido desmentir y acusar; aceptará en cambio con santa resignacion cuanto de él se diga, y si á la horca le llevasen no opondria resistencia alguna ni osaria murmurar!

—Sigue cogido al sillón, le dice su implacable juez, porque de lo contrario volverán á vacilar tus piernas y es posible que dé en tierra tu *venerable* cuerpo.

—Tales cosas se escuchan, que no hay cerebro difícil de perturbarse al oirlas.

—Admirable está el donado en sus contestaciones; se escapa por la tangente como la zorra por el acueducto; pero no es eso lo que yo le pido: quiero y le mando que conteste categóricamente si he dicho la verdad ó le he calumniado. Como juez, todo lo oigo y no hallo desacato en que el acusado demuestre la mentira de que puede ser víctima.

—Dios me libre de contradeciros; me lo prohíbe la regla.

—Pero si tú no tienes votos ni eres fraile.

—Me he impuesto por convicción todo lo duro y difícil de las obligaciones y prácticas de mi comunidad.

—¿Por qué entónces no has profesado?

—¡Ay! señor, siempre me juzgué indigno de tan alta merced.

—¿Cuántos bribones hay que se parecen á ti, Sion Abiabar!

—Yo he visto profanar hasta lo más santo.

—Algo más que eso hizo y contempló el donado. Pero volvamos á contraernos al asunto: doy por hecho, puesto que no osas desmentirlo, que he relatado la verdad anteriormente, y abro nuevo capítulo de cargos. ¿Es cierto que más adelante, en otro pueblo próximo á Segovia, un niño de tres años ha predicho el destronamiento de Enrique IV y la elevación del infante D. Alonso?

—Así dicen.

—Pues añaden que tú estabas muy cerca de él durante la prediccion.

—Acaso, pero no lo recuerdo.

—Yo he hablado con él, y sé que un jóven muy parecido á ti, sin hábitos, le hizo aprender de memoria cuanto dice. El cándido infante de tres años creyó ó le hicieron creer que era un sueño todo aquello, y hasta que los ángeles le dieron dulces y bizcochos, cuyas migajas se hallaron en su lecho, y

hay quienes las conservan como santa reliquia. La tal revelacion merecia estudiarse, y yo lo hice deteniéndome algunas horas en el pueblo en que tuvo lugar. Deduje de mi estudio, que tú entraste una noche por el corral de la casa á la alcoba donde el niño dormia, y presentándote á él con un traje bien extraño, le hiciste creer que eras uno de los que componian el coro de ángeles que acababa de llegar. Lo agradable despues para el paladar de aquel inocente de los dulces y bizcochos, te facilitaron el camino, logrando fijar en su memoria una docena de frases que repitió tanto cuanto era necesario para que no se le olvidasen. Lo demás y las consecuencias y partido que el crédulo abad sacó de tan gran prediccion, es cosa secundaria, natural y no merece por lo tanto que me ocupe de ellas. ¿Te he vuelto á calumniar? Cógete al sillón, eso es; no conviene que vuelvas á fingir otro letargo como el de la era para salir del apuro, porque de este habrian de sacarte dos robustos brazos armados de varas de arriero, y tú mereces otra cosa peor. ¿No contestas nada? Me desobedece?

—No, señor; acepto todos los cargos sin desmentir ninguno. ¡Dios me libre contradeciros!

—Muy bien; quedamos en que es verdad. Y voy con el último cargo. Los leones pequeños de la casa de fieras han devorado al grande, comiéndose parte de él; el hecho es innegable; expliquemos ahora lo ocurrido. Tú, que usas más de un traje y que llevas esos hábitos cuando te conviene, has ido de paisano á la casa de fieras. Con el oro de San Pascual y de otros santos, cegaste al encargado de alimentar las fieras, de lo cual resultó que por dos dias seguidos echaste toda la carne al leon grande sin que probaran un átomo los pequeños. A la vez, y durante el sueño calenturiento del leon grande, sujetaste á su melena trozos pequeños de la misma carne que le llevabas; al despertar le diste nueva racion hasta hartarlo, y cuando dió fin de toda y apenas podia moverse por impedirselo su laboriosa digestion, abriste la jaula de los hambrientos leones pequeños, los cuales se precipitaron atraidos por el

instinto, sobre los trocitos de carne que el grande tenía en la melena; aquel se defiende de los mordiscos y golpes de garra que le dan, el hambre enfurece á los pequeños, la digestion sigue debilitando al grande, que es al fin dominado por tantos colmillos y garras, cae herido y sus antropófagos enemigos sacian la voracidad en sus débiles carnes. De pronto se abre al público la jaula y hay uno que grita: ¡Milagro! ¡Milagro! Los leones chicos se han comido parte del grande, y esto quiere decir que la nobleza se comerá al rey; con otras cosas que omito por no ser tan importantes. ¿Qué contestas?

—Todo sea por Dios. La Providencia os ilumine é inspire, señor juez.

—¿He mentido?

—Yo no puedo decirlo, señor.

—¿Y si te mando dar tormento?

—Tampoco.

—Pues vas á recibirle.

—La justicia divina lo evitará; y si tal gracia no mereciese, cúmplase su soberana voluntad.

—Resulta que un donado, bribon como pocos hombres, engaña al pueblo, fanatiza á las masas y promueve una rebellion que costará rios de sangre humana. Se comprende que el abad, dócil é inconsciente instrumento de Carrillo y tuyo, con inteligencia nula y credulidad infinita, obre del modo que lo hace y sea hasta plausible su intencion. Pero tú, bribon, que sin parar mientes en la sangre que va á correr, en lo horrible de la farsa que realizas, cometes tantos crímenes, por solo el nefando egoismo de quedarte con las limosnas y dádivas que hacen á los santos, tú mereces cien tormentos y luego la muerte, descuartizado como el peor hereje. ¡Y en qué empleas ese dinero, santo cielo! No es el lujo, ni la alimentacion, ni el cuidado de tu pobre padre lo que te obliga á robar de esa manera; es, miserable mojigato, estafador, el afan de servir y complacer á un loco que soñó con la posibilidad de escalar el cielo; porque tan difícil ó más que eso es que tu hermano de leche, el mísero Alvarez de Toledo, se case con

la ricahembra de Alcalá. Bien sé que guardarás el oro que ahora vas escamoteando á esos pobres fanáticos para ganar luégo á los criados y mesnaderos de Melania; pero la Providencia, que es justa, te impide ya hacerlo, porque has de saber que ese Carrillo á quien tú sirves con tus milagros, ese hombre funesto para cuantos se acercan á él, tendió horrible celada á tu hermano Hernando, y lo sepultó en un calabozo de Madrid con mordaza y esposas.

Calló Alvarez de Toledo, fijando su mirada en Sion, el cual al escuchar sus últimas frases perdió por completo su actitud humilde y respetuosa. Convulso ahora, encrespados sus cabellos y con ira mal comprimida se acercó á la mesa, y enseñando el puño cerrado, exclamó con voz varonil:

—¡Si eso fuera cierto!..

—¿Qué? Habla.

—Si eso fuera cierto no tendria vuestro rey un partidario más decidido que yo, ni D. Alonso de Acuña un enemigo más temible.

—Pues yo te juro que lo tuvo cerca de tres meses en sombra é insufrible prision, alimentándolo muchos dias con un mendrugo negro y durísimo y un vaso de agua. Y luégo quiso que renunciara á Melania ó que se dispusiera á morir.

—¡Señor, que estais destrozando mi alma; por caridad no me engañeis!

—Villano, ¿puede un noble faltar á su juramento?

—Perdonad. ¿Y lo mató?

—Me ha dicho á mí el Arzobispo que por no sufrir la muerte á que él le condenaba se suicidó.

—¡Maldicion! Si es cierto que defendeis á vuestro monarca sereis enemigo de Carrillo.

—Claro está.

—¿Le odiais mucho?

—Sí.

—¿Quereis que muera?

—¿Y quién es capaz de matarlo?

—Yo.

—¿De qué modo?

—Clavando en su pecho hasta el pomo este agudo puñal. Vedlo.

—Hermosa hoja. Pero al farsante de la era le temblará la mano y errará el golpe.

—No lo creais, con más seguridad no se habrá dado golpe en el mundo.

—¡Si eso fuera cierto!

—Os lo juraré mil veces.

—¡Quién puede fiar de tu promesa! Pero si tú quieres, yo te llevaré hasta la misma habitacion de Carrillo, con una condicion.

—Ponedla.

—Que has de firmar un escrito, declarando que es cierto cuanto yo he dicho ántes sobre la manera que tienes de preparar los milagros y revelaciones al abad.

—Eso, nunca.

—¿Por qué?

—Porque comprometo la existencia de mi anciano padre. ¡Oh! doy mi vida por la del Arzobispo; llevadme, juro no separarme de vuestro lado; y si no le mato, sentenciadme á muerte y si atravieso su corazon mandadme tambien ahorcar.

—Me agrada la proposicion; pero dime ántes: si ya no tiene remedio lo acontecido á Hernando, ¿qué ganas tú con perecer?

—Quiero vengarlo.

—¿Pero es tu hermano de leche, tio, hermano natural, ó qué parentesco es ese que te exige tan gran sacrificio.

—Es sólo mi hermano de leche, pero le quiero más que á mi padre y deseo que mi espíritu se una pronto al suyo, que es el más grande, sublime y elevado que descendió á la tierra.

—Admiro tu heroismo, y á pesar de tus muchas faltas, empiezas á inspirarme compasion. Reflexiona lo que vas á hacer, porque el tiempo y la distancia pueden hacerte variar de opinion cuando ya no tenga remedio.

—No me conoceis, caballero; yo no puedo vivir sabiendo

que ha muerto Hernando; como hoy pensaré mañana, dentro de un mes y toda la vida; aceptad por favor mi proposicion, y llevadme cuanto ántes adonde esté el Arzobispo.

—¿Y si hubieran engañado á D. Alonso con el suicidio de vuestro hermano y viviera este con nombre supuesto?

—Vuestras frases, señor, perturban mi cerebro y juegan con mi alma de un modo incomprensible. ¿Quién sois, que tanto podeis sobre mí? Hablad por Dios. ¿Vive mi hermano? Ved que estoy loco.

—Imposible parece que el hijo del nigromántico, el far-sante de la era tenga en su cara la nobleza de alma que ahora demuestra.

—¿Pero vive mi hermano, señor? Decídmelo; os lo suplico de rodillas y con dos ardientes lágrimas en mis ojos.

Alvarez de Toledo arrojó el hueso de albaricoque que tenía en la boca, y con voz natural le contestó:

—Vive, y tú, que tanto supones quererle, no le has conocido, pobre donado.

—¡Esa voz!.. ¡Esa mirada!.. ¡Hernando!..

Y el donado cayó sobre un sillón, víctima de un síncope que perturbó su cerebro dos minutos.

Al recobrar la razon se encontraba en los brazos de su hermano, que le decia:

—Silencio y no pronuncies mi nombre; Alvarez de Toledo murió para todo el mundo; yo soy Garci-Gomez, aliado del Arzobispo de Toledo, su favorito, y el único hombre que en Castilla lo domina.

—¡Tú!.. ¡Ah comprendo; entónces es cierto lo de la prision, lo del suicidio!

—Sí.

—Mis farsas podrán fanatizar á la plebe, pero la tuya... ¡Pobre Arzobispo de Toledo!

—Vivirá, Sion, pero hizo derramar á mi padre un raudal de lágrimas, y yo pido á Dios que le conserve la existencia muchos años, para que el tormento á que lo tengo condenado se prolongue cuanto sea posible.

—Es muy justo, Hernando; mas yo que te amo, que formas mi única ilusión, ¿qué motivo te di para que me hayas hecho sufrir tanto?

—¿No te ha concluido de recompensar este quinto abrazo?

—Tienes razon: con tal de oír tu voz, de estrecharte, todo lo doy por bien empleado.

—Quise, hermano, probar tu talento, la entereza de tu corazón, y refiriéndote secretos que sólo tú y yo sabíamos, ver si era posible que me conocieras.

—Ante tu gran talento, Hernando, todo el mundo sucumbe. Con qué habilidad me descomponias... Pero olvidemos eso; cuéntame qué ha sido de ti en los cinco meses que hemos dejado de vernos.

Los dos hermanos se sentaron, accediendo gustoso Alvarez de Toledo á los deseos de Sion, si bien le refirió sólo aquello que debía.

De este modo permanecieron hora y media.

CAPÍTULO XXIV.

Precauciones de Siou.—Nuevo sistema de milagros.—Preparativos para la marcha.

Al terminar el supuesto Garci-Gomez el relato que le pidió su hermano de leche, oyeron murmullos y gritos que desde la calle llegaban á la cámara de escribir donde ambos estaban.

A la vez se escucharon en el alcázar voces de mando y ruido de armas que chocaban en el suelo.

—¿Qué es eso?—preguntó Hernando poniéndose en pié.— Parece una sublevacion popular.

—¡Ah, sí!—le contestó el donado riendo.—Es la plebe de Segovia, que con fray Cirilo á la cabeza viene en busca mia, señor juez.

—No te comprendo.

—Al arrancarme los soldados á viva fuerza de junto al padre abad donde me hallaba, temí que los partidarios del rey intentasen algo contra nosotros, di un recado al oido de su reverendísima, y mi prevision empieza á producir sus consecuencias naturales. ¡Ah! señor Hernando, el poder moral de nuestros milagros y la influencia que aquel nos presta, supera con mucho á lo que tú y mi padre suponeis.

—Ya lo veo, y temo que me comprometas, Sion.

—¿Yo á ti? ¡Qué locura! Ahora verás cómo te aplauden las masas sublevadas contra ti.

—Oculta mi nombre, bribon.

—Por supuesto.

Sion recogió sus hábitos, corriendo por el alcázar hasta salir á la calle.

Continuaba el vocerío, ruido de armas y estrépito.

Hernando paseaba tranquilo por su estancia, cuando vió abrirse la puerta, y aparecer á D. Ramon Cabrera con la espada desnuda, que le dijo rápidamente:

—Estad tranquilo, caballero, que os defendemos cuantos me obedecen y yo.

No tuvo tiempo Alvarez de Toledo para contestarle nada; el alcaide habia desaparecido como chispazo eléctrico.

Garci-Gomez prosigue por lo tanto paseando y sonriendo.

A los cinco minutos habia cesado por completo la sublevacion popular, y algo más tarde regresaba el donado, diciendo á su hermano:

—Todo acabó, la muchedumbre ha vitoreado á Garcí-Gomez, y ya en este momento se retira cada cual á su casa tranquilo y satisfecho.

—¿Y el padre abad?

—A ese lo llevan en triunfo á la celda de un convento de Segovia, donde habitamos.

—Cuéntame lo acontecido.

—Los soldados del alcázar quisieron detenerme; pero diciéndoles que iba á espantar á la multitud, me permitieron llegar á la plaza, desde donde hablé al pueblo. ¡Qué cuadro tan interesante! Seis mil voces pedian en actitud amenazadora al donado del santo. Mas yo les digo que estoy libre, y que me hallo conversando con el caballero más cumplido que tiene Castilla, con el incomparable Garcí-Gomez, á quien el dedo de Dios señala para librar al reino de los males que le afligen. El abad mueve la cabeza confirmando mis frases, y entónces la multitud te vitorea y aplaude. Les digo que se retiren si

quieren ver pronto otra maravilla del cielo, y cogiendo en triunfo al abad que los capitanea, empiezan á desaparecer gritando: ¡Viva el Santo, viva Sion, viva Garci-Gomez, libertador del pueblo! Y me vuelvo al alcázar sin oposicion de nadie.

—¿Con que soy el señalado por el dedo de Dios?..

—Así lo creen ya.

—¡Siempre ese sacrosanto nombre profanado en vuestros labios! ¡Siempre mintiendo con él, y siempre de escudo en vuestras farsas é iniquidades! ¡Cuándo cesarán, poderoso Señor, profanacion tan inicua y herejías tan fatales!

—¡Vaya una pregunta! Cuando los hombres sepan distinguir la verdad; cuando no haya tantos majaderos, bobalicones é incautos.

—Es verdad.

—Oye, Hernando, una revelacion verdadera que acabo de tener. El reinado de los pillos acabará al concluir el período de los tontos.

—Tambien es cierto. Pero hombre, no teneis conciencia.

—Te equivocas, lo que sucede es, que al volúmen de la conciencia supera el del hambre, el de otras muchas necesidades, y el de una gandulería tan inmensa que no tiene rival en tamaño.

—¿Y cuántos siglos pasarán ántes que esa multitud piense, discurra y desarrolle su inteligencia?

—Nos queda todavía tela larga, hermano, si Dios no hace un verdadero milagro.

—Hablemos de otra cosa, Sion, porque esas ideas destrozan mi alma.

—De lo que tú quieras.

—Me duele que tú, á quien yo tanto estimo, se ocupe de esas farsas.

—A mí no; entre ser tonto ó pillo, prefiero lo último; lo de burro de reata debe ser tristísimo, hermano.

—Voy á proporcionarte que hagas el bien con tus farsas, ínterin me es imposible arrancarte del convento y llevarte á mi casa ó palacio en union de tu padre.

—¿Te conviene á ti?

—Siempre el egoismo delante; ¡qué hombres, santo cielo! Sí, me conviene, y conmigo á todos los hombres honrados del reino.

—Habla, y cuenta conmigo para todo.

—Hasta ahora, y por malévola inspiracion de D. Alonso Carrillo de Acuña, aplicásteis vuestros milagros en contra del rey y en pró de un infante que, si llegara á empuñar el cetro, sería mayor calamidad que aquella que nos ofrece Enrique IV con sus debilidades y vicios. En adelante es indispensable que todas vuestras farsas redunden en beneficio de una jóven que tiene gran talento, virtudes y amor á su patria.

—¿Melania?

—No, hombre; me juzgas por ti, y haces mal. El reinado de esa bellísima dama y mio aspira á sólo el trono del amor. La jóven á quien me refiero es la infanta Isabel, que tiene ya quince años y admira su gran capacidad, modestia y sabiduría.

—¿Tiene partidarios?

—Muchos, en todas partes, y ha de llegar día en que lo sean cuantos hombres de bien hay en Castilla y Leon.

—Lo ignoraba.

—A ti no puedo ocultártelo; soy en apariencia un afiliado á la causa que defiende D. Alonso, y en realidad el primer caudillo de la infanta Isabel.

—¡El primer caudillo de la reina futura! ¡Oh! desde mañana voy á hacer cada milagro que valga por quince y á mandarles á tu señora mil partidarios por día.

—Con talento y sagacidad.

—Se entiende.

—De manera que el público adivine... y deduzca...

—Sí, que quiera y ame á Isabel, y sólo lo diga en secreto.

—Qué bribon más consumado.

—Gracias.

—¿Y el padre abad?

—El santo recibirá esta noche una revelacion portentosa, en que le manden San Benito y toda la corte celestial que

sea el primer partidario inconsciente de la infanta Isabel.

—Graba bien en su memoria la idea y el secreto. Ten en cuenta que es muy...

—¡Si lo conoceré yo!

—Es verdad.

—Ha de ser tu mejor instrumento.

—¿Y si el Arzobispo averiguase algo y llama á su protegido?..

—No temas, fray Cirilo antepone las órdenes de San Benito á D. Alonso y á cuanto existe en la tierra.

—No me explico que sea tan negado, tan tonto.

—¿Soy yo acaso un hombre vulgar? La red en que lo tengo prendido es de oro, Hernando.

—Lo comprendo: él con pocos alcances, tan terco, y tú tan pillo...

—Te aproximas á la verdad.

—Sion, toma el asunto con interés, constancia y energia. Juego mi vida, y cuando ménos el porvenir. Con el triunfo de mi causa se regenerará el reino tan abatido, saqueado y pobre, que es lo principal; y seré yo grande, poderoso y marido de Melania, que es lo ménos importante, porque para un verdadero noble, nada debe pesar en la balanza su buena ó mala posicion cuando la patria que le llama hijo se halla desgarrada y en un estado de postracion que contrista y aflige.

—Hernando, me basta que tú lo quieras. ¿Tuve yo alguna vez voluntad despues de oír la tuya? ¿Te ama algun sér en este mundo más que yo?

—Es que además de todo eso, Sion, quiero que ahora obres por amor al pueblo que te vió nacer, por caridad, por instinto noble y generoso, en remuneracion de tanta farsa, de tanta mentira como has usado. Invoca el nombre de Dios por primera vez de tu vida para hacer el bien de la humanidad; de ese modo irás preparando el camino que te lleve á mi lado, que guarde tu nombre entre los pliegues de mi corazon.

—¡Te lo juro, hermano, por la memoria de mi madre, por el sabio Abiabar mi padre y tu maestro!

—Gracias, Sion; acabo de arrancar otro triunfo á ese malvado Acuña: desde mañana su hijo Cirilo, protegido ó lo que sea, me ayudará á combatir contra su causa, á destruir sus maldades, los efectos de su ambicion, y de esta manera seguirá pagando sus iniquidades, entre las cuales está la que me condenó á vivir en negro calabozo.

—Y lo que hizo con tu padre.

—Y lo que martirizó á Melania.

—Me vas á permitir, mi querido Hernando, que parta contigo mis ahorros; llevo conmigo un cinto, y en él dos mil ducados en oro...

—¿Dos mil ducados de limosnas?.. ¡Qué fanatismo, qué obcecacion! Y te han dado eso, hermano, los mismos que ven morir de hambre á las puertas de sus casas al infeliz anciano, á la pobre viuda, al huérfano inocente y abandonado. ¡Maldicion! Ya irrita un cúmulo tan inmenso de barbaridades.

—Y si vienen así al mundo, ¿qué hemos de hacer nosotros? No es, por otra parte, falta de inteligencia todo, Hernando; es más bien egoismo: creen que dando limosnas á los santos y á los milagreros salvan sus almas y al morir van derechos al cielo.

—Sí, por cuatro ducados, veinte ó ciento, ofrecidos en tonto, les van á perdonar treinta ó cuarenta años de faltas, delitos y hasta de crímenes.

—En el pecado llevan la penitencia; déjalos. Toma ahora este dinero y...

—No lo quiero, teniendo en cuenta su origen, ni lo necesita el que ya dispone hoy de más oro que D. Alonso Carrillo. Vas á unir á esos dos mil ducados otros dos mil que te entregarán en el alcázar al partir, y los cuatro los vas á repartir en limosnas entre los más necesitados, segun vayas recorriendo Castilla y Leon. Los das á nombre de la infanta Isabel, para que empiece á amarla todo el mundo.

—Si me lo mandas, lo haré.

—¿Se meten con vosotros los bandoleros?

—Al contrario, huyen como demonios; suponen que de

un milagro éramos capaces de confundirlos en el infierno.

—Qué necesidad.

—Dame algunas armas contra el infante D. Alonso; de Enrique IV sé más que lo suficiente.

—Es un niño de once años, flaco, descolorido, indiferente, débil, antojadizo y de muy difícil comprension. Otra calamidad, como te he dicho, mayor que la de su hermano. En cambio, la infanta es un tipo enteramente contrario; no parece hija de los mismos padres.

—Basta, no te molestes más. ¿Cuánto tiempo vas á permanecer en Segovia?

—El dia de mañana á lo sumo.

—Antes deseaba estar mucho tiempo á tu lado, pero ahora me complace en extremo la separacion. Tú trabajando por un lado y yo por otro, pronto triunfará nuestra causa y mi padre y yo iremos á vivir contigo para no volvernos á separar.

—No perdamos tiempo. Toma los dos mil ducados y parte.

—¿Cuándo te podré ver mañana?

—A la hora que quieras.

—Tu mano, Hernando.

—No, mi querido Sion, recibe el sexto abrazo.

—Adios, ilusion de mi alma.

—Adios, sublime donado.

—Hernando, llámame hermano.

—Adios mi único hermano.

Salió Sion, exclamando Hernando Alvarez de Toledo al verlo partir:

—¡Ah, poderoso Acuña, vas á subir á las estrellas; pero tu caida espantará al mundo!

Y se sentó con calma, moviendo una campanilla.

—Decid á D. Ramon Cabrera que le aguardo.

Esto exclama dirigiéndose á un ugier, y queda esperando la llegada del alcaide.

Cinco minutos despues entra aquel grave, severo, mas no intenta sentarse. De pié ante Hernando, le pregunta:

—¿En qué puedo servir á mi huésped, al primer cau-

dillo de la infanta Isabel, al predilecto amigo de mi esposa?

—¿No quereis ocupar ese sillón?

—Si me lo mandais, lo aceptaré gustoso.

—Grato me es, noble Cabrera, hallar un brillante como vos entre el hediondo cieno de una sociedad corrompida é ignorante: vuestra hospitalidad encanta, vuestra hidalguía seduce y obliga. Sentaos y hablemos, que el departir con vos es gran honra para el huésped, el caudillo y el amigo de Doña Beatriz.

—Gracias, Señor.

—Mucho siento tener que abandonaros pronto, D. Ramon; hubiera deseado permanecer más tiempo junto á vos, por ver si el tiempo, vuestra bondad y los merecimientos míos lograbán hacerme digno de la amistad con que vos favoreceis á algunos hombres.

—El amigo de mi esposa lo es mio, y el primer caudillo de Doña Isabel es digno de la amistad de un monarca.

—¿Luego aceptais la mia?

—La deseo tanto como la vida.

—Pues ahí va por la vuestra, y vive Dios que no han de cambiarse nunca más leales y profundas.

—No seré yo el que os retire la mia.

—Yo, que debo la vida á vuestra esposa, os estoy obligado y os admiro, primero arrancaria el corazón de mi pecho que mi amistad de vos.

—Nos hemos comprendido, Sr. Garci-Gomez.

—En cuyo caso nos ocuparemos de asuntos, si lo teneis á bien.

—Quiero lo que vos; interin permanezcáis en mi casa quedo sin voluntad propia y acepto la ajena, porque esta es más elevada y digna que la mia. Voy á daros cuenta del cumplimiento de una sola orden que hasta ahora recibí de vos. Me mandásteis prender al donado Sion, realizándolo en el acto la persona de mi mayor confianza, seguida de algunos soldados. Horas despues vino á las puertas del alcázar de Segovia una gran parte del pueblo en actitud amenazante. Nunca recibo

yo al amigo ni al enemigo con la puerta cerrada; abierta quedó la de este edificio; el zaguan despejado y la escalera limpia. Todo les convidaba á entrar, subir y arrancaros el fraile que teniais aquí. Yo esperaba ese acto al terminar la escalera, y juro á Dios que de allí no hubiera pasado un sólo segoviano por detrás ni delante de mí; en caso de haber cruzado alguno, tendria que hacerlo por encima de mi cadáver. Pero salió el donado con permiso vuestro, arengó al pueblo, os vitorearon las masas y se fueron retirando. Entónces yo y cuantos me obedecian depusimos tambien las armas y nada se hizo contra los alborotadores, porque estando vos en el alcázar no mando yo, y vos nada habeis dispuesto.

—No me extraña vuestra noble conducta, D. Ramon; bien obrásteis, y sólo tengo frases para elogiáros. Lo del donado debia ocurrir tal y como visteis, ni más ni ménos. Ese hombre hacia milagros en union de su jefe en favor del infante Don Alonso; en adelante recaerán en pró de la causa que yo defiendo, á eso vine á Segovia, y era cuanto deseábamos vuestra esposa y yo.

—¿No os engañará?

—Imposible; conozco á Sion há muchos años, y aunque de otra condicion y de diferente índole, me ofrece la misma confianza que vos, es decir, absoluta.

—Deduzco de vuestras primeras frases que el fraile benedictino y su criado mienten, engañan á la plebe, y quien tal hace merecia un cadalso.

—Es verdad; hasta ahora fueron instrumentos serviles de D. Alonso Carrillo.

—¡Profanan nuestra santa religion!

—Cierto.

—No hay mayor delito que el de llevar á los impuros labios del hombre el santo nombre de Dios para sumergirlo en el cieno de la falacia y la degradacion.

—Verdad triste que hoy deplora el que realmente puede llamarse noble de Castilla, y con él todo hombre bien nacido. Por eso conspiro yo, D. Ramon, por eso finjo, por eso va

siempre enmascarado el hombre que debiera alzar la frente con noble orgullo. No son únicamente esos pobres milagrosos los que profanan el nombre de Dios; ved los crímenes que está cometiendo nuestra nobleza, el clero y hasta la plebe, y notad con dolor que todos se llaman cristianos, que todos invocan al cielo, que suponen obedecer la doctrina de Jesús, y no hay en ninguno moralidad, sentimiento humano ni otra cosa que egoísmo y maldad. Siento deciroslo, mi querido amigo Cabrera, pero el caos y desmoralización empiezan en Enrique IV para concluir en el peor asesino y ladrón. Mal que principia tan alto, llega siempre hasta el fondo; cuando el funesto ejemplo parte de arriba, son pocos los que dejan de imitarlo, y ese abad y ese donado son de los menos malos que yo he visto entre la corrupción, y ese abad y ese donado felizmente desde mañana emplearán sus criminales artes en bien futuro de la humanidad. Es todo lo más que se puede esperar de ellos.

—No os contradigo, Garci-Gomez; harto siento no poder hacerlo.

—Prescindamos de ellos, amigo mío, protegiéndolos si hallais ocasión, puesto que van encaminados por Doña Beatriz y por mí, y ocupémonos, si á bien lo teneis, del segundo encargo que debo hacerlos.

—Sólo anhelo servirlos.

—Necesito para mañana por la noche dos hábitos completos de monge descalzo, otros dos de peregrinos, dos picas con fuerte moharra en forma de bordones y otras dos más cortas, que figuren el báculo donde se apoyen los dos venerables religiosos. Añadiréis dos mulas tan jóvenes y valientes como los mejores caballos. Eso es todo. ¿Podrán estar para mañana por la noche?

—Sí, señor.

—Disfrazados de ese modo iremos los cuatro que nos honrais en vuestro alcázar al reino de Aragón.

—No me deis explicación alguna, Garci-Gomez, yo os lo ruego.

—No quiero molestaros más, Cabrera; cuando gustéis os acompañaré al comedor, cenaremos, retirándonos á descansar, ya que voy á tener esta noche una cama por la cual ha de suspirar en algunos dias mi pobre materia.

—Id delante, señor, que sois aquí el jefe.

—Antes quisiera hablar con el caballero que me acompaña y dos sirvientes; partid vos, que yo os seguiré inmediatamente.

—Os mandaré á los tres, y en el comedor os aguardo.

Salió Cabrera, reemplazándole poco despues los que habia mandado llamar.

—Partiremos, les dijo, mañana por la noche. Vosotros dos vais á ascender de sirvientes á venerables religiosos; al efecto, mañana os harán en la cabeza cerquillo y corona. Con las calzas de lana, la alpargata y el hábito, cubrireis una espesa cota de malla, llevando en la diestra un báculo que en caso necesario se convertirá en formidable pica. El señor alcaide os entregará además dos buenas mulas, sobre cuyos aparejos ocultareis de la manera más disimulada nuestro ligero equipaje y espadas. Os acompañaremos en forma de peregrinos nosotros dos, llevando tambien cotas y picas muy parecidas á bordones. De esta manera podremos atravesar caminos y poblaciones sin que nadie ose interrumpir el paso á dos venerables religiosos y otros tantos penitentes peregrinos, y si me equivocase y alguna autoridad, cuadrilla ó partida de bandoleros quisiera averiguar quiénes éramos ó qué iba en nuestro equipaje, les probaremos con las cuatro picas que son muy pocos para el logro de su fin, sin tomarnos la molestia de contar el número, porque habeis de saber que llevamos la mision más importante que desempeñó hasta ahora hombre alguno.

Hernando no les dió más explicaciones; seguido del caballero que le acompañaba entró en el comedor, y unidos á Cabrera, cenaron.

CAPÍTULO XXV.

Despedida.—La marcha á Aragon.—Zaragoza.—El rey y la reina.—El príncipe heredero.

A la mañana siguiente volvió al alcázar el donado Sion, permaneciendo encerrado con su hermano de leche más de dos horas. Poco ántes de partir le dijo Hernando:

—Te he dado ya cuantas instrucciones necesitas, estás afiliado á nuestro partido, y sólo te falta la contraseña que te dé á conocer en el caso de que peligrase tu vida ó te hallases en grave conflicto. Si te encontraras en alguno de esos casos, mueves un pañuelo blanco, sacudiéndolo de Norte á Sur, y al que te pregunte á quién sirves, le contestas que á la infanta Isabel. Entónces el otro tiene obligacion de darte cuanto le pidas, y si hubiera peligro de muerte, salvarte ó perecer contigo. Pero á la vez contraes tú la obligacion, si te llaman del mismo modo, de favorecer idénticamente al que mueva el pañuelo blanco y te conteste las frases que acabo de decir. Será muy difícil que haya poblacion en Castilla, por pequeña que sea, en que dejemos de tener asociados, y cuenta que lo son casi todos los jefes de la Santa Hermandad.

—Gran idea fué, Hernando, y ya he grabado en mi memoria esa contraseña que me facilitará amigos en todas partes.

—Ninguno debe abusar: sólo en casos extremos...

—Comprendo.

—Y tú ménos que ningun otro, entregado, como vas, á una farsa milagrera que rechaza todo hombre inteligente y de costumbres puras.

Despues se despidieron los dos hermanos, estrechándose con ternura fraternal. Sion corria hácia el convento con los ojos húmedos y Alvarez de Toledo quedaba muy impresionado.

Al anochecer se encerraron Cabrera y Garci-Gomez, hablaron media hora, cruzando al concluir frases afectuosas y tiernas. Un mútuo abrazo cerró el cuadro, y entrando Garci-Gomez en sus habitaciones quedó al poco tiempo convertido en un peregrino que ostentaba su traje talar cubierto de conchas, largo bordon, el cual, dándole á una rosca de la parte superior, se convertia en tremenda pica. Usaba además sombrero de hule con ala ancha, alpargatas, é interiormente espesa cota de malla, que cubrian sus calzas de lana y larga sotana con esclavina.

Minutos despues salian dos reverendos frailes sobre magníficas mulas murcianas, y en pos dos peregrinos.

Los cuatro llevaban largas y pobladas barbas, representando admirablemente lo que en la forma aparentaban.

Cabrera los acompañó hasta el portal del alcázar.

Eran las nueve de la noche cuando los cuatro dejaban atrás Segovia con ánimo resuelto de llegar á Zaragoza atravesando Castilla hasta el confin de Soria, que se unia al principio del entónces reino de Aragon.

Distaba Zaragoza de Segovia por aquel camino cincuenta leguas próximamente, y Hernando se proponia cruzarlas en seis dias y á ocho diarias, andándolas de noche y descansando y comiendo miéntras hubiese sol.

Empezaron á buen paso y de este modo continuaban, yendo sobre las mulas en la poblaciones y puntos transitados los frailes, y por donde no era probable encontrar á nadie, los peregrinos.

Del alcázar sacaron gran provision de magras, embutidos,

bizcochos y otras viandas, convencidos de que en algunos pueblos habian de carecer de casi todo.

Al empezar cada jornada se proveian de un pienso para cada mula, el cual les daban á las cuatro leguas, único descanso que hacian á la mitad de su jornada nocturna.

Teniendo en cuenta la exactitud que demostraban los frailes y peregrinos en lo relativo á sus trajes, las precauciones de Hernando, el buen itinerario que hizo él con sus grandes conocimientos geográficos y las horas en que caminaban, no parecia probable que les fuera interrumpida su marcha; pero esto no podemos saberlo hasta más adelante, pues unido el lector á nosotros nos vamos á trasladar á Zaragoza con la fuerza y poder eléctricos de nuestra voluntad.

Ya hemos llegado. Es la capital del reino de Aragon, y vamos á entrar en el mejor palacio que ostentan sus calles.

Diremos ántes, sin embargo, que aun cuando Aragon se halla en guerra con algunos pueblos de Cataluña sublevados contra su rey, la siempre inmortal Zaragoza está tranquila, y aunque se habla algo de la lucha civil catalana, sus cien mil habitantes no demuestran gran cuidado por el chispazo de discordia prendido en Barcelona y otros puntos.

Ahora penetremos en el palacio real. Hay en él más soldados que sirvientes, más trofeos guerreros que muebles de lujo, y una severidad desconocida en Castilla durante el reinado del débil é impotente Enrique IV.

Orden, silencio y quietud se notan en todos los salones, galerías y pasillos; nadie murmura de los reyes, y todos aplauden en sus conversaciones el valor y capacidad del principe heredero.

Es de noche; en una modesta cámara, junto á un velador en el que arden dos candelabros de plata, están sentados en régios sillones el rey y la reina de Aragon.

El primero tiene más de setenta años, y aunque fuerte y varonil todavia, aparece triste, melancólico y como agobiado por un malestar que aniquila su materia y molesta su espíritu. Tiene el codo apoyado en el velador, la frente en la palma

de la mano, y está oyendo en estos instantes la lectura de varias comunicaciones que le dirigen de muchos puntos del reino de Castilla, de Aragon y de Francia. Viste una túnica de terciopelo morado, bordada de oro, y tiene descubierta la cabeza, que presenta blanca, y rala su cabellera.

La reina, que está enfrente, tiene una estatura regular, fisonomía agradable, frente despejada y cumplió ya cuarenta y ocho años. Su mirada es fija, penetrante, la voluntad firme, la inteligencia elevada, y es tan enérgica como laboriosa, cuidándose únicamente de ayudar á su esposo en el gobierno del Estado. Viste un traje de seda con estrellas de oro, y lee en estos instantes, porque el rey es ciego, y no se fia de otro secretario que del leal y cariñoso con quien parte lecho y mesa.

Termina la lectura, y despues de meditar algunos instantes, exclama el rey:

—Muy bien: no admitas la proposicion de Navarra, entretien al rey de Francia miéntras dure la guerra de Cataluña, y cuando llegue de Castilla el Conde de Plasencia, que nos mandan el Marqués de Villena y el Arzobispo de Toledo, lo recibimos en secreto. Es conveniente empezar nuestra alianza con esos hombres que han de formar un dia no lejano la regencia de Castilla á nombre de D. Alonso, pues á Enrique IV lo acabarán de precipitar sus vicios y debilidades.

Calló el rey, preguntándole su esposa con viveza:

—¿Nada más me dices?

—Por ahora no se me ocurre otra cosa; ya pensaré...

—¿Y sobre Cataluña, sobre tu hijo Fernando?...

—La impresion que me ha causado su escrito embargaba mi alma por completo, esposa mia, y por eso no podia hablarte más. Ha ganado tambien la batalla de Villademar, derrotó por completo á su enemigo y vuelve triunfante á Zaragoza.

El rey se restrega los ojos, y algo convulso añade:

—¿Quién pudiera verlo; quién pudiera, como tú, contemplar su bello semblante sin bozo todavía, casi parecido al de los ángeles y vencedor ya de dos grandes batallas! ¿No es ver-

dad que enorgullece ser padre de un príncipe tan valiente y entendido?

—Sí, Juan; participo de tu mismo entusiasmo y alegría: Fernando merece el inmenso cariño que le profesan sus padres.

—Manda que Zaragoza le haga un recibimiento digno del venturoso vencedor.

—No es necesario; su pueblo le ama, y en cuanto sepa que va á venir, le construirá arcos, disponiéndose á recibirlo ébrio de contento. Esas ovaciones espontáneas valen más que todos los festejos de real orden que se hicieron hasta aquí.

—Tienes razon; los aragoneses le adoran y no necesitan que nosotros les indiquemos lo que deben hacer. ¿Y cómo no querer á un príncipe tan tierno, ya ves, diez y seis años, un niño, que manda ejércitos y corona de gloria su nombre? ¡Ah, si yo pudiera verlo! Pero lo estrecharé entre mis brazos... Me lastima tanta alegría, tanto placer. Basta por esta noche; quiero dedicarme exclusivamente á pensar en él. Dame tu brazo y vámonos al lecho. Fernando, hijo mio... Estoy loco; la ventura perturba mi razon.

D. Juan se coge á su esposa y ambos entran en la régia alcoba: allí le va ella desnudando con interés y afecto que el rey no halla en ninguno de sus muchos y leales sirvientes; por eso hace de la insigne matrona su predilecto secretario, consejero íntimo, ayuda de cámara, y la ocupa, por último, en todo. Ciego, entrado en años y perdida su confianza por el sople del huracan de la experiencia y los desengaños, sólo gusta que le sirva su mujer. Y ella le obedece, ayuda é inspira con un cariño y esmero tan loables, que neutralizan en parte la eterna oscuridad en que se halla sepultado aquel infeliz.

Tienen un hijo, que es, sin duda alguna, la envidia de los príncipes; reemplaza á su padre en los campos de batalla con heroismo plausible, á pesar de ser un niño, y esta circunstancia tan extraordinaria y grata hace más amarga aún la vida del ciego, porque no puede contemplarle, no le es permitido devorar con su vista aquel rostro vencedor, no puede llegar á su alma enamorada el flúido eléctrico que el príncipe despidе,

porque el conducto, que son sus ojos, lo tiene apagado, muerto.

Por eso ahora el rey de Aragon, en vez de gozar con la idea de que viene su hijo, de que va á estrecharlo, á besar su frente, se revuelve en el lecho, suspira y sufre.

Y se iria á la desesperacion si no tuviera á su lado, en su propia cama, la tierna esposa que vela por él dia y noche, le cuida, le consuela, lo anima, lo fortalece y le hace más llevadera la negra existencia á que el destino le conduce.

Quedan ambos dormidos á la media noche, y á las siete de la mañana están ya de pié.

Como el pobre ciego no halla físicamente nada que le distraiga ó entretenga, ocupa todo el dia en trabajos intelectuales.

De este modo trascurren cuatro dias y llega el quinto, que amanece en Zaragoza brillando el sol sobre las veinte mil colgaduras que ostentan los balcones y ventanas de la opulenta capital.

Desde la puerta que arrulla el Ebro con su eterno murmullo hasta el palacio real se ven treinta arcos triunfáles que el pueblo aragonés ha levantado espontáneamente en loor de su amado príncipe D. Fernando.

Todas las puertas están abiertas, pero nadie trabaja ni se ocupa de otra cosa que de contribuir al gran recibimiento que va á tener lugar aquel dia.

A la una de la tarde ya están preparados doscientos músicos, cien comparsas y quinientas palomas, que engalanadas con cintas verdes van á cruzar el espacio y á recobrar su libertad en cambio sólo de un inocente saludo hecho al príncipe victorioso.

El real palacio está tambien adornado; cuantos moran en él demuestran júbilo y alegría, y luciendo sus mejores trajes esperan el ansiado momento de saludar á D. Fernando.

Avancemos un poco.

El rey está algo trémulo; sonríe sin escuchar chiste alguno, y su esposa, que como de costumbre se halla á su lado, aparece más hermosa que nunca, y consiste en que á las galas que la adornan va unido un sonrosado que embellece su

rostro, lo anima y vivifica. Es el efecto natural de un gozo que sólo la madre conoce en el mundo.

D. Juan nada dice en estos instantes, pero confirma con movimientos de cabeza las órdenes que va dando su mujer.

Aquella, víctima de maternal impaciencia, hace salir correos para que vayan trayendo noticias de cuarto en cuarto de hora del hijo querido que aguarda.

Salen los emisarios y empieza á oirse un murmullo que va aumentando por instantes.

Es la grandeza, la teocracia y cuantos caballeros y damas tienen entrada en palacio, que van poblando los salones del régio alcázar para recibir en ellos al príncipe D. Fernando.

Ninguno puede pasar, parientes ni amigos, á donde están los monarcas. Dieron orden terminante para que cerrasen la puerta principal del salon donde se hallan, y que no volviera á abrirse hasta que fuera á entrar por ella su hijo.

No obstante lo cual, dirige su mirada la reina y el oído el rey hácia otra puerta más pequeña que comunica con las habitaciones interiores del palacio: es por la que deben ir entrando los correos que aquella mandó.

Trascurre una hora de mortal ansiedad; Don Juan se desespera, y su esposa pretende vanamente consolarlo: tiene ella más impaciencia todavía que él.

Son las tres de la tarde y trascurre otra hora de tormento y angustia.

Por fin parece que se oyen pisadas á lo léjos. Los reyes se ponen de pié; ¿para qué? Ni ellos mismos lo saben. Los ha levantado la brisa de la impaciencia.

Pero las pisadas se acercan. La reina alarga la mano, dejándola apoyada en su sillón que tiene próximo.

Al fin la puerta pequeña se abre, y el gentil-hombre que la guarda, dice:

—Un correo.

—¡Es el correo!

—¡Es el correo! Que pase al momento...

Exclaman los reyes, apareciendo en la cámara el anunciador, que iba cubierto de polvo y sudor.

—Hablad. ¿Visteis á mi hijo?

Le pregunta la reina con voz temblorosa.

—El príncipe, altezas, viene hácia Zaragoza, muy despacio, porque le impide la multitud caminar de otro modo.

—¿Le habeis contemplado?

—Sobre un hermoso alazan tostado; pisa un camino de flores que el pueblo aragonés le va arrojando.

—¿Está bueno?

—Su color encarnado, la sonrisa que aparece en sus labios y el brio que demuestra indican que jamás se halló mejor.

—¿A qué distancia le habeis encontrado?

—A una legua de Zaragoza.

—¿Hace mucho?

—Media hora.

—¡Juan, ya lo tenemos á las puertas de Zaragoza!

—¡Si yo pudiera verlo como tú!

—Decid, ¿quiénes le acompañan?

—Muchos señores armados de punta en blanco; no viene con él, señora, calza, sayo ni gorra; todo cuanto le rodea es guerrero.

—Volved á partir. Queremos saber á cada instante de él.

Sale el correo, y al poco tiempo es reemplazado por otro y sucesivamente van llegando hasta diez.

Todos dicen lo mismo; el príncipe llega sobre flores que le va arrojando la multitud. Y no es porque haya vencido á unos cuantos catalanes que, protegidos y auxiliados por el reino de Portugal, pretenden salirse de la corona de Aragon. No es el castigo al extravío pasajero lo que les entusiasma; es tener un príncipe que ganó su primera batalla á los trece años de edad, y ahora que cuenta diez y seis manda ejércitos numerosos como el general más aguerrido y experimentado.

Vitorean al heroísmo que empieza á reflejarse en aquel adolescente de sangre real.

Gran guerrero va á ser efectivamente; no le han de faltar talento y ambicion; pero los aragoneses ignoran que aquella juvenil cabeza ha de quitar la supremacía á Zaragoza, confundiendo el reino con las restantes provincias de un poderoso país. ¿Aplaudirán lo mismo á D. Fernando el dia que llegue ese caso?

Creemos que sí; el pueblo aragonés, catalan y valenciano, el que forma hoy la antigua corona de Aragon, es lo suficiente cuerdo y sensato para perder su autonomía á cambio de un engrandecimiento que nos robaron las huestes agarenas.

La reina y el rey han escuchado la relacion del último correo que se presentó.

Quedan pendientes de un ruido que desean oir, cuando exclaman á la vez:

—¡Ahí está!

Todas las campanas de Zaragoza son echadas á vuelo; los balcones de la carrera se llenan de gente, las músicas entonan himnos, la tierra se cubre de flores y el espacio de vitores que se mezclan y confunden con el estrépito producido en las torres y la melodía de los instrumentos.

Desde el puente que atraviesa el Ebro hasta el palacio real, tarda el príncipe media hora.

¡Qué treinta minutos para sus padres! Cada segundo les ha parecido una hora, durante la cual les hubiese sido imposible contar los latidos de su corazon.

Por fin, despues de una ovacion indescriptible, logra Don Fernando entrar en el zaguan de palacio, donde la tropa contiene al pueblo, y tirándose del caballo sube la ancha escalera saltando como el corzo por el campo. No obstante su pesada armadura cruza los peldaños de dos en dos, llega á los salones, contesta con una reverencia á toda la adulacion cortesana y corre en pos de un gentil-hombre, que le dice:

—Aquí están SS. AA.; seguidme, señor.

Al fin se abre la puerta cerrada á todo el mundo ménos á él, oyéndose á la vez tres exclamaciones.

—¡Padres míos!

—¡Hijo!

—¡Hijo!

Y quedan formando un solo grupo que no hay pluma capaz de describir con exactitud.

D. Juan tira por último del príncipe, cae sobre el sillón, y sentándolo en sus rodillas, queda abrazado á él, exclamando:

—¡Déjame, que yo no puedo verlo como tú!

¡Qué frases tan tiernas se comunican; qué abrazos tan amorosos; qué puras y santas impresiones reciben los tres!

¡Qué mayor dicha en el mundo que la de tener un hijo que ame y honre á sus padres, como Fernando!

¡Qué mayor ventura la de un hijo que la de verse abrazado y cubierto de lágrimas amorosas que inspiraran á sus padres el amor, la ternura y la alegría!

¡Qué mayor desgracia la de los padres que pierden á su hijo; la del hijo que pierde á sus padres!

Y la hay sin embargo; mayor ventura que la expuesta no existe, pero mayor desgracia sí: la mayor desgracia que puede atormentar, ¡qué decimos! cubrir de dolor, martirio y luto el corazón de los seres más fuertes y varoniles, es tener un hijo ingrato; es el contemplar aquel pedazo del alma que paga la existencia que se le dió, los mil sacrificios que se hicieron por él con un desprecio, con una insolencia que hiere y mata; es el encontrar por blanco de un mundo de amor, de desvelos, de sinsabores y de ansiedad, la horrible, la espantosa y sarcástica faz de un hijo que desdeña, olvida, y desde la virtud se arroja al crimen!

Dios libre á nuestros mayores enemigos, á los más criminales del universo, de semejante desgracia; porque no puede padre alguno cometer un delito que merezca tal castigo.

Padre, madre é hijo se dieron en la cámara real, en una hora que permanecieron solos, mil pruebas de afecto y ternura.

Durante ese corto período no hubo allí reyes ni príncipe ni otra cosa que dos padres y un hijo que se asimilaban, se comprendían, se amaban, y como todos los demás padres é

hijos de la tierra en idénticas circunstancias, nobles y plebeyos, ricos y pobres, se abrazaban, confundían, y encerrado el espíritu en el corazón, todo era en ellos impresionabilidad, cariño y sensaciones de sublime gozo, de inestimable placer, de incomparable dicha, de venturosa expansión.

Pero la corte aguardaba una hora y fué preciso cambiar la verdad por la mentira, la ingenuidad por la farsa.

La puerta por donde había entrado el príncipe se volvió á abrir, y por ella atraviesan ahora magnates, caballeros y damas, con sonrisa tan forzada como aduladora y frases tan dulces y halagüeñas como embusteras y despreciables.

Cambia la decoración, varía la escena, y lo más grande del mundo, que fué el cuadro formado por los dos padres y el hijo, se esconde para aparecer otro ridículo, feo, torpe, horrible, antipático, valadí, nauseabundo, detestable y hasta asqueroso.

¡Qué contrastes ofrece la vida! Contemplad ese que la historia nos demuestra, y recordad cuántos por el estilo habéis visto desde que tuvisteis uso de razón.

Corramos por ahora un velo sobre la corte para templar, en parte, el asco que empezaba á molestarnos.

Quedaron nuevamente solos padres é hijo, entrando algo más tarde, y después que el príncipe cambió de traje, en el régio comedor, donde permanecieron dos horas.

Luégo tornaron á encerrarse en solitaria cámara para continuar sus interrumpidos halagos.

CAPÍTULO XXVI.

Padre, madre é hijo.—Indiscreta y misteriosa interrupcion.—El peregrino.—Dos grandes inteligencias.

Antes de pasar adelante vamos á hacer el retrato del príncipe D. Fernando, cuyos datos hemos cogido en las mejores fuentes y en la estampa que dejó en un cuadro hecho en vida y legado á la posteridad.

Su estatura es mediana, bien parecido, el rostro moreno claro, aunque tostado por el sol, anchas las cejas, boca pequeña, labios encarnados y menudos y claros los dientes. Es proporcionado, ancho de espaldas, el cuello muy derecho y anda con majestad. Su voz es aguda, fácil la palabra; tiene ingenio, y siempre aparece suave y clemente con aquellos con quienes negocia algo de importancia. Es modesto en la mesa y en el traje; gran ginete, diestro en la guerra, enérgico, trabajador incansable y sin par en el gobierno.

La ceguera de su padre y la guerra de Cataluña le arrancaron los libros de las manos en la más tierna edad, siéndole imposible por lo tanto desarrollar, como merecía, su privilegiada inteligencia.

Por eso, sin duda, á pesar de su gran talento natural, demuestra en los primeros años de la vida afición al juego de naipes y dados, vicio que adquirió probablemente en los campamentos.

También debe ser esa la causa de presentarse muchas veces con la conciencia algo elástica y hasta el extremo de clarearse, sin que hayan bastado los cuatro siglos que van transcurridos para que hoy podamos apreciar lo ancho de su manga en ocasiones dadas.

Hacemos muy poca novela en este libro, y de ello se habrá convencido el que haya aprendido algo la historia.

Ya que conocemos á este primer príncipe de la cristiandad, continuemos nuestro relato.

Son las once de la noche y D. Fernando prosigue entre sus padres formando la delicia de ambos con la descripción de los ejércitos que ha mandado y batallas que dió. Pendientes los reyes de sus labios, tiemblan cuando les dice que caía en medio del enemigo con sus huestes; se alegran al llegar el triunfo, y miran los hechos de su hijo como suyos propios; no, infinitamente con más entusiasmo y pasión que si hubieran sido ellos solos los vencedores.

Dicen que los padres se reproducen en los hijos, y aun cuando no negamos este aserto, debemos añadir que se espiritualizan en aquel pedazo del corazón hasta tal punto, que reciben por él la mayor parte de sus impresiones y lo aman más que á sí propios.

Estaba el príncipe en lo mejor de su relato cuando de pronto se abre la puerta de la cámara, apareciendo en sus umbrales el jefe superior de palacio.

La reina y el príncipe le miran con disgusto, y el rey mueve la cabeza con sentimiento.

La primera le pregunta:

—¿Qué grave acontecimiento os obliga á interrumpirnos?

—Perdonad, señora, si indiscreto vengo á turbar una dicha que desearia ver multiplicada mientras vivieran vuestras altezas.

—Abreviad.

—Hace media hora se presentaron en el palacio dos religiosos y dos peregrinos que vienen de luengas tierras. Uno de los últimos consiguió hablar conmigo; le abonaban su porte,

una rúbrica que me es conocida, y le escuché. Desea le oiga V. A., y dice que viene á aumentar la ventura que os embarga; no es embustero, y aun cuando á nada me he comprometido con él, me fué imposible prescindir de traeros este pergamino que el incógnito me dió para vos.

—¡Dos religiosos y dos peregrinos! No comprendo.

—El que me entregó este escrito es un castellano noble y poderoso; su traje y el de los tres que forman su pequeña comitiva es un disfraz que les ha permitido atravesar parte de Castilla y Aragon sin ser reconocidos ni molestados; pero llegan, señora, cubiertos de polvo y fatigados de larga y penosa marcha.

—Misterioso es en verdad cuanto me estais refiriendo.

—Si V. A. se digna leer este pergamino...

—Sí, y aguardad á la parte afuera, que ya os haré saber mi resolucion.

Sale el jefe, y solos nuevamente los tres, abre la reina el escrito, exclamando ántes:

—Sepamos qué dice un hombre que en su delirio pretende aumentar nuestra ventura, como si eso fuera posible á otro que á Dios.

—Lee, madre mia.

Exclama el príncipe, añadiendo su padre:

—Sí, yo tambien tengo curiosidad por saber lo que dice. La reina, participando de los mismos deseos, leyó fuerte:

«Señora: Despues de seis dias de grandes fatigas, de esquivar peligros sin cuento, de caminar como mísero peon el poderoso caudillo, llega á la ciudad de Zaragoza donde V. A. reside. Antes que yo atravesó las calles el valeroso príncipe Don Fernando, y no fué poca mi dicha al escuchar el repique de campanas, las músicas, los vítores y al ver la poblacion convertida en ascua de oro, todo en loor merecido de vuestro augusto hijo. Y si el pueblo siente tan inmensa alegría al verlo, ¡qué dicha no embargará en estos instantes el espíritu de sus padres! V. A. es ahora la más feliz de la tierra, y yo no debie-

ra interrumpir tal ventura si sólo me ocupara del presente; pero vengo, señora, á aseguraros mayores goces en el porvenir, y una tregua de sesenta minutos, léjos de perturbar vuestra dicha, será causa de que al volver de nuevo á ella lo hagais con la risa del presente y la sonrisa del porvenir. Conceda V. A. la hora que le pide este infatigable caminante, y recordará con gusto miéntras exista la presencia en su cámara de un humilde

PEREGRINO.»

—¿Qué os parece?

Preguntá la reina á su esposo é hijo.

—Que pase; todo está reducido á que busquemos el lecho un poco más tarde.

Le contestó el rey.

—Y tú, ¿qué dices, Fernando?

—Que le oiré con gusto; se expresa bien, y su incógnito y misterio llamaron mi atencion.

La reina hizo entrar de nuevo al jefe de palacio, diciéndole:

—Puede llegar hasta aquí ese peregrino, si os ofrece absoluta confianza.

—No le trae, señora, ningun fin siniestro; de eso respondo; pero aquí no puede entrar.

—¿Por qué?

—Dice que su primera mision se contrae á hablar únicamente con V. A.

—Entónces no podré oirle; debiérais haberle dicho que yo jamás oculté secreto alguno á mi esposo.

—Lo sabe él, y á mis reflexiones ha contestado que debe hablar primero con V. A., despues con vuestro augusto esposo y últimamente con el príncipe.

—Oyele, madre mia.

—Sí; sepamos lo que le trae aquí; Fernando se quedará conmigo.

Dijeron el príncipe y el rey; ella añadió:

—¿Qué obstinacion! Parece que ha elegido el peor instan-

te de mi vida para arrancarme del lado de un hijo que no veía hace más de un año. Si me engaña ó si no ofrece interés suficiente la mision que trae, lo ha de pasar mal esta noche. Llevadlo al salon rojo, y estad algunos cerca de allí por si le obligo á salir de distinto modo del que ha entrado. Abreviad.

La reina dió á su hijo un beso en la frente, y desapareció grave, con la frente contraída y el disgusto marcado en el semblante.

Por una puerta del salon rojo entraba ella, y por la otra apareció Hernando Alvarez de Toledo, con su traje de peregrino, sin sombrero, bordon ni arma alguna. En cambio conservaban todavía sus pelos de cabeza y cara, el traje talar y alpargatas bastante polvo de la última jornada.

Jamás habian entrado en aquella cámara calzado y ropaje tan groseros, pero tampoco probablemente hombre de tanta inteligencia y valer como Hernando.

La reina se detuvo á los diez pasos. Alvarez de Toledo avanzó hasta quedar á dos varas de distancia de la augusta señora.

Ambos se hicieron una reverencia, cambiando luégo profunda mirada.

La reina sigue en su anterior actitud; Toledo varía la suya por otra más grave y severa que la de S. A., y aguarda que le pregunten.

No le ha disgustado á la augusta señora la frente, fijeza, severidad y noble aspecto del peregrino; más á pesar de eso le interroga con disgusto:

—¿Qué deseais?

—Siento, señora, como he tenido la honra de decir á V. A. en mi escrito, perturbar, aun cuando sea por poco tiempo, la gran ventura que el cielo os otorga esta noche; pero me disculpa la causa y el convencimiento que tengo de que V. A. sabe que los reyes se deben á sus pueblos.

—¿No podríais haber aguardado á mañana?

—Sí, señora; mas convenia que fuese lo ántes posible, y presa de esta idea no he vacilado en llegar á V. A.

—Mucho he tenido que violentarme para oiros; no abuseis por lo tanto de mi paciencia.

—V. A. cree sin duda que el derecho á reinar los monarcas es divino, y siendo así, Dios, que os lo ha concedido, que os da á la vez la vida y el tiempo, debe, en mi concepto, complacerse más en que os ocupeis en la suerte de muchos de sus hijos, á que sólo os cuideis de uno sólo.

—¡Qué lenguaje tan extraño, señor peregrino!

—Si no es el de la verdad, veré con gusto que me mandeis arrojar de vuestro palacio como á un perro.

—Seguid, que tiempo habrá para todo.

—No olvide V. A. el axioma: tiempo hay para todo.

—Cuando se emplea bien; cuando se antepone lo más importante á lo ménos.

—Eso está haciendo ahora V. A.

—No lo he notado.

—Tiempo hay para todo, señora; mas se retrata en vuestro augusto semblante la impaciencia, y voy á abreviar.

—Lo deseo.

—Puede que ántes de poco varieis de opinion.

—¿Acabais?

—Voy á empezar, con permiso de V. A. El sentimiento que os ha producido abandonar á vuestro hijo, el estado violento en que os hallais y hasta el disgusto que ni siquiera se toma V. A. la molestia de ocultar, serian tres pruebas convincentes, aun cuando no hubiera mil anteriores, de que amais al príncipe D. Fernando con delirante pasion.

—¿Sólo esa novedad me ofreceis?

—No, señora; pero necesito recordároslo y añadir, que estoy persuadido de que anhelaís su dicha, entre otras razones porque es la vuestra. ¿Es cierto?

—Sí, pero os advierto que mi paciencia llega á su término.

—Pues si es verdad, no olvide V. A. que la venida de vuestro hijo sólo puede produciros un placer efímero y tan pasajero que terminará al primer nuevo chispazo que se prenda en Cataluña, si es que ya no arde. Hay ventura más sólida, esta-

ble y positiva. ¿No recordais, por ejemplo, el pronóstico del fraile carmelita, que auguró á vuestro hijo hace diez y seis años que el cielo le prometia nuevos imperios, grandes riquezas y ventura? Pues los primeros no están en Aragon, pudiera yo muy bien traérselos, y con ellos las grandes riquezas y su ventura del porvenir.

—Vuestro seguro acento, la actitud casi altanera que sostenéis ante mí y un presentimiento que hace latir en este instante mi corazon, me retienen ya aquí, peregrino. ¿Cómo os llamais?

—Por hoy, Garcí-Gomez.

—¿Y ayer y mañana?

—Por ahora Garcí-Gomez.

—¿Luego tenéis otro nombre?

—Sí, señora.

—¿Noble?

—Muy noble.

—¿Real?

—Dice mi padre que de reyes descendemos.

—¿Y sois castellano!

—Castilla es mi patria, y en verdad que no la cambiaria por ninguna otra.

—Mucho malo hay en ella, Garcí-Gomez.

—Esa es la causa de que brille más lo bueno que allí existe.

—¿Qué imperios son esos de que me hablais? Quiero llevar mi paciencia al infinito y voy á sentarme; ocupad vos ese otro sillón.

—Contaba con vuestra bondad, y aun cuando la he supuesto muy grande, no creí que rayaba tan alto. Gracias, señora, procuraré hacerme digno de ella y no daros el más leve motivo de arrepentimiento.

—Pruebas, señor peregrino, porque hasta ahora...

—Permitidme que os recuerde lo disgustada que salisteis y lo imposible que os hubiera parecido concederme este asiento, si alguien lo predijese; y ya veis, no obstante, que ha bas-

tado recordaros un pronóstico y hacer una pueril indicacion para que me trateis con una afabilidad... ¡Oh! ya sé yo que me hallo delante de una gran reina, de una madre sublime y de la mejor de las esposas. Sólo siendo así pude aceptar mi difícil embajada.

—¡Ah, sois embajador! ¿Y de quién?

—Fuí débil y se me escapó la frase. Es una fatalidad que hasta los más fuertes somos con las damas...

—¿Debíais ocultármelo?

—No, señora, pero adelanté la idea.

—No os vuelvo á interrumpir. ¿Qué imperios son esos que se relacionan con el príncipe y con el pronóstico del religioso carmelita? Es la segunda vez que os lo pregunto.

—Cierto; lo recuerdo perfectamente; pero me va á permitir V. A. que no sea débil por segunda vez. Antes voy á hablarle de mi patria, ya que tan oportunamente la citó V. A. ¿Qué puedo yo decirle que no sepa del infortunado Enrique IV, tan impotente, tan desprestigiado, tan pobre, física y moralmente?

—¿Sois por ventura partidario de su hermano el infante Don Alonso?

—¡Ah! señora, ese futuro y obligado pretendiente á la corona de Castilla es todavía mas desgraciado, si cabe, que el rey. No conozco nada mas débil, y está su naturaleza tan demacrada, que el infeliz ni aun infante sabe ser. En cambio se hallará pronto rodeado de un ciento de turbulentas personas tan ambiciosas, apasionadas y torpes, que sepultarán á ese niño en el piélago de sus ambiciones si ántes no lo atrae la parca fiera, y en verdad que esto último es lo más probable.

—Segun eso, tendreis que recurrir los grandes y nobles de Castilla amantes de vuestra patria, á un príncipe extranjero... Pero continuad, que ofrecí no interrumpiros.

—Antes que el infante, está la infanta Doña Juana. Mas ¡ay! dicen que no es hija del rey, el pueblo le llama la *Beltraneja*, y la altivez castellana no consiente reyes ni reinas hijos de un criado de sus monarcas.

—Efectivamente, todos aseguran ser ciertas las relaciones de la reina con D. Beltran de la Cueva, mayordomo de palacio, y como Enrique es impotente...

—Por desgracia no hay en ese régio matrimonio un vástago que suceda al padre y evite de esa manera el caos á que parecen caminar el trono y reino castellanos.

—Pero un príncipe extranjero puede muy bien reinar allí, y con su valor y talento hacer la felicidad de aquel pueblo.

—Sí, señora; mas es el caso que miéntas Castilla lo tenga no puede, ni quiere, ni debe ir á buscarlo á otro país.

—Ahora os comprendo ménos.

—Si V. A. me permite que continúe...

—Lo deseo.

—Hemos citado á D. Enrique, D. Alonso y la niña Doña Juana. ¿No ve V. A. ningun otro sér capaz de ocupar el trono tan dignamente como el príncipe más entendido y poderoso?

—No adivino.

—Pues hay uno, cuya discrecion seduce, cuyo talento encanta y cuya virtud merece el aplauso y admiracion de cuantos le conocen.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—¿Quiénes le apoyan?

—Todos los hombres de bien de Castilla, sin excepcion, que son los más.

—¿Y los grandes?

—Grandes, medianos y chicos que aman á su patria y son honrados.

—No lo conozco.

—Lo siento; porque su modestia, dulzura y majestad habian de merecer vuestro real agrado.

—¿Cómo se llama?

—Es, señora, la infanta Isabel, hija de D. Juan II y la hermana que sigue en edad á D. Enrique IV.

—¡Ah, me habia olvidado de ella! Empiezo á comprenderos, Sr. Garci-Gomez.

—Noto que se prolonga demasiado esta audiencia, os estaré molestando...

—Sentaos, hay tiempo para todo.

—Es cerca de media noche...

—Los reyes, segun vuestra opinion, nos debemos á los pueblos; estamos en la obligacion de sacrificarnos por los pueblos.

—Así es la verdad. El primer magistrado de un reino...

—Conozco esa música, Garci-Gomez. Sentaos.

—Os obedezco. ¿Música llamais á los deberes de un monarca?..

—Me habré equivocado al pronunciar la frase. Comprendo la obligacion de un soberano; eso he querido decir.

—¡Ah!

—¿Con que esa infanta es tan bella, tan entendida?...

—Señora, que os aguardan los tiernos brazos de un hijo delicioso, de un príncipe arrullado por la gloria, coronada su frente con...

—Peregrino, teneis á veces perturbada la memoria; ya os he dicho que hay tiempo para todo; aún me quedarán muchas horas de la noche para gozar con las caricias de mi hijo y el amor de mi esposo. ¿Contestais á mi pregunta?

—Con indecible placer. La infanta Doña Isabel de Castilla es incomparable, sublime, considerando su inteligencia y sabiduría.

—¿Y físicamente?

—Vedla.

—¿Traeis su retrato? ¡Una miniatura!

—Sí, señora.

—¿Está parecida?

—Permitidme la vulgaridad; está hablando.

—Rubia, ojos azules, frente despejada; ¡hermosa frente!

—No es mal espejo; pero no se puede deducir bien por ese retrato lo que es, lo que vale su organismo intelectual.

—¿Modesta?

—Como los sabios.

—¿Pensadora?

—Un cerebro como el suyo jamás está ocioso.

—¿Laboriosa?

—Siempre se la ve escribiendo, estudiando ó entre las labores de su sexo; borda admirablemente y de continuo acaricia su rueca de plata.

—¿Habla mucho?

—Lo indispensable; sus labios vierten perlas, y es género muy escaso en el mundo, señora.

—¡Pero es tan difícil que llegue á ser reina de Castilla!

—Lo será positivamente aun cuando no acompañen por el pronto á nuestros castillos y leones las barras de Aragon. Y lo será de Granada, y de Navarra, y de Aragon.

—¿Tambien de Aragon?

—Tambien.

—¿Y si se opusiera un príncipe que gana las batallas desde la edad de trece años?

—La union y poder de un reino compuesto de Castilla, Leon, Navarra, Granada y los enemigos y descontentos que tiene ese valeroso príncipe en Cataluña, os contestan por mí. Señora, la raza goda y el pueblo que la obedecia han debido purgar ya los delitos que empezaron á expiar en la batalla de Guadalete; por eso, sin duda, marca ya el dedo de la Providencia el próximo dia en que regenerada España deje de presentarse hecha girones ante la faz del mundo.

—¡Pensamiento colosal, idea que acarició mi mente más de una vez; pero es tan difícil!..

—Con la union de Doña Isabel y D. Fernando nada hay más fácil.

—¿Con qué contais en Castilla para empresa tan vasta?..

—Somos, señora, para elevar al trono á la infanta, dos terceras partes de sus habitantes; para el resto, Castilla y Leon enteros.

—¿Contásteis á los primeros?

—No, señora; pero al hacer uso de una contraseña que meda á conocer á mis parciales, salen de los castillos, palacios,

casas, chozas y breñas hombres sin cuento, guerreros cuyo número es ilimitado.

—¿Qué contraseña es esa, Garci-Gomez?

—Un signo que sólo conocemos los asociados y á favor del cual penetré en vuestro palacio.

—¿No puedo yo saberlo?

—No exceptúa á los reyes el juramento que hacemos.

—¿Y tiene acaso ramificaciones en Aragon?

—Acaso.

—¿Hasta entre los grandes?

—Acaso.

—¡Luego el interés que demostró en nuestro favor el jefe de mi casa!..

—Acaso.

—Mas parece seguro, Garci-Gomez, que el Arzobispo de Toledo destrone á Enrique IV.

—Sería posible si yo no estuviera de por medio y dejase de equilibrar las fuerzas.

—¿Qué vais á hacer para el logro de nivelacion tan difícil?

—Soy el amigo íntimo, el consejero, el favorito de Don Alonso Carrillo de Acuña.

—¡Del Arzobispo!

—Sí, señora.

—¡Jesús! Eso es jugar con dos barajas.

—Hasta ahora llevo cinco y vengo por la sexta.

—Si cuanto me habeis dicho fuese verdad y sin exageracion alguna...

—¿Me juzgais capaz de mentir, señora? No traigo por otra parte los contratos ni se van á firmar por ahora.

—¡Es tan grande la idea, tan colosal, tan admirable!..

—Digna de vos.

—¿Qué exigís de mí, Garci-Gomez?

—Vuestro decidido apoyo.

—¿Y si os lo diese?

—Entonces os entregaria nuestros estatutos, que son muy

concisos y concretos, despues pronunciaríais un juramento, y con la contraseña nuestra seríais una asociada ante la cual se inclinaria este primer caudillo, vuestro humilde servidor.

—¿Traeis acaso alguna copia de los estatutos?

—La vuestra, señora; héla aquí.

—Mucha seguridad teníais.

—Jamás me desairó el sediento agua que le ofrecí.

—Permitidme que lea este escrito.

Cuando la reina hubo terminado, añadió:

—No respondo de mi esposo ni de mi hijo, Garci-Gomez.

—Yo me encargo de ambos.

—¿Qué juramento es ese?

Hernando saca una pequeña biblia en latin, y de pié, fija la diestra sobre el Evangelio, dice:

—Juro ante Dios que me oye y por Dios que me alienta, ayudar al cumplimiento de los estatutos, cuya copia me ha entregado el primer caudillo de la infanta Doña Isabel.

—Es grave eso, Garci-Gomez.

—¿Ha medido V. A. la distancia que hay desde los Pirineos al confin de Galicia, desde Cádiz al mar cantábrico? ¿Ha contado el número de sus habitantes?

—¿Qué biblia tan pequeña traeis! Permitidme que la vea.

La reina la coge, abre por el mismo sitio que Hernando, se pone en pié, y fijando la diestra en el Evangelio, pronuncia con voz solemne el mismo juramento que Alvarez de Toledo. Este exclama con admiracion:

—¿Sois una gran reina, señora! Y ahora comprendo lo mucho que amais á vuestro hijo.

—Madre mia.

Gritó el príncipe, presentándose en el salon.

—¿Qué acontece, Fernando?

—Mi padre y yo, impacientes por tu tardanza...

—Comprendo. Dame un beso y esperadme un poto más. ¡Es tan importante lo que me está refiriendo este peregrino!..

—¿Este peregrino! Más trazas tiene de otra cosa que de pecador arrepentido.

—Cuando sepas quién es te convencerás de lo que vale. Vete, hijo mio.

—¿No te hago falta?

—No.

—¿Estás contenta?

—Más que ántes de abandonar tus tiernas caricias.

—¡Ah!.. Me alegro. Hasta luégo, madre mia. Cuidad, señor peregrino, que nada enturbie la grata satisfaccion que aparece en el brillante rostro de mi madre.

Nada contestó Hernando, contrayéndose á hacerle una reverencia como afirmacion y despedida.

Solo nuevamente con la reina, le preguntó aquella:

—¿Cuándo vais á hablar con el rey?

—Mañana á la hora que V. A. me designe.

—¿Debe estar solo?

—Conviene que V. A. se halle presente.

—¿Y con el príncipe?

—Lo más pronto posible; despues que haya salido de la cámara de vuestro augusto esposo. A D. Fernando le veré solo.

—Segun esos estatutos sois el jefe á quien debo obediencia: ¿qué deseais?

—Ruego á V. A. no diga nada al rey ni al príncipe de lo que hemos hablado esta noche; mucho os preguntarán, pero os disculpais conmigo, y puesto que en breve les he de enterar de todo...

—Les ocultaré lo que deseais.

—Debeis, no obstante, hablar á solas con el príncipe de la infanta Doña Isabel. Su gran talento, bellezas físicas é ideas elevadas pueden ser tema que, presentado por V. A. con esa admirable facilidad, con esa elocuencia tan seductora, vaya preparando el corazon de ese augusto niño.

—Tambien lo haré.

—Eso es todo, y me retiro, que harto he abusado del amor maternal de V. A.

—¿Qué necesitais en Aragon?

—Por el pronto ya es mucho el juramento de V. A.; con él me basta por hoy.

—Sois extranjero, os hallais en el reino que mando, y cuanto os haga falta...

—Gracias, señora; fuera de este palacio soy un misero peregrino que no mendiga, pero que debe imitar á los mendigos.

—¿En dónde os vais á hospedar, Garcí-Gomez?

—En la peor posada de Zaragoza.

—¿Quereis habitacion en mi casa?

—Por todas las comodidades del mundo, por todos los bienes de la tierra, por toda mi felicidad futura no expondria la suerte de la causa que defiendo. Vengo de incógnito, y hasta que vuelva á atravesar la raya, pobre peregrino he de ser.

—No en balde os han nombrado primer caudillo; quien de esa manera obra merece ocupar el puesto á que lo han elevado.

—Ese elogio en los labios de la primera de las reinas, podria envanecerme, si mi corazon alimentara esas pasiones. Es tarde, señora. ¿Se digna V. A. darme hora para que pueda ver mañana al rey y al príncipe?

—A las diez hablareis con mi esposo; al concluiros esperará mi hijo en su cámara.

—Beso los reales piés de V. A.

—Adios, Garcí-Gomez. Buen juramento os llevais.

—¿Son malos los imperios que os he traído?

—¡Ay, si ese pensamiento se realizara!

—¿Era el carmelita del pronóstico algun farsante?

—¡Dios proteja nuestra causa, Garcí-Gomez!

—¡Él vele día y noche por la gentil matrona que con su talento, poder y elevacion de ideas, ha de cortar el largo paréntesis que empezó en el débil y torpe Don Rodrigo y va á acabar en el más torpe y débil Don Enrique!

Y andando hácia atrás, salió Hernando de aquella cámara.

Al verlo desaparecer la reina, exclamó:

—No es ese jóven un hombre vulgar, ni miente el que como él presenta una severidad que pasma; con predominio sobre el que le escucha, que seduce. ¡Oh! el carmelita era un santo; la idea que noche y dia embarga mi cerebro se cumplirá. Sí, el hijo de mi alma no será monarca de Aragon, sino rey de España.

Acto continuo guarda en un secreter la biblia y estatutos que le dejó Hernando, el retrato de la infanta Isabel en su escarcela y se dirige al salon donde está el rey, el cual continúa estrechando la mano de su hijo y hablando con él.

Le hacen varias preguntas sobre el peregrino; pero ella contesta que es portador de un secreto de que irá enterando al rey y al príncipe, y nada más les dice á pesar de la obstinacion de aquellos.

Pronto el padre y el hijo se olvidan del incógnito y vuelven á su anterior conversacion, que dura hasta la una de la noche, hora en que los tres buscan sus lechos.

Todavía pudieron desde las régias alcobas oír las músicas y cánticos con que la ciudad de Zaragoza continúa festejando la llegada de su príncipe.

Al abandonar Hernando la cámara en que habló con la reina se dirige á una galería del piso bajo donde le aguardan su compañero y dos frailes mendicantes.

Por el camino cruza unas cuantas frases con el jefe superior del real palacio aragonés, el cual le despide demostrando el respeto y consideracion que usaba con los más elevados.

Alvarez de Toledo recoge su bordon y sombrero que le guardaba el otro peregrino, y sin decirles frase alguna salen los cuatro del alcázar, dirigiéndose á la posada detestable en que dejaron las dos mulas y equipajes.

Zaragoza continúa iluminada y esto les impide no perderse por aquel recinto que les es desconocido.

Los dos frailes tienen en el meson un cuarto negro y súcio; pero no es mejor que aquel en que se albergan los dos peregrinos.

A pesar de lo poco mullido de los lechos y del ningun aseo y comodidad, durmieron los cuatro profundamente desde las dos de la madrugada hasta las ocho de la mañana.

Durante la travesía que concluyen de hacer hallaron camas tan detestables que no encuentran malas las que ahora les ofrece un meson de Zaragoza. Hernando sabe que ha de llegar de sufrimiento en sufrimiento, de penalidad en penalidad al logro de sus deseos, y cierra los ojos ante las espinas que le presenta el camino en cuyo término están el cetro de Doña Isabel, su grandeza de España y los tiernos brazos de Melania. Fijo en los últimos no quiere ver, no distingue los abrojos que va aplastando su poderosa planta.

CAPÍTULO XXVII.

El pretendiente incontrastable.—El rey sin vista.—Supremo recurso.—Segundo triunfo.—El príncipe D. Fernando está bien preparado.

A las diez de la mañana siguiente se hallaba Hernando Alvarez de Toledo en palacio, seguido de sus tres acompañantes.

Sólo aguardó cinco minutos.

Después fué introducido en la cámara real como la noche ántes, y pronto se halla frente á frente de los reyes de Aragon.

Al escuchar D. Juan los pasos del peregrino alza la cabeza, siguiendo la costumbre que tuvo ántes de ser ciego, de fijarse en el hombre á quien queria reconocer.

Mas pronto inclina su frente triste y pesaroso ante aquella eterna oscuridad que tanto enluta su vida.

Toledo se fija en él, llegando á su alma, primero la compasion, y después una idea precursora de halagüeña esperanza.

—Dios, rey de reyes, tenga siempre en su gracia á vuestras altezas reales.

Dijo Hernando en son de saludo.

—¿Quién sois?

Le preguntó el rey volviendo á levantar la cabeza.

—Un peregrino, señor, que viene á visitar á V. A. desde lejanas tierras.

—¿Puedo saber cómo os llamais? Si vuestro incógnito es indispensable, retiro la pregunta.

—Soy Garci-Gomez, servidor de V. A.

—Recuerdo haber oido citar vuestro linaje á un grande de Castilla. Dice la reina que teneis gran empeño en hablarme.

—Cierto, señor.

—El misterio que os trae á mi cámara ha excitado mi curiosidad; os creo hombre de honor, y miéntas no lo desmintais, voy á permitir os decirme la causa que desde tan léjós os acercó á mí.

—Noble nació, señor; jamás accion indigna empañó el lustre del blason de mis mayores, y crea V. A. que la sola idea del deshonor llegada en mal hora á mi mente, bastaria para que yo atravesase mi corazon con la punta de agudo puñal.

—No piensan lo mismo que vos la mayor parte de los grandes de Castilla.

—En todas partes hay hombres de conciencia elástica que, impelidos por pasiones bastardas, suelen enfangarse en el cieno por un poco de oro ó un título baladí; dignos de compasion los juzgué siempre, porque esos séres, señor, no viven, duermen ni sosiegan como V. A. y como yo. Posible es que haya en Castilla más que en Aragon, muchos más, no lo niego; pero en desapareciendo la causa que lo motiva, aquel valiente y leal pueblo puede volver á ser la admiracion del mundo.

—¿A qué causa culpais tanta inmoralidad, corrupcion, desenfreno y torpezas como se ven en vuestra patria?

—A la que V. A. sabe como yo y creo inútil repetir.

—Miéntas viva Enrique IV...

—Hace tiempo que padece, su naturaleza se halla quebrantada y no es posible, á mi juicio, que prolongue mucho sus dias.

—Puede Dios mejorarle.

—La Providencia jamás sostiene y alienta por mucho tiempo aquello que le es repulsivo.

—La teoría es buena, pero en la práctica suele haber muchas excepciones.

—Enrique IV, señor, no será rey de Castilla y de León dentro de seis años, haya ó no muerto.

—¿Con qué seguridad lo decís!

—Tengo absoluta confianza en mi aserto.

—¿Sois por ventura el conde de Plasencia?

—No, señor; sé que viene porque los conspiradores que capitanean el Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena desconfían de vuestras ofertas y le trae el deseo de llevarse una seguridad, respecto de vuestra protección al destronamiento de Enrique IV y reemplazo de su hermano Alonso.

—Mucho demostrais saber, Garcí-Gomez.

—Dije la verdad á V. A., y ahora añado que con vuestra protección ó sin ella el infante D. Alonso nunca reinará en Castilla.

—¿Por qué?

—Porque es niño, débil, ignorante y mi patria necesita un hombre de brio y talento que la saque del caos á que quieren conducirla la ambición y maldad de unos cuantos grandes.

—¿Y dónde está ese privilegiado sér, Garcí-Gomez?

—Tengo uno en Castilla, y hay muchos otros en varios reinos.

—¿De sangre real?

—Por supuesto.

—¿Puedo saber quién es el de vuestra patria?

—La infanta Doña Isabel.

—Muy bien oí hablar de ella, pero al fin es mujer, y allí hace falta, como vos dijisteis, un hombre de mucho talento y brio.

—Mujer es también S. A. la reina, vuestra esposa, y ha probado en más de una ocasión que le sobran brio y talento para gobernar un reino.

—¿Creeis, por ventura, que vuestra infanta podrá hacer tanto como mi esposa?

—Permitidme, señor, que no éntre en comparaciones peligrosas é inconvenientes. Voy por lo tanto á concretarme, para contestar á V. A., á la futura reina de Castilla. La infanta tiene efectivamente diez y seis años nada más; pero ya posee varios idiomas, conoce la historia del mundo, no le es extraña la ciencia, y la gran educacion que ha recibido la iguala al príncipe mas eminente. Es modesta, laboriosa, enérgica y tiene un corazon capaz de sostenerla á caballo frente á ejércitos contrarios, aun cuando fuesen más poderosos que los suyos. Y si lográramos unirla á un príncipe que, aun cuando no hubiese recibido su brillante educacion, tuviese talento y valor, entónces la reina de Castilla podria serlo de Granada, Navarra y de Aragon. Y no será extraño que así suceda, pues harto se ha purificado ya España de los crímenes que la raza goda cometió, y acaso el dedo de la Providencia señale ya el próximo dia de su completa regeneracion y unidad.

—Más de seis veces oí hablar de ese delirio. ¿Qué reino tiene fuerza suficiente para conquistar á Aragon?

—Castilla y Leon, Granada y Navarra bajo un solo centro, con la union de los muchos descontentos que tiene vuestra causa en Cataluña, tardarian un mes en realizar el todo de mi pensamiento.

—¿Y quién haria ese milagro?

—Cualquiera, señor; yo me atrevia á realizarlo.

—¿Un castellano en cuya patria no se entienden y es hoy el reino más débil de cuantos tiene España?

—El dia que nos unamos compondremos el más fuerte y poderoso.

—Está eso muy léjos.

—Siento contradecir á V. A., pero se halla tan cerca que se toca con la mano.

—Gracias por el aviso, peregrino: es decir que vuestra embajada se contrae á prevenirme la próxima conquista de

mi reino. Ciego y todo no habeis logrado impresionarme, señor Garcí-Gomez.

—No es esa mi mision, ni los hombres honrados de Castilla, unidos ya hoy para fin tan plausible, pensaron hasta ahora en conquistar el reino de Aragon. Su idea es mucho más elevada y digna; quieren que mandados por un sólo rey realicen los dos estados la unidad de España.

—Eso ya es otra cosa, pero no veo el medio.

—¿Me permite V. A. que se lo diga?

—Lo deseo.

—El enlace del príncipe D. Fernando y la infanta Doña Isabel.

—Cuando la última sea heredera del trono ó esté sentada en él, regresad con vuestra embajada y entónces estudiaré si me conviene ó no esa boda.

—Entónces sería tarde, señor; yo rogaría á V. A. que pensara en lo imposible de que reine en Castilla la niña Juana, llamada la *Beltraneja*; lo difícil que es la elevacion al trono del infante D. Alonso por las causas expuestas, y lo fácil de que Enrique IV deje de reinar.

—¿Quién os manda ante mí, Garcí-Gomez? Porque si hasta ahora fui con vos excesivamente bondadoso, no podré continuar de la misma manera teniendo en cuenta vuestro lenguaje y lo grave de las cuestiones que habeis osado elevar hasta mí.

—Vengo, señor, en representacion de la grandeza, teocracia, nobles, pueblo y gente, en fin, honrada de Castilla.

—¿Qué justificativos os acompañan?

—Mi palabra y fé de caballero.

—¿Quién os abona?

—S. A. la reina de Aragon, vuestra augusta esposa.

—¡Mi mujer! ¿Qué dices á eso, esposa mia?

—Respondo de Garcí-Gomez.

—¡Tú!

—Sí. Es el caballero más cumplido que tiene Castilla, es hombre de honor; es el caudillo principal de un partido nu-

meroso, potente, que llegará á imponer su ley al trono de ese reino.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pertenezco á ese partido, Juan.

—¡Tú, mi mujer! ¡Asociada á extranjeros; conspirando contra mis aliados!

—Antes que tú y que yo, Juan, hay cosa más sagrada, más importante.

—Habla. ¿Qué es eso?

—El porvenir de mi hijo Fernando.

—¿Comprendes lo que haces?

—¿Has olvidado por ventura los años que llevo gobernando el reino y que jamás te he merecido la más leve reprehension? Continúa oyendo al peregrino, Juan, comprende la gran idea que le trae, medita y piensa como yo, que nada debemos anteponer al porvenir de nuestro hijo.

—Deduzco de las frases de la una y del otro que nació un nuevo partido en Castilla, son ya tres, y el último pretende el apoyo de Aragon. Cuenta al efecto con mi esposa, pero el rey soy yo, estoy comprometido en favor del infante D. Alonso y no hallo causa suficiente para faltar á mi palabra.

—Muy bien, señor; si mañana, como es seguro, se sienta en el trono de Castilla la infanta Doña Isabel, la uniremos á un príncipe de Navarra ó de Portugal, y cuando hayamos echado más allá del Estrecho las huestes agarenas, vendremos á Aragon.

—Cuando querais; mi hijo saldrá al encuentro.

—¿Con quién, señor?

—Con sus ejércitos, pardiez.

—Imposible; los jefes que le han de acompañar pertenecen á mi partido é irán donde el rey de España los mande.

—¡Mentís!

—Sólo á V. A., que es rey, y está ciego, puedo yo perdonarle el insulto. En prueba de vuestro error, de que soy yo el que digo la verdad, recuerde V. A. que hasta su misma esposa nos ayuda, y al partido á que se ha afiliado reina tan

grande pueden pertenecer con mucha honra los súbditos de V. A.

—Es verdad.

—Beso los reales piés...

—Esperad, Garcí-Gomez; sentaos, y perdonad si en el calor de la improvisacion pude equivocarme. Soy ciego, ignoro, como veis, mucho, se conspira hasta en mi propia casa, por la mujer á quien amo, y no es extraño que al descubrir cosas tan graves se haya perturbado mi cerebro; pero el vértigo pasó y deseo continuar hablando con vos. ¿Os habeis sentado?

—Sí, señor.

—¿Con que mi esposa conspira con vosotros?

—Señor, tuve ántes la honra de decir á V. A. que mi partido se componia de todos los hombres de bien de Castilla, y ahora añado que se extiende á muchos del reino de Aragon y á no pocos del de Navarra. De tiempo atrás vienen figurando en nuestras filas muchos grandes de Aragon que aman á su patria y quieren verla engrandecida, que aman á sus reyes y príncipe, quieren verlos elevados, y están entre ellos hasta los primeros servidores que os rodean. S. A. la reina, mi señora, no se afilió hasta anoche, despues que me hubo escuchado; y si nada dijo á V. A. en el acto fué porque yo se lo supliqué, con objeto de que no cohibiera vuestra voluntad. Yo no puedo ni debo deciros, señor, lo que es, lo que vale la augusta princesa á quien dais el nombre de esposa; lo que os ama, lo que quiere á su hijo; el gran acierto y discrecion que demuestra en el desempeño de los asuntos de Estado. Y cuando reina tan grande acepta incondicionalmente nuestro pensamiento no será tan descabellado, señor.

—Todo eso es cierto, Garcí-Gomez, no lo niego; mas es que yo quiero para mi hijo una mujer que valga tanto como él.

—Eso no puedo yo proporcionároslo, señor. ¡Una mujer que valga tanto como el príncipe D. Fernando! La que yo le ofrezco no vale tanto, vale más.

—¡Más que mi hijo! ¿Sabeis lo que decís?

—Perfectamente; como yo no soy padre ni deudo de ninguno de ambos, puedo juzgarlos con imparcialidad.

—¿Conoceis á Fernando, Garci-Gomez?

—No he tenido la honra de verlo más que una sola vez, anoche cuando entró un instante en la cámara en que la reina hablaba conmigo; pero tengo en mi poder la crónica que escribe, sin que él lo sepa, uno de sus más leales servidores, su mejor amigo indudablemente.

—¿Y decís que vale más la infanta Isabel?

—Juzgadlo vos, señor, por el siguiente paralelo: permitidme que empiece por la señora infanta, cuyo honor merece su sexo. Ratifico cuanto he dicho de ella, y añadido, que es un ángel en castidad, pureza de ideas y nobles instintos; que será incapaz de faltar á sus deberes como reina, como esposa y como mujer; que es inmensamente rica, bella, afable y cariñosa. Y que, reina de Castilla, se extenderán sus estados desde el mar Cantábrico hasta Cádiz, desde la raya de Aragon y Navarra hasta Portugal. El príncipe D. Fernando es valiente, pundonoroso, pensador, no obstante su corta edad, enérgico, emprendedor, atrevido, y los campos de batalla endurecieron sus carnes, sufrió desengaños, privaciones y lo han predispuerto para ser un gran rey. Pero en los campamentos, señor, se aprenden cosas buenas y tambien muchas malas. No debo deciros lo malo que aprendió tan noble príncipe, porque os disgustaria á pesar de ser todo ello propio de la edad y oficio de guerrero. Sin embargo, eso que aprendió, aun cuando no lo inutiliza para ser el esposo de la princesa más pura y angelical del mundo, le dan á ella sobre él alguna preponderancia.

—Sé que á mi hijo le gusta el juego de naipes y de dados, con los cuales mata el hastío de las largas veladas en los campamentos, pero eso no le rebaja en un átomo.

—Puede que tambien le gusten algunas otras cosas; las mujeres por ejemplo.

—¿Qué decís?

—No os alarmeis, señor; son pecados veniales, y la única

correccion que cabe en ellos es unirlo lo más pronto posible á la casta vírgen de Castilla.

—Esposa mia, ¿es cierto eso?

La reina se acercó al oído de su esposo y le dijo muy quedo:

—Antes de tres meses seremos abuelos.

Nada contestó D. Juan. Su hijo imitaba las mocedades del padre.

Cinco minutos meditó el rey: al cabo de este tiempo exclamó:

—Señor Garci-Gomez, si mi esposa é hijo aceptan vuestro pensamiento, contad con mi real palabra.

—Gracias, señor; tardásteis, pero al fin ciego y todo habeis visto la verdad tan grande y esplendorosa como el sol. Vuestro hijo, señor, será un gran rey, podeis estar seguro que he venido á ofreceros el cumplimiento de aquel pronóstico del carmelita.

—¡Ah! Puede; para su logro contad con Aragon y Cataluña, con su rey. Si fuera preciso sacrificaré mi vida por añadir un floron más á la corona de mi hijo...

—¡Gracias, padre mio!

Exclama el príncipe saliendo por una puerta secreta, próxima á donde estaban los tres, quedando abrazado á su padre.

El rey lo separa con dulzura, mas con algo de severidad le pregunta:

—¿Nos espiabas?

—No, padre mio; pero juzgué mal á ese peregrino, me infundió sospechas su misterio é incógnito, y permanecí con la espada desnuda junto á esa puerta todo el tiempo que lleva aquí. Temia por ti, por mi madre, y como nadie podia defenderos con el interés que yo, cometí la imprudencia de estar cerca, sin permiso tuyo.

—¿Oistes lo que hablamos?

—No perdí una sola frase.

—¡Imprudente!..

—Perdóname, señor; por segunda vez te lo ruego.

—¿Y qué opinas del pensamiento que trae aquí al peregrino?

—He soñado ya tres veces con él, padre mio, y al despertar sentí que no fuera cierto.

—Y de la castellana Isabel, ¿qué piensas?

—Me inclinaré gustoso ante la voluntad de mis padres.

—Pero á ti, ¿qué te parece?

—Segun el retrato que vi esta mañana de ella, segun la describe moralmente ese avisado, muy avisado peregrino, me parece deliciosa, sublime.

—¿No te violentarás, Fernando?

—Tanto como al abrazarte, señor.

—Entónces ya teneis mi palabra, Garci-Gomez.

—Pues si hemos terminado, señor, os ruego me permitais, como gracia especial, me olvide del rey y me dirija al hombre.

—Os voy cobrando miedo y aficion, terrible peregrino; mas sea lo que vos querais. ¿Qué pretendéis del infeliz ciego Juan de Aragon?

—¡Ah! señor, mucho; me voy á tomar la libertad de poner mis manos en vuestro venerable rostro; quisiera reconoceros los órganos de la vision que teneis muertos, al parecer.

—¡Vos!

—¿Qué os extraña? Hasta hace poco pasé mi vida junto á un sabio, gran médico y astrónomo, y tanto me ha enseñado que nada perdereis, señor, con que yo os reconozca.

—Aplaudo vuestro buen deseo, pero será inútil. ¡Ay, peregrino, me han visto ya tantos sabios, y todo fué esteril!

—Quién sabe. ¿Me permitis?

—Bueno.

Hernando da al salon la luz conveniente para que el estudio pudiera hacerse con las indicaciones de la ciencia, empleando luégo quince minutos en examinar detenidamente los ojos del monarca aragonés.

La reina y el príncipe observaban atentamente, concluyendo por comprender que no era un profano ante los arcanos

de la ciencia el peregrino, ni una mala quimera lo que estaba haciendo.

Toledo volvió á dejar los maderos como se hallaban ántes de empezar su operacion, y sentándose nuevamente al lado del rey, le dijo:

—Muy bien, señor; he concluido y quedo satisfecho de mi reconocimiento.

—¿No tengo cura, es verdad?

—Creo todo lo contrario.

—Garci-Gomez, una torpe ilusion sumergida en la oscuridad en que vivo, lastimaria mucho mi corazon.

—V. A. no ve porque se lo impiden dos cataratas, y estas, aun cuando es muy difícil, no hallo imposible destruirlas.

—¿Y quién intentaria esa curacion?

—¿V. A. quiere que se la hagan?

—Con una sola probabilidad me basta para permitirlo.

¡Oh, es tan ingrata la vida que corre en noche perpétua!

—Habrán de lastimaros, señor.

—¿Eso decís á Juan II de Aragon?

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Para operarme?

—No, señor; para entregar vuestros ojos al hombre que yo os presente.

—Sí, absoluta; ya os dije que os voy cobrando aficion.

—En ese caso tiene V. A. sesenta probabilidades contra cuarenta de contemplar de nuevo á vuestra esposa, á vuestro hijo y á ese sol ardiente que nos presenta la naturaleza con su variedad infinita, con su majestad de soberana.

—¡Qué ilusion tan halagüeña! ¿Y mi edad, Garci-Gomez?

—Algo podrá influir en contra, señor, pero estais robusto, sano y me persuado que recobrareis la vista.

—¿Dónde se halla ese sabio?

—En Alcalá.

—¡Léjos se encuentra!

—Vendrá volando.

—¿Estais seguro?

—¡Oh, sí, sólo por mí, por su discípulo querido, por el hombre que más ama en la tierra dejará su casa, observatorio, ciencia y estudio continuado!

—¿Qué edad tiene?

—¿Más de setenta años?

—¿No le faltará experiencia? ¿Y sabe mucho?

—Más que cuanto yo pudiera deciros, señor.

—¿Batió ya otras cataratas?

—Sí, señor.

—Garci-Gomez, no tardeis en traerlo.

—Inmediatamente mandaré por él.

—¿Le aguardareis?

—Millares de séres me esperan en Castilla; asuntos de la mayor importancia me llaman en Maqueda y Avila; mas juro ayudar á mi maestro en su difícil operacion y gozar con vos, si el cielo os concede que volvais á contemplar su admirable creacion.

—¿Cómo podré pagaros favor tan grande, peregrino?

—Desde el instante en que tengais vista, dedicaos vos á la guerra de Cataluña y que el príncipe Don Fernando se ocupe de la infanta Doña Isabel y de los asuntos de Castilla.

—Concedido.

—Fiado en vuestra real palabra, mando llamar ahora mismo á mi maestro Abiabar.

—Hacerlo. ¿Qué necesitais?

—Una escolta mandada por el caballero Guillen, y lo necesario para escribir.

—Al momento. Fernando, encárgate tú de que monten á caballo veinte hombres, cien, cuantos sean necesarios, con Guillen á la cabeza. En ese velador debeis tener lo necesario para escribir, peregrino.

Hernando dirige una carta á Abiabar, encargándole venga á Zaragoza inmediatamente para batir unas cataratas al rey D. Juan.

Luégo se le presenta el que debia ser portador de aquel

escrito, le da instrucciones Toledo y Guillen parte inmediatamente para Alcalá.

Hernando se retira del real palacio, en el cual domina ya con su gran talento; vuelve al día siguiente y pasa dos horas encerrado con la reina.

Alcalá de Henares dista cincuenta leguas de Zaragoza, y se necesitan de ocho á diez días, á doble jornada, para que Abiabar llegue á la corte de Aragon. Y ese tiempo lo emplea nuestro sabio amigo en preparar en Zaragoza acontecimientos que deben realizarse más tarde con exactitud matemática y prodigiosa rapidez.

El tiempo que Hernando no ocupa en palacio preparando sus planes, lo pasa en su humilde posada, donde almuerza, come y duerme con la modestia del hombre más vulgar.

Jamás deja su traje de peregrino ni su actitud severa; trabaja, medita, aconseja, y tal influencia llega á ejercer sobre los reyes de Aragon, que al sétimo día de haber partido D. Guillen no hacen los monarcas nada que no lleve su vénia, que deje de sujetarse á su elevada opinion.

El ingenio de Hernando debia necesariamente dominar lo mismo en Maqueda y Avila que en Zaragoza. Su brillante luz debia apagar la de cuantas inteligencias se acercasen á él.

CAPÍTULO XXVIII.

La ciencia y el arte de Abiabar.—Actitud del pueblo zaragozano.—Indiferencia de Hernando Alvarez de Toledo.!

Alvarez de Toledo calculaba las leguas que D. Guillen iba dejando atrás y el tiempo máximo que debía emplear cumplimentando la orden de correr cuanto pudiera, según le encargaron sus reyes.

Al noveno día por la mañana, en vez de dirigirse Hernando al real palacio, sale por la puerta de Castilla y sigue hacia adelante, despacio y entregado á profunda meditacion.

A los tres cuartos de hora de caminar, le detiene una gran polvareda que ve en lontananza; descubre despues muchos ginetes y no tarda en percibir la venerable figura de su maestro Abiabar.

Desde aquel instante cesa su impaciencia y minutos despues estrecha al sabio entre sus brazos.

No vaciló el anciano al recibir su escrito, y en verdad que ni el oro ni las grandes posiciones le hubieran podido obligar á lo que el deseo y ruego de su querido discípulo.

El sabio no sólo abandonó su gabinete de estudio, sino que montando á caballo cabalgó cinco días de una manera molesta y no interrumpida.

Después que lo ha estrechado su discípulo le dice que vuelva á montar, pues distan media legua de Zaragoza; mas Abiabar se niega, y cogiéndose á su brazo, exclama:

—Continuad vosotros, que yo quiero proseguir á pié apoyado en este peregrino.

—Y dirigiéndose á Hernando, añade:

—Tu escrito me prueba que continúas llamándote Garcigozme, y tu traje y actitud que sigues conspirando.

—Así es la verdad, amigo mio. Te agradezco en extremo lo bondadoso que acabas de ser conmigo, y á la vez te participo que vas á contribuir con tu ciencia al logro de mis deseos. Si alcanza tu sabiduría á dar vista á un monarca ciego, la luz que reciban sus ojos reflejará en esa pobre Castilla, dándole en adelante el brillo y esplendidez de que carece.

—Sólo tú en el mundo, mi querido Hernando, puede arrancarme de mi casa; dudé en los primeros instantes, mas pronto me decidí. ¡Oh, qué he de negarle yo á mi único discípulo, al caballero más cumplido que tiene Castilla! Malos ratos pasé en los dos primeros dias de marcha, pero el deseo de volverte á ver, de hablar con el hombre que me comprende y de complacerte, me prestaron fuerza, y aquí me tienes á tu completa disposición. ¿Viviremos juntos?

—Sí, pero será por poco tiempo. En cuanto des vista á ese ciego regresaré á Castilla.

—Volveré contigo.

—No puede ser; los conspiradores viajan solos y sin escolta, y á ti deben dejarte en tu casa los mismos que te han traído.

—Pues lo siento, Hernando. ¿En qué estado se hallan las cataratas del rey de Aragón?

—Son graves, Abiabar, pero no imposible á tu ciencia el batirlas.

—Cuando las vea te contestaré.

Y prosiguieron hablando hasta llegar á palacio.

Alvarez de Toledo presentó su amigo á los reyes y príncipe; el primero reconoció luégo á Juan II, y sin aventurar

pronóstico alguno, dispuso para aquella misma tarde practicar la operacion.

Luégo se retiró á descansar, permaneciendo Toledo con los reyes hasta las cuatro, hora designada por el sabio para realizar la idea que lo habia llevado á Zaragoza.

Se sienta el rey en un cómodo sillón, su esposa é hijo en otros dos á los costados, y Abiabar, teniendo de ayudante á Garci-Gomez, da principio á su operacion.

Miéntras el sabio saca de una caja los instrumentos necesarios y los va colocando cerca de él, Toledo prepara un apósito y dos vasos con agua y varias gotas de un líquido que le ha dado Abiabar.

Momentos despues opera el anciano.

El rey está sereno, frio; en aquellos supremos instantes ha desechado lo mismo la vana ilusion que el miedo al dolor.

Al empezar dice á Garci-Gomez:

—Dé el resultado que quiera esta operacion, contad con mi gratitud, caballero. Y vos, sabio anciano, no os aturdaís; ved en mí un hombre cualquiera á quien intentais devolver el sentido que más necesita. Y si no pudiérais prescindir de mi jerarquía, recordad que no hay en Aragon sér alguno que aventaje á su rey en valor y serenidad.

Nada contesta Abiabar, hiriendo la catarata con su acerrada aguja.

Hernando está á su lado frio, impávido, pero con la vista fija en la mano del sabio. Tiene en las suyas el apósito, y así espera algunos minutos más.

La reina tiembla; el príncipe tiene la cabeza baja; su corazón late con violencia y ruega á Dios en aquel instante por la vista de su padre.

—¡Esta ya ha salido!

—Exclama Abiabar, cubriendo en el mismo instante el ojo derecho del paciente nuestro amigo Hernando con un trapo mojado que tiene cerca de sí. Luégo dice al sabio anciano:

—A la otra. ¿Qué te detiene?

—Va á ser la operacion demasiado penosa para S. A.

—Adelante, Abiabar; bate la segunda y haz más justicia al valor y entereza de monarca tan digno. Vos, señor, continuad en esa postura; no os movais, sin hablar ni entregaros á impresion de ningun género. Sonrien vuestros labios y es preciso que nada os conmueva.

—¡Es que he visto la luz que vos me cubris ahora!..

—¡Silencio, señor! Más viveza, Abiabar.

—Ya voy, hombre. Que beba de ese otro vaso.

—Cuando termines. No vaciles, por Cristo.

La reina tiene ahora las manos cruzadas y la mirada dirigida al cielo.

El príncipe, fijo en el sabio y en Hernando, los ve con respeto y admiracion.

La palabra «he visto» que pronunció el rey llevó la dicha al corazon de su esposa y al de su hijo, que no osan ni aun moverse por temor de perjudicar la operacion.

—Serenidad, maestro,—exclama Hernando;—con arte y ciencia te basta, pero emplea toda tu ciencia y arte.

—Debe sufrir S. A...

—Desecha esas ideas, viejo impertinente; así, con brío; eso es.

Y ambos callaron algunos minutos.

Siguió un silencio pavoroso que vino á interrumpir la voz del sabio, diciendo:

—¡Ya está la otra tambien!

—Ahora me toca á mí,—añade Hernando.—Retírate; entorna esos maderos. No hablais, señor, ni sonriais; esas impresiones os perjudican.

Miéntras pronuncia Hernando las anteriores frases, aplica á los ojos del rey paños mojados en el agua que contiene uno de los vasos. Luégo le fija el apósito, haciéndole beber el contenido del otro vaso.

Casi á oscuras la cámara, coge Hernando al monarca, diciéndole:

—Déjese V. A. conducir por mí al lecho; apoyad vuestra mano izquierda en mi hombro. Eso es. Continudad mudo, sin

que nada os impresione, y ménos que todo la oscuridad en que habeis vuelto á sumergiros.

Lo echa sobre la cama, desnudándolo poco á poco y con mucho cuidado. Despues lo cubre con la ropa, observa los latidos de su sangre, y le dice:

—Muy bien; la operacion se hizo admirablemente; ahora que Dios decida y conceda lo que más convenga á V. A. Pero quieto, no movais los labios ni deis cabida á ideas que os puedan impresionar.

La reina y el príncipe, cogidos de las manos, están á la puerta de la régia alcoba.

Abiabar casi á tientas limpia sus instrumentos y los guarda en la caja.

Sale Hernando, y la reina y el príncipe le preguntan á la vez:

—¿Cómo está?

Alvarez se los lleva á un extremo del salon, contestándoles:

—Admirablemente.

—¿Conseguirá ver?

—No, tiene ya vista.

—¡Será cierto!

—Señora, señor, permitidme que cuide á vuestro esposo y padre. Voy á hablar un poco con ese sabio, luégo haré que se retire á sus habitaciones para que descanse de su largo viaje, y despues os ruego me dejéis sólo con mi régio enfermo. Pasaré á su lado esta tarde y toda la noche, pues deseo que al amanecer el próximo dia vea la luz que ha de seguir contemplando el resto de su vida.

—Pero Garci-Gomez, yo quiero saber de él á cada instante.

—Y yo.

—Nos mereceis absoluta confianza, pero está enfermo y somos su esposa é hijo.

—Muy bien, señora; V. A. puede entrar en la alcoba cada media hora; me pregunta por señas, del mismo modo constataré, enterais al príncipe, y cuando llegue la hora de descansar dormid tranquilos. Me interesan la vida y vista de S. A. más de lo que yo puedo expresar.

—¿Qué necesitais?

—Nada; sólo haré uso de agua, y esa ahí la tengo.

—No habeis comido, Garcí-Gomez.

—Es verdad; no me acordaba. Cuando S. A. quede dormido pasaré á la habitacion de Abiabar y allí tomaré algun alimento.

Todo se hizo como Hernando acababa de disponer.

Nuestro jóven aproximó un sillón al lecho del paciente, arrellanándose en él.

Despues lo vuelve á pulsar, preguntándole:

—¿Os sentís bien? Ruego á V. A. me conteste sí ó no y nada me pregunte.

—Sí.

—¿Os duelen los ojos?

—Poco.

—No hay fiebre, y es buena señal. Duerma V. A. si puede.

—No.

—Cuando le sea dable lo hace.

—Bien.

Y callan ambos, quedando la alcoba y salones inmediatos en el mayor silencio.

Cada media hora se presenta la reina sin hacer ruido alguno, y con un movimiento de cabeza pregunta por su esposo.

Toledo con otro signo le contesta que bien, y se retira aquella.

A las dos horas vuelve á dar Hernando al rey otro vaso de agua con veinte gotas de un bálsamo compuesto por Abiabar.

Minutos despues queda el monarca profundamente dormido.

No tiene fiebre y la molestia de las heridas causadas en los ojos ha ido desapareciendo á beneficio de los paños que le aplicó Hernando y de la buena naturaleza del operado.

Durmió el monarca desde las ocho de la noche hasta las doce en que se desveló.

Alvarez de Toledo nota que se mueve mucho en la cama, le pulsa y comprende que la debilidad ha excitado su sistema nervioso; y entónces pide y le da una taza de caldo.

Vuelve de nuevo á dormir dos horas; le da otra taza de caldo y torna á entregarse al sosiego.

Garci-Gomez ni aun ha pensado en dormir en toda la noche.

Tambien la reina y el príncipe permanecieron desvelados, hablando madre é hijo en un salon próximo á la alcoba del regio enfermo.

A las seis de la mañana vuelve á despertar el rey; Hernando le pregunta:

—¿Cómo se siente V. A.?

—Muy bien.

—¿Le duele algo?

—Nada.

—¿Siente molestia en los ojos?

—Muy poca.

—Si hemos logrado darle vista, pronto contemplará el sol.

—Lo deseo.

—Empecemos por averiguar si V. A. percibe la poca claridad que llega á la alcoba.

Y levantó un poco el apósito. El rey le contesta:

—Perfectamente.

—Pero es indispensable que V. A. no se altere ni impresioné al distinguir la luz, porque eso puede cegarle de nuevo.

—Gran predominio tengo sobre mí, más si Dios me ha concedido que vuelva á mirar físicamente lo sublime de su creación, si contemplo el rostro de mi hijo y la faz siempre seductora de mi mujer, ignoro, noble peregrino, lo que podrá suceder á mi débil materia. Tantos años sepultado en piélago inmenso de tinieblas, careciendo de lo que tiene hasta el mendigo, suspirando siempre, llorando á solas, á vos, hombre tan inteligente como humano, no debo ocultárselo, he llorado, Garcí-Gomez; más de cien veces humedecí con lágrimas mi pañuelo y la funda de estas almohadas. ¡Ay, el tacto reemplaza á la vista con más imperfección que la pierna de palo hecha por el hombre á la de carne formada por Dios! La ceguera, amigo mio, no puede explicarse; sólo es fácil dar una

idea de sus funestas consecuencias, pero aun así, ninguno de los que hallan funcionando los órganos de su vision pueden apreciar lo horrible de la noche perpétua.

—Tiene razon V. A.

—Me he conmovido algo, Garci-Gomez. ¿Debo callar?

—Dadme el pulso. No se alteró vuestro organismo, mas es preciso mucha prudencia, señor.

—Haré cuanto me mandeis interin continúe con el apósito, y hasta saber si prosigo ó no ciego.

—Señor, tenéis como yo vista.

—¡Será cierto!..

—Ahora sí que se ha alterado V. A., y en verdad que es muy mal precedente para luégo cuando os hiera la luz. Voy por tanto á propinaros un remedio moral, que espero contenga en gran parte la funesta impresionabilidad á que estais expuesto.

—¿Antes de quitarme el apósito?

—Sí, señor; despues sería tarde.

—Me devora la impaciencia, peregrino.

—Necesita V. A. mucha calma y reflexion.

—Si es indispensable, las tendré.

En este momento se presentó la reina en el salon. Al verla Hernando se levanta, y acercándose mucho á ella, le dice quedo:

—Sigue muy bien, señora. Retírese V. A. y aguarde en el próximo salon, acompañada del príncipe, una noticia agradable. Si tardo algo, no os impacientéis.

Y acompañó á su última frase un signo que la imponia silencio.

Acto continuo volvió á contestar al rey, el cual le preguntaba:

—¿Qué haceis? Hablad, Garci-Gomez; dadme pronto ese remedio moral.

—Ahora mismo.

—Ya os escucho.

—Señor, me veo obligado á recordaros que durante vues-

tra mocedad y algo despues, vuestra vida fué bastante turbulenta y desarreglada.

—Corramos un velo, ya que he purgado mis faltas, peregrino.

—Imposible; es necesario que recordeis todos vuestros excesos para que en adelante y ya con vista os presenteis como modelo de padres, esposos, reyes y hombres.

—Lo haré, pero abreviad por Dios.

—Es un error gravísimo creer que el Sumo Hacedor se ocupa dia y noche en conceder premios y castigos á los habitantes de la tierra. Dios hizo el mundo, dió leyes sábias é inmutables á la naturaleza y al espíritu, y cada ser sujeto á ellas, porque no puede eludirse ninguna, sufre las consecuencias de sus grandes ó pequeños extravíos. Desde el rey hasta el último individuo del pueblo al desarrollar su inteligencia y su moral, lo cual se consigue en todas las posiciones sociales en relacion de la actitud de cada individuo, y de su mucha ó poca afición al progreso inteligente, halla una rémora que contiene sus goces materiales, recordándole de este modo á lo que ha venido aquí. Esa rémora la constituyen las enfermedades, epidemias, contratiempos y todas cuantas desgracias sufrimos en la tierra. No hay mal alguno que no sea producto de nuestra ignorancia; por lo que no cito la inmoralidad, toda vez que es consecuencia legítima del poco desarrollo intelectual. V. A. no habrá podido notarlo en su calidad de monarca; pero yo, que he estudiado todas las clases sociales, os aseguro, sin temor de ser desmentido, que se puede hallar al hombre más desgraciado buscando al mayor criminal.

—¡Qué teoría tan extraña!

—No es por eso ménos exacta y verdadera. ¿Qué mayor desgracia que tener el hombre necesidad de alimentarse todos los dias? Pues le han impuesto ese gran trabajo que tantas fatigas le cuesta, para que piense, discurra, medite y adelante. A ese grave mal que le atormenta desde la infancia, se unen la imprescindible circunstancia de tener que cubrir sus carnes, las más delicadas del reino animal, la de vivir en so-

ciudad, y otras muchas inherentes al racionalismo que le distingue de los demás seres de la creacion. Si el hombre no tuviera esas necesidades y las muchas que de ellas se derivan, viviria como la bestia y nada adelantara en su larga ó corta peregrinacion por este valle, que casi todos llaman de amargura y yo califico de depuracion y adelanto progresivo del espíritu. V. A. está á la suficiente altura intelectual para creer, como yo, que siendo Dios el autor y padre de todos los espíritus, no hizo el de V. A. expresamente para rey y el de su verdugo expresamente tambien para que viniera á la tierra á cortar cabezas de hermanos, con menosprecio, desden y antipatia de cuantos seres le rodean.

—Explicadme eso, porque no lo comprendo.

—Señor, V. A. ha sido ántes verdugo ó su equivalente, y vuestro verdugo será en adelante rey ó cosa parecida.

—¿En dónde?

—En este ú otros mundos, señor.

—¿Con que es cierta la reencarnacion de que me habló en otra época un filósofo?

—Positiva; porque solo dentro de ella aparece la justicia de Dios.

—Garci-Gomez, que me devora la impaciencia.

—Calma, señor; V. A. tiene varios hijos naturales; más de una vez emprendió guerra injusta; no siempre obró con rectitud, y gastada la materia como en el pródigo su tesoro, debia necesariamente venir la ceguera. Si yo logré sanaros será debido indudablemente á la vitalidad que conserva vuestra naturaleza, á que no la destruísteis por completo, y siendo esto un axioma, no abuseis, señor, en lo sucesivo ni deis á vuestra vista una importancia que realmente no tiene. Suponiendo que os queden diez años de vida, pasareis despierto seis, y esos nada suponen ante la eternidad que Dios ha concedido á vuestro espíritu. Al abandonar el alma su materia quedan todos los órganos iguales al del sér mas sano y robusto que vivió en el mundo. ¡Seis años de vista! Eso no es ni vale nada para el hombre que piensa en el más allá y que no

es tan ruin que vive del presente. ¿Qué es, por otra parte, la vista física comparada con la moral? El débil palo en que pretende apoyarse la más robusta mano. Si un animal pudiera contestaros, ¿qué diría al preguntarle por los mares, la luz, el sol, los árboles, las plantas, el sublime cuadro, en fin, que presenta la naturaleza? Nada; si era caballo, diría que lo dejáseis pastar y dormir, que él no entendía de otra cosa. En cambio, con los ojos cerrados y la sola vista de la inteligencia se contempla desde el átomo hasta la omnipotencia de Dios. ¿Os quito ya el apósito?

—No tengo prisa. Continuad.

—Vais á ver la faz de vuestro hijo, la perfecta de vuestra esposa, la luz, el sol, el mundo.

—¡Con qué seguridad lo decís!

—¿Pero de qué os serviría mirar el arbusto si no sabeis lo que es una planta? Fijaos bien en el rostro de vuestros cortezanos, y por mucho que mireis, si otra vista no lee en sus corazones, pronto sereis víctima de la maldad que ocultan sus semblantes tan risueños, sumisos y agradables ante V. A. Reparad en el cielo, durante una noche clara y serena: vos vereis pequeñas estrellas inmóviles con que parece estar tachonada la morada celeste. Yo con otra vista distinguiré mundos que se mueven en el espacio, con sujecion á leyes divinas. Y profundizando más mi mirada veré á Dios rigiendo el universo entero y caeré á sus plantas diciendo: ¡Gracias, Señor; me ofreceis vuestra incomparable obra, que yo, débil operario, iré hermosando á imitacion de vuestras bellezas! Os veo y os admiro tan grande, perfecto y sabio como sois; y esta claridad que va adquiriendo mi vista me la debo á mí, es hija del desarrollo intelectual que el sufrimiento y la constancia mia produjeron; por que vos, mi Creador, sois tan grande que al formar mi espíritu le dísteis el gérmen de vuestra sabiduría para que él se diese una perfeccion relativa debida á su propia obra, como premio á su constante trabajo. Esa es la gran vista, señor; la otra, breve y fugaz, para poco sirve.

—Habeis logrado con esa comparacion que no dé á mi

vista física, en el caso de lograrla, la importancia que ántes; en cambio empezásteis á batirme otras cataratas y principio á ver cosas nuevas que desconocia; Dios os lo pague; fué tan grande el favor, que ni un monarca puede recompensarlo bien.

—Decia, señor, que tiene ya V. A. la vista física, porque tanto suspiró, sin causa suficiente, segun os he demostrado; y en prueba de ello voy á quitaros el apósito. No os movais, ni exceso alguno...

—Ya es imposible, Garci-Gomez.

—Fuera. ¿Veis algo?

—Sí, pero poco.

—Lo mismo exactamente que yo.

—Sentaos. Dadme vuestra mano.

—Estais un poco trémulo, señor.

—Lo motivan la gratitud, la admiracion que me causais.

—Calma; nada vale lo que yo hice. Fijaos en mi rostro. ¿Qué distinguís?

—Vuestros brillantes ojos, los negros y poblados bigotes y barba; vuestra faz es tan agradable como vuestras ideas. Mas hay una sombra que no me permite distinguir bien. ¿Estará la operacion bien hecha?

—A la perfeccion; consiste en que estamos casi á oscuras.

—¡Ah! comprendo.

—Todo está cerrado, señor.

—¿Voy á ver claro, á distinguirlo todo?

—Todo, pero poco á poco, porque un golpe de luz fuerte podia destruir nuestra obra. Ahora, señor, me va á permitir V. A. que lo deje cinco minutos.

—Eso no.

—Hay cerca de aquí dos séres...

—¡Mi esposa; mi hijo! ¡Los voy á ver! Que entren al momento.

—Serenaos, señor, no olvideis lo poco que vale esa vista.

—Es verdad; ya me tranquilizo. Pero que vengan.

—Despacio, señor, más despacio. Antes bebed el contenido de este vaso.



—Dádmelo. Ya lo apuré y deseo que vengan los dos...

—Primero entrará la reina, algo despues el príncipe. No extrañeis la indiferencia que demuestren; quiero evitar todo motivo de fuertes emociones que os pudieran perjudicar. Volveré lo ántes posible; miéntras, domínese V. A. y piense lo poco cuerdo que sería destruir con una imprudencia lo que tantos años tardásteis en recobrar.

—Me habeis preparado bien y nada temo, Garci-Gomez.

—Hasta luégo.

—Antes quiero volver á estrechar vuestra mano.

—Por Dios que no merece tanta honra el haber pasado una noche en vela.

—Opino de manera contraria; ya os lo demostraré.

Sale Hernando, entrando dos segundos despues en el salon contiguo.

La reina y el príncipe lo cogen con ansiedad, preguntándole:

—¿Y mi padre?

—¿Y mi esposo?

—Tan sano de la vista como lo estamos los tres.

—¡Loado sea Dios!

—Vamos, hijo.

—No; primero V. A.; cuando yo lo disponga el príncipe. Y á ambos os encargo que esteis allí indiferentes. Nada de halagos ni cariño que lo conmuevan.

—Pero eso es imposible.

—¿Quereis que vuelva á quedar ciego? Pues lo lograreis impresionándolo mucho.

—Está bien, señor Garci-Gomez, os obedeceremos.

—¡Y me dejais sólo!

—No, señor; miéntras yo voy con vuestra augusta madre enterad á la corte y que corra por el pueblo de Zaragoza la noticia de que su rey ha recobrado la vista; habrá algunos indiferentes, en cambio todo corazon noble latirá de alegría.

—Solo ese gratisimo encargo puede evitarme la desesperacion. No tardeis en venir por mí, que yo pronto concluyo.

La reina y Hernando entraron en la régia alcoba.

—¡Te veo, esposa mia!—exclamó el rey.—Continúas bella; siéntate cerca de mi lecho. Déjame que te contemple.

—No fatiguis mucho la vista, señor. Os daré un poco más de luz; cerrad los ojos é idlos abriendo poco á poco en pasando un minuto.

Alvarez de Toledo entreabrió los maderos más distantes de la alcoba.

El rey exclama al poco tiempo:

—Veo hasta el hermoso sonrosado de tu semblante. ¡Oh, esto parece un milagro!

A presencia de Alvarez de Toledo hablaron cinco minutos los esposos, mediando aquel en la conversacion para evitar hasta el más leve exceso de impresionabilidad.

Después preparó al padre y fué en busca de D. Fernando, al cual dijo:

—Señor, sois muy jóven aún, mas teneis serenidad, sobrada reflexion, y puedo llevaros á la cámara donde está S. A. el rey, seguro de que no comprometerá con accion ni frase la vista del augusto autor de sus dias. Os repito lo que á la reina dije: completa indiferencia en frases y acciones.

—Descuidad, sabio amigo mio; Fernando de Aragon no puede destruir en contra de su amado padre lo que un extranjero, por más noble que sea, hizo en pró.

—Un consejo.

—Será inútil.

—Lo veremos. He nacido en España, y me parece conveniente que os vayais acostumbrando á no llamar extranjeros á los que vimos la luz en la patria de Recaredo.

—Teneis razon, y no volverá á advertírmelo el favorito de Doña Isabel.

—Perdonad, príncipe, soy únicamente el leal servidor de la señora infanta. La augusta Isabel tiene tanto talento que sólo un esposo á quien ame mucho podrá influir en su ánimo.

—Me expresé de esa manera porque sois digno del favor de los primeros monarcas.

—Me complace el equívoco. Gracias. ¿Me acompañais?

—Lo anhelo tanto como la vida.

Ambos entraron en la alcoba.

Cuando Garci-Gomez vió la prudencia de la madre y del hijo dispuso que dieran al rey algun alimento, pues sólo hallaba en su pulso debilidad.

Fortalecido que lo hubo aumentó la luz, combinándola de modo que fuese ténue y agradable.

Y no hallando peligro alguno en que los tres conversaran, fué en busca de Abiabar, al cual contó lo ocurrido desde que se retiró de la alcoba, pasando luégo á su lado media hora deliciosa.

Ambos fueron interrumpidos por un recado del rey que les rogaba se trasladasen á sus habitaciones.

Reunidos los cinco preguntó el monarca á Hernando y á Abiabar:

—¿Con qué se paga, amigos míos, la vista que acabais de darme? Pedid y no seais parcios, porque todo me ha de parecer poco.

—Yo, señor,—le contestó Hernando,—no soy sabio ni entiendo el arte de curar, y si algo hice en obsequio de V. A., fué lo ménos que me aconseja, en pro de una desgracia, mi carácter humanitario.

—Yo, señor,—añadió Abiabar,—hice aún ménos, puesto que el pensamiento es de Garci-Gomez; en obsequio suyo he venido, por él y con su ayuda batí unas cataratas, y es todo lo ménos que he podido realizar en obsequio á mi discípulo, del hombre á quien más estimo y considero en la tierra.

—Pero ocurre,—replicó Toledo,—que yo nada necesito, nada puedo, nada debo aceptar de S. A. el rey de Aragon, al cual le he traído un imperio que gobernará su augusto hijo con mano diestra.

—Pero ocurre,—dijo Abiabar,—que yo sólo tengo amor á la ciencia en el mundo, y todo lo que no sea esto me sobra y molesta.

—Muy bien, amigos míos,—contestó el rey;—vuestra con-

ducta es tan elevada como la admirable sabiduría que existe en vuestros privilegiados cerebros. Pero yo haré...

—Nada,—le interrumpió la sagaz reina, que ya habia meditado una gran recompensa.—Nada les ofrecerás, Juan, porque los humillarias. Lo que han hecho por nosotros no puede tener otro premio que nuestra eterna gratitud. ¿Es cierto Garcí-Gomez?

—Sí, señora.

—Está bien; no empañaremos con dádiva bochornosa el brillo de tan noble accion. Y ya que está aquí vuestro maestro, quisiera pedir os un favor.

—Mandad, señora.

—No habreis dormido esta noche, cama teneis dispuesta, descansad. Os lo mando, os lo ruego.

—Voy á obedeceros. Puesto que aquí no hago falta, esta noche saldré para Castilla, durmiendo ántes en mi posada: á la vez daré á mi compañero y criados la órden de marcha.

—¿A qué hora volveréis?

—A las cinco.

—Os aguardaremos.

Salió Hernando, siguiendo un debate largo y tenaz entre la reina y Abiabar, logrando por fin aquella lo que se habia propuesto del anciano.

En el desenlace de esta escena ayudaron poderosamente á la reina su esposo é hijo.

Luégo quedaron solos el rey, el príncipe y el sabio.

Los grandes y nobles quisieron felicitar al rey, y el pueblo demostrar su contento; mas por órden que tenia dada Hernando, todos se fueron retirando de palacio y la ciudad suspendió para el dia siguiente la demostracion de su júbilo.

La reina estuvo trabajando hasta las tres, con dos secretarios.

A las cinco regresó Garcí-Gomez, oyendo de boca del rey las siguientes frases:

—Hemos dispuesto nombraros embajador nuestro cerca

de la infanta Doña Isabel, para que concertéis su boda con mi hijo. ¿Qué os parece?

—Eso es más, señor, de lo que yo me había propuesto.

—¿Aceptais?

—Con suma alegría.

—Pues mañana os entregarán los poderes.

—Retarda eso un día mi viaje, y hago tanta falta, señor...

—Paciencia, Garci-Gomez.

—La tendré, si no hay otro remedio.

Abiabar pretextó que iba á recorrer la ciudad, llevándose el encargo de avisar la suspension del viaje á los compañeros de Toledo; y salió del real palacio ocultando á todos la principal idea que se propuso realizar.

Los restantes permanecieron en la alcoba desde las diez de la noche, hablando mucho Garci-Gomez, la reina y el príncipe, y poco el rey, en razon de su estado.

Quedaron concertados todos los preliminares de la boda, acordando que el príncipe permanecería en Zaragoza, dispuesto á aprovechar la primer coyuntura que le ofreciesen en pró de lo pactado, los acontecimientos de Castilla.

El rey estaba ya bueno y podía por lo tanto ir á Cataluña ó á donde fuese necesario.

Hernando se retiró á su posada despues de despedirse de los reyes, del príncipe y de Abiabar.

A la mañana siguiente visitó al monarca y tan sano lo halló que dispuso se levantara, comiese, entrando por fin en la vida normal, con solas algunas precauciones previsoras de cualquier funesto accidente.

Lo primero que hizo el soberano fué autorizar con su firma y sello varios pergaminos que le presentó la reina reservadamente. Lo mismo hizo luégo con los poderes que entregó á Hernando, el cual se hallaba en la habitacion contigua.

Volvieron á cubrirse de colgaduras los balcones y ventanas de Zaragoza, y el palacio se llenó de cortesanos y nobles que deseaban felicitar á D. Juan II.

Garci-Gomez ocupó parte del día en palacio y el resto en comer en la posada y disponer su viaje.

A las cinco dejó dicho á sus compañeros que le aguardasen á la parte afuera de Zaragoza y fué á despedirse de los reyes, del príncipe y de Abiabar.

Hora y media ocupó con los primeros, que acabaron por hacerle una despedida tan tierna y cariñosa como él merecía.

Conmovido salió de la cámara, encaminándose á la habitación de su sabio amigo; mas un ugier le dijo que no se molestase en buscarlo, porque habia salido con ánimo de despedirlo fuera de la ciudad.

Partió en consecuencia nuestro jóven, atravesando al anochechar las puertas de Zaragoza.

A trescientos pasos le aguardaban sus compañeros y un intruso, que juzgó desde luégo sería su maestro; mas no contaba verlo de la manera que se le presentó.

Favorecido Abiabar con la proteccion de la reina, se habia proporcionado un traje de fraile y una mula iguales á los de los criados, y en el momento de llegar su discípulo se hallaba montado y sonriendo.

—No arguyas, hijo mio, —le dice al verlo, —me voy contigo, porque ya no hago falta al rey y quiero acompañarme de ti hasta Alcalá.

—Recibiria la noticia, amigo mio, con placer si no me faltase tiempo.

—Con no bajarme yo de mi cuadrúpedo puedes correr lo que quieras, que no me quedaré atrás.

—Eres tan anciano, Abiabar...

—Hombre, tres dias no me habrán envejecido mucho, y bien de prisa vine sin que me haya acontecido nada.

—Ya no tiene remedio, sea y dispon tú el paso que hemos de llevar. ¿Te has despedido de los reyes y del príncipe?

—Sí, de los tres.

—¿Luego ellos conocian tu idea?

—Sí, desde ayer, y la apoyaron con cuanto les pedí.

—Nada me dijeron.

—Era lo convenido.

—Marchemos.

Y los cinco se encaminan hácia Alcalá, que dista cincuenta leguas de Zaragoza, según hemos dicho anteriormente. (1)

(1) Esta obra tendrá dos tomos pequeños, que podrán encuadernarse en uno; por esta causa pondremos el índice y plantilla de ambos al final del segundo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

